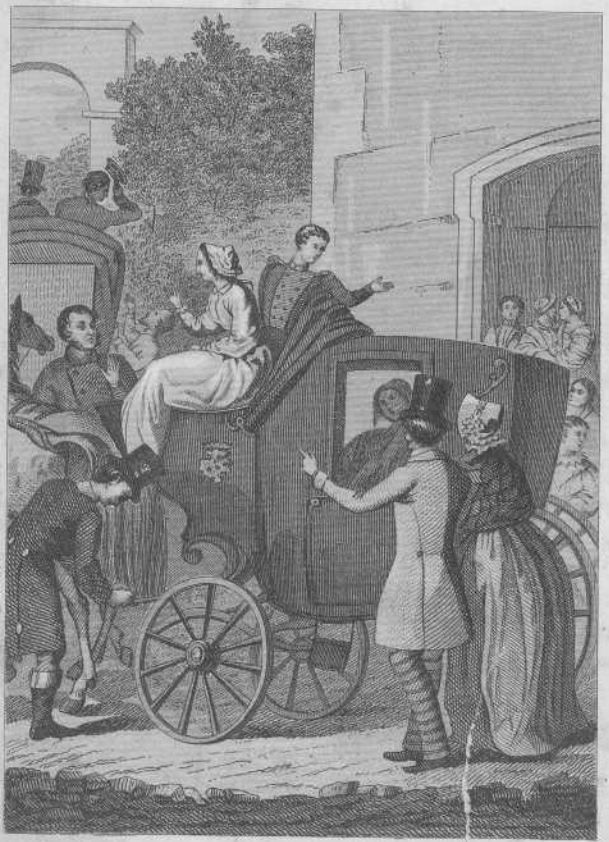
No 6193

Nº 6193

MONTE SAN LORENZO.



A. Vera

E. A. le g.

Si, Si, Querida mia estad segura de ello porque no?

S. Sanchez Rubio, Editor, Madrid.

NOS EL LICENCIADO DON MANUEL DE OBESSO,

PRESBÍTERO VICARIO ECLESIÁSTICO DE ESTA VILLA Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente y por lo que á nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la novela titulada *Monte San Lorenzo*, traducida del inglés, mediante que de nuestra órden ha sido examinada y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.=Madrid cuatro de Mayo de mil ochocientos cincuenta y nueve.=Licenciado D. Manuel de Obesso.=Por mandado de S. S., Licenciado Juan Moreno.

Donativo de
Don Benito
Sánchez de Caso

BIOGRAFÍA

DEL CARDENAL WISEMAN.

Su Eminencia el Cardenal Nicolás Wiseman nació en Sevilla en 2 de agosto de 1802. Su padre Jaime Wiseman era propietario y comerciante de dicha ciudad y de Waterford. Su familia es muy antigua, y aparece haber poseido propiedades territoriales en el condado de Essex desde el reinado de Eduardo IV. Poco despues de la Reforma, Sir John Wiseman, que habia sido uno de los auditores del Ministro de Hacienda bajo el reinado de Enrique VIII, y que fué armado Caballero por su bravura en la batalla de las Espuelas, adquirió por título de compra gran parte del Parque Canfield, en dicho condado. Su nieto Guillermo contrajo matrimonio con una señora de la ilustre familia de Capel, despues conde de Essex, y adquirió el título de Baron por merced del rey Cárlos I, en 1628. Un hermano menor del baron segundo fué Obispo de Dromore. El título ha continuado en línea recta de sucesion hasta el presente, en que se halla representado por Sir William Saltonstall Wiseman, baron octavo, y actualmente Capitan de la Real Armada. El Cardenal Wiseman procede de una rama secundaria de esta familia. Su madre, cuyo nombre por línea femenina era estranjero, y cuya familia, á pesar de las crecidas confiscaciones que sufrió en sus propiedades bajo la dominacion de Cromwell, está todavía situada en el Castillo y Ciudad de Aylward, condado de Kilkenny, vivió para ver á su hijo elevado á su dignidad presente, y murió agobiada por los años, en 1851.

Los padres del Cardenal Wiseman residieron muchos años en Sevilla dedicados al comercio en grande escala, y cuando contaba poco mas de cinco años enviaron á su hijo á Inglaterra. Llegó á Portsmouth en 1.° de enero

de 1808 en la fragata *Melpomene*, su capitan Parker, y cuando todavía era muy jóven fué enviado á una casa de educacion de Waterford, en marzo de 1810: de aquí pasó al colegio de S. Cuthbert, en Ushaw, cerca de Durham, donde permaneció hasta el año de 1818. En este año obtuvo licencia para dejar el colegio de Ushaw con direccion á Roma, donde llegó en diciembre. Allí consiguió ser uno de los principales miembros del colegio inglés recientemente fundado. En el año siguiente tuvo el honor de predicar ante el Papa, que era á la sazon Pio VII; y habiendo seguido con toda diligencia los cursos acostumbrados de los estudios filosóficos y teológicos, despues de sostener una discusion pública sobre teología, ascendió al doctorado en 7 de julio de 1824, cuando todavía no habia cumplido veinte y dos años.

En la primavera del año siguiente recibió las órdenes sagradas. En 1827 fué nombrado profesor de lenguas orientales de la Universidad de Roma, siendo entonces Vice-Rector del Colegio Inglés, y promovido despues al Rectorado en el año de 1829. Ya se habia distinguido no solamente como teólogo, sino tambien como entendido en otros ramos del saber, puesto que en 1827 compuso é imprimió una obra erudita titulada «Horæ Syriacæ,» sacada principalmente de los manuscritos orientales de la biblioteca del Vaticano.

El Dr. Wiseman regresó á Inglaterra en 1839, y en el invierno de este año recitó una série de lecturas, durante el Adviento, en la capilla Sardiniana, en Lincoln's Inn Fields. En la Cuaresma del año siguiente, á peticion del Obispo Bramston, entonces Vicario Apostólico de Lóndres, dió otro curso de lecturas en Santa María, en Moorfields, en los cuales vindicó extensamente las principales doctrinas y prácticas de la Iglesia Católica; y con tal éxito, que fué agraciado por los católicos de la Metrópoli con una medalla de oro como recuerdo de gratitud y elevados respetos á su talento y erudicion. En el trascurso del mismo año estas leyendas fueron publicadas en dos volúmenes en 12°.

Pronto fueron seguidas de un tratado sobre la sagra-

da Eucaristía, que ocasionó una controversia con el Doctor Turton, actualmente Obispo de Ely, y de otra obra en dos volúmenes titulada «Lecciones sobre las relaciones entre la ciencia y la Religion revelada.» Esta obra valió al Dr. Wiseman el renombre de un profundo pensador y filósofo cristiano. En la Cuaresma de 1837, en ocasion de hallarse en Roma, produjo cuatro Lecciones sobre los «Oficios y ceremonias de la Semana Santa,» que fueron despues publicadas separadamente.

En 1840, el Papa Gregorio XVI aumentó de cuatro á ocho el número de Vicarios Apostólicos en Inglaterra, nombrando al Dr. Wiseman coadjutor del Obispo Walsk, entonces Vicario Apostólico del distrito de Midland, por el mismo tiempo en que fué elevado á la Presidencia del colegio de Sta. María, en Oscott, cerca de Birmingham. En 1848, á la muerte del Obispo Griffiths, el Doctor Wiseman pasó á ser Pro-Vicario Apostólico del distrito de Lóndres; y poco despues fué nombrado coadjutor del Dr. Walsh, *cum jure successionis*, á la traslacion de este Prelado á Lóndres. El Obispo Walsh poco tiempo sobrevivió á su traslacion; y á su muerte, acaecida en 1849, el Obispo Wiseman le sucedió como Vicario Apostólico.

En agosto de 1850 el Obispo Wiseman fué llamado á Roma por el actual Papa Pio IX, quien en 29 de setiembre de aquel año, además de la Carta Apostólica restableciendo en Inglaterra la Gerarquía Católica, expidió un Breve, elevando al Dr. Wiseman á la dignidad de Arzobispo. En Consistorio privado, habido el siguiente dia, el nuevo Arzobispo fué agraciado con la dignidad Cardenalicia, señalándose la antigua Iglesia de Santa Prudenciana como su título. Su Eminencia es el sétimo inglés que ascendió al Capelo de Cardenal desde la Reforma. Sus predecesores en tal respecto fueron los Cardenales Pole, Allen, Howard, Yorh, Weld, y Acton.

El Cardenal Wiseman es conocido en la república literaria como uno de los mas frecuentes y hábiles redactores de la *Revista de Dublin*. Entre otras produc-

ciones de su pluma, que vieron la luz pública en este periódico, pueden contarse las celebradas «Observaciones sobre el Movimiento de Oxford,» que fueron impresas por el Instituto Católico para circularlas en una forma económica, bajo el título de *Grandes clamores de la Iglesia*. Sus ensayos y producciones en la Revista de Dublin fueron recogidas y publicadas, con un prólogo del autor, en tres volúmenes en 8.°, en 1853. Tambien es de notar que Su Eminencia contribuyó á la *Penny Cyclopedia* con el artículo que trata de la Iglesia Católica. Entre sus publicaciones de Teología y discusion eclesiástica mas conocidas hay; una *carta sobre la Unidad Católica* dirigida al conde de Shrewsbury; otra escrita al Rev. *J. H. Newman*, sobre discusion relativa al número 90 de la obra titulada *Tracts for the Times;* y otra á *John Poynder* sobre la suya, que lleva por nombre «El Papismo en alianza con el Gentilismo.» A esto debe añadirse el *Llamamiento á la razon y buenos sentimientos del pueblo inglés*, publicado cuando el clamor popular contra la nueva gerarquía estaba en su mayor altura, causando algun efecto en mitigar la intensidad del sentimiento, al demostrar que el asunto en cuestion solo se referia al gobierno espiritual de los católicos en Inglaterra, y por ningun sentido se debia considerar una medida temporal, ó agresion práctica á la libertad de los Protestantes.

En el mundo esterior, además, el nombre del Cardenal Wiseman es el mas conocido por su frecuente aparicion en Lóndres como orador público en una extensa série de objetos relativos á la educacion, historia, artes y ciencias. El mas popular, quizá, de todos los objetos de que escribió Su Eminencia es «El mejor medio de recoger y ordenar una Galería Nacional de Pinturas,» que trató en tres lecciones recitadas ante el Instituto literario Marylebone, en el mes de mayo y junio de 1857.

MONTE SAN LORENZO.

CAPITULO PRIMERO.

Era avanzada la tarde, en la estacion del año en que el calor de los rayos del sol comienzan á templar, mientras que todavía el frio del cercano otoño no ha invadido las primeras horas de la noche. Una ventana abierta en el piso bajo de una mansion hecha á la antigua, cuya estension habla de algunos siglos atrás, al mismo tiempo que su agradable, aunque apenas lujoso interior, demuestra claramente el siglo presente de refinada comodidad del cuerpo, invita aun al libre ingreso de la brisa del lindo jardin hácia el cual se abre. La belleza de este jardin, pequeño por cierto, consistia principalmente en su dulce calidad de privado, cerrándose sobre sí mismo á beneficio de un elevado biombo de laurel y otros árboles siempre verdes, que le daban un aire peculiar de retiro, que algunos consideran fastidioso, pero que es muy lisonjero al espíritu de aquellos para cuya imaginacion un jardin cercado contiene el encanto de un escogido Eden.

Sea de ello lo que quiera, este pequeño y limitado espacio de musgo verde y lecho de flores (porque es de notar que no teniendo calles de arena, aunque ofrecia

comodidades, no por eso dejaba de chocar penosamente á la imaginacion), formaba el deleite de su jóven señora, y le proporcionaba un campo dilatado é inagotable á su contemplacion; no una frívola contemplacion ó fantástico delirio, porque Rosa ni era frívola ni sentimental; sino que este jardin era para ella una especie de libro viviente, un espejo reflejando en tipo sus mas profundos pensamientos y aspiraciones, y sugiriéndola infinitos objetos de meditacion.

Sin embargo, sus ojos en este momento no se fijaban en el jardin, sino en las páginas de un grande folio impreso, que tenia abierto en un escritorio delante de sí. La belleza de Rosa era de un carácter peculiar, y no comun en este país; pero esta peculiaridad se hacia mayor tal vez con la de su traje, que siendo apenas á propósito para una niña de ocho años, participaba de algo singular en la presencia. Habia una combinacion de suntuosidad y sencillez en él, que podia ser el resultado de afectacion de elegancia, ó la mera exhibicion de un gusto estraordinario. El lector habrá de contentarse con esperar, si quiere formar una congetura razonable; ó mejor, si desea echar una ojeada al ingénuo semblante de Rosa, se decidirá desde luego contra la anterior suposicion. Y ciertamente un semblante ingénuo era el suyo, con algo de pensativo mas allá de sus años cuando estaba séria, y algo de alegre mas acá de sus años cuando sonreia. Rosa no habia perdido aun la sonrisa de la infancia; quizá nunca la perderia.

Pero el tono pensativo habia tomado completa posesion en el momento que describimos, y formaba el carácter general de su semblante. Tenia Rosa una cara mas bien llena que óvala, con aquella notable belleza

sin color que acompaña frecuentemente una cabellera negra, una hermosura que no eclipsaba ningun ligero velo, salvo cuando el colorido era llamado por el rubor ó por el aire fresco del cielo. Aquellos pensativos ojos de arqueada ceja, tenian una estraña fascinacion; mientras que su pelo, negro como el carbon, ligando en largas trenzas su cabeza, armonizaban grandemente con lo espresivo del todo; su boca, que era pequeña y delicadamente formada, poseia todo el color y suavidad de la infancia. En adicion de esto, tenia una figura pequeña, pero muy graciosa, con la que su vestido de terciopelo negro y un sencillo collar de costoso lazo, apenas mas blanco que el cuello que circuia, sentaba bien por su misma sencillez; y debe concederse que Rosa O'Donnell no tenia las menores pretensiones de admiracion. No llevaba adorno alguno, á menos que se considere tal una cadena de ébano; y cualquiera que fuese el objeto suspendido de ella, evidentemente era prenda de amor; no le mostraba por ostentacion, puesto que le tenia oculto en el pecho.

Rosa estaba leyendo, como se ha dicho, ó mas bien meditaba un pasaje que acababa de leer, con sus ojos aun fijos en la lectura. ¿Y cuál era la materia de aquel libro? ¿Era algun romance agitado de tiempos antiguos, ó alguna novela moderna de amor de elevado trabajo? Era ciertamente una historia, que bien pueden parecer lugares comunes y bagatelas las admirables hazañas de la antigua caballería comparadas con ella; era ciertamente una leyenda de perfecto y devoto amor. Porque ¿qué hechos heróicos inspiraron nunca motivos humanos; qué amor puro y tierno jamás llenó el corazon del hombre hácia el tesoro terrenal de sus afectos, que pue-

da con verdad merecer el nombre de heroismo ó amor? No son sin duda mas que una sombra al lado de los actos y afectos espirituales. Y así pensaba Rosa al meditar en la vida de la Santa Vírgen del Perú, la flor de las Indias, la bendita Rosa de Lima. De repente la detuvo un pensamiento en el lleno entusiasmo de su ardiente imaginacion, y miró alrededor del lugar donde se hallaba sentada.—¿Es esto real? ¿es genuino? dijo para sí. ¿No me estoy engañando á mí misma? ¿Admiro y amo en realidad esto? ¿Tendré el tiempo andando alguna semejanza con esto, aunque sea remota? ¿Yo deseo, no digo la corona de espinas, pero una espina aunque sea sin la corona? Me siento, paseo y duermo en medio de goces; aun mis oraciones son dirigidas en medio de ellos. No sé todavía si las flores de mi pequeño oratorio, y las guirnaldas que tejo para mi dulce Madre, y las joyas con que la adorno son la verdadera espresion de amor; quizá amo en mi imaginacion solamente y no en mi corazon. ¡Ah! ¡si estos serán en resúmen tan solo sentimientos, y mi voluntad estará intacta!

Rosa cejó en su doloroso pensamiento, pero no obstante añadió:—¡Oh, no! ¡no, yo no puedo creer esto! Y sacando el crucifijo de plata de su pecho, que aunque oculto nunca olvidaba, su amigo y recurso en todas las aflicciones y dificultades, le contempló con profunda ternura. ¡Oh, no! murmuró para sí, amo; sí, amo; deseo amar á lo menos. Mas necesito un guia y no tengo ninguno. ¿Pero á quién se le obliga á sufrir por una falta cuya culpa no es suya? Si hay en realidad un verdadero amor de Dios en mi corazon, no permitirá Él que muera; y ¡oh, muera yo primero que se estinga! Entonces, be-

sando su crucifijo, volvió á su acostumbrada tranquilidad.

Sus ojos se habian fijado otra vez en la página, cuando se abrió la puerta suavemente, y entró en el aposento el coronel O'Donnell. Era un hombre alto, de unos cincuenta años, con el aire militar del que está en actual servicio. Una reflexiva y elevada frente, la pacífica posesion de sí mismo, y la facilidad y tacto del hombre de mundo, distinguian al coronel O'Donnell; mientras que cierta espresion casi melancólica en todas sus maneras, como si alguna grande desgracia ó pérdida amarga, repuesta pero no olvidada, hubiera echado una sombra sobre su vida, daba interés á su presencia.

Así era la verdad. Los afectos del coronel O'Donnell eran fogosos y profundos; y la pérdida prematura de una esposa querida, no mucho tiempo despues del nacimiento de su hija única, que al principio casi le arrastrara á la desesperacion, habia dejado una arruga en su frente que nunca se habia borrado. Y ahora su corazon viudo se habia vuelto por consuelo hácia su único bien en la tierra, su querida, su bella Rosa. ¡Oh, la miseria de profundos y apasionados afectos atesorados en un vaso de barro! ¡Ella tambien, su idolatrada, su bella Rosa, podia faltarle! ¡Y adónde volveria entonces sus ojos!

Juzgando por la actitud del coronel O'Donnell, se hallaba preocupado al entrar en el cuarto; pero su faz brilló con afecto, como acostumbraba, á la vista de su hija. Se sentó á su lado y la rodeó con sus brazos, mientras que ella correspondia las caricias con su propia y amante sonrisa de niño.

Si el coronel O'Donnell tenia algun asunto de importancia en su mente, sus primeras palabras no se refirieron á él, sino que parecian sugeridas por circunstancias del momento.

—¿Qué lees, hija mia? dijo, mirando el volúmen abierto.

—La vida de mi bendita patrona, respondió Rosa. Bien sabeis que hoy es el dia de mi nacimiento en el mundo y el suyo en la gloria.

—Sí, dijo el padre ahogando un suspiro, fué gusto de tu madre que te llamases como la santa en cuyo dia naciste. Este libro era suyo, y le tendrás en estimacion, estoy seguro; pero, Rosa mia, continuó cerrando suavemente el libro, temo que hayas pasado un triste natalicio. ¿Qué dirias si yo tuviese una sorpresa para tí esta tarde?

—No estuve triste, querido padre, dijo Rosa; pero no me gustan las sorpresas: me estremecen, y prefiero saber las cosas de antemano.

—Bien, replicó el padre; de cualquier modo, nada hay hoy que estremezca. Horacio llega esta tarde. Estás contenta, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí que lo estoy! dijo Rosa juntando las manos con alegría casi pueril.

—Amas á Horacio, ¿no es verdad? repuso el padre sin mirarla, medio abriendo y cerrando las puntas del grande volúmen.

—Estad seguro de ello, dijo Rosa, porque no tengo hermano, y bien sabeis que Horacio es como un hermano mayor para mí.

El semblante del coronel O'Donnell se inmutó de una manera casi imperceptible.

—¿Quisieras que fuese tu hermano? preguntó.

—¡Oh, mucho que sí! respondió Rosa prontamente.

—¿Por qué? dijo el padre con alguna ansiedad.

—No sé, dijo su hija; pero me parece que de ese modo nos perteneceria mas, y no se marcharia; tal vez sea esta la razon.

El semblante del coronel O'Donnell se ablandó en una sonrisa de satisfaccion, al mismo tiempo que besaba la hermosa frente de su hija. Siguió un corto silencio que rompió Rosa.

—¿Permanecerá aquí mucho tiempo Horacio?

—No mucho; es decir, no mucho tiempo al presente, respondió el padre con algun misterio. Pero cuando vuelva *puede* que esté mucho, muchísimo. Depende de.... el coronel O'Donnell dudaba, Rosa miró su semblante con curiosa ansiedad; él hizo un esfuerzo, y concluyó su frase con mas firmeza.... de tí, Rosa.

—¡De mí! ¿cómo es posible? preguntó.

—Hija mia, respondió el padre, siempre hallé en tí una hija obediente y afectuosa, buscando tu dicha en secundar mis deseos, y poniendo toda la confianza en tu padre, cuyo anhelo no puede tener otro fin que esa felicidad. Tengo por cierto, pues, que cuando sepas que he alimentado desde tu infancia un señalado proyecto con relacion á tu vida futura; tengo por cierto, repito, que te hallaré dispuesta á aceptarle desde luego. Confio tambien en que no podrás menos de estar naturalmente inclinada hácia el compañero de tu infancia, el hijo de mi mas querido y mejor amigo. Dejado como fué Horacio á mi cuidado, y estando para mí en lugar de un hijo, me he recreado en la halagüeña esperanza de una union fu-

tura entre vosotros, que no os separaria nunca de mí, y aseguraria la felicidad de ambos mis hijos.

Mientras hablaba el coronel O'Donnell, el color iba y venia en la cara de Rosa; pero por último se quedó mas pálida que de costumbre. Intentó balbucear alguna respuesta, pero las palabras murieron en sus labios.

—Basta, basta, hija mia, dijo su padre. Conozco todo lo que quieres decir. Tu silencio es suficiente respuesta. Ya sabia yo que mis deseos serian tu guia. No necesito asegurarte que tambien es el mas anhelante deseo del corazon de Horacio.

—¡Ah, oidme un momento! dijo Rosa juntando sus manos con una mirada de ansiedad y terror. Sabeis, padre querido, que vuestros deseos son siempre mi ley; y si me hubiera de casar, á ninguno preferiria al compañero de mi infancia y el objeto de vuestra eleccion; pero en esta materia, ¿no hay otra voluntad que consultar? ¿Podemos decidir desde luego que *soy* para casada?

—¿Qué quiere decir todo eso? interrumpió el coronel O'Donnell impaciente; ¿quién ha puesto esos locos prejuicios contra el matrimonio en tu cabeza? Mejor concepto habia formado de mi Rosa que esperar un fragmento de afectacion en ella.

—No es afectacion ó prejuicio, replicó Rosa con ansiedad, ni me habló nadie acerca de ello; son todos los libros que leo, todas las vidas de los santos, los que me dicen que debemos rogar á Dios nos dé á conocer el estado de vida para que Él nos tiene destinados. Nunca, y debo decirlo aunque tenga que confesar una falta, nunca hice esto objeto de oracion; y ¿podré llegar á decidirme antes de que tal suceda?

—Lo sé, dijo el padre empujando á un lado el libro y el escritorio; es el hojeo incesante de estos libros noche y dia lo que pone esas fantasías en tu cabeza.

Rosa pudo haber respondido, que si era así, no era otra cosa que los buenos efectos que se intentan producir con las vidas de los santos; pero semejante á los jóvenes cuando hablan á las personas que respetan, le pareció que mas bien estaba en el caso de disculparse que de tomar un terreno mas elevado.

—No son solo estos libros, padre, contestó ella; todos los libros hablan el mismo lenguaje; el de devocion que me disteis el otro dia, contiene oraciones para la eleccion de estado de la vida.

El coronel O'Donnell afectando, no escuchar, continuó en tono satírico:

—¿Y esperas ser otra Santa Rosa de Lima ó Santa Teresa? A la verdad, si la idea no fuese completamente burlesca, como venida de mi pequeña é indolente Rosa, la contestaria sériamente. ¡Qué! La que apenas baja al desayuno en una mañana fresca; que toma el té en su cuarto si tiene un poco de frio; que se sienta con los piés cerca del fuego cuatro ó cinco meses del año; que sale á ver á los pobres: ¡ah! y yo sé que te gusta hacer esto, y gastarias con ellos hasta el último maravedí, si no insistiese yo en que cierta suma la gastes en tus trajes; pero que vá en su berlina al pueblo envuelta en su acolchada capa en invierno, y cuidadosamente cubierta en el verano con su velo y sombrilla, ¿imagina tener vocacion para la dura vida de convento?

No era esta á la verdad una respuesta suficiente á la observacion de Rosa; pero la vergüenza y la natural desconfianza y sensibilidad de su carácter, la hicieron

sentir cual si estuviera en un error, como si fuera culpable de alguna presuntuosa y desarreglada consideracion: miró abatida alrededor suyo dejando asomar las lágrimas á sus ojos.

—¿Y cuánto hace, continuó el padre, dejando su tono irónico, que tienes este pensamiento en tu mente?

—No mucho, tartamudeó Rosa; de poco acá se me ocurre con frecuencia.

—¿Has hablado de ello al padre Gerardo?

—No; nunca.

—¿Pero cómo es, añadió el padre, que no has hablado á tu confesor de lo que consideras de tanta importancia?

—Porque no se me ocurrió hasta poco há, replicó Rosa dulcemente; y sabeis que vamos raras veces á confesion; además, no he tenido ideas muy ciertas sobre el objeto. Lo que me acabais de decir trae á mi entendimiento una mas distinta que las que yo recuerdo haber tenido antes.

—No sé lo que quieres decir con eso de ir raras veces á confesion, dijo el padre gravemente. Vamos á las ocho indulgencias, y considerando la distancia de Portmore, me parece mas de lo que se podia esperar.

—Conozco todo eso, dijo Rosa; no lo he dicho mas que por esplicar lo que estaba manifestando, y no para hallar en ello una falta.

Los afectos de Rosa eran profundos y su sensibilidad esquisita; era además de condescendiente carácter; tambien habia dicho la verdad, en cuanto á que sus ideas no eran muy acabadas sobre el objeto; ó mas bien, el primer alegre susurro quizá de la divina gracia en su alma, llamándola á una vida mas elevada que la de los

ejercicios de los afectos y deberes domésticos, aun tenia mucho que madurar. Parecia abatida en medio de la bulliciosa corriente de sus sentimientos naturales. Rosa casi estaba pesarosa de lo que habia dicho y permanecia en silencio.

Despues de un instante de pausa, el coronel O'Donnell tomó su mano y comenzó á hablarla en su usual y bondadoso tono.

—Mi querida Rosa, no supongas que estoy ignorante de que hay una cosa que se llama vocacion. Ningun católico puede ignorarlo; pero tampoco desconozco que Dios no deja á las personas en duda cuando tal existe; aun menos lo deja á la decision del juicio entusiasta é inesperto de un niño impresionable. ¿Puede haber un guia peor que la imaginacion en estas materias? Cuando tu corazon se siente herido con la admiracion de la historia de alguna heróica hazaña de armas, ¿crees porque tu sangre fluye con mas viveza y tu mejilla se colora, que tienes por eso el valor de tomar la brecha ó arrojar del campo al enemigo? No, querida Rosa, una vocacion se demuestra con una aptitud para la vida que requiere, ó á lo menos un principio de esta aptitud; y cuando no hay tales disposiciones, seria ruinoso tomar á la imaginacion por guia. Créeme, Rosa, te he observado desde la infancia y te conozco mejor que tú misma. Sin embargo, lejos, muy lejos de mí la idea de reprimirte, no me interpondré con autoridad; solamente no quiero que se juegue con los sentimientos y la dicha del hijo de mi amigo; y si llego á entender que lo que has dicho es la espresion deliberada de tu falta de inclinacion al matrimonio, Horacio no permanecerá, no, ni un dia.

—Pero, padre, dejadme algun tiempo para deliberar, dijo Rosa; yo deseo hacer lo que sea justo, deseo agradaros, pero estoy perpleja, estoy confusa.

—Eso es lo que yo deseo, replicó su padre; y lo prefiero á una penosa conversacion ulterior sobre la materia. Si tu decision es contra mi deseo, y lo que sientes es una repugnancia insuperable al matrimonio, nunca volveré á tocar el objeto. Ahora, óyeme, Rosa: Horacio viene esta tarde, pero no sabe que ya te he hablado. Cuando te retires, le informaré de tu determinacion; y si es adversa, dejará á Crewe Hall para siempre, antes que te hayas levantado mañana. Sabré si lo has decidido así, por esta señal.

Al llegar aquí el coronel O'Donnell sacó del pecho una pequeña caja de joyas, y continuó:

—Hasta el presente, Rosa, has demostrado repugnancia á gastar ningun ornato, y yo por mi parte nunca te obligué á ello; ahora te suplico que lleves esta tarde el adorno de este diamante. Le llevaba tu madre el dia que me juró su fé en el altar. Que le vea yo otra vez en la hija, su viviente imágen, y sabré lo que quiere decir. Sabré que quiere decir que tu deseo es agradarme, y que tus inclinaciones no se oponen á mis deseos. No pretendo por eso arrancarte una promesa irrevocable. Pero si no le veo, dijo con voz temblorosa, entonces sabré que estás decidida, y que ya no puedo mirar por felicidad en la tierra. ¡Dios quiera que tu eleccion sea para tu provecho!

Levantóse el coronel O'Donnell y dejó el cuarto. Rosa fijó sus ojos en el diamante mariposa, y un pensamiento cruzó su mente de cuán diferente amor era prenda la misteriosa mariposa, del que yacía en el corazon de

Santa Rosa; pero pensó inmediatamente en la faz severa de su padre, y sus arruinadas esperanzas de pacíficos y felices dias, y prorumpió en un torrente de lágrimas.

Vino la tarde; y el coronel O'Donnell con su hija y Horacio Ferrers, estaban sentados bajo la copa de un antiguo roble. Rosa estaba algo mas pálida que de costumbre; llevaba la misma bata de terciopelo negro, pero el diamante mariposa brillaba en su pecho.

CAPITULO II.

Que el coronel O'Donnell no era un católico muy devoto, pudo haberse conocido lo bastante por las páginas que preceden. Estaba sin embargo sinceramente ligado á la fé, aunque llenaba las prácticas religiosas de una manera escasa. Abandonar su credo le hubiera parecido por cierto la mas baja especie de degradacion, aun en el tiempo en que habia vivido en completo descuido de sus mas santas prescripciones; pero el caso era distinto al presente. Se habia arrepentido sinceramente de la vida irreligiosa que observara por algunos años gastados al servicio estranjero antes de su casamiento, que humanamente hablando, fuera el medio de hacerle retroceder á la observancia de sus cristianos deberes. Ni á la muerte de su esposa, cuya piedad habia ayudado á atraerle á Dios, sintió tentacion alguna de abandonar la senda recta otra vez; pero volviendo á ocuparnos de su estado de cabeza de familia, que por la muerte de su hermano mayor recayera en él, se dedicaba á negocios que no solamente eran legales, sino hasta beneficiosos y laudables en gran manera. Era, como se ha notado ya, un padre en estremo afectuoso, era un benévolo propietario y bondadoso dueño. Pagaba sus deudas, mejoraba su propiedad, y era caritativo para con el pobre.

Hasta aquí todo estaba bien; pero la verdad debe decirse. Sin embargo de todo esto, el coronel O'Donnell se hallaba en aquel estado que, próximo al de pecado mortal, es el mas respetuosamente peligroso para el alma; un estado de tibieza: aun mas, ¿no tenemos palabras de la Escritura para demostrar que este estado es en cierto sentido aun mas peligroso? «Quisiera que fuéseis fervoroso ó frio.» El coronel O'Donnell se habia colocado en una seca y estéril templanza que confundia con la calma y prudencia religiosas, y la sobriedad de un arreglado progreso. Cuando las cosas que nos rodean se mueven, tanto en el órden espiritual como en el material, es difícil percibir si nosotros mismos estamos quedos ó en movimiento; ó tal vez en estado de retroceso. Así, el progreso de otro que el cristiano tibio equivoca con la precipitacion estraviada ó mal regulado entusiasmo, causa en él el efecto de considerar su propia condicion apática, una marcha cuerda y bien ordenada.

El coronel O'Donnell amaba su fé como amaba su país, como amaba su honor ó su reputacion. Era algo que le pertenecia, sin que hubiera jamás cruzado por su mente la idea de separarse de ella; era celoso y se indignaba de cierto modo al recuerdo de las persecuciones que habia sufrido su fé en el país; de las calumnias que aun padece frecuentemente, y de las desventajas y privaciones que tanto tiempo sufrieron los católicos, cuyos resultados aun sufren en gran manera. Para todo esto estaba penosamente vivo; pero no era en proporcion de este agudo sentimiento, el amor que profesaba á la fé, como su deseo era justificarlo, proporcion provechosa para remover la murmuracion, huir del mal sentido,

sospecha y desprecio que con una ú otra forma encuentra la Iglesia en la muchedumbre que no es de su seno. Los protestantes forman la mayoría numérica de Inglaterra, y este es un hecho que apoya la observacion; y aunque el hombre que en su alma conoce la dicha y gloria inesplicable de pertenecer á la Iglesia verdadera, siente piedad por la muchedumbre tristemente engañada, pero que no la vitupera, porque esta, ó no le conoce, ó le aplicaria el dictado de engañador ó de tonto; sin embargo, para el que ama con frialdad, y cuyos sentimientos son perceptibles, vienen aquellos dictados como una pena contínua y una prueba amarga. De aquí que el coronel O'Donnell, lanzándose perpétuamente en la mente de los protestantes, y realizando el exámen del credo de los mismos, estuviese siempre ansioso de evitar su censura, de modificar, de hacer desaparecer, de anular lo que llamaria situaciones estremas; reducir á las menores proporciones posibles la rica y gloriosa herencia de la fé, en que como en lozanos pastos, corren con deleite y exaltacion los afectuosos hijos de nuestra santa Madre.

«Estrechar nuestros puntos de diferencia,» diria, «es el medio de que los protestantes lleguen á nuestra fé en union con nosotros.» Sin percibir que el verdadero camino de estrechar los puntos de diferencia no es podando, cortando y abatiendo la rica verdad que sostenemos, que en aminoradas proporciones habria de tener una mas próxima semejanza, ó cuando menos una diferencia menos palpitante con los mutilados sistemas de nuestros enagenados hermanos; sino descubriendo los principios de verdad que sostienen con nosotros; induciéndolos honestamente á llevar estos principios á

sus legítimas conclusiones, puesto que por ellas pueden aprender á rechazar ese error que es incompatible realmente con la verdadera percepcion y recepcion de todas las verdades cristianas; y que oscureciendo la mente, la incapacita para considerar un momento siquiera, aquella poderosa evidencia que no puede menos de convencer á un claro y no prevenido entendimiento. Existen diferencias positivas en el fondo; y ningun protestante intelectual y de buen juicio, se satisfará jamás con estas apologéticas esposiciones de la verdad, que tendrian por objeto persuadirle, por decirlo así, á que necesitaba solamente sostener un poco, muy poco mas de lo que ya sostiene. Algo le dice que hay, en resúmen, una diferencia esencial entre el Catolicismo y el Protestantismo; y que esta diferencia no es una bagatela. Y si el entendimiento no se satisface con semejante proceso, ¿qué diremos del corazon? ¿Se ha convertido nunca á este por tal desamorada y fria exhibicion de nuestra fé gloriosa?

Apenas es necesario añadir que el coronel O'Donnell no tenia simpatía alguna por la santidad heróica. Por consiguiente, como católico, esta circunstancia le ponia en una contradiccion considerable. El protestante censura los santos de la Iglesia, si no los califica peor, como sucede no pocas veces, de fanáticos y entusiastas en todos tiempos, así antiguos como modernos, y es contradictorio al hacerlo así; pero el católico, que huye de cualquier ejemplo moderno de santidad heróica, y mucho mas si este ejemplo le tiene cerca, en razon de la proximidad, se coloca ciertamente en una posicion que, calificándola de contradiccion intelectual, es presentarla en el punto de vista mas indulgente. Tristes por cierto

y estériles son los efectos de semejante disposicion en el progreso de santidad en el alma del propio individuo, y tristes son tambien en otros que están en la esfera de su influencia, y aun mas si educados desde la infancia bajo su cuidado.

El coronel O'Donnell habia abrigado el deseo de criar á su hija para sí y no para Dios. No seguia este plan á sabiendas; pero su miserable modo de ver la profesion de cristiano, que prácticamente no se elevaba sobre el cumplimiento de los deberes naturales que resultan de nuestras relaciones domésticas, cegaba sus ojos al efecto. Rosa era su Rosa, su hija, su propiedad, su tesoro; habia sido su juguete en la infancia, era su orgullo en la mocedad, y habria de ser su apoyo y su consuelo en la vejez; y dilataba la vista de esta suerte con tranquilos sentimientos á lo que de otra manera serian los melancólicos y valetudinarios años, «los años en que no tenemos placeres.» Veia una pintura ante sí de otros hijuelos y florecientes semblantes, creciendo alrededor suyo, colgándose de su poltrona, saltando sobre su rodilla, retratando á sus ojos el semblante angélico de su pequeña Rosa, y recibiendo en su mente la dulce impresion de sus goces humanos y humanas afecciones. ¡Ah! ¡que los hijos sean de esta suerte un lazo para los padres, aun en la segunda generacion, de tal modo que cada eslabon que la tierra ha clavado en la cadena que los une, permanece fijo para siempre, y á la manera de una sucesion de espejos, sostengan las ilusiones de la juventud y sus tentaciones por toda la vida, mientras los padres sienten y viven incesantemente en ellos!

¿Y en qué consistia que el coronel O'Donnell viviese otra vez, y que estuviese pronto á vivir otra todavía en

los hijos de Rosa? En que era una vida que prácticamente colocaba la tierra ante el cielo, y cifraba sus bienes principales en las afecciones mundanas. Pero si su hija era un lazo para él, ¿qué era él para su hija? ¿Para su hija, que heredaba de él su afectuosa naturaleza; que como él, cejaba del sufrimiento, y temblaba al pensamiento de la afliccion; que se horrorizaba de las palabras duras y miradas despreciativas, y tiritaba al frio soplo y viento de invierno? ¿Aprenderia como él á girar sus mas profundos afectos alrededor de la morada de su amor mundano, hasta que estuviesen irrevocablemente fijos y encadenados con aquellos á quienes se habian unido tan cariñosamente? Desde la mas tierna infancia de su hija, el coronel O'Donnell, solo en el mundo con su objeto de amor, habia temido sobre todas las cosas la pérdida de su tesoro. Cuando ella habia pasado prósperamente por todos los males infantiles, el primer objeto del temor del padre fué la posibilidad de que algun dia demostrase preferencia por la vida religiosa. Que ella, su hija única, su sola compañera y el consuelo de sus dias, le habria de dejar para ser monja, hubiera sido para él un procedimiento cruel y fuera de lo natural. ¡Ah! ¡Con qué facilidad se resigna un padre á dar su hija á un esposo de la tierra; con qué repugnancia la cede á un esposo celestial! ¡Cuán razonable le parece, que pocas palabras de amor de los labios de un hombre, á quien ella nada debe sino los lisonjeros sentimientos, cosa de ayer, que su admiracion inspiró; y que aquellas pocas palabras la hayan de arrancar de los afectuosos brazos del que la ha acariciado desde la cuna, de su padre mismo, á quien ella lo debe todo; y cuán irracional le parece que Aquel que la ha amado con

perdurable amor, su Criador, su Redentor y el Esposo de su alma, la ligue á Sí algun dia con los lazos de aquel amor!

Los temores del coronel O'Donnell en esta parte, el tiempo andando, llegaron á mitigarse y casi habian desaparecido. El afecto de Rosa hácia él, la condescendiente naturaleza de su carácter, que parecia no tener voluntad propia en todo lo relativo á su padre; y sobre todo, su delicada sensibilidad por cualquiera pena ó privacion, le alentaron en este punto. Y sin embargo, el coronel O'Donnell bien podia estar engañado. Cierto que Rosa tenia aversion al sufrimiento, y que sus fogosos sentimientos acrecentaban el dolor; pero tambien habia en ella una profunda y perseverante admiracion de lo que es mejor y mas perfecto; además, la gracia triunfa victoriosamente sobre la naturaleza; las dotes naturales, ó constitucion de carácter, no forman parte de una vocacion y no son obstáculo para ella donde Dios invita al alma á tan elevado honor. Respecto de Dios, la vocacion es su llamamiento á la débil é indigna criatura, de que Él quiere desposarla Consigo mismo; respecto de la criatura, consiste en una fiel respuesta y consentimiento á la llamada del cielo. ¡Desgraciado del coronel O'Donnell, entonces, si hacia uso del carácter natural, y la condescendiente voluntad y afectos humanos del corazon de su hija para robarla de la amorosa invitacion de su Dios ligándola á la tierra; y desgraciada de la hija, si permitia ser de este modo engañada en tan elevado destino! Santos hubo en la vida matrimonial, santos en los diferentes estados del mundo, en los tronos y en las córtes de los reyes; ¿pero hallareis, no digo un santo, uno que salve con facilidad su alma, si

ha abandonado su vocacion? ¡Desgraciada del alma á quien Dios comenzó á abandonar!

Ya hemos visto que el coronel O'Donnell habia tenido en guarda desde los tiernos años al hijo de un amigo querido. El jóven Horacio Ferrers habia desde muy temprano manifestado talento, viveza en la comprension, y estaba dotado con mucha dulzura de carácter, maneras seductoras y un tacto prudente. En contra de esto, un observador de la naturaleza humana hubiera notado, que aunque adelantaba á los de su edad en la adquisicion de conocimientos, y aun frecuentemente en poco tiempo parecia llegar al nivel de sus preceptores, sin embargo, le faltaba perseverancia, como tambien aquella reverencia hácia la ciencia y sus maestros, que demuestran por lo regular los que hacen mas sólidos y duraderos progresos. Todas las cosas le eran fáciles, y por tanto todas las cosas eran en realidad tenidas en poca cuenta. Todas las cosas, en efecto, eran en la superficie fáciles para él; y Horacio, que tenia talento, viveza y penetracion, le faltaba profundidad. Su misma falta de profundidad, por consiguiente, la transferia al objeto de que se ocupaba, y hacia su poder de realizacion la medida de la estension del objeto mismo. Escasez de profundidad y grandeza en la comprension, es una falta mucho menos perceptible á la persona misma, que lo que produce la tardanza de aprension; además, la aplicacion puede suplir en gran parte la falta de la segunda, entretanto que nada puede compensar la ausencia de la primera. Nada compensará intelectualmente la falta de profundidad; sin embargo, en la moralidad halla verdaderamente fácil compensacion; pero si el individuo es deficiente en la naturaleza moral

tambien, entonces el caso presenta mal aspecto. Todavía el hábil observador hallaria mayor causa de alarma; temeria hallar mas dulzura y suavidad en el carácter que calor y viveza en los afectos, y mas gusto natural, deleite y repugnancia en su tacto, que en una alta prudencia y reflexiva caridad. Notaria tambien, que aunque no habia falta notable de veraicdad, sin embargo habria mas deseo de evitar lo que es desagradable que de buscar lo que es bueno; que habria alguna falta de admiracion sencilla y sincera de lo que es puramente recto; que lo verdadero, lo justo y lo bueno, no eran constantemente, y nunca quizá, las primeras circunstancias y el mas prominente aspecto en que mirase espontáneamente las cosas. Y sin embargo, este mismo observador se veria inclinado á dudar; porque todo esto mas bien revelaria negativamente que se manifestaria positivamente, y como lo que toma una forma positiva era ciertamente bueno segun su estension, la caridad y la esperanza presumirian que el resto estaba latente, y solo esperaba por desarrollo. Sin embargo, los que son directores reflexivos de la juventud juzgarán la presencia de las dos ó tres calificadas faltas (porque no hablamos de vicios), un bien positivo, comparadas con la ausencia de la agradable seguridad de la pureza y vigor de los elementos esenciales de bondad moral. Sabemos cómo debemos portarnos con las faltas; los vicios nos confunden.

Sea como quiera, el coronel O'Donnell no era de los hombres que se alarmaban con facilidad. No tenia una distincion profunda de la naturaleza humana, y era apto para investir todas las cosas que le pertenecian con las cualidades que deseaba poseyesen. Horacio era

dócil y obediente, y no le daba cuidados; y sus fáciles progresos en los estudios de la juventud deleitaban á uno que le amaba, si no tan tiernamente como á su hija (porque á esta la idolatraba), sin embargo con el ordinario afecto de un padre. No teniendo el coronel O'Donnell un hijo propio, su ambicion se concentraba en Horacio, como su amor en Rosa. Hacerle adelantar, conseguir amigos para él, darle una posicion en el mundo, y con este propósito dirigir enteramente su educacion á este fin, tal era el plan que seguia con respecto á su hijo adoptivo. Cierto es que intencionalmente no sacrificaba el cuidado del alma de Horacio á estos proyectos. Su pensamiento era verificar todas estas cosas sin dejar por hacer la otra; pero cuando menos prácticamente el objeto mas grande se sacrificaba al inferior. El coronel O'Donnell á esta grande falta añadia otra menor, en el frecuente cambio de sistema que seguia en la educacion de Horacio. Mal contento contínuamente con cada sucesiva escuela, le removia con mucha frecuencia; y finalmente, para completar su educacion, le mandó á Cambridge, principalmente con el objeto de que se hiciese amistades entre los protestantes, punto que consideraba muy apetecible, y á propósito para contribuir á sus adelantos en el mundo. Al obrar así, el coronel O'Donnell no colocaba deliberadamente las ventajas mundanas contra las espirituales. Conceptuaba á Horacio suficientemente instruido en la fé, y estaba satisfecho de que habia ejecutado todo lo que el deber requeria de su parte, y perfectamente contento con el resultado. Horacio podia dar respuestas claras si fuese examinado sobre el objeto; practicaba sus deberes religiosos regularmente con el resto de la familia; y unas ve-

ces gozaba riéndose de los protestantes cara á cara, cuando en otras hacia una refutacion agria de sus argumentos en ausencia. Para quien tenia una medida tan defectuosa de santidad como el coronel O'Donnell, todo esto era completamente suficiente; y así, sin escrúpulos ni dudas en cuanto á las consecuencias, espuso, en la edad mas crítica y mas impresionable en la atmósfera de una universidad protestante, á uno cuya inconstancia y debilidad de naturaleza moral le ponian en el caso de necesitar todo el apoyo y ventajas religiosas. Al obrar así, no creia que le esponia á ningun riesgo de la pérdida de la fé; pero ya que no á esta pérdida, ¡qué incalculable injuria no le infligia; qué incalculables ventajas no renunciaba!

Pero aparte de los adelantos en el mundo de su hijo adoptivo, ó mejor dicho, en cercana conexion con ellos, el coronel O'Donnell acariciaba otra idea favorita, en la union favorita de Horacio con su Rosa. Con todos sus vicios y faltas y á pesar de su avaricia por otros respetos, el coronel O'Donnell no era codicioso. La fortuna de Horacio era pequeña; pero Rosa era la hija única del coronel O'Donnell, quien consideraba su propia fortuna ámpliamente suficiente para ella sin atender con voracidad por una adicion. Por eso preferia lo que hubiera llamado asegurar la felicidad de su hija á la probabilidad de aumentarle las riquezas. Pero si debe decirse la verdad, alguna intencion egoista de su propio consuelo y felicidad habia tambien en el fondo de todo el plan, cual era prever el casamiento de su hija sin la pena accesoria de separarse de ella. Llegando á ser Horacio doblemente su hijo, viviria con él, y de esta suerte vegetaria en medio del doméstico consuelo y la socie-

dad de los dos seres á quienes estaba unido su corazon, y en quienes su orgullo hallaba una recompensa.

Horacio disfrutaba las vacaciones en casa, y el coronel O'Donnell animaba en cuanto podia su constante asociacion con Rosa, en todos los estudios de esta y en todas sus diversiones. Juzgaba que esto no podria menos de obrar favorablemente hácia la realizacion de su futuro proyecto. ¿Pero puede un padre católico saber lo que hace cuando, como en el caso presente, intenta anteponerse á Dios, preocupar los afectos, interesar el jóven corazon, y todo cuando todavía está completamente ignorante de si el Señor ha elegido aquel corazon para Sí, aquellos afectos para Su perfecta y entera posesion? No se crea que porque la idea del matrimonio no haya ocurrido á las personas jóvenes de este modo asociadas, deja de existir algun mal ni puede resultar tampoco. ¡Oh! es pernicioso para la perfecta libertad del alma esta contínua participacion de la alegría y del pesar, en ocupaciones y en el ocio, en el estudio y en el descanso: el paseo por el claro rio en tiempo de verano, ó la mímica faena del jardin participada en medio de agradable risa; la instruccion jovial y el canto jocoso; las largas noches de invierno, con todos sus propios objetos de interés; la música y el libro en comun; y todo esto donde el sagrado lazo de parentesco no une para separarse: es dañosa esta mezcla de familiaridad y delicada consideracion que practican habitualmente unos hácia otros los que, asociados como hermanos y hermanas, saben que son en realidad estraños entre sí: la ternura del usurpado parentesco fraternal prestando su puro, dulce y constante encanto á la vivacidad y estímulo de aquel afecto que no resulta de lazos de paren-

tesco, propende al matrimonio. ¿No puede llegar el dia, quizá cuando menos se espere, en que estos jóvenes corazones sientan, y uno tal vez diga, por qué nos hemos de separar jamás? ¿O que el medio niño y medio mozo, diga á su jóven compañera, medio en juego y medio de veras, que no se casará con otra esposa? O, de cualquier modo, si la idea no llega á espresarse con palabras, una relacion constante de esta naturaleza, ¿no creará un prejuicio en el entendimiento y una preferencia en perspectiva del estado del matrimonio? y aunque Dios no tenga mas elevados designios hácia las almas de estos jóvenes, ¿no juega todo esto con los afectos de una vida posterior; no es esta una ligera y descuidada anticipacion de un estado que de otro modo empezaria en el temor de Dios y con profundo conocimiento de sus responsabilidades; no estraga todo esto el puro corazon del jóven?

Cinco años de diferencia mediaban entre la edad de Horacio y la de Rosa; y cuando á los veinte y un años el coronel O'Donnell removió á Horacio de Cambridge, y le permitió pasar algunos meses en casa antes de enviarle á viajar por un año ó dos, los dos jóvenes parecian mas que nunca compañeros inseparables. La belleza y dulzura de Rosa ganaba la admiracion de todos los que se le acercaban; ¿qué es de admirar, pues, que aquellas dotes hicieran una impresion viva en el corazon de Horacio? ¿Qué es de admirar, que al acercarse la hora de su separacion, el jóven sintiese un peso en su espíritu atraido por los pensamientos de su primera prueba de la vida?

El caso con Rosa no era tan serio: no tenia mas que diez y seis años, y á los diez y seis años la mayor parte de las jóvenes no son mas que niñas grandes. Rosa no for-

maba una escepcion de la regla general, y á la verdad habia sido siempre, y aun era notablemente pueril en sus gustos. Jugaba con deleite con su muñeca mucho tiempo despues de la edad en que las mas de las niñas se avergüenzan de sus juguetes. Despues de esto sus cantores pájaros y su gatito monopolizaban toda la supérflua ternura de errante fantasía; entretanto que el solo estenso, absorvente, real amor de su padre llenaba y satisfacia las profundidades de una alma formada para amar fiel y devotamente; y echaria con frecuencia los brazos alrededor de su cuello para decirle: «Padre querido, jamás me casaré con ninguno, porque no quiero á nadie la mitad que á vos.»

Sin embargo, Horacio era afectuosamente amado por ella, y podia y hacia cosas que su padre no podia intentar siquiera; corria alrededor con ella, la acompañaba en todos sus juegos y entraba en todas sus ocupaciones. Era cosa de siempre: «Horacio, ven aquí, mira esto; ayúdame á hacer esto;» y Horacio siempre estaba voluntario; y de esta suerte era medio compañero, siempre dispuesto á su llamamiento, y medio algo mas que compañero; una persona hábil para hacer muchas cosas de que ella no era capaz, y de aquí inclinado á un sentimiento próximo al de obsequio.

El coronel O'Donnell no dejaba de ser un observador atento del estado de las cosas, aunque era mas perspicaz para discernir los sentimientos que para comprender el carácter; además, el asunto era de demasiado interés para que dejase de ejercer toda la penetracion que poseia. Notaba en Horacio la depresion de espíritu, así como se acercaba el tiempo de dejar á Crewe Hall, y determinó prevenir que el jóven revelase sus senti-

mientos á Rosa al partir. Entraba en los cálculos del coronel O'Donnell respecto de Horacio, completar su educacion con una correría en el continente, con el fin de que adquiriese algun conocimiento del mundo. Conocia las probabilidades de que una fantasía jóven como la de Horacio no resistiese á la prueba de la ausencia, si por otra parte era atraida por objetos nuevos; amaba á su hija con demasiada ternura para esponerla á pena alguna ó mortificacion de sus sentimientos. Al presente estaba del todo ignorante Rosa; pero una declaracion de parte de Horacio hubiera dado probablemente una forma mas definida y acabada á su amor pueril por él, y pondria quizá el fundamento de un amargo chasco. Con la intencion, pues, de prevenir esto, el coronel O'Donnell habló á Horacio sobre el objeto; le dijo que habia observado su creciente aficion á su hija, y que, en cuanto á lo que á él concernia, si perseveraba, encontraria con su favor y aprobacion; pero que Horacio era jóven, y apenas podia conocer su intencion hasta haber visto algo mas del mundo; que Rosa era aun mas jóven, demasiado jóven para tener una intencion que dar á conocer; por último, que no permitia un compromiso ni tentativa de revelacion de parte de Horacio de sus sentimientos hácia su hija, conducta que le hubiera desde luego cortado el favor del padre. Que al regreso de Horacio, si persistia en su afecto, le escribiese este en tal sentido con anterioridad. Si el coronel O'Donnell no recibia alusion alguna sobre el asunto en la carta anunciando su vuelta, no le costaria la menor censura, ni sentiria el menor disgusto por el cambio; pero que tomaria medidas, por consiguiente, para impedir la continuacion de la intimidad sin lími-

tes que existiera entre él y Rosa en los primeros años.

Horacio recibió esta comunicacion, como era de esperar, con grandes demostraciones de gratitud, prometiendo todo lo que le requeria, y cumplió su palabra poniendo por obra su partida tan pronto como pudo; tanto que Rosa llorando, segun su padre decia, como un niño, por espacio de hora y media, declaraba estar segura que Horacio no estaria tan afligido por su marcha, como ella lo estaba con su pérdida.

Rosa estaba muy triste, puesto que perdia á su compañero por algun tiempo; el estudio era fastidioso, y el recreo tonto; mientras que sus frecuentes horas de soledad eran vacías y pesadas. Su padre, tan amado como era por ella, no podia en muchos respetos suplir la ausencia de su jóven y mas vivo compañero; en resúmen, Horacio habia formado una suerte de suplemento en su diaria existencia, cuya separacion habia dejado en ella una brecha estúpida y melancólica. La brecha, sin embargo, se cerró gradualmente. La misma pérdida del placer que sentia al principio en todos sus estudios y ocupaciones, la obligaron, pasado algun tiempo, á entregarse á ellas con mas seriedad; y finalmente, á amar por su valor real aquello que hasta entonces habia tomado con un placer de simpatía, y por el encanto con que se toma cualquiera ocupacion en comun con las personas que nos son queridas, á pesar de lo interesante que puede ser en sí misma.

Algun cambio tambien se efectuó en el carácter de Rosa un poco antes del principio de nuestra narrativa. Este cambio fué no solamente debido á su adelantamiento en edad, sino á su grande incremento en la devocion. Esta devocion era alimentada por uno de los

pocos remedios esteriores que estaban á su disposicion para compensar la distancia de la capilla católica, y que el coronel O'Donnell descuidaba aprovechar tanto para sí como para su hija, en aquello que estaba dentro de su posibilidad. Este remedio consistia en la buena eleccion de la lectura espiritual que habia pertenecido á su devota madre. Estos libros, que hubieran permanecido en los estantes entre polvo y tranquilo reposo respecto al coronel O'Donnell, eran diligentemente examinados y meditados por Rosa; y sus lecciones, especialmente las obtenidas de las vidas de los santos, habian empezado á echar raices profundas en el corazon de la jóven.

Su silencio llegó á ser mas meditabundo; su soledad mas rica en oracion y pensamiento santo; su caridad siempre generosa, mas tierna, mas amante, adornada con mas abnegacion de sí misma, y comenzó gradualmente á cercenar algo de aquella indulgencia de sí propia demasiado delicada, que su padre casi censuraba en ella como una falta, mientras que él mismo por otra parte, como hemos visto, se deleitaba en ello de alguna manera.

Entretanto Horacio hacia su correría continental, con gran satisfaccion para el coronel O'Donnell, en compañía de un colega de año y medio en edad mas que él. Ninguno pudo haber elegido mas en armonía con los proyectos del coronel O'Donnell; puesto que el jóven San Lorenzo era hijo de la persona de mas influencia en la region marítima de..... donde estaba situado Crewe Hall. Así pasó el tiempo, llegando por último el regreso del viajero, y con este regreso llegando al parecer el cumplimiento de todos los mas queridos deseos del padre. ¡Ay del padre, y ay de la hija de su idolatría, si estos deseos han de ser cumplidos!

CAPITULO III.

Era uno de aquellos brillantes dias del principio de setiembre, cuando el calor al medio del dia apenas cede al de julio, dia en que no se notaba instabilidad alguna, engañándonos, como hacen los momentos prósperos, casi en la creencia de su eternidad; pareciéndonos en resúmen, «uno de aquellos celestiales dias que no pueden morir,» como así los ha calificado el poeta sin rival de la naturaleza.

El jóven Horacio yacía tendido en la yerba del pequeño jardin, que ya hemos descrito, á la sombra del elevado biombo de laurel; al lado tenia su guitarra, en la cual habia estado tocando, y en cuyas cuerdas todavía pasaba negligentemente á veces los dedos, entretanto que con la otra mano acariciaba su perro favorito, que, agachado en el blando césped, parecia gozar como su señor de las horas calorosas del verano. Horacio estaba en aquel dulce humor en que el placer paga tributo á la comodidad, y en que tranquilo el corazon de su alegría, lozanea en cosas indiferentes, malgastando su buena disposicion natural en troncos y piedras y en el aire vacío.

Horacio gozaba mucho en todas ocasiones con las bellezas naturales, pero en él era menos un gusto natural que una especie de refinada sensualidad; y no parez-

ca demasiado severo calificar esto con tan duro nombre, que en sí mismo es un placer tan inocente; porque á la verdad ningun placer, aunque puro, se puede apetecer con intencion por sí mismo y permanecer puro. Si no asciende ningun incienso del corazon mientras absorven en él los sentidos con deleite los mas suaves perfumes de la naturaleza; si no inspira el silencioso canto de gracias cuando los oidos están encantados con la música del rudo coro de los bosques, ¿qué diremos de este corazon? Sin embargo, no es fácil distinguir esto; porque la felicidad de las índoles dulces presenta la perspectiva de la gratitud, y el amor de la belleza de la creacion parece muchas veces semejante al amor del Dios de la creacion. Los hombres tienen el hábito de llamarse á sí mismos reconocidos cuando son solamente dichosos, quizá porque lo imaginan así.

Rosa estaba sentada en una silla de jardin: sobre sus rodillas habia algunas flores recientemente cortadas, que tejia en una guirnalda; pero la obra proseguia despacio, porque Rosa estaba pensativa. Sus negras cejas no se alzaban ni por un momento. ¿Era porque sentia que los ojos de Horacio se fijaban frecuentemente en ella, ó estaba absorta en sus pensamientos desapercibida de su presencia? No, desapercibida no; ella no podia estarlo ya. ¡Ay del tiempo en que, aunque amado con cordial afecto, iba y venia como otros iban y venian, sin hechizarla su presencia, sin que su ausencia fuese una cosa estraña! ¡Ay de Rosa! habia sacrificado la libertad de su corazon (tal vez mucho mas), aquel dia en que no pudo hacer frente á la afliccion de su padre; cuando ella decidió primero para orar despues, decidió para diferir, bajo el plausible motivo de que al darle la señal que

A. Vera

R. A. L. p.

Horacio y Rosa

J. Sanchez Rubio, Editor, Madrid.

pedia era solamente no decidir contra él desde luego; una conducta seguida por respeto y obediencia; porque en resúmen, Rosa aun podia hacer materia de la oracion si debia casarse; su padre no le habia exigido una final é irrevocable determinacion.

¿Y creeis, Rosa, que podreis orar sinceramente solicitando luz y guia, rodeada de la tentacion, ó que podeis esperar esa luz y guia, entretanto que esteis colocada voluntariamente en medio de ella? ¿Por qué no respondísteis á vuestro padre, cuando puso ante vos aquella irracional alternativa, que no decidirias nada en pró ni en contra del matrimonio hasta conocer la voluntad de Dios; pero que, como él, juzgábais que no se debe jugar con los sentimientos; que necesitábais el retiro para meditar el asunto, para ponerle ante Dios, y para tomar consejo de vuestro guia espiritual? Cierto que vuestro padre no exigió una determinacion irrevocable; ¿pero no habeis percibido que exigió virtualmente en la cuestion el abandono del aspecto religioso, no permitiendo tratarle sino como un asunto de inclinacion? Sí, Rosa conoció ó debió conocer todo esto; pero sus sentimientos eran fuertes, su timidez grande y su voluntad débil, y se abandonó. ¡Ay de Rosa!

Por último, alzó los misteriosos ojos que Horacio habia asediado como una dulce corriente durante su larga ausencia, y fijándolos en él con aquella blanda espresion de tristeza que frecuentemente los adornaba, dijo:

—Me persigue hoy, Horacio, un pensamiento, ó mejor dicho, una imágen.

Horacio miró inquisitivamente, pero sin haberla interrumpido continuó:

—Tengo gusto en sentarme á la hora del crepúsculo

cuando la creciente oscuridad comienza á confundir los objetos, y distraerme con la presencia de mi ángel de la guarda. ¡Oh, cuánto tiempo he esperado verle! pero indigna como soy de tan alto privilegio, deleito á mi amor por él con figurarle en mi interior en el sitio y con la actitud en que está; y me parece verle unas veces en profunda adoracion ofreciendo por mí aquel incesante y fervoroso homenaje que mi descuidado corazon tan rara y friamente ofrece; otras veces le veo observándome con radiante faz y sonrisa de caridad divina. Pero ayer me pareció verle con los brazos caidos y una mirada de meditabunda tristeza; no me deja la impresion; me persigue en sueños, se me presenta en el paseo, y aun ahora la misma imágen se retrata en mi mente de una manera espontánea.

—¿Estás supersticiosa, Rosa mia, replicó Horacio, ó es un brillante trozo de poesía lo que estás diciendo?

Rosa miró algo enojada.

—No lo hubiera dicho á haber sabido que te reirias de mí.

—No me rio de tí, querida, dijo Horacio riendo, sin embargo, en la respuesta, pero no creo que des importancia alguna á lo que es en realidad una mera fantasía; en la oscuridad de la noche es muy fácil conjurar las sombras. El otro dia, apenas podrás creer esto, pensé ver una vieja fumando una gran pipa; y ¿sabes lo que era?

—No me dá cuidado saberlo, dijo Rosa algo impaciente y ligeramente colorada; porque eso nada dice con el propósito. No he dicho que *pensé* ver al ángel de mi guarda; he dicho que le *imaginé*.

—Bien, replicó Horacio; si fué una imágen, debe te-

ner su fin. ¿Quién molesta su cabeza por cosas que son de la imaginacion?

—Nunca te conocí tan pesado en comprender, dijo Rosa.

—Vaya, no riñamos, querida Rosa, dijo Horacio alegrememente y con aquella mirada de pacífica suavidad que formaba el gran encanto de su semblante. Te entiendo completamente (no era cierto, quizá ella no se comprendia). Solo deseo entretenerte; pero como no estás de buen humor, voy á cantarte una cancion de órden pensativo que compuse tendido en la ribera de la apacible Bahía de Nápoles, bajo el cielo claro que inspiró á Shelley aquellas inimitables líneas. ¿Las conoces?

—No, dijo Rosa, nunca las oí, pero quiero oir tu canto.

—Entonces, dijo Horacio templando las cuerdas de su guitarra, hemos de leerlas juntos otro dia.

Horacio tenia un oido esquisito para la música; así es que no le habia costado trabajo adquirir una habilidad considerable en tocar mas de un instrumento, habilidad que la hacia encantadora el gusto natural que tan ámpliamente poseia.

El canto era dulce y penetrante, pero Rosa puso mas cuidado en atender á las palabras; y al mismo tiempo que escuchaba, venia sobre su semblante una profunda sombra de tristeza.

CANTO DE HORACIO.

Sobre esta adorada tierra
Que santificó tu planta,
Donde la sombra querida

De tu presencia divaga,
Donde repetido suena
El eco de tus palabras,
Reposaré disfrutando
Del medio dia la calma.
¡Ah! Tiene la soledad
Un suave acento que me habla
Siempre de Dios Poderoso,
Y que convida á mi alma,
A gozar de paz solemne
Libre de pérfidas trabas.
Es la tierra el pavimento
De un santuario en que descansa
La bóveda de los cielos,
Y la armonía sagrada
De los seres que la adornan,
Una incesante plegaria
Que nuestro espíritu eleva
A la celeste morada,
Mostrándole allí su vida,
Y el norte de su esperanza.
Los árboles y las fuentes,
El verde suelo y las plantas,
Todo con voces tranquilas
Del cielo y su gloria santa,
De la region en que moran
Los puros ángeles, hablan.
¡Y yo hice de la tierra,
Y del mar, Rosa adorada,
Un templo para tu gloria!
En él vivo, en él te ama,
Te adora incesantemente

Mi corazon..... Si profana
Tu santo nombre, Dios mio,
La pasion que me arrebata,
Mi delirio compadece,
Perdona, Señor, mi falta.

Concluido el canto, Horacio buscó los ojos de Rosa pidiendo aprobacion.

—¿Compusiste la letrilla tambien? dijo ella gravemente.

Horacio contestó con una afirmativa.

—No me gusta, dijo Rosa.

El semblante de Horacio reveló que no esperaba tal respuesta.

—No quiero decir, continuó ella, que en las palabras no haya un sonido lastimero y agradable; pero de todos modos, Horacio, el pensamiento no es cristiano. ¿Cómo pudo ocurrir á tu cabeza?

—Pero, querida Rosa, esto es una poesía, y un canto además; no es un sermon.

—Sin embargo, persistió Rosa, el pensamiento debe ser verdadero y bueno, ya escribamos prosa ó verso.

—Yo creo que la mayor diferencia entre un sermon y un canto, replicó Horacio riéndose, consiste en que el primero es prosa y el segundo verso. Un sermon es para enseñarnos nuestro deber; un canto sirve para espresar nuestros sentimientos.

Rosa nada respondió; pero sacando un pequeño album de la cesta de trabajo que se hallaba á su lado en el césped, empezó á escribir. Despues de algunos minutos de alternada reflexion y escritura, pasó el album á las manos de Horacio, diciendo:

—Esta es mi respuesta.

RESPUESTA DE ROSA.

Te amo, sí, pero nunca,
Horacio mio, te amara
Si antes que á tí no quisiera
Con toda mi vida y alma
A *Uno* solo: Él es el astro
Que los colores derrama,
Su luz sola es la que brilla,
Y la belleza mundana
Es una huella, un trasunto,
Una leve semejanza
De aquello que nunca vimos:
Reflejo, sombra liviana
De la perfeccion suprema,
Un recuerdo, una esperanza.
Lo que nuestra admiracion
Y nuestro afecto demanda,
Es el divino modelo
De la belleza increada,
Y la bondad, la hermosura
De la tierra mas encanta
Por lo que á Dios se asemeja
Que por su efímera gracia.
Si se admira lo perfecto,
Si lo sublime arrebata
Es que en ello descubrimos
Una dulce semejanza
Con algo que es mas perfecto
Y sublime, con la causa

De donde toda grandeza,
Toda perfeccion dimana,
El único ser que es digno
De verdadera alabanza.
Padre del cielo, Dios mio,
Donde tu divina planta
Se fija, un celeste aroma
De santidad se derrama;
Tus obras son tu poder,
Tus criaturas tu gracia,
Y el que ama á tus criaturas,
A Tí solamente ama.

—¡Qué pronto has escrito estas líneas! esclamó Horacio así que acabó de leerlas.

—Ya las tenia escritas desde el otro dia, replicó Rosa; ahora no tuve mas que hacer algunas alteraciones, para darles mas señalada relacion con tu canto.

—Bien, dijo Horacio, despues de considerarlas por algunos minutos; diré lo que dices de las mias; que tienen un sonido agradable, y diré mas, me parece que poseen alguna belleza poética; pero sin embargo, debo añadir, que aunque el pensamiento se diferencia mucho del que espresa mi canto, está mas lejos de estricta verdad, y contiene tanta exageracion. Me parece que hay mas verdad positiva en la idea de que edificamos templos en el aire para admitir en ellos á los que amamos con objeto de adorarlos allí, que en la de que nunca admiramos otra cosa en un objeto bello sino el ideal á que se dirige; ó que la verdadera definicion de la belleza es la débil semejanza con algo que vimos en ensueños. Por lo que á mí toca, mas comunmente sueño con la belleza que he

visto, que la imagino primero para buscarla despues alrededor mio.

—Te ries de mi poesía, dijo Rosa, pero no logras convencerme.

—No, no por cierto, replicó Horacio. Opino que toda poesía contiene necesariamente algo que se llama exageracion, ó de otro modo seria prosa con rima al fin de las líneas. Mi canto puesto en prosa seria sencillo; «creo mucho de vos:» me parece que no exagero; y tu respuesta seria: «os amo demasiado para investiros de mil buenas cualidades que no poseeis.»

—Oh, no, ese no es el sentido de mis líneas, replicó Rosa, ablandando su gravedad en una sonrisa; y en cuanto á las tuyas, no es la exageracion lo que deploro; es el sentimiento espresado, que es del todo malo, haciendo un ídolo á la criatura; este no es amor cristiano.

—Bien, querida Rosa, dijo Horacio, me atrevo á darte la razon; mas no debes olvidar mi pensamiento penitente del final del canto, y bien sabes que «es bueno todo lo que concluye bien.»

Habiéndose reducido la conversacion á otra cosa mas alegre, Rosa volvió á tomar su ocupacion que habia suspendido, mientras que Horacio medio susurraba, medio cantaba una série de fragmentos de recordados aires, que coordinaba sin conocerlo en una especie de fantasía de espontánea composicion.

Rosa fué la primera que rompió el silencio.

—Horacio, dijo levantando la vista de su trabajo, cuando estemos casados harémos mucho bien.

—Si, querida, dijo Horacio mirándola con admiracion.

Rosa, complacida con el calor de la respuesta, continuó mas animada. Tú y yo servirémos á los pobres. ¿No amas á los pobres, Horacio?

—Me complazco en hacerlos dichosos, dijo Horacio. No puedo decir lo que me aflige ver la miseria. No dejarémos cieno, desconsuelo ó andrajo dentro de nuestro alcance; pero á la verdad no creo que haya mucho de esto, gracias á la liberalidad de tu padre y á tu activa caridad, querida Rosa.

—Pero eso no nos satisfará, replicó Rosa con ansiedad. Cuando hayamos hecho dichosos á todos los que están cerca de nosotros, buscarémos á Cristo entre los que están lejos. Irémos á visitarle, si Él no viene á solicitarnos; debemos amar por su causa los andrajos y la miseria que Él tomó sobre Sí como Su escogido ropaje.

¡Qué fácil es á un hombre admirar con entusiasmo en su novia lo que apenas toleraria en lo sucesivo en su esposa! Verdaderamente que llegado este caso la caridad de Rosa seria juzgada de injusta, inconveniente y exagerada, que ahora tomaba á los ojos de Horacio poco menos que un angélico carácter. Además, el amor humano, intensamente egoista como tal parece ser cuando no está santificado por un principio mas alto, aun lleva una semejanza aunque corrompida con lo que hubiera sido en su estado mas puro é ingerido en la verdadera raiz; y esta semejanza se acrecienta en proporcion de la pureza y elevado carácter del objeto amado. El amor tiende á asimilarse á lo que ama, y de este modo el mas ínfimo amor asciende á la mas elevada naturaleza, ó aparece hacerlo á lo menos por algun tiempo. Los sectarios de este mundo aparecerán espiritualizados, el

egoista olvidado de alguna manera de sí mismo; aspiraciones desconocidas hácia algo puro é ideal, bueno y perfecto, revolotearán ante los ojos del mundano y degradado entendimiento; mirará alrededor de este bello mundo, observado hasta aquí solamente como una escena para representar en ella, ó como el agente de sus placeres; y esperimentará un sentimiento sublime de algo mas difundido, cuya morada es la luz del sol poniente, y el grande occéano, y el aire viviente, y el cielo azul, y el entendimiento del hombre!

¡Cuántos que se honran de llamarse poetas, se asustan de lo temporal bajo la influencia de este trasformado afecto! ¡Cuántos que se titulan cristianos! Así sucedia á Horacio. Las gracias cristianas de Rosa, su devocion, su ferviente amor hácia los pobres, formaban parte del amable objeto en que reposaba el corazon del jóven, y aquellas cualidades tocaban un coro acorde, si no en su corazon, en su imaginacion á lo menos. Y ella, en quien estaba solamente el eco y reflexion de sí misma, veia una espontánea simpatía con sus sentimientos. ¡Cuántos de esta suerte se engañan á sí mismos! Así era que las espresiones fogosas de placer de Horacio al sentimiento espresado por Rosa, que no eran otra cosa que las espresiones trasformadas de admiracion de ella que las vertia, sonaban como una música en su oido; pero cuando añadia: «¡Oh Rosa, debes enseñarme á ser como tú!» ella, poniendo su dedo en los labios y mirando con gravedad: «Oh, no, Horacio,» respondia, «yo debo aprender de tí, no tú de mí.»

El sol habia ahora alcanzado el asiento que ocupaban. La guirnalda estaba concluida; Rosa recogió las

flores restantes en su cesta, y dando con una sonrisa un adios á su compañero, un corto adios de los que viven en el mismo techo, se retiró á la casa con direccion á su oratorio. Allí, despues de haber adornado el altar preparándole para la próxima festividad, se postró de rodillas, para emplear algun tiempo en silenciosa oracion.

¡Ay de Rosa! ¡Qué estragos han hecho pocos dias en tu corazon! En el esterior todo es hermoso como antes. Las horas de devocion no se han reducido; la lengua aun habla de Dios y de las cosas santas con el mismo fervor, quizá mas aparentemente. En el sentimiento interno habia diferencia, aunque débilmente la conocia; y procuraba alentar con los labios la persuasion, quizá sin tener conciencia de ello, de que su amor no habia disminuido. ¡Pero qué prontamente habia enfriado aquel corazon, aunque en hábitos y efectos permanecia el mismo todavía! Un acto de infidencia hácia Dios ahuyenta la Paloma de su lugar de reposo. Si la amada no abre la puerta cuando el esposo llama, Él se volverá para alejarse, y ella tendrá que buscarle acaso por fatigosos dias y por cansados caminos. ¡Oh, si Rosa pudiera sentir solamente lo que habia hecho en desdeñar su voz! Pero la voz fué tan blanda y débil, que hubiera deseado no oirla; hubiera deseado persuadirse que los vehementes deseos de su padre, y la inclinacion de sus propios afectos, fuesen una señal mas segura de la voluntad de Dios con respecto á ella, que aquellos apenas audibles susurros que ya no oia. ¡Ay de Rosa!

Entretanto, Horacio malgastaba el tiempo de acá para allá, esperando la vuelta de Rosa. Si se paraba en la librería, tomaba negligentemente algunos libros,

hojeaba las páginas de unos y leia los títulos del respaldo en otros. Entonces, despues de fijar su atencion por algo mas tiempo en un grande mapa de Europa que se hallaba colgado en la pared, mientras que daba una ojeada rápida á su reciente correría, le pareció que debia abandonar la esperanza de la vuelta de Rosa; y presumiendo, como era cierto, que se habia retirado hasta la hora de comer, y no ofreciéndole la librería un objeto mayor de interés momentáneo, silbó á su perro y salió á vagar para disfrutar otra vez el suave aire de verano y disipar las horas ociosas.

Porque hablando claramente, Crewe Hall le era muy fastidioso sin la presencia de Rosa que diese animacion á sus sentimientos y vida á la escena. En su compañía no deseaba á la verdad otra cosa; pero en su ausencia apenas hallaba nada que le interesase, ni sabia en qué ocuparse. Cuando paraba su reflexion en estas circunstancias, y no era de los mas á propósito para fijar la consideracion en cosas pasadas, solamente se le representaba la falta de Rosa; pero no era esto todo; le faltaba la distraccion, que el constante cambio y variedad de viajar le habia proporcionado poco antes liberalmente; y aunque Rosa no era entretenida, y nunca habia dicho una agudeza en toda la vida, sin embargo, ¿qué habria en ella que no fuese suficientemente entretenido á su amante?

Por eso murmurando para sí, «¿Qué hará Rosa todo este tiempo arriba?» correteaba por el foso que habia alrededor de Crewe Hall, tirando piedras para que Hugo las buscase. La parte esterior del cuadro de su mente la distraia con esta intelectual ocupacion, mientras que una especie de ensueño de la contempla-

cion de la imágen de su compañera (apenas podia llamarse un pensamiento activo), ocupaba la parte mas interior. Ocupado de esta suerte, ó en otras cosas parecidas, pasó lo restante de la tarde, hasta que se oyó el tañido de la campana que le llamaba á comer, y contento del cambio dirigió sus pasos á la casa.

CAPITULO IV.

—Querido padre, ¿podré disponer del carruaje mañana por la mañana? dijo Rosa, así que los criados se habian retirado despues de haber servido los postres en la mesa.

—Seguramente, querida, respondió el coronel O'Donnell, y de buena gana te acompañaré á dar un paseo. ¿Dónde piensas ir?

—Deseo ir á Portmore á misa, dijo Rosa.

—¿Cómo así? redarguyó prontamente su padre; ¿qué es mañana? Veamos (buscando en su bolsillo el almanaque); no puede ser dia de obligacion seguramente.

—Es la Natividad de Nuestra Señora, dijo Rosa.

—Ya lo veo, ya lo veo, replicó el coronel O'Donnell; el 8 de setiembre; pero no es dia de obligacion.

—Oh, no, repuso Rosa. No he pensado eso; pero deseo con ánsia ir á misa si puedo; y si quisiérais venir tambien, papá, estaria doblemente complacida.

—Bien, bien, dijo el padre; no hay objecion que poner á tu ida si te empeñas; pero ahora que lo reflexiono bien, estoy demasiado ocupado con algunos asuntos de la agricultura para poder acompañarte. Portmore está á cinco millas de distancia, y despues otras cinco de

vuelta, y además la misa; me llevaria la mayor parte de la mañana. Está fuera de cuestion.

—Yo estaria muy contento de acompañaros, dijo Horacio interponiéndose.

Rosa consintió gustosamente, pero el padre apareció indeciso.

—Me parece que no debe ser así, por prudencia; yo deseo que no aparezcais en público juntos sin ir acompañados de otra persona, mientras las cosas están completamente reservadas. Y, por varias razones, no quiero que se anuncien en algunas semanas. No pongo obstáculo á que deis un paseo en la berlina alrededor de las heredades en la vecindad inmediata; esto es otra cosa.

—Quizá, dijo Rosa con mas pertinacia que tenia de costumbre, iré sola á Portmore, porque prefiero esto á dar un paseo en la berlina; aunque siento que Horacio no pueda venir, añadió, observándole algun tanto desconcertado.

—Mas quisiera por cierto que no fueses, dijo el padre. Nunca has tenido el hábito de hacerlo. Estrictamente hablando no hay en ello ninguna impropiedad; pero me enfadan las singularidades, y no sé verdaderamente, querida hija, por qué tienes ese ardiente deseo de ir mañana á misa. ¿No puedes tomar las cosas pacíficamente como ellas vienen? Estoy seguro que hay mas religion verdadera en obrar así, que con toda esa vehemencia.

Rosa tuvo que asentir quieras ó no quieras á la opinion de que una preferencia sistemática concedida á la granja, al yugo de los bueyes y al trozo de tierra, sobre el santo y adorable sacrificio, era la mejor prueba de

verdadera religion, cuando un deber absoluto no prohibia semejante preferencia. Rosa no estaba en el hábito de escudriñar ó censurar las acciones de su padre ó sus motivos. Portmore, además, estaba ciertamente á una distancia incómoda, y aunque el coronel O'Donnell tenia criados, carruaje y caballos á su disposicion, sin embargo por ser un hombre muy ocupado en la activa vigilancia de sus propiedades, y en otras muchas materias de interés general, que están en el órden de los deberes de un caballero de domicilio campestre, podia considerarse esta distancia una escusa perfecta para su falta de asistencia diaria á la misa. No obstante, esto que constituia una escusa para su ordinaria ausencia, no podia estenderse á justificar su invariable negligencia durante la semana, cuando quiera que no se lo impidiese una ocupacion actual. El carruaje estaba á su disposicion para asistir á las reuniones del condado ó las electorales, ó para visitar á sus amigos; ¿por qué entonces no estaba jamás dispuesto á honrar algun dia de devocion?

Rosa, como hemos dicho, no estaba en la costumbre de escudriñar estrechamente la conducta de su padre, ni de disputar su voluntad; por eso se aquietó con su revés, como un mal necesario, y solamente añadió en medio de un suspiro:

—Yo quisiera que Portmore no estuviese tan lejos ó que tuviésemos aquí una iglesia.

—Cierto que es un inconveniente, y muy grande, replicó el padre, tener que ir tan lejos á misa; pero á no ser como materia de individual comodidad para nosotros, no es necesaria aquí una iglesia. Apenas hay un católico en la parroquia que yo conozca, escepto dos ó tres de nuestra servidumbre.

—Pero si hubiera aquí una iglesia y un sacerdote, tal vez seria de otra manera, dijo Rosa.

—No sé cómo seria eso, respondió el coronel O'Donnell, sin introducir un sistema mal juzgado é indiscreto de proselitismo, que ciertamente no aprueba mi entendimiento. No quiero usar de ninguna influencia indebida, ni intervenir en cosas de mis vecinos, con quienes estuve siempre en los mejores términos, y que estoy seguro considerarian la santidad de semejante intervencion como muy descomedida.

—Pero, querido padre, dijo Rosa en tono despreciativo y ruborizada por el temor de insistir demasiado, ¿y las almas de este pobre pueblo? ¿hemos de sacrificar su provecho á un puntillo ó un cumplimiento?

—Mi querida Rosa, añadió el padre, me aflige verte tan pertinaz. Segun observo, no puedes percibir que una cosa sea abstractamente buena sin imaginar que se debe hacer en todos tiempos y en todos los lugares, sean ó no sean oportunos. Parece que olvidas totalmente que hay tales virtudes como la prudencia y la discrecion. La conversion de este pueblo es sin duda alguna apetecible en sí mismo; pero saldríamos derrotados en nuestros fines por esceso de ardor; y disgustaríamos muchas mas personas que serian las convertidas, escitando su alarma con agresiones vejatorias y la ostentacion de lo que seguramente caracterizarian de intolerancia y fanatismo. No, tenemos por cierto bastante al presente, y mas que bastante que hacer con nuestro pueblo; no hay suficientes sacerdotes para atenderlos, sin buscar nuevo campo de trabajo; y estoy seguro de que cuando comparamos la posicion de los católicos en este país con el que tenian no hace muchos años, hay razon para reco-

nocimiento. Hemos hecho un pacífico y rápido progreso; no echemos á perder las cosas por atropellarlas. «*Chi va piano, va sano,*» como dice el proverbio italiano. ¿No es así, Horecio? Tú has estado últimamente en Italia.

Horacio no estaba muy ansioso de ser llamado por testigo. Deseaba agradar al padre y á la hija, y no tenia opinion particular en el asunto. Esto surgia del hecho que, mientras el coronel O'Donnell era un católico tibio, Horacio escasamente merecia el nombre de católico. Cierto es que conservaba en sí aquellos límites que le habilitaban para ser considerado tal. No estaba de una manera efectiva excomulgado; pero un carácter sin freno, embebido durante sus estudios en Cambridge, confirmados por su largo compañerismo con el jóven San Lorenzo, habian tomado posesion de su corazon, é inficionado todos sus principios. Además, reflexionando poco, no tenia un sistema intelectuál resultado de estos envenenados elementos, y estaba mas corrompido por ellos de lo que á él le parecia. Por eso cuando la religion se le presentaba delante con alguna exigencia práctica, algun llamamiento á un deber repugnante á su gusto, ó alguna prohibicion contraria á sus inclinaciones naturales, su corazon se revelaba mas que el del coronel O'Donnell; pero no teniendo, como este, ningun plan, nocion ó código propio sobre el asunto, podia en ocasiones, y cuando ninguna via práctica se interesaba, aparecer aventajarle en una comparacion. La devocion de otros, y las amables formas con que la verdadera fé se vestia como con un traje, podia presentar á veces una bella pintura á su entendimiento y cautivar su jóven imaginacion; y entonces sus sentimientos hallarian espresion en las palabras que un oido parcial fácilmente

interpretaria equivocadamente como el genuino lenguaje del corazon. Horacio aborrecia además cualquiera cosa que fuese vil y miserable, y estendia este gusto á las materias religiosas. Por eso al dar su verdadera opinion, en parte para agradar á Rosa, en parte evadiendo una respuesta directa á la cuestion de proselitismo, respondió:—¿No podeis, señor, no obstante, tener una pequeña capilla privada en vuestra casa? Las personas ricas y de importancia la tienen con frecuencia con un capellan. La de Portmore es un saco, si se considera su pequeño lugar, y seguramente que no aventaja á las iglesias estranjeras. Te deleitarias en ellas, Rosa, continuó volviéndose hácia esta. Siempre están abiertas, y nunca entrarias allí sin hallar adoradores arrodillados. (No habria sido muy conforme al gusto de Horacio el haberse unido á ellos muchas veces.)

Rosa apareció interesada con deleite, y ya iba á replicar cuando se interpuso su padre.—Me parece, Horacio, que la objecion de Rosa respecto de la distancia es mucho mas razonable que la tuya acerca del aspecto de la capilla. Cierto es, añadió riendo, que no es un modelo de belleza de arquitectura; pero debemos recordar que nuestros antecesores estaban contentos con oir misa en una boardilla ó una bodega, ó cualquier agujero ó rincon. Olvidamos á la verdad estas cosas, y así me parece, Horacio, que no debo meterme en los gastos de una capilla privada por escrúpulos de tu delicadeza, ó para satisfacer tu buen gusto. Además, los jóvenes nunca tomais el dinero en cuenta. Nuestra capilla privada seria de ningun uso sin un sacerdote; y tendríamos que mantenerle, y supongo que le debería-

mos tener á vivir en casa. Y es preciso que yo quiera á una persona algo mas de lo ordinario, para decidirme á que forme un miembro constante de mi círculo doméstico.

—Eso es mucha verdad, señor, dijo Horacio; seria un taladro si no le apreciásemos.

Y con este comprensivo reparo perdió su interés la conversacion; pero despues de una corta pausa, el coronel O'Donnell propuso un nuevo tema dirigiéndose á Horacio.—¿Qué tal te fué con el jóven San Lorenzo?

—¡Oh! muy bien, replicó Horacio, no pudo ser mejor. Convenimos perfectamente uno para el otro; él *me* divierte, y por su parte dice que *le* tengo siempre de buen humor. Hay algo de estraordinario en Emilio; es muy capaz en su cuerda; pero no tiene nada de popular. Es un poco satírico, y generalmente no le dá cuidado agradar; pero yo hallo en él un complaciente compañero, y nunca hubo entre nosotros una palabra de disgusto.

—Me alegro mucho que te acompañes tan bien, replicó el coronel O'Donnell; es un conocimiento que me parece te será ventajoso, y que tengo deseos que mejores estendiéndole al resto de la familia. Yo tengo un conocimiento ligero con Lord Staplemore; pero no pasa de ahí.

—Emilio me hizo un convite con muchas instancias para ir á Monte San Lorenzo, añadió Horacio; y por consiguiente no encuentro dificultad en lo que decis.

—¿Te pareció que daba algunas esperanzas la conversion de Mr. San Lorenzo? preguntó Rosa. Durante todos esos meses pudiste haber tenido muchas oportunidades de oir sus sentimientos, y tal vez bastantes de acometer esta empresa.

Horacio se rió, y dijo:—No conoces á Emilio, ó de otro modo no harias esa pregunta. ¡Convertirle! Lo que deberias buscar primero era aquello de lo que debia convertirse.

—Pero sabes aquello á lo que debe ser convertido, replicó Rosa; ¿no es bastante?

—Bien, tú serias mas hábil para el caso de lo que yo soy; pero de todos modos no le considero un objeto que prometa. Concederia, por ejemplo, todos tus argumentos contra el protestantismo en el momento. El le tiene en tan poco aprecio como yo: es una verdad que vá siempre á misa con preferencia, si puede, y dice que el oficio de su propia iglesia le pone á la muerte; y me parece que nunca asiste á él mas que cuando está en Monte San Lorenzo. Dice, además, que el catolicismo es la única religion estable y que es conforme á la naturaleza del hombre, lo que no tienen las demás religiones.

—Estoy completamente confundida, dijo Rosa. Si como dices, percibe la profunda armonía de nuestra fé y le gusta unirse á nuestro culto, es seguro que dá alguna esperanza.

—Oh, no, ni la mas ligera, me atrevo á decir, replicó Horacio. Yo sé por qué vá á misa; vá porque es muy de su gusto la música, las vestiduras, las luces, el incienso, la pompa. Dice que hay dignidad en todo esto; que sugiere la idea de adoracion, lo que no tiene el rito protestante. Recuerdo la observacion que me hizo un dia al volver de misa mayor. «Aquí hay algo calculado para ganar los corazones de la gran masa de la humanidad y hacerla sentir que tiene una religion positiva. ¿Pero cómo podrá lograr estas ventajas una conversacion prosáica entre un clérigo y un sacristan y algu-

nos chillones hijos de caridad, llamada frecuentemente un bostezo por los que no piensan, y desprecio por los que piensan? No, si hemos de tener formas, que sean grandes y nobles. Los que inventaron estas ceremonias conocian bien el corazon humano.» Tambien opina que la religion nunca tendrá sosten en el vulgo sin sus especiales ritos; y que en esto la religion católica escede á la protestante, que á nada compele, y así nunca se hace sentir, supliéndolo todo con una porcion de ideas y un consejo mas ó menos sabio.

—¿Pues qué, en resúmen, es lo que cree? preguntó Rosa; ¿cree que esas formas que admira no son otra cosa que una mera ostentacion bien calculada para deleitar los sentidos, ó cree que hay algo mas en ellas?

—Nada mas, imagino, replicó Horacio. Es un soberano incrédulo en toda gracia sacramental y sacerdotal poder.

—Temo que es un incrédulo en todo, replicó Rosa con una mirada de horror, y solo cree una religion mas hábilmente combinada que otra para engañar á la humanidad.

—No, no absolutamente, replicó Horacio, no me parece justo decir que Emilio es incrédulo de una manera positiva; pero no me atrevo á asegurar cuál es la doctrina que sostiene mas allá de lo que se puede llamar religion natural. Mi idea es, que cree, que cuando se han deducido todas las cosas de forma, tanto en el rito esterior como en la doctrina, hay una especie de resíduo que sobrevive como si fuese el núcleo de la religion, qué entrañan con mas ó menos perfeccion esas formas para la generalidad, que no es capaz de ir mas allá y ver las cosas en una via mas profunda. Aun me atrevo

á decir que sostiene los principales hechos del cristianismo, como se refieren en el Nuevo Testamento, pero no creo que los tenga muy presentes en concepto de realidades; los mira como principios que tienen por objeto cierto efecto moral. Yo á la verdad nunca le oí reirse del Nuevo Testamento, aunque le oí hacerlo repetidamente del Viejo; pero de todos modos no sé en realidad cuál es la estension de su credo religioso, ni estoy tampoco seguro de haber analizado nunca estas cuestiones tan de cerca antes de ahora que me diriges esas preguntas.

—El latitudinarismo es, á mi modo de ver, muy comun entre los protestantes, manifestó el coronel O'Donnell, especialmente entre los hombres. Las mujeres, en quienes el sentimiento predomina generalmente á la facultad del raciocinio, y cuya natural timidez las hace retroceder de terribles consecuencias, usualmente erige una especie de débil barrera entre ellas y este mónstruo, que los mas agudos intelectos y mas atrevidos pensadores desprecian y ven al través de tal obstáculo. Los protestantes edifican algo para representar el principio de autoridad; personifican la Iglesia de Inglaterra en la figura de algun individuo ó individuos respetados, y llenan el terrible vacío con la Biblia, creyendo confiadamente, supongo, que voló acá desde el cielo con dos alas, ó alguna otra señal evidente de autoridad semejante.

—Es una graciosa contradiccion, dijo Rosa. ¡Qué gratitud debemos sentir al considerar que tantas personas son mejores de lo que serian si hubiesen continuado profesando lo que profesaban, y que sus corazones estén mucho mas sanos que sus cabezas!

—Es completamente cierto, dijo su padre; completamente cierto en cuanto á los individuos. Debemos muchas gracias á los latitudinarios por todas las concesiones que disfrutamos, despues de muchos años de persecucion, para deshacernos de la intolerancia protestante. Todos los puntos que hemos ganado han sido por la espansion de este espíritu.

—Puede ser así, dijo Rosa; pero sin embargo, no puedo menos de tener por cierto que el que es realmente un espíritu incrédulo en toda la estension de la palabra, tiene un corazon mas ferozmente opuesto á la fé verdadera que el mas amargo espíritu de secta, que aun permite alguna positiva creencia. Es seguro que los latitudinarios solo nos son favorables al presente, porque su activo aborrecimiento es escitado por el fanatismo y privilegios de otro cuerpo; pero cuando el dia venga, como vendrá, supongo, en que todos estén al nivel en cuanto permitan las consideraciones del mundo, porque á esto parece que tienden las cosas, el incrédulo mirará en torno suyo como hizo siempre, y observará que la fé católica es un real y hereditario enemigo.

—Estás muy elocuente, querida Rosa, dijo Horacio; el pensamiento de la futura caida de la Iglesia dominante te ha hecho un ser inspirado. Por lo demás, y entretanto que no ocurra esta circunstancia y mi amigo Emilio no sea en su consecuencia trasformado en un perseguidor, debo decir que le prefiero infinitamente al candente antipapista fanático.

—Supongo que sus amigos no habrán aprobado su casamiento, dijo el coronel O'Donnell; me parece una boda pobre segun tu relacion; aunque á la verdad tus

cartas dan pocos particulares, lo cual casi me induce á creer que es una *mésalliance*.

—No así exactamente, replicó Horacio: los Foresters son una familia respetable, aunque en desgraciada pobreza, y el padre tiene un carácter muy indiferente. Me disgustaba este negocio, y apenas tenia gusto para hablar libremente sobre él en una carta. Hasta el dia la conducta de Emilio es para mí inesplicable. La intension de su afecto á esa jóven, no me parecia por ningun sentido suficiente razon para los sacrificios que tal casamiento le imponia. Era, como podeis suponer, una materia delicada para mezclarse en ella. Sin embargo, un dia por casualidad le hice una observacion, antes de persuadirme de que su resolucion era completa. Me sorprendia que aquella jóven tuviese tan pocas de las cualidades calculadas para atraerle ó interesarle, y me insinué muy ligeramente. «Conozco todo lo que podeis decir; os admirais de mi eleccion. No podeis imaginaros lo que yo admiré en Clara. Tal vez juzgareis esta admiracion fria. Os diré entonces por qué la amo y la admiro, y por qué no la amo y la admiro mas. La razon consiste en que es muy diferente al único ser á quien pude profesar un perfecto amor. Yo jamás pude amar á ninguna semejante á *ella*, sino necesariamente su inferior: y así Clara nunca choca con este sentimiento provocando una comparacion penosa. Y no la amo mas, en parte, porque es tan diferente de aquella brillante vision que ha pasado por mí, y en parte, porque no tengo mas amor que darle.» Emilio pronunció estas palabras con mas sentimiento que tenia de costumbre; y rompió bruscamente la conversacion para no aludir otra vez al asunto; y por consiguiente, yo tampoco lo

volví á hacer jamás la mas insignificante pregunta. Esto me suministró una aclaracion, sin embargo, del manantial de una especie de misantropía y amargura que está siempre asomando en su semblante. Evidentemente ha sido víctima de algun contratiempo, y sospecho que su padre fué la causa, porque es una cosa clara que no le tiene un afecto superabundante. Además, parece estar del todo indiferente al enojo que debió causarle semejante casamiento. Emilio dice algunas veces que tiene sus razones para creer que su padre no está enojado; añadiendo otras que si tal sucediera, tendria solo motivo para felicitarse de ello. De consiguiente, añadió Horacio, no debemos hablar mas del asunto.

—De consiguiente, no, dijo el coronel O'Donnell, á quien estos detalles de familia eran mucho mas interesantes que los tópicos religiosos de que antes habian hablado.

—¡Qué triste es la pintura que acabamos de hacer de tu desgraciado amigo! dijo Rosa. Pero me sorprendió una coincidencia curiosa. Recordarás, que hace seis años, cuando mi padre se vió obligado á estar ausente por medio año, me envió á la escuela; pues una de las niñas que en ella habia, de unos dos años mas que yo, se llamaba Clara Foresters.

—Es el mismo nombre, replicó Horacio; la esposa de Emilio es católica, y puede tener esa edad. ¿Cuáles son sus señas? Mistress San Lorenzo es bonita, con ancha y lisa frente, ojos pardos, mas bien largos que llenos, y guarnecidos de cejas negras, su principal belleza; á mi entender le falta animacion y alma, y hay un indolente reposo en aquel helado é imperturbable semblante, que

yo califico de monótono. En resúmen, no es muy de mi gusto.

—Estoy segura de que es la misma, respondió Rosa; pero yo la consideraba hermosa, y sobre todo era buena. ¿Cómo pudo casarse con un protestante?

—A la verdad, respondió Horacio, que las pobres no tienen mucho que escoger en la materia. Hé aquí cómo sucedió el caso. Emilio tomó conocimiento (y sea dicho en reserva, pues no conviene se divulgue), con los Foresters por haber sido alojado en su casa durante nuestra estancia en Paris. El padre, que era muy estravagante y un jugador inveterado, se escapó por último de los acreedores dejando á su esposa é hija en completo desamparo. Emilio vino en auxilio de estas con la mas generosa liberalidad, aunque está muy lejos de ser rico; por algun tiempo las sostuvo completamente, y por último pudo conseguir despues de redoblados esfuerzos que los parientes de Mr. Foresters contribuyesen con una corta pension anual para el sostenimiento de ellas. Yo apenas conozco la suma de su beneficio, porque Emilio no es un panegirista de sí mismo; pero sé que la gratitud de Mistress Foresters era ilimitada, y supongo que la hija no fué muy libre en consultar sus propias inclinaciones. Me parece que trató el asunto como cuestion de gratitud, mas que de amor.

Esta esplanacion parece que no satisfizo á Rosa, que perseveró en su censura.—No puedo concebir, dijo, que haya nada capaz de justificar á una católica para casarse con un protestante.

—Mi querida Rosa, dijo su padre interponiéndose, seguramente que estás muy precipitada y rígida en tu juicio. Considera lo poco que sabes de los particulares

de este caso. Parece que mediaron circunstancias, aun en lo que conocemos de él, que le hacen muy escusable; y bien sabes que puede haber mucho mas de que no tenemos noticia.

Ciertamente que si Rosa poseyese mas conocimiento de sí misma, y considerase su conducta reciente bajo su verdadero punto de vista, hallaria mas que censurar en ella que en la de Clara Foresters. Sin embargo, nunca se le ocurrió hacer semejante paralelo; pero era tiernamente susceptible al temor de proferir una palabra que no fuese caritativa, y se ruborizó al reproche de su padre, hasta que las lágrimas asomaron á sus grandes y negros ojos.

Horacio, para librarla del apuro y divertir la atencion, continuó su narrativa: —Me parece que Emilio hizo cuanto estuvo de su parte por remover cualesquiera escrúpulos que pudiera sentir de esa naturaleza. Dudo si la madre abrigó alguno. Esta es una criatura alegre, afectada y viva, que nada hay de real en ella, á mi parecer, empezando por el color de sus mejillas, aunque yo no debia ser la persona que la criticara, porque era su especial favorito, segun creo.

Nunca se afligia el coronel O'Donnell de que Horacio fuese algo inexorable en sus observaciones; á lo menos no parecia haberse afligido, porque se rió, sin hacer mas comentarios.

Rosa, despues de haberse repuesto, hizo observar que en resúmen, tal vez el matrimonio resultaria ser un bien, trayendo consigo la conversion de Mr. San Lorenzo.

—No lo creo yo así, replicó Horacio. Su esposa (y juzgo por lo poco que los ví despues del enlace, por-

que bien sabes que al poco tiempo nos separamos, y yo hice lo restante de mi viaje solo), me pareció que poseia escasa influencia, y no se cuidaba de poseer mas; sin embargo Emilio la respeta y procede consideradamente hácia ella. Clara es, me atrevo á decir, una especie de amante del deber, una criatura plácida, poco capaz de ser movida por ningun sentimiento fuerte de amor ó desamor, y poco á propósito para escitar á otros tales sentimientos; en mi opinion está completamente agena de atractivo.

Así que Horacio concluyó esta descripcion de la esposa de su amigo, Rosa, que apenas la habia oido, y que estaba todavía ocupada con el recuerdo de la transgresion de su lengua, se levantó de la silla para dejar el comedor. Fué seguida de su padre y Horacio, y lo restante de la tarde se pasó, para satisfaccion de todas las partes, entre la música y el canto y conversacion indiferente.

CAPITULO V.

—¿Qué noticias tienes? decia el coronel O'Donnell un dia, sobre una semana despues de la conversacion referida en el capitulo anterior. La pregunta era dirigida á Horacio que, arrimado á la ventana, leia una carta entretanto que se preparaba el desayuno.

—Las tengo de Emilio San Lorenzo, replicó Horacio; desea que le haga una visita en Monte San Lorenzo á fin del mes, en que tienen una cacería y no sé qué mas. Es un convite generoso, lo reconozco; pero no es al presente conforme á mis deseos. Dice: «Venid y estaos todo el tiempo que querais, y traed vuestro caballo; en cuanto á los cachorros de montería, en su mayor parte son buenos los que hay aquí; temo que os habreis de fastidiar, á menos que se os presente algun motivo de diversion en el país. Tal vez os podríamos proporcionar aquí caballo, pero no es cosa cierta, porque el patron, habiendo reducido la yeguada.....» y así continúa. ¡Qué buen compañero es, por cierto! dijo Horacio riéndose al leer lo que seguia, que le pareció demasiado fuerte para continuar la lectura en alta voz.

—Es un plan magnífico, dijo el coronel O'Donnell, y no pudo haber venido mas oportunamente. Esta mañana he recibido una carta que decide mi modo de proce-

der. Tengo que ir á Lóndres dentro de unos diez dias con objeto de arrreglar algunos asuntos pecuniarios, que me detendrán allí probablemente tres semanas ó un mes. Los negocios son de grande interés, pero confio que se arreglarán definitivamente á mi satisfaccion. No quiero llevar á Rosa conmigo, y no puedo por otra parte dejaros solos, pues que no tendria buena apariencia; así que, ese plan dispone de tí, Horacio, tal cual conviene á mi deseo, y en términos agradables para tí mismo.

—A la verdad, señor, replicó Horacio, que no tengo gana de ir para encontrarme con una porcion de gente que no conozco. Lo conceptúo muy fastidioso.

—¡Oh! no seas insensato, replicó el coronel O'Donnell. Yo deseo que tomes conocimiento con todos ellos en particular; y ya lo desearás tambien una vez que te halles allá. Pronto se intiman las personas en una casa de campo. Enviaré á Tomás contigo y montarás mi mejor caballo de caza.

—Bien, me parece que no hay remedio mas que someterse, dijo Horacio entre triste y alegre; y se quedará aquí Rosa enteramente sola.

—Oh, no te acuerdes de mí, dijo Rosa, á quien sin embargo asomaban las lágrimas á sus ojos, que en vano intentaba reprimir; será muy tonto por cierto; pero estaré mirando contínuamente por la vuelta de los dos: no será por mucho tiempo, lo espero. Dirás á Clara Foresters, Mistress San Lorenzo, quiero decir, que me acuerdo de ella, y escríbeme cuanto la concierne, y todo lo demás que ocurra.

—Lo haré seguramente, puesto que escribir será mi único consuelo, replicó Horacio con vehemencia.

—Siento ser un estorbo en ese punto, dijo el coronel;

pues me parece, añadió riéndose, que debo privarte de tu único consuelo, mi querido Horacio, y á ti, mi querida Rosa, de tu esperado placer; porque debo prohibir las cartas. Mi particular deseo es tener guardado en secreto vuestro proyectado enlace hasta que haya terminado los negocios á que he aludido; y puesto que es mi deseo no anunciarle á mis amigos y parientes hasta mi regreso, me afligiria en estremo que se trasluciese y llegase á sus oidos primero por cualquiera otro conducto. Las cartas producirian las sospechas de los criados si no se han producido ya; y si es así, se confirmarian en ellas, y las divulgarian, estad seguros de ello.

—Pero á la verdad, señor, replicó Horacio, que no se estenderá la prohibicion á que nunca nos escribamos. De vez en cuando, á lo menos, no puede hacer daño.

—No quiero compromisos, dijo el coronel O'Donnell; yo sé lo que viene á ser «de vez en cuando» en tales casos. Siempre se hallan muy buenas razones para hacerlos mas frecuentes, y para apoyar cada escepcion; pero de un modo ú otro las escepciones llegan á tener mas fuerza que la regla general, y así el «de vez en cuando» viene á ser pronto todos los dias. Vaya, vaya, alguna vez he de ser tirano; bien conoceis que nos volverémos á encontrar otra vez sin gran dilacion, y entretanto os escribiré á los dos; y aunque este no es un modo muy placentero de arreglar las cosas, no obstante, conviene con todos mis propósitos. Y ahora al desayuno; y confio en que nunca tengais otra desgracia mayor.

Horacio se rió, Rosa intentó hacerlo, y todo continuó en el desayuno con tolerable alegría.

Presto llegó el dia de la partida. Sucedió en una

mañana clara de otoño, enérgica y fortificante, en que cada hoja brillando con un diamante del pesado rocío de la noche, pronto, sin embargo, llega á derretirse bajo los rayos del sol, todavía poderosos; mientras que por otra parte la espirituosa frescura del aire dando ligereza á todo el cuerpo, inspira con el deseo de ejercicio activo.

La separacion no fué sin grandes esfuerzos de parte de Horacio, accesible á las impresiones esteriores, y en mayor afinidad con las sensaciones agradables que con las penosas. Se afligia ciertamente en dejar á Rosa; los goces se elevaban con su presencia; en la ausencia se animaban; pero la afliccion no se prolongaba en él; tenia lo que unos llamarian dichoso talento de disminuirla cuando tendia á herirle profundamente, mientras que otros con mas justicia lo titularian un talento desgraciado. Todo depende, sin embargo, del método porque esto se efectúa. Hay dos clases de personas que vencen. Una clase obtiene la victoria mediante el poder de la esperanza Divina, y el amor de un objeto mas grande que cualquiera de los que, por cambios y casualidades de la vida pudieran dejarlos frustrados; es, en una palabra, elevándose sobre la region de afliccion mundana; mientras que con la otra clase la afliccion se desecha por un procedimiento opuesto. En vez de alzar sus ojos á las mas elevadas esperanzas y al mas grande objeto, se echan en brazos de algo mas inferior; es decir, hundiéndose en su propio egoismo es como se ven libres; se colocan mas abajo que su afliccion en lugar de elevarse sobre ella. El caso era que Rosa estaba mas triste que Horacio; tal vez porque los que se quedan lo están comunmente; tal vez porque, en resúmen, su amor era á la

verdad mas profundo que el de Horacio, aunque desarrollado mas tarde.

Fué con corazon comprimido, pues, como Rosa se despidió de aquel, cuya presencia desgraciadamente constituia ya tan grande porcion de su felicidad, y no fué tampoco sin un ataque de afliccion sufrido por Horacio, especialmente cuando llegó el último momento en que dijo adios á su bella Rosa. Sin embargo, la separacion no era por mucho tiempo; y la partida para él no era tan triste como en la ocasion anterior. Despues de volverse otra vez, así que caminaba lentamente á lo largo de la avenida, para agitar su mano en frente de ella con gesto medio triste, medio alegre, y despues de saborear el primero de estos tonos por algunos minutos, sacudió la tristeza con un fácil esfuerzo, y silbando uno de los muchos alegres aires con que su memoria estaba abastecida, mandó su caballo al galope por el camino de Monte San Lorenzo.

Horacio trataba de medir el tiempo de su partida de Crewe Hall de modo que no llegase demasiado pronto á su destino. Es desagradable llegar muy temprano á una casa de campo donde todavía somos estraños á la mayor parte de los domésticos. Verdaderamente el primer dia, aun cuando ya seamos conocidos, instintivamente deseamos abreviarle. El recien llegado se siente como un intruso destruyendo el plan del dia, antes de ser capaz de ocupar su propio y cómodo lugar; y frecuentemente es mirado en el mismo sentido; en resúmen, hay algo fastidioso en una llegada temprano; y es por consecuencia generalmente muy temible, tanto para la compañía que llega como para la compañía que espera.

Sea que Horacio hallase la distancia mas corta de lo

que esperaba, ó que caminase con mas presteza de lo que tenia proyectado, es el caso que llegó demasiado temprano á la casa del guarda de Monte San Lorenzo. Esperando que el parque se manifestara estenso en esta direccion, y determinando seguir á lo largo la avenida con paso perezoso, entró en los terrenos, agradablemente diversificados con subidas y bajadas, y corpulentos troncos de árboles, hasta que una vuelta del camino le llevó á la vista de la casa. Esta presentaba el aspecto de un edificio medio antiguo y medio moderno, pintorescamente situado en una eminencia que dominaba y protegia una bahía. Esta elevacion del terreno estaba bien vestida de bosques, que, en la costa oriental de Inglaterra, y especialmente en algunas localidades, no aparecen como en otras partes arrugados y marchitos á las cercanías del mar; aquí guarnecian la ribera, á una distancia que parecia que ocupaban el borde mismo de las aguas. Un pequeño y gracioso bagel llegaba á la sazon á sus amarras de la bahía, recogiendo sus blancas velas los últimos y brillantes rayos del sol, que ahora tomaban aquel rico matiz que precede al llegar al ocaso. Los collados, los bosques y las aguas se bañaban en aquella luz dorada, entretanto que Horacio refrenaba su caballo para contemplar una escena de belleza que llenaba su alma de placer. La selvática hermosura de las moradas aristocráticas de Inglaterra tenian algo de maravilloso acorde con el gusto y simpatía de Horacio, y le agradaban mas que la enmarañada naturaleza y los incultos encantos. El orígen de esto tal vez estaria mas profundamente en su entendimiento que en la mera region del gusto; ó mejor dicho, quizá nuestros gustos tienen con frecuencia mas hondas raices de lo que sos-

pechamos. Como quiera que sea, su momentánea admiracion no le divirtió mucho tiempo de los pensamientos de su cercana introduccion á una série de personas estrañas; en su interior deseaba con preferencia hallarse en la mas humilde posesion de Crewe Hall, que acercarse á la puerta de Monte San Lorenzo.

Su primera pregunta tan pronto como respondieron á la campanilla fué si su criado y su equipaje habian llegado. Apenas esta pregunta se habia hecho y merecido una respuesta, cuando se presentó Tomás; y Horacio, algo aliviado á la vista de uno de su casa, le encargó el cuidado del caballo, siguiendo inmediatamente á la sala de recibimiento á un criado, quien abriendo la puerta y murmurando algo acerca de que las señoras no habian llegado todavía, la volvió á cerrar, dejando á Horacio entregado á sus meditaciones.

Fué una grande sorpresa para Horacio hallarse el solo ocupante de la habitacion. Era un departamento grande y bien amueblado, que se comunicaba con otro cuya puerta estaba parcialmente cerrada. Las ventanas, que eran corridas hasta el pavimento, se abrian hácia un terrado y parterre con preciosa vista al mar; toda la atmósfera estaba impregnada de un agradable olor de flores; alrededor de la sala una confusion placentera de cestas de trabajo de señoras, y cierto desarreglo, consoladoramente demostraba la reciente ocupacion de la estancia.

—Nada hay tan desagradable como un cuarto oliendo á polvo y soledad, decia para sí Horacio. Este está habitado á lo menos; pero yo quisiera tener á un lado mi introduccion á las poseedoras de estas cestas de labor y bonitas chucherías. Debe haber aquí una multitud de

damas. Las desdeñaria todas, sin embargo, por mi Rosa. ¡Qué cansados son todos cuando no se vé á la persona amada!—Con estas y otras semejantes pasajeras reflexiones, se asomaba á la ventana, examinaba el reló de adorno de la chimenea, y despues de mirar distraidamente la hora, y viniendo á conocer por último que no tenia movimiento, se sentó en una silla de brazos; y, ¡oh perversidad del corazon humano! al poco tiempo llegó á cansarse de su soledad y á desear que alguno ó alguna entrase para terminarla.

En este momento se oyó un ligero paso en el cuarto vecino, que parecia aproximarse á la puerta y pararse despues. De pronto se oyó una ahogada risa y retirarse el paso con mas velocidad que habia avanzado; entretanto que la voz de otra persona, cuya entrada parecia haber causado la retirada del pié ligero, se dirigia al fugitivo intruso con reprensivos acentos. Horacio inmediatamente reconoció la voz; la entrada de Emilio, quien dió cordialmente la bienvenida á su amigo, no dejó duda de su persona.

La apariencia esterior de Emilio San Lorenzo, por ningun sentido era notable. Mas bien estaba por debajo de la talla regular que la superaba, pero era ligero y activo; su semblante, de aquel uniforme rubio que se puede describir sin faltar á la propiedad llamándole encarnado rosa, con cierta reserva y aburrimiento, indicaban de cierta manera no muy buen carácter; su pelo era rojizo; y á no ser por su blanca hilera de dientes y una sonrisa no desagradable cuando se reia de corazon, que no era con frecuencia, podia ser considerado un hombre comun. Sin embargo, poseia un aire y maneras distinguidas; de tal modo, que á menos de proponerse

su descripcion, probablemente se pasaria la vista sobre su figura, como en otros muchos casos, sin hacer reparo.

Despues de los usuales saludos y preguntas, dijo Horacio:—Me parece que alguien estaba con vos cuando entrásteis.

—Oh, era solamente mi revoltosa y pequeña hermana Albertina con sus travesuras, replicó su amigo. Sospecho que estaba atisbando al recien venido; pero al verme se escapó. No hace nada bueno aquí, y quisiera que la hubiesen enviado á la escuela; pero en esta casa no hay método en nada. Supongo que me habreis oido decir antes de ahora que estoy afligido con una tribu de hermanas; esa es, gracias al cielo, la mas jóven de ellas.

Horacio se rió, y le preguntó si Lord Staplemore le habia recibido mejor que esperaba.

—Tuve la precaucion, dijo Emilio, de no volver hasta que se hubiese calmado, mas por evadirme de mi propio disgusto que por otra causa. Mi padre brama, hierve y se queja, pero nunca regaña directamente con ninguno de nosotros; con Clara estuvo muy cumplido.

—¿Estareis aquí por mucho tiempo? preguntó Horacio.

—Mi querido Ferrers, estoy *viviendo* aquí, replicó Emilio con burlesco y lamentable semblante.

—¿Viviendo aquí? dijo Horacio; bien, esto es bondad de vuestro padre, en todo caso.

—Pero es un grande disgusto para mí, replicó Emilio; y no estaria á la verdad un dia solo, si pudiera procurarme vivir en otra parte. Aquí no hay paz; la casa es como un hotel, y está siempre además llena de otros estúpidos parientes que tenemos la dicha de poseer. Va-

mos, Horacio, y os enseñaré vuestro cuarto, porque me atrevo á asegurar que deseais estar quieto hasta la hora de comer, y aprender algo de la carta del país, antes de hacer vuestra presentacion.

Convino en ello Horacio gustosamente, y siguió á su amigo por largas galerías; y despues de andar mucho tiempo y de bajar una escalera, llegaron al departamento á donde se dirigian.

—No volveria á encontrar el camino para venir aquí otra vez, observó Horacio, ni tampoco para salir, hasta estar mas versado en estos intrincados laberintos.

—De paso, dijo Emilio, vendré por vos cuando suene la campana anunciando la hora de comer; es un fastidio bajar mas pronto; y entonces os puedo introducir yo, que os será mas agradable que introduciros vos mismo.

—¿No parecerá descortés, preguntó Horacio, en mí, haber estado tanto tiempo en la casa sin hacer ninguna tentativa para ver á Lord Staplemore? ¿Está en casa ó visible?

—No molesteis la cabeza por eso, respondió Emilio; se daria igualmente por injuriado de que le buscáseis, como de que no os acordáseis de él. Todo depende del humor en que esté; y nadie se cuida de que esté de un modo ú otro; así que, mi consejo es que nunca os tomeis molestia alguna por su causa; cuando le veais desagradable, habladle lo menos posible, y cuando esté complaciente, bien puede ser que al minuto le encontreis de ota manera; y cuanto mas procureis complacerle, peor será.

—¡Es cosa estraña! dijo Horacio, que apenas sabia lo que decir.

—No, no tan estraña cuando le conozcais. Es estraor-

dinariamente vidrioso, y se tiene por injuriado cuando percibe que se procura ponerle de buen humor; porque, bien veis, que es equivalente á decirle que es áspero de genio. Ahí está mi hermano político, Morland, que es el que mas se esmera con él, y es el que mas reprensiones sufre; pero yo reconozco desde luego que no se las envidio.

—¿Entónces, no le quereis? preguntó Horacio.

—Oh, le quiero muy bien, dijo Emilio, y toda esta suerte de cosas, si me entendeis. Seria bastante bueno en su porte, si se satisfaciera con ser lo que es; es decir, bueno, quieto, estúpido, un caballero de pueblo de bondad sólida, con un órden de memoria para recordar lugares comunes, y respetable habilidad para los asuntos ordinarios; pero cuando las personas aspiran á aparecer lo que no son, escitan mi desprecio. ¿Hay algo mas tonto que una persona estúpida? Si la hay es esta persona procurando hacerse amable. Mi padre se consume en el deseo de parecer alternativamente todas las cosas que no es. Depende de la persona en cuya compañía se halla. Mi hermana Bárbara conoce que muchas veces se pone en ridículo, y así, en defensa propia, pone las cosas en peor estado burlándose de él. Ya tendreis el gusto de ver hoy á este héroe. Mis dos hermanos San Lorenzo y Jorge están tambien en casa; y tenemos encima un castigo en la forma de una partida de parientes, Sir Geoffrey Morcar y su esposa, y tres que titulan hijos de grandes esperanzas, que cada cual se mete aquí con todo su bagaje.

—¿Y qué clase de persona es Sir Geoffrey? preguntó Horacio, que estaba divertido con estos retratos de familia.

—Un hablador de graves simplezas, replicó Emilio, que él toma por profundas observaciones. No sé cuál es mas tedioso, si Sir Geoffrey con sus principios generales y pomposos, ó su esposa con sus pesadas y triviales realidades. De un modo ó de otro, me parece que en estos momentos esta casa encierra los tres hombres mas tontos de Inglaterra. Dejo á vuestro cuidado encontrar el tercero.

—¿Están casadas muchas de vuestras hermanas? preguntó Horacio.

—Solamente Catalina y Bárbara, contestó Emilio. El otro hermano político, Sidney, no está aquí al presente, que es una fortuna, porque me pone á la muerte; pero todas mis hermanas están en casa. No, continuó Emilio siguiendo la contestacion á la pregunta de su amigo, no somos una familia destinada á casarse; bastantes somos ya los casados. Mis hermanas siempre aparecen en masa y tienen tanto que hablar, y median tantas chanzas entre ellas, que alarman verdaderamente á los solitarios individuos que se dirigen á ellas; además, mi padre es muy ridículo para manejar estos asuntos; de manera que entre diez, será de su gusto uno, cualesquiera que sean los que las amen. Dice que no encuentra razon por qué hayan de ser casadas, y que esto es un disgusto para él.

Emilio continuó la reseña de su familia por este estilo. Horacio nunca le habia oido hablar de ella hasta ahora, y estaba verdaderamente sorprendido de la libertad con que se esplicaba acerca de sus parientes mas cercanos, especialmente de su padre. Porque él en todo caso se hubiera horrorizado de hacer la censura ó crítica de su padre adoptivo; pero al mismo tiempo le fal-

taba aquel religioso principio que le hubiera hecho sentir, que escuchar de buen grado á otro, es hacerse partícipe de su pecado. En efecto, Horacio raras veces formaba un juicio moral, aunque tenia ciertos gustos, repugnancias, inclinaciones y hábitos, que le hacian abstenerse del mal; sin embargo, le divertia cuando se presentaba en una forma entretenida en otros.

Por lo que toca á Emilio, estaba totalmente destituido, no solo del principio, sino tambien del sentimiento y hábito de reverencia. Fastidiado de sí mismo, sentia agudamente todas las imperfecciones y todos los absurdos en los que estaban con él relacionados; mientras que una vanidad egoista le hacia intentar remover de sí cualquiera asociacion con ellos, ó cualquiera participacion en la censura ó ridículo que pudieran escitar en la mente de estraños. Así que, cuando se hallaba ausente de casa hablaba muy poco de las personas de su familia; y cuando presente, contínuamente desdoraba y envilecia todo lo que los rodeaba; miserable egoismo, que trae á la verdad el castigo consigo, en la amargura y el pesar de espíriu que alimenta.

El sonido de la campana para prepararse á concurrir á la mesa, puso fin por último á una conversacion que nunca debió tener principio; y Horacio quedó despues de este edificante capítulo preliminar, arreglándose para la comida y el conocimiento personal con la familia San Lorenzo.

CAPITULO VI.

Cumpliendo Emilio con la cita, llamó á Horacio con tiempo suficiente antes de la comida, para hacer su introduccion en la concurrencia que se hallaba reunida en la sala principal. Fué recibido cordial y cariñosamente, como esperaba, por Lord Staplemore; y su primera impresion fué decididamente mas favorable de lo que Emilio le habia hecho esperar. Una cara algo abultada, jocosa, y cierta natural bondad en el gesto, parecian demostrar un dócil carácter y un buen corazon. En cuanto al resto del círculo de la familia, su introduccion fué tan rápida y general, que apenas tuvo tiempo á distinguir unos de otros, y á dar la mano á su único conocimiento anterior, Mistress San Lorenzo, cuando fué anunciada la comida.

Horacio se halló colocado, para su grande satisfaccion, entre Emilio y Clara, lo cual le tranquilizó como si estuviera en su propia casa. Clara, por contraste con los estraños, le parecia comparativamente una amiga, no obstante el poco interés positivo que ella habitualmente le inspiraba. El momento de hallarse tranquilamente á la mesa, es quizá el primero de real comodidad que una persona sujeta á timidez siente en una casa estraña. Se acerca á un áncora por la primera hora ó dos horas; y

además tiene algo positivo que hacer delante de sí, tomar su comida. Tiene tambien la ventaja de ver á toda la concurrencia, con escepcion de los que están al mismo lado, ordenados alrededor suyo para su inspeccion, tiempo en que puede conocer sus caras, y quizá sus nombres, si algunos le quedan por saber.

Horacio no era muy vergonzoso; estaba perfectamente libre de toda torpeza; pero era jóven y no habia estado mucho en sociedad. La sociedad en la forma del círculo de una dilatada familia, todos necesariamente intimados entre sí, cuando uno es el solo estraño, es mucho mas alarmante que una reunion mista, donde todos están en este respecto á un nivel. La familia San Lorenzo era temible en un grado superior. Observaria precisamente el estraño en su compañía, que todos tenian los mismos objetos de diversion é interés. Habia muy buena porcion de cuchicheos, risas, cambios de miradas, reuniones de unos con otros, en cuyos entretenimientos se ocupaban contínuamente, y el forastero se persuadiria de que no le seria posible estar tranquilo entretanto no llegase á adquirir con ellos confianza.

Horacio era perspicaz y comprendia las cosas á la primer mirada. Tan pronto como dirigió la vista alrededor de la mesa despues de haber tragado los primeros bocados de sopa, se puso al corriente de tres hechos: primero, que los San Lorenzos poseian, tomados en conjunto, una apariencia regular; segundo, que estaban engalanados con demasía, sugiriendo la idea de que fuera de casa gastarian sus antiguos vestidos de baile en ocasiones comunes; y finalmente, que habia en la mesa dos asientos vacantes. Inmediatamente entró uno de los individuos que faltaban, y dudando un momento

sobre cuál de los asientos debia ocupar, se sentó en frente de Horacio, en medio de Lord San Lorenzo y una señora de ojos burlones, con algo de chiste y mas desvergüenza en ellos, y una grande boca que despojaba su belleza, la cual habia sido presentada á Horacio con el nombre de Lady Bárbara Morland.

—Ese individuo con el semblante galvanizado y el pelo negro tieso, es mi hermano Jorge, susurró Emilio.—Estaba para proseguir sus secretas observaciones con la correspondiente introduccion, cuando Lord Staplemore dijo moviendo la mano impacientemente:—Ahí no, Jorge, ahí no; ¿no ves que ese es el lugar de otro?—Y el derrotado Jorge procedió á dejar vacante el sitio, con cómico y descompuesto semblante. Lady Bárbara medio reprimió su propension á la risa, inclinándose con atencion singular sobre su copa; entretanto que Lord San Lorenzo, de semblante algo imperioso, tomó ahora una espresion mas intensamente sublime.

Este pequeño incidente parecia envolver algun misterio de familia, que escitó la curiosidad de Horacio. Miró instintivamente á Emilio, cuya faz se habia ruborizado con una espresion de irritacion y disgusto, mientras que reprimia el aliento con un ligero gesto de impaciencia; un modo habitual en él de librarse de incómodos sentimientos á la vista de una accion de mal gusto.

Horacio tenia demasiado buen tacto, sin embargo, para que diese á conocer su curiosidad; pero ansioso de satisfacerla por medio de un exámen de semblantes, dirigió inmediatamente una mirada á Lord Staplemore, y en el ligero é inquieto pestañeo de los ojos, leyó la señal de un carácter no muy bueno, y en tal conformi-

dad comenzó á sospechar que en resúmen, Emilio no se equivocaba mucho en el carácter que atribuia á su padre.

No parecia haberse calmado la inquietud de Lord Staplemore; puesto que mirando alrededor de la mesa —Georgia, dijo gritando á la mas ingénua de las jóvenes San Lorenzo, cuya cara comun, presentando una semejanza tosca con la de sus hermanas, estaba defendida por un matorral de rizos; tengo dicho muchas veces que os senteis cada cual en su sitio. Será preciso que tenga un papel con un número en cada asiento como en una mesa de hotel. Y lo haré sin duda. Ahora que te has sentado en tu silla, eres una buena muchacha. Es muy estraño, Mr. Ferrers, añadió; pero nunca puedo conseguir que me hagan caso.

Horacio apenas sabia lo que replicar á esta patética apelacion. La risa es una respuesta conveniente en tales ocasiones; pero si algo mas meditaba como adicional á la risa, la idea murió, habiendo llamado inmediatamente su atencion la entrada de la poseedora del lugar que estaba vacante.

La belleza, tal cual podia considerarse, que poseia en varios grados el círculo reunido alrededor de la mesa, se hundió en las mas modestas proporciones en comparacion con la de la recien llegada.

Habia allí toda la diferencia, en efecto, entre la belleza y la buena apariencia. Alta, pero con aquella especie de gracia que dá un carácter de desdeñosa elasticidad á la figura, y que comunica una especie de superioridad en todos los gestos y miradas, estaba realzada con toda la ventaja del adorno. Ataviada en estremo, como todos lo estaban, su traje tenia el mérito de la

suntuosidad y delicadeza. Tal vez fuese tambien del mejor gusto; pero era difícil asegurar si sus brillantes títulos de belleza superaban su adorno, ó su adorno sus naturales encantos. Además, llevaba los adornos cual si los desdeñara y su belleza tambien. Esta espresion, como igualmente la rica frescura de su color, se habian elevado en este momento con el aspecto de impaciente disgusto, al mismo tiempo que ocupaba el asiento vacío; y sacudiendo hácia atrás su profusion de rizos moreno oscuros, echó una mirada de censura á Jorge San Lorenzo, quien respondió con un encogimiento de hombros casi imperceptible.

Horacio se volvió otra vez á Emilio, que observaba estos procedimientos con peculiar espresion de semblante, de los cuales aquel no podia aclarar el significado. Emilio contestó á esta callada pregunta, diciendo solamente en voz baja:

—Es Violeta.

—Tu sopa debe estar fria, observó gravemente Lord San Lorenzo.

—Gracias, replicó la agitada belleza; tal vez de otro modo no lo hubiera conocido.

Bárbara, alegre de tener una disculpa para gozar de la risa que habia ahogado por algun tiempo, estalló ahora con ilimitado júbilo.

—¿Qué quiere decir esa burla? dijo Lord Staplemore. Yo desearia que todos estuviesen aquí á tiempo. Mr. Ferrers, permitidme presentaros á la tardía Miss Mandeville. Pero mas vale tarde que nunca. Sabed, continuó hablando aun á Horacio, á quien singularizaba por política como estraño, y tambien porque le interesaba mas como oyente nuevo, sabed que es un milagro que

estemos hoy todos aquí. Generalmente hay que contar de alguno muerto ó herido á la hora de comer. O bien Georgia tiene la cara hinchada, ó Emilia jaqueca, ó Ester se queda arriba sin dar una razon para ello. A tí debo esceptuarte, Clara, añadió moviendo la cabeza hácia Mistress San Lorenzo; eres la única puntual en esta casa, y la única que no se vé afligida por esas súbitas y caprichosas dolencias.

Clara se sonrió; pero los desahogos de Lord Staplemore fueron al parecer recibidos con frialdad por el resto de la familia.

—Es un tormento, observó Emilio, medio para sí y medio para utilidad de alguno al alcance del oido, tener que hacer todas las cosas á toque de tambor.

—Bien, estoy seguro, dijo Lord San Lorenzo, que nadie puede decir que estamos aquí en ese caso, porque hay completa libertad. Solamente que Violeta fué la única hoy que se aprovechó del privilegio para lo cual le sobran antecedentes.

Violeta no se cuidó, ni del ataque ni de la defensa, sino que continuó comiendo.

—Os ruego que tengais la bondad, dijo Lord San Lorenzo en tono de burlesca cortesía despues de examinar un plato que uno de los criados acababa de acercarle, de preguntar al cocinero de qué está compuesta esta vianda. Puede ser buena, pero no gusto de hacer esperimentos. ¿Sois partidario de la cocina estranjera, Mr. Ferrers? Segun tengo entendido, acabais de llegar del continente.

—Oh, no sé; porque viajando acostumbraba á tener buenas ganas de comer, replicó Horacio con alguna ingenuidad.

Violeta le miró atentamente por la primera vez, dejando asomar en su semblante una sonrisa.

Miss Mandeville se está riendo de vos, dijo Lord San Lorenzo, por haber hecho esa sencilla confesion de un apetito demasiado voraz para ser escogido.

—No me he reido de Mr. Ferrers, replicó Violeta. Las personas se rien lo mismo cuando están contentas que cuando están divertidas; yo siempre me compiazco de ver á uno que nada entiende de comidas. Hubiera creido que Emilio os habria dado algunas luces sobre la materia, porque despues de San Lorenzo, le tengo por el mejor conocedor en estos interesantes negocios.

—Me halló tan mal discípulo, replicó Horacio, que me abandonó, ó mejor dicho, creo que se dá por satisfecho con tal de que las cosas estén á su gusto, y no tiene gana de hacer prosélitos.

—Cualidad que posee San Lorenzo, añadió Violeta; así es, que en ocasiones nos lee el arte de cocina, que mejor haria en leerle al cocinero.

—Reconozco que me gusta ver las cosas bien compuestas y delicadamente servidas, dijo Lord San Lorenzo. Y en resúmen, hay cierta elegancia y buen tono en estas materias, que percibe y aprecia el que pertenece, —espero que no os injurieis, Mr. Ferrers; hablo solamente en general—que pertenece, digo, á la vida animal cultivada en contraposicion á la no cultivada.

—Muy animal en todo caso, me parece, dijo Violeta; variemos la conversacion si podemos, estoy cansada de ella.

—Dejemos al cuidado de nuestro buen primo presentar el tema, contestó Lord San Lorenzo con imperturbable serenidad, y le seguirémos gustosamente.

—Por regla general, observó Sir Geoffrey Morcar, caballero de mediana edad, y que al hablar parecia tener una patata en la boca, ó que sus mejillas estaban violentadas por haberse atado demasiado el corbatin; por regla general, la puntualidad en mi opinion, puede ser considerada una de las virtudes menores. Hay cierta abnegacion de sí mismo implícita en su ejercicio, y cierto egoismo envuelto en su habitual desatencion.

—¡Oíd, oíd! dijo Lord San Lorenzo.

—¡Caro mio! esclamó Lady Emilia, una jóven bonita, de facciones delicadas, y de ojos negros y centelleantes; ya hace mucho tiempo que nos hemos ocupado de este objeto. Eres tan tardío en tus observaciones, Geoffrey, como nosotras en bajar á comer.

—Es una nota de valor la que hemos perdido, dijo Violeta, por la rapidez con que San Lorenzo dió vuelta á la página.

—Yo siempre dejo las notas, cuando leo un libro, replicó Emilia.

—¿Dónde está esa nota? preguntó Jorge.

La risa general que causó esta sencilla pregunta, hizo que no se oyera alguna réplica burlona de la festiva Emilia.

—Es verdaderamente admirable si esta especie de bromas es cosa de siempre, dijo Horacio para sí. Y casi estoy por decir que me divertiré bastante, sin embargo, cuando llegue á representar en ellas mi correspondiente papel.

—¿Qué dice Ester? ¿Quiere ó no tomar carnero? dijo en alta voz Lord Staplemore. ¿Podré tener un momento de silencio?

—Os dá una contestacion propia de dama, dijo Lord

San Lorenzo, que se sentaba junto á ella, y referia su contestacion perdida en la algazara de la risa que habia causado Emilia; ha dicho que sí, pero ha cambiado su intencion; es el privilegio de las damas, como sabeis.

—¡Qué cosa tan nueva! murmuró Emilio para sí.

—Entonces te recomiendo, dijo Mr. Morland con énfasis, que procures por todos los medios cambiar tu intencion otra vez, Ester. Está escelente el carnero. Lord Staplemore, debo cumplimentaros con este carnero.

—Es al animal si estuviera vivo á quien debieras cumplimentar, y no á mi padre, observó Bárbara.

Lord Staplemore, sin embargo, no parecia estar de humor de cumplimientos.—Te pregunto, *Mr.* Morland, respondió, haciendo fuerza en el *Mr.*, que comprendia cualquiera otra cosa menos una respuesta agradable; ¿no está el carnero siempre bueno, para que ahora hagas esa odiosa observacion? Imaginamos, aunque bien podemos estar en un error, que somos famosos por nuestro carnero en esta parte del país.

—Así es, así es, añadió Mr. Morland muy séria y sumisamente; pero permitidme añadir que nosotros, me habreis de consentir, como uno de la familia, decir *nosotros* (y Mr. Morland miraba complacientemente alrededor como si fuera materia de considerable placer para él hacer esta reclamacion)—que nosotros hoy hemos sobrepujado nuestra reputacion.

—El círculo del considerado honor que hacemos al carnero se ensancha á cada minuto, dijo Bárbara.

—No sé, dijo Lord San Lorenzo, si hemos sobrepujado ó no nuestra reputacion, pero le hemos fatigado considerablemente; está asado en parrillas.

—Te ruego, San Lorenzo, dijo Emilio con una espe-

cie de suplicante ironía, que nos libres de esa llama no interrumpida de ingenio. Alarmarias completamente á Mr. Ferrers, que está poco acostumbrado á tan brillantes discursos.

Continuó la conversacion por este estilo hasta que las damas dejaron el comedor. Verdaderamente que en rigor no podia decirse que habia mediado conversacion alguna, aunque se hubiera hablado ó reido mucho; muchos ataques, defensas y zumbas, y una especie de inútil amigable disputa, que parecia la convencional moda entre esta familia para gastar el tiempo siempre que se hallaban en compañía unos de otros.

Semejante práctica, aunque parece acrecentar y favorecer una agradable familiaridad, es la destruccion de la verdadera confianza y la positiva comunicacion de ideas y sentimientos. Tiende tambien á destruir la índole y anima cierta afectacion, bajo la apariencia del sentimiento exactamente opuesto. Así que, mientras que Horacio juzgaba no haber visto jamás personas de tan estraordinario desahogo, y aun alarmante libertad de lengua, tal vez no habia allí un solo individuo, á escepcion del sólido Geoffrey, que obrase exactamente como obraria si se encontrase fuera de la influencia del tono general que habia llegado á ser habitual entre los miembros de aquella familia.

Cuando las damas se retiraron, la conversacion varió de carácter, y fué continuada solamente por Lord Staplemore, su hijo mayor Lord San Lorenzo, su hijo político Mr. Morland, y Sir Geoffrey Morcar. Jorge no profirió una sola palabra y Emilio habló rara vez, escepto á Horacio en ocasiones. Los asuntos del Condado, la eleccion próxima y objetos por el estilo fueron difusa

y largamente discutidos. Lord Staplemore era el mas enérgico del cuarteto; pero los otros tres caballeros no eran por cierto muy activos. Horacio juzgó á Lord San Lorenzo pomposo y tonto, á Sir Geoffrey importuno y tonto, y á Mr. Morland prosáico y tambien tonto. Jorge los dejó muy luego, y Horacio se aprovechó gozoso de la invitacion de su amigo Emilio á seguir aquel ejemplo, para dejar á los cuatro con su vino y su sabiduría.

—Todavía se estarán ahí sentados una hora, dijo Emilio al tiempo de abandonar el cuarto y de penetrar por la puerta opuesta á la del comedor en una hermosa galería de pinturas en comunicacion con la sala principal. Aquí hirió sus oidos el sonido de fuertes risas y algazara.

—Parece que están muy divertidas en la sala principal con alguna cosa, observó Horacio.

—¡Con alguna cosa! replicó Emilio; nada, decid mas bien; siempre están así. ¡Qué fuerte se rie Catalina! añadió; oigo su voz sobre la de todas. Y diciendo esto se echó en el sofá.—Yo no voy allá todavía, Horacio, pero vos podeis hacer lo que gusteis.

—Me parece, replicó Horacio, que debo preferir esperar por vuestra proteccion.

—Tenemos un sistema estraño, ¿no es cierto? dijo Emilio, que aunque no es semejante entre nosotros, es, sin embargo, para hacernos desagradables á los demás.

Horacio se rió y dijo:—¿Es hermana vuestra la que se sentó á la cabecera de la mesa? porque no ví en ella semejanza de familia.

—Sí, replicó Emilio; es medio hermana mia. María es mas parecida á San Lorenzo y tiene algo de su tono

duro de cara. Mi padre se casó dos veces, y esos dos son los hijos de su primer esposa.

—¿Y Miss Mandeville es vuestra prima? añadió Horacio.

—Sí, respondió Emilio. Es bella, ¿no es cierto?— Despues de una pausa continuó: Violeta tiene todo lo que la naturaleza y la fortuna pueden dar; amabilidad, talento, gracias, dinero, todo, escepto un corazon.

—¡Escepto un corazon! dijo Horacio muy admirado. Seguramente que un semblante de tal espresion, no puede ser una mera máscara de la frialdad y falta de sentimientos.

—Quiero decir, replicó Emilio, un corazon que tenga deseos de entregarse á un mortal Si sufrís, Horacio, se compadecerá de vos; si sois atacado injustamente, os defenderá; si estais descuidado, ella os hará caso. Violeta es generosa; pero si en medio de esta ostentacion de sentimientos os halagais con la idea de ganar el mas ligero interés en sus afectos, os hallareis chasqueado prontamente.

—No tengo pensamiento, replicó Horacio algo ruborizado, de ser tan presuntuoso que llegue á esperar cosa de esa especie.

—Vaya, no seais susceptible, Ferrers, replicó Emilio. ¿Quién os ha aludido? El sentido de mis palabras es general, aunque haya usado de un pronombre particular. Además, para manifestaros que yo no pensaba poneros en cautela, lo cual es innecesario, como vos mismo conoceis, baste deciros que solamente quise indicar que Violeta hace mucho tiempo que es la prometida de mi hermano San Lorenzo. ¡Ah! Ya me habia parecido que os sorprenderíais. ¿No os parece que esta union es

noblemente adecuada en todos respectos; edad, condicion, gusto, y todo lo demás?

—En cuanto á la edad, replicó Horacio, vuestro hermano no puede ser viejo.

—Tiene cuarenta y cuatro años, respondió Emilio, y Violeta veinte; algo mas del doble de edad tiene él que ella. Muchas personas, sin embargo, no juzgarian esto un obstáculo. San Lorenzo tambien ha sido, y es aun, reputado de hermoso. Os confieso que no admiro un título de belleza; tal vez sea mi mal gusto; por otra parte, el aspecto de un hombre es de pequeña consecuencia. Pero que una criatura de tan elevadas dotes como Violeta se malgaste en uno tan inmensamente inferior á ella, incapaz de apreciarla, uno que solamente la valuará como un nuevo objeto de vanidad, algo que refleje crédito y honor en sí mismo, ¡oh, esto mueve mi indignacion!

Emilio habló con amargura. Horacio no le interrumpió, y continuó:

—¿No tengo, pues, razon en decir que Violeta no tiene corazon, al considerar que debió haberse espuesto á cualquier disgusto antes que verse ligada en semejante compromiso, ó que una vez en él, no halle un medio de romperle? Pudísteis advertir con una sola mirada lo indiferente que está con mi hermano, y sin embargo, deben casarse dentro de pocos meses; tan pronto como Violeta tenga veinte y un años.

—¿Qué quereis decir con eso de estar ligada á un compromiso? Miss Mandeville, ¿no es un agente libre? preguntó Horacio.

—Violeta, replicó Emilio, está bajo la tutela de mi padre desde la infancia. Tiene una fortuna considera-

ble; sobre sesenta mil libras, segun creo, ó tal vez mas; fué hija única. Esta es una suma que no es de despreciar por quien, aunque es en el nombre rico, tiene un título y una posicion muy dispendiosa que sostener. Además, bien veis qué dilatada familia somos, y por consiguiente un obstáculo á su prosperidad. San Lorenzo es sin duda pobre, y por eso no es de admirar que mi padre haya fijado sus miras en la fortuna de Violeta. No puedo decir que le censuro, porque en resúmen, es natural; pero el asunto en su totalidad, reconozco que me disgusta y no puedo hablar de él con paciencia. En cuanto á Violeta, todo lo que se puede decir en su escusa, es que no tuvo grande oportunidad de hacer una eleccion por sí misma. Mi padre las tiene todas aquí desde el principio al fin del año; y aunque Violeta será independiente dentro de pocos meses, una mujer jóven no puede vivir sola, ni ella tiene fácil disculpa para dejar á su tio y el techo de la casa del que fué su tutor. Mi modo de pensar es, por tanto, que en parte tiene un deseo inmenso de verse libre de la tutela de mi padre, y en parte un sentimiento de honor de creerse ligada por una promesa que la hace perseverar en su compromiso; pero no soy su confidente, y así no puedo en realidad hacer otra cosa que inferir sus motivos.

Así que Emilio concluyó de decir estas palabras, una jóven con vergonzosa espresion de semblante, y todavía mas modestamente vestida, entró desde la sala principal en la galería de pinturas. Llevaba una luz en la mano, é iba evidentemente alegre en su camino. Se sobrecogió y se ruborizó, dando una disculpa apenas audible á Emilio al ver tan de improviso á los dos caballeros; y en seguida se volvió atropelladamente por

la misma puerta por donde habia entrado recientemente.

—Es Miss Trevannion, el aya de Albertina, dijo Emilio, así que ella cerró la puerta suavemente. Es un movimiento regular de reló, dejando la sala principal siempre á la misma hora; no soñaba siquiera que estuviésemos aquí, porque de otro modo se hubiera escapado por otra parte.

—Parecia hallarse sobrecogida, dijo Horacio.

—¿Sobrecogida? Oh, sí, replicó Emilio; siempre lo está, me parece. A la verdad que Albertina, segun creo, la hace llevar una vida que no sé cómo permanece en esta casa. Por otra parte, nadie hay que la consuele, escepto mi esposa, que es muy buena para ella; no porque se la trate con inhumanidad, sino que pasa desapercibida, un ser desgraciado que ninguno observa si está presente ó no. De paso, debo decir que no incluyo á Violeta, pues esta siempre toma al despreciado y oprimido bajo su proteccion.

—Pobre criatura, dijo Horacio; la compadezco.

—Bien; tambien yo, replicó Emilio, y sin embargo me provoca. No puedo tolerar á las personas que parece que están continuamente disculpándose del hecho impertinente de su existencia. Vamos, Horacio, vamos á la habitacion inmediata, donde hay actualmente una tormenta de voces.

Pronto fueron seguidos al mismo lugar por el resto de los caballeros.

—Oh, tengamos esta noche un poco de baile, dijo la alegre Emilia, haciendo una especie de pirueta como la espresion práctica del deseo que insinuaba á la concurrencia.

—¿Quién ha de bailar, Emilia? replicó Ester (una jóven de un buen parecido á su hermano Emilio), en un tono descontento de voz. No tenemos parejas.

—¡Qué! Ahí está Jorge, replicó Emilio, que puede bailar por dos bailarines medianos, y ahí está San Lorenzo, y Emilio, y Mr. Ferrers, y Juan Morland y Sir Geoffrey; Violeta ha prometido tocar.

—Querida mia, yo prefiero no bailar, á menos que se me necesite, dijo Sir Geoffrey, lanzando una mirada tonta y poco espresiva, aunque patética, por encima de sus gruesas mejillas; despues de esta disculpa volvió á fijarse en un periódico que leia por tercera vez.

—Y estoy segura que harás bien, dijo su esposa, supuesto que hace tan poco tiempo que te has recobrado de la gota.

—En cuanto á mí, dijo Mr. Morland, podeis hacer de mí lo que gusteis. Todo lo que me propongais, estaré contento de ello.

—Entonces estoy segura de que es por la primera vez de tu vida, dijo Bárbara.

Todos se echaron á reir, y Mr. Morland fué tan bondadoso, que se unió á la risa, aunque posiblemente en su interior festejaba muy poco la broma.

—Mi esposa Lady Bárbara, observó volviéndose á Horacio que estaba cerca de él, nunca está desprevenida para una réplica aguda; hereda todo el ingenio de su padre.

Horacio decia para sí que le afligiria en estremo que su esposa ejerciese con él una agudeza; y además dudaba si Mr. Morland en su corazon hubiera preferido que Bárbara eligiera un objeto diferente.

La discusion acerca del baile continuó sin embargo.

—A la verdad, Emilia, dijo Emilio, que eres una loca, y así todas las demás en querer que bailemos á todas horas. Ester es la única que tiene sentido comun entre vosotras. ¿No ves que ninguno de nosotros lo desea? Morcar quiere leer el papel, y Morland solo se ofrece por complacerte; y en cuanto á mí, declaro que el baile me pone á la muerte. Eres inconsiderada.

—Bien, supongo que será preciso abandonar nuestro propósito esta noche, dijo la festiva Emilia; pero la semana próxima, cuando hayan venido Federico Morcar y Mr. De Lorme, que seremos muchos, será otra cosa.

—Puedo asegurarte, dijo Mr. Morland, que mi amigo Clarencio De Lorme por lo regular no condesciende mas que al wals.

—Eres una muchacha inicua, Ester, dijo Albertina obstinadamente; tú tienes la culpa de que no haya baile, y nos estemos sentadas sin hacer nada.

—¿Por qué no te vas á la cama? dijo Emilio, es bien seguro de que ya es tiempo.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? dijo Lord Staplemore. No quiero que se regañe á la niña.

Emilio, murmurando alguna descontenta observacion, se sentó en el sofá junto á Horacio, que dirigia algunas palabras á Mistress San Lorenzo. Esta se hallaba pacíficamente ocupada en un bordado, á un lado del círculo general, y aparentemente sin tomar interés en lo que pasaba. Sin embargo, su semblante no daba señales de afectado desden ó despreciativa indiferencia; sino que la calma inalterable era el carácter que prevalecia en ella, significando cierta insensiblidad ó la presencia de profunda tranquilidad en el interior.

Horacio habia tocado ligeramente el recuerdo de

su antigua compañera de escuela, Rosa O'Donnell, y Clara estaba espresando un cordial deseo de renovar sus antiguas relaciones, cuando Emilio, como se ha notado ya, se acercó con irritado humor por el choque que habia tenido con su padre.

—Mi padre echa á perder esta niña, dijo á Clara en un *sotto voce* gruñon, hasta hacerla insoportable. Ya se cansará de ella bien pronto, ten cuenta con lo que he dicho.

—Supongo que no tendrás inconveniente en suplicar á Violeta que cante, repuso Clara dulcemente; Mr. Ferrers, bien lo sabes, es amante de la música.

—Pueden hacer lo que quieran, dijo Emilio; no diré ni una sola palabra mas.

Apenas habia, sin embargo, proferido esta frase, cuando moviéndose Violeta en la direccion adonde estaba Emilio con su esposa y su amigo, aquel se dirigió á ella con suplicante voz:—Ten la bondad, Violeta, de cantar un poco, ó hacer cualquier cosa que nos quite de disputas.

—¿Y por qué las animas, Emilio? replicó Violeta; tú pones las cosas en doble peor estado. Yo mas quiero oir reñir todo el dia que mirar tu cara.

—Gracias, replicó Emilio algo irritado.

—En este momento quiero decir, es claro, añadió Violeta riéndose; y entonces volviéndose á los demás, esclamó: ¿Quiere alguien oirme cantar? Yo nunca hago las cosas sin que primero pregunte; así que, espero se me conceda esta galantería.

—Es una pregunta que se contesta por sí misma, dijo Lord San Lorenzo, procediendo á encender las luces; permíteme que te conduzca al piano.

—Gracias, sé el camino sin guia, dijo Violeta declinando la mano ofrecida, medio alegre y medio impaciente.

—Cualquiera creeria, susurró Emilio á Horacio, que mi hermano ha retrocedido á la mitad del siglo pasado, ó se ha educado bajo el modelo de Cárlos Grandison. No puedo concebir de dónde le vinieron todas esas anticuadas pomposidades.

Pero antes que Horacio pudiese replicar, Violeta habia empezado el canto. Poco habia previsto aquel lo que iba á oir. Acostumbrado á no verse satisfecho jamás con el clamor de los aficionados al canto de las señoras particulares, quienes frecuentemente demuestran mas enseñanza que gusto natural y bondad de voz, pareciendo no pocas veces que el órgano mismo se halla sobrecogido mas de lo que su poder alcanza, para conducir así al oyente á una penosa sensacion de esfuerzo y para hacerle esperimentar una especie de alivio, luego que han salido bien ejecutados los pasajes de prueba, Horacio hubiera preferido la voz inculta comparativamente de Rosa O'Donnell, que era abundante y dulce, sin ser poderosa; que nunca intentaba nada que no estuviera dentro del compás, y que jamás provocaba una comparacion con el talento profesional que no pudiese asemejar, copiando el estilo de los cantantes públicos, ó imitando el elaborado ornato con que estos ostentan su poder y su habilidad. Pero no habia oido una voz como la de Violeta. Suficientemente poderosa para llenar un teatro, no daba sin embargo á su rico vigor una estension mas allá de lo necesario á la agradable en el espacio de una sala; completamente señora de la música, y poseyendo la mas incomparable facili-

dad de ejecucion, solamente hacia uso de esta cualidad para añadir positivo ornato al canto, en lugar de hacer uso del canto en ejecucion, como hacen muchos, para demostrar sus propias flexibles fuerzas. Donde una sencillez patética y profunda era mejor, no desdeñaba ser tan sencilla como la mas inesperta; entretanto que todo iba investido con aquel encanto de que ella participaba á la verdad en todas sus acciones y miradas, el encanto de entera independencia del esfuerzo y de la afectacion. Además no olvidaba que el cantor es una persona viviente espresando ciertos sentimientos, no una máquina produciendo dulces sonidos. En ella el canto era un acto de todo su ser; y todas las facciones de un espresivo semblante tomaban parte en aquello que proferian los ricos tonos de su voz, y que parecian ser el desahogo del alma.

Horacio, amante apasionado de la música, oia como quien está pasando por un sueño; y ni observó á San Lorenzo que paseaba de un lado á otro de la sala, haciendo mudos llamamientos de admiracion como el plato de pedir que recorre silenciosamente alrededor de la concurrencia, entretanto que alguna ejecucion sigue su curso; ni oyó á Mr. Morland preguntarle varias veces si no estaba encantado, y si Miss Mandeville no era completamente única en el canto.

—Este hombre no tiene alma, observó Emilio, así que Mr. Morland se separó despues de haber sacado de Horacio algo parecido á una respuesta; hace el compás con los piés y la cabeza, y os pregunta, en medio del mas sorprendente pasaje, cuando estais conteniendo el aliento para no perder una nota, si os gusta. Ese hombre merece que le maten.

El inocente ofensor juzgado y condenado sumariamente de este modo, se acercó ahora al piano, y suplicaba á Violeta cantase un aire que designaba.—Ciertamente, dijo, que el otro dia me arrebató.

—¡Lástima que no fuera cierto! añadió Emilio, haciendo una especie de rápido comentario para sí.

—Yo generalmente soy difícil de agradar, continuó Mr. Morland.

—Nunca se dijo mayor falsedad, continuó Emilio.

—Es mi desgracia, y por cierto que me pesa de ello; pero me supongo algo *blesé*, puesto que he oido y visto casi todo lo que es de admirar.

—¡Qué hipócrita sin vergüenza es ese hombre! dijo Emilio. Me admiro de que Violeta le aguante; pero veo que se rie de él.

—Bien, me complazco, dijo Violeta, de que no estés enteramente insensible; es á la verdad, un estado muy triste; no era sabedora de ello antes de ahora; ¿pero dónde está ese canto que tiene todavía el poder de conmoverte? Al decir esto, ella procedió á buscar entre sus estantes de música.

—Bien, le cantaré con todo mi corazon, dijo Violeta; pero es preciso que alguien ejecute la segunda voz; á lo menos mucho me alegraria de que hubiera aquí quien tocase el acompañamiento. Ester, ¿quieres?

—No por cierto, replicó Ester, que no estaba de humor de acompañar; no sé esa música.

—Oh, sí, sí la sabes, replicó Violeta; la tocaste dias pasados conmigo.

—¿La toqué? dicho con lánguida indiferencia fué la única respuesta.

—Yo te acompañaré, Violeta, si quieres, dijo Emilia.

—Eres, replicó Violeta, una niña muy apreciable y muy jocosa, pero metes tanto ruido en un acompañamiento, que al fin me veré obligada á confiar en mis solas fuerzas.

—¿Cuál es el uso, gritó Lord Staplemore, de tantos gastos como yo hice para enseñaros á todas á tocar? He pensado vender el piano y comprar un organillo en su lugar, y sentar á Juan Morland á darle vueltas.

—Horacio querrá, estoy seguro, acompañaros si gustas, dijo Emilio dirigiéndose á Violeta; y hacer el duo tambien.

—¿Es cierto? replicó Violeta; ¡esto es delicioso!

Levantóse Horacio y tomó asiento al piano con aquella dulce y complaciente presteza con que generalmente accedia á cualquier súplica.

—¿Conoceis este? preguntó Violeta, mirando el duo que tenia delante de sí.

—Le he oido, replicó Horacio; pero no ensayado. Sin embargo, yo nunca ejecuto mejor por haber ensayado; así que, es lo mismo.

Al decir esto, dejó correr los dedos sobre las teclas haciendo un preludio. Horacio, como se ha observado ya, tenia talento para la música y facilidad de ejecucion, que compensaba la falta del perseverante estudio que nunca empleaba en ningun objeto. Su gusto era brillante, y su voz notablemente agradable. Dos personas igualmente dotadas con genio músico, se inspiran mútua confianza una á otra; y así sucedia á Horacio y Violeta. Ninguno que los oyera, se imaginaria que cantaban juntos por la primera vez. Todos estaban encantados; pero la atencion de la sala se dirigia en primer término hácia Horacio.

Fuera de la usual curiosidad escitada por su nuevo arribo, y la favorable impresion creada por una apariencia que prevenia en su favor, no habia hasta entonces escitado grande interés en ninguno. Cierta modestia de buen gusto, la ausencia de la vanidad y ostentacion, y la indiferencia de la indolencia, le hacian comunmente estar algo oscurecido, especialmente entre estraños ó grandes habladores, y así habia sucedido en esta ocasion; pero se vió ahora de improviso que poseia una habilidad encantadora, y en el momento se elevó en la opinion pública. Todos espresaban su deleite y aplaudian con entusiasmo, á escepcion de Lady Morcar, que volviéndose á Lady Catalina Sidney, susurró á su oido que—ella nunca pudiera soportar un hombre tocando el piano;—sobre lo cual, la hermosura insignificativa del semblante, y redondos y descarados ojos de Catalina, tomaron una espresion de admiracion estúpida, al tiempo de contestar á Lady Morcar confidencialmente, pero con una esclamacion que se pudo percibir—¡Oh, querida Lady Morcar, qué estraña y anticuada idea!

—¿Qué placentero es, dijo Violeta á Horacio, que podamos hacer algun uso de vos? No sabíamos de vuestras habilidades. ¿Cuánto tiempo os estareis aquí, Mr. Ferrers? Me afligiré en estremo cuando os vayais. Al hacerle semejante pregunta, ella le miraba con una alegre sonrisa que haria una estensa escusa de la libertad de su discurso.

Ruborizóse Horacio, y sintió la primera sensacion de placer real que habia esperimentado desde que entrara dentro de las paredes de Monte San Lorenzo. ¿Pensaba en Rosa en aquel momento? ¿Rosa, tan mo-

desta, tan retirada, tan prudente, tan desemejante á la serena, la negligente, la brillante belleza que tenia delante de sí? Sí, pensaba en ella; y pensaba en ella para hacer una comparacion momentánea.—Rosa, decia para sí, nunca se hubiera espresado de este modo con un estraño. Esto hubiera parecido impudente en Rosa; pero no lo parece en Violeta. ¿Qué es esto?

CAPITULO VII.

Los individuos de la familia San Lorenzo tenian el mal hábito (entre muchos) de prolongar la noche, despues que todos se habian separado para el descanso, charlando por destacamentos de dos en dos y de tres en tres, en cada cuarto, acorde con sus respectivas afinidades. No hay union positiva de familia, donde el respeto á los padres, el lazo que la une, no existe; pero el humano entendimiento instintivamente busca las simpatías y el apoyo de la amistad, real ó espúrea. Colocad, por consiguiente, juntos cierto número de individuos, y á pesar de lo separados que estén como un cuerpo, estarán, sin embargo, dispuestos á combinarse en corros, y á tener cada cual sus propios y mas especiales aliados y confidentes. Así Emilia y Jorge eran jurados amigos; entretanto que Ester era la única entre sus hermanas á quien Emilio encomiaba, ó hablaba con alguna confianza. Generalmente las hermanas, aunque regañaban en ocasiones, estaban mas unidas que los hermanos, cuyos tres individuos no podian ser menos adecuados unos para otros. Convenian tan mal en carácter, que venia á ser esta una circunstancia de buen resultado, pues tocándose en muy pocos puntos, tenian menos tentaciones de discordia. Lord San Lorenzo era

verdaderamente mucho mas viejo que los otros dos; y dejando á un lado su grande desprecio hácia Jorge, profesaba tanto á uno como á otro muy poco amor ó desamor; mientras que ellos pagaban estos sentimientos con menos del primero y mucho mas del segundo.

Este sublime individuo se habia retirado con mesurado paso á su aposento; Lord Staplemore se dirigia al suyo; y ahora comenzaba para muchos familiares de Monte San Lorenzo la parte mas agradable de la noche. Comenzaba el zumbido de voces, y en ocasiones los estruendos de escesiva risa que salian de varios dormitorios. Esta era la razon para tontas confianzas, charla ilimitada y veleidosas y locas bromas. ¡Oh, este es un hábito el mas pernicioso, malísimo, que disminuye la salud del cuerpo y del entendimiento! ¡Oh, es bastante para hacer llorar á los ángeles, situarse lejos y dejar caer sus brazos en medio del abatimiento, al ver los miserables seres que guardan, gastados y decaidos en cuerpo y en espíritu por las ociosas palabras que les saldrán al encuentro en el dia del juicio, consignándose para su calenturiento reposo en la hora en que toda la naturaleza está para despertar en su dia del himno de alabanza!

Sin embargo, habia allí un aposento á lo menos, una escena, que los santos espíritus podian mirar con placer. Era donde Clara se inclinaba sobre la cuna de su hijo infante. Mientras que ella ocultaba la luz del niño, caia sobre su ancha y hermosa frente aquel aspecto maternal de espansion tranquila, que los pintores quisieron dar á la Madre de Dios. Verdaderamente que María, por su divina maternidad, dió un carácter divino á toda maternidad; todas las relaciones de la vida,

A. Vera R. d. Sc. g.

Clara con su hijo

S. Sanchez Rubio, Editor, Madrid

todos los afectos naturales han sido sin duda empapados en la divinidad, desde que el Hijo Eterno vino á ser Hijo de María y nuestro Hermano. Pero no conocen esto los que se mantienen lejos del reino de Su amor; ó no alcanzan mas que un débil rayo é imperfecto reflejo de las gloriosas trasformaciones allí efectuadas; la trasformacion de lo natural en lo espiritual, el cambio del agua en vino. El amor materno privado de la auréola cristiana, retrocede á una cosa comun, á un mero natural instinto; y la misma espresion del semblante humano dirá la diferencia; la corona ha caido de su frente, y el afecto espiritual se halla perdido en el sentimiento meramente animal.

Clara se inclinaba sobre su hijo con amor de madre, pero el amor de una madre cristiana. Su corazon oraba, aunque sus labios no se movian; aquel niño era el único ser en la tierra en quien sus ojos podian fijarse con placer puro. Gastaba su vida entre una porcion de personas que no eran de su carácter, donde ningun corazon podia sentir con ella, y donde ella podia sentir *por* ellos, pero no *con* ellos. No poseia el afecto de su marido. Ni habian podido conseguir el amor aquel, sus virtudes, su calmada suavidad de carácter, ni el exacto cumplimiento de sus deseos. Habian ganado su respeto, pero no su amor. La hacia, es verdad, confidente de sus quejas diarias de otros; la hacia oyente de sus pesares; pero no la participe y consuelo de sus aflicciones ó la compañera de todos sus intereses. Solamente partian un interés. En un afecto tan solo se unian sus corazones, y este era el amor de su hijo; ¡pero qué diferente era este amor en ellos! Sin embargo, habia algo en comun, y Clara daba gracias por ello.

Y, ¡oh, con qué intensidad empleaba su amor donde solamente podia afluir sin rémora! Su hijo era suyo todo; sin embargo, nunca se le apropiaba á sí misma. Le colocaba en el seno de Dios, y allí le amaba; todos los dias, todas las horas le volvia una y otra vez en espíritu á Aquel que se le habia dado, y le recibia de nuevo de Su altar como la Madre Divina recibió á Su Hijo cuando le ofreció en el templo; no para tenerle para sí, sino para abandonarle á la voluntad de Dios.

¡Dichosa Clara! dichosa, aunque privada de las humanas simpatías y afecto de los que la rodeaban; dichosa, aunque sufriendo á la ocasion la mas grande de las privaciones; la de las ventajas espirituales y el alimento espiritual, que es el apoyo de la vida del alma; porque Dios mantendrá aquellos que se apoyan en Él, y son fieles á lo que Él dá, sea mucho ó poco.

En un lugar no muy distante de la casa, habia un aposento que en estos mismos momentos presentaba una pintura muy diferente. Su poseedora era la bella Violeta Mandeville. Ella se habia echado negligentemente en un sofá á los piés de su cama; pero, si se esceptúa que habia desabrochado los ricos brazaletes que adornaban sus brazos, y que arrojara desdeñosamente en la mesa que se hallaba al lado, no habia hecho otro adelanto en desnudarse. Su doncella se ocupaba de un pequeño arreglo alrededor del cuarto, esperando á que su señora demostrase inclinacion á moverse.

—Oh, dejad todas esas cosas, Felipa, dijo Violeta; nada necesito, y solo quiero que os vayais á la cama.

—¿No quereis que os desate el pelo, señora? dijo Felipa.

—No, no, dijo Violeta; dejadme la ventana abierta y marchaos á la cama.

Felipa le hizo presente el temor del frio; las noches comenzaban á ser agudas.

—No importa, replicó Violeta; necesito aire, coja ó no frio.

Descerrojó la ventana Felipa repugnantemente y se retiró por el aposento inmediato; porque Violeta era poseedora de dos cuartos que se comunicaban entre sí. La ventana daba salida á una especie de balcon, desde el cual pocos pasos conducian á un conservatorio que se comunicaba con un cuarto inferior. Violeta pisó en el balcon y respiró holgadamente el puro, fresco y casi frio aire de la noche; parecia un sorbo vivificante para ella. La escena que tenia debajo de sí era encantadora; la perspectiva, medio oculta entre oscuras sombras, medio revelada por la luz misteriosa de la luna, era aun mas bella que por el dia. La altura del balcon donde ella estaba, dominaba la sucesion de terrenos que, por medio de intermediarios bancos de rica yerba y enanos arbustos, conducian al nivel del agua á la manera de una série de enormes pasos; entretanto que á lo lejos se veia el ancho mar, que es el alivio á veces de la vista limitada á vagar, al mismo tiempo que la libertad de los encadenados miembros; y allí, en el tembloroso camino plateado, que parecia conducir á una distancia interminable, yacia el gracioso yate, como un pájaro dormido con plegadas alas, mientras que la voz no interrumpida de la corriente, chocaba al oido, que de otro modo ni el sonido mas ligero hubiera escuchado en vano en aquella callada noche. Violeta contempló por algun tiempo, y parecia respirar libremente;

entonces cerró bruscamente la ventana, y volvió á arrojarse otra vez en el sofá.

En este momento se abrió la puerta del aposento vecino, y entró Lady María San Lorenzo, la ocupante del cuarto esterior.

—¿Vas á acostarte, Violeta? dijo; ¿qué, estás ahí como una *Didone abbandonata*? ¿No has comenzado aun á desnudarte?

—María, estoy cansada de la vida, dijo Violeta; la vida se hizo para vestirse y desnudarse; ¿de qué sirve todo esto? Se nos dice todos los dias que esta vida es una preparacion para la venidera; pero á mí me parece en este momento que es solamente una preparacion para irse á la cama y levantarse otra vez. No puedo reconciliar mi ánimo á quitarme todos estos atavíos; nada me parece digno de que me tome la pena de hacerlo; lo desprecio y detesto todo.

—Sea ó no, dijo María secamente, lo que vale la pena de ejecutarse ó es agradable, debe ser ejecutado; este es el modo que yo tengo de ver las cosas. En cuanto á la vida, ya hace mucho tiempo que estoy cansada de ella; así que, esta no es una queja nueva para mí; pero no habia pensado que te pudiera suceder otro tanto. ¿De qué te quejas? ¿No dice el mundo que todo sonríe á tus ojos?

—El mundo puede pensar así, María, respondió Violeta mirando ansiosamente á su prima. ¿Pero lo crees tú?

—Bien; yo no sé, replicó María, si en el interior te sonrien todas las cosas. No tengo motivos para ver tan allá, y te supongo descontenta, á lo menos así me lo dices.

—Bien; entonces te lo digo otra vez para siempre, añadió Violeta, estoy descontenta.

—¿Es porque San Lorenzo se marcha dentro de pocos dias? preguntó María con una débil sonrisa sardónica.

—Eres maliciosa, María, replicó Violeta, haciéndome semejante pregunta.

—¿Por qué? añadió María; ¿no puede ser esta una causa justa y natural de descontento? San Lorenzo mismo lo juzga así, porque me ha dicho que siente mucho que sus asuntos le ocupen tanto tiempo, que no quede espacio que merezca la pena de efectuar su regreso entre la conclusion de tales asuntos y la reunion del Parlamento, imponiéndole de este modo una larga ausencia.

—Llamo la pregunta maliciosa, porque no es hecha sinceramente, y porque la podrias contestar tú misma. Es una zumba, inhumana zumba.

—Sea zumba, y tal vez pueda contestar la pregunta yo misma, replicó María; pero es una zumba que yo me veo obligada á poner en práctica para respetar la reserva y pensamientos privados de otros. ¿Qué derecho tengo yo para saber que sientes la ausencia de mi hermano, á no ser que me lo digas?

—Pero no tienes necesidad de hacerme una pregunta directa sobre el objeto, si lo sospechas, replicó Violeta.

—Entonces, ¿por qué me dices, preguntó María, que estás cansada de la vida, achacando la causa á la molestia de despojarte de tus vestidos y volver á ponerlos otra vez? Esta es zumba tambien, Violeta, estoy segura de ello. Ninguno estuvo nunca cansado de la vida por esta razon, ó que sienta estos diarios ejercicios tan one-

rosos que llegue á hastiarse y disgustarse de la vida como si fuera una causa profunda. Cuando yo digo que estoy cansada de la vida, sé muy bien por qué he llegado á este punto, y nunca pretendo atribuirlo á la fatiga de vestirme y desnudarme.

—Yo aborrezco la zumba y el engaño, respondió Violeta, y no debiste creerme culpable de tales faltas por ningun sentido. Quiero ser en todas ocasiones sincera; y por tanto no debo ocultarte que la ausencia de San Lorenzo será para mí mas bien un alivio que un sentimiento. Si nunca te he dicho esto en tan terminantes palabras, no fué por falta de candor, sino porque es un desagradable modo de hablar á una hermana.

—Y sin embargo, replicó María, no pones reparo en suplicar á Jorge que ocupe el lugar cerca de él, para evitar ocuparle tú. ¿No es esto confesar en buenos términos que le desamas?

—Lo que no me agrada, respondió Violeta, es la ostentacion de dejar siempre escrupulosamente un lugar junto á él para mí. Cierto que esta mañana lo he dicho en compañía de Jorge y de Bárbara, y que Jorge se prestó voluntariamente á llenar el lugar. Esto fué todo lo que pasó sobre el objeto; además, te equivocas en suponer que yo desamo á San Lorenzo completamente, ó que lo haya dicho á nadie. Por el contrario; pienso que posee algunas muy buenas dotes, y otras generosas, aunque disfrazadas y oscurecidas con varias debilidades. Tambien se ha conducido conmigo siempre con bondad y sincera confianza; mi deseo es pagar estos beneficios con igual retorno.—Violeta hizo una pausa y despues continuó.—Le dí mi palabra, y la cumpliré. No pretendo sentir amor por él, y tampoco por su parte imagina

que yo lo pretenda; pero nunca hubiera consentido darle mi mano si en él no se hallasen algunos sólidos motivos de respeto. San Lorenzo tiene un sentimiento muy elevado de honor; sin esto todo es nada para mí; con esto puedo tolerar mucho.

—¡Tolerar! repitió María meditabunda.

—Conozco lo que estás pensando, continuó Violeta. Admiras que con el mundo ante mí, me contente con unirme á uno de quien solo puedo decir á lo mas que le tolero; pero quizá, María, no he sido, por diferentes circunstancias, tan libre en mi eleccion como te imaginas; y en segundo lugar, si no amo á San Lorenzo, tampoco he visto, no digo uno que haya amado, sino uno que pudiera amar. Cierto es que pude fácilmente encontrar uno que me agradara mas; pero esto no hubiera durado. Mi corazon no sigue mi gusto como cosa corriente. Dar mi corazon me parece suponer la posesion de un conjunto de mérito en la persona á quien le dé, que no se halla frecuentemente; tal vez nunca. Apenas me puedo esplicar yo misma, María, pero me parece que un hombre puede amar mucho mas pronto que una mujer; en esta el amor debe ser una especie de homenaje. Dar mi corazon como mujer, y á uno que no fuese inmensamente superior á mí, tal vez mi inferior, me parece la peor de las esclavitudes, el mas miserable cautiverio. ¡Oh, es una humillacion indescriptible verse degradada, hasta el punto de malgastar las mejores dotes; los afectos del corazon! Estoy segura que en proporcion de la felicidad que seria para mí hallar uno á quien pudiera reverenciar como mi superior, y respecto de quien no pudiera sentir humillacion, sino gloria y honor al darle todo mi corazon, en la misma medida retrocederia

de cualquiera cosa que fuese menos que esto. Casarme con un hombre á quien solamente estimo, á lo menos no es para mi degradacion; amar á quien en mi concepto no se elevara sobre el nivel comun, me rebajaria á mis propios ojos.

—Esas ideas me parecen violentas, replicó María.

—Son, lo conozco, diferentes de las que tienen las demás mujeres, dijo Violeta; pueden ser peculiares, pero no puedo mudarlas. Vienen conmigo desde la cuna; están en mi cuando adulta; y por esta causa, supongo, que mi corazon se conmueve ó interesa raras veces con una mera historia de amor; pero despierta mi mente la memoria de heróicas hazañas y generosa abnegacion de sí mismo. Nunca olvidaré cómo la Doncella de Orleans llenó mi imaginacion y escitó mi envidia. ¡Amor de la patria, amor de la gloria, aquí hay algo digno de mi corazon; á cualquiera cosa, á una fantasía entusiasta, primero que á un indigno, ó á lo menos hombre comun! Quizá con estos sentimientos, no debiera casarme; y abandonada á mi preferencia exenta de preocupaciones, sin duda que no me casaria; pero estos son vanos pesares. El mundo, María, bien sé que me juzgará mal; me creerá guiada por mercenarios é indignos motivos; dirá que yo sacrifico mis sentimientos á lo que se llama hacer una buena boda. Me acongojo bajo semejante idea; y sin embargo, no puedo colocarme en una conducta que remueva de mí esta imputacion; no puedo fingir.

—Que tal se te juzga, puedes tenerlo por cierto, replicó María; y tu conducta no hace mas que confirmar este juicio.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? preguntó Violeta

—¿Qué puedes hacer? repitió María haciendo una ligera pausa antes de continuar. Si me preguntas á mí, María San Lorenzo, qué haria yo en semejante caso, solamente puedo contestar, que nunca me casaria con los sentimientos que abrigas hácia mi hermano segun los describes. Podria abandonar mis afectos, sé que esto lo haria; pero no creo que todo el mundo fuese bastante á persuadirme á que me casara con una persona á quien no amase. Pero si me preguntas á mí, hermana de San Lorenzo, qué debes hacer, no puedo darte consejo; si él conoce tus sentimientos y está satisfecho, nada puedo decir; nada tengo que aconsejar.

—El conoce que no tengo mas que estimacion y gratitud que ofrecerle, dijo Violeta; nunca le hubiera engañado; pero del estado real de mi corazon y sentimientos, de todo lo que acabo de decirte, nada sabe; y posiblemente en su interior le halaga la idea de que aprendí á amarle; mas esto nunca será. Es necesario un precio mas alto para comprar mi amor del que él puede dar. Pero mi mente se trastorna, María, con el inevitable curso de las cosas que veo delante de mí; y me entendiste muy mal si imaginaste que yo pedia consejo para evadirme; necesito algunas veces dar salida á mis sentimientos, aunque no sea mas que por el mero alivio que reporta.

María calló por un momento, y despues observó:—Por lo que dices, Violeta, infiero que no es verdad que hayas estado nunca inclinada á Emilio.

—¿A Emilio? dijo Violeta; ¡oh, no, nunca! ¿Quién te dijo eso?

—Ester ha dicho hace dias, respondió María, que te habias conducido mal con él.

—Ester es siempre maligna é inhumana conmigo,

dijo Violeta. Nunca procedí mal con Emilio; pero él ha sido para mí la causa, sin conocerlo, de todos mis obstáculos y sufrimientos. El y yo, bien sabes que teníamos una especie de intriga antes de partir al estranjero; apenas sé cómo llamarlo; pero ciertamente no era amor; real amor, de uno y otro lado.

—¿Estás segura? dijo María.

—Segura con respecto á mí, replicó Violeta, y tan segura con respecto á él como podemos estarlo en semejantes casos. Tal vez él estuviera algo mas sério que yo estaba; pero de cualquier modo estoy convencida de que por ambos lados á lo sumo, no habia otra cosa que un mero entretenimiento. No teníamos nada que hacer, y esto daba algun interés á la monotonía de la vida. Tu padre, sin embargo, pronto lo observó todo; se oponia á sus planes, porque habia puesto los ojos en mí para San Lorenzo. Casar á su hijo mas jóven no hubiera correspondido al objeto que se proponia. Por eso un dia me llamó para preguntarme si amaba á Emilio. Me eché á reir de la idea, y entonces me manifestó el deseo de que dejara mis paseos y corridas á caballo con él, variando mi conducta enteramente. Mi orgullo é indignacion se hallaron escitados. Le respondí que sus sospechas eran infundadas; pero rehusé hacer un cambio en mi conducta que pudiera escitar la atencion. Esta fué la causa que tal vez no habrás oido nunca, de haber enviado á Emilio al estranjero. Tu padre me informó que sentia de su deber no permitir su regreso hasta que yo estuviera casada, ó á lo menos hasta que fuese de edad conveniente para ello. «Y aun entonces, dijo, si no estuviera verificado tu matrimonio, no habitará el mismo techo que tú. Estoy obligado á ello como tutor tuyo.

No puedo dar á Emilio fortuna, y no heredará sino una muy moderada. No puedo protegerte si piensas llevar á cabo semejante boda.» Esto fue todo una vil estratagema, pero me venció; y cuando la propuesta de San Lorenzo se me hizo segunda vez por tu padre, que pretendia atribuir mi repugnancia á aceptar su hijo primogénito, á mi constante inclinacion á Emilio, declaró tener formada la resolucion de hacerle permanecer en el destierro. Cansada de estas persecuciones, é indignada al considerar que se me podia suponer la causa de los padecimientos de uno que probablemente me habria olvidado hacia mucho tiempo, y que podia por otra parte llegar á concebir sospechas de que mis sentimientos eran la causa de tenerle á tan larga distancia, desaprobando además la idea de mezclarse de esta suerte en sus miras y consuelos, dí por último mi consentimiento. San Lorenzo nunca supo los medios de que mi tio se valió para conducirme á este punto. Creia que yo pasaba por la duda muy natural considerando nuestra diferencia de edad. Deseaba que yo tomase tiempo, y procedia con estremada bondad y paciencia. Nada tengo de que quejarme de su conducta; muy lejos de eso; le respeto por aquel sentimiento de honor que le hizo insistir en que nuestro casamiento se difiriese hasta que yo fuera de mas edad, para que nadie juzgase que yo era el objeto de injusta influencia de la tutela de su padre. Pero poco tiempo habia pasado despues de dar mi consentimiento cuando oí del casamiento de Emilio. La noticia llegó demasiado pronto para hacer probable siquiera que mi decision habia sido la causa. Si yo entonces me hubiera tomado algun tiempo para deliberar la instancia que se agitaba para ganar mi

aquiescencia, hubiera ido á tierra; pero era demasiado tarde, nunca pensé por un momento en romper mi compromiso. No, he dado mi palabra, y la cumpliré.

Violeta quedó en silencio. María, pasados algunos instantes, replicó:

—Confieso que eres digna de compasion, y tal vez no sea la menor causa el que hayas tú misma traido sobre tu cabeza esos disgustos. La vida está llena de la misma historia: nosotros descuidamos apoderarnos de la felicidad, ó la vemos, lo que es peor, escapar de nuestras manos cuando creemos tenerla asida. Has sido franca conmigo, y no lo seré menos contigo; no porque sea una satisfaccion para mí hablar de mí misma, sino que cuando veas que otros tienen mayores motivos de sufrimiento, puede, si no consolarte, á lo menos ayudar á que te reconcilies con tu suerte. Las esperanzas y los temores de mi vida ya pasaron antes que salieses de la infancia. Nunca amé mas que una vez; pero amé profunda y verdaderamente, y fuí amada, si no tan profundamente, con tanta verdad á lo menos mientras aquel amor duró. Has tenido motivos de conocer á mi padre bien, su entero egoismo y fria indiferencia hácia los sentimientos de los que están bajo su férula. El con tanta negligencia aplastó con impía mano la dicha de su hija, como ha menospreciado sin escrúpulos la tuya. Reginaldo Travers y yo éramos primos. El poseia medios moderados; pero tales cuales eran nos hubiéramos contentado con ellos. Fué, sin embargo, rechazado dos veces por mi padre. No le gustaba la boda, decia, y que no podia darnos fortuna. Reginaldo y yo estábamos conformes en que nada nos diera; pero volvia á afirmar que el casamiento no satisfacia sus deseos. Me sometí, pero aun alimen-

taba esperanzas, y conservé mi inclinacion sin disminuirse. No sucedió así á Reginaldo. Cuando todas las perspectivas de éxito murieron, tambien enfrió su afecto, y aun llegó á vencerle. No puedo quejarme, no le censuro por ello. Guardo mi resentimiento para aquel que le merece; pero lo que sufrí nadie lo sabe. Despues vino mi prueba mas amarga. Se casó Reginaldo y trajo aquí su esposa. Era la primera visita despues de su casamiento. Todos parecia que habian olvidado lo que habia pasado. Penoso como era esto, tenia sin embargo su lado bueno, porque la piedad hubiera sido insufrible. Una cruel necesidad me compelia, por orgullo, á aparecer que lo habia olvidado tambien; y tenia que reirme y manifestarme alegre, y ver á otra recibir los afectos y atenciones que debian ser mias..... Despues de esto todo lo que vino fué fácil; pasaron años y con ellos murió mi afliccion, llevando la amargura de mi pesar; pero la dicha de mi corazon ha sido devorada. Obligada á fingir al principio, aprendí á ser alegre esteriormente, entretanto que en el interior todo es tristeza y vacío. Por mas de diez años me reí y hablé, y aparecí tan animada como las demás, pero mi corazon nunca sonreia y nunca sonreirá otra vez.

Violeta contemplaba la pálida faz de María, sus facciones regulares y tranquilas, y sus ojos frios y abatidos, que parecia habian olvidado hacia mucho tiempo el llanto, y las lágrimas asomaron á sus propias mejillas.

—No tengas piedad de mí ahora, dijo María, porque no la tengo yo de mí misma. Andando el tiempo, ví que el matrimonio es una cosa comun pasados algunos años, y esto á lo menos me libra del sufrimiento de la envi-

dia, que es la prueba mas cruel; lo demás es tolerable, y no creo que me engaño acerca de mi porvenir. Nosotros parecemos á la vista de un forastero una familia jocosa y bien unida; ese jóven Ferrers tal vez lo juzgue así; pero solo un hilo es lo que nos une. Tú te casarás, Violeta, y tendrás casa en Lóndres, y buscarás en la admiracion de la alegre multitud algo que compense la falta de un corazon en que el tuyo pueda reposar. Atiende ahora bien á mis palabras. Emilia se marchará con el primer miserable abanderado que encuentre, que se contentará con alimentarse de amores. Ester permanecerá algo mas tiempo, mirará por la primera boda prudente que pueda hacer con tranquilidad. Jorge nunca vendrá á casa cuando le parezca vacía y tonta. Emilio nos dejará en el momento que pueda hacerlo. En cuanto á Albertina, tendrémos motivos de agradecimiento si por fin se satisface con no obrar peor que seguir el ejemplo de Emilia. Georgiana no tiene atractivos, y se quedará á hacerme compañía, pero no es sociedad para mí. Bárbara y Catalina vendrán algunas veces, y espero tomar el mismo interés por sus hijos, sus asuntos y vagatelas de familia, que hubiera tomado por los mios. Aquí llegaré á vieja; las esperanzas, los goces de la juventud murieron; mientras que no me asiste ninguna de las materiales compensaciones de la edad, una casa, una familia, la independencia de mí misma; tan incapaz de conseguir un amigo, ó de rodearme con una sociedad de mi gusto como cuando tenia diez y seis años; considerando contínuamente mi padre que le debo suficiente gratitud por el pan que como y el techo que me cubre. ¿Piensas acaso porque nunca resistí su voluntad, porque no soy imper-

tinente con él, como los demás lo son, que su compañía es mas soportable para mí? No manifiesto, es verdad, mis sentimientos; pero.... María quedó en silencio, y esta pausa hablaba con mas verdad que todas las palabras, el temible secreto del hondo aborrecimiento de la hija hácia su padre.

No sorprendió á Violeta esto como debiera. Estaba acostumbrada á ser testigo del desamor de los individuos de la familia San Lorenzo hácia su gefe; y en cuanto alcanzaba su libertad y su generosa naturaleza, abrigaba el mismo sentimiento: su mente estaba mas ocupada con la compasion por María, que con la desaprobacion de sus sentimientos; pero era una compasion efecto del estremecimiento; porque María no invitaba, antes bien, repelia la ternura.

María conoció que Violeta se habia conmovido, y añadió bruscamente:

—No quiero hablar mas de mí, ni aludas mas á mi persona. Piensa en tí misma; tu prueba está delante de tí; la mia ya pasó; ó si piensas en mí, que sea solo para recordar que mayores males se pueden sobrellevar, y se han sobrellevado, que cualquiera de los que te afligen. El tiempo pasa y lo lleva todo consigo; aflicciones, alegrías y pesares, y vivirás entre ellos como yo he vivido.

—¿Y entónces? preguntó Violeta.

—Entonces, añadió María, llegarás como llegué á estar endurecida, y hablarás de tus aflicciones como puedes hablar de las de otro.

—¡Pobre consuelo! esclamó Violeta.

—Tal vez lo sea, replicó María; pero no tengo otro que dar.—Decia la verdad.

—Recuerda, dijo Violeta, así que María se disponia á partir, que no debes revelar á nadie nada de lo que te he dicho; si llego á desear que San Lorenzo sepa todo esto, se lo diré yo misma francamente. No repliques. Recuerda que es un caso de honor, María.

—Nada diré, dijo María; y las dos primas se separaron para pasar la noche.

CAPITULO VIII.

Brillaba el dia en Monte San Lorenzo sobre las cerradas persianas y cortinas. El sol habia hecho algun progreso en el cielo, y sin embargo no se observaban todavía señales algunas de que los moradores del edificio habian dejado la cama. Horacio, acostumbrado á pasear temprano, y á la regularidad de la quieta familia de Crewe Hall, estaba ya vestido. Al bajar, halló á una criada empleada en despolvorear el comedor. Esta ominosa circunstancia, unida al aspecto de sorpresa de la sirvienta á la aparicion de Horacio, hicieron asegurar á este que no habia esperanza de un desayuno próximo. Además, no se advertia paso alguno en progreso al efecto. Por eso Horacio salió al jardin á malgastar el tiempo.

Era una deliciosa mañana calculada para hacer olvidar el desayuno, entretanto que el apetito continuaba sus adelantos. Horacio descendió á uno de los mas bajos terrenos que ya hemos mencionado, donde, sentado en un banco rústico, admiraba la belleza de la vista del mar, y el dulce aspecto á manera de espejo que su superficie presenta en una mañana de calma. El pequeño yate se reflejaba en este momento en el mar, como en un rio tranquilo, cuando Horacio oyó un paso cerca de

sí, y volviendo los ojos, vió á Jorge San Lorenzo acercarse con chaqueta y gorro de marinero, y un telescopio debajo del brazo; el traje favorito de los dueños de yates.

—Buenos dias, Mr. Ferrers, gritó; tan temprano vos en el campo. Acertareis en venir á desayunaros conmigo á bordo del Peri. Tendreis doble apetito, y os desayunareis mucho mas pronto. Os daré un magnífico desayuno; una porcion de tocino frito y arenques, y todo lo que querais.

Horacio le dió las gracias, pero rehusó.

—Mejor hareis en variar de parecer os digo, añadió Jorge; tendreis que esperar mucho tiempo precioso; el pájaro viejo no se levantará hasta muy tarde.

—¿Quién, quién? dijo Horacio.

Jorge continuó sin dar esplicaciones:

—Y un desayuno de familia es además un tormento, nunca me pillan en él. Tomad mi consejo, Mr. Ferrers, y venid.

—Gracias, dijo Horacio; seria impolítico de mi parte. Quiero mas esperar la hora acostumbrada del desayuno.

—Bien, replicó Jorge; si quereis ser mártir de la política, haced lo que os parezca, y aprendereis de la esperiencia; así, quedad con Dios.

Diciendo esto, el marinero aficionado tomó su camino hácia la orilla, y Horacio retrocedió á la casa pausadamente. Volvió á mirar el comedor, y ahora le pareció ver algunas esperanzas, porque el mantel estaba tendido y ya habia algunas cosas sobre la mesa preparadas para el desayuno. A la ocasion entraba un criado con una adicion insignificante, miró alrededor del cuarto, movió algunos vasos y salseras y echó una mirada es-

crutadora á la mesa, al parecer por si faltaba algo; pero todavía no se veian operaciones activas en progreso, y Horacio á cada momento se impacientaba mas de la tardanza. Habia allí periódicos cerrados puestos en dos de los platos; pero eran evidentemente de la naturaleza de propiedad privada; así que, falto de ocupacion, Horacio clavó los ojos maquinalmente como cosa de cinco minutos, en la pintura de un voraz jabalí que adornaba uno de los estremos del comedor, hasta que comenzó á simpatizar considerablemente con los instintos del animal.

Por último, para su grande satisfaccion oyó una especie de ruido y movimiento hácia afuera. Se abrió la puerta, y entraron tres bulliciosos niños; las esperanzas crecientes de la familia Morcar. Fueron seguidos por Miss Trevannion y Albertina, la primera haciendo esfuerzos pacíficos para traer á los espíritos de los jóvenes Morcar á una tranquila calma. Trajeron la fuente del té, y Miss Trevannion se ocupó de hacerle. Horacio tomó su lugar en la mesa, contento de ver un principio, é hizo algunas atentas observaciones relativas al tiempo. Albertina le clavaba los ojos, los tres pequeños Morcares le clavaban tambien los ojos y le hacian gestos además. Miss Trevannion contestó modestamente en pocas palabras; tenia su atencion dividida por igual la confeccion del té y las miradas que de cuando en cuando dirigia á los inquietos Morcares.

La persona que en seguida hizo su aparicion, fué Clara San Lorenzo. Besó á Albertina y á los niños, y dió la mano cordial y bondadosamente, tanto á Horacio como á Miss Trevannion, cuyo semblante parecia mas alegre despues de su llegada; en seguida Clara tomó asiento enfrente de su té. Tambien se hallaba enfrente

de la ventana; y como toda la luz del dia reflejaba sobre su hermosa y tranquila faz, Horacio, aunque no era admirador suyo, no pudo menos de convencerse de que habia allí algo singularmente puro y delicado en su modesta belleza, algo que peculiarmente armonizaba con la mañana.—Sin embargo de que es inmensamente inferior á Violeta, decia para sí, Clara tiene una belleza de ella misma. Si Violeta se parece á un luciente diamante, Clara se asemeja á la blanca perla.—Y entonces volvia el pensamiento á lo que Emilio le habia dicho de que no provocaba comparaciones con el anterior objeto de su admiracion; y Horacio se preguntaba á sí mismo: ¿Pudo ser Violeta á quien aludia?

No tuvo mucho tiempo para meditar; porque se oyó ahora la voz de Lord Staplemore en el esterior hablando con enojo á uno de los criados; por lo cual entró con rasgos de mal humor en el semblante, que apenas ablandó al tiempo de dar generalmente los buenos dias. Tomó su asiento enfrente de un periódico, y mientras que le desdoblaba seguia murmurando para sí que iba á despedir á Cooper, porque habia hecho una regla ejecutar exactamente lo contrario de lo que él decia.

—Todos, dijo, en esta casa son dueños, escepto yo, segun creo. Mando una cosa, y tu esposo, Clara, ordena lo contrario; y Cooper hace caso de él, y yo soy un cero.

—Estoy segura, dijo Clara, que Emilio no pudo tener intencion de contradecir ninguna de vuestras órdenes.

—Ninguno tiene intencion de nada, segun tú, Clara, replicó Lord Staplemore; ¿no es así? añadió riendo, sin embargo, con mejor humor.

—Papá, dijo Albertina, aprovechando el propicio momento de aquella sonrisa, ¿podré ir á dar una vuelta por el mar con Jorge?

Miss Trevannion se interpuso antes que Lord Staplemore pudiera replicar.

—A la verdad, Lady Albertina, que las lecciones han sido completamente descuidadas esta semana. Ayer bien sabeis que estuvisteis paseando á caballo toda la tarde y el dia antes le habiais pasado en el sofá, por la jaqueca, y...

—Y tendrá mas jaquecas, dijo Lord Staplemore interrumpiendo la revista de la semana de Miss Trevannion, si se enjaula todo el dia sobre los libros y no toma aire fresco. Un paseo por el mar le hará bien en esta hermosa mañana; demasiados dias de lluvia vendrán á propósito para las lecciones.

—¿Entónces iré, papá? dijo Albertina con ansiedad.

—Ve donde quieras, replicó Lord Staplemore; solamente te pido que no me aturrulles mientras leo este periódico.

Miss Trevannion dirigió una triste y suplicante mirada á Mistress San Lorenzo, quien sin embargo, no tenia al parecer ánimo de mezclarse, cuando no hizo observacion alguna.

Entró ahora Sir Geoffrey Morcar y tomó asiento enfrente del otro periódico. Fué inmediatamente asaltado por un coro de juveniles voces, suplicando se les permitiese ir tambien á pasear por el mar.

—Preguntádselo á vuestra madre, preguntádselo á vuestra madre, dijo Sir Geoffrey; nada tengo que decir á eso, continuó dirigiéndose á Horacio: dejo los primeros elementos á Lady Morcar. La regulacion de un niño

menor de ocho años, por regla general, pertenece esclusivamente al departamento femenino.

Despues de haberse librado de esta atencion en un tono magistral, Sir Geoffrey se dedicó completamente al papel y su desayuno.

—Eres demasiado pequeño, Alfredo, para ir al mar, y además nadie te ha invitado, dijo Albertina al hijo mayor de Morcar; y Enrique y Adolfo son todavía casi niños de pecho.

Alfredo revelaba á la vista de esta reflexion alguna disposicion al lamento, que fué reprimida en tiempo por un enfático mandato de Miss Trevannion de que tomase el desayuno.

Parecia haberse restablecido ahora la calma, y el desayuno continuaba enérgicamente. Los tres niños, intensamente parecidos á su padre, estaban en una hilera enfrente de Horacio. Todos ellos tenian mejillas hinchadas, de color de rosa, y ojos azules; y estos tres pares de ojos azules estaban todos en este momento estensamente abiertos y fijos sobre Horacio. Esta marcada atencion comenzó á ser á este molesta, y combinada con el regular sonido de la material masticacion de Lord Staplemore y Sir Geoffrey, le ponian completamente nervioso. Además, Alfredo Morcar demostraba una inclinacion decidida en su semblante á hacer alguna observacion, probablemente personal, el resultado de su largo exámen; cuya observacion parecia retardarse por la circunstancia de tener la boca inconvenientemente llena. Un ligero movimiento de Miss Trevannion, ocasionó una diversion, sin embargo, en favor de Horacio; y atrayendo la atencion del jóven Morcar, transfirió su escrutinio á otra parte. Teniendo dispuesta ya la boca la

inclinacion á hacer una observacion, que se habia estado acumulando por algun tiempo, se espresó por último en la forma de una pregunta:

—Miss Trevannion, ¿cómo es que vuestras narices están tan coloradas esta mañana?

Las mejillas de la pobre Miss Trevannion á esta pregunta tomaron el semblante de sus narices. Sin embargo, respondió pacíficamente:

—Querido mio, tomad vuestro desayuno y no hagais observaciones.

—¿No sabes, Alfredo, dijo Albertina, que no debes hacer observaciones en las caras de las señoritas?

—Pero no sabia, dijo perezosamente el ofensor, que Miss Trevannion es una señorita.

—Mi querido Alfredo, dijo Clara, no seas descortés.

—Pues si es lo que Albertina ha dicho el otro dia, persistió Alfredo.

—Yo nunca dije nada de eso, dijo Albertina ruborizada.

—Lo has dicho, bien lo sabes, reiteró Alfredo.

—¡Digo que es mentira! replicó Albertina con vehemencia.

El exasperado Alfredo descargó el pedazo de tostada de manteca que tenia en la mano en la cara de Albertina; Albertina respondió con un cachete, y Alfredo se echó á llorar. La armonía de la mesa puede suponerse que no se acrecentó con este acontecimiento. Lord Staplemore en pié á causa de la confusion esclamaba:

—¡Hola, hola, niños! Si no os estais quietos, haré que os quiten de delante sin desayuno.

—Querida Lady Albertina, dijo Miss Trevannion, poco importa que cualquiera diga que soy ó no soy se-

ñorita; pero os ruego que vos aprendais á proceder como tal.

Todo esto no era muy divertido para Horacio, como es de suponer, y sinceramente deseaba que se acabase el desayuno.

Clara, entretanto, cuando se restableció la calma á una grave demostracion de Sir Geoffrey, se esforzó en aliviar á la pobre Miss Trevannion de su disgusto y heridos sentimientos, entrando en pacífica conversacion con Horacio; pero nadie habia descubierto en las maneras de Clara aquella penosa turbacion y tristeza que otras personas revelan en semejantes ocasiones. ¿Procederia esto de la insensibilidad que Horacio le imputaba? ¿Habia en ella realmente falta de sentimiento, inercia y estupidez por naturaleza? Muy lejos de eso. ¡Cuántas veces demostramos sentimiento por otros, y es simplemente el ogoismo dando salida á nuestros disgustos! ¡Cuántas veces es la vergüenza que rebosa en nosotros mismos, por estar en conexion con las personas que se portan burlesca y asperamente, el dominante sentimiento de nuestra mente, ahogando la compasion que sentimos por los pacientes, y encaminándonos á causa del mismo disgusto, á hacer las cosas peor en lugar de mejorarlas! Pero no sucedia así en Clara. En tanto que alguna desagradable circunstancia reportaba el sentimiento de vergüenza y disgusto á su casa, la aceptaba dulcemente como una mortificacion; aun mas, la acariciaba, y daba gracias por ella en el interior de su alma, y en tanto que la misma circunstancia infligia pesar á otros, intentaba caritativamente removerla ó mitigarla. Con este objeto hablaba ahora alegremente á Horacio, y con la misma esterior serenidad como si nada hubiera

ocurrido, cuando entró Lady Morcar. Lo primero que atrajo la atencion de esta, despues de besar á sus hijos, fué lo encarnado de los ojos de Alfredo.

—Amor mio, has llorado; ¿por qué? dijo la tierna madre.

—Albertina me dió un golpe, dijo Alfredo, renovando sus lágrimas la memoria de la injuria.

—¡Mi pobre niño! esclamó Lady Morcar; ¿cómo pudiste hacer eso, Albertina.

—¿Entónces por qué fué atrevido conmigo? dijo Albertina, sin que por ningun estilo se abatiera.

—Lady Albertina, es cierto que se produjo mal, Lady Morcar, dijo Miss Trevannion bondadosamente interponiéndose; pero no hizo daño al niño; debo decir en su disculpa que él la provocó arrojándole un pedazo de tostada de manteca á la cara.

—¡Tostada de manteca! dijo con calor Lady Morcar, con muestras de consternacion en su semblante, y olvidando el aspecto moral del acontecimiento por el físico que ahora presentaba; veo que no habeis reflexionado, Miss Trevannion, al permitir tomar á este niño tostada de manteca, que es cosa á que yo me opongo particularmente. El doctor Pilcher dice espresamente *muy poca, muy poca* manteca, y de ninguna manera la que ha sido derretida. Tengo que estar siempre delante, ó es seguro que algo se ha de hacer mal.

Miss Trevannion se diculpó arguyendo de ignorancia la prohibicion del doctor Pilcher, y Sir Geoffrey se interpuso para consolar á su esposa, asegurándole que cuando era de la edad de Alfredo, comia mas cosas insalubres en un dia que Alfredo en el trascurso de un año. Algo calmada Lady Morcar, tomó su asiento; pero

no sin que á veces dirigiese una inquieta mirada á Alfredo, como si esperase que alguna crísis le amenazara en consecuencia del deletéreo alimento que habia tragado.

—¡Qué terriblemente se acrecienta el crimen! observó Sir Geoffrey solemnemente. Las columnas de los papeles hacen todos los dias revelaciones de depravacion, miseria, y el hambre de que estamos rodeados.

Diciendo esto, que le sirvió para tomar entre tanto un grande pedazo de jamon, volvió á continuar con el periódico.

—Ahora encuentro aquí otro caso horroroso bastante para erizar los cabellos.

—Te ruego, Sir Geoffrey, dijo su esposa, que no me leas ninguna cosa que contenga horrores, porque esta mañana estoy ya bastante sobresaltada. Lo que me has leido el otro dia de un niño que fué aplastado por un error en una cama, me tuvo despierta toda la noche.

—No seas tonta, Elena, dijo Sir Geoffrey.

—Supongo, observó Horacio, que las cosas marchan como siempre, con la diferencia de que tenemos hoy mas periódicos para registrar hechos funestos; y me parece que los periodistas están muy contentos frecuentemente con hallar cualquiera cosa con que llenar las columnas de su periódico. Además, sospecho que la gente tuvo siempre de que quejarse en sus tiempos.

Sir Geoffrey lanzó á Horacio sus ojos poco espresivos.

—Vuestra esperiencia, Mr. Ferrers, dijo, no se estiende muy atrás, y vuestra atencion tal vez no se haya vuelto mucho hácia estos objetos; pero el que haya buscado la huella de los acontecimientos hasta llegar á sus

causas, y los haya seguido hasta sus consecuencias, y haya sido un observador atento de nuestro estado social y político por un considerable lapso de tiempo, habrá llegado á una conclusion completamente distinta. Hemos visto tiempos malos antes de ahora, os lo concedo, pero nunca una crísis como la presente. Hablo deliberadamente, Mr. Ferrers, y podeis tener mis palabras por ciertas, y vivir en la inteligencia de que estamos en este momento sentados en un volcan.

—¿Qué volcan es ese, papa? preguntó Alfredo. Yo creí que solo habia tres en Europa, y ninguno en Inglaterra.

—¡Querido inteligente niño! esclamó Lady Morcar, ¡qué precoz es! Adolfo, amor mio, no toques ese cuchillo.

Sir Geoffrey, sin contestar la inteligente pregunta de su hijo, continuó con mas importancia:

—Podeis asegurar que por regla general.....

—Adolfo, deja ese cuchillo; ¿no me oyes? repitió Lady Morcar.

—Podeis asegurar que por regla general..... volvió á comenzar Sir Geoffrey.

—Sir Geoffrey, dijo Lady Morcar en tono suplicante, haz que Adolfo deje ese cuchillo.

Sir Geoffrey hizo otra tentativa.

—Podeis asegurar que por regla general..... Adolfo, deja ese cuchillo; ¿no oyes lo que te dice tu madre?

Sea que Sir Geoffrey hubiese olvidado lo que iba á decir, ó que las interrupciones torciesen la corriente de sus pensamientos, de cualquier modo es de sentir que nunca concluyera la luminosa observacion que iba á hacer, resultando de aquí la gran pérdida de su beneficio para la sociedad.

Horacio se halló muy contento de verse libre del desayuno; y Emilio al encontrarle una hora ó dos mas tarde, le dijo riéndose: ¿Cómo fuísteis tan sencillo que os hayais enganchado en el desayuno con mi padre? Nosotros todos huimos de ese desayuno como si fuera una peste; pero creo que debereis tener suficiente con una prueba.

Horacio no intentó negarlo, y habiéndole propuesto Emilio un paseo por los establos, asintió gustosamente, y los dos amigos dejaron la casa uno en compañía del otro.

La pequeña sala de recibo adonde Horacio fué introducido en el momento de su llegada, se usaba tambien por las damas como cuarto de sus labores y otros arreglos de la mañana. Las hijas de San Lorenzo no tenian el hábito de leer. A escepcion de algunas superficiales gracias, que habian aprendido como cosa consiguiente, no habian recibido educacion alguna, y sus propias inclinaciones no las impelian á llenar esta falta. Algunas veces pasaban la vista rápidamente por una novela; esto era todo. Su ocupacion principal eran trabajos de fantasía, que generalmente costaban mas que costarian en el comercio; pero servian para entretenerlas del opresor sentimiento del ocio, y de este modo llenaban su propósito. Además, no tenian otra manera de emplear el tiempo cuando estaban en casa, mas que sentándose juntas á charlar, reirse y trabajar, ó á lo menos con su labor entre las manos. Donde tal es la práctica de una casa, podemos decir con seguridad que el efecto debe ser, ó inesplicablemente aborrecible, ó en estremo nocivo.

—Georgiana, dijo Bárbara, ¿piensas sentarte cuando todos nos sentemos á comer, como mi padre te dijo?

—No, contestó su hermana; formo una regla olvidar esta suerte de cosas.

—Pero *él* no las olvida, replicó Bárbara; y bien sabes que cuando determina una cosa con ánimo firme, riñe hasta que lo consigue.

—Lo olvidará, replicó Georgiana, si Violeta baja á tiempo y no vuelve á suceder lo mismo otra vez. ¿Piensas, Violeta, estar á tiempo á comer hoy?

Violeta estaba arrimada á la ventana leyendo un libro. Miró al sonido de su nombre, pero sin fijar la atencion, pues no creia de gran necesidad fijarla.

—Me avergonzaré, dijo Bárbara, si todas nos hacemos notables por ese estilo cuando venga Mr. De Lorme. Es precisamente una persona que se mofaria de cualquiera cosa absurda de esta naturaleza.

—Me parece, Bárbara, observó María, que has adquirido algo de la admiracion y respeto de Juan Morland por Mr. De Lorme.

—Oh, no, no tal, replicó Bárbara; pero tengo algunas razones reservadas para no querer disgustarle; y sé además que es muy descontentadizo, y considera que tiene derecho á serlo; en resúmen, de un modo ú otro se le tiene por una especie de árbitro en materias de buen gusto. Es bastante que él diga que una muchacha es bonita para que todo el mundo diga lo mismo.

—Dicen que está ahora un poco *passé*, observó Catalina, y que vuelve sus pensamientos hácia el matrimonio.

—*Passé*, dijo Barbara, no sé lo que quieres decir por *passé*. Diria que tiene algunos años menos que San Lorenzo.

—¡Oh, oh! dijo gritando Catalina; ya sé de lo que

tratas; ahora conozco tu razon secreta; ¿piensas que sería una buena boda para Ester?

—¿Y por qué no? replicó Bárbara. Me parece que Ester tiene algunas probabilidades acerca de él. Ya sabes que en el último baile del condado preguntó á Morland quién era aquella bonita muchacha, y despues le suplicó que le introdujese.

—Dí ahora lo que hay en el particular, Ester, dijo Catalina con ansiedad. ¿Qué tal es?

—Como cualquiera otro, me parece; respondió Ester con alguna indiferencia real ó afectada.

—Ese es un absurdo, Ester, replicó Catalina abriendo estensamente sus significativos ojos; no puede ser como cualquiera otro, porque no hay dos iguales. Estoy segura de que es tremendamente feo, y no quieres decirlo.

—Es una muchacha prudente, dijo Bárbara riéndose, y no quiere comprometerse. Además, Mr. De Lorme no es realmente feo; no digo que sea hermoso, pues hay á la verdad en su cara algo de picante.

—Es chato, observó Ester secamente; pero á mí me dará poco cuidado casarme con un chato, con tal que tenga una presencia distinguida.

—Te aplaudo, Ester, por ese buen sentimiento, dijo Bárbara. Cuando mis niñas sean grandes, no las permitiré hacer la menor observacion sobre si este hombre es feo, ó aquel desgraciadamente chato.

—Pero mi querida Bárbara, dijo Catalina, ¿no tienen ellas ojos y no ven?

—Es cierto, replicó Bárbara; pero no es de que vean si los hombres son ó no feos, de lo que yo cuido; lo que yo quiero que sepan es que no se debe dar importancia á esto, lo cual estorba muchas veces el casamiento

á las muchachas Recuerdo bien, que mucho tiempo despues de haber aceptado á Morland, yo estaba ansiosa de saber si las personas estrañas le calificaban de muy chato, muy estúpido, muy prosáico, ó cualquiera otra cosa; y una observacion casual ó dos que hubiera oido, me parece que hubieran cambiado mi intencion, pero sucedió esto mucho tiempo despues de haberme marchado de casa.

—Es realmente muy desagradable, esclamó Emilia, que tú que estás casada pienses que estamos todas tan ansiosas de casarnos tambien. Es insultante, y no me gusta de ninguna manera.

—Tranquilizate, dijo Bárbara. Me atrevo á asegurar que te alegrarias bastante de casarte.

—Bien, á mí no me agradaria ser una solterona vieja, observó la hasta aquí desapercibida Albertina.

—¿Y quién pregunta tu opinion? dijo Catalina levantando su fuerte é indisciplinada voz; ¿y qué tienes que hacer aquí?

—Estoy esperando á Jorge que me venga á buscar para ir á dar un paseo por el mar, y él espera por el viento, replicó Albertina, agitando su sombrero atrás y adelante.

La conversacion siguió por el mismo provechoso estilo; siendo el siguiente objeto de discusion el aspecto de Horacio Ferrers.

—Hay algo distinguido en todo su aire de maneras, observó Ester; y me atrevo á asegurar que es completamente natural, no adquirido, porque no creo que haya estado mucho tiempo en sociedad.

—¿No te parece que su pelo es rojizo? preguntó Georgiana.

—Oh, no, tiene solamente en él un brillante lustre, dijo Emilia; él se parece á alguien.... no sé á quién....

esto me atormenta..... ¡Ah, ya sé! A una pintura que una vez ví de Vandyke en su juventud. Y luego tiene unos ojos de una especie de color violeta con cejas oscuras, que le dan tanta gracia. No te ruborices, Violeta, no pensamos en tí; porque bien conoces que ya estás fuera de cuestiones de esta especie.

Violeta miró hácia el alegre, ruidoso y necio grupo con algun desprecio; pero no replicó.

—Deja á esa muchacha leer su libro sin molestarla, dijo Bárbara.

—Gracias, Bárbara, respondió Violeta; todo lo que deseo es estar sola.

—No me parece conveniente que te enamores de Mr. Ferrers, dijo Catalina; porque estoy segura de que es demasiado jóven para pensar en casarse. Además, no sabemos si tiene siquiera medio chelin.

—Llegó aquí con un caballo y un criado, observó Georgiana.

—Vaya, eso inspira confianza, dijo Bárbara.

—Papá nunca te dejará casarte con Mr. Ferrers, lo sé, dijo Albertina.

—¿Y por qué? preguntaron varias voces.

—Porque es Católico Romano, replicó Albertina; y recuerdo que papá estaba muy mal humorado cuando oyó que Clara lo es.

—¿Y cómo lo has llegado á saber? preguntó Catalina.

—Su criado Tomás lo dijo á Susana, respondió Albertina.

—¿Y por qué charlas nada con las criadas acerca de los que nos vienen á visitar? replicó Catalina. ¿Te dijo mas respecto de él?

—¡Oh, querida! ¡ya se me habia olvidado! esclamó Emilia.

—¿Qué es ello, Emilia? gritó Catalina con voz mucho mas fuerte que su hermana; amedrentas con tus súbitos sobresaltos.

—Viene hoy otra persona, que es un tormento; Mistress Foresters, ya sabes, replicó Emilia.

—Me admiro de lo que dices, observó Bárbara. Emilio nunca la ha descrito, pues no es cierto comunicativo en ese punto. Sospecho que es un enigma y que se avergüenza de ella.

—Oh, quitémonos de delante para cuando venga, dijo Emilia. Yo me iré á pasear en el yate.

—¿Y dónde irémos á distraernos entretanto? dijo Bárbara. Debemos pensar en algun plan para hoy.

Hallar una distraccion para disponer del dia, parecia siempre una necesidad positiva para la familia San Lorenzo; el natural, fin de la vida; tan natural, que no aparece ocurrir á las personas que teniendo momentos de ocio conservan un hábito de colocar ante sí cualquiera objeto ó regular sus dias con la perspectiva de cualquiera otra cosa. ¡Oh, es un error suponer que la disipacion está limitada á las ciudades! ¡No hay lugar mas ocioso ó mas disipado que una ociosa y disipada casa de campo! Despues de muchos debates se convino en tener un juego de villar, ordenar que los caballos estuviesen á la puerta á las tres, para los que quisiesen montar, y la berlina para los demás.—Volverémos muy tarde á casa, dijo Bárbara, para evitar la reciente llegada.

Sentado este punto difícil y anunciado el almuerzo, se disolvió el grupo para penetrar por destacamentos en el comedor.

CAPITULO IX.

La partida de á caballo consistia de Mr. Morland, Bárbara, Georgiana, Violeta y Horacio. Lord San Lorenzo estaba puntual á la puerta para ayudar á montar á Violeta, pero no los acompañó.

No hay ocasion quizá, en que estemos mas independientes de conversacion, y sin embargo, por otra parte, en que la conversacion sea mas agradable, que á caballo. Violeta gustaba mucho del ejercicio; y dificilmente se podria suponer al mirar su animado semblante, cuando dejaba las riendas sobre el cuello del caballo y galopaba por el parque dirigiendo de cuando en cuando alguna animada observacion á Horacio, que era la misma persona que la noche anterior se habia tumbado en el sofá confesando que la vida no tenia encantos para ella. Sin embargo, acaso habia mas verdad real en esta triste confesion que en su presente y brillante alegria. Quizá sucede siempre así. La tristeza parece salir continuamente de la percepcion del valor real y aspecto verdadero de las cosas; nos parece en tales momentos, que las vemos como son en sí. Entretanto que la alegria, aun en los instantes en que la gozamos de corazon, nunca nos engaña enteramente en su creencia, un velo brillante fluctúa ante nuestros ojos con sus tintes

de arco iris, y ansiamos persuadirnos de que no hay sombras detrás, pero no lo creemos así en nuestro corazon.

—¿No os sorprende que vuestro cuerpo y alma sientan como si fuesen algo en comun, cuando gozais de un rápido galope? dijo Violeta á Horacio, al mismo tiempo que refrenaba su caballo.

—No, exactamente así, replicó Horacio, algo divertido con la singularidad de la pregunta. Diria mas bien que el cuerpo parece entonces dotado con alguna de las propiedades del alma, y deja su pesada naturaleza tras de sí. El movimiento rápido produce un sentimiento de libertad.

—Eso es lo que quiero decir, dijo Violeta. Cuando pongo los piés en tierra otra vez, me siento atada y oprimida, y el sentimiento de libertad y exaltacion se hunde en la tierra conmigo. Solo hay dos cosas que me dan un sentimiento genuino de gozo; una es montar á caballo, la otra navegar. En la primera existe un movimiento rápido y libre, sin el menor sentimiento de esfuerzo ú obstáculo; en la segunda nos parece que vencemos con igual facilidad la furiosa oposicion del poderoso Océano. ¡Qué estraordinario deleite es tambien, tender la vista por ese libre espacio donde el hombre no puede abrir una senda ó colocar un muro, y que permanece por siempre la perfecta imágen de la ilimitada libertad como en el dia de su creacion!

—Me parece, replicó Horacio, que he aprendido algo acerca de vos en estos últimos pocos minutos; amais dos cosas, independencia y poder.

—¿Independencia? sí, respondió Violeta, teneis razon; pero poder, no tal vez como lo imaginais. Si me conoz-

co bien á mí misma, no tengo deseo de ejercer autoridad en ninguno. Mi amor de libertad no seria genuino si deseara disminuirla en otros. Al amor comun de no ser intervenidos, no le llamo un amor real de libertad. Es ciertamente muy compatible con el deseo de poder; pero una verdadera adoracion de la libertad es, me lisonjeo de ello, algo mas elevado. Sin embargo, en un sentido amo el poder, aquel poder que vá implícito en la libertad. No puedo tolerar la sumision de ningun inferior; y el mundo está lleno de tales sumisiones, no solo forzadas, sino voluntarias. Entendimientos pequeños; malas máximas y peores sistemas regulan este desgraciado mundo; y á mí se me cree orgullosa porque algunas veces me rebelo, y no puedo siempre reprimir mi desprecio. Sin embargo, demostradme algo realmente superior, realmente soberano, realmente digno de reverencia, y ¡oh, qué positiva y alegremente me postraré en su presencia! Pero, diciendo la verdad, yo jamás encontré con nada que escitase en mí el sentimiento de reverencia, escepto cuando estoy delante del sublime templo de la naturaleza, ó cuando leo la historia de un gran personaje, á quien tal vez en resúmen, si le viera cerca y le conociera mejor, le veria hundirse en el nivel comun.—Violeta quedó en silencio por un momento como reflexionando, y despues volviéndose precipitada hácia Horacio, dijo: ¿Sois cristiano, Mr. Ferrers, no es cierto?

Horacio asintió, admirando la vuelta estraña que el pensamiento de su compañera habia dado.

—Bien, pues, continuó Violeta; os concederé que la idea de la Iglesia Católica es en mi imaginacion una idea muy grande: una Iglesia que requiere la total postracion del

juicio y del intelecto; que hace la única reclamacion que puede dar algo real, alguna santidad á la autoridad, la reclamacion de la infalibilidad; que profesa empuñar el mas tremendo poder, y tener el entero dominio de las almas; que llega aquí con la venerable gloria de la antigüedad, y la pompa de inmemorables ritos; todo es sublime, es deslumbrador, pero... y se paró por un momento, miró dudosamente á Horacio, y añadió: ¿podré concluir sin ofenderos?

—No podeis ofenderme, dijo Horacio con calor.

Violeta continuó: —Pero creyendo como yo creo que esas reclamaciones son un artificio, en proporcion de su magnitud y pretensiones está la revulsion con que me vuelvo contra ellas. El sistema católico me parece la mas terrible esclavitud del entendimiento humano, sustituyendo la obediencia en el hombre á la libre voz de la conciencia, privándole del juicio y sentimiento moral de su libertad y elasticidad, estrechando su mente y poniéndola en andadores de niño. Imagino ver algunos de sus efectos en lo que llamaria una mente amable y escrupulosa, estrechada y disminuida. La idea, en conformidad con lo que llevo dicho, de la Iglesia Católica, es la mas atractiva, su realidad la mas repulsiva. ¿Me entendeis, Mr. Ferrers?

Horacio habia oido con atencion, y habia intelectualmente entendido; pero, ah, estaba lejos, muy lejos de entender el deber, la responsabilidad del momento, aquel deber que es preciso tenga siempre presente en su entendimiento todo hijo de la Santa Iglesia, para aprovechar cualquiera oportunidad que se ofrezca de hablar, con discrecion, es cierto, pero celosa y enérgicamente por el honor de su Madre, é intentar efectuosamente

atraer á ella el hijo estraño. Pero el objeto de Horacio era muy diferente; era recomendarse *á sí mismo*, y su fé, solo en tanto que estaba en conexion é identificada con él. Este mezquino punto de vista dictó, por tanto, su respuesta.

—Nos creeis supersticiosos é intolerantes, Miss Mandeville; es la comun acusacion contra nosotros; ha sido repetida mil y mil veces, hasta que el pueblo olvidó si hay algun fundamento positivo en el cargo.

—Entonces ¿qué le pudo haber originado? preguntó Violeta; debe haber alguna verdad en él, ó no se hubiera hecho nunca tan general. Además, para ser consecuentes, debeis necesariamente ser lo que acabais de decir, supersticiosos é intolerantes. Es imposible reclamacion alguna á la posesion de esclusiva é infalible verdad, sin condenar estremadamente cualquiera que se diferencie de la vuestra.

—Yo no niego la salvacion á los buenos protestantes, replicó Horacio. Estais completamente equivocada en suponer que condeno absolutamente á todo el que se diferencie de nosotros, sin considerar las circunstancias.

—Entonces ¿cuál es la suprema ventaja de ser católico? añadió Violeta. Seguro que no direis que un *mal* católico se salve; y si los buenos católicos y los buenos protestantes, en vuestra opinion, están en iguales probabilidades de salvacion, ¿qué vienen á ser todas vuestras engañosas reclamaciones? Edificais con una mano, para demoler con la otra.

—Creo, respondió Horacio, que el hombre está obligado á abrazar la verdad. Sostengo por consiguiente lo que creo que lo es; sin embargo, sostengo al mismo tiempo que puede haber casos en que el hombre es irresponsa-

ble por no abrazarla. ¿No estais vos misma exactamente en identidad de razon, y en el mismo sentido con los que no aceptan verdades que creeis?

Violeta no quedó satisfecha.—Lo que decís tiende á probar, replicó, que los católicos miran lo que estiman errores de los protestantes en el mismo punto de vista en que los protestantes miran lo que consideran errores de los católicos, y no de otra manera; y sin embargo siento, y todos sienten, que no es este el caso.

Violeta estaba enteramente exacta en la observacion. No se podia colegir de lo que Horacio habia dicho, que un católico sostiene su fé en un terreno diferente del en que un protestante admite lo que considera su creencia. Por poco que hubiera avanzado, la fé católica seria una mera opinion segura, y nada mas. ¿Procedia esto de incompetencia para esplicarse, ó de un deseo de paliar la cuestion? El manantial se hallaria en las tendencias latitudinarias de su mente, y en aquella infidencia del corazon, que le hubiera hecho vender la Iglesia y sus santas doctrinas diez veces, antes de permitir por un momento que tan vulgar y repulsiva mancha, en su opinion, como la de fanático é intolerante recayése en su persona. Su Iglesia debia á toda costa ser exonerada de esta imputacion, para que él pudiera presentarse desembarazado de ella á los ojos de una mujer que satisfacia su gusto, y á quien por consiguiente estaba ansioso de agradar en retorno.

Violeta aguardaba una respuesta. Horacio no dudó mucho tiempo; pronto replicó, que si se establecia una comparacion entre los respectivos lenguajes del católico y el protestante, creia que la violencia del protestante ganaba la jornada.—Habeis, añadió riéndose, agotado el vo-

cabulario de epítetos abusivos para prodigarlos sobre nosotros; supersticiosos, blasfemos, idólatras, etc. ¿Hemos dicho nosotros nunca nada peor que esto?

—No hablo, dijo Violeta, de la aversion comparativa con que cada cual puede mirar los peculiares dogmas ó prácticas opuestas, sino del diferente terreno de nuestras respectivas condenaciones. La misma palabra que usais para designarnos, indica claramente lo que yo quiero decir; nos recopilais bajo la comprensiva y significante apelacion de hereges, que nunca usamos con referencia á vosotros. Esto es lo mas ofensivo, para nosotros, y debe serlo, en tanto que no podemos llegar á creer vuestras prepostreras é increibles reclamaciones; y si, sorprendentes como son, son igualmente verdaderas, ¿por qué os estais en silencio? ¿por qué cesais de proclamarlas noche y dia á nuestros oidos? ¿por qué no traeis y poneis delante de nosotros la irresistible y abrumadora evidencia por la que tan poderosos hechos deben ser establecidos?

—Nos habeis perseguido, bien lo sabeis, replicó Horacio riendo, por tres siglos; nos habeis empobrecido y puesto en un rincon fuera de la vista; ¿y nos preguntais ahora por qué no nos hacemos mas audibles y visibles? ¿Estais segura de que nos escucharias gustosamente si tal hiciéramos?

—Debo convenir en que hay algo de verdad en eso, replicó Violeta riéndose tambien; somos, lo reconozco no menos, algo fanáticos en nuestro modo de proceder. La diferencia está en que los católicos sois fanáticos en favor de vuestras opiniones, y nosotros somos fanáticos, no en favor de una cosa determinada, sino contra vosotros. Habreis de dispensar mi franqueza, Mr. Ferrers.

—¿Dispensaros? replicó Horacio; nada hay que tenga mas encantos para mí que la franqueza.

—¿Es cierto eso? dijo Violeta volviéndose vivamente con aquella luminosa sonrisa que pasaba en su semblante como un rayo del sol siempre que oia alguna cosa agradable; entonces estamos conformes, porque si hay alguna cosa que yo ame, es la verdad y la sinceridad. No hay en el mundo la mitad de la que debiera.—Despues de un momento de pausa añadió: Una vez que en nuestra opinion no nos debemos disculpar uno á otro por espresar nuestro sentir, tengo que avanzar algo mas en la conversacion. Suponiendo que os podreis separar del cargo de dura intolerancia hácia los que difieren de vuestras ideas, no podreis negar que hay alguna justicia en lo que digo respecto del cautiverio en que yacen vuestros entendimientos. Si este cautiverio es beneficioso ó no, es otra cuestion; el hecho no puede negarse. Por mi parte me parece, que si efectúa algun bien en la forma de *res*tringuir, produce mas mal en la forma de *con*streñir. Esto creo que se entromete con la accion de la conciencia, que se nos ha dado para ser un monitor interior, hablando con una voz de autoridad, y aprobando siempre necesariamente el juicio moral del individuo, que, por tanto, cuando sigue sus dictados, los sigue libremente, porque todo su ser marcha en union con ellos. Ahora, si por la voz de la conciencia sustituyo la voz de mi sacerdote, ó cuando menos hago á este mi norma, y por lo mismo mi autoridad suprema, virtualmente pongo á un lado mi conciencia, ó á lo menos la degrado. Camino tímida y servilmente con mis ojos fijos en alguna regla arbitraria que está fuera de mí, en lugar de pisar con toda la moral dignidad de una, cuya regla

invariable, ley del bien y del mal, está dentro. Convengo con Wordsworth, cuando dice, aun del niño pastor inculto, que esculpe un severo cuadrante para sí, puesto que no está en el mundo exento de inteligencia de las cosas morales de grave importancia. Muy temprano percibe en su ser una medida y una regla, á que puede aplicar el sol de la verdad, que brilla para él y para toda la humanidad. La obediencia que resulta de la fidelidad á este cuadrante moral, es en mi concepto una obediencia que exalta; la otra una esclavitud que deprime.

Horacio pudo haber replicado muy obviamente que esta exaltacion de conciencia dentro de la natural, intuitiva percepcion del bien y del mal sin algo independiente en su naturaleza de toda regla esterior para su guia é ilustracion, es una teoria falsa; y que si la conciencia requiere, como así es la verdad, una regla, la Iglesia, que posee la herencia de verdad infalible, es la única que la puede dar; y viendo que semejante regla es por tanto infaliblemente verdadera, una conciencia bien instruida nunca la puede contradecir, con tal que esté formada en la misma enseñanza de la Iglesia. Pero los que acumulan cargos de esta especie contra ella, y deducen algun mal efecto moral de su doctrina, siempre suponen la cuestion de que no es lo que declara ser, que es el punto en disputa. Tales argumentos no tienen valor alguno, puesto que están basados en un prejuicio de la cuestion á que están llamados á decidir. ¿Cuándo aprenderán los estraños á nuestra Iglesia que el único punto que les concierne investigar y probar es, la sencilla materia de hecho de si puede ó no la Iglesia establecer su reclamacion de que es lo que afirma ser; y que cuando hayan obtenido tan razonable prueba de la au-

tenticidad de tales reclamaciones, como harian en otras materias, lo que queda para ellos no es escudriñar y criticar, y traerla á la barra de su llamado sentimiento moral, sino someterse é instruirse?

Horacio pudo haber dicho todo esto, pero no lo hizo así; tal vez apenas lo sentiria; de cualquier modo, tenia un objeto presente en su entendimiento, y á él se dirigia; habia ajustado á una clave todo lo que dijera y lo que dejara de decir.

—Estais completamente equivocada, añadió Horacio, en suponer que todos los católicos están bajo esa especie de tutela ó necesitan estarlo. Hay, es verdad, ciertos entendimientos que descansan en otros, que nunca piensan si obran por sí mismos. Concedo que estos dependen muy naturalmente de sus sacerdotes. Pero de todos modos habrian de caer bajo una guia cualquiera que fuese; la cuestion solo puede estar en si esta es la mejor.

—Pero no son solo los entendimientos débiles los que están sujetos por vuestro sistema religioso, dijo Violeta. Mi prima, Clara San Lorenzo, no me parece débil de entendimiento, y sin embargo me conduce á una idea de circunspeccion y obediencia á alguna regla ó alguna guia, no sé nada acerca de ella, si no que es cualquiera cosa, menos el ser agradable para mí. Nunca me parece conocer á Clara. No puedo describir lo que me propongo decir; pero lo siento; Clara está fuera de mi alcance, y nunca fuera de su aplomo.

¿Y no pudo Horacio haber replicado de que hacia bien en obrar así? ¿No tenia la pobre Clara, en resúmen, causa justa para su circunspeccion, rodeada como estaba de estraños á su fé, con el peligro por un lado de ofender sin caridad por un celo indiscreto, y por el otro de pecar

por alguna demasiado fácil condescendencia? Pero Horacio no era á propósito para sentir las dificultades de su posicion; y á haber sido hábil para ello, no estaba inclinado á decir nada en su defensa que pudiera desagradar á Violeta.

—Estoy completamente de acuerdo con vuestros sentimientos, replicó Horacio, con respecto á Mistress San Lorenzo; nunca pude comprenderla. No sé si es poco comunicativa, ó si es demasiado reservada para comunicarse; nunca ví en su semblante otra cosa que una calma fria. ¿No os parece que puede proceder de individual peculiaridad, mas bien que de la influencia de su religion?

—No, respondió Violeta; me parece que es por naturaleza sencilla y sin afectacion; y además, estoy persuadida de que obra en todo sujetándose á una regla. Esta regla la reconozco en una noble pero insuperable obstinacion, estraña á su ordinario carácter, con que encontrais cara á cara de cuando en cuando. Es como un invisible muro contra el cual golpeais vuestras cabezas, y que no venceis. Algunas veces es una bagatela.

—Bien, replicó Horacio; á mí me parece haber observado muchos mas pueriles escrúpulos ó bagatelas entre algunos protestantes, que jamás atestigüé entre los católicos. Nosotros nunca cambiamos las inocentes diversiones en pecados públicos como ellos. ¿Qué decís de la observancia Puritanical del domingo, y todas las inconsecuencias burlescas que de aquí resultan? Una persona hablará de la última novela que leyó, pero no abrirá una por el mundo entero; otra además, juzga la música un crímen en este dia, pero no se asusta de sentarse á murmurar toda la noche, charlando sobre el carácter de sus

vecinos. ¿Qué decís de la opinion de algunos protestantes, de que no tendreis probabilidades de salvacion si entrais en un teatro?

—Eso es muy despreciable, dijo Violeta, nadie lo desprecia mas que yo. Bien sé que los católicos no se oponen á los recreos de los domingos; pero percibo al mismo tiempo, que mientras aparecen esteriormente liberales é indulgentes en esta y otras materias, hay en la esfera interna alguna regla severa, mas rígida y mas restrictiva que las que nunca ideó el Puritano; y otra cosa que yo no apruebo es una doctrina pública y otra secreta, algo fácil para la generalidad, y algo estricta para los instruidos. En este mismo asunto del teatro, por ejemplo, bien sé que no encontrareis un católico que diga que es un *pecado* positivo; pero al mismo tiempo tengo por seguro que Clara no iria de buena gana; y además, aunque no lo condene en otros, sin embargo, en su corazon no lo aprueba. Teneis evidentemente dos reglas, una indulgente y otra severa; una floja, otra tirante; una fácil, otra ascética, acorde con lo que las personas pueden soportar.

—Eso os demuestra, dijo Horacio, que conoce sábiamente cómo debe portarse con todos, y cómo se acomoda á todos los caractéres y circunstancias.

—Son demasiado científicos estos asuntos para mi, replicó Violeta, y me parece que no debo proseguir. En resúmen, es un enigma, y no gusto de enigmas; son secretos demasiado recónditos.

¿Y será la Iglesia siempre para los estraños un enigma, una piedra de escándalo y una injuria? No vendrá el tiempo en que los «niños en el mercado» cesen de decirse unos á otros: «hemos tocado, y no habeis danzado;»

«hemos suspirado, y no habeis llorado.» No vendrá el tiempo en que las comidas y bebidas de la Iglesia no sean juzgadas glotonería, y su ascetismo y austeridades locura. No vendrá el tiempo en que los que le son estraños no interpreten siniestramente la caridad de su maternal corazon, que no quiere «apagar el humeante lino.» Es acusada de engañosa y de doble lengua, porque anima al débil, y no quiere separar de su seno al que no se separa á sí mismo por pecado mortal; mientras que al mismo tiempo toma al fuerte por la mano y le conduce por mas elevadas sendas acorde con mas sublimes máximas. Si, debe ser así; debe ser interpretada siniestramente, debe ser llamada engañosa por sus enemigos; ella espera esto. ¿Pero no será una amargura para ella cuando uno de sus hijos, uno criado en su seno, no tiene una palabra para hablar en su vindicacion; y esto no por estupidez y sencillez de ignorancia, sino por aquella pecaminosa ignorancia, aquella ignorancia práctica del corazon, no del intelecto, que le hace mas estraño al espíritu de la Iglesia que si no fuera de su seno? Horacio deseaba poner delante solamente el minimum de lo que la Iglesia admite en sus prácticas, y señalarlo como su regla, en un sentido que no es el verdadero, con el designio, como hemos visto, de establecer una reclamacion de liberalidad. En este sentido proseguia, cuando Georgiana interrumpió la conversacion gritando:—Violeta, hace media hora que te llamó á gritos; pero vas tan entretenida en la conversacion, que no pude obtener respuesta. Deseamos saber por qué Emilio no vino hoy con nosotros. ¿Tuvo algun motivo de mal humor?

—Salió al encuentro de Mistress Foresters, replicó Violeta.

—¡Salió al encuentro de Mistress Foresters! dijo Bárbara con fervor. Bien, no puedo concebir qué es lo que hace á Emilio, que nunca se toma molestia alguna por los suyos, tan atento con su vieja suegra.

—¡Vieja! dijo Horacio; no llameis vieja á Mistress Foresters; está tan jóven como su hija, si no lo está mas.

—¿La conoceis, entonces, Mr. Ferrers? dijo Georgiana. Os ruego que nos digais algo acerca de ella. ¿Cuál es su presencia y carácter? Es un grande enigma. Nos hareis su descripcion.

—La vereis tan pronto, dijo Horacio, que apenas lo creo necesario.

—Pues esa es la razon por qué necesitamos que la describais, añadió Georgiana.

—Sea, pues, replicó Horacio; Mistress Foresters ha sido indudablemente una mujer muy hermosa; y os estará muy agradecida con tal que aun ahora sigais considerándola tal.

—Os ruego que nos digais quiénes son los Foresters, preguntó Morland. Unos ceros, supongo. No encuentro que hubiera necesidad de sacar á luz á Mistress Foresters. Esto pone á las personas en el caso de hacer preguntas, y creo que Emilio se hubiera acreditado de mejor gusto siendo de mi parecer.

—Emilio, observó Bárbara, pone actualmente su orgullo en el bolsillo, y suplica á mi padre que la brinde con su casa.

—¡Me asombras! añadió Mr. Morland. ¿Estará mucho tiempo? Confio en que se marchará antes que venga mi amigo Clarencio. Veria de una sola mirada, sin duda, que pertenece á un círculo completamente inferior. Yo realmente no puedo entender por qué hemos de es-

tar enredados con los parientes de Mistress San Lorenzo. Ella es muy pacífica y de presencia decente, aunque le falta tono, y por eso no espero que haga nada fuera de lo que requiere la buena sociedad; ¿pero quién sabe los parientes que tendrá?

—En mi concepto, Clara tiene todo el aspecto y maneras de una señorita, dijo Violeta.

—No tiene tono, perseveró Mr. Morland.

—Quizá, replicó Violeta, no, acorde con alguna arbitraria y convencional regla llamada moda; pero en todo lo que realmente constituye la finura y buenos modales, Clara está muy lejos de faltar.

—Verdaderamente que hay mucho de lo que dices, replicó Mr. Morland; hay el material bruto, como mi amigo Clarencio dias pasados observó en otra persona. Una temporada en Lóndres haria sin duda algo de ella.

Así que Mr. Morland concluyó de hacer esta observacion, detuvo su caballo, y apareció hallarse perplejo. Toda la comitiva se paró tambien, y Bárbara empezó á quejarse de que, como de costumbre, habia tomado á su cargo el guiarlos y perdiera el camino.

—Me pareció que habia aquí una puerta, replicó el chasqueado guia; pero sin embargo, podemos, me atrevo á decir, dar la vuelta en busca de otro camino.

—No debe ser esta una dificultad grave, dijo Violeta apuntando á un sitio donde la empalizada que tenian al frente se hallaba un poco rota, al parecer por alguno que habria hecho su camino por medio de ella; esto se puede saltar con facilidad.

—De ninguna manera, dijo Mr. Morland, espantado de la proposicion. Mr. Ferrers y yo, es consiguiente, que no tendríamos en ello reparo, á lo menos puedo hablar

por lo que á mí toca, pero no es un salto para damas.

En efecto, así lo parecia. Habia que traspasar un foso y un monton de tierra con una pequeña empalizada en la cumbre, y segun todas las probabilidades, otro foso del otro lado.

—¡Oh! ¿es esto todo? dijo Violeta; entonces yo te demostraré que lo pueden saltar damas, para aliviarte de temores.

Diciendo esto puso su caballo de frente, y antes de dar tiempo á oir el consejo de ninguno, ya habia saltado el obstáculo de un fácil brinco, y se hallaba al otro lado riéndose y agitando su mano hácia los otros. Horacio la siguió inmediatamente, pero el resto dudaba.

—Volveré á ese lado, dijo Violeta; así no saltareis si no os place.

—Ciertamente, Miss Mandeville, dijo Horacio interponiéndose, que lo conceptúo muy imprudente en vos; el monton de tierra es mucho mas perpendicular de este lado, y la empalizada, como podeis observar, se inclina en esta direccion. Despues de lo que he visto no dudo de vuestras fuerzas; pero si vuestro caballo se manifiesta flojo en el salto, ó vuestro vestido se agarra en esa dentada empalizada, podeis tener una caida peligrosa.

—Pensando en Mirza lo podré hacer, replicó Violeta.

—Me atrevo á decir tambien que podreis, replicó Horacio; pero no vale la pena del riesgo.

—Nunca pienso en eso, replicó Violeta; ¿pero qué hemos de hacer? Nuestra partida está dividida.

Siguió á esto una consulta, cuyo resultado fué convenir que intentarian reunirse en un punto no muy distante, al cual, á juicio de Mr. Morland, podian todos di-

rigir su camino; de este modo Violeta y Horacio continuaron juntos.

—No debeis suponer, Mr. Ferrers, dijo ella, que crucé esta zanja por una mezquina bravata. Lo hice solamente porque ya estaba fuera de paciencia con Mr. Morland. Es cualquiera cosa menos un atrevido y diestro ginete, y siempre procura hacernos creer que lo es, presentándose con pretensiones que conciernen á otros. Quisiera haberle dejado solo, para concederle la ocasion de manifestarse un buen hombre pacífico. ¡Oh, cómo aborrezco toda pretension y fingimiento! Bien sé que se me juzga desdeñosa y con orgullo; pero mi corazon me es testigo de que nunca desprecio á nadie por la ausencia de dotes, talentos ó fuerzas; es la afectacion de lo que realmente no se posee, el esfuerzo para aparecer algo, lo que mueve mi indignacion y desprecio.

Violeta hablaba con calor. El tinte de su semblante se habia elevado, sus ojos centelleaban, sus labios se enroscaban, todo su semblante era la personificacion del sentimiento que espresaba; pero Horacio, al mirarla, juzgaba no haber visto jamás un desprecio tan bello, ó tan delicioso como el de Violeta Mandeville.

—No quisiera, dijo con sentimiento, caer en el desagrado de Miss Mandeville.

—No hay grandes temores de eso, replicó Violeta riéndose; ya me conoceis bastante para percibir que no gusto de cumplimientos; así, podeis estar seguro de que soy enteramente sincera cuando diga, que por lo poco que os he visto, Mr. Ferrers, estoy convencida de que no sabeis aparecer lo que no sois.

Horacio se estremeció de satisfaccion á esta recomendacion sencilla de los labios de una persona con

quien veinte y cuatro horas antes no tenia conocimiento, y ante cuyos ojos creia difícil justificarse para contar con sus simpatías. ¿Y era merecida la recomendacion? Seguramente que no. Violeta habia equivocado el carácter de Horacio, y le imputaba una veracidad que estaba lejos de poseer. Carecia eminentemente de veracidad, y sin embargo, Horacio rara vez decia una mentira positiva. Era además natural y sin afectacion, y no tenia deseos de ostentar. Exento de vanidad, y dotado con cierta modestia y buen gusto, no sufria tentaciones de aquella peculiar especie de doblez que se manifiesta en la asumpcion de un carácter falso, y en toda la bajeza que entraña la ambicion de brillar. Esto fué lo que engañó á Violeta; tomó la falta de afectacion por verdad y sencillez. Ni era fácil que conociese su error. La falta de veracidad de Horacio, no solo se escondia bajo la superficie, sino que mas bien era de una naturaleza negativa que positiva. Era necesario un ojo penetrante para descubrirla, ó tiempo y oportunidad para sacarla á luz. Pero hallándose dispuesta á pensar favorablemente, Violeta estaba confiada y sin sospechas; y aunque pronta á condenar irremediablemente una falta que escitase su desprecio, no observaba estrechamente ni escrutaba con severidad á ninguno, en quien no hubiera visto razon de dudar.

Siguieron juntos á caballo, y despues de algunas ligeras tentativas para encontrar á sus compañeros, tomaron el camino que les pareció mas cerca de casa; pero la distancia resultó ser mas larga de lo que esperaban. A Horacio el tiempo le pareció corto. Violeta le divertia é interesaba de una manera nueva para él. Horacio era indolente, demasiado indolente para que su cabeza fuese

de activo pensamiento, y además tenia muy buena capacidad para contentarse con cualquiera cosa comun. De esta suerte la conversacion de Violeta suplia á su mente la elasticidad que le faltaba. Ella sacaba los mismos pensamientos de él, salvándole de todo esfuerzo. Violeta era tambien mucho mas hábil que Rosa, la que, aunque con frecuencia hacia observaciones de entendimiento delicado, no era brillante, y no tenia talentos agradables. Horacio no habia conocido la falta de ellos en Rosa, pero conocia la presencia de ellos en Violeta, y las nuevas especies de goces que le suministraban. Era un encanto para él aquel solitario paseo á caballo con una mujer tan fascinadora, y que á la ocasion parecia esclusivamente cometida á su cuidado. Tan desgraciadas asociaciones frecuentemente hacen el trabajo de dias, creando una suerte de mútua inteligencia y casi intimidad, basada en la imaginacion de una hora. Pero Horacio nunca observó sus sentimientos, y nunca se cuidó de ellos. Además, Violeta estaba comprometida, y tambien él lo estaba; ¿qué peligro podia haber? Y á decir la verdad, no pensó en el peligro, sino que gozó sin reflexion el placer del presente momento.

Era cerca de anochecer cuando llegaron á Monte San Lorenzo. Galopaban por el parque cuando fueron advertidos por dos individuos que se hallaban en conversacion á la puerta del edificio; eran Emilio y su hermana Ester.

—¿Por qué Violeta y Mr. Ferrers vendrán solos? dijo Ester.

—¿Qué será de los demás? ¡Estoy asombrado! Es estraño, ¿no es verdad? dijo Emilio, al mismo tiempo que los dos hermanos se miraban con particular espresion.

—Horacio, observó Emilio, fué evidentemente impresionado ayer por la belleza de Violeta, y Violeta no estaba descontenta de él.

—¡Oh, cuánto me alegraria! esclamó Ester batiendo las palmas, y dejando asomar en sus ojos un placer malicioso.

—¿Qué decís, niña tonta? dijo Emilio sonriendo simpáticamente.

—Me alegraria, replicó Ester, de cualquiera cosa que rompiese esa detestable boda. Violeta jugó con tu felicidad, para ser la señora de Monte San Lorenzo, y yo le deseo con todo mi corazon el premio de su insensibilidad.

—Los afectos de Violeta no son fáciles de sorprender, dijo Emilio; y aunque lo fuesen, no faltaria á su promesa.

—No, replicó Ester; pero se levantarán las sospechas de San Lorenzo, si Violeta manifiesta preferencia á otro. Es una fatalidad que tenga que ausentarse; sin embargo, verémos.

—¡Mover las sospechas de San Lorenzo! repitió Emilio; está tan ciego y preocupado como la presuncion le puede hacer. Sin embargo, te diré una cosa, Ester. Si puedes manejar este asunto, seria de gran resultado para mi amigo Horacio, y confieso que no seria para mí una causa de sentimiento.—Así que concluyó de decir estas palabras con sonrisa sardónica, Violeta y Horacio llegaron á la puerta, y al tiempo de ayudar Emilia á Violeta á apearse, le susurró al oido:

—Muy bien harás en no hablar delante de mi padre de tu paseo á caballo *tête-à-tête*.

—¿Y por qué no? preguntó Violeta orgullosamente.

—Bien, respondió Emilio, harás lo que te agrade; pero mi consejo es hijo de la buena intencion para salvarte de la vergüenza de una observacion que os desagrade.

—Tu padre es insoportable, dijo Violeta con altivez é impaciencia.

—Sin duda, replicó Emilio friamente, para concluir el diálogo.

CAPITULO X.

Horacio no habia hecho á Mistress Foresters mas que justicia al decir que habia sido una mujer en estremo hermosa. Sus facciones eran delicadas y regulares, y probablemente en sus buenos dias habria sido de una belleza mas positiva que su hija, aunque nunca pudo haber poseido el peculiar encanto que distinguia á Clara, su calma, su sencillez y su reposo; en parte por la gran diferencia de carácter, que era vivo y escitable, y en parte porque le faltaba aquella union de virtudes morales, aquella unidad de propósito y de afectos, que saliendo del corazon para fijarse en un único supremo bien, comunica unidad tambien á toda la vida, y esparce la paz y la armonía en el semblante. Mistress Foresters se multiplicaba en miles de pensamientos, deseos, actos y motivos, siempre en incesante actividad, como otros tantos movibles átomos en invariable circulacion, siendo todos sus modales la espresion de este estado interior. Otra causa de su desasosiego perpétuo era su amor á la admiracion que, ahora que la flor de su juventud se habia marchitado, mas bien se exasperaba que bajaba de color por la disminuida facilidad de procurar su alimento y recompensa. Por eso intentaba suplir lo que le faltaba en la actualidad de atractivos personales con los mas

trabajosos esfuerzos para complacer y poner á las personas que se la acercaban de buen humor; intentando de esta manera ganar por gratitud á costa de su egoismo lo que quizá no podia obtener á menor precio.

Una visita á Monte San Lorenzo era para ella una ocasion de grandes acontecimientos, y como es de suponer, se preparó para sobrepujarse á sí misma. Con sus escasos medios intentó hacer su tocador tan esmerado y bien elegido como le era posible, y habia demostrado un gusto suntuoso hasta un punto considerable. Mistress Foresters era, además, á propósito para engañarse grandemente, y para imaginar que los colores brillantes y el atavío de jóven disfrazan la edad, cuando solo sirven para hacerla mas patente. Déjese á una mujer persuadirse de que llama la atencion, para que haga lo que quiera ó se vista como le parezca, y verá en torno suyo sus años sobre poco mas ó menos. La única diferencia que puede hacer es vestirse de un modo mas adecuado, y por consiguiente mas conforme á sus años. Mistress Foresters, sin embargo, no habia realizado esta verdad, y por tanto hizo su aparicion la tarde de su llegada con un reluciente vestido de seda color de rosa. Habia en ella, á pesar de esto, cierto designio de adornar la cabeza mas sériamente, pues que la cubria á lo menos, ó mejor dicho, habia allí algo encaramado de la naturaleza de un sombrero, adornado con una pluma marabus, que los vivos gestos de Mistress Foresters tenian en contínuo movimiento.

Se hallaba sentada á la comida en una esquina de la mesa cerca de Lord Staplemore, quien le daba grandes consideraciones, ya porque Lady Morcar, que ocupaba el lugar inmediato, era enteramente inútil para dar

conversacion, y ya porque generalmente tenia atenciones con cualquiera recien llegado.

La pobre Mistress Foresters se hallaba lo mas dichosa que puede estarlo una persona en un estado completo de escitacion. No así el infortunado Mr. Morland, que habia sido elegido, con grande enojo suyo, para dar la mano á la nueva huéspeda en la comida. Pero Mistress Foresters, el objeto de su disgusto, estaba demasiado deleitada por hallarse cerca de Lord Staplemore, para que se apercibiese de aquel desprecio. Como una mariposa que ha penetrado accidentalmente en el interior del globo de una lámpara, ella no veia otra cosa que el brillante resplandor sobre cuya luz revoloteaba, salvo de vez en cuando en que su satisfaccion superabundante se derramaba en un pequeño parasismo de afecto hácia Emilio y Horacio, que habian vuelto á sentarse uno al lado de otro; y tomando su lente los contemplaba con una especie de delicioso sobresalto, esclamando medio para sí y medio para los que se hallaban cerca: ¡Querido Emilio!.. todos eran queridos para Mistress Foresters... ¡Querido Mr. Ferrers, qué buenos amigos son! ¡Qué encantadores!

Emilio, sea cual fuere la causa, toleraba aquellos pequeños arrebatos de sentimiento, que no podia menos de observar y oir algo de ellos por casualidad, mucho mejor de lo que era de esperar de su acostumbrado desden; mientras que Horacio era de demasiado dulce carácter para percibir en ellos otra cosa que materia de entretenimiento.

En cuanto á Mistress Foresters, puede decirse que veia todas las cosas con el color de rosa de su propio vestido. Incapaz de reprimir sus sentimientos, esclamó por último volviéndose á su vecino inmediato:

—¡Qué precioso sitio es este, Lord Staplemore! A la verdad que yo me hallaba enteramente embriagada de deleite cuando me acercaba. El parque y el ciervo, y los bellos árboles. Me gustan tanto los árboles, y todo lo que por aquí veo. Apenas Emilio podia hacerme estar quieta.

—No es fácil eso en cualquiera tiempo, señora, me parece, con vuestro genio vivo; tened la bondad de escusarme al hablar de este modo, replicó Lord Staplemore.

—Oh, esa es una injuria, dijo Mistress Foresters haciendo una especie de movimiento defensivo con la mano. ¿Quién os ha dicho eso, Lord Staplemore? Estoy segura que ese picaron de Emilio;—y otra vez volvia á mirar con el lente á su hijo político, moviendo la mano con un gesto de amenaza burlesca;—pero me perdonareis de corazon, continuó dirigiéndose á Lord Staplemore, por ser algo entusiasta. Creo que es flaqueza mia; ¿pero quién puede menos de ser así en Monte San Lorenzo? ¡Qué hombre tan dichoso debeis ser, Lord Staplemore, en este dulce lugar, con vuestra encantadora familia!—Y Mistress Foresters dirigia entretanto una alegre mirada alrededor de la mesa.

Lord Staplemore se rió con una especie de murmullo entre dientes.—Deseo, dijo, que conozcais todo el disgusto que me ocasionan este dulce lugar y esta familia encantadora, y no me creereis tan afortunado entonces.

—¡Ah, sí! me atrevo á decir, añadió Mistress Foresters, que los cuidados de las propiedades y los deberes domésticos son pesados. Sí, sí, lo comprendo perfectamente; pero todos son del mayor mérito, y traen consigo su premio.—Y Mistress Foresters daba á su semblante un aspecto patético adecuado al sentimiento.

—No sé en qué, replicó Lord Staplemore, pero si es así, la mayor parte del tiempo no traen ese premio.

—¿Pues qué, repuso Mistress Foresters, no podeis mirar en torno vuestro con orgullo y satisfaccion? No os creeré, si lo negais.—Mistress Foresters hacia entonces otra revista alrededor de la mesa.—Allí está mi querida Clara, añadió; ¡qué bueno sois para ella! No tiene otra cosa de que hablar mas que de vuestras bondades. ¡Bella criatura! Estoy por decir que me ha oido hablar de este modo, dijo, al ver que su hija se puso por un momento colorada.

—Es preciso arreglar las cosas, susurró Emilio á Horacio, de modo que Mistress Foresters no se vuelva á colocar cerca de mi padre. Permanecerá aquí una semana. Mi padre está hoy bien con ella, pero podeis estar seguro de que romperá en la segunda ocasion. Deseo que procureis darle la mano mañana para entrar en este sitio, con intencion de colocarla lejos de él.

Horacio no podia menos de observar que habia en el porte de Emilio la ausencia de la amargura é ironía que habitualmente demostraba en semejantes circunstancias. Parecia, en resúmen, tener algo mas en el corazon que la mera espresion de enojados sentimientos. Que quisiera que su madre política se hiciese tan poco molesta é importuna como fuese posible, era ciertamente muy natural; que sintiese verla puesta en ridículo, é inspirar fatiga á los que estaban en su compañía, tambien era de esperar; ¿pero por qué entonces él, que tan generalmente era egoista para librarse de cualquiera cosa desagradable, habia estado tan ansioso de llevarla á Monte San Lorenzo? Todos, decia para si Horacio, son benévolos de cuando en cuando, y así sucede á

Emilio. Con esta reflexion resolvió la dificultad; pues al presente estaba mas preocupado en meditar acerca del cambio en el porte de Violeta, cambio que habia observado constantemente desde que se sentara á la mesa.

Todo el aspecto de Violeta parecia indicar una especie de orgullo ó indignado disgusto. Evidentemente algo destrozaba su espíritu, demasiado libre y altivo para ser irritable en el usual sentido de la palabra; pero lo que podia ser permanecia un misterio para Horacio, para quien todas las cosas pertenecientes á Violeta eran ahora una materia de interés. Mr. Morland en este momento, ansioso de escapar de cualquiera conversacion con Mistress Foresters, que parecia dispuesta á volver su atencion hácia el lado en que él se hallaba, empezó á hablar con Violeta por entre una ó dos personas intermedias, sobre su aventura de por la tarde; y Emilio, con mucha oficiosidad, dirigia al mismo tiempo algunas observaciones á su padre para llamar su atencion. Como Violeta conjeturase que Emilio hacia esto en su favor, su indignacion llegó á su mayor altura, y manifestó tal sentimiento con la subida del color de su rostro. Si alguna cosa habia aborrecible á su naturaleza, era verse obligada á condescender, á quitar las cosas fuera de la vista, á desfigurar otras, á hacer cualquiera ocultacion y todo lo demás que indicase que temia poner sus acciones á la luz del dia. Además, ¿no era un agente libre? Preferia correr cualquiera riesgo que someterse á esta especie de degradante intervencion. Emilio conoció bien esto, y previera la reaccion de su temperamento. Habia, en efecto, poco temor de que al presente Lord Staplemore hiciese observacion alguna en el sentido en que Emilio lo habia hecho temer á Violeta. Cierto que Lord

Staplemore era suspicaz é imperioso, y nunca evitaba los sentimientos de los que se le oponian, pero raras veces se despertaban sus sospechas, salvo por algo que pasase ante su vista. Mas Emilio conocia que la idea de oposicion é intervencion inconveniente de los actos de Violeta haria que ella misma, por puro orgullo, la provocase con su conducta; á lo menos tal era la esperanza de Emilio y tales eran sus miras en el presente momento.

Violeta, con un mental esfuerzo, se evadió ahora del peso que la agobiaba, y empezó á hablar y á reir con Horacio en el mas animado tono á través de la mesa. Habia determinado que Emilio viese que no tenia intencion de ocultar su conducta acorde con ninguna máxima cobarde; y entretanto que él interiormente gozaba del éxito de su estratagema, continuó guardando una conversacion diligente con su padre y Mistress Foresters.

Sea porque esta insólita atencion agradase á Lord Staplemore, ó porque afortunadamente se hallase este en particular buen humor en aquellos momentos, el caso es que cuando las damas dejaron el comedor se dignó dirigirse á Emilio para decirle:—¡Qué bonito loro parlero es vuestra madre política!—Cuyo cuestionable cumplimiento tuvo que aceptar Emilio lo mas graciosamente que pudo y digerir lo mejor que le fué posible.

—¡Qué horrible escuerzo es Mistress Foresters! dijo Mr. Morland á Violeta cuando los caballeros se habian ya unido á las damas en la sala principal.

—Hay muchos escuerzos en el mundo, replicó Violeta friamente; de cualquier modo, Mistress Foresters es un escuerzo universal, que es la especie menos ofensiva.

Así que dijo esto se volvió hácia Horacio, que vagaba cerca de ella como llevado por una especie de natural simpatía, con quien pronto trabó conversacion.

Lord San Lorenzo abrió el piano, á cuya vista Mistres Foresters, que se habia sentado un poco á parte con Emilio, estalló en un éxtasis sobre el objeto de la música. Violeta no pudo menos por consiguiente de complacer tan fuerte aficion, y se sentó á cantar. Lord San Lorenzo empezó sus paseos al acaso por la habitacion, y Horacio, retirándose á una silla medio oculta por el piano, hundió su cara entre las manos. Violeta cantó con deleite, porque sabia que escuchaba uno que sentia el canto, aunque no pasaba por sus labios una palabra de aplauso. Era la mejor de las alabanzas, aquel aire de abstraccion, aquel olvido de todo, como si estuviese arrebatado por un ensueño encantador. El mismo sentimiento dominaba á Violeta en medio de su canto; mientras que al fin de cada cancion, Mistress Foresters, que habia estado entretenida en animada conversacion en tono bajo todo el tiempo con Emilio, y que por tanto no podia haber oido mucho, notando la pausa que la hacia volver sobre sí misma, prorrumpia con un estrépito de elogios.

—¡Qué encanto! ¡Qué preciosa música y qué voz! ¿Qué es eso que habeis cantado, Miss Mandeville?

—Bien puede preguntarlo, murmuró Bárbara á su hermana Catalina; porque estoy segura de que no oyó una sola nota. ¿Qué hablarán ella y Emilio en tan confidencial manera? El parece ansioso, ella tan alborozada; no lo puedo comprender.

Algunos minutos despues, los objetos de esta observacion se levantaron como por mútuo consentimiento,

pasando entre ellos una especie de significativa mirada, que decia tan á las claras como pudieran las palabras, que juzgaban conveniente no continuar aquella conversacion privada; ambos se movieron en la direccion de Clara San Lorenzo. Esta se hallaba sentada en silencio á su trabajo; ni triste ni jovial, pues su aspecto siempre era agradable; pero un observador astuto hubiera descubierto quizá algo oculto bajo la apariencia, semejante á una sombra de tristeza, desde la llegada de Mistress Foresters. Su porte con su madre, sin embargo, era dulce y afectuoso; y fuese ó no que su calma peculiar surtiese el efecto de sojuzgar ó tranquilizar, el caso era que Mistress Foresters parecia algo mas quieta en su compañía. Emilio no estaba en su acostumbrada libertad, porque despues de haber dedicado gran parte de la noche con su suegra, ahora parecia haber determinado hacerse igualmente agradable con su esposa; una bondad señalada en sus maneras habia tomado el lugar de su usual indiferencia doméstica. Si Clara observó esto, no produjo el correspondiente cambio en ella, ni aparente sorpresa, ni emocion, ni otro sentimiento. Tal vez estuviera muy acostumbrada á las variaciones de su carácter para notar estos accidentales cambios; tal vez tenia demasiada esperiencia de los pequeños y pasajeros motivos y objetos temporales, que frecuentemente modificaban la conducta de aquellos entre quienes vivia, para que tales accidentes escitasen mucho su curiosidad; tal vez, y casi lo podemos asegurar, reprimia todos los movimientos que sentia.

Acababa Violeta el último de varios aires que habia cantado uno tras otro, llenando, sin embargo, los intermedios con alguna conversacion de poco interés

con Horacio sobre la música, cuando fueron interrumpidos con una pomposa súplica de Lord San Lorenzo para que los complaciese en la continuacion del canto sin tan largos intermedios entre los actos; á lo cual Violeta cerró el libro, y volviéndose á Horacio le dijo que creia haber hecho bastante en favor de la tertulia por aquella noche.

—Me parece, replicó Horacio, que no tendríais muchos que os escuchasen, aunque cantáseis toda la noche; así no debe afligirles vuestra resolucion.

—Entonces estoy segura, dijo Violeta riéndose, de que he tocado bastante tiempo, puesto que ha sido no mas que para mi satisfaccion y para que San Lorenzo pasee en esta sala.

—No lo penseis así absolutamente, replicó Horacio con energía; hay á lo menos una persona en este lugar que ha gozado en estremo oyendo vuestra voz.

—¿Entónces creeis que voy á cantar para vuestro especial entretenimento, porque supongo que esa persona por quien respondeis sois vos mismo, Mr. Ferrers? replicó Violeta.

—Y aunque lo fuera, ¿por qué contais vuestro tiempo perdido? preguntó Horacio. Estad segura de que son los menos los que gozan intensamente, á pesar de que son muchos los que aplauden; así que, si estais caritativamente dispuesta á complacer, deben ser los pocos, quizá muchas veces uno solo, á quien debeis agradar. No me juzgueis presuntuoso, Miss Mandeville.

—De ningun modo, respondió Violeta alegremente; me gustan las personas que son bastante presuntuosas para decir lo que piensan; y á deciros la verdad, os confieso con franqueza que tengo mas placer en cantar para

una persona que ame realmente la música, que para toda una sala llena que aplauda. Ahora bien, debeis complacerme un poco en retorno, y concluirémos con el duo que ha gustado tanto la otra noche.

—Oí, Violeta, dijo Ester llamando á su prima desde el lado opuesto de la sala, al tiempo de levantarse del piano, que has dado hoy un salto que ninguno se atrevió á seguir el ejemplo mas que Mr. Ferrers.

—Así es la verdad, dijo Mr. Morland. No juzgo que ninguno en el hábito de cazar, como yo, sea muy á propósito para detenerse al lado de una zanja, que no es un obstáculo para una dama; ¿pero qué debí hacer? ¿Era caso de dejar á mi esposa Lady Bárbara y á mi cuñada buscar por sí mismas el camino?

—¿No te parece que seria una cosa conveniente, observó Bárbara, que te procurases una copia del registro para demostrar que fuimos debidamente casados en tal dia y tal año en la iglesia parroquial de San Lorenzo? Esto produciria en ocasiones informar á la tertulia de esta interesante circunstancia, ahorrando la continua necesidad de recordar el hecho.

—¡Oh, querida mia, qué cómico es eso! esclamó Mistress Foresters.

—Serás satisfecha con tal que te agrade, replicó Mr. Morland, apareciendo cualquiera cosa, menos complacido al verse en ridículo en la presencia de una persona, que tenia por de tan poco valor como Mistress Foresters.

—Bien, debemos convenir, Violeta, que eres de lo mas atrevido á caballo, dijo Ester, que parecia no querer dejar el tópico de aquel desgraciado salto.

—Me vanaglorío en decir, observó Lord San Loren-

zo, así que daba su última vuelta á la sala y se hundia en una silla de brazos, que no hay una zanja, puerta ó empalizada en el pais que, si es posible saltarla al mejor picador de Inglaterra, detenga á mi hermosa prima por un momento.

Diciendo esto tomó en la mano la *Revista de Edimburgo*, y no puso atencion á lo que siguió despues. Emilio encogió los hombros, y susurró á Ester:

—¿No tenia yo razon? Estad segura de que nada puede decir ó hacer Violeta en que él deje de ver algo para nueva materia de vanidad y de presuncion.

CAPITULO XI.

Los habitantes de Monte San Lorenzo andaban siempre muy atrasados en la mañana del domingo; la razon de esto no aparece muy clara. Los labores de la semana eran muy pesados, y por otra parte, se debia suponer que el oficio divino de las once fuese alguna razon para mayor puntualidad que de costumbre; pero estaba muy lejos de suceder así. Lord Staplemore se desayunaba mas de veinte minutos mas tarde que otros dias. Sin embargo, comunmente intentaba llegar á la iglesia con solos cinco ó diez minutos de retraso. Esta circunstancia era de poco momento respecto de él mismo, toda vez que era creencia corriente en la parroquia de que el clérigo cumplimentaba á su principal feligrés no comenzando el oficio hasta verle posesionado de su cómodo banco. Lord San Lorenzo no era puntual en su asistencia de por la mañana, pero llenaba el vacío de tales omisiones con ir al oficio divino por la tarde, prefiriendo por cierto este maliciosamente en razon de su comparativa cortedad. Emilio asistia puntualmente al oficio de la mañana, aunque tarde, por razones de que él mismo sin duda no tenia conocimiento. Jorge celebraba sin falta la mañana del domingo con estar en la cama hasta hora muy avanzada, nadie sabia

por qué, ni á la verdad se tomaban la molestia de descubrirlo; y las damas de la familia se desayunaban tan tarde, que para llegar á la iglesia en tiempo tolerablemente razonable hacian un incómodo esfuerzo.

Siguiendo este órden en los procedimientos, Miss Trevannion llevaba consigo á todos los niños en la mañana en cuestion. Eran cerca de las diez menos cuarto. Los pequeños Morcares estaban ocupados en la árdua operacion final de limpiar su grasienta boca; negocio que se prolongaria indefinidamente, siendo la razon difícil de adivinar, como no sea la de que los niños hacen cosas frecuentemente con el espreso propósito de hacerse molestos, á no repetir varias veces Miss Trevannion imperativamente:

—Ya basta.

Albertina, que parecia haber determinado aquella mañana no concluir su desayuno, esclamó:

—Quisiera, Alfredo, que no hicieses ese ruido gruñon cuando limpias la boca; me pone mala.

—Mi querida Albertina, dijo Miss Trevannion, dejad el niño y concluid el desayuno. No habeis aprendido vuestra colecta antes de ir á la iglesia.

—¿Por qué he de aprender colectas? preguntó Albertina. Me atrevo á asegurar que papá no referiria una sola colecta de memoria. ¿Creeis que las supo alguna vez? Si así es, estoy segura de que ahora no sabe una palabra de ellas.

—Es muy mal hecho de vuestra parte, Lady Albertina, hablar de ese modo, dijo Miss Trevannion.

—Digo lo que siento, replicó Albertina con insolencia.

—¿Cuándo tendré bastante tiempo para ir á la iglesia?

preguntó Enrique, la segunda esperanza de la familia Morcar.

—Si sois buen muchacho, despues de vuestro próximo natalicio, replicó Miss Trevannion, allanando el luciente y blondo pelo del jóven interrogador, quien se habia bajado de su silla é intentaba encaramarse en la rodilla de Miss Trevannion.

—Y entonces te cansarás bien pronto, dijo Albertina.

—¡Lady Albertina! esclamó Miss Trevannion entre consternada y reprensora.

—¿Por qué todos están cansados de ello? continuó pertinazmente Albertina. ¿Creeis que yo no lo veo? Papá vá para dormirse, Emilio está fastidiado, y San Lorenzo arregla las uñas; y cuando Mr. Grant predica mas de veinte minutos, saca su reló y le abre y le cierra con un fuerte golpe; y sé muy bien que es una indicacion á Mr. Grant de que el sermon es demasiado largo.

Miss Trevannion estaba grandemente aterrada para que dejase de detener esta descripcion, que su propia esperiencia, ¡ah! le diria era una verdad. Descolgó al jóven Enrique de sus rodillas, y no sin hacerse violencia, despidió dulcemente á los tres niños.

—Id, queridos mios, dijo, y preguntad á vuestra mamá si podeis jugar y correr en el prado.

Y entonces, despues de retirarse el alegre y ruidoso trio, Miss Trevannion volvió sus ojos hácia la indómita pupila, para demostrarle sériamente la impropiedad de sus observaciones. No hacia mucho tiempo que habia comenzado, cuando entró Lord Staplemore; y entonces el penoso sentimiento que sufria en la tarea desagradable de procurar conducir el entendimiento de Albertina

al bien, y en desarraigar el mal de que estaba herido, hundió su corazon dentro de sí misma. Si se hubiera dirigido al padre de la niña en este momento, habria puesto las cosas en peor estado. El silencio era lo único que le quedaba. Conocia bien todo esto Albertina; así es que, despues de dar á su «querido papá» los buenos dias, saltó afuera alegremente, regocijándose de haberse evadido del resto de la larga y fastidiosa reprension de Miss Trevannion. Se la hubiera oido cantar al tiempo de subir las escaleras, porque su buen humor caminaba á la par con su veleidad; y Miss Trevannion, al tiempo de echar el té á Lord Staplemore, antes de dejar el comedor, suspiraba al oir aquel canto, una prueba de entera falta de esperanza de producir ninguna enmienda, donde parecia no existir sensibilidad en los sentimientos en la superficie, ni calor en el corazon que yacia debajo; todo veleidad afuera, todo ligereza en el interior.

Clara San Lorenzo siempre pasaba la mañana del domingo en su habitacion. Se levantaba, como todos los dias, muy temprano; y despues de hacer su meditacion matutina, que consistia solamente en una aplicacion mas intensa de su mente á la que hacia de costumbre, se unia en corazon á aquellos que desde que el sol sale hasta que se pone ofrecen la «santa ofrenda.» Postrada ante su pequeño altar que habia ataviado para sí en su cuarto, en espíritu estaba presente al Adorable Sacrificio, y ofrecia en él el deseo profundo de ser restituida á la presencia de su Señor.

Despues de levantarse de sus devociones, tomó con mente fresca y alegre su quieto y solitario desayuno, que le habia llevado su criada al mismo pequeño cuarto que le servia de oratorio. No habia apenas concluido, cuando

un suave y dudoso golpe, y un paso tímido se oyó á la puerta, y entró Miss Trevannion.

—Temo incomodaros, dijo.

—Clara le aseguró que no; y notando sus ojos preñados de lágrimas y su semblante afligido:

—Mi querida Miss Trevannion, añadió, me parece que algun mal os aqueja.

—Oh, no es nada, replicó Miss Trevannion; á lo menos nada de particular, nada mas de lo que ocurre contínuamente. Pero, querida Mistress San Lorenzo, mi situacion es terrible; y á no ser por vuestra bondad, apenas sé cómo la hubiera soportado tanto tiempo. Vos sois la única amiga que tengo en esta casa; la única á quien puedo volver por simpatía y consejo. No estoy quejosa, ni tengo por qué quejarme de ninguna intencional malevolencia, pero estoy completamente abandonada.

Clara cogió bondadosamente su mano.

Miss Trevannion continuó:

—Me parece que no es pura impaciencia de mi parte, pero esto es cabalmente lo que me obliga á pediros consejo. Hubiera sufrido cualquiera cosa y tanto tiempo como yo creyese podia reportar el mas ligero beneficio á mi pobre á irreflexiva pupila, pero no tengo autoridad ni influencia con ella; está lejos de mi poder el reprimirla, y no tengo ninguna persona que me apoye, nadie que me vuelva el imperio que sobre ella debo poseer. Esta misma mañana ha ostentado en su modo de hablar una espantosa irreverencia de espíritu; y desgraciadamente parece apoyar la escusa de su proceder en la conducta de otros mas viejos que ella. ¿Qué haré? Permanecer mas tiempo, unas veces lo conceptúo una connivencia cobarde con lo que es de mi deber no tolerar;

otras veces temo que llegue á tolerarlo con solo dejarme llevar de mi carácter y deseo de evadirme de tan penoso sufrimiento.

—No creo, replicó Clara, que estais de ninguna manera en el caso, querida amiga, de permanecer donde no podeis hacer respetar vuestra autoridad; pero sentiré por cierto vuestra marcha, no solo personalmente, sino por la pobre Albertina, que temo se le permitirá entonces criarse enteramente inculta.

—Es lo que temo tambien, añadió Miss Trevannion; de cualquier modo soy algun freno para ella, pero muy pequeño, debo decir, y se disminuye cada dia. Su educacion está paralizada, pero no es esto lo peor. Lo peor es su total falta de la percepcion del principio del deber y su irreverente miramiento de todas las materias religiosas, lo cual me consterna grandemente. Hablar á Lord Staplemore en este asunto, no daria buen resultado. Es demasiado indulgente con ella, y juzgaria que de mi parte era jugar una pequeña y pueril locura; quizá lo diria así ante ella misma. Un remedio se me ocurrió.

—¿Cuál? preguntó Clara.

—Suplicar á Mr. Grant, replicó Miss Trevannion, que tuviese una conversacion séria con ella. Le esperé el último domingo en su camino á casa despues del oficio de la tarde, en ocasion en que estaba yo sola, y le hablé acerca de Lady Albertina, su descuidada conducta en la iglesia, charlando con otros, riéndose si alguna cosa la divierte y arrodillándose apenas.

—¿Y qué dijo él? añadió Clara.

—Deploró el hecho, replicó Miss Trevannion; pero juzgó que su intervencion desagradaria á Lord Staple-

more. Mr. Grant es un buen hombre, pero poco cauto. —Miss Trevannion suspiraba.

Mistress San Lorenzo no dió respuesta; y sonando la campana de la iglesia, Miss Trevannion instintivamente buscó en el bolsillo su Ejercicio cotidiano y empezó á preparar los testos.

—Soy muy egoista, dijo por último, al pensar y hablar tanto sobre mis padecimientos, teniendo á lo menos la benéfica ocasion de ir á una iglesia. No sé lo que haria sin esto, y si estuviera en la condicion destituida en que os hallais, querida Mistress San Lorenzo.

—Destituida no, replicó Clara, solamente ausente de mi templo, que hay mucha diferencia; y sin embargo, ausente en un sentido y no en otro, porque nuestra morada santa nos rodea en todas partes. Oh, querida amiga, si supiérais por un solo momento lo que es tener en realidad una morada santa, cómo sentiríais que la amargura de mi destierro infinitamente sobrepuja en dulzura todo lo que vuestra amante imaginacion obtiene de vuestra vacía é imaginaria iglesia.

—Tal vez con dificultad podeis apreciar lo que yo siento en mi iglesia, replicó Miss Trevannion, volviendo inquietamente las hojas de su devocionario; estando en completa ignorancia de los sentimientos de otro, ¿podemos juzgarlos rectamente?

—Conozco eso, dijo Clara, pero tambien que las cuatro paredes de una iglesia no pueden constituir una morada santa cuando no está allí Aquel que la hace morada santa del cristiano; cuando no está allí el que nos prometió no dejarnos en la horfandad, y que tan benignamente cumplió la promesa. Cuando el recuerdo solamente de su adorable presencia en nuestros altares cru-

za la mente de un católico, cuando aun en espíritu tan solo se conduce ante el Bendito Sacramento, su corazon se anima, se enciende y llena con la dulzura del pensamiento mismo. Afligido como debe estarlo el que no puede mas que en espíritu visitar á su Señor, no es su pena comparada con la desolacion del que se arrodilla ante un altar abandonado, que conoce que su Señor ha sido echado de él, y que ignora dónde hallarle.

—Nos juzgais mal, dijo Trevannion, y escusadme al decirlo así, pero me es completamente ininteligible cómo, con el fuerte sentimiento de justicia y candor que mostrais en otras materias, ignorais en esta mis sentimientos y mis creencias. Seguramente que debeis conocer, mi querida Mistress San Lorenzo, que yo por lo menos no creo que nos ha abandonado la presencia de nuestro Señor.

—¿Creeis que es Él mismo el que recibís en la comunion? preguntó Clara.

—Sí, lo creo, respondió Miss Trevannion. Creo lo que nos enseña nuestro catecismo; que Él, real y verdaderamente es recibido en el Sacramento.

—*Por los fieles*, creo debeis añadir, observó Clara.

—Bien, enhorabuena, añadió Miss Trevannion. ¿Pero no sosteneis que el infiel deriva algun beneficio de la Santa Comunion?

—Ciertamente que no, replicó Clara, todo lo contrario; sin embargo, si sosteneis la Real Presencia, deberíais tambien sostener que el infiel recibe como el fiel á nuestro Señor real y verdaderamente. Pero poneis los beneficios, los efectos, cualquiera cosa que os agrade llamarlos, en el lugar de Cristo Mismo.

—Seríais justa, replicó Miss Trevannion, tomando

nuestras palabras por lo que creemos, y no sustituyéndolas con una conclusion vuestra. Porque nosotros nos abstenemos, y debo decir que conceptúo reverente hacerlo así, donde está encerrado tan elevado misterio, de escudriñar, arreglando delicadamente, ó definiendo el modo con que se verifica, ¿hemos de ser acusados por eso de no sostener esa doctrina?

—Decidme, Miss Trevannion, dijo Clara; dejando á un lado al presente vuestra opinion, ¿juzgais que vuestra Iglesia cree en la Real Presencia? No pregunto ahora si la posee; lo que pregunto es si cree que la posee.

—Me parece, respondió Miss Trevannion, que sus formularios, rectamente entendidos é interpretados, enseñan esa doctrina; aunque es de lamentar, en mi opinion, que todo su clero no la reconozca claramente, ni la esplique como debia, y que algunos aun la nieguen.

—¿Solamente algunos? preguntó Clara; bien, sea así; no me detengo á disputar la exactitud de vuestra proposicion, aunque no puedo concederla, pero tengo una cosa que añadir. Si vuestra Iglesia realmente cree que alguna vez tiene en sus manos el Adorable Cuerpo de su Señor, ¿cómo es posible que permita se le escape tal tesoro? ¿Cómo es que su corazon no arde dentro de sí misma cuando Él está tan cerca de ella? ¿Cómo es que no Le dice: «Protégenos, porque el dia vá muy gastado,» «ó como la esposa:» «Yo hallé Aquel á quien mi alma ama; tendré por Él y no Le dejaré irse.» Creedme, la prueba de la creencia es obrar como los hombres obran cuando creen. Mirad cómo obramos *nosotros*: nosotros Le entronizamos en nuestros altares, y Le rodeamos con nuestro homenaje y adoracion; ¿y por qué sucede esto, sino porque creemos? ¿Y qué haceis vos-

otros? Vosotros reconoceis que lo que poseeis no es mas que una sombra y un signo; y así, como una sombra y un signo, permitís que huya.

—No puedo menos de sentir, respondió Miss Trevannion, que hay algo corporal en ese modo de ver el objeto, si teneis la bondad de perdonarme la espresion, algo demasiado terrenal, humano, ahora que nuestro Señor se fué á los cielos.

—Es la realidad de nuestros sentimientos la que os produce esa impresion, replicó Clara; equivocais lo indefinido, lo visionario y lo imaginario con lo espiritual; vosotros no realizais la existencia de la humanidad glorificada de nuestro Señor; ¿cómo entónces seria posible que apreciáseis y comprendiéseis los actos y sentimientos que tienen su raiz en esta creencia?

—No os puedo comprender, añadió Miss Trevannion; en lugar de regocijaros cuando hallais nuestra fé próxima á la vuestra; en lugar de atender ansiosamente á cualquiera cosa que nos acerque, parece que estais mas deseosos de repelernos; sí, con toda la bondad que á vos os adorna, y bien sabeis que digo lo que siento, no puedo menos de manifestarme agudamente resentida de que me rechaceis. Como todos los de vuestra comunion, nos mirais con ojos acres é inexorables; en lugar de animarnos y atraernos, nos sondeais y poneis en duda aquello acerca de lo que os conjuramos que creemos en comun con vosotros; nos rehusais y negais todo lo que no sea un descarnado protestantismo; nuestros corazones os animan, nos sentimos inclinados á vosotros por simpatía; pero no apreciais esto, nos repeleis.

—Mi querida amiga, dijo Clara bondadosamente, si os repelemos, es porque es posible que nos unamos en

realidad. Si parece que rechazo vuestros progresos, debeis considerarme como el que mira desde una ventana y vé á otro vagando debajo todo el dia, y que estendiendo sus manos en la esperanza de volar y de ponerse al lado de su amigo, este le dijese que todo era en vano, que se marchase de allí y diese la vuelta para entrar por la puerta. Le rechazaria, es cierto; pero solamente para poder encontrarle y darle la bienvenida por la verdadera entrada, como yo espero felicitaros algun dia.

Al decir esto Clara, besó afectuosamente á su amiga.

Miss Trevannion se sonrió y sacudió la cabeza; y entonces, recordando de improviso lo avanzado de la hora, despues de una precipitada despedida, salió con el corazon oprimido en busca de Albertina.

Sobre un cuarto de hora mas tarde, todo estaba en silencio en la casa, puesto que sus ruidosos habitantes se habian reunido y encaminado á la iglesia. Clara, sin embargo, no estuvo mucho tiempo en soledad. Con una mano mecia la cuna de su hijo, mientras que con la otra sostenia un pequeño libro de devocion que leia, cuando entró su madre. Las maneras de Mistress Foresters eran nerviosas y escitadas, pero tan habituales, que un incremento ligero en ellas apenas podia atraer la atencion de los que acostumbraban á tratarla. Se sentó al otro lado de la cuna, en cuyo momento abrió el niño los ojos; Mistress Foresters le removió entonces poniéndole sobre las rodillas, y saboreó unos cinco minutos de éxtasis, contemplando su belleza, mezclados con varios interesantes gestos, que parecian escitar una satisfaccion considerable en el infante, para cuyo entretenimiento eran ejecutados.

—¡Hermoso niño mio! pronunció por último con fervor la afectuosa abuela. ¡No podria gritar de alegría al verte, si al mismo tiempo pasara por mi mente la idea de que algun dia te verias en pobreza!

—¡Madre querida, no penseis en eso! dijo Clara con ánsia. El único penoso pensamiento que cruzó alguna vez mi mente al contemplar esta cándida faz, fué: «¡Oh, si mi hijo vivirá para ofender á Dios alguna vez! Pero aun este temor ha pasado ya; porque le he puesto en las manos de María, á quien rogué le tuviese para sí, con objeto de que muera antes de creer para pecar contra su celeste Padre; y María, lo sé, accedió á mis ruegos. Mas la pobreza no es un mal; solo el pecado, solo el pecado.»

—Mi querida Clara, replicó Mistress Foresters, cree mis palabras: la pobreza conduce á grandes males, y al pecado tambien; ¿no hemos visto esto? ¿No lo sabemos? Es muy conveniente que hablemos en este terreno. Dime: ¿no te daria cuidado ver á este ángel morirse de hambre?

—No, no quise decir eso, replicó Clara sonriendo; pero si fuese del agrado de Dios enviarnos desgracias, tambien nos enviaria fuerzas para soportarlas.

—Sí, añadió Mistress Foresters; pero en todo caso es de nuestro deber no buscarlas, sino eludirlas si podemos.

Clara miró á su madre inquisitivamente, porque no entendió completamente el objeto ó designio de esta observacion.

—Sí, continuó Mistress Foresters, agitando enfáticamente la cabeza, digo que este es un deber de los padres; es *vuestro* deber, Clara.

—¿Cuál, madre? preguntó Clara. No sé lo que quereis decir.

—Lo que digo es, replicó Mistress Foresters, que es de tu deber considerar los intereses de este querido niño, y no conducirle á la miseria por cualquiera conducta indiscreta de tu parte.

—Pero lo que no puedo ver, añadió Clara, es que exista ese peligro; y si le hubiera, qué es lo que debo hacer para prevenirle.

—De todo eso hay, mi querida Clara, replicó su madre sacudiendo la cabeza y mirando de hito en hito á la hija. La bondad de Lord Staplemore ha sido verdaderamente admirable; pero, querida mia, si cambia, ¡qué será de vosotros!

—¿Por qué ha de cambiar, preguntó Clara, si nada hemos hecho que le desagrade?

—¡Ah! eso es, querida mia, añadió Mistress Foresters, apretando la mano de su hija convulsivamente, porque en medio de su ansiedad habia colocado al niño en su cuna y arrastrado su silla cerca de la de Clara; es la religion, es la religion, añadió con un enérgico susurro.

—Lord Staplemore supo cuál era mi religion desde el principio, replicó Clara calmada y gravemente.

—Sí, sí, replicó Mistress Foresters; pero le incomodó tanto, segun me dijo Emilio, como la falta de fortuna; respecto de esto ya no hay inconveniente; mas lo que no sabe y lo que nunca Emilio se atrevió á decirle, es la promesa de conducir á sus hijos al catolicismo. Teme que el mejor dia se le ponga en el caso de responder á una pregunta sobre el objeto.

—Cuánto mejor seria, replicó Clara, que lo dijera á

su padre claramente desde luego, toda vez que lo puede saber por casualidad, y juzgar quizá nuestra conducta poco franca por no lo haber puesto en su conocimiento desde el principio.

Mistress Foresters inclinó su cabeza sobre el pecho, suspiró é hizo varias contorsiones incómodas antes de dar una respuesta. —Clara dijo por último: ¿Sabes que si lo llega á entender, esta casa no será por mas tiempo vuestra casa? Emilio me ha manifestado que su padre, hablando con Ester dias pasados, le dijo: «Si supiera que hacian á ese niño ser papista, no permanecerian un dia bajo mi techo.» Lady Ester aseguró á su padre que de ninguna manera lo haríais, y así quedó tranquilo por el presente, pero...

—¿Y qué autoridad tiene Ester para semejante aserto? preguntó Clara.

—Querida mia, ¿no lo entiendes? dijo su madre; no pudo menos de obrar así; dijo lo que creyó mas conveniente á su hermano.

—Si es todo conforme lo asegurais, añadió Clara triste pero firmemente, oh, no permita el cielo que comamos el pan de ninguno bajo falsos pretestos. Seguramente que Emilio no querrá tener á su padre en tal error.

—Pero no sabes, replicó Mistress Foresters, que á escepcion de dos mil libras dejadas á Emilio por su tio, no tiene nada absolutamente propio. La pequeña pension que su padre le concede está en libertad de quitársela cualquiera dia. ¿Por qué te quieres condenar al hambre?—Y Mistress Foresters empezó á llorar amargamente. El niño, sobrecogido con el ruido que ella hacia, empezó á gritar tambien.

—¡Si, pobre inocente mio, esclamó la abuela; bien puedes llorar, porque pasarás hambre, y tu madre no te compadecerá!

—¿Pero qué puedo hacer? preguntó Clara mirando de hito en hito al semblante de su madre.

Mistress Foresters no se atrevió á encontrar sus ojos; sus párpados se abrian y cerraban sin cesar de una manera nerviosa.

—Lo que puedes y debes hacer, hija mia, dijo en voz baja, es abandonar un punto que seria locura sostener bajo las actuales circunstancias, y devolver á Emilio la promesa escrita que te ha entregado.

—¡Madre! esclamó Clara con un acento de mezclada indignacion y reproche, quedando despues incapaz de proferir por un momento otra palabra.

Mistress Foresters continuó de un modo precipitado:

—Emilio no desea retractarse de la promesa. Su único deseo es protegerte, á vuestro hijo, y á él mismo de una completa destitucion. Todo lo que quiere es poder dar á su padre una respuesta satisfactoria, si le interroga sobre el objeto; pero si aconteciese la muerte de Lord Staplemore ó cualquiera otro motivo que le hiciese bastante independiente, volverá gustoso al anterior arreglo. Ninguno se podria espresar con un sentimiento mejor y mas liberal que él se espresa, estoy segura de ello.

—Emilio bien sabe, dijo Clara, cómo debo mirar tal sugestion. Dejadme olvidar que alguna vez me la hizo por medio de otro, y, oh, dejadme tambien olvidar que fué mi propia madre la que consintió hacerla.

—Eres capaz de poner á un santo fuera de paciencia, Clara, dijo Mistress Foresters poniéndose colorada; cual-

quiera diria, al ver el semblante con que acoges este asunto, que alguna cosa villana se te ha propuesto.

—Seria muy villana si conviniese en ello, replicó Clara con calma. Mi querida madre, os ruego solamente que contempleis el asunto en la manera que debe hacerse; ¿qué es lo que se me pide? Que consienta que mi hijo sea criado en el error.

—Bien, oye ahora una breve razon, añadió su madre; cuando esos arrebatos de obstinacion te dominan, no es posible saber cómo tratarte. Soy católica como tú, y no quisiera que el niño fuese educado protestante siendo posible remediarlo; pero como Emilio dice, á menos que se contemporice en la materia, ¿cómo he de conseguir la subsistencia?

—Entonces ¿por qué se atrevió á hacer jamás semejante promesa, añadió Clara, si conocia que le hacia pobre, á menos de retirarla? De ninguna manera, como bien lo sabeis, madre querida, se hubiera obtenido mi consentimiento para ser su esposa sin esa promesa. He sido engañada.

Clara dejó caer sus brazos con una mirada de tranquila resignacion y tristeza, pero de firmeza invariable; y salvo un leve color pálido de sus mejillas, no se hallarian rasgos en su semblante de la interior agitacion de su mente.

—Quizá, dijo la madre, y casi estoy por asegurarlo, Emilio no previó tanto fanatismo de parte de su padre; y en este caso bien sabes que las personas abrigan la esperanza de lo que desean, y obran en tal sentido.

—Cuando damos una promesa, dijo Clara, debemos hacerla con intencion de cumplirla, y no fiados en una esperanza. Mas yo no quiero hablar de la conducta de

Emilio, ó censurarla. Sin duda alguna, como vos lo decís, no previó las dificultades que ahora encuentra. He sido engañada; pero no le acuso de haberme engañado deliberadamente. No quiero juzgar á ninguno, y mucho menos á mi esposo; pero Dios me juzgará si soy infiel á la confianza que Él ha puesto en mí. Esa promesa no puedo, jamás podré retirarla.

—Entonces, añadió Mistress Foresters, levantando sus manos en medio de la desesperacion, ten en cuenta lo que te digo: te pones en el camino de traer sobre tu hijo el mal que tratas de alejar. Si condescendieses en diferir por algun tiempo este asunto, estoy segura que llegarias por fin al punto de tu deseo; porque Emilio, como te acabo de decir, solo trata de evitar las dificultades del presente; pero si llegases á obstinarte sin razon, puedes comprender, querida mia, lo que son los hombres cuando encuentran oposicion; y Emilio, que no tiene un genio de los mejores, se verá provocado, y quizá tome el asunto por su propia mano, para conseguir su voluntad llevando al niño á ser protestante. Esto es lo que temo, porque no dijo nada distinto, y sé con toda seguridad que prefiere una compostura amigable. Ahora, Clara, observa la injuria que traes sobre tu hijo con tan pertinaz obstinacion.

Clara se puso colorada profundamente; pero parecia detener las palabras que naturalmente hubieran salido de sus labios. Se paró para deliberar, y despues respondió con calma:

—Madre, no estoy en el lugar de la Providencia para ninguno. Solamente soy la sierva del Señor para hacer Su voluntad y obedecer Su voz. No puedo pecar contra Dios, aunque sea para salvar de la miseria á mi hijo.

Vanamente Mistress Foresters empleó las amenazas, las lágrimas, las afectuosas amonestaciones. Clara solamente movia la cabeza y repetia una palabra.

—Nunca, nunca.

Cansada, por último, su madre, la dejó con intencion de renovar sus instancias cuando Clara hubiese reflexionado sobre todo lo que habia puesto ante su vista; porque es peculiaridad de las personas débiles como Mistress Foresters, no concebir ni percibir inflexible firmeza en otros. Segun sus ideas, todo lo resuelve la calma y la obstinacion; y el tiempo, las súplicas, la persecucion y la perseverancia, vencen por último.

Partió Mistress Foresters desanimada, pero no sin confianza, y Clara se arrojó á los piés de su Crucifijo.

CAPITULO XII.

—¿Vas á la iglesia, San Lorenzo? preguntó Lady María, así que vió á su hermano con trazas de tomar el sombrero al oir las campanas que anunciaban el oficio divino de la tarde.

—Esa es mi intencion, replicó su hermano. No estuve por la mañana, y lo considero de buen ejemplo. ¿Me necesitas?

—No te necesito para que te quedes, replicó María; pero si esperas un minuto mientras pongo mi sombrero, iré contigo.

San Lorenzo asintió, y dió vueltas por la sala hasta el regreso de María. Entretanto se le unieron Sir Geoffrey y Lady Morcar, que segun todas las apariencias, iban tambien á la iglesia, lo cual ocasionó algun disgusto en María, á juzgar por la momentánea pálida espresion de su faz, cuando á su retorno percibió la inesperada adicion á la partida. Sin embargo, no era en ella frecuente revelar sus sentimientos con el semblante; y si por casualidad alguna vez se inmutaba, era solo por un momento, puesto que inmediatamente se reprimia de tal suerte, que apenas se haria perceptible á quien no fuese un hábil observador.

Salió la partida con paso solemne y tardío, porque

Lady Morcar no era muy rápida en los movimientos, y Sir Geoffrey se paraba en ocasiones para hacer alguna acostumbrada oracular observacion.

—Este es un hermoso edificio antiguo de estilo normando, dijo al llegar á la vista de la iglesia de la parroquia, que se hallaba situada á la estremidad del pueblo, cuya parte moderna estaba algo retirada de la situacion de la antigua; pero han tenido un pésimo y monstruoso gusto en bloquear la mitad de aquella hermosa ventana. Admiro que tu padre, añadió volviéndose á María, haya permitido la permanencia de semejante barbárie.

—La galería del órgano es la causa de ello, replicó María, sin lo cual la iglesia no produciria el suficiente acomodo para la parroquia.

—Bien, puede ser así, añadió Sir Geoffrey; pero es una especie de vandalismo, que yo no toleraria ni un dia. Tambien la hermosa y antigua pila bautismal está amenazando ruina por falta de la conveniente atencion y reparo. Es enteramente penoso para mí ver semejante descuido.

Era este uno de los tópicos favoritos de Sir Morcar, que se preciaba de algo anticuario y constante admirador de la arquitectura de la edad media. Su crítica, de todos modos, era completamente justa en esta ocasion, porque la antigua iglesia tenia un desfigurado y descuidado aspecto; entretanto que no habia memoria de que Lord Staplemore, á quien pertenecia hasta la última pulgada de terreno de la parroquia, hubiera jamás espendido un solo chelin en el edificio, salvo en la erección de dos losas de mármol para sus dos esposas, una estufa para mejor comodidad del banco cerrado de la

familia, y en proveer de nuevo terciopelo los asientos cuando el viejo parecia muy gastado y raido. Las ideas eclesiásticas de Sir Geoffrey Morcar, sin embargo, no se estendian un ápice mas allá de las piedras del edificio, ó de otro modo hubiera hallado en él materia de mayor sorpresa é indignacion que en el estado de la antigua pila del bautismo y la ventana oriental. Lord Staplemore no era, en efecto, ni liberal, ni caritativo, aunque tenia el hábito de la prodigalidad y aun de la disipacion en su malísimo manejo de casa, lo cual conduciria á suponer á cualquiera que la avaricia no estaba afiliada entre sus vicios. Sin embargo, no era pródigo cuando se trataba de algun donativo. Jamás se le ocurria añadir algo á la anual suscricion acostumbrada para la escuela, ó á la suma tambien anual que dedicaba á limosnas de los pobres, á no atreverse Mr. Grant á sugerir la urgencia de semejante adicion. Aun menos cruzaria por su mente que la actual habitacion de la escuela era de un tamaño inadecuado, que una nueva y mayor, era de necesidad apremiante, y que no habia ninguno en la parroquia capaz de hacer frente á estas espensas á no ser él; y una vez que llegara á verificarlo, de ninguna manera pasaria por su juicio la idea del correspondiente deber de su parte. Además, recordarle semejante deber, aunque fuese con la mayor dulzura, lo hubiese juzgado de grave impertinencia, y pocas probabilidades habia de que Mr. Grant se atreviese á cometer tal encargo. Mr. Grant era un hombre benévolo y de buena intencion, pero merecia grandemente el epíteto que Miss Trevannion le habia aplicado de «poco cauto;» al mismo tiempo que ninguno podia estar mas fuertemente impresionado con la persuasion, incluso el mis-

mo Lord Staplemore, de que la posicion de este era tan inmensurablemente superior á la suya, que le colocaba fuera del alcance ú objeto posible de la animadversion ó amonestacion de su parte.

—Yo salí chasqueada en el efecto que resulta de la estufa; esta mañana sentia un lado caliente y el otro frio, observó Lady Morcar.

—El lado hácia el cual está la estufa, respondió Sir Geoffrey pomposamente, percibe el calor que procede de ella, mientras que el espuesto al otro esperimenta el frio que resulta de la atmósfera del ancho cuerpo del edificio. Por regla general, cuando el aparato que calienta no es suficiente á calentar toda la área, lo que sigue es el desagradable resultado de una pulmonía.

—Aunque las mañanas están frias respecto de la estacion del año, observó Lord San Lorenzo, estaríamos mejor sin la estufa; la iglesia siempre es un lugar donde se coge frio.

—Temo particularmente una pulmonía, añadió Lady Morcar.

—Yo previne á Lord Staplemore este accidente, continuó Sir Geoffrey, cuando trataba de la ereccion de la estufa para su banco. Colocadle, le dije, en el centro de la iglesia, y el calor, aunque no tan grande, se difundirá con mas igualdad.

—Mi padre, observó Lord San Lorenzo, tiene un ojo muy astuto para conservar el número uno.

—Su comodidad personal, estad seguro de ello, hubiera sido mejor asegurada por una policía menos estrecha. Tened en el concepto de un axioma....

—Espero, dijo interrumpiéndole Lady Morcar, cuya corriente de pensamiento seguia los pasos en un nivel

completamente diferente del de su marido, que Alfredo no haya cogido frio. Quisiera no haberle dejado ir. A la verdad, Sir Geoffrey, que si sabias eso de la pulmonía, fué muy poca prevision tuya no habérmelo dicho. Mi hijo querido dos veces estornudó, y yo estuve enteramente en una crispacion hasta que se concluyó el oficio.

—Mi querida Elena, replicó Sir Geoffrey, ¿cuándo no estás con una crispacion maternal? Pero supongo que todas las madres son lo mismo.

Sir Geoffrey hubiera, segun todas las probabilidades, favorecido á sus oyentes con algunas observaciones generales sobre este tema; pero el haber llegado ahora á la puerta de la iglesia puso término á la conversacion.

El banco estaba ya ocupado por Miss Trevannion y Albertina; y la primera tuvo la mortificacion de observar á Lord San Lorenzo, que sentado al lado opuesto á su pupila, se empleó una gran parte del oficio en el mismo objeto que la niña habia descrito por la mañana. La conducta de San Lorenzo estaba muy lejos de ser edificante. Rara vez dejaba su postura de sentado, dando muchas señales de personal incomodidad, con cruzar y descruzar las piernas, como si estuviera en contínuo y universal estado de *malaise*.

Sir Geoffrey procedia con mas decoro. Se levantaba con la congregacion, lo cual tambien hacia cuando otros se arrodillaban; dirigia la vista al frente del banco y repetia los responsorios en muy alta voz.

Lady Morcar y Lady María San Lorenzo estaban sentadas quietamente, y con respetable gravedad, si no con atencion, durante el oficio; y Albertina se aprovechaba de las circunstancias para sentarse tambien.

Miss Trevannion era la única que se arrodillaba, quien con la cara hundida entre sus manos, derramaba en ellas sus desapercibidas lágrimas, que caian rápidamente y en silencio.

—¿Por qué los caballeros vienen tan tarde á la iglesia? preguntó Albertina maliciosamente al tiempo de salir toda la partida del pórtico.

—Eres una graciosa muchacha, en verdad, dijo Lord San Lorenzo pasando un brazo bondadosamente por la cintura de su hermana. Eres una revoltosa, ¿no es cierto? continuó en un tono que no era el de reprension; entretanto que Albertina miraba su semblante con una mezcla de pueril dulzura y atrevida alegría, habitual en ella, pero que sus bellas y delicadas facciones la salvaban del cargo de masculina desvergüenza.

—Vamos, Lady Albertina, os ruego que vengais, dijo Miss Trevannion en una voz de mezclada súplica y tristeza, así que Lord San Lorenzo soltó el brazo que detenia á la niña.

—Es una niña preciosa, observó su hermano siguiéndola con la vista al tiempo que ella se unia de mala gana á Miss Trevannion, y tan revoltosa como un potro.

Debe observarse que Lord San Lorenzo era un grande admirador de lo que él llamaba espíritu en la mujer; y Albertina daba considerables esperanzas en esta línea.

—Bastante revoltosa, repitió María secamente.

—Pero á esa mujer le tengo aversion, continuó él. ¿Para qué hará correr á aquella niña como si fuese á andar una porcion de leguas? Me fastidia tambien en estremo ver su melancólico semblante.

—¿Quieres, San Lorenzo, que demos un paseo por la ribera del mar? preguntó María.

San Lorenzo consintió. Sir Geoffrey demostraba inclinacion á unirse á ellos, pero le detuvo su esposa. Que estaba cansada, dijo; siempre estaba así los domingos. Y como á Lady Morcar nunca le agradaba andar sin un brazo á que arrimarse, Sir Geoffrey tuvo que acceder á la súplica de escoltarla á casa.

De esta suerte María se vió felizmente libre de su compañía, y con una penosa tarea ante su vista. Despues de andar algunos momentos en silencio se paró, porque sabia que se le acercaba el instante en que iba á infligir pena á uno por quien, si por alguna persona de la familia, abrigaba algo parecido á un tierno afecto. Pero María no era de las que dudan acerca de lo que deben hacer, ó retrocede por desagradable que sea. María nunca tenia dudas ó dificultades en la línea de conducta que segun su sentir le incumbia observar, y tenia tambien una clase de dura naturaleza que la conducia en ella sin inquietarse. La guiaba cierto sentido seco del deber, no basado en altos motivos, ni dirigido por ningun regulador elevado, pero sin embargo tenia algo de principio; algo á lo menos que merecia la aprobacion de su entendimiento, ordenando lo que se debia hacer. Este principio, tal como era, pertenecia á su naturaleza con cierta especie de necesidad, segun el cual siempre estaba ansiosa de obrar. No surgia, ni era fortificado por el sentimiento de una obligacion religiosa. Su conducta no tenia Dios en su objeto, y así obraba fria y desamoradamente; y los penosos sacrificios que hacia con frecuencia y los oficios desagradables á que se consideraba ligada, no llevaban consigo premio ni curativo consuelo.

Los dos hermanos llegaron á la ribera, donde la

perspectiva armonizaba con la disposicion que se acaba de describir. Era un lugar frio, triste y solitario como el corazon de María. Se sentia una anticipacion del invierno en aquella fresca tarde de octubre. Lord San Lorenzo tiritaba de frio, abotonaba su casaca y espresaba admirar el gusto de María, puesto que la ribera no era un lugar tentador en aquella tarde, y que por su parte votaba por dar la vuelta á casa.

María dirigia la vista distraida hácia el mar, porque sus pensamientos se agitaban en el interior; y sin volverse á su hermano, ni notar la observacion de este, simplemente replicó:

—San Lorenzo, tengo algo que decirte; estoy deseosa de revelarte una cosa antes de tu partida; nos dejas mañana, ¿es cierto?

Su hermano asintió.

—Lo que tengo que decirte y á lo que me siento obligada te será penoso; pero es necesario. Recuerda, en todo caso, que yo soy la única responsable de lo que diga; no soy ni la encargada de los labios de otro, ni la cuentera de lo que he oido. San Lorenzo, añadió entonces volviéndose y haciendo cara á su hermano, estoy convencida de que Violeta no te ama.

El color montó el rostro de San Lorenzo, hasta que tiñó la misma frente; pero contestó con alguna calma:

—No con un amor romántico, bien lo sé; pues eso no lo espero. Donde la diferencia de edad es tan grande como en nuestro caso, el afecto participa quizá mas del carácter filial de parte del jóven.

—No soy grande juez del amor filial, replicó María con una mirada fria y melancólica; pero creo que se confundiria cualquiera que tratase de descubrir toda

clase de afecto hácia tí en Violeta. La he observado por mucho tiempo y estoy convencida.

—¡Tus pruebas, tus pruebas! repitió Lord San Lorenzo casi colérico.

—Antes debo yo preguntar, añadió María con calma, ¿qué pruebas puedes aducir de su amor?

—Violeta, replicó San Lorenzo, es de un carácter peculiar; es de elevado entendimiento, dotada de fuerza y energía, mas bien que blanda y tierna de sentimientos. Créeme, la conozco bien, y cómo debo interpretar su conducta. Al mismo tiempo, sin embargo, que no doy importancia á lo que dices, te estoy obligado, María, por tu deseo de ponerme en guardia; pero si todo lo que tienes que manifestarme es la ausencia de cualquier sentimental ostentacion de afecto hácia mí, puedo asegurarte que soy enteramente sabedor del hecho, y que no es para mí el menor manantial de incomodidad.

—¿Pero no hay mas que eso? perseveró María. ¿No tienes en nada el inhumano ridículo con que tan frecuentemente te asalta de una manera insidiosa? ¿No tienes en nada tampoco el desinteresado modo con que habitualmente responde á cualquiera observacion que le diriges? ¿Brilla jamás su semblante con alegría al verte? ¿Dá muestras de sentir ó lamentar tu ausencia? ¿Es solo falta de sensibilidad lo que ocurrió la otra tarde? ¿Estás tan ciego que no viste que intentaba evitar sentarse á tu lado, y que Jorge, comprendiendo el caso, con su usual y necia bondad, se prestó á secundar el intento?

Lord San Lorenzo se inquietaba y mordia los labios.

María continuó.

—Siempre que yo hubiera podido imaginar que toda

esta fria conducta no tenia personal referencia hácia tí, sino que pertenecia á la naturaleza de ella, seguramente que no te hubiera hablado sobre el objeto. Si estabas satisfecho, era lo suficiente; pero en los dos últimos dias se levantó en mí una sospecha.

—¿Qué quieres decir? preguntó San Lorenzo con alguna escitacion.

—No mas de lo que te voy á referir, añadió María; así que, no des al significado de mis palabras una estension superior á la que en sí tienen. He visto á Violeta mirar con animacion y con interés en sociedad á otro, como nunca la ví mirarte. He visto algo indescriptible que alarmó mi orgullo por tí. Estás irritado, lo veo, al oirme hacer esta sugestion, pero no me interrumpas hasta oir el fin. No es mi ánimo hacer una acusacion contra Violeta de la naturaleza que sospechas. Es demasiado orgullosa y de elevadas dotes intelectuales para sufrir la imputacion mas leve; ¿pero podrás sufrir á la que ha de ser tu esposa prodigando sonrisas á otros de que nunca participas, cantando y tocando para otros, complacida, lisongeada y escitada por su alabanza, mientras que tus aplausos caen friamente en sus oidos, alegre, animada é interesada con la palabra de otros, fria, lánguida é indiferente cuando eres tú quien se dirige á ella? ¡Oh, San Lorenzo! ¿puedes sufrir esto?

La sangre montó otra vez vivamente el rostro de San Lorenzo, hasta el punto de distinguirse todas las venas de su frente.

—¡No, no puedo creerlo! esclamó comprimiendo sus labios y apretando su mano convulsivamente; no puedo creer que Violeta sea tan indigna del afecto que la profeso hace tanto tiempo; Violeta, á quien he mirado con

ilimitada admiracion é indulgente cariño; á quien ha sido mi orgullo ofrecer poco menos que homenaje; seguramente que es imposible, que un simple jóven, un estraño, un conocimiento de dos dias, haya podido privarme de aquel interés y afectos, que creo sin presuncion poder decir de alguna manera haber merecido.

—Cesa, dijo María, no me comprendes como ya lo temia. No quiero decir que ese jóven Ferrers haya ganado todavía ó pueda ganar ningun lugar en su corazon; mucho menos que haya trastornado ninguno de los sentimientos que antes fluian en direccion tuya. No creo que tal exista ó que pueda existir. Una estimacion fria y una gratitud razonable, que no inflama su corazon, aunque puede influir en su conducta, es todo, estoy segura, lo que siempre Violeta abrigó por tí; pero lo que creo, y mis observaciones me han confirmado en esta persuasion es, que pudo sentir mucho mas, porque ¿quién habrá que no pueda? Quizá algun dia se despierten en ella tales sentimientos de real y sólido afecto por tí. Violeta es jóven, y no conoce aun las profundidades de su corazon, ó lo que espía en él para brotar afuera. Pero eres orgulloso, San Lorenzo, y ese orgullo al presente se concentra en ella, y no vé ó no quiere ver sus faltas; mas recuerda que Violeta es orgullosa tambien. Créeme; cuando estés casado con ella no estarás satisfecho. No presumo siquiera por un momento que jamás sea culpable de nada indigno de ella; ¿pero te contentarás con esto? No, seguramente que no, y entonces te quejarás, como igualmente juzgarás tener derecho para ello; y Violeta se resentirá, y te despreciará, y lo tomará como una injuria; y cuando el orgullo de vuestros dos cora-

zones venga á chocar uno con otro, habrá bastante miseria en el fondo de vuestras almas. Ella se creerá libre de toda deuda de gratitud, de toda obligacion de honor, viniendo á ser tu esposa y conduciéndose respetuosamente como tal; y esperar cualquiera otra cosa de ella, lo miraria como el dictado de un carácter tiránico ó de una suspicaz injuria.

María quedó en silencio. San Lorenzo se sentó en la playa, con su cara tendida sobre las manos, entretanto que en su interior parecia trabajar algo de una manera funesta. Su hermana le observaba quietamente, pero con cierta ansiedad. Por último rompió él el silencio con mas calma de lo que su hermana esperaba.

—¿Te parece, María, que Violeta desea salir del compromiso?

María dudó por un momento, como si apenas supiese el modo de arreglar una contestacion; despues respondió:

—De sus deseos no puedo hablar, ó decirte nada; pero estoy convencida de que es por cumplir su promesa lo que la conduce á casarse contigo, y no con las miras de conseguir su felicidad.

—¿Por qué entonces pronunció una aceptacion? replicó San Lorenzo. ¿No le dí tiempo para deliberar? Aun mas, le supliqué que deliberase. Violeta no tiene un carácter ligero é irreflexivo; es de opiniones firmes y de conducta decidida. Debió haberlo pensado todo, estoy seguro de ello; y su decision debió ser el resultado razonable de su tranquilo convencimiento.

—Me parece que te equivocas, replicó María. Violeta tiene, es cierto, opiniones firmes y un enérgico modo de espresarlas; es tambien invariable en lo que concierne

á cualquiera regla ó principio suyo. Pero su voluntad no es tan inflexible cuando no se despiertan su orgullo y el sentimiento del honor; mas diré: es fácil, quizá demasiado fácil, moverla por persuasion. Cualesquiera que fuesen sus motivos para entrar en este compromiso, concibo que este acto de su parte puede ser cualquiera cosa menos el resultado razonable de tranquilo convencimiento.

San Lorenzo levantó la vista. El color habia ahora desaparecido de sus mejillas, y se notaba en ellas lo que parecian las huellas de una lágrima. María le contempló fijamente, porque algo semejante á la ternura de la piedad se apoderaba de ella, al considerar el semblante de su hermano, que fluctuando entre la juventud y la media edad, ya comenzaba á surcarse con líneas, y al que su esquiva mirada de tristeza daba ahora una apariencia de mas viejo, reflejando al mismo tiempo que un chasco á esta edad no es una afliccion pasajera, sino comunmente el revés de la felicidad de toda la vida.

—Mi querido hermano, dijo con mas ternura de la que habitualmente desplegaba, siento tu pesar. Te he infligido una honda pena. Pero mas vale esto que lo que he temido por tí. No podia dejarte sin aviso, y me he descargado de una obligacion que te debia. Mira, considera y juzga por tí mismo. No hagas nada fundándote en mi juicio, porque no doy ni puedo dar consejo; pero piensa y examina para obrar desapasionadamente y con calma, como obraria un hombre razonable. Estoy segura de que lo harás así, y estoy segura tambien de que si no consigues lo que considerarias felicidad, te salvarás á lo menos de amargos sentimientos y humillante miseria.

—María, dijo San Lorenzo estendiendo las manos hácia su hermana, creo que hablas con un verdadero miramiento hácia mí, y te doy gracias; pero necesito tiempo y soledad para deliberar. Ten por seguro que me reprimiré y no haré nada precipitadamente. Marchemos á casa.

Al decir esto, se levantó, y ambos hermanos tomaron este camino en silencio.

CAPITULO XIII.

Esta noche la comida en Monte San Lorenzo fué muy triste; porque como se ha visto, la mayor porcion del círculo de la familia tenia sus objetos privados de incomodidad y descontento. Clara estaba pálida, y aun mas silenciosa que de costumbre; Emilio colorado y más irritable que habitualmente. Mistress Foresters se desordenaba en una agitacion nerviosa. Lord San Lorenzo estaba mas intensamente sublime y político que otras veces, aspecto al parecer tomado con el objeto de reprimir y ocultar los muy desagradables sentimientos que trabajaban su alma. Violeta estaba grave y mas distraida por alguno ú otro motivo; entretanto que el espíritu de Horacio se hallaba afectado por la desagradable temperatura de la atmósfera social que le rodeaba. Lord Staplemore habia dedicado toda la tarde al exámen de sus cuentas; y esta inspeccion, no habiendo sido satisfactoria, le hacia mas regañon que otras veces.

Habia allí sin embargo algunos espíritus irresistibles, que se divertian en todas ocasiones, á pesar de todas las circunstancias desfavorables. De este número eran Jorge y Emilia, que á una estremidad de la mesa sacaban buen partido de los cuchicheos y risas sin objeto. Lord Staplemore, cuyo ojo inquieto parecia haberse dirigido

alrededor de la mesa buscando un pretesto para regañar, pudo por fin hallar un alivio á sus irritables sentimientos en el único tercio animado, y dijo:

—De qué se reirán continuamente esos dos locos?

—Mas vale reir y hablar, dijo Bárbara, que tener quieta la lengua y el semblante tan ágrio como el vinagre.

—Pero dime, preguntó Lord Staplemore, para quien Bárbara estaba muy lejos de ser su favorita, ¿á quién se debe suponer que se dirige esa observacion?

—Me parece, añadió su hija, que debe aplicarse á quien le cuadre.

—Pues yo quiero, dijo Lord Staplemore, que las personas guarden sus observaciones para sí. Deja al mundo que diga que soy desagradable, odioso, de mal genio, lo que quieran; pero que no me lo digan á mí. Esto es lo que digo siempre..... que no lo digan en mi cara.

Lord Staplemore estaba de humor de tomar las cosas para sí. Deseaba saber que todos le atacaban, para poder con libertad y sentirse justificado al atacar á todos. Además, Bárbara, que era algo dada á la insolencia, habia echado una maligna fisga, en la aplicacion de su dicho, hácia su padre, aunque en su intencion no era este su principal objeto.

—A la verdad, replicó ella, que mi observacion era inofensiva en su calidad de general. Parece que tenemos hoy una especie de fria manta sobre nuestros espíritus; y como yo estaba meditando sobre esto, eché una mirada al muy dulce semblante de Emilio, que creo me sugirió la grotesca comparacion del vinagre.

—¡Ah, es cierto, no lo habia observado! esclamó Cata-

lina en su alta voz acostumbrada. ¿Qué es lo que tiene Emilio? Está como si la superficie de la corbata le destrozase las orejas.

—Si no quereis, replicó Emilio, cuya faz ahora no solo revelaba irritacion, sino cólera, que yo no haga alguna observacion que os sea desagradable, os advierto á las dos que me dejeis en paz.

—¡Oh, verdaderamente! pronunció Bárbara con fervor, y con una espresion de burlesca alarma, bajo la cual algo de aprension real se ocultaba á la vista de aquella grave amenaza; y con esta esclamacion significativa la discusion perdió su interés.

Los ojos de Lord Staplemore se fijaron ahora en Jorge.

—¿Te ruego que me digas cuánto tiempo permanecerás aquí? por último preguntó con tono descontento.

—Ni un dia mas allá del baile fantástico de Portmore, replicó Jorge; y entonces tomo soleta en el Peri á una parte ú otra... al Mediterráneo, quizá, para el invierno; ¿quién sabe? Estaré descomunalmente contento de marcharme. Mr. Ferrers, hareis muy bien en veniros conmigo. Os daré un alojamiento en la nave.

—Debemos tratar de colocar estos caractéres y trajes, dijo Emilia, ó de otro modo nunca estarémos listos. La comparsa de la reina Isabel está completa; pero á la de María, reina de los Escoceses, le faltan dos ó tres. No hemos hallado todavía un Bothwell y un Darnley. A la verdad, que no sé quién hay para Bothwell, á no ser Juan Morland, y todavía no tiene un aspecto bastante feroz.

—Estoy hablado por la córte rival, replicó Mr. Morland, y soy el personaje Sir Walter Raleigh. Mi traje está arreglado.

—¡Qué delicioso, querido mio! esclamó Mistress Foresters. ¡Qué idea peregrina!

—Nunca oí á Morland describir hasta el presente una idea peregrina, observó Lord Staplemore en el tono desagradable que tomaba frecuentemente, placentero en la superficie y de malévola ironía en el fondo. ¡En mi opinion, mucho mejor estaria como un *Tom-fool!*

—Necesitamos otro *Tom-fool* desgraciadamente, replicó Emilia, para representar á Darnley; y se me ocurrió de repente esta mañana en la iglesia, no sabiendo á quién elegir, que á Mr. Ferrers le estará bien este carácter, porque es alto y... y... Emilia parecia dudar buscando algun epíteto de no muy buena etiqueta; porque era capaz de empezar una observacion irreflexiva y hallarse despues algo embarazada para concluirla.

—¿Y qué? preguntó Bárbara maliciosamente. Mister Ferrers está en completa espectativa por el fin de tu sentencia, Emilia.

—Y... no demasiado viejo, dijo Emilia riendo á carcajadas, pues que en su carácter no tenia entrada la afliccion y el abatimiento.

Esta gracia de Emilia causó alguna diversion, á la cual no todos se unieron, sin embargo. La magestad y grandeza de Lord San Lorenzo crecia á cada momento. Violeta juzgó que Bárbara no demostraba buen gusto, y ni aun se sonrió. Emilio calificaba á sus dos hermanas de demasiado libres con un estraño, y además no estaba de humor para divertirse con nada. Clara parecia no haber oido lo que pasaba; mientras que Sir Geoffrey no era alegre en una broma y sentia por otra parte hallarse atrasado en la conversacion. Mistress Foresters se reia con los que se reian, y en seguida se hundia de

improviso, al encontrar dos caras sérias en el acto de dispensar una benévola sonrisa circular á la compañía. El descontento y el elemento de tristeza prevaleció por último sobre el alegre y el parlero, y todos se hallaron contentos del cambio, cuando las damas se levantaron de la mesa.

—¿Teneis ya noticia de que hacemos oracion de familia los domingos por la noche? dijo Violeta á Horacio, cuando los caballeros se reunieron con las damas.

—¡Verdaderamente! No habia pensado...

—¿No habíais pensado qué? añadió Violeta; ¿que no éramos tan religiosos? ¿Es esto lo que quereis decir, Mr. Ferrers? Por cierto que á mi modo de ver debo ofenderme.

Horacio bien vió en su mirada que no estaba ofendida. Además, aunque estaba en la costumbre de evitar cualquiera ofensa, siéndole posible, tenia no obstante cuidado de no poner las cosas en peor situacion, cuando cometia una *gaucherie*, con la mas grande *gaucherie* de una disculpa.

—No habia pensado que podia ser esa la práctica de la casa, quiero decir, de Lord Staplemore, replicó. Pero confieso que no sé lo que juzgar de...

—Yo sé lo que juzgais, si *vos* no, replicó Violeta. Echais de menos la falta de armonía entre semejante práctica y el tono general y conducta de la familia. Nada hay que la ponga en conexion con nosotros, nada que esplique la razon de ella por nuestras maneras y costumbres. Es una práctica que subsiste por sí, como una forma sobreviviente y sin significado que viene de antiguo y fuera del órden de las cosas. Si os he de decir la verdad, por lo que á mí toca, no puedo tolerar

las oraciones de familia; pero en nuestro caso se hace doblemente rechazable por su total falta de propiedad. La oracion de familia en mi concepto es una idea patriarcal; pero ¡qué suerte de patriarca es mi tio! ¡Cuán poco sentimiento filial y patriarcal existe en esta casa! ¡Y cómo es de esperar que se haga sentir esta relacion entre él y sus criados, cuando es tan poco honrada y reconocida entre él y sus hijos! Los criados todos vienen como á un acto de respéto y complacencia, y *nosotros* todos vamos porque no podemos menos de ir. Es un acto de dolo, y bien sabeis lo que aborrezco el dolo; y el dolo religioso es sobre todas las cosas superabundantemente detestable.

—¿Cuál es la razon de Lord Staplemore al observar esta práctica? preguntó Horacio.

—Porque siempre la guardó, supongo, respondió Violeta, y la considera parte de la etiqueta de la familia; y tambien me parece porque le agrada la pomposidad é importancia de ella. Es como una especie de autócrata por el momento, reuniendo en su persona la autoridad espiritual y la temporal. Siempre somos favorecidos con un sermon además, debo añadiros, ó algo por el estilo; y como es elegido mas con la mira de su adecuado tamaño que por cualquiera otro respecto, resulta que adquirimos una edificante variedad de doctrina. Saldreis bien, si por casualidad no os toca oir alguna declamacion contra el Papismo y un elogio de la Reforma. Vamos, ya veo los preparativos; dirijámonos allá.

Parece no haber ocurrido á Violeta que habia una razon por la cual Horacio no debia acompañarlos. Los protestantes, á la verdad, de todas las opiniones, nunca realizan la verdadera posicion de los católicos. Nunca

llegan á comprender de una manera acabada, por qué no pueden en conciencia tomar parte en su culto, en los casos en que en él no hay nada verbal calculado para ofenderlos en la forma de las oraciones que emplea. Por eso constantemente, ú olvidan esta circunstancia, ó la recuerdan solamente para irritarse por ella. Horacio nunca habia estado presente á ningun acto del culto protestante, fuese público ó privado, y era contrario á sus sentimientos el tener que hacerlo. La repugnancia, en parte resultado de aversion, y en parte de que aun quedaba en él algun sentimiento del deber, aunque no muy fuerte, le hacian detenerse; pero Violeta evidentemente esperaba que asistiese, ó sin duda le hubiera tachado de fanático si rehusaba. ¿Qué hacer? ¿Por qué era este un objeto para él de ganar ó conservar la buena opinion de Violeta? El no se hizo esta pregunta. Mucho menos se le ocurrió que en lo que concierne al deber hácia Dios, es pecado dudar entre este deber y el cumplimiento de los respetos humanos. Sin embargo, se hubiera alegrado de adoptar un espediente que le sacara del presente dilema; y mientras daba vueltas de este modo á su entendimiento, de repente se decidió en su carrera tan luego como Violeta se volvió para decirle en voz baja:

—De paso, Clara nunca vá á las oraciones con nosotros; es una de esas pequeñas bagatelas, por las que aparece de estrecho entendimiento.

Habiendo un sirviente arreglado los debidos preparativos de depositar el gran Devocionario de tafilete encarnado de su amo en el sitio acostumbrado de la galería de pinturas, y ordenadas las sillas, abrió la puerta de la sala principal para anunciar el hecho á Lord Staplemore, quien se levantó precediendo á toda la familia para pasar

á la habitacion inmediata. Emilio estaba en este momento ocupado en hablar algunas palabras precipitadamente y en tono muy colérico á Mistress Foresters, quien parecia irresoluta y escitada, ahora mirando á Clara, y ahora la espalda de Lord Staplemore, que con tardío paso y ocupado en contar las páginas del sermon que iba á leer, media su capacidad de reduccion al mismo tiempo que caminaba á la galería de pinturas. La pluma marabú de Mistress Foresters vibraba nerviosamente revelando la interior trepidacion del alma en el presente momento de la que la gastaba, así como en todas las demás ocasiones no era un mal símbolo de su habitual carácter. Emilio evidentemente habia conseguido su intento; y estaba á punto de acompañarle Mistress Foresters, cuando Clara, que hasta aquí habia estado silenciosa y muda como una estátua, medio estendió sus manos con inquieto pero espresivo gesto, y con una voz en que la ansiedad iba mezclada con una sombra de reproche, dijo:

—¡Madre!

La voz no fué fuerte, pero Mistress Foresters la oyó, y soltándose del brazo de Emilio, volvió al lado de su hija. Clara le tomó entonces ambas manos, y la retiró hácia sí diciéndole algo en voz baja. Mistress Foresters dudó otra vez, porque aunque temia á Emilio, tambien abrigaba una especie de temor á Clara. La temia como el débil y el mundano entendimiento teme al fuerte y al puro, como el vencido al vencedor, amedrentado y sojuzgado unas veces, escitado, temeroso y en rebelion en otras.

—Sí, está bien, por último, pronunció fervorosamente y en alta voz. Me quedaré contigo, querida mia; no te dejaré sola.

Mistress Foresters creyó haber efectuado un gran negocio.

—¿Tanto disgusta á Clara estar sola, que no puede quedarse por un cuarto de hora? preguntó Emilio entre irónico y colérico. Si necesitas una persona, añadió friamente dirigiéndose á su esposa, enviaré á tu criada.

—No la necesito, replicó Clara, hundiéndose en su silla y dejando caer los brazos.

—Entonces venid, dijo Emilio colgando el brazo de Mistress Foresters del suyo y siguiendo á los demás. Horacio hizo lo mismo.

—María, necesito tener contigo algunos momentos de conversacion, dijo San Lorenzo deteniendo á su hermana, despues que la oracion habia concluido en la galería de pinturas; he decidido despues de la debida reflexion sobre el partido que debo tomar. En resúmen, parece estás convencida de que Violeta entró en el compromiso sin la necesaria reflexion, y opinas que está arrepentida, pero ligada por el honor. Siempre fué mi deseo conducirme con ella como un buen pariente y como hombre honrado, y nunca se dirá que obré de otra manera; nunca me apartaré de esta conducta con ánimo resuelto, aunque tenga causa para interior reproche.

Lord San Lorenzo habló con calma, pero el elevado color de su rostro revelaba el trabajo interno de su mente y el esfuerzo con que se reprimia.

—Es lo que esperaba de tí, replicó María.

Lord San Lorenzo continuó:

—Quiero dejarla en libertad y salvarla de sus sentimientos en materia de honor, en cuanto sea posible. Habia pensado escribirla, pero abandoné este propósito. Esto hubiera ocasionado una respuesta de su parte y

alguna inmediata resolucion, que podia ser dictada mas por un sentimiento de obligacion ó de honor que por inclinacion propia ó eleccion libre. Por eso he venido á determinar dejar el asunto en tus manos...

—Perdóname, interrumpió María; debo declinar absolutamente semejante oficio. Me he descargado de mis deberes hácia tí, poniéndote sobre aviso y trasmitiéndote el resultado de mis observaciones. Pero aquí concluyeron mis deberes. Mi padre ha puesto su corazon en ese casamiento, y estaria furioso si llegase á frustrarse. Nunca me opuse á su voluntad en ningun asunto, ni aun cuando se trataba de mis intereses. Dar un paso activo en este negocio, seria colocarme en oposicion con él. Esto nunca será. La resolucion está en tus manos, San Lorenzo; debes reflexionar y obrar por tí mismo. Además, tengo otras razones que me impedirian hablar á Violeta en la materia; pero son suficientes las que te he manifestado para que no pueda obrar.

Lord San Lorenzo estaba desconcertado; pero María hablaba absolutamente, y no habia esperanza de persuadirla. Apelar á sus sentimientos, hubiera sido por cierto infructuoso, porque cuando hablaba con decision, era señal de haberlo meditado, y de que tenia razones que consideraba demasiado concluyentes para dejarlas desatendidas.

—¿Qué resolucion me queda entónces? preguntó su hermano; yo deseaba que la comunicacion fuese verbal, y no sé á quién confiarla.

—Aunque no te puedo dar ayuda ni positivo consejo, añadió María, debo sin embargo advertirte que debes tomar una cautela; cualquiera de quien fies ó emplees, que no sea ninguna de mis hermanas. Tendrias de que

arrepentirte por uno ú otro motivo, estoy segura de ello.

—¿De quién entónces, sino de Emilio? replicó San Lorenzo; porque Jorge es un loco.

—Emilio tiene ciertamente sentido comun, respondió María; pero en tu caso no le querria para mi embajador.

—Me dejas con poca eleccion, añadió San Lorenzo, así que se preparaba á volver á la sala principal; sin embargo, si hago uso de él, tendré cuidado de hacerlo con discrecion.

Aquella noche, despues de retirado en su cuarto Lord San Lorenzo, escribió la siguiente carta á su hermano:

Mi querido Emilio:

He decidido encomendar un asunto de alguna importancia en tus manos, como la persona de la familia en cuya prudencia y discrecion tengo los mayores fundamentos de confianza. Debo manifestar anticipadamente, sin embargo, que no te envuelvo en ninguna responsabilidad ni te coloco en ninguna posicion desagradable ó desgraciada, ó de otro modo no hubiera pensado en darte tal encargo. Solamente quiero prevenir una respuesta directa de la parte á quien intento dirigirme; esta es la única razon de emplear un intermediario. Cuando haya manifestado el asunto, me comprenderás.

En el tiempo en que se formó un compromiso entre Violeta y yo, fuí muy solícito en que se diese á este negocio madura reflexion, especialmente porque existia diferencia considerable de edad entre nosotros. Ciertamente que apenas monta á un punto que constituya disparidad á los ojos del mundo, pero suficiente tal vez para que se juzgue así á los ojos de la misma interesada.

En mi concepto, Violeta dió al asunto toda la consideracion que requeria, y en tal conformidad recibí una respuesta. Reflexioné, sin embargo, que Violeta era de menor edad, que mi padre habia revelado una ánsia considerable por la boda, y que á los ojos del público, si fuese concluida inmediatamente, podria quizá tener el aspecto de indebida é inconvenientemente precipitada. Soy demasiado delicado para esponerme á un juicio semejante. Nuestro matrimonio fué, por consiguiente, diferido á mi instancia, como sabes. Simplemente recuerdo esta circunstancia para órden de los acontecimientos. Desde ese tiempo nada mas ha pasado sobre el asunto entre Violeta y yo, ni era necesario.

El compromiso existe, y nada ha ocurrido que vuelva á consideracion una materia que ha sido mirada y establecida. Sin embargo, como ha pasado un lapso considerable de tiempo, y como este trae con frecuencia, ó se puede suponer que traiga, cambio en los sentimientos y modo de ver las cosas, especialmente en un entendimiento jóven, soy de sentir que seria muy conforme al espíritu que guió mi conducta en todo, y á los motivos que me sugirieron la idea de diferir nuestro casamiento, el de poner otra vez ante Violeta la seguridad de que posee una libertad perfecta de revocar el consentimiento que dió hace mas de un año. Deseo que comprenda enteramente las razones de esta comunicacion. Profunda y constante como es mi adhesion hácia ella, todavía estoy mucho mas ansioso de sentir que he obrado bondadosa y honradamente, que de asegurar mi felicidad si fuera posible conseguirla sin relacion á su persona. Retrocedo, por tanto, con una sensibilidad que estoy seguro apreciará, de prevalerme sin restriccion

de una promesa dada en tiempo en que apenas tenia un conocimiento acabado de sus sentimientos, ó que no tenia tanta esperiencia de sí misma y del mundo como ahora posee. Conozco su elevado sentimiento del honor, que es una de las cualidades por las que obtiene mi alta admiracion; pero yo seria indigno de ella, si fuese culpable de aprovecharme de esta dote contra ella misma. Elegí un método indirecto de hacerle esta manifestacion, en parte porque el directo parecia requerir una respuesta y una decision de su parte, destruyendo de esta suerte mi objeto, que es dejarla en ilimitada libertad de reflexion durante mi ausencia; y en parte porque no parezca que lleva implícita la idea de que considero que me ha dado algun ostensible motivo para este paso. Por eso quiero que *sepa* lo que aquí te comunico, mas bien que reciba de mí ninguna formal comunicacion. Tambien quiero que sepa que, en el evento de cualquiera cambio en sus sentimientos, deseo librarla de todo obstáculo y dificultad que le fuese impuesta con respecto á mi padre; puesto que me comprometo á echar toda la responsabilidad del asunto sobre mí, bajo fundamentos tan generales y razonables, que la exoneren de toda culpa y quede libre de todo disgusto. En cualquiera evento confio merecer su buena opinion y preservar su amistad. Con esta carta, por tanto, cierro una sortija, cuya impresion es un símbolo de este precioso lazo. Si en el curso de estos tres meses de mi ausencia llegase á desear que jamás nos una otro vínculo que el de amistad, que me sea devuelto ese objeto, y obraré en tal sentido; asegurándole que ni en público ni en privado escapará de mis labios ni un reproche, ni una queja.

Te doy poderes para que le des á leer esta carta co-

mo mi comunicacion *á tí*, en cuya consideracion deseo que sea mirada por ella; como tambien para que pongas en sus manos la sortija adjunta.

Vuestro, etc.

San Lorenzo.

Habiendo dictado esta carta San Lorenzo, se retiró á descansar con su mente muy aliviada. Y en resúmen, ¿no era en este asunto su conducta bondadosa, honorífica y desinteresada? No la examinémos, sin embargo, en su fondo para que no nos veamos en el caso de hacer un minucioso escrutinio, pues que no hallaríamos bajo el precioso esterior que demuestra sino poca pureza, digna de darle un valor interno. No obstante, hagamos justicia á María y su hermano. Ellos obraban bajo *algun* principio; ellos ceñian su conducta en ocasiones á cierta ley, y bajo su influencia frecuentemente ejecutaban acciones que, comunmente hablando, eran justas, buenas ó desinteresadas como el caso pedia; pero el manantial de este principio estaba dentro de ellos. Y así los sacrificios de María al deber, y las nobles y honoríficas acciones de San Lorenzo no eran, por decirlo así, otra cosa que las trasformaciones de egoismo; no un egoismo bajo, es cierto, pero egoismo. María reverenciaba cierto respeto de sí misma, que parecia una ley en ella y á la que se referia su obediencia. San Lorenzo idolatraba un código de honor y se valuaba él mismo con el mas delicado respeto hácia este código. Queria ser considerado como el mas caballeresco modelo de elevados sentimientos y generosidad del sacrificio de sí propio. Habia vanidad en su conducta, y en María un miramiento obstinado de estimacion de sí misma; y aunque San Lorenzo obraba con

relacion á la opinion de otros, sin embargo, tan perfecto era el homenaje que pagaba á su particular carácter, que tenia por objeto obtener recomendacion y aplausos, que se manifestaba tan legal en privado en su línea de conducta, como cuando los ojos del mundo estaban sobre él. Ponia un ideal ante su vista, al cual se conformaba; y se rodeaba en soledad con un público tambien ideal, cuyo incienso de sus aplausos era su solaz y recompensa.

¿Pero podemos adjudicar el premio de la virtud á tal conducta? ¿Hay algo, en resúmen, digno del nombre, que no emane del único manantial del mérito, la caridad de Dios? En el inculto jardin del natural corazon no nacen solamente malas yerbas, sino muchas hermosas plantas, ricas en hojas y flores; pero el fruto que llevan es amargo y mal sazonado, solamente á propósito para arrancarle y arrojarle al viento. ¡Ah! ¡qué haya muchos que hagan esfuerzos, venzan dificultades, sufran penas y se sometan á sacrificios para no recibir retorno; que siembran para no tener cosecha; que ofrezcan á un ídolo ingrato padecimientos, faenas y abnegacion de sí mismos en suficiente escala para ganar el cielo, solamente para despertar un dia y hallarse con las manos vacías!

---

relacion á la opinion de otros, sin embargo, tan perfecto era el homenaje que pagaba á su particular carácter, que tenia por objeto obtener recomendacion y aplausos, que se manifestaba tan legal en privado en su línea de conducta, como cuando los ojos del mundo estaban sobre él. Ponia un ideal ante su vista, al cual se conformaba; y se rodeaba en soledad con un público tambien ideal, cuyo inmenso de sus aplausos era su solaz y recompensa.

¿Pero podemos adjudicar el premio de la virtud á tal conducta? ¿Hay algo, en resumen, digno del nombre, que no emane del único manantial del mérito, la caridad de Dios? En el inculto jardin del natural corazon no nacen solamente malas yerbas, sino muchas hermosas plantas, ricas en hojas y flores; pero el fruto que llevan es amargo y mal sazonado, solamente á propósito para arrancarle y arrojarle al viento. ¡Ah! ¡que haya muchos que hagan esfuerzos, venzan dificultades, sufran penas y se sometan á sacrificios para no recibir retorno, que siembran para no tener cosecha, que ofrezcan á un ídolo ingrato padecimientos, faenas y abnegacion de sí mismos en suficiente escala para ganar el cielo, solamente para despertar un dia y hallarse con las manos vacías!

CAPITULO XIV.

Hay ciertos momentos críticos en la vida, en que todo parece depender de una pequeña é insignificante circunstancia, una palabra, una mirada, una casualidad. Pero si esto es así en la cadena de los acontecimientos que forman el tegido de la vida esterna, el caso acrece, por una ley mas profunda, en la real vida del alma, en la vida de gracia. Una accion frívola viene á ser el punto de retroceso hácia el bien ó el mal en el carácter de un hombre. Obra un efecto, que es seguido de resultados completamente fuera de la proporcion de su magnitud. Estos resultados, sin embargo, se veria que no están fuera de la proporcion de su verdadera importancia, si su valor moral fuese conocido y estuviese en relacion con cierta série de actos.

Horacio habia cedido á una tentacion; al hacerlo así apenas parecia haber violado su conciencia; tan débilmente le hablaba antes, y tan completamente quedó silenciosa despues. Una condescendencia con el respeto humano bajo la influencia de la tentacion, y donde la sorpresa deja poco tiempo al discurso, era, en resúmen, lo que se podia esperar de uno cuyos principios religiosos tenian tan poca influencia sobre él, y que era naturalmente tan débil y frágil de propósito. Tal vez parece-

ria entonces que apenas era un paso hácia abajo dado por quien ya estaba tan hundido. Pero no debemos razonar así. Toda deliberada accion es un paso hácia arriba ó hácia abajo, y hay momentos en que un paso, aunque corto, es fatal. La accion de Horacio habia sido de esta clase y completamente llevaba el carácter de deliberada. Para que sea un acto deliberado no es necesario que el tiempo de la deliberacion sea largo. Podemos deliberar y resolver en un momento. Solo se necesita que el entendimiento sea enteramente conocedor de la naturaleza del acto y le consienta. ¡Cuántos, ah, están prontos á adularse con que no han pecado deliberadamente, porque no han tenido mucho tiempo para deliberar!

Horacio, sin embargo, no buscó tal disculpa para sí; la vida de gracia habia en él perecido hacia mucho tiempo, y su conciencia no era por consiguiente suficientemente sensible para conocer una necesidad de disculpas. Aunque habia llevado una vida irreligiosa, con poca oracion y menos exámen de sí mismo, aproximándose rara vez al tribunal de la penitencia, máxime desde su primera ausencia del techo del coronel O'Donnell, circunstancia absolutamente necesaria para conservarse miembro de la Iglesia, sin embargo, el caso era que sus pecados mas consistian en omisiones que en comisiones. Aunque débil en principio, Horacio tenia, si se nos permite tan inexacta espresion, un gusto por lo que es puro y bueno. Tenia una naturaleza dócil y suave; y retrocedia de lo que era vicioso y contaminado, con el mismo espíritu con que evitaba lo que era desagradable. Una persona débil con las buenas disposiciones y amables cualidades, que tienen su raiz en la naturaleza y no en la gracia, contiene quizá uno de los mas desfa-

vorables materiales para el logro de santidad. Hay en ella poca fuerza para combatir el mal, y poco mal *patente* para crear alarma, ó causa para que esta poca fuerza se ponga en ejercicio. Hay mas; estas imaginarias virtudes, que surgen del carácter natural y feliz disposicion, forman una falsificacion clara del bien real; y de esta suerte el poseedor vá de dia en dia agonizando de un mal seguro y fatal, que le mina todo lo que es verdadero y de sustancia en el interior, como un árbol se ahueca y decae interiormente, aunque en el esterior esté vestido de verdura. Pero llega una hora en que la mas ligera tentacion, alguna definitiva y pequeña prueba le sale al encuentro y cae, cae sin esfuerzo, como aquel mismo árbol al mas ligero golpe de la hacha del leñador.

Una prueba semejante habia ahora salido al encuentro á Horacio. El le hizo frente, la vió, la entendió. Dios y el mundo se pusieron en su camino en este momento en que su conciencia le dijo: «No vayas con ellos;» y Violeta se volvió hácia él con su belleza seductora y su brillante sonrisa, y susurraron aquellas pocas palabras que ahogaron la voz de la conciencia; no resucitará esta hasta que resucite, no para advertir y guiar, sino para reprender y vituperar.

De esta suerte Horacio fué infiel á su Dios. Y habiendo sido infiel á su Dios, ¿podria guardar fé á una mujer? Poco era de esperar. No tenia el elevado sentimiento del honor de San Lorenzo, ni el austero respeto de sí mismo de María; y observad además, él es católico; y siéndolo ha pecado contra gracias y privilegios que aquellos nunca poseyeron y que por tanto jamás han profanado. Habia sido elevado á una altura donde nunca

ellos estuvieron; así él se hundirá en un abismo al que ellos nunca descenderán. El ha sido enriquecido con un tesoro inestimable, que nunca fué de ellos; así él caerá en una pobreza insondable que ellos nunca conocerán.

Pero si Horacio no tenia el sentimiento del honor ni el respeto de sí mismo para reprimirse, abrigaba á lo menos un temor sensible á la vergüenza. Tal vez tenga esto poder para contenerle. Verémos.

Horacio era cauto en accion inmediata; no era de los que voluntariamente se mezclan en un disgusto por un paso atrevido ó mal aconsejado; siendo siempre su objeto presente evitar la ofensa de otros y cualquiera inconveniente á sí mismo. Verdaderamente que este deseo de evitar la ofensa de otros era en el momento mucho mas fuerte que cualquier otro deseo privado suyo; circunstancia que en el curso de la vida le habia dado frecuentemente la apariencia de no ser egoista, y le procuró el crédito de muchas buenas cualidades que no poseia realmente.

Pero en el sentido lato de la palabra no se podia decir que era cauto. No miraba delante de sí; era irreflexivo con respecto á lo futuro; ni anticipaba, ni se paraba en cualesquiera dificultades desagradables que podian presentársele con el tiempo, cuya conducta actual era el depósito de donde deberian salir. No se tomaba la molestia de meditar, combinar ó prever. Era, por decirlo así, una especie de intelectual Sibarita; tal, que á veces podrian achacarse algunos de sus defectos morales á falta de poderes de la mente, á no desplegar en otras ocasiones un entendimiento demasiado claro y enérgico para admitir semejante disculpa. No obstante, sin duda tenia un defecto análogo intelectual al que hemos nota-

do en la naturaleza moral; y estos defectos jugaban su papel con relacion mútua; en uno habia una disposicion de obrar acorde con el gusto y el instinto en lugar de una regla; y en el otro, á no mirar mas á fondo el objeto que en el punto en que venia en inmediato contacto con su entendimiento. El libre albedrío del hombre, sin embargo, no está encadenado por su moral é intelectual constitucion. Por la gracia de Dios se eleva hasta ser superior á estas dotes; puede combatirlas, puede subyugarlas; pero en proporcion que Aquel Poderoso Brazo se separe, así que este espíritu que se sitúa libre se retira del corazon, el hombre tiende á caer bajo la influencia fatal de su mera naturaleza; tiende á la impotencia y pasibilidad de una *cosa*; pierde la actividad y libertad de una *persona*; pero, ¡ah, no pierde la responsabilidad de tal!

En este miserable estado en que el hombre parece el juego de las circunstancias y el flexible instrumento de sus inclinaciones y sentimientos, Horacio se sumergia rápidamente. Violeta habia deslumbrado y cautivado su corazon; un hechizo estaba sobre él y no hacia esfuerzos para sacudirle. El principio religioso le mandaria huir desde luego de la tentacion que le asediaba, ó mejor dicho, que él mismo acariciaba; pero este principio estaba debilitado hacia mucho tiempo, y ahora le despreció y pecó contra él; la prudencia y cautela hubieran dictado el mismo curso que el principio; pero ya se ha visto que cautela futura no la poseia. Lo presente era todo para él, en tanto que pudiera gozar con seguridad en el momento. Se habia abandonado á su indolente admiracion; se gozaba en ella, no miraba mas allá, como el insecto de un dia que se baña en los rayos del sol.

Sin embargo, irreflexivo como era, no podia menos de sentir que una doble barrera existia entre él y Violeta. Pero la conciencia de esto tan solo imponia una especie de reserva sojuzgada en las espresiones, y obligaba á su admiracion manifestarse, mas por un blando, atento, medio dulce, medio triste desvarío en presencia de su objeto, que por otros medios mas esplícitos.

Pero nada hay mas halagüeño para algunos entendimientos que este silencioso, respetuoso, sencillo y misterioso homenaje. ¿Le habia observado Violeta? ¿Le agradaba? Le habia observado. Raras veces esta oculta admiracion se escapa de la noticia de la persona á quien se refiere, aun cuando pase desapercibida de todos los demás. La habia conocido, la sentia, tenia una conviccion íntima de ella y le agradaba.

Sin embargo, espliquemos esto con mas latitud. Si Violeta hubiera conocido préviamente el afecto de Horacio, le hubiera despreciado y envilecido; si se hubiera conceptuado á sí misma capaz de animarle por alguna palabra ó accion ostensible, de alguna manera, se hubiera despreciado y envilecido á sí propia. Pero, diciendo lo cierto, sus sentimientos de conciencia en este asunto no iban mas allá; y sentirse el objeto de un afecto sin esperanza, y por tanto á su modo de ver interesante y desinteresado, era para ella en estremo halagüeño y agradable. Esto tambien comunicaba á Horacio un encanto y un atractivo á sus ojos, que quizá nunca hubiera poseido bajo ordinarias circunstancias.

Una religion fácil, que nunca lleva su escrutinio á escondidos pensamientos y sentimientos, deja todo el dominio donde yacen las mas amargas raices del mal en su inculto, indómito é incauto estado. Violeta nunca

sentia que debia tener en alguna cuenta lo que pasaba en aquella cámara interior del alma, donde el desencadenado espíritu habita sin rémora y peca sin reprension. Al mismo tiempo que hacia un punto de honor no decir ni hacer nada que fuera un estímulo en el creciente afecto de Horacio, en su interior no le parecia pecado notarle y disfrutar placer en tal afecto. ¿Es posible tener placer voluntariamente en una cosa, y sin embargo, obrar como si no le tuviéramos? Imposible. Es cierto que ocultaba su observacion cerca de la admiracion de Horacio de él mismo; pero esto era lo mas fatal para acrecentar esta, porque el conocimiento que ella tenia, la adornaba de vida y de gracia en todos sus actos y modales. Violeta sabia que nada decia ni hacia que escapara de la observacion de Horacio; y este conocimiento producia el mismo efecto en ella que una audiencia llena y que admira, produce en un actor, dando inspiracion á todos los gestos y tonos y elevando el encanto de todas sus miradas.

Así, mientras que ella le dirigia pocas frases, y rara vez una atencion particular, todas las palabras y miradas hallaban eco en el corazon del jóven, donde trabajaban su pernicioso efecto. Si Violeta, graciosa y negligentemente manejaba su brioso caballo, ó si juguetona cogia el timon del Peri, y le guiaba atrevidamente para alarma de la compañía, cerca de las rocas, ó quizá demasiado cerca que fuese incompatible con la seguridad, tanto que el mismo Jorge se veia obligado á intervenir, para que abandonara aquel usurpado oficio que ejercia en medio de la risa, medio sacudiendo, medio echando hácia atrás su incómoda profusion de pelo, con que el viento hacia un trabajo inculto cuidándose poco de si el

resultado era ó no conveniente, de lo cual la misma belleza de Violeta se cuidaba menos; si la veia envolverse en una capa de navegar, ó quizá usurpando la chaqueta de Jorge, agachándose en un rincon de la cubierta, gozándose en el golpeo de la espuma de la mar alrededor de ella y sobre ella; cualquiera cosa parecia bien hecha y perfecta á los ojos de Horacio. Y era un veneno para él, y ella podia conocerlo, y en efecto lo conoció. Lo conoció un dia, si no lo conoció primero, en que viendo á Horacio que la observaba en silencio donde ella estaba desdeñosamente reclinada dentro del alcance de la giratoria espuma, le preguntó indiscreta é irreflexivamente en qué pensaba.

—Pensaba, replicó, en estas líneas de Tennyson. ¿Quién seria una bella sirena que cantaba solitaria en un trono bajo el mar, peinando su pelo en dorado rizo con peine de perlas? Si yo fuese una bella sirena, cantaria solitaria todo el dia; con peine de perlas peinaria mi pelo, y diria cantando: ¿Quién me ama? ¿Quién no me ama?

No habia mucho, en resúmen, en el alegre recitado de algunas líneas; pero las maneras tienen su significado, y Horacio se ruborizó profundamente así que concluyó, como si hubiera dicho mucho. Violeta se rió y tambien se coloró un poco, con una débil sombra de embarazo quizá oculta bajo la risa. Desde este momento, aunque no se disminuyera su bondad de modales, habló con menos frecuencia á Horacio, y nunca le volvió á apuntar nada acerca de sus pensamientos.

—¿Y qué habia hecho Emilio entretanto con la carta de San Lorenzo, que le fué debidamente entregada en la mañana de la partida de su hermano? Una conversa-

cion que tuvo lugar entre él y su hermana Ester en el mismo dia nos lo demostrará.

—Aquí hay un precioso documento, Ester, para tu entretenimiento. Es digno de que pongas á un lado esa novela por un momento para verle; porque estoy seguro que eclipsa cualquiera cosa que puedas hallar ahí.

Al decir esto, Emilio le entregó la carta de San Lorenzo, que ella leyó.

—Bien; ¿qué piensas de esto? preguntó Emilio así que su hermana le devolvió la carta. ¿No te parece que San Lorenzo se imagina algun *preux chevalier* de antiguos tiempos? ¿Has leido nunca un contenido tan pomposo, ú oido de un ardiz semejante para obtener una respuesta á una pregunta sencilla? ¿Por qué nuestro hermano no hace las cosas como los demás?

—Si comunicas esta carta á Violeta, observó Ester gravemente, todo se trastorna. Ella es tambien algo caballeresca, y estoy segura de que no permitirá ser sobrepujada en generosidad. Además, esto dará un poco de interés á San Lorenzo, especialmente cuando no está presente con su cansada pomposidad para contrariar la impresion favorable.

—¿Segun eso juzgas, dijo Emilio sonriendo, que dando la carta á Violeta no se promoverá, de hecho, el objeto que San Lorenzo se propone?

—No se promoverá de ninguna manera el objeto que yo me propongo, añadió Ester.

—Estoy tambien muy convencido de ello, dijo Emilio, y no tengo el menor escrúpulo en poner cualquiera obstáculo en el camino de ese matrimonio; pero debeis conocer además que necesito alguna disculpa plausible y digna para no seguir á la letra los dictados de la car-

ta. Debo habilitarme á lo menos para decir que cumplí con el espíritu de ellos.

—Pero mira, replicó Ester, de sus mismas palabras puedes concluir que te es permitida alguna discrecion. Principia con decir que pone el asunto en tus manos, y concluye diciendo que te *apodera* para manifestarla á Violeta. Ya ves que no te impone un positivo mandato.

—No, replicó Emilio meditando y pasando sus ojos por la carta; pero observa, que dice desearia que Violeta sepa el contenido.

—Bien, eso puede arreglarse perfectamente, replicó Ester, si eliges un tiempo á propósito, para lo que estás sin duda autorizado. Si convienes en mi modo de ver el estado de las cosas, debes esperar algun tiempo. Entretanto tal vez será conveniente ponerla en conocimiento de semejante designio. ¿Me entiendes?

—Me parece que sí, respondió Emilio; no es mal consejo. Y tú, ¿no le *enseñarias* la carta?

—Ciertamente que no, replicó su hermana. Lo que crees pomposo y ridículo, ella lo juzgaria elevado y generoso. Puedes trasmitirle el sentido de ese documento en una forma mas sencilla, que pondrá el negocio en mejor estado, y á ella en mayor libertad de aprovecharse de la oferta que, en su estilo magnánimo, sé bien que tiene demasiada delicadeza para aceptarla.

—¿Y la sortija? preguntó Emilio.

—Oh, no seas insensato por causa de la sortija, respondió Ester. ¿Dónde está?

Emilio se la dió. Era una sortija que servia tambien de sello, cuya impresion consistia en dos manos cogidas, y debajo la palabra *Amitié*.

—¿Puedo guardarla? dijo Ester.

—¿Para qué la quieres? preguntó Emilio.

—No sé, replicó Ester; ¿no te fias de mí?

—Estoy por decir que tendrás tanto cuidado de ella como yo mismo, respondió su hermano, evadiendo una conversacion directa.

Emilio, en resúmen, era hombre que se alegraba de aprovechar cualquiera oportunidad que le evadiera de aparecer el actor en cosas repugnantes. El y su hermana Ester, y por cierto el resto de la familia, generalmente hablando, no estaban adornados del principio que poseia María, ni del sentimiento del honor que constituia la moralidad de San Lorenzo; pero Emilio, como hombre, concebia que mas se debia esperar de él en la via de honorífica conducta que de una mujer; de cualquier modo estaba contento de ignorar las intenciones de Ester y de estar habilitado para afectar decentemente que en efecto así era la verdad. Pocos hay que quieran ser falsos y traidores, y se atrevan al mismo tiempo á manifestarse con este carácter. Por esta razon un confidente no escrupuloso que libre á tales personas de lo que no desean contemplar, y con mayor razon de encargarse del plan y ejecutarle, confidente que ni aun siquiera aguarda una insinuacion para salvarles su modestia y mal llamados esquisitos sentimientos, puesto que son los mas degradantes é impuros, es lo mas apetecible á esa clase de individuos.

Tal era el oficio que Ester llenaba con respecto á su hermano. Esta jóven era generalmente desagradable para las mujeres, y no era por tanto muy amada de sus hermanas, las cuales habian tenido ocasiones frecuentes de notar sus actos algo egoistas y rencorosos; pero

era querida de los hombres, sea cual fuere la causa. La calificaban de hermosa y agradable; entretanto que permanecia un problema y una inquietud para las amigas, descubrir dónde residia el encanto que ellos percibian.

Así sucede, sin embargo, frecuentemente, sea porque los hombres y las mujeres se diferencien en sus gustos, ó porque las mujeres varíen de conducta acorde con la compañía que las rodea. Alguna verdad debe haber en las dos suposiciones; debiendo considerarse además, que donde la naturaleza no ha negado absolutamente el poder de agradar, los hombres pueden bajo algunos respectos ser complacidos á mas pequeña costa que las mujeres. Un ciento de puntos de escasa importancia en que Ester dejaba de complacer á sus hermanas, nunca venian á discusion cuando á ella concernian. Las mujeres esperan unas de otras naturalmente muchos obsequios de poca monta y de ejercicio activo, mientras que los hombres se contentan siempre que sus atenciones sean recibidas con agrado; y esto sabia hacerlo Ester con cierta gracia y posesion de sí misma.

Sin embargo, es de suponer que apenas se podia estender el caso á sus hermanos, que estaban en posicion de observar su egoismo, y eran semejantes á las hermanas en estimarla en el mismo sentido. No obstante, San Lorenzo con dificultad podia asegurarse que conocia á sus hermanas mas jóvenes, aunque estaba dia tras de dia en su compañía. El carácter y gustos de Jorge no tenian afinidad con Ester, y por tanto habia entre ellos poca comunicacion; pero Emilio se singularizaba con ella en atenciones.

Nunca era Ester para Emilio causa de irritacion, como lo eran contínuamente las otras hermanas. Ester no hablaba alto, ni se reia tumultuosamente; no desplegaba aquella falta de tacto, ni revelaba aquel defecto de sentido conveniente, que Emilio consideraba el vicio de la familia. Nunca hacia nada singular ó fuera de propósito, antes bien evitaba invariablemente cualquiera proceder que llamase la atencion.

Estas eran cualidades inapreciables en una hermana para el que nunca estaba contento en la sociedad de los parientes, por temor de que de un modo ú otro le diesen causa de sonrojarse. Añádase á esto que Ester participaba de muchos de sus gustos y repugnancias, lo que establecia una especie de simpatía entre ellos.

Ester por su parte estaba satisfecha y complacida con una preferencia, de que no participaba ninguno de los demás miembros de la familia; y ella pagaba con tanto afecto de una suerte interesada como era capaz de sentir.

Tales amistades son frecuentemente tan solo naturales. Cuando se examinan á fondo, no merecen el nombre, sino que prueban ser el resultado de simples afinidades y del egoismo; como los principios tambien que son sacados enteramente de la naturaleza, se resuelven, en gran parte, en instintos y egoismo.

Era cerca del anochecer, dos ó tres dias despues de la conversacion referida poco há. Violeta estaba sentada al escritorio. Su pluma corria rápidamente porque era cerca de la hora del correo. Ester, hundida en una silla de brazos, aparentemente se hallaba muy entretenida con la lectura de la misma novela con que habia disipado el tiempo aquellos últimos dias; pero sus dul-

ces y mucho mas astutos ojos pardos, de aquel tinte peculiar que acompaña el pelo moreno oscuro, que personas malévolas podrian llamar rojo, se lanzaban por encima del libro en direccion de Violeta.

—No sé por qué nos hemos de sacar los ojos, dijo Catalina, en lugar de tirar de la campanilla para que traigan luces. He procurado enhebrar mi aguja por espacio de cinco minutos. ¡Qué tormento, que los dias vayan siendo tan cortos!

—Deseo que una de vosotras llame para que traigan luces, dijo Violeta, porque necesito sellar esta carta y temo se haga tarde. Gracias, Bárbara.

Ester estaba cerca de la campanilla, pero no se movió. No era su hábito tomarse voluntariamente ninguna molestia, si habia alguno que de su grado se la tomara. Las luces hicieron su aparicion á su debido tiempo.

—¿Quién tiene á su cuidado el arreglo del escritorio? ¿O no le tiene nadie? esclamó Violeta impacientemente revolviendo una porcion de cortos pedazos de lacre y plumas gastadas; no hay mas que una pluma con que se pueda escribir; el lacre es tan corto, que quema los dedos; ¿y quién se ha llevado todos los sellos?

—¿Qué es lo que murmuras, Violeta? dijo Bárbara con buen humor, retirando á un lado otra vez su trabajo, y acercándose á la mesa; ¿qué necesitas?

—Necesito un sello, dijo Violeta, si puedo hallar alguno.

—Aquí hay uno, dijo Bárbara; el anillo de alguien. ¡Calla! conozco este anillo; sí, le conozco.

—Es de San Lorenzo, respondió Violeta; es el que siempre lleva; debió haberle dejado por olvido.

Seria conveniente enviársele, observó Bárbara. Sanders le sigue mañana con su caballo, y es una preciosa oportunidad, continuó mientras que envolvia el anillo en un pedazo de papel, despues que Violeta habia sellado la carta.

—¿Dónde se habrá ido ese hombre ahora? dijo Violeta; mi carta está lista para el correo.

La campanilla volvió á sonar otra vez.

—Pon aquí el sobrescrito; ¿te place, Violeta? dijo Bárbara; porque es cierto que no hay mas que una pluma con que se pueda escribir.

Al decir esto, pasó el anillo á las manos de Violeta envuelto en el papel.

Violeta puso cuidadosamente el sobrescrito. Ester nada habló ni parecia atender á lo que pasaba, pues no hizo el menor movimiento; pero sus ojos mas que nunca miraban por encima de la página del libro en donde á intervalos se fijaban. Esta página debia ser interesante, á juzgar por el tiempo que tardó en darle vuelta; sin embargo, tal vez conoceria menos de ella que de cualquiera otra del libro.

El lacayo se presentó ahora; y la carta para el correo, y el pequeño paquete para San Lorenzo, se encargó á su cuidado.

—¿No escribes dos líneas con él? preguntó Catalina riéndose.

—¿Para qué? dijo Violeta. Cuando San Lorenzo vea este anillo le conocerá, sin necesidad de que le escriba para decirle lo que es; y por otra parte, á la verdad que nada tengo que advertirle.

—¡Qué sentimental! dijo Bárbara.

—No pretendo ser sentimental, respondió Violeta;

además, habiendo escrito ayer, seria por cierto un absurdo.

—¡Oh! escribiste ayer todas tus tiernas efusiones, ¿es cierto? dijo Catalina.

—Escribí por deseo de mi tio, y por evitarle la molestia de hacerlo, replicó Violeta algo disgustada, porque esta especie de broma era ofensiva á su orgullo; para decir á San Lorenzo que debe escribir directamente aquí, puesto que mi tio está dudoso en sus movimientos en estos quince dias ó tres semanas; un dia estará en un lugar, dos en otro, y así sucesivamente. Ahora ya sabes sobre lo que escribí, si era alguna materia de curiosidad para tí.

—¿Dices que mi padre se marcha por quince dias? dijo Bárbara alegremente.

—Sí, replicó Violeta; ¿no lo sabias? Sale el domingo; y no le verémos hasta el baile de Portmore, donde le encontrarémos, y no vuelve aquí hasta despues de un dia ó dos.

—¿No te parece, dijo Catalina, que vá con objeto de hacer varias visitas con mi digno esposo para introducirle y presentarle al vecindario, con las miras de la próxima eleccion?

—Ya se me habia olvidado, dijo Bárbara; pero me parece haber oido algo sobre ese proyectado viaje.

—Debemos ser muy atentas con los naturales en el baile, por causa de Gabriel, observó Catalina; tú debes persuadir á Juan Morland que los trate con dulzura, y espero que Emilio procurará hacerse lo mas amable que pueda.

—Esta es la novela mas estúpida que he leido, dijo Ester al tiempo de poner á un lado el libro con el aire

de quien no hubiera oido nada de lo que habia pasado; no me creo capaz de concluirla.

—Mi querida Ester, dijo Violeta, no insistimos en que la concluyas; así te ruego que no te pongas fuera del término de complacernos.

Bárbara se rió, porque el egoismo de Ester era entre ellas un motivo de burla; despues dijo:

—Creo que no desatiendes un deber dejándola por concluir; y si le desatiendes, no será el primero que has descuidado, ¿no es cierto, Ester?

Bárbara bien podia decirlo; mas no aguardaba Ester la pregunta, y quedó por contestar.

CAPITULO XV.

Iba concluida la semana de la visita de Mistress Foresters. Esta no dejaba de aprovechar la menor oportunidad del tiempo restante para instar á su hija á que satisfaciese los deseos de Emilio. Pero Clara era inalterable.

Sin embargo, Mistress Foresters volvia á la carga. Nunca quedaba satisfecha de haber hecho todo lo posible en el asunto. En ausencia de Clara sostenia muchas imaginarias conversaciones, en las que combatia las dificultades y objeciones victoriosamente, y colocaba el asunto en tan razonable y forzoso punto de vista, que su hija no podia menos de confesarse vencida; pero de algun modo, cuando Mistress Foresters intentaba realizar estos diálogos, su inspiracion parecia abandonarla, y sus argumentos perder toda su fuerza. Parecia que olvidaba todo lo que tenia que decir, y lo que creia haber almacenado tan completamente en su entendimiento; ó si lo recordaba, ya no tenia el mismo sonido para ella; habia perdido su energía y su vida.

Seria que la Clara real no daba las mismas respuestas que la Clara imaginaria, que naturalmente echaba el argumento por el curso preparado; ó seria tambien que hay una influencia misteriosa en la presencia de la

persona real, de la que estamos libres cuando argüimos con un ser quimérico de nuestra creacion. Sentimos que tenemos una voluntad con quien tratar, no con una série de razones y objeciones solamente; y la voluntad de Clara era fuerte, y Mistress Foresters lo conocia cuando se dirigia á ella.

Las personas de voluntad floja y débiles principios, son á propósito para hacer grandes preparativos de antemano, y casi tomar de memoria en ocasiones lo que quieren decir bajo ciertas circunstancias; y entonces su poderoso órden viene á degenerar en un débil y querelloso ataque, y á perecer ante la resistencia imprevista de una voluntad fuerte guiada por un firme y constante principio; así sucedió á Mistress Foresters.

Clara, por otra parte, nunca preparaba lo que habia de decir. Era innecesario; sabia lo que pensaba, lo que queria, y conocia sus intenciones, que era bastante.

Entretanto se acercaba el dia de la partida, y Mistress Foresters, que aun esperaba con tiempo y con manejo salir airosa, habia formado el plan en su mente de decir á Emilio que persuadiese á su esposa á que la acompañase á Portmore, donde tomaria una pequeña casa hasta despues del baile. Aquí esperaba que con Clara á solas podria llevar sus baterías á jugar con mejor efecto y mas felices resultados.

Entretanto ni una palabra habia pasado entre Emilio y Clara sobre el asunto cuya negociacion habia emprendido Mistress Foresters. El estaba triste y silencioso en la compañía de su esposa; y cuando hablaba era en tono frio. Sin embargo, no huia de su presencia. Penetraba en el cuarto de descanso que ambos esposos tenian en comun, y donde Clara pasaba la mayor parte

del dia, siempre que él llegaba de pasear á pié ó á caballo, y allí permanecia hasta la hora de comer. Perseveraba en esta práctica; pero su presencia habia llegado á ser para Clara mas penosa que hubiera sido su ausencia. Allí se sentaba ocioso, ó entretenido en alguna ocupacion indiferente, con una mezcla de melancolía é irritacion en sus maneras, sin hablar jamás, y no dando otras señales de su existencia que tales cuales eran espresivas de un ser descontento y desgraciado. Era una dura prueba para Clara; ninguna hora del dia, quizá, la producia mas grave. El silencio y la soledad eran nada para ella, ó mas bien lo eran todo; eran su gozo y su delicia; pero la presencia de un enfadado, descontento y ofendido compañero pesaba sobre su espíritu, y probaba las fuerzas de su sufrimiento.

Sin embargo, estas fuerzas habian dado pruebas de no estar agotadas. Los ojos de Clara estaban siempre fijos, no en su prueba, no en sus sentimientos, sino en su Dios; en Aquel por cuya causa sufria; en Aquel que habia padecido por ella indecibles dolores y una angustia inesplicable. Este era el secreto de su paciencia; era sencillo, pero el único por el que se puede adquirir una paciencia genuina. Se estinguirá cualquiera otro como resultado de algun motivo secundario ó algun afecto humano, y por tanto sujeto, como su finito manantial, á ser anonadado; ó será de ningun valor como el fruto de la mera dureza de la mente en contacto con su prueba; tal era el sufrimiento de María San Lorenzo; era estoicismo pagano, no paciencia cristiana.

Pero esta paciencia que tiene á Dios por objeto, no toma su magnitud de la prueba, sujeta á hallar sus propios límites por mas grande que sea, sino del infinito

amor de Dios; ni tampoco priva al corazon de su ternura, porque no es por adquirir insensibilidad como este corazon aprende á sufrir, sino por amar mas intensamente. No era el consiguiente de que su paciencia iba cansada y el motivo de buscar alivio en una esplicacion aunque penosa, el haber resuelto Clara llevar á su término este prolongado silencio, sino porque le parecia el mejor y mas caritativo camino.

Se hallaba Emilio sentado una noche con su usual estado de mal humor, en su silla acostumbrada junto al fuego, y habia distraido por algun tiempo su ociosidad en dar golpes con el hurgon á un gran trozo del combustible, con el aire de una persona que apenas tiene conocimiento de lo que hace, ó que desea á lo menos que tal sea la impresion de los circunstantes, pues en Emilio el caso era dudoso, cuando Clara por fin se levanta y poniendo á un lado su libro se aproximó al fuego.

—Emilio, dice, si estás descontento conmigo, ó si hay algo en tu mente que deseas decir, habla, esplícate. Cualquiera cosa será mejor que ese silencio y estrañeza.

Emilio levantó la vista con un semblante en que el enojo y el asombro estaban mezclados.

—¿Algo en mi mente, Clara? ¿O algo que decirte? ¿Qué quieres significar con esas preguntas? ¿Es parte de tu código religioso pensar que es justa la afectacion de ignorancia, en lo que estás perfectamente informada? ¿Esperas que te dé crédito por preguntar con alguna sencillez si estoy descontento contigo? Contesta esas preguntas tú misma; eres bastante capaz de hacerlo.

—No afecto ninguna ignorancia, replicó Clara con

calma, no me comprendes; pero me parece que sufres por reprimirte de decirme lo que hay que revelar en tu corazon. Quisiera mas oirlo, penoso como puede ser, que saberlo por medio de otro, y verlo solamente espresado en tu semblante; y tú mismo padecerás menos si me hablas sin reserva.

—Es compasion por mí entonces; entiendo, dijo Emilio desdeñosamente, lo que ha dictado esas preguntas.

Clara no dió respuesta y volvió á su silla. Emilio al parecer esperaba alguna; pero como nada se decia en contestacion, despues de una pausa continuó en un tono mas pacífico. Tal vez estaba, en resúmen, contento de haber comenzado á hablar y tener de ello una escusa.

—Podria cualquiera imaginar, Clara, de esa solicitud, que has demostrado siempre los mas delicados respetos por mis sentimientos, y la mas estremada ánsia por satisfacer mis deseos.

—Si he faltado en semejante solicitud, ha sido sin conciencia de ello, replicó Clara; solamente te suplico que me digas en qué he desatendido tus sentimientos, y estaré muy pronta á reconocer mi falta y enmendarme.

—Conozco, respondió Emilio, que puedes alegar que te has opuesto en pocos puntos á mi deseo; ¿pero qué, si esos pocos son los que tengo mas en el corazon? ¿Fué, por ejemplo, consultando mis sentimientos rehusar complacerme cuando á nuestra llegada te supliqué estuvieras presente por mera fórmula á las oraciones de los domingos por la noche? ¿Quién te suplicó que te unieses de corazon á ellas? Yo estoy seguro de no haber

hecho tal cosa. Esas oraciones son tan poco para mí como pueden serlo para tí, y todo el culto no puede serme mas desagradable. Si hubieras reprimido tus sentimientos en este punto por complacencia hácia los mios, mis dificultades presentes y las tuyas tal vez no hubieran venido jamás sobre nosotros. Pones una protesta perpétua de una religion que mi padre teme y aborrece ante su vista; lo ocurrido antes de ese tiempo todo lo habia olvidado. En conexion con esta circunstancia está la pregunta que hizo á Ester seguida de la amenaza que conoces.

—No es una cuestion de voluntad ó de repugnancia, respondió Clara; de otro modo la hubiera vencido para agradarte. Es un deber.

—Aborrezco la religion, respondió Emilio, que inculca como virtud el desden de los deberes naturales y el desprecio de todos los naturales sentimientos.

—Hablaste antes de ahora de una manera diferente acerca de mi religion, replicó Clara.

—Nunca, dijo Emilio. Dije entonces lo que digo ahora, que no soy intolerante con ella; que serias libre, y libre serás cuando quiera que las circunstancias lo permitan, de practicar todo lo que ordena. Dije entonces y digo ahora, que su ritual y ceremonias son impresionables, y que las prefiero á los oficios del Protestantismo de cualquiera denominacion. Cierto que con respecto á religion, bien sabes que personalmente no soy mas protestante que católico; con la religion de mi padre, como un cuerpo de doctrina y de creencias, no tengo mas simpatías que con la de los católicos. Hasta aquí no tengo mas fé en una religion que en otra. Por esta razon, no me apartaria de mis principios permitiendo que mi hijo

fuese educado como católico. Lo ha de ser en alguna forma; y todas las formas, como tales, contienen mas ó menos error, pero bajo todas creo que deben sostenerse verdades, y se sostienen; y cuando las veo practicadas en espíritu, las respeto en cualquiera y donde quiera.

—Pero has dicho que aborreces mi religion, interpuso Clara; ¿cómo concilias esto con tu tolerancia de ella?

—No la aborrezco como religion, replicó Emilio, la aborrezco donde es intolerante, como es en algunos; como se está demostrando en tí; como es en esos consejeros y directores què te animan á contrariar mis razonables deseos. La aborrezco donde ordena lo que es inmoral. Hay ciertos é inmutables deberes naturales. No me cuido de cuál es la religion que los apoya y los sanciona, en tanto que los promulgue y los sancione; pero cuando se opone á ellos, y trastorna todas las relaciones sociales, y hace la guerra á aquellos principios que la conciencia es testigo de que están fundados en una ley inmutable, entonces me parece aborrecible. Me parece aborrecible en tanto que se opone á estos principios; porque lo tengo, no solo accidentalmente, sino esencial y sustancialmente por erróneo, y como tal no puedo tolerarlo ni debo tolerarlo.

—Hablas, supongo, dijo Clara, del deber de una esposa para con su marido; pero seguramente que Dios, cuya ley es el fundamento de ese deber, puede prescribirle límites.

—El deber de una esposa para con su marido, como yo le entiendo, replicó Emilio, está fundado en la naturaleza de parentesco entre ellos. No encuentro, por tan-

to, concebible que Dios mismo pueda dispensarle; ó mejor dicho, cómo sus sacerdotes, afectando hablar en su nombre, puedan hacerlo.

—No le dispensan, Emilio, añadió Clara, sino que el deber tiene sus límites. Tenemos préviamente un deber hácia Dios, que es el fundamento de todos nuestros deberes sociales y de parentesco. Es solamente á Dios á quien en realidad rendimos obediencia; obedecemos á otros por Su causa, y como representando Su autoridad, y no mas allá. Ninguna alma viviente puede desentenderse de su verdadera libertad, aquella perfecta libertad que consiste en servir á Dios que la hizo. Seguramente, Emilio, que no sostienes, no puedes sostener la estraña opinion de que la esposa pertenece en propiedad á su marido, y cesa por tanto de tener una responsabilidad individual y personal hácia Dios. ¿Sostendrias que seria de su deber mentir, robar ó asesinar si el marido se lo ordenase?

—Clara, eso es un absurdo, respondió Emilio. Tales actos son claramente pecados; y la conciencia habla tan fuertemente contra ellos como habla contra el rompimiento de los deberes naturales. La ley natural prohibe lo uno y lo otro. Lo que he suplicado de tí son actos indiferentes en sí mismos, pero que un indiscreto é intolerante credo, el enemigo de la paz de las familias, que pisa en su interior para imponer su estructura, los erige en infracciones de leyes arbitrarias que no hallan sancion en la conciencia universal de los hombres. La tolerancia nunca es llamada para dar estension á tales casos.

—¿Pero no ves que por ese modo de juzgar, añadió Clara, caes en la misma intolerancia que censuras? Tú

haces punto de vista religioso la medida de lo que permites en otros. Toleras, es cierto, opiniones, pero no credos; y limitas el círculo de las obligaciones religiosas á la esfera que tú mismo les concedes.

—No discutamos mas sobre el asunto, dijo Emilio impacientemente. La cuestion actual es de hechos, no de argumentaciones. Tengo la ruina mirándome cara á cara, pero tambien tengo los medios de apartarla de mí y de mi hijo. Puedo apartarla conduciéndole á ser protestante, y al hacerlo creo con toda seguridad que no le infligiré injuria. Es la religion á que yo mismo me conformo; es la religion del país á que pertenece, y de los amigos y parientes á quien habrá de asociarse. ¿Y qué hay que alegar contra esto? Una promesa que te ha sido hecha bajo circunstancias completamente diferentes, y cuando me era imposible prever las contingencias actuales; una promesa que aun tengo voluntad de cumplir, tan pronto como desaparezcan los obstáculos que existen. ¿Pero puede suponerse que por esa promesa abandone mis indeclinables derechos de proveer á los mejores intereses; aun mas, á la misma necesaria subsistencia mia y de mi familia? Si en ciertos casos te crees fuera de obligaciones hácia mí, obligaciones de un órden muy elevado, ¿puede suponerse que nada llegue á ocurrir que me libre de un compromiso por el cual te estoy ligado?

—No pretendo juzgaros, replicó Clara. Si crees que han surgido circunstancias que moralmente te ponen fuera de tu promesa, tienes el poder, bien lo sabes, de obrar segun esa creencia. ¿Mas por qué me suplicas que sancione esa conducta, que no puedo sancionar sin pecado? Crees que tu hijo puede ser tan buen cristiano en

el protestantismo, como lo puede ser siendo católico. Para tí, por consiguiente, es una cosa indiferente educarle lo uno ó lo otro. Yo no creo que hay mas que una Iglesia, y que esta es la católica; ¿cómo puedo, pues, dar mi voluntario consentimiento para que mi hijo sea educado en el error? Juzga por tí mismo; tienes Dios y conciencia propia á quien responder; pero no exijas de mí que sea partícipe de tus actos.

—Considera, colocándote en mi lugar, dijo Emilio, y sosteniendo las opiniones que sostengo, ¿puedo naturalmente creerme ligado por mi promesa?

Clara quedó en silencio.

—Responde, dijo Emilio, que se habia levantado de su asiento para colocarse delante de ella.

—No puedo responderte, replicó Clara. No puedo colocarme en una posicion de opiniones erróneas, para en seguida juzgar lo que en mí en semejante caso seria escusable. Está fuera de mi poder juzgarte, aun supuesto el caso que no fuera contra mis inclinaciones.

—Veo lo que es, replicó Emilio despues de una pausa, durante la cual mantuvo sus ojos fijos en ella. Quieres reservarte un poder, el poder de algun dia afrentarme con la promesa y deshonrarme presentándola ante el mundo. La guardas con ese propósito; la retienes para usarla contra mí, ó la retiene el sacerdote por cuyo consejo se me ha arrancado. ¿Y juzgas que viviré dia tras dia en compañía de quien considera que tiene mi reputacion y mi honor en su poder, y que puede intimidarme en cualquier tiempo con tal proceso, en cualquier tiempo en que ella ó su consejero lo acepten conveniente; juzgas que me someteré á tamaña humillacion? No, por todo el mundo, aunque te amara mas que ningun

hombre amó á una mujer. Clara, debemos separarnos; no quiero estar asociado con un enemigo oculto. Si hemos de ser enemigos, si quieres que lo seamos, lo serémos; pero vivirémos como viven los enemigos, separados. Ahora ya conoces la alternativa, de tí es resolver y sufrir las consecuencias de tu resolucion.

Clara no era de las personas que se entregan al llanto ni á cualquiera otra espresion del sentimiento. Era propio de su naturaleza reprimir todas las demostraciones esteriores de afliccion, pena ó dolor; y la religion habia robustecido el dominio que poseia sobre sí misma. Antes de estos momentos habia conservado su tranquilidad; su semblante estaba sereno, aunque triste, sus gestos regulares, y todo su aspecto tranquilo, revelando el imperio de sí mismo. A Emilio, cuyo carácter iracundo en semejantes ocasiones le dejaba poco lugar á la observacion, le parecia efecto de frialdad é indiferencia, y esto aumentaba su enojo. Sin embargo, en este momento, en que se hallaba ante ella lleno de ira por su oposicion pasiva y fria, el valor del semblante delicado de Clara dió salida á la interior y oculta agitacion que su fuerza de entendimiento habia valerosamente soportado; el color desapareció de sus mejillas, y sin la menor señal, sin la mas débil esclamacion para preparar á su esposo de lo que iba á seguir, cayó de la silla en el pavimento como uno en quien la vida se hubiera estinguido súbitamente.

Y ahora esta defensa del débil, su misma debilidad, habló en favor de Clara mas que todas las palabras pudieran hacerlo. Emilio era iracundo, pero no duro de corazon; era egoista, pero no le agradaba infligir penas; tenia compasion por aflicciones positivas; tenia horror á

un acto de inhumanidad. Clara nunca le faltara al respeto, aunque le habia irritado con su oposicion, y aun mas con la calma que él tomó por fria imperturbabilidad de temperamento; pero ahora que la verdad brillaba ante su vista, y que de alguna manera se despertaban todos los benévolos y mejores sentimientos de su naturaleza, el remordimiento se mezclaba con la compasion. Lo que oyó Clara al volver en sí fueron palabras de bondad y de ternura.

Emilio sufria á la verdad al recuerdo de lo que habia dicho; y al atestiguar el efecto que habia producido, trataba de ponerle enmienda.

—Clara, dijo en voz baja, mientras que Mistress Foresters, á quien habia llamado en su auxilio, daba vueltas por el cuarto en busca de un frasco de estracto de sales que «sabia habia dejado en alguna parte.»

—Perdóname lo que he dicho, créeme, no fué con intencion. No hablarémos sobre el asunto al presente, no, hasta que estés mejor; y no te hablaré inhumanamente otra vez. Clara, conozco que soy indigno de tí; pero perdóname, no puedo suplicarte que me ames.

Las lágrimas que la pena, afliccion ó temor nunca habian arrancado á Clara, ahora corrieron rápidamente á estas palabras inesperadas de bondad; y eran la mejor contestacion que podia dar, porque Emilio tambien sintió su corazon ablandado al verlas, y se volvió para que Mistress Foresters no observara las suyas que llenaban sus ojos.

Despues de algun tiempo, cuando Clara estaba mas animada, Emilio llamó á un lado á Mistress Foresters; esta entretanto, dejó á su hija al cuidado de una criada, mas pronto la despidió á su vuelta para proponer á Clara

que en el domingo inmediato la acompañaria á Portmore.

—Emilio, añadió, juzga que el cambio de la escena te será provechoso.

Clara juntó sus manos con deleite, y elevó su corazon al cielo en accion de gracias.

—¡Oh, madre! ¡qué gozo, ir á ver á mi Dios! *Introibo ad altare Dei.* ¡Oh madre, qué gozo!

Su madre la besó y gozó tambien, porque era muy amante de ver alegre á cualquiera. Pero tenia formado su pequeño plan, que ya habia comunicado á Emilio.

—El padre Gerardo, dijo, es un buen anciano. Me atrevo á decir, que si se le presenta el caso con propiedad, le mirará indulgentemente; y Clara, estoy segura, cederá, si llega á persuadirse que está autorizada en conciencia á hacerlo.

Así razonaba Mistress Foresters, y así planeaba; y así una multitud planea todos los dias. Entretanto Dios tiene Sus designios, y Su consejo es el solo que prevalece. Mistress Foresters no sabia lo que la esperaba; no sabia que en Portmore no encontraria solamente al buen anciano Padre Gerardo, á quien tan fácilmente contaba ganar á su propósito, sino uno cuya santa y maravillosa elocuencia ha resonado en las iglesias de todos los confines de Inglaterra, cuyas palabras de fuego han penetrado los corazones de miles, y que podian alcanzar su tímido, tibio y fluctuante corazon tambien. ¡Ella iba á persuadir, á ganar, á cautivar, y tal vez seria persuadida, ganada y cautivada, y el pobre, loco y vagabundo cordero cambiaria la inquietud y amargura del mundo por el dulce reposo del redil!

Ester no habia contado con que Lord San Lorenzo

escribiria á Violeta, ó mas bien habia confiado en las probabilidades de que no lo haria. Sin embargo, aunque se descubriera el engaño, ningun daño, en resúmen, creia podia venir de ello. En tal caso tenia intencion de fingir ignorancia de lo que habia ocurrido y atribuir todo el asunto al accidente. Además esperaba por el tenor de la carta de San Lorenzo, que no fuese el deseo de este tener comunicacion alguna personal con Violeta, y que solamente guardaria la insinuacion rompiendo el casamiento.

Fué, por consiguiente, con un temor considerable como, en la segunda mañana despues del despacho del anillo, percibió que Violeta habia recibido una carta, pues entrando rápidamente en la sala principal la halló sola, al parecer ocupada en un segundo exámen; las cartas llegaban á Monte San Lorenzo antes de la hora del desayuno, si hora para esta comida se podia decir que habia allí; pues que cada uno tenia su hora, entrando precipitadamente algunos tardíos vagamundos despues que los demás habian concluido.

Ester tenia una vista perspicaz y era viva en la observacion; así que, aunque Violeta cerró su carta y la guardó en su bolsillo á su entrada, se convenció de que era letra de San Lorenzo. Sintió un ataque de temor en su corazon al hacer este descubrimiento; pero logrando dominarse, preguntó á Violeta lo mas naturalmente que pudo, si se habia desayunado.

—No por cierto, replicó Violeta sonriendo, pero algo distraida. Y ya me habia olvidado de ello.

—¿Pero sabes la hora que es? preguntó Ester, procurando aparentar que su mente no se ocupaba de otra cosa mas que del desayuno, pero sufriendo aquella

honda pena de incertidumbre que solamente conoce el culpable.

—Oh, las diez... las once, supongo, respondió Violeta. No puedo decirlo con seguridad; pero estoy ciertamente endurecida en este punto, y no me importa ir al desayuno á una hora ú otra.

Violeta se levantó, sin embargo, y siguió á Ester al cuarto del desayuno. Ester apenas podia comprender la importancia de su aspecto; pero de cualquier modo se sentia tranquila como el que no tiene desagrado, enojo ni embarazo. A pesar de esto, despues de desayunarse creyó oportuno no permanecer mas tiempo en la habitacion para no aparecer curiosa, y de esta suerte, si alguna cosa se habia traslucido, que no se dirigiesen las sospechas contra ella.

Entretanto nosotros tendrémos el privilegio que Ester apetecia, de examinar la carta de San Lorenzo. Es como sigue:

Mi querida prima:

Incluyo para su exámen una copia de la carta que me propongo escribir á mi padre, si encuentra con tu aprobacion. Creo haber sido guiado en todo por el mas desinteresado deseo de asegurar tu felicidad, y consultando tus sentimientos; y creo tambien que me harás la justicia de estar convencida de ello. Sin perfecta simpatía y compatibilidad no es de esperar felicidad en el matrimonio, y no existen estas circunstancias entre nosotros. Es, pues, mucho mejor para ambos que sea abandonada una ilusion acariciada, una vez que no existen todavía lazos indisolubles. Créeme, la conviccion que abrigo de esta verdad evidente ablanda en mí la pena de un paso que he llegado á conceptuar de una razonable

necesidad, y lo que es mas, de una imperativa obligacion. Espero que cuando nos encontrémos será como amigos, entre quienes no haya pasado una sombra de ningun otro sentimiento mas que el de la amistad. Difícilmente podria mirarte así al presente; pero el tiempo puede mucho sin duda. Entretanto permíteme que te asegure mis inalterables respetos y mi sincero deseo por tu futura felicidad.

Tu afectuoso primo,

San Lorenzo.

La carta á Lord Staplemore, cuya copia iba adjunta, contenia una detallada esposicion de sus razones para considerar conveniente el rompimiento del compromiso con Violeta. La falta de conformidad en cuanto á los años, y la probabilidad de que esto seria mas fuertemente sentido en lo sucesivo que al presente, cuando ella se viese separada de la sociedad de sus jóvenes compañeras; sus hábitos austéros, en contraste con el vivo carácter y gustos naturales á la edad de Violeta; tales eran los grandes tópicos en que la estribaba. Concluia por espresar sus inalterables respetos por su prima y su ansioso interés por la felicidad de la misma, que no dudaba seria mejor asegurada permitiéndola ver algo del mundo y hacer una eleccion por sí, libre de prevenciones.

Tal era el contenido de la carta que el correo habia traido para Violeta aquella mañana. ¿Y cuáles eran los sentimientos de esta en su exámen? Eran sentimientos de inesplicable satisfaccion y consuelo.

El lenguaje de Lord San Lorenzo era habitualmente tan afectado y solemne, y su modo de hacer las cosas

tan peculiar, que ninguna sospecha se levantó en la mente de Violeta de que otra cosa quedaba oculta en el fondo de todo esto. Creyó que él habia reconocido, como lo decia, la incompatibilidad que existia entre ellos, y las pocas probabilidades de que su union trajera la felicidad de ambos; y aunque la resolucion á que habia llegado San Lorenzo parecia demasiado pronta, sin embargo, Violeta sacaba por consiguiente que se habia ido formando en progreso gradual; y ahora recordaba que su aspecto al despedirse de ella, aunque benévolo, fuera mas grave que de costumbre.

El pesar de que San Lorenzo hubiera partido antes de llegar á su presente sabia determinacion, se mezclaba, sin embargo, con su gozo. Temia que este negocio hubiera sido para él un manantial de desconsuelo y de contratiempo. No dudaba que la falta de calor en sus maneras hácia él, le habria en gran parte abierto los ojos, y conducido á las reflexiones que le llevaban á la resolucion que habia tomado. Sin embargo, ella no tenia de qué avergonzarse. De otro modo el hecho hubiera sido una hipocresía. No hubiera querido, aunque le fuera posible, afectar lo que no sentia, y le parecia mucho mejor que hubiera conocido la verdad en tiempo. Todo su pesar era lo que sentia hacia mucho; el haber entrado en el compromiso. En el trascurso del dia escribió la respuesta siguiente:

Mi querido San Lorenzo:

Tu modo de ver el asunto que tan de cerca nos toca, encuentra con mi perfecta simpatía y concurrencia. Creo que somos por muchos respetos poco adecuados uno para otro, y que nuestra felicidad será mejor asegurada poniendo término á nuestro compromiso. Mi ig-

norancia acerca de tus sentimientos, me habria impedido, sin embargo, sugerirte este paso yo misma; y á no haberle tú dado principio, me hubiera considerado ligada, por honor y gratitud, á cumplir una promesa dada despues de lo que *parecia* una perfecta é imparcial meditacion, y ahora de una larga persistencia. Una cosa habia resuelto hacia mucho tiempo; que no estuvieras en un error respecto de la naturaleza de los sentimientos que abrigaba por tí. Si, conociéndolos, estabas contento, por mi parte cumpliria mi palabra y procuraria llenar mi deber. Era propio de mi franqueza en este punto, una franqueza que pertenece á mi carácter, como tambien el consiguiente del principio que te conduce en gran manera á hacer esas reflexiones que resultan de tu actual determinacion. Estoy satisfecha de que mi conducta en esta parte ha sido justa. Pero hay un motivo que tal vez le considerarás causa de queja hácia mí. Posiblemente opinas que nunca debí haber entrado en este compromiso, y que á haberme conducido como debia, los dos nos hubiéramos librado de muchos disgustos y penosos sentimientos. No quiero exonerarme de la culpa á espensas de nadie; pero reconozco que es de mi deber decir á lo menos, que se pusieron en juego motivos de mala fé en aquel tiempo, para impelerme á una decision; estuve sujeta á una persecucion baja, á cuyo recuerdo mi orgullo aun ahora se subleva. De todo esto fuiste inocente, ignorante, y no debiste por consecuencia ser el paciente. Lo deploro, y siento que nada puedo ofreceros en reparacion sino el tardío pesar de lo que fué, en resúmen, mas falta de otros que mia.

Debo ahora espresarte mi perfecta conformidad al modo con que tu carta á mi tio está escrita, y á tu con-

ducta en todo. Solamente quiero que añadas, que te has comunicado conmigo en el asunto y que estoy completamente de acuerdo. ¡Quiera el cielo encuentres una mujer mas digna de tí que yo, y mas á propósito para tu felicidad! Lejos de sentir que nuestra amistad se resienta por lo que ha ocurrido, debo y puedo asegurarte que por la primera vez siento que se ha fundado en una verdadera y sólida base.

Créeme siempre, vuestra afectuosa prima,

Violeta Mandeville.

CAPITULO XVI.

Violeta por último era libre. ¿Libre para qué? ¿Libre para unirse á Horacio? Ella no habia aun pensado en ello. Entonces ¿por qué su porte habia variado hácia él? ¿Por qué se habia hecho mas franca y mas abierta cuando á él se dirigia? ¿Por qué de vez en cuando pagaba su admiracion con una sonrisa pasajera, que formaba el motivo dulce del recuerdo de Horacio por lo restante del dia? Porque Violeta pensaba solamente divertirse dentro de ciertos límites que consideraba legales ¿Y cuáles eran estos límites que consideraba legales, ó mejor dicho, de los que nunca habian cuestionado la legalidad? ¿Eran los límites de lo que comunmente se llama una coquetería que no llega á ser nada sério? ¿Y qué es ó quiere decir tal coquetería en resúmen? Cuando mas, es una manera de pacto tácito, por el que dos personas hacen una especie de juego de la destruccion de los afectos de sus corazones, y un lujo de complacencia, admiracion y homenaje nocivos y sin provecho. ¿Pero no es frecuentemente algo peor? ¿No es frecuentemente un juego cruel, en que una parte á lo menos sufre la pérdida de la paz de la mente y la libertad del corazon? ¡Y qué dirémos de la pérdida é injuria espiritual oculta de am-

bos! Seguramente que este es un juego de que Satanás se alegra, y del cual es el único que sale con ganancia.

Y sin embargo, Violeta nunca discutia su legalidad. Hubiera juzgado, es cierto, una infamia ser una coqueta, esto es, una coqueta en grande escala, ó habitual; ó permitir que esta diversion fuese adonde á ella le agradase considerarla demasiado lejos, cuando nada sério intentaba. Pero nunca se le ocurria censurar lo que era precisamente idéntico á esto; porque practicado con moderacion parece perder su carácter reprensible. La causa de estos actos está en que el Protestantismo, como religion, no interviene en los pecados en su raiz, condenando solamente ciertos frutos que produce, y estos no siempre, sino tan solo cuando maduran en algo mas palpable y escesivo. En esta medida es como se censura la ambicion, la vanidad y el amor de distinguirse; esto es, se censuran cuando se manifiestan en alguna forma notoria, efensiva y no escrupulosa; de otro modo son considerados como meros sentimientos naturales. Se considera natural el deseo de avanzar en el mundo; aun mas, se titula muchas veces una ambicion laudable; se considera natural tener placer en la alabanza de sí propio, y natural tambien apetecer ser singularizado con nota favorable; y siendo natural, es por tanto considerado inocente. Porque los sentimientos naturales no son en sí mismos pecado; ceder á tales sentimientos y dejarlos en posesion pacífica del corazon, no se conceptúa tampoco pecaminoso. Solamente se reputan así cuando pasan de la medida á que el mundo dá el nombre de moderacion, ó cuando instigan alguna violacion evidente de la ley de Dios.

Cierto que individuos piadosos hallarán aquí y allá

su camino para algo mejor, y apreciarán una ley mas elevada, mas estensa y profunda. Percibirán la necesidad de la mortificacion de los sentimientos naturales bajo una forma ú otra. Este modo de ver será unas veces general, y entonces no hiere muy profundamente; admitiendo el principio, no le aplicarán sino en la superficie, retrocediendo de la esploracion de la doctrina Católica, que no escusa ni las raices ni las ramas; ó será un modo de ver parcial y mas profundo, profundo en aquel punto donde reconoce la aplicacion del principio; y entonces le faltará la plenitud de la doctrina Católica, que no escusa los afectos mas que las pasiones, y la voluntad mas que los afectos. Ah, la voluntad, el juicio, esto que es esencialmente el hombre mismo, ¿dónde está modificado, dónde está humillado entre los protestantes? Y donde la voluntad y el entendimiento permanecen sin humillarse, la mortificacion de una parte del hombre tiende á la exageracion por falta de proporcion y armonía; tiende á la rectitud juzgada por el individuo mismo; tiende al formalismo; tiende... ¡No permita Dios que llegue completamente á lo que tiende!... ¡Oh, no! Es dulce esperar que, aminorada y sustraida de sus perfectas y gloriosas proporciones como está la piedad donde quiera, fuera de la unidad visible de la Iglesia, tenga nuestra Santa Madre muchos hijos, á quienes una superabundante gracia haya hecho miembros invisibles de la única familia celestial, y á quienes no impide abrazarla otra cosa que una ignorancia invencible.

El Protestantismo, pues, no interviene en el corazon, los pensamientos y la conciencia reservada; y así la religion de Violeta no ejercia sobre ella una influencia real. La forma de la religion en que habia sido criada no

tenia á la verdad fuerza sobre su conducta, ni aun teóricamente; parecia ver á través de la religion y alrededor de la religion; su entendimiento era demasiado atrevido en las investigaciones, y demasiado independiente en los juicios para ser limitada por un sistema humano; le miraba de afuera, huia de él y le despreciaba.—¿Qué quiere significar la Iglesia de Inglaterra, diria, con asegurarme que debo ver, buscar é inquirir, con colocar en mi presencia mi propio y privado juicio, con asegurarme que ella no es infalible, si no puedo ejecutar completamente este juicio privado? ¿En qué terreno he de ser culpable porque no puedo concebir la Escritura autorizando tales y cuales doctrinas?—Otras veces diria, en contestacion á los que tienen elevadas miras en la Iglesia Anglicana:—La Iglesia, la Iglesia; ellos me hablan de la Iglesia, pero no la veo; ¿dónde está? Nadie me la manifiesta. La Iglesia de Roma es real, una cosa inteligible, un cuerpo verdadero, con una voz inteligible y una inteligible reclamacion. Es una reclamacion falsa, lo creo; pero si yo la juzgase verdadera, *podria* ser católica, *podria* someterme á una Iglesia como esta. Pero la Iglesia de Inglaterra, ni me hace reclamacion alguna, ni escita en mí ningun sentimiento de reverencia. No recuerdo haber recibido nunca ningun mandato de ella; estoy cierta de que jamás intenté obedecerla, y no tengo noticia de haber estado sujeta por consiguiente á ninguna reprension suya.—Por eso, considerando las formas de la Iglesia de Inglaterra como un arreglo meramente convencional, por las que se llega á cierta necesaria unanimidad esterior, y cierto razonable respeto pagado al servicio de Dios, Violeta las trataba con este espíritu. Su religion actual estaba limitada á la creencia

de estas verdades, que ella creia ver evidentemente reveladas en la Escritura, y á tales sentimientos de piedad natural como los emanados espontáneamente dentro de sí; mientras que su moralidad era algo completamente aparte de esto. Consistia en una mezcla de pagano orgullo, honor caballeresco y generosidad natural. Su código moral, de hecho, no era mas que la reflexion de sus disposiciones innatas y adquiridas. Lo que ella admiraba era su ley; lo que sin tener conciencia de ello reverenciaba como su tipo de perfeccion moral, era ella misma.

Tal era Violeta; ignorante de sus deberes, ignorante de sí misma; desdeñosa é indignada cuando se trataba de ciertas faltas; indulgente, floja y casi insensible con respecto á otras; sin una nocion de verdadera humildad ó confianza de sí misma; sin una idea de la necesidad del exámen y vigilancia propia.

¿Y es, pues, de admirar que no sujetase su conducta respecto de Horacio á algun exámen estricto? ¿No podia aquella benevolencia y generosidad, que ciertamente formaba parte de su carácter, haberle sugerido que, aunque su conducta no entraba en los límites de lo en su concepto condenable, con dificultad podria reconciliarse con un sincero deseo de evitar penas á otro? Cierto que era por naturaleza propensa á ser compasiva, pero es bastante notable cuán poco la mera natural benevolencia aprovecha contra cualquiera sentimiento fuerte. La vanidad hará á una persona perfectamente insensible á ella; las pasiones violentas la harán desaparecer en un momento; mientras que la prevencion ó el disgusto cegará y pervertirá enteramente el juicio y endurecerá el corazon. La benevolencia natural es, en efecto, una mera pasion, por decirlo así; y cede el paso á

otras pasiones cuando están en grande estado de temporal escitacion.

Ser admirada era un placer en que Violeta gozaba mucho para querer privarse de él. Le daba mas satisfaccion, en efecto, que ser amada; igualmente que tenia mas deleite en admirar que en amar; ó tal vez, hablando con mas conexion, su mas elevado amor tomaba la forma de la admiracion. De este modo Violeta, por su carácter hubiera sido mas propensa á la envidia que á los celos, á no haberla dotado la naturaleza con profusion, colocándola en un campo ventajoso para alejarla de semejante vicio. Era la primera comunmente donde quiera que se presentaba, como era comunmente la primera en belleza y en talentos. Es cuestionable cómo se hubiera acomodado á un diferente estado de cosas, ó qué efecto hubieran hecho en su corazon y su temperamento. En el caso en que se hallaba, este alimento de su vanidad venia sin buscarle; ella no se detenia á atraerle; venia como su acostumbrado tributo; pero no por eso venia sin amarle, no por eso venia sin apetecerle. Y ahora que su compromiso estaba roto, se sentia libre, por la primera vez casi desde que era adulta, para disfrutar mas ámpliamente y gozar sin rémora.

Por otra parte Horacio deleitaba su gusto, y le atribuia muchas cualidades que atraian su estimacion y simpatía. Sin embargo, aunque Horacio fuese todo lo que ella le suponia, no era todavía lo suficiente para escitarle aquella perfecta admiracion con que Horacio estaba inspirado. Horacio no satisfacia el ideal de Violeta, porque Violeta tenia su ideal: Horacio no le tenia. Violeta sobrepujaba á los ojos de Horacio todo lo que habia entrado en su imaginacion: Violeta por otro lado, tenia

su ideal que, si bien no era de tal suerte que fuese imposible su realizacion, era por cierto muy desemejante de cualquiera ser con que pudiera encontrar, segun todas las probabilidades.

No obstante, hay una vivacidad en lo real, en contraste con la fantástica insuficiencia de lo ideal, que produce una recompensa superior, á pesar de su inferioridad en perfeccion. Si no es un castillo tan perfecto, no está á lo menos fundado en el aire. El amante ideal puede ser superior al real; pero en resúmen este tiene el encanto de una existencia actual. Además, no es un mero conjunto de cualidades que influye en nuestros sentimientos. No podemos prestar nuestro amor sin la presencia de ciertas cualidades, es cierto; pero así como su posesion no es una seguridad cierta de obtenerlas, tampoco son en una medida precisa cuando se obtienen; y así Horacio, aunque no era para Violeta lo que ella era para él, era mucho mas para ella en la realidad que hubiera sido en la idea.

El dia que Horacio vió este cambio en los modales de Violeta, era el mismo en que concluia la visita de Mistress Foresters en Monte San Lorenzo. El grande temor que habia embargado la imaginacion de Mr. Morland en la última ó las dos últimas semanas, estaba á punto de realizarse. Su amigo De Lorme debia llegar el viernes por la noche. ¡Ay de los sentimientos tiernos del pobre Mr. Morland! ¡por qué esta visita no se difirió un dia mas, ó por qué la partida de Mistress Foresters no se verificó un dia mas temprano! Hubiera de buena gana dado una larga suma de su bolsillo para conseguir este arreglo. Nada hay quizá que mueva á muchas personas á hacer sacrificios como el evadirse de mortificaciones.

Sin embargo, no habia remedio para ello. Cuando los hombres se hacen desgraciados por bagatelas, ó tal vez por nada absolutamente, deben esperar ser una presa constante de la calamidad en pequeña escala.

Mr. Morland se consolaba, no obstante, con la reflexion de que podia haber sido peor; que las visitas pudieron haber sido contemporáneas; que solo una noche habia que pasar. Sin embargo, una noche produce un campo estenso para la exhibicion de abundante mal gusto y *mauvais ton;* y entonces la sola vista de Mistress Foresters era suficiente. Ya se imaginaba ver el ojo astuto y crítico de Clarencio fijo en ella, y separarle inmediatamente con cierta sonrisa, cuyo sentido podia Mister Morland interpretar seguramente. Si seria mejor prepararle de antemano, ó si esto seria dar demasiada importancia al asunto, no pudo decidirlo Mr. Morland, gastando el dia en deliberacion tan incómoda. Hubiera de buen grado consultado á su esposa, ó á lo menos la habria confiado su pesar; pero temia el ridículo, y determinó por consiguiente dejar para sí el corroedor cuidado.

Hubiera sido curioso, si alguno tuviera el poder de penetrar en la mente de los diferentes individuos que componian la familia de Monte San Lorenzo, observar cómo, de un modo ú otro, eran el manantial de oculto desconsuelo y de tormento unos para otros. El infeliz Mr. Morland, en el mismo momento en que sufria bajo la aprehension de su enojo por un lado, era él mismo causa de una especie de aprehension tambien en la mente de otro, como lo demostrará la conversacion siguiente.

—Bárbara, dijo Emilio á su hermana, quien se ocu-

paba del insignificante trabajo del mejor órden de algunos objetos de adorno de poco valor que estaban aquí y allá en las mesas del cuarto tocador, con gran perjuicio del uso de los mismos.

—Espero que tu marido no se colgará del cuello de De Lorme de la manera torpe que acostumbra. No lo puedo soportar.

—Entonces estoy segura que harias mejor en marcharte, replicó Bárbara, porque á la verdad no puedo responder de él.

—Lo haria de buena gana si pudiera, respondió Emilio, porque aborrezco este lugar.

Bárbara cantó una nota de música y continuó su ocupacion.

Emilio se adelantó hácia la ventana descontento, y miró hácia afuera distraidamente.

Como Bárbara no continuaba la conversacion, la reanudó él despues de algunos instantes.

—Es un gusto infame, y capaz de fastidiar á cualquier hombre; á lo menos tal me sucederia, estoy seguro, si estuviera en el caso de De Lorme.

—El motivo no es grande para disgustarte, de cualquier modo, replicó su hermana; debes tener presente, Emilio, que no todos se enojan con tanta facilidad. Mister De Lorme estuvo por muchos años en grande intimidad con mi esposo. Son vecinos, como sabes, en el país. No dudo que á veces se rie de él, porque lo hace con todos con mucha calma. Clarencio es fastidioso, pero no irascible, perdóname si lo digo, como tú.

—Te ruego que no varíes el parecer, dijo Emilio secamente; soy irascible, y hay bastante en el mundo para hacer á uno así.

—Bien, como iba diciendo, continuó Bárbara, Clarencio halló á mi marido un vecino bueno y obsequioso, que en diferentes ocasiones se portó con él como un amigo. Una vez en que se hallaba en muy malos términos con sus padres, Morland procuró una reconciliacion. Mr. De Lorme le está agradecido por todo esto; y de cualquiera manera, todo lo que te choque como absurdo en él, no es nuevo para una persona que le conoce tan bien ó mejor que tú.

—¿Qué clase de hombre es De Lorme? preguntó Emilio; yo apenas le conozco.

—Oh, bastante amable, replicó Bárbara; completamente un hombre de mundo, pero no de mi gusto. Nunca pude apreciarle; hay en él algo de seco y frio.

—No importa eso, dijo Emilio; espero que no vayas á meter en la cabeza de Ester todas esas fruslerías.

—¿Me crees loca? respondió Bárbara; á la verdad que no concedes á nadie la ventaja del sentido comun.

—No creo, respondió Emilio, que hay mucho de eso en esta casa; y de cualquier modo, sé bien cómo charlan las mujeres cuando están juntas.

—Bien; sé conducirme algo mejor que cometer la imprudencia de poner á Ester en oposicion de una buena boda, dijo Bárbara.

—Lo que yo necesito saber, reasumió Emilio despues de una pausa, es si juzgas bien de él, no si le aprecias. No quisiera que Ester se casara con un pícaro sin principios, aunque sea heredero de una grande fortuna.

—Nada hay contra su carácter, estoy segura, dijo Bárbara. Riñó, ya lo sabes, una vez con sus padres, y cuando se hallaba en el colegio estaba empeñado.

Morland le auxilió en sus contratiempos, pues eran compañeros de colegio.

—¿Cómo gasta su dinero? preguntó Emilio, ¿juega?

—Supongo que fué alegre y desarreglado como otros jóvenes, respondió su hermana; me parece tambien que ha tenido alguna inclinacion al juego y al hipódromo; pero quemó los dedos en él y le abandonó. Ahora tiene cuidado de sus intereses.

—Pero le juzgas hombre de principios honrados y buena reputacion, dijo Emilio.

—Oh, sí, respondió Bárbara; no es sublime como San Lorenzo; pero ha sido siempre honrado y caballero en su conducta. Ya te he dicho que cuando era muy jóven fué como todos los jóvenes; ¿qué se puede esperar entónces? pero jamás oí nada contra su reputacion, y ahora que vá avanzando en años desea casarse.

Así razonaban Emilio y su hermana. Nada habia contra la reputacion de un hombre, sino lo que estaba en oposicion con la idea que tenian aquellos de la reputacion de caballero; esto es, alguna imputacion de lo que el mundo juzga bajo é indigno, y que ha puesto la marca de la censura y degradacion. Los mandatos de Dios eran nada; aun mas, eran de esperar que se hubieran quebrantado, y despues de algun tiempo el pecador llegó á cansarse de los placeres falsos y engañosos del mundo; sí, despues de un período de disipacion, llegó á dejarle hastiado, y volvió hácia los pensamientos de la felicidad doméstica en su lugar; si motivos de prudencia le separaron de la criminal escitacion de la mesa de juego y del hipódromo, entonces, lejos de haber alguna cosa que tacharle, todo estaba en su favor; y el hermano y la hermana, no solamente pudieron tran-

quilamente contemplar á tal hombre como el esposo de su hermana, sino que deseaban con ánsia que lo fuese.

—Como esposo, estoy segura que me atormentaria de muerte, continuó Bárbara, porque seria singular en un ciento de bagatelas acerca de su esposa; pero no creo á Ester le importe esto mucho, y sé que por otra parte no tiene mal genio.

—Si es tan particular y fastidioso como le representas, replicó Emilio, pronto se cansará de este lugar y esta familia. Con el porte que Morland tendrá con él, y con el ruido y broma de mal gusto ageno de señoritas con que encontrará aquí, imagino que pronto se despedirá, y Ester por consiguiente tiene tantas probabilidades de él como yo tengo de...

—De ser nunca otra cosa que un hombre descontentadizo, dijo Bárbara concluyendo la frase.

Emilio se rió, á pesar del mal humor en que se hallaba.

—Pero á la verdad, Emilio, qué es muy fastidioso oirte hablar de ese modo. No todos nos hallan tan desagradables como dices; y de cualquiera manera, estoy segura de que no podemos corregirnos. No conozco cosa mas desagradable que advertir que se nos observa y se nos critica; puedo afirmar que jamás estoy en completa comodidad con una persona cuando estás tú delante.

—Yo siento mucho mas veros así de lo que te parece, murmuró Emilio para sí.

Bárbara ni oyó ni entendió. Rara vez tenia conversacion con Emilio sin que discordasen, pero nunca iban las cosas muy allá. Bárbara no era pendenciera, y Emilio, aunque era frecuentemente mal humorado, rara vez era ardiente y violento.

En este instante algo parecia haber parado la atencion de Bárbara.

—Emilio, dijo por último con algun interés, no veo con claridad; ¿ves tú? ¿Quiénes son aquellos que vagan por el terrado del frente?

—Violeta y Ferrers, respondió Emilio, que los habia observado tambien en silencio por algun tiempo.

—¿Sabes, dijo Bárbara, que me pareció notar algo hoy?

—¿Qué? preguntó Emilio dando la vuelta.

—Que Mr. Ferrers admira á Violeta muchísimo.

—¿Es todo eso? preguntó Emilio.

—No, no todo, continuó Bárbara, porque no creo que á Violeta le disgusta.

—Bien, ¿qué importa? añadió su hermano.

—¿Cómo crees que eso agrade á San Lorenzo? dijo Bárbara.

—Esa no es cosa mia, dijo Emilio.

—Ni tampoco mia, respondió Bárbara; pero confio, añadió despues de una pausa, que Violeta no coqueteará despues de casada, á costa suya y la de mi hermano.

—Está tan loco, replicó Emilio, que no lo notará si ella lo hace. Tomará toda la admiracion hácia ella como el mas elevado cumplimiento dirigido á su propia persona.

—Pero el mundo lo reparará, respondió Bárbara. Tengo á Violeta en el mas elevado concepto; pero me parece poco cauta y no se cuida de las apariencias.

Bárbara, con toda su afluencia y casi atrevidas maneras, era muy cuidadosa en este particular. Se habia casado con un hombre que la era indiferente, y era te-

nida por muchos en concepto de hermosa y amable. Por eso habia sido su cuidado constante evitar todo lo que pudiese atraerle una sombra de censura, y habia llevado su escrupuloso cuidado en este respecto á un punto que Violeta hubiera calificado de absurdo é innecesario. Por otra parte, Bárbara veia que el carácter de su prima no era á propósito para condescender á tomarse la pena de cultivar la buena opinion del mundo y evitar su reproche, y temia las consecuencias de aquel negligente orgullo cuando quiera que Violeta y el mundo se pusiesen en contacto. ¿Pero qué es lo que temia? Simplemente lo que decia, y nada mas. Una idea sola habia en su mente: el provecho de conservar su buen nombre.

—No quisiera que se hablase de Violeta.

Esto decia, y esto era todo lo que pensaba.

—Te recomendaria que cuidases de tus propios negocios y dejases á los demás con los suyos, dijo Emilio, al mismo tiempo que desde su puesto de la ventana desocupaba la habitacion.

Habiendo Bárbara concluido su arreglo, dejó ahora el grande cuarto de tocador donde habia tenido lugar este diálogo, y se juntó con sus hermanas en el pequeño, que ya se ha observado, les servia de labor por la mañana.

Estaban como de costumbre en grande conversacion.

—Oh, Bárbara, esclamó Catalina sentándose á su borde interminable.

Desplegaba alguna habilidad en trabajos de fantasía, el único conocido talento que poseia, y á la verdad el único que se la habia visto ejercer.

—Oh, Bárbara, ven y ayúdanos á arreglar cómo nos

sentarémos esta noche á la mesa. Es necesario disponer que Mr. De Lorme se siente al lado de Ester.

—Realmente significa bien poco donde quiera que se siente. Hay una persona en esta casa que es seguro tratará de atraer la atencion del estraño. Donde está Violeta, podemos perder la esperanza de figurar las primeras.

—Me parece que eres injusta, Ester, dijo Bárbara. Yo nunca he visto á Violeta tomarse el trabajo de atraer á ninguno.

—¡Tomarse trabajo! no, replicó Ester, esto no es necesario con algunas personas; pero intenta contínuamente conseguirlo, á pesar de eso, pareciendo que no se le dá un bledo por la atencion, lo cual es mas provocador que los demás medios. ¡No hemos esperimentado en muchas ocasiones que Violeta nos perjudica con su aire de superioridad y de asumpcion de ser el objeto preferido, como cosa ya sabida!

—¡Eres poco benévola, dijo Emilia, y no puedo tolerar oirte hablar de ese modo. Violeta es mucho mas hermosa y mucho mas dispuesta que la mayor parte de las mujeres, y así es muy justo que sea mas admirada; tiene tambien la ventaja de ser muy cariñosa, que no todas las personas lo son, estoy segura de ello. Por lo que á mí toca, sentiré mucho que nos deje.

—Yo no juzgo á Violeta con vanidad, observó Georgiana. Creen me ha dicho el otro dia que Felipa está fastidiada porque su ama no gasta tiempo alguno en su atavío, echa las cosas encima de sí y las quita de cualquiera manera, y apenas se mira al espejo ni arregla un solo rizo.

—¡Y qué necesidad tiene de gastar mucho tiempo en mejorar su aspecto, dijo Ester, si está segura de parecer

bien de cualquier modo? No concedo á semejantes personas hermosas el don de estar exentas de vanidad. ¿Para qué necesitan pensar en parecer bien, si saben que todo les está perfectamente? Hay personas que no son tan bonitas, y que unas veces parecen bien y otras no, estas tienen razon en esmerarse. Quizá el color de un vestido, ó la hechura de un rizo, puede producir en ellas una grande diferencia, y así es natural que dediquen tiempo al tocador.

—Bien, dijo Catalina, es natural que todas deseemos parecer lo mejor que podamos. No creo á ninguna que diga lo contrario. Violeta se cuida tanto como cualquiera, no lo dudo. ¿Pero qué significa todo esto? Bien conoces que Mr. De Lorme nunca pensará en ella, porque está comprometida á casarse.

—Perdonad, dijo Ester; Violeta monopoliza la atencion de todos. Yo he visto aun á personas casadas hacer daño de ese modo. No todos piensan en casarse con cualquiera de buenas á primeras. El amor viene gradualmente. Lo primero es atraer la atencion; ¿pero cómo hemos de ser notadas, cuando hay una persona en la casa que á la manera de un cormoran traga toda la atencion que pertenece á las demás? Así, no molesteis vuestras cabezas por mi causa. Os aseguro que no me afanaré por ser de ninguno mientras Violeta esté aquí.

—Tengo por criminal en las mujeres casadas, dijo Bárbara, ponerse en el camino de otras monopolizando la atencion. Convengo con Ester en que sucede algunas veces, y cuando veo semejante conducta, aseguro que me atormenta; pero debes conocer que el caso es diferente en Mr. De Lorme, y no hay temor porque busca una esposa.

—Ya estoy cansada de oir hablar de eso, dijo Emilia; además, aborrezco á un hombre que busca una esposa; estoy segura de que no me casaria con él por todo lo del mundo.

—Espera, querida mia, hasta que te soliciten, dijo Bárbara.

Y así cerró esta edificante conversacion. Y de este modo el dia, uno de los preciosos dias concedidos para ganar la eternidad, se disipó en medio de todos los temores penosos y despreciables ansiedades con que esta vida perecedera abunda para los hijos de este mundo. Mr. Morland estaba atormentado por Mistress Foresters, Emilio por Mr. Morland y Ester por Violeta. Ninguno era dichoso; todos apeteciendo algo, todos temiendo algo, todos sufriendo por algo. El hombre pobre, el mendigo que pasase por aquel abrumado camino, pensaria tal vez al dirigir la vista hácia aquella magnífica mansion sepultada en árboles, rodeada de frondosos terrenos de recreo, ó á los alegres grupos que jugaban en asoleadas praderías, que aquellos á lo menos eran felices, pues que tenian en abundancia los bienes de este mundo; pero en aquella gran casa, cuán asombrado quedaria si le dijeran que no habia mas que dos séres dichosos: el uno ignorante de su suerte, el otro sufriéndola con resignacion. ¿Y quiénes eran esos séres? El niño que sonreia con la inocencia en la cuna, y la madre que sobre esta se inclinaba y decia para sí: «Dos dias solamente, dos fastidiosos dias, antes que vaya á visitar á Aquel á quien solamente ama mi alma. ¡Oh, qué alegría! *¡Introibo ad altare Dei!*»

CAPITULO XVII.

Se oyeron las ruedas de un carruaje á la puerta, y en seguida una especie de estraordinarios aullidos y gañidos, semejando mas al ruido de una jauria suelta, que cualquiera otra cosa que pudiera suponerse produccion de pulmones humanos.

—¡Qué sonido tan horrible es ese! esclamó Catalina dejando caer su aguja; no hay nervios que le sufran.

Lady Morcar, que entraba á la sazon en el cuarto, dió muestras de enojo al oir esta esclamacion.

—Hubiera pensado, Catalina, observó, que la quietud de esta casa no era *muy* grande para que tus nervios fueran tan susceptibles. A la verdad que tu esclamacion me sobrecogió mas que á tí las voces de mis pobres niños.

La esclamacion debió ser grave, pues que Catalina hablaba alto con frecuencia. Lady Morcar rara vez intentaba decir nada acre, sino cuando se trataba de sus hijos; entonces era susceptible é irritable, siéndole casi imposible contenerse.

—Es el carruaje que vuelve de encontrar el tren, supongo, dijo Bárbara; imagino que han llegado los caballeros.

—Los niños están tan encantados siempre que ven á

su primo Federico, observó Lady Morcar; pero temo que Alfredo haya corrido allá sin sombrero.

Al decir esto le siguió al vestíbulo.

Mr. De Lorme se hallaba en el acto de quitarse el gaban, entretanto que su amigo le hablaba con una espresion de semblante parecida á la de un gato contento. Los tres Morcares daban una embestida á su primo, semejante á la de una cuadrilla de lobos sobre la presa. Federico parecia tener una tarea igual defendiéndose, dando una arremetida á uno y cogiendo fuertemente á otro, redoblándose los gritos y las risas así como entraban enérgicamente en el espíritu de esta burlesca batalla.

—¿Cómo estais, Federico? Os ruego que no hagais á Alfredo acalorarse, dijo Lady Morcar sin poder tomar aliento; Alfredo, estáte quieto, ¿no me oyes? Ahora, Federico, tienes tú la culpa.

—No por cierto; el picarillo no quiere dejarme en paz, replicó Federico.

Lady Morcar entretanto habia asegurado á su tenaz hijo mayor; y los dos mas jóvenes, habiendo perdido á su guia, se calmaron en disminuidos é inofensivos gritos, intentados para provocar un combate que ya no tenian el atrevimiento de sostener. Clarencio replicó entonces pacíficamente á las observaciones que su amigo habia estado vaciando en sus oidos.

—Mi querido Morland, no he oido una sílaba de lo que habeis dicho entretanto han durado los trasportes de esta familia.

Era claro que á Clarencio no le gustaban los niños. Lady Morcar le miró friamente al hacer esta observacion, y con mente escitada por su causa:

A. Vera

R. A. 10.º g.º

Llegada de De Lorme à Monte S. Lorenzo

S. Sanchez Rubio, Editor, Madrid.

—Es un bruto insensible, dijo.

Mr. Morland introdujo á los dos caballeros; y á su vez con mente tambien escitada por causa de Lady Morcar, dijo Clarencio:

—Pertenece á una clase de que se debe huir especialmente, cual son las que se llaman buenas madres.

La partida continuó hasta el cuarto tocador, donde Mr. De Lorme fué introducido á aquellos individuos de la familia, que no le conocian todavía, por Mr. Morland, quien se invistió con este oficio con intensa satisfaccion.

Clarencio, si bien no justificaba en nada la elevada estimacion que de él tenia Mr. Morland, era suelto sin embargo, y caballero en sus modales. Tenia en efecto aquella artificial facilidad que parece natural, comunicada por los hábitos de la buena sociedad; y esta perfecta posesion de sí mismo se mezclaba con un poco de vena irónica, que hace á las personas de este carácter alarmantes á los que no tienen tanto *usage du monde* como ellos. Era sin duda de facciones comunes, y tenia la cualidad desagradable de poseer una espresion menos simpática en la sonrisa que en otras ocasiones; pero le adornaba una buena figura y una distinguida *tournure*, como Mr. Morland la llamaba, que le daba atractivos á los ojos de muchos.

—Es un hombre odioso, y nunca me agradará, lo conozco desde este momento, dijo Emilia al oido á Federico Morcar, jóven oficial con licencia de su regimiento, mucho mas lleno de energía y buen humor que sobrecargado de sabiduría y prudencia, y de este modo, singularmente adaptado para compañero bien venido de Emilia y su hermano Jorge.

—El hombre tiene un aspecto que parece que siempre se está burlando, dijo Federico. Siento sin saber por qué, no haberle roto todos los huesos de su cuerpo cuando veníamos.

Federico profirió estas inconsideradas palabras con semblante de animado buen humor, y ostentando una boca bien coronada de dientes, pues cuando se reia parecia intentar exhibirlos sin dejar uno.

—¡Hola! ¡Allí está Jorge! esclamó súbitamente, saliendo y pasando de un lado á otro del prado en un momento para saludarle con la denominacion de «antiguo amigo.» Emilia le siguió sin sombrero, y las voces y la risa del alegre trio podian oirse mucho mas allá de lo que al delicado Clarencio le agradaba.

Cuando algunas personas procuran ordenar la manera de colocarse á la mesa en union con otras, rara vez salen airosas en su plan. Aun cuando fuera tal órden de importancia seria mejor dejarle á la casualidad, puesto que la menor circunstancia es bastante para trastornar todos los intentos; y los mismos medios puestos en práctica, cuando las cosas han salido de su lugar, sirven solamente para derrotar el fin propuesto.

Pero sea de esto lo que quiera, Clarencio no se sentó al lado de Ester, y Mistress Foresters se sentó junto á Mr. Morland, y muy á la vista del terrible Clarencio. Además, en honor al aumento de la compañía, como es de suponer, ó quizá para salir con brillo en el último dia de la visita, á la manera de los fuegos artificiales, que se reserva su mas brillante ostentacion para lo último, Mistress Foresters estaba mas alegremente ataviada que de costumbre; y á la vista del gorro sembrado de rosas que adornaba su cabeza, Mr. Morland sinceramente

echaba de menos el claqué y la pluma marabú, y deseaba ver estos objetos en lugar de las rosas.

—¿Cómo están Lord y Lady De Lorme? preguntó Lord Staplemore dirigiéndose á Clarencio; espero que gocen de buena salud.

—Gracias; están completamente bien, en cuanto lo puedo saber, replicó Clarencio; pues estuve siempre en Escocia desde que dejé á Lóndres, que fué muy avanzada la estacion, de modo que hace algunos meses que no los he visto. Mis informes relativos á ellos son por tanto muy atrasados.

—No puedo concebir cómo hay quien se esté en Lóndres ahogándose con el polvo y el calor en el verano, observó Jorge.

—No convengo en el hecho, replicó Clarencio. No recuerdo haber sufrido un solo instante de la manera que decís.

—Yo me alegraria mucho, dijo Emilia, de esperimentar alguna vez esos pequeños ahogos de Lóndres. Lo considero como el baile, y aquí rara vez tenemos un momento alegre.

Emilio dirigió una mirada inquieta á Emilia. La calificaba de gansa y temia que diese á conocer su locura.

—Ester es la mas quieta de la familia, interpuso Mr. Morland, quien tambien empezó á temer que Emilia echase algun descrédito sobre su hermana.

Emilio estaba mas encarnado que el fuego; pero Ester era demasiado discreta para manifestar la mas leve emocion de desagrado, aunque conjeturaba cuál era el objeto porque se la singularizaba con encomios.

—¿Es así, Lady Ester? preguntó Clarencio con su pe-

culiar sonrisa burlona; ¿no dais contestacion al cargo?

—No, porque no sé lo que quiere decir, dijo Ester; oigo llamar quietas á las personas frecuentemente, pero nunca pude comprender el sentido de la palabra.

—Abrigo la idea, dijo Jorge, que cuando se dice de una persona que es circunspecta y quieta, lo que se quiere significar es que no hay otra cosa que decir de ella.

—Gracias por la esplicacion, dijo Ester riéndose.

Nada le costaba manifestarse de buen humor, porque sabia que la observacion era inaplicable á ella. Sabia tambien que tales reparos hacen mas en favor de una persona, que una alabanza poco juiciosa.

—El carácter de la mujer, dijo Sir Geoffrey Morcar, hace naturalmente la córte á su sombra. Por regla general, es la mejor alabanza de la mujer decir que ha pasado toda la vida sin ser notada; su esfera es el pacífico círculo de los deberes domésticos.

—¡Querido mio, qué precioso! profirió con fervor Mistress Foresters, que admiraba y simpatizaba con todas las cosas, fuesen tristes ó alegres: despues, volviéndose á Mr. Morland, añadió en un estático *sotto voce*:—Oir hablar á Sir Geoffrey es como oir un sermon; ¡qué hombre escelente debe ser!

Mr. Morland trató de desembarazarse de la conversacion de Mistress Foresters con una fria y cortés sonrisa, que no era mas que la delgada cubierta de la espresion de repugnancia y antipatía que se ocultaba debajo; inmediatamente miró con mucha atencion al lado opuesto, como si le interesara lo que allí estaba pasando.

—Bien, dijo Violeta, tiene buen sonido para leerlo en un libro; pero debo decir que me parece hay en todos

esos asertos mucho dolo. Son inventados, estoy segura, para provecho del tonto y el estúpido. No aludo á ninguno presente, porque imagino que se nos puede numerar entre los que hablan bastante. Pero observo que las mujeres que nada tienen que decir, toman refugio en todas esas pacíficas propiedades, y entonces son alabadas á espensas de las que se hacen mas agradables; las gentes dicen: «¡qué persona delicada, modesta y pacífica es! No habla mucho, seguramente, en sociedad general; pero se cuenta que hay fondo en ella, y es admirable en todas las relaciones de la vida.»

—Convengo con Miss Mandeville, dijo Clarencio negligentemente; es lo que pasa en el mundo. Si algunos desean que una concurrencia esté divertida, tratan de persuadir á esos reprensibles y enérgicos individuos á unirse á ellos; y entonces, cuando la partida llegó á una animacion creciente, se sientan con tranquilidad á censurar á las damas por descaro, y á ensalzar alguna tonta y raquítica niña, que solo hace llenar un lugar y nada añade á la diversion general.

—Así es frecuentemente, dijo Violeta indignada; ¡y cuán injusto, qué bajo y detestable es eso!

—Yo á la verdad no sé por qué, replicó Mr. De Lorme, pero es muy natural; y, en resúmen, cada cual obtiene aquello á que aspira. La afluente y agradable dama no ostenta su talento por pura y desinteresada caridad; busca admiracion y la recibe. La tonta, cuyo poder no la hace capaz de brillar, se contenta con aspirar á la reputacion de decoro y modestia, y sale airosa en su línea tambien. La de talento no tiene mas derecho á esperar aprobacion y admiracion, que la pacífica á presentar sus reclamaciones igualmente á los mismos

beneficios. Y en cuanto á la injusticia, yo realmente no la veo. La dama agradable es invitada á poner contenta á la concurrencia; conoce cómo se consigue esto, y al mismo tiempo que entretiene se manifiesta á sí misma. No sé que esta transaccion le dé mas títulos á la estimacion de otros, ó por qué ha de esperar el crédito de todas las virtudes morales, como tambien el de la amabilidad.

—¡Magnífico, Clarencio, magnífico! esclamó Mr. Morland, quien estaba suspendido de los acentos de su amigo como si este fuera un oráculo; hablais como el que conoce algo del mundo.

Y volviéndose á Ester, que se sentaba á su lado, añadió:

—Hay mucha filosofía en todo lo que Clarencio dice; es un práctico en todo.

—Este es un mundo detestable, dijo Violeta, si esa es una verdadera pintura de él.

—Bien, replicó Clarencio con una lánguida mirada, tal vez es detestable en algunos respectos, aunque me parece una espresion demasiado fuerte, pero no es un mundo desagradable; podemos vivir en él sin la tentacion de hacernos ermitaños.

—Me parece que vos y yo no convenimos, Mr. De Lorme, replicó Violeta con la libertad que le era natural.

—¿No? preguntó Clarencio con una sonrisa menos afectada y menos irónica que de costumbre; verémos. Intentaré, Miss Mandeville, convertiros á un modo de ver las cosas mas práctico, aunque á la verdad no sé si lo deseo. Es muy placentero encontrar con un poco de entusiasmo de cuando en cuando, aunque no sea mas que por la novedad.

—¿Cuál es vuestra opinion en este asunto, Mr. Ferrers? dijo Violeta volviéndose á Horacio; ¿no viene ninguno en mi auxilio? ¿O sois de la misma opinion de Mr. De Lorme? ¿Está cada cual representando una parte?

—No digo que cada cual representa una parte, interpuso Clarencio; lo que digo es que la mayor parte de las personas tienen un objeto. ¿Y por qué no le han de tener? Supongo que no estamos en el mundo solamente para la filantropía.

Horacio raras veces tenia el disgusto de desagradar á otro; una mezcla de dulzura é indolencia le ponian generalmente al abrigo de aquellas amargas repugnancias é irascibles sentimientos que incesantemente trabajaban el corazon de Emilio; sin embargo, ninguno de tal constitucion está perfectamente libre de algunas emociones de esta especie en ocasiones. Por consiguiente, sea que Clarencio produjese una de esas estraordinarias antipatías á que está sujeto el corazon humano, ó sea porque Horacio sentia celos instintivos de uno que, por participar de la atencion y conversacion de Violeta, podia privarle de la venenosa satisfaccion que gozaba á su lado, el caso era que Clarencio no satisfacia su gusto, y con placer aprovechaba la ocasion que le presentaba Violeta de diferenciar de él. Además, su opinion era contraria realmente; su modo de ver el mundo y el carácter de sus sentimientos respecto de este punto, eran en gran manera diferentes. Horacio se entregaba voluptuosamente á cualquiera goce que encontrase en su camino. Si el sol brillaba sobre él, gozaba como la flor que se abre bajo sus rayos; si la brisa venia cargada de dulzuras, ó traia melodía á sus oidos, era un trago de placer embriagador

para su alma. La belleza de cualquier órden deleitaba su imaginacion, aunque al mismo tiempo nunca le elevaba mas allá de sí mismo; así que, su imaginacion era para él mas bien otro sentido que una espiritual y elevada facultad. Recibia pasivamente la imágen de las cosas, que le producia solamente un sentimiento, pero no hablaba un lenguaje.

No obstante, mientras que Horacio gozaba de este modo irreflexivamente de lo agradable, no iba en busca del placer. No tenia la delicadeza ni el amor de escitacion, ni aquel destructor deseo de felicidad; aquella impaciencia por algun bien que puede apagar la sed ilimitada del alma, y que impele á los hombres á buscar infatigablemente en medio de objetos finitos lo que el solo Infinito puede satisfacer. Era á la verdad inercia, un defecto de su naturaleza, el que fuese en él muy débil el deseo de felicidad del corazon humano; sin embargo, tenia este defecto combinado con cierta pureza de gusto que accidentalmente le preservaba de mucha corrupcion moral. Habiendo salvado de tentaciones por esta causa, su religion, á pesar de la escasa influencia que ejercia sobre él, le habia sostenido hasta entonces en una comparativa inocencia de vida; porque Horacio, en la mayor parte de las ocasiones habia deseado evitar el pecado, aunque no tenia deseo de santidad. Seguramente que tal estado conduce por fin al pecado mortal; Horacio resbalaba por un terrible declive. Pero todavía el trabajo de desolacion que habia gastado el corazon de Clarencio, y le habia despojado de todo lo que es puro y amable, estaba solo en su principio en Horacio, no se habia consumado. ¿Qué es de admirar entonces que el mundo fuera diferente para ellos? El genio de Clarencio

era tambien muy diferente del de Horacio, y además era quince años mas viejo. Para Horacio el mundo era un abundante jardin de flores, ó una bella galería de pinturas. Conocia poco de él; no le juzgaba, ni razonaba ni filosofaba sobre él; solamente le gozaba, egoistamente, es cierto, pero con pasivo, no activo egoismo.

Clarencio era muy diferente. Tambien para este el mundo habia sido un teatro de goces; pero habia sido un enérgico buscador del placer hasta haber cansado de la busca, y en esta habia aprendido á ver el vacío, la pequeñez del mundo; le conoció, vió lo que en él habia, y le despreció; sin embargo, ningun reflejo de cosa mas elevada ó mejor que sus goces habia sido su aurora; por eso le aceptaba, tal cual es, con el bajo y comun sentimiento de una fria, práctica y egoista vanidad mundana, á que se acomodaba. Aquella viva felicidad que espera realizar el jóven, la consideraba la ilusion de un dia; continuar buscándola era en su opinion vana locura y el manantial de todas las desgracias del mundo. Su astuta y calculadora mente veia, como él se imaginaba, un curso mas sabio en estar contento con un destino mas bajo y mas prosáica felicidad. ¿Por qué desechar lo que se puede conseguir, porque no iguala á lo que hemos esperado? ¿Por qué despreciar las mas sóbrias realidades, porque no se asemejan á nuestros gloriosos sueños? Los hombres pueden llamar esto sabio, moderado y filosófico; ¡pero ah del que se contenta con tal sabiduría! Mejor le fuera la inculta y loca busca de la perfecta felicidad. La aspiracion, sin embargo, es verdadera. El hombre busca la felicidad, busca el bien perfecto, naturalmente, necesariamente. Dios le ha hecho obrar así, porque le hizo para

Sí; y aunque la mísera y enfatuada alma se vuelve á las cosas creadas, y no la encuentra, como jamás allí se puede hallar, sin embargo, mientras que esta agonizante esperanza permanece, algun dia quizá la luz de lo alto brillará sobre ella, y puede percibir su error y reconocer su bien verdadero y eterno. Pero cuando un hombre consigue destruir los naturales instintos de su alma, cuando cesa de mirar por algo digno del nombre de felicidad en sí, y de virtud en otro; cuando aprende á colocar la comodidad en lugar de la dicha, y el buen sentido y discrecion en lugar de la virtud, entonces se ha hundido por cierto en el cieno de este envilecido mundo, mas profundamente que si el pecado le hubiera precipitado, pues que se ha impedido la entrada en el cielo; ha interceptado la vista de Dios; ha abdicado su herencia cuando abandonó la esperanza de que el hombre es el heredero.

—¿Supongo que no nos rozamos con el mundo solamente por filantropía? dijo Clarencio.

—No, no por filantropía, replicó Horacio, ni tampoco, como decís, siempre con un objeto.

—Con el objeto de divertirnos, de algun modo, presumo, añadió Clarencio, cuando no tenemos otro.

—Podeis llamarle un *objeto* si quereis, dijo Horacio; pero creo es la atraccion natural que resulta de la sociabilidad de nuestra naturaleza; mientras que vos suponeis, si mal no os he entendido, que existe una especie de tácito y deliberado convenio en el mundo para obtener el progreso de algun fin particular, variando el caso en cada individuo, pero sin embargo quedando un fin definido y de nuestro conocimiento.

—Bien; en realidad no puedo esplicar este punto; tal

vez no haya dado al tema una consideracion suficientemente profunda y filosófica, dijo Clarencio con un toque de sagaz desden; es posible que vayamos en manadas como corderos en el rebañego principio; pero me habia parecido mas razonable imputar algun motivo á las criaturas humanas, algo mas reflexivo que el mero instinto.

—No me comprendeis, dijo Horacio un poco agriado por la fria ironía de Mr. De Lorme. Me parece natural buscar la sociedad en una forma ú otra, pero no intento decir por eso nada que degrade la naturaleza del hombre. El instinto que nos guia á buscar la compañía de nuestros semejantes puede ser seguramente un instinto, y sin embargo algo sobre el instinto de los corderos. No tengo duda alguna que muchos individuos obran con privados fines, y hacen uso de todas las oportunidades para hacerlos progresar; pero no puedo convenir en que el mundo es un mero mercado al que todos llevan sus talentos, su poder de agradar; y á falta de estas cualidades, su aspecto modesto y edificante conducta para poder comprar admiracion ó encomio, ó algo equivalente. Estos pueden ser los objetos de apocados entendimientos; pero el verdadero genio y la real perfeccion, creo que se adelantan espontáneamente, sin rémora, como una fuente de su puro manantial; no buscan paga ni provecho, ni alabanza; y aunque el mundo ponga un tributo á sus piés, como viene voluntariamente, ¿intentará nadie decir que han trabajado por él á manera de una venta cualquiera?

Horacio dirigió sus ojos instintivamente hácia Violeta, quien le pagó con una de sus encantadoras sonrisas.

—No, no puedo permitir ser confederados, dijo Clarencio. Miss Mandeville debe recordar que estaba á mi

lado cuando la conversacion empezó. Yo solamente he llenado el cuadro á que ella dió los primeros toques.

—Es exactamente lo que hicísteis, Mr. De Lorme, replicó Violeta; vos llenásteis la investigacion. Cuando yo me quejaba de la pobreza é indignidad que en ocasiones encontramos, procurásteis consolarme, asegurándome que era muy natural, y que no se debia esperar otra cosa.

—Debí añadir, dijo Clarencio con una sonrisa desdeñosa, como debe hacerse siempre que median observaciones de esta clase, que la presente asamblea estaba esceptuada, como una cosa ya sabida.

Violeta iba á replicar, cuando Lord Staplemore, que era famoso para romper la conversacion de otros en el momento en que llegaba á ser mas interesante, la interrumpió. Se habia fijado su atencion, en los dos últimos minutos, en los interlocutores, y es posible, que sin comprender lo que se trataba, hubiera observado el aspecto enérgico de Horacio y la sonrisa de Violeta en retorno. Una bagatela que pasase á su vista, despertaria sus sospechas, en tanto que lo que no alcanzaba con los ojos, su temperamento dominante y tiránico nunca le conducia á anticipar oposicion á su voluntad. Era esta una peculiaridad bien conocida de los individuos de la familia, y habia creado un hábito de doblez en ellos. Cuando tenian algun proyecto que conjeturaban no era del agrado de su padre, simplemente le ponian fuera de su vista; si los actos de oposicion de este eran desagradables, y muchas veces impertinentes, no por eso se atrevian á ponerse en colision con él; y sin embargo, ningun mandato era menos atendido cuando habia alguna oportunidad de desobedecerle sin temor de descubrimiento.

Esta era la conducta de la casa; engañarle cuando estaba presente y desatender sus deseos en ausencia, con tres escepciones. San Lorenzo, que siempre le guardaba respeto, y que era demasiado orgulloso para ocultaciones; María, que le aborrecia, pero que le prestaba una obediencia rígida, y que consideraba la verdad en general como un deber; y Violeta, que no se podia decir que obedecia á ninguno exactamente, pero que nunca se degradaba hasta el artificio y el engaño.

Lord Staplemore, entonces, como se ha dicho, haciendo uso de la prerogativa peculiar que reclamaba en su círculo doméstico, de desdeñar las leyes usuales de buena crianza, se mezcló en la discusion, que iba en progreso, con una observacion impertinente.

—Conocí mucho á vuestro padre en algun tiempo, Mr. De Lorme, aunque no nos hemos visto desde entonces.

Clarencio dió una respuesta cortés é insignificante.

—Ambos fuimos agregados á la embajada de Constantinopla en el año 17; pero me atrevo á asegurar que me ha olvidado. Generalmente hallo esto mismo en mis amigos. Es la marcha del mundo, Mr. De Lorme.

Lord Staplemore claramente no estaba de buen humor; observaciones de esta especie eran de ello un síntoma invariable.

Horacio, sin embargo, no le conocia bastante para ser sabedor de esto; y con grande inocencia observó:

—No sabia, Lord Staplemore, que habíais estado en Constantinopla.

—Decid, Mr. Ferrers, añadió Lord Staplemore, ¿por qué lo debíais saber? ¿Por qué todo el mundo ha de saber que estuve en Constantinopla? ¿Estoy obligado á

traer prendido con alfileres un rótulo en la espalda para dar noticia de haber estado en Constantinopla?

Horacio fué completamente cogido de sorpresa. Percibió que habia ofendido en una forma ú otra, pero no podia saber en qué. Tenia un vaso de champagne en la mano en este momento, que estaba á punto de llevar á los labios; pero suspendió el movimiento y miró de hito en hito á Lord Staplemore, como si quisiese leer en su semblante la interpretacion del inesplicable enojo que habia demostrado. Jorge, que se sentaba al lado de Horacio, y que tuvo un placer de niño de escuela al ver á uno á quien podia decir: «Coge eso,» en este momento le dió un empujon lateral con el codo para manifestar lo que le divertia aquel incidente. Horacio, que miraba en direccion opuesta, y con la atencion enteramente fija en Lord Staplemore, sostenia naturalmente el vaso sin particular cuidado. El codo de Jorge encontró el suyo, y aunque el empujon no fué muy violento, sin embargo, como era inesperado, dió un súbito movimiento al brazo de Horacio, y el vaso, que estaba completamente lleno, vació parte de su contenido en el mantel.

El semblante de Lord Staplemore se puso como una llama; porque este accidente revelaba á las claras á su ojo suspicaz lo que habia pasado. Horacio se ruborizó, y tartamudeó algo no muy inteligible; entretanto que Jorge, viendo á su padre á punto sin duda de hacer alguna observacion desagradable, se reconoció en la necesidad de dar esplicaciones para evitarla.

—Os pido perdon de veras, Ferrers; no sé cómo sucedió esto, pero creo que fué culpa mia; tengo algunas veces una especie de tosco latido en el codo.

—Los que están sujetos á esos desagradables acciden-

tes, dijo Lord Staplemore, mejor estaban en alta mar. No me gustan los modales y hábitos de marinero.

—Una indirecta del Padre Cobos, susurró Jorge á Horacio, intentando aparecer sério hácia el semblante de su padre, y cómico hácia el de su amigo.

—Me parece que vos y yo mejor estaríamos en el Peri.

Horacio, que consideraba estos audibles apartes de mal gusto, se puso mas profundamente colorado, y continuó comiendo en silencio.

Todos en la mesa estaban en estos momentos, ó aburridos ó enojados, escepto el satírico Clarencio, para quien las locuras de los demás eran materia de entretenimiento; el didáctico Sir Geoffrey, que estaba siempre concentrado en su sabiduría; la insensible Lady Morcar, que se ocupaba de la comida; y la frívola Mistress Foresters, que era demasiado superficial y tonta para conocer el carácter de cualquiera cosa que pasase en torno suyo.

Todo, sin embargo, tiene un principio y un fin, y así la comida y sus accesorios enojosos vinieron por último á una conclusion. Pero en una casa como Monte San Lorenzo, la calamidad nunca tiene término; y el cambio de cuarto no es mas que el cambio de la escena del sufrimiento. ¡Sí, del sufrimiento; ni un dia, ni una hora pasaba sin sufrimientos; sufrimiento en medio de la risa, en medio de la salud y mocedad, la abundancia y el lujo! ¡Ay de la afliccion y sufrimiento como este! ¡Ay de aquellos que siembran afliccion, para no recoger cosecha de alegría, sino frutos mas amargos aun que la semilla!

tes, dijo Lord Staplemore, mejor estaban en alta mar. No me gustan los modales y hábitos de marinero.

—Una indirecta del Padre Cobos, susurró Jorge á Horacio, intentando aparecer sério hácia el semblante de su padre, y cómico hácia el de su amigo.

—Me parece que vos y yo mejor estaríamos en el Perú.

Horacio, que consideraba estos audibles apartes de mal gusto, se puso mas profundamente colorado, y continuó comiendo en silencio.

Todos en la mesa estaban en estos momentos, ó aburridos ó enojados, escepto el satírico Clarencio, para quien las locuras de los demás eran materia de entretenimiento; el didáctico Sir Geoffrey, que estaba siempre concentrado en su sabiduría; la insensible Lady Morcar, que se ocupaba de la comida; y la frívola Mistress Foresters, que era demasiado superficial y tonta para conocer el carácter de cualquiera cosa que pasase en torno suyo.

Todo, sin embargo, tiene un principio y un fin, y así la comida y sus accesorios enojosos vinieron por último á una conclusion. Pero en una casa como Monte San Lorenzo, la calamidad nunca tiene término; y el cambio de cuarto no es mas que el cambio de la escena del sufrimiento. ¡Sí, del sufrimiento; ni un dia, ni una hora pasaba sin sufrimientos; sufrimiento en medio de la risa, en medio de la salud y mocedad, la abundancia y el lujo! ¡Ay de la afliccion y sufrimiento como éste! ¡Ay de aquellos que siembran afliccion, para no recoger cosecha de alegría, sino frutos mas amargos aun que la semilla!

CAPITULO XVIII.

Mr. Morland habia salido completamente chasqueado. Clarencio no habia hecho gran caso de Ester, habiendo al parecer dirigido su atencion algun tanto hácia Violeta. Meditaba Mr. Morland en este imprevisto estado de cosas, despues de dejar el comedor, y se habia parado á hacerse algunas consideraciones poco consoladoras en la galería de pinturas antes de entrar en el cuarto tocador, cuando su espíritu por ningun sentido fué mas animado con la primera observacion de Clarencio al encontrarle en aquel sitio.

—¿Puedo saber quién es esa reina de las flores que se sentaba á vuestro lado en la mesa?

—Oh, sí, no hay inconveniente, respondió Mr. Morland forzando la risa y separando sus ojos de un cuadro que habia estado examinando en los últimos minutos; ya pensé en vos (esto era verdad), y me reí grandemente en mi interior (esto era todo menos verdad); es una figura curiosa, ¿no es cierto?

Mr. Morland al decir esto se hacia el desdeñoso é indiferente.

—Habeis disimulado perfectamente vuestra diversion, replicó su amigo. Me habia imaginado (no fué mas que una fantasía, por consiguiente), que vuestra vecina mas

bien os enojaba que entretenia; pero os ruego que digais ¿quién es ella? Nada en parentesco ni querido para vos, espero.

—Oh, nada mio, soy feliz al decirlo, respondió Mr. Morland; y pocas noticias por cierto puedo daros acerca de ella, mas que su nombre es Mistress Foresters y madre de Mistress San Lorenzo.

—¡Qué diferentes son madre é hija! dijo Clarencio. ¿Pero no puede Mr. San Lorenzo persuadir á su suegra que se haga menos notable? Me parece que si estuviera emparentado con tal figura de fantasía, me tomaria la libertad de suprimirla enteramente. ¿Cuánto hace que está aquí?

—A la verdad que apenas me acuerdo (Mr. Morland habia contado los dias incesantemente); sobre una semana, sospecho, ó por ahí.

—Es muy buen modo de proceder, por cierto; pero puedo decir que si estuviera casado, no me conceptuaria en la obligacion de adoptar los parientes de mi esposa. Es una cosa séria casarse con toda una familia, particularmente si no quieren vestirse con juicio.

—Convengo con vos enteramente, enteramente convengo con vos; es esa exactamente mi idea, dijo Mr. Morland.

—Mistress San Lorenzo tiene un estilo de belleza, que es singularmente fascinadora, observó Clarencio.

—No mucha espresion, replicó Mr. Morland, que estaba con grandes deseos de saber lo que su amigo pensaba de Ester.

—Es una cara que no necesita espresion, dijo Clarencio.

—Así es, así es, opino del mismo modo; pero ha-

llareis, si la hablais, que se le ocurre muy poco.

—No necesito hablar con ella, replicó Clarencio, puesto que es placentero mirarla.

Al llegar aquí hicieron una pausa, y Mr. Morland de nuevo esperó que hiciese alguna alusion á Ester. Pero no; Clarencio continuó:

—¡Qué hermosísima es Miss Mandeville!

—Sí por cierto, muy fina muchacha, dijo Mr. Morland con aspecto distraido.

—Algo mas, añadió Clarencio.

—Oh, decididamente, replicó Mr. Morland; muy sorprendente.

—¡Sorprendente! sí, así la juzgo yo, repitió Clarencio; es bella. Pocas veces he visto una mujer tan bella.

—Así es, así es, replicó Mr. Morland; convengo con vos en eso.

Era difícil que Clarencio dijera nada en que Mister Morland discordase. Entretanto este sufria intensamente, y su titulado amigo lo conocia y se gozaba en ello. Clarencio era suficientemente penetrante, y Mister Morland suficientemente transparente para que aquel dejase de ser conocedor del objeto de este. En algunas personas influyen los deseos, perspectivas y esperanzas de otros, entretanto que en muchos el efecto es contrario. Emilio pertenecia á esta clase. Si estuviera en el caso de Clarencio y percibiera las mal disfrazadas esperanzas de Mr. Morland, hubiera sido completamente suficiente para conducirlas á su completo desengaño. Clarencio, sin embargo, era frio calculador, y no estaba sujeto á semejante debilidad. Por eso sus intenciones, si abrigaba algunas, no las afectaban, cualquiera que

fuese su conducta, los evidentes deseos de Mr. Morland.

¿Y cuáles eran los deseos de Ester entretanto? Tambien ella estaba engañada sin duda. Ester queria casarse, y lo deseaba de una manera deliberada y concienzuda; lo deseaba con el espíritu de los que desean mejorar de condicion; es decir, era, aunque un fuerte deseo en ella, un deseo pacífico y calculado, mantenido en medio de la consideracion de las ventajas que le reportaria semejante cambio de estado. Ester no tenia románticos ensueños de amor ni dulces visiones de felicidad doméstica. Su objeto era acrecentar sus materiales goces y egoista comodidad, y ocupar una posicion mas conforme á su intenso amor de sí misma, que el de una jóven, miembro de una dilatada familia. A Ester no le agradaba su casa; el gran número no es á propósito para el egoismo. Conocia que constantemente estaba en el caso de privarse ó sacrificar sus gustos, comodidades ó consideracion en provecho de otros. No se cuidaba mucho de la admiracion general, pero sí de ser la primera persona en su propia é inmediata esfera. En lenguaje claro, deseaba tener casa propia, y carruaje, y criados propios. Podia parecer este un deseo vulgar, y Ester no hubiera querido oir sus sentimientos vestidos en tan comun lenguaje; pero el hecho era así. Por eso se puede concebir fácilmente que no queria hacer lo que se llama una mala boda. El matrimonio combinado con la pobreza, ó aun con lo que usualmente se dice, lo necesario, no tenia atractivos para ella. Una boda que el mundo calificara, si no de espléndida, á lo menos de buena, y que pudiese aumentarle sus goces de egoismo, era la perspectiva mas moderada que podia contemplar.

Aquí estaba, pues, el secreto de la discrecion, prudencia y propiedad en la conducta de Ester. Deseaba casarse, y casarse ventajosamente; y sin mas pasion que su egoismo, nunca estaba fuera de aviso, nunca olvidaba su propósito, le seguia tranquila, consecuente y perseverantemente. Clarencio reunia todas las ventajas sociales que ella apetecia; un indescriptible algo en sus maneras habia dicho á Ester, en el primer encuentro, que hiciera una impresion agradable. Sabia además que Clarencio habia alabado su presencia personal antes de buscar su conocimiento, y que habia aceptado con presteza el convite de ir á Monte San Lorenzo. Añádase á esto que corria la voz de que pensaba sériamente en el matrimonio, y se verá que Ester tenia algunos ligeros fundamentos de esperanza en este concepto.

Fácil será concebir, por consiguiente, que vió con enojo considerable que la atencion de Clarencio se monopolizase al parecer por su mas brillante prima, y que de cualquier modo su conversacion se dirigiese principalmente á esta. Ester, sin embargo, era demasiado perseverante, cuando estaban por medio sus intereses, para abandonar cualquiera cosa con ligereza, y demasiado prudente para perder sus restantes probabilidades revelando su genio, que la haria abandonar el propósito. No necesitaba de un grande esfuerzo para obrar de esta suerte, porque el mal humor de Ester era siempre voluntario; era el fruto de la malicia, no de sorpresa ó pasion. Podia reprimirse siempre, y obrar friamente, cuando le convenia obrar así. Recuérdese tambien que todo el asunto giraba sobre una mera especulacion; el corazon no estaba interesado, porque apenas es necesario decir que Ester estaba enteramente indiferente res-

pecto de Clarencio. Podia por tanto hacer una tentativa; si salia fallida, no quedaba peor de lo que estaba antes; podia ganar mucho, y no podia perder nada.

Además, la observacion de Ester acerca del mundo, le habia enseñado varias cosas que notaba, atesoraba, y cuidadosamente obraba conforme á ellas. Uno de los resultados de esta provechosa observacion era, que los hombres hablan á una persona y tienen propósitos respecto de otra, especialmente cuando sospechan que pueden ser el objeto de especulacion por sus sociales circunstancias, y cuando toda su conducta, todas las miradas y palabras están espuestas á la observacion de toda una familia.

—Mr. De Lorme, decia para sí, puede, en resúmen, hablar á Violeta y dirigir su observacion hácia mí. Tendré cuidado á lo menos, para no revelar mi interés por cualquiera descuido ó indiscrecion. Tendré cuidado de formar un objeto satisfactorio y agradable en un rincon del cuadro, al cual puede dirigir su atencion, aunque no sus ojos.

Y así Ester, en lugar de dar á conocer la amargura de un desengaño, en lugar de confesarse vencida por aquella especie de mal contento y desagradable silencio á que se entregaba en compañía de personas á quienes no deseaba agradar, se esforzaba en estar alegre y conversar tranquilamente con cualquiera que tuviese al lado, y dispensar con gracia moderada sonrisas que, si no tan encantadoras como las de Violeta, tenian, en las ocasiones que en su concepto merecian la pena, cierta finura y encanto peculiar. Entretanto Clarencio posiblemente se imaginaba obrar con perfecta discrecion. Posiblemente imaginaba que por su cautelosa conducta

ocupaba una posicion ventajosa, desde la cual podria observar estrechamente á una persona que, completamente descuidada y fuera de aviso, no podria menos de revelar su verdadero carácter á un ojo tan penetrante como él estimaba el suyo. Pero cuando el disimulo encuentra con el disimulo, y el artificio con el artificio, los hombres deben ceder la palma á las mujeres; ellos deben persuadirse de ser la parte que pierde. Cuando una mujer ha resuelto fingir y engañar, halla en sí misma un talento natural para ello, que el hombre rara vez posee, aun cuando le procure; y así la inesperta jóven puede resistir la lucha con el hombre mas práctico del mundo. Clarencio veria en Ester lo que esta queria que viese; ni mas ni menos.

Entretanto Violeta está al piano. Clarencio en pié á su lado dá vuelta á las hojas, señalando las canciones que mas le agradan, y hablando de los celebrados cantantes de la ópera que lucen en el dia su habilidad. Clarencio no tiene el talento ni el gusto esquisito de Horacio para la música; pero tiene bastante para conocer qué es lo que debe admirar, y sabe además lo que se admira en el mundo; puede hablar de la materia con un poco de pericia por lo oido á otros, reclamacion que no hacia Horacio, y con pretensiones considerables, que no convenian al carácter de Horacio. En resúmen, este parecia eclipsado; habia resignado su puesto sin esfuerzos; en primer lugar, porque no era de su genio disputar por nada; y en segundo lugar, si hay necesidad de segunda razon, porque juzgaba no tener derecho á disputar. ¿Qué era él para Violeta, y qué Violeta para él, para que temiese un rival, ó disputar con ninguno como rival? Tales pensamientos pasaban por su mente.

No tenia derecho á amar; entonces, ¿por qué estaba celoso? Ah, sí, ¿por qué estaba celoso? Porque amaba sin tener derecho para ello. Entonces, ¿por qué sufria á otro tomar su puesto antes de probar si podia retenerle? Porque así como amaba sin títulos para amar, así amaba sin esperanza.

Horacio estaba entregado á una apacible tristeza, porque su temperamento apenas nunca se escitaba. Se ocupaba en volver las hojas de un anual cómico, mas por hacer algo que por el interés que tuviesen para él las páginas sobre que tenia puestos sus ojos, cuando Ester, viéndole desocupado, y teniendo un doble objeto en atraerle, le suplicó, con mucha naturalidad y buen humor, que le esplicase uno de los juegos de náipes con que los habia divertido una de las noches anteriores.

—Bien sabeis, dijo, que casi os comprometísteis á enseñarme uno, con la condicion de guardar el secreto.

Horacio, que siempre era complaciente, accedió de muy buen grado, y Ester eligió una pequeña mesa para escena de la operacion, algo aparte del resto de la concurrencia, pero á la vista de Violeta y de Clarencio.

—Oh, sí, veamos, dijo Emilia; será muy divertido.

Fué seguida de Federico Morcar, quien declaró enérgicamente que debia ser un juego muy hábil para que le confundiera, y que se proponia descifrarle con tal de hallarse lo bastante cerca.

—Así lo imagino, murmuró Emilio para sí. ¿Y quién no lo imaginaria? Algunas personas están tan orgullosas de probar que un juego es lo que pretende ser, como si descubriesen un acto de impostura.

—Quitaos allá, no quiero á ninguno de vosotros aquí, dijo Ester; porque Ferrers no ha prometido manifestarle á ninguno mas que á mí.

Emilia se separó con repugnancia, lo cual produjo un movimiento de Federico, y Emilio por su parte tuvo cuidado de no mezclarse en las tretas de Ester.

Así, dejada sola, Ester no tuvo dificultad en retener á Horacio donde ella queria. No habia allí ninguno; en efecto, mas fácil de retener, pues que rara vez hacia un esfuerzo grande para variar de situacion, aun cuando tuviese motivos para desearla, que no existian en el caso presente.

Ester salió bien con su plan. Violeta, divertida al principio con el recien venido, empezó á echar de menos á Horacio, á quien apreciaba mas, y cuya admiracion silenciosa y halagüeña se le habia hecho mas necesaria de lo que quizá ella se imaginaba. No le hubiera echado tanto de menos á haberle visto desocupado y no entretenido; pero al lado de Ester parecia mas dulcemente acomodado al nuevo órden de cosas. Tambien Clarencio á veces dirigia una mirada en direccion de aquel *tête-à-tête*.

Ester ponia esmero en no aparecer ocupada con cosa equivalente á una coquetería, sino de presentarse con apariencia de buen humor y de estar agradablemente divertida; sostenia aquella animacion en Horacio para llamar toda la atencion que era compatible con el estado de su espíritu. En efecto, Horacio, así como nunca estaba en aquel estado esterior de gozo con que se señalan los espíritus enérgicos, así tampoco por otra parte, á no ser para un hábil observador, comunmente manifestaba otra cosa notable en el terreno de la depresion. El ca-

rácter influye en gran manera en estas visibles alteraciones; y el carácter de Horacio era perfecto, en tanto que tal epiteto puede aplicarse á un mero don de la naturaleza, porque la dulzura en él era una propiedad, no una virtud.

Violeta se levantó por último del piano, y antes de unirse á la concurrencia que se hallaba en el centro de la habitacion, dió una vuelta hácia el lugar donde estaban Horacio y Ester.

—Supongo que no se nos permitirá mirar, dijo á Horacio con aquella usual seductora sonrisa que hasta entonces habia obrado en él como un hechizo.

Sonrióse Horacio levemente en retorno, pero no dió respuesta.

—Oh, no; verdaderamente no puedes, esclamó Ester, ó la habilidad llegará á ser tan comun que no valdrá nada, y no podré hacerle, como pienso, cuando Ferrers no esté aquí.

Al decir esto cubrió los náipes con sus dos pequeñas y preciosas manos, y mirando con sencillez y animacion pueriles al semblante de Clarencio:

—Vos, Mr. De Lorme, dijo, sois el que particularmente no debeis mirar, porque os tengo miedo; vuestro semblante demuestra que le quereis resolver.

Clarencio replicó con una sonrisa agradable.

—Debeis daros prisa á aprenderle, Lady Ester, replicó Horacio, si os quereis perfeccionar antes de mi partida.

—¿Nos dejais, Mr. Ferrers? preguntó Violeta.

—¿No es tiempo ya? replicó Horacio; y despues bajando la voz añadió casi para sí: debí haber marchado mas pronto.

—Mi querido Horacio, ¡qué absurdo, pensar en dejarnos tan pronto! dijo Emilio á su amigo conversando en la escalera cuando iban á acostarse. ¿Cómo se os ha puesto esa idea en la cabeza?

Horacio bajó la vista sin dar respuesta.

—¿Estais cansado de nosotros? preguntó Emilio.

—No por cierto, replicó Horacio.

—¿Creeis que nos hemos cansado de vos? dijo Emilio riéndose.

—No, no, replicó Horacio; pero ya hice una larga visita. Si la casa fuese vuestra, Emilio, no tendria escrúpulo; pero para vuestro padre, bien sabeis que yo era un estraño hasta que vine aquí.

—¡No seais insensato! respondió Emilio; todos vienen á esta casa y se van cuando les place; ¿por qué molestais la cabeza por causa de mi padre? No me cabe duda que el motivo es haber estado desagradable con vos á la mesa; pero es igual con todos cuando ha tomado algo de confianza. Tened entendido que apenas se acuerda, cuando no os vé, de si estais ó no en la casa. Esto no es muy político, pero es la verdad.

Era parcialmente cierto con respecto á Lord Staplemore en general; pero estaba muy lejos de ser este el caso en él de una manera completa é invariable. Cosas y personas podian escapar de su noticia dias tras de dias, ó podian, por alguna desgraciada circunstancia, venir á ser un motivo de sospecha ó desagrado en un momento. Horacio con dificultad podia evadirse de ser un objeto semejante, y una especie de instinto parecia haber puesto al jóven en guardia. A no haberle usurpado Clarencio su puesto acostumbrado cerca del piano aquella noche, lo cual le habia separado de Violeta, la

idea incipiente que la mirada interceptada á la hora de comer se habia despertado en la mente de Lord Staplemore, hubiera seguramente madurado en una sospecha activa para tomar algunas medidas con objeto de asegurar la partida de Ferrers antes que él abandonase la casa; pero la medio despertada idea habia muerto por falta de algun incidente que sirviera para mantenerla ó confirmarla.

—Me parece que vuestro hermano vió el caso de una manera distinta, replicó Horacio; sin embargo, puedo ser demasiado susceptible, y nada me atrevo á decir respecto de la intencion. Pero me ha puesto en un estado inquieto, á lo cual doy en efecto mucha importancia, y á la que no hubiera aludido sin la iniciativa de vuestra parte. Encontré aquí con un bondadoso recibimiento; hice una larga visita; y como vuestro padre deja mañana á Monte San Lorenzo, es tambien una oportunidad natural para mi partida.

—No molesteis vuestro cerebro, replicó Emilio, respecto de la opinion de Jorge. Es cierto que mi padre le dirigió una indirecta, lo cual hace comunmente cuando ha estado aquí algun tiempo; habreis observado seguramente que no puede sufrir á Jorge. Se cansa de él despues de algunas semanas; es, en efecto, el único de sus hijos que, casado ó soltero, no puede tener por suya esta casa todo el tiempo que le agrade sin escitar observaciones por el estilo.

—¿Cómo es eso? dijo Horacio; ¿qué puede ver desagradable en Jorge? Está siempre de buen humor y es bondadoso.

—¿Qué vé mi padre desagradable en él? replicó Emilio prontamente; poco conoceis á mi padre, ó de otro

modo no lo preguntaríais. En primer lugar, le desprecia y le conceptúa loco; y mi padre abate todas las cosas que desprecia. En segundo lugar, Jorge es independiente, y es otro motivo por el que le aborrece, pues no puede por lo mismo hollarle lo que él desea. Mi padre es tiránico y no tolera á ninguno que no esté bajo su férula. Esta es la razon por qué amima los niños y se opone á los adultos.

—¿Cómo llegó Jorge á ser independiente? preguntó Horacio.

—Tiene algun dinero que le dejó mi abuelo materno, dijo Emilio, que le amaba mucho siendo niño, y además era su padrino. Esto habilita á Jorge para tener ese pequeño yate; mi padre no le dá un penique. Además, debo deciros, que se propone no hacer caso de la insinuacion, porque mi padre se marcha mañana hasta el baile de Portmore, y Jorge piensa permanecer hasta entonces. Así que, si él no hace caso de una insinuacion positiva, debo aconsejaros que no procedais conforme á la vuestra imaginaria. No se espera que nadie parta con motivo de la ausencia de mi padre. De Lorme se queda hasta el baile; ¿por qué no habeis de hacer vos lo mismo?

Horacio, despues de una pausa, manifestó á Emilio que lo pensaria y reconciliaria su mente; con lo cual los dos amigos se separaron para pasar la noche.

Horacio se acostó, pero no podia dormir; su cabeza estaba en un estado demasiado grande de desórden. Sufria los tormentos de la irresolucion; algo interiormente le amonestaba á dejar á Monte San Lorenzo. El pequeño incidente que habia ocurrido á la mesa, y que le habia sugerido el temor de que su permanencia era inconve-

niente, no era el único objeto que ocupaba su alma, y que producia el motivo de su partida. Una combinacion de circunstancias habian obrado en él, y en parte abrian sus ojos á una perspectiva mas verdadera de su presente y peligrosa posicion y evidente deber.

La conducta mas franca de Violeta, si por una parte habia animado y desarrollado mas ámpliamente sus sentimientos hácia ella, por otra los habia llevado en su mente á mas dilatado relieve; aquel dia habia hecho el trabajo de muchos dias. Violeta, llena del indecible placer de que gozaba, é incapaz de confiar su alegría á otro, la sonreia en todas las miradas; y estas sonrisas que hablaban de algun manantial silencioso de felicidad, del cual solamente era conocedor el corazon que en él se alimentaba, no era desconocido para Horacio. El pensamiento, el halagüeño pensamiento de que él era la causa, brillaba en su mente, y en este momento convertia la fantástica admiracion en conciencia del amor. En este pensamiento encantador vivió todo el dia, y no le parecia que habia en el mundo mas que él y Violeta. No miraba á lo pasado, ni al porvenir; no veia mas que una cosa; amaba y era amado. ¿Parecia el dia corto, ó parecia largo? No lo sabia; pero cuando era pasado, parecia corto, mas corto que un sueño, que mientras soñamos toma la longitud de dias y de años.

Y despues vino la noche encargada de destejer la alegre tela que hilara el dia. Llegó un estraño, y Horacio parecia olvidado; el estraño tomó el lugar de Horacio, y Violeta, al parecer, estaba satisfecha y divertida. ¡Oh, era una turbulenta fantasía de su cerebro! ¿Cómo habia sido bastante insensato para creer que Violeta le amaba? Podria reirse de la loca fantasía de la mañana, á no ha-

berse sentido demasiado triste para reir; tan sin fundamento y quimérica ahora aparecia. ¿Y qué, si hubiera sido cierta? Horacio, no creyéndola tal en este momento, su mente se hallaba en un estado mas razonable y mas hábil para apreciar los verdaderos méritos del caso. ¿Adónde iria á parar? ¿Cuál podia ser su esperanza? ¿Adónde volveria sus ojos? Habia llegado feliz; ¿dejaria á Monte San Lorenzo del mismo modo? ¿Debia dejarle pronto? ¿Seria mejor dejarle desde luego? Sus delicados sentimientos le impelian á obrar así despues de la desagradable ocurrencia de la comida. Este accidente vino á llenar la suma de los motivos que le instaban á partir; y bajo estos prudentes y meramente naturales sentimientos, la voz de la conciencia, detenida y sepultada, pero no estinguida, intentó levantar el peso que cargaba sobre ella y darse á conocer; si no fué oida, se hizo sentir á lo menos.

Horacio volteaba en el lecho en febril inquietud; y en estremo cansado, dejó por último la decision para la mañana, en que podia estar mas sereno, y se quedó dormido hácia el amanecer. Es fatal que no nos decidamos cuando tenemos ante nosotros todos los fundamentos necesarios para ello, y cuando conocemos, ó debemos conocer, que nuestras pasiones están fuertemente afiliadas de una parte. Existe una deslealtad en diferir semejante decision bajo algun pretesto falso de fatiga ó consideracion ulterior, porque procede de un pecado de la voluntad.

Sin embargo, una esperanza quedaba para Horacio, porque la mañana podia traer consigo un refuerzo de influencias obrando del lado del deber. Ya se ha dicho que era tarde cuando se quedó dormido; le despertaron

poniendo en sus manos una carta. Era del coronel O'Donnell. ¿Quién que sea impresionable no ha sentido el estraño efecto que unas cuantas líneas pueden producir en la mente? La carta del coronel O'Donnell nada decia á Horacio que este no pudiera concebir que contendria. Estaba escrita en la ignorancia del estado del corazon de Horacio, y fuera de la suposicion de que sus sentimientos habian obrado tan estraña revolucion en aquellos dias. Hablaba de lo pasado y del porvenir con sencilla confianza y con familiar afecto; hablaba de su «querida Rosa.»

Horacio guardó la carta, porque la revulsion de los sentimientos que las imágenes en ella escitadas producian, le vencian y anonadaban. El recuerdo de Rosa, con toda su pueril y dulce amabilidad, vino sobre su cabeza: Rosa, á quien amaba mas que con el amor de hermano y menos que con el de amante. Así lo creia ahora á lo menos.

Nuestro amor por diferentes personas se diferencia como los tonos de diferentes instrumentos, como se diferencia el aroma de diversas flores. Esto es lo que hace dura una comparacion, la cual el sencillo niño se resiste á verificar; esto es lo que existe en aquel afecto esclusivo, imágen en la tierra de el del cielo, y que muere en el corazon cuando en él nace un rival; esto es tal vez lo que nos conduce á creer que porque se diferencia del último, el afecto presente es el mas fuerte.

Horacio amaba como no habia amado antes, y por eso juzgaba que amaba con mas vehemencia. Tal vez amaba mas vivamente. Violeta le deslumbraba, escitaba su admiracion, y obtenia de él una especie de homenaje, que Rosa jamás le habia inspirado; ¿pero la amaba

mejor por eso? ¿Podia el producto de pocos dias poseer la fuerza y realidad que el de años, y que tenia los vínculos de miles accesorios dulces para ligarle á su corazon? ¿No era el actual mas bien un abrumador sueño, brillante, pero imaginario, del que un hombre despierta con su mente como aprisionada por un hechizo, pero que se desvanece tan proto como se pone en contacto con la vida verdadera de todos los dias? ¡Oh, si no fuera mas que eso, y le pudiera sacudir y olvidar, podia volver otra vez á ser feliz! Rosa tornaria á su corazon, si podia desterrar á Violeta de la mente. Si podia olvidarla, podia volver á amar á Rosa como la habia amado. Oh, él la amaba todavía; su querida Rosa, con su blanca é inocente frente y sus negros y amorosos ojos; la amaria otra vez cuando la volviese á ver en el dulce reposo y familiaridad de la casa de su infancia. Oh, sí, allí habia paz, allí habia reposo en sus pensamientos, y no habia conocido paz ni reposo desde que la habia dejado. Queria regresar; queria dejar á Monte San Lorenzo aquel mismo dia.

Volvió á tomar en sus manos la carta, y así como leia, mas fuerza tomaba su resolucion. El coronel O'Donnell decia que los negocios que le habian llevado á Lóndres probablemente le detendrian mas tiempo de lo que esperaba. Por eso le parecia que si Horacio consideraba que permanecer hasta su vuelta seria prolongar demasiado la visita en Monte San Lorenzo, podia reunirse con él en Lóndres cuando lo tuviese por conveniente.

—Si por otra parte, añadia, tus amigos pareciesen deseosos de que permanezcas y no te es desagradable, bien sabes que me complace que consolides tan apetecible conocimiento; pero lo dejo á tu eleccion; si te que-

das me alegraré por tí; si vienes á Lóndres me alegraré por mí propio.

La situacion de Horacio era clara. La proyectada ausencia de Lord Staplemore formaba un pretesto plausible para favorecer la permanencia que se le proponia, y tan conveniente oportunidad de partir no ocurriria otra vez; porque si no dejaba ahora á Monte San Lorenzo, no existia una causa razonable para no permanecer hasta el baile; por otra parte sabia que se esperaba que obrase de este modo.

La mente de Horacio se habia reparado; y al tiempo que rápidamente se vestia bajo la influencia de aquella especie de desasosiego que acompaña á una resolucion tomada de improviso, hasta se alegraba de ponerla en ejecucion. Sentia tambien una especie de gozo en la decision que habia tomado, á la cual por algun tiempo habia sido estraño. Un peso parecia haberse removido de su mente, y los sentimientos é ideas de otros tiempos parecian volver á su imperio.

Hasta aquí todo iba bien; pero Horacio olvidaba dos cosas. Olvidaba examinar su conducta de los últimos dias, y condenarse por ella; y, como una consecuencia de este descuido, olvidaba tambien pedir aquella fuerza sin la cual la nuestra es debilidad. ¿Y por qué sucedia esto, sino porque con el descuido de la confesion habia seguido como consecuencia necesaria el descuido del exámen de sí mismo? Su modo de proceder habia pasado á ser un hábito. Contento con evitar los pecados graves, nunca intentaba conducir su mente ó su imaginacion bajo una disciplina; era naturalmente, como se ha observado, irreflexivo, la criatura de las circunstancias y de las impresiones; la huida de la ocasion del pe-

cado, tan importante á todos, era para tan débil individuo eminentemente esencial; y sin embargo, se habia puesto en el camino del pecado, sin dedicar al asunto un pensamiento. Como no abrigaba ningun designio, así jamás habia pasado por su mente en una forma definida que obraba pecaminosamente en buscar la sociedad de Violeta; esto es, nunca se habia tomado esta tarea, nunca se habia permitido pensar en ella; porque ¿quién puede decir que, como católico, no sabia que obraba mal? Pero el hombre cuando descuida la oracion y el exámen de sí mismo, tiene el terrible poder de conocer las cosas, pero como si no las conociera; así sucedia á Horacio.

Aquella misma mañana, en que estaba dispuesto á mejores procedimientos, habia considerado la transaccion mas con respecto á la paz de su mente, que á otra cosa. Asegurar esta era su principal motivo, no el de agradar á Dios; y así, no se volvió á Dios por ayuda. ¡Qué se podia esperar entonces!

—Es ciertamente una posicion difícil en la que me colocais, Mr. Ferrers, dijo Violeta; una reina reducida á andar mendigando una pareja; y quizá despues de todo no encontraré ninguna.

—Me parece probable que no, observó Ester; el tiempo es tan corto, á menos quizá que Mr. De Lorme quiera tomar la parte de Darnley.

—No tiene el aspecto segun nuestra idea de Darnley, dijo Violeta, á no ser que el traje efectúe una metamórfosis; pero tal vez decline el honor tambien. No quiero las probabilidades de ser desairada segunda vez.

Horacio se sentia confuso y trastornado. Su resolucion, hacia poco tan firme, vacilaba á la primera prueba. Sin embargo, debió haber contado con ella. Sabia que no se le permitiria partir sin ser apremiado á quedarse. A haber sido su resolucion, una sólida resolucion, una resolucion fundada en razon y en principio, no hubiera sido tan fácilmente removida; pero siendo como era el mero producto de efervescencia del sentimiento, estaba sujeta á morir con la causa temporal á que debia su existencia. Sus sentimientos obraban en este momento en otra direccion; y aunque la memoria de su determinacion aun le hacia desear adherirse á ella, sin embargo, miraba en vano en torno suyo en busca de aquella fuerza y valor moral con que se imaginaba provisto no hacia muchos minutos. Las personas débiles siempre imaginan que hay algo de peculiar en las tentaciones á que están espuestas. Horacio se habia creido capaz de resistir á las súplicas de permanecer; ¿pero previó que seria colocado, en el caso difícil de ser acusado de tener mal porte? ¿Y hubiera sido en realidad culpable de alguna torpeza? Y si no lo hubiera sido, ¿no era una ton-

tería atormentarse por aquel futil argumento, tan frecuentemente usado con buena intencion, pero con bondad engañosa é importuna, para inducir á ceder á las personas, bajo el pretesto que de lo contrario lastimarán los sentimientos, ó frustrarán las bien fundadas esperanzas de sus amigos? La idea que Ester habia sugerido diestramente acerca de Clarencio, á quien Horacio aborrecia por instinto, de que ocuparia su lugar si queria aceptarle, y Violeta acomodarse al cambio, que esta no deseaba, vino tambien á conmover su vacilante resolucion; pero mas que todo le movió el imaginar que Violeta deseaba que permaneciera. Creyó ver este deseo penetrando por el ténue velo de la forzada risa que afectaba, y no supo cómo resistir y apenas qué responder.

En tal dilema nada mejor se le ocurrió que dar una especie de contestacion temporizadora.

—No puedo, dijo, ser acusado de rehusar lo que no supe que se me ofreciera.

—Entonces quereis decir, replicó Emilio, que si lo hubiérais sabido no hubiérais rehusado.

—¡Rehusado! repitió Horacio maquinalmente.

—Sí, dijo Catalina; rehusado ser la pareja de Violeta. Vamos, Mr. Ferrers, Violeta espera saberlo.

—Miss Mandeville sabe... replicó Horacio, y dudaba porque apenas sabia lo que queria decir; pero sintiendo la necesidad de decir algo, continuó: Miss Mandeville sabe que lo estimaria como un grande honor.

—Oh, muy bien; entonces no teneis escusa, esclamó Catalina. ¿Oyes, Violeta, lo que dice?

—Ahora la cuestion es probar, respondió Violeta mirando á Horacio, pero hablando de él mas bien que á él, si esa frase es una vulgaridad cortés y sin significado, ó

si es una esposicion sincera. Reconozco, sin embargo, que no estoy dispuesta á sospechar lo primero. Mirad, Mr. Ferrers, añadió; si quereis acreditaros de sincero, debeis permanecer. ¿Quereis?

Y ella sonreia con la confianza de quien conoce su poder y anticipa la respuesta.

Horacio estaba como fascinado. Creia no tener eleccion porque no tenia fuerzas para hacerla justa. Verse suplicado por Violeta á permanecer, y ser la aquiescencia el premio de su buena opinion. ¿Qué podia hacer? ¿Qué hizo?

Permaneció.

¿Y estaba Violeta exenta de censura? ¡Oh, no! ¿Por qué no le dejó partir? ¿Por qué deseó que se quedara? No queria separarse tan pronto de su admirador. Temia que el haberse singularizado con Clarencio fuera la causa de su determinacion, y deseaba borrar la impresion que habia hecho con algun pasajero estímulo para hacerle retroceder. Deseaba en efecto retener su dañoso juguete, y el indiscreto juguete, desgraciadamente estaba demasiado dispuesto á caminar á su ruina.

Una hora mas tarde estaban dos carruajes á la puerta; el uno tirado por cuatro caballos, destinado á conducir al tren á Mistress Foresters y á Clara, y algunas otras personas de la partida que iban á las ruinas; el otro era la silla de Lord Staplemore. Este habia estado algun tiempo en pié ya aprestado para el viaje, cuando Emilia, encontrando á Georgiana en la escalera, le preguntó dónde hallaria á su padre.

—Mejor harias en darte prisa, dijo Georgiana, si has de ir en el carruaje; porque bien sabes que no pueden esperar, y ya ví á la nodriza y al niño bajar ahora.

—No lo creas, Georgiana, replicó Emilia, hay sobrado tiempo; ¿no ves que estoy lista?

Y procedió á atar su sombrero, que se le caia de la cabeza, y recoger su chal, que habia sido echado solamente por los hombros y se deslizaba.

—¿Pero dónde está papá? No le encuentro en su despacho.

—Acabo de oir su voz, replicó su hermana, en el pasillo regañando á Cooper.

—Eso lo siento, dijo Emilia.

—Púf, púf, replicó Georgiana; molesta la cabeza tan poco por ello como Cooper; puedo asegurar que este se rie tan pronto como dá la vuelta su señoría.

—Nada me importa de lo que haga Cooper, replicó Emilia bajando la escalera; pero temo que no esté de buen humor, y no me permita ir con Jorge.

—¿Ir adónde? preguntó Georgiana; no me parece conveniente que vayas á navegar en el yate en estacion tan avanzada del año.

—Oh, ¿por qué no? dijo Emilia. Querría ir, aunque fuera en enero, y en resúmen, no estamos mas que á fines de octubre; pasarémos un mes muy agradable. ¡Oh, será una gran diversion! Espero que no diga que no. Pero papá es tan poco amable algunas veces, añadió abreviando el paso.

—No puedo acertar, observó Georgiana siguiéndola, por qué esperaste á pedirle licencia hasta el último minuto, si estás tan ansiosa de ir con Jorge.

—¿Por qué? ¡Qué estúpida eres siempre, Georgiana! (Esto era muy cierto). Este momento es el mas á propósito; cuando está de prisa, se le puede aturrullar algunas veces y hacer decir que sí, cuando si tuviera mas tiempo

necer hasta el baile, y por lo mismo debia permanecer. Además, ¿qué escusa podia ofrecer al coronel O'Donnell acortando su visita bajo tales circunstancias? De esta suerte Horacio se daba á sí mismo la molestia innecesaria de encontrar razones para lo que ya habia resuelto, simplemente porque era lo que apetecia. Mas así sucede siempre; es un homenaje que hasta los mas abandonados pagan al respeto de sí mismos. Los hombres necesitan persuadirse de que son guiados por motivos concienzudos, aun cuando obren á la faz de la razon y la conciencia contra las demostraciones de la una y las instancias de la otra; deben tener algo respetable con que engañarse en la superficie, y como si fuese en el campo esterior de sus entendimientos; para Horacio no era un asunto difícil, porque moraba en esta region esterior, y raras veces se cuidaba de penetrar en el fondo.

CAPITULO XX.

Los dias se hacian á Rosa muy pesados. Si para Horacio el tiempo se hacia largo por la misma variedad de impresiones ó incidentes escitantes que constantemente le ocupaban, para Rosa aparecia tambien largo por una causa opuesta; pero la longitud la apercibian de diferente manera. En Horacio era un juicio mental por lo que atravesaba; en Rosa era una sensacion de fatiga lo que la afligia. El mismo fenómeno ocurre con respecto al espacio. Un plano invariable, y una igual estension de terreno dividido y subdividido, aparece á los ojos de dimensiones diferentes, y la vista ignorante supone el segundo el mas grande de los dos; pero el viajero que anda su camino por la region primera se queja del cansancio de su monótona longitud, mientras que pisa alegre y ligeramente por el variado paisaje de la segunda.

El dia siguiente de la partida del coronel O'Donnell y Horacio, se hacia á Rosa en estremo fastidioso.

—Y sin embargo, decia para sí, esto no es mas que un dia; ¿parecerán todos tan largos? Pronto, sin embargo, continuaba reflexionando, podré contar los dias que tienen que pasar antes de su regreso, en lugar de contar los que han pasado desde que partieron.

Esto es lo que hace la parte posterior de una ausencia mas tolerable; la primera mitad, es un sentimiento; la segunda, es una espectativa.

¿Y cómo es que Rosa, tan poco há amante del retiro y soledad, estaba tan cansada de la ausencia de algunas semanas? ¿Qué habia dicho ó hecho Horacio en aquellos pocos dias para hacerle acreedor de tan grande afecto? No, no se busque la causa en Horacio, búsquese en Rosa misma. Amamos lo que queremos amar, y esto es lo que nos hace responsables de amar acertadamente. El corazon del hombre, desde que tiene conocimiento de su primer latido, desea con vehemencia la infinita felicidad para que fué criado. El niño la busca en la mariposa, ó grita por ella en la flor que se agita por la brisa en alguna inaccesible altura; como el hombre la sigue en las mas espléndidas chucherías que coloca ante sí como su objeto. La sencilla jóven la busca en su amante, y el hombre no menos loco, la busca en el poder de su posicion, de la gloria y del gran nombre.

Todos, pues, buscan su dicha, por una ley de su ser; y si es un verdadero instinto, como seguramente lo es, buscarla en el amor, entonces deben amar tambien. Pero si el hombre no puede menos de amar, no existe una necesidad que compela á su amor á fijarse en algun objeto que su voluntad, guiada por verdadera sabiduría, no ha elegido libremente. Debe amar, es cierto, lo que juzga que constituye su felicidad; y Dios le ha dado los medios de conocer en qué esta felicidad consiste; pero tiene tambien el poder de engañarse á sí mismo. Si entonces se contenta con algo falso y vacío en lugar de su verdadero bien, es porque él lo quiere, y voluntariamente ciega su propio juicio, para hacer una eleccion erró-

nea. Amamos lo que queremos amar, porque en este nuestro estado de prueba, tenemos el terrible poder de hacer cosas que no nos parecen lo que son, sino lo que pecaminosamente deseamos que sean.

Rosa era singularmente formada para amar; su corazon busca la felicidad en el amor; ó mejor dicho, su corazon siente íntimamente que tal es la ley y el fin de su existencia; además, amaba con aquella profunda devocion, aquella meditabunda ternura que inclina el corazon á un esclusivo afecto, que le inclina á descansar en el objeto amado como en el centro de su felicidad y de su reposo. Son un lazo para el alma cuando estos afectos tienen un fervor intenso, este rico desarrollo; son un lazo, porque durante nuestro dia de prueba puede hacerse una eleccion falsa. Los ojos no ven sin velo todavía la Belleza suprema y el Bien soberano; eligen ó pueden elegir una ficcion; y una vez hecha una eleccion equivocada, ¡cuán duro es al alma separarse del objeto de su idolatría, cuando ha puesto toda su vida y todo su ser en aquel objeto! Pero si una disposicion tal es un lazo por medio del cual cae el alma en la perdicion, si vuelve sus ojos hácia la tierra, es un don inapreciable si por gracia divina oye la voz de un Esposo Celestial, y se abandona á Aquel á quien es debido el tesoro de los afectos, que Él le dió solamente para que en retorno se los volviera. ¡Y qué difícil puede ser este mundo para el alma así constituida! Sabemos que una vocacion es un don libre de Dios, y puede concederle donde menos se espere, y donde nada vemos acorde con ella en la disposicion natural, ó hablando humanamente, que incline hácia ella. Por eso nos es imposible décir de este ó aquel individuo, antes que Dios manifieste Sus inten-

ciones, para qué estado particular de vida Él le ha destinado; pero parece que casi podremos afirmar, que tales personas como las que ya hemos descrito y que no sienten un llamamiento á la vida religiosa, están á lo menos espuestas á un peligro peculiar en el mundo, peligro de que todos participan mas ó menos, pero de que ellos participan mas que menos; el peligro de dar á la criatura el amor debido al Criador. ¡No podrémos, pues, imaginar que aquellas otras, en medio de Su bello amor, poseen frecuentemente su llamamiento, y que son benditas cuando se hallan en este estado!

El corazon de Rosa habia estado en un principio dispuesto á volverse hácia Dios. Su vida retirada habia puesto en su camino pocas tentaciones, y las tentaciones en Rosa provenian mas bien de afuera que de adentro. Tenia un sencillo, puro y amante corazon; no era inconstante; pero era débil, débil cuando era requerida su ternura. Su vida habia estado libre de tentaciones y de esfuerzos hasta la llegada de Horacio; y la medio formada idea, la apenas conocida atraccion de entregarse enteramente á Dios, habia, como hemos visto, empezado débilmente á manifestarse en su imaginacion; quizá el primer susurro de la divina gracia habia empezado á hablar á su alma, y era su estado el de quien está suspenso escuchando aquella voz apenas audible, clara, aunque baja, urgente, aunque suave, cuando la tormenta de la tentacion vino á asaltarla, para ella una tentacion grave; la de desagradar y hacer sufrir á su padre por la primera vez.

Recordemos, en su escusa, que la pobre Rosa, en medio del descuido religioso del coronel O'Donnell, estaba en gran manera privada prácticamente de guia espi-

ritual. No tenia oportunidad de confesion mas que en algunas épocas establecidas. Indulgente como era el coronel O'Donnell en la mayor parte de los casos, sin embargo, Rosa conocia instintivamente que habia ciertos objetos en que una súplica hubiera sido desagradarle; y entre ellos podia calificarse á la verdad cualquiera deseo espreso para multiplicar aquella oportunidad. Portmore distaba algunas millas, como hemos visto; ninguna alteracion en este respecto, por tanto, era posible sin la aquiescencia de su padre; y él estaba cierto de considerar un caso forzado de piedad en su hija, creer que ella estuviera en necesidad de mas ventajas espirituales de las que juzgaba suficientes para sí; porque el coronel O'Donnell, debe decirse, tibio como era, ó mejor dicho, porque era tibio, estaba muy lejos de tener conciencia de cualquiera falta religiosa. Además, estaba en el hábito de mirar la confesion simplemente en su carácter de una condicion necesaria de absolucion. No concebia por qué las personas habian de desear confesarse cuando no tenian pesando sobre su conciencia un pecado considerable, porque nunca juzgara la confesion como medio de avanzar en la vida espiritual; y en cuanto á mas frecuente comunion, como nunca la habia practicado con frecuencia, tampoco deseaba llegar á este caso.

Todo lo que pareciese direccion espiritual, además, no lo consideraba á propósito para cristianos seculares, sino para los religiosos, ó para algunos y especiales casos. Por toda modestia se consideraba limitado á juzgar su propia conducta.

Tal era el tono ordinario de sus observaciones, y Rosa no se atrevia á disputar sobre este punto. Por eso, abandonada á sí misma, incapaz de fortificar su reso-

lucion recurriendo á quien pudiese hablarla en lugar de Dios; descaminada, confusa hasta dudar de sus mismos pensamientos é impresiones, imaginaba, como su padre se lo habia sugerido, haber equivocado su imaginacion estusiasta por la voz de Dios en su alma; y sin nadie á la mano que pudiera con comision divina esplicarle aquellos pensamientos, cedió y cayó. Mas aunque habia algo que la escusaba, nada habia para justificarla. La gracia nunca es escasa en su apoyo; debió haber resistido, y Rosa no resistió. Por tanto pecó, y sufria ahora la pena de su pecado.

Desde el momento que permitió á su corazon volverse hácia Horacio, y á la contemplacion de una dicha mundana, abandonó completamente y sin reserva aquel corazon. Sus afectos humanos no estaban en el camino de Dios; eran barreras é impedimentos en este camino. No buscaba por medio de ellos á Dios, lo cual hubiera sido convertirlos en pasos dorados para llegar á Su presencia. Atendia á los mismos afectos en lugar de atender á Él, queria convertirlos en ídolos de oro, que era abandonar la vision de Su gloria y de Su amor. El amor de Rosa por su padre habia sido una rémora á su progreso espiritual hasta entonces, y lo continuaria siendo, en tanto que no le inmolara á Dios abandonando el mundo. Ahora su afecto por Horacio era peor que una rémora; la habia detenido; el primer paso ya seria un retroceso.

Sin embargo se engañaba á sí misma con la vana idea de que Dios por Su Providencia, le habia significado Su voluntad respecto al estado de vida. ¿Por qué, entonces, decia para sí, me pareció que la pregunta habia sido contestada dos dias antes que Horacio estuviera en esta casa? ¿Por qué surgió un afecto desde luego en

mi corazon, que yo recelaba, y del cual al principio habia cejado, por temor de que fuese desagradable á Dios y contra sus designios? Yo no busqué el afecto, vino á buscarme; y este súbito cambio en mis sentimientos debe ser una señal segura de la voluntad de la Providencia.

Debió Rosa haber considerado que, si voluntariamente nos ponemos en el camino de un cambio de sentimientos, no es una gran maravilla, sino un resultado puramente natural, si estos sentimientos cambian; y que por tanto, en resúmen, lo que habia tenido lugar en ella no era muy estraordinario. Ya abrigaba por el compañero de su juventud aquella tierna amistad que es tan fácil convertirla en amor. No necesitaba mas que el conocimiento de que hacia tiempo era el objeto de un amor aun mas tierno; no necesitaba mas que una corta asociacion, bajo las tales nuevas y escitantes circunstancias, con aquel que de esta suerte la habia mirado, para producir un admirable cambio aquella señal supuesta de la voluntad divina. ¿Y qué habia hecho ella para contrariar efectos naturales, y para conservar la posibilidad de oir la voz de Dios y conocer Su voluntad?

Mientras que Horacio permaneció en Crewe-Hall, Rosa no habia conocido ninguna diferencia en sí misma. Seguia en su oracion y meditaciones acostumbradas; y siendo de una disposicion naturalmente sensible con cierta facilidad para la devocion, no descubrió que habia cambiado hacia Dios, y que Él no era ya la alegría y el lugar de reposo de su corazon. Este descansaba en una criatura, y mientras permaneció la criatura estuvo satisfecho, y no conoció que su satisfaccion ya no venia de Dios. Tan pronto como partió Horacio, sin embargo,

sintió un incómodo vacío, molestia en la mente, ansiedad, zozobra, porque el amor que pertenecia á Dios habia empezado á trasferirle á Horacio; y este amor, que no es otra cosa que el amor de nuestro bien infinito y nuestra felicidad suprema, no perdiendo su carácter, aunque fijo en lo que es finito, no puede tolerar la ausencia de su objeto, aunque sea temporalmente. ¿Por qué así? La ausencia es semejante á la pérdida, es la imágen de ella, y nos dá la prueba de su amargura.

Ahora por la primera vez, Rosa percibió que no sacaba la misma paz y consuelo de sus devociones; que penetraba en ellas cierta distraccion de espíritu; que se levantaba de ellas cansada; que volvia á ellas con apatía. Sin embargo, se engañaba en cuanto á la verdadera razon del caso. Esperaba que la turbacion de su mente no fuese debida mas que á una causa temporal.

—Es natural, decia para sí, que me sienta inquieta; debo, sin embargo, luchar y orar contra esta inquietud; pronto gozaré de tranquilidad y me entregaré con mas fervor que antes al servicio de Dios. Horacio y yo nos animarémos mútuamente á ello; nos ayudarémos á mejorar uno al otro. Cuando mi devocion entibie, la suya se elevará; y si la suya afloja, la mia se escitará de nuevo. Juntos pisarémos la senda de nuestra celeste morada, hasta que nuestros dias se cambien en una eternidad.

Y entonçes Rosa caeria en un dulce ensueño, en que se mezclarian la tierra y el cielo; y hubiera sido difícil decir qué era lo que ocupaba realmente sus pensamientos; si la perspectiva de la felicidad temporal, ó la eterna; era de presumir que la tierra tuviese mas de su parte.

Sin embargo, haciendo justicia á Rosa, debemos decir que luchó contra las distracciones; y dedicaba frecuentemente largas y enérgicas oraciones, para que su estado de matrimonio fuese para ella y Horacio un medio de santificacion. ¿Pero qué, si tal vez no era un estado designado para ella? ¿Aprovecharian sus esfuerzos? ¿Cómo habian de aprovechar? Un gran santo ha dicho: «Si en la cadena de la gracia falta un eslabon, todo es perdido.» Si Dios ha enlazado sus *especiales* gracias en un órden particular, ¿podrémos buscarlas fuera de este órden y esperar hallar algo fuera de Su ordinario auxilio, que El nunca niega? Si es su voluntad santificarnos en un estado particular, ¿podrémos esperar santificarnos en otro de nuestra eleccion? ¿Nos debe acaso Su gracia especial, Su gracia eficaz? A la manera que la limpia y vivificante agua del profundo manantial, estas fuentes de misericordia están colocadas á lo largo de nuestra destinada senda cuando atravesamos este «valle de miseria;» no podemos llevarlas á otro camino. ¡Desgraciado de aquel que ha estraviado su vocacion! Se hallará en una «seca y estéril tierra donde no hay agua.»

Una mañana recibió Rosa una carta del coronel O'Donnell, que leia con mas placer que de costumbre, pues sus ojos brillaban cuando seguian las líneas. Su padre, despues de hacerle una relacion de sí mismo, procedia á informarla de que sabia por Horacio que la esposa de su amigo Mr. San Lorenzo, y antigua compañera de escuela de Rosa, iba á pasar algunas semanas en Portmore. Será, añadia, un placer para tí renovar una amistad de la infancia con una persona con quien tendrás frecuente oportunidad de encontrar en adelante.

Horacio parece que ha sido recibido muy cordialmente en Monte San Lorenzo; y como mi ausencia me imposibilita de visitar á Mistress San Lorenzo, me parece una cortesía en el órden que tú lo hagas. Me atrevo á asegurar que no tendrás dificultad en saber dónde vive, pues lo sabrán en la capilla. Así que, en lugar de volver inmediatamente despues de la Misa del domingo próximo, debes hacerle una visita. Menciona mi ausencia como la razon de no acompañarte.

Rosa estaba llena de gozo. Se alegraba de ver á su antigua condiscípula, de quien conservaba agradables recuerdos. Su vida retirada hasta entonces la habia escluido tan completamente del trato con jóvenes de sus años, que este acontecimiento, á pesar de su poca importancia, era á sus ojos quizá el principio de una amistad. Horacio no era apasionado de Clara San Lorenzo; pero Rosa creia poder darse cuenta del hecho. Juzgaba á Horacio ocupado con el recuerdo de ella, que hacia á las demás sin interés; y Rosa sonreia á la misma idea, en parte porque era una solucion de la cuestion muy halagüeña, y en parte por la vanidad de pensarlo así.—Y además, añadia, Horacio la quiere mas ahora por mi causa.

Al placer de conseguir una amiga, Rosa agregaba otro placer. Mistress San Lorenzo era amiga de Horacio; Clara seguramente le mencionaria y hablaria de él, particularmente, porque acababa de dejarle en Monte San Lorenzo; le alabaria probablemente, y Rosa se sentaria al lado de Clara y lo oiria y tendria orgullo en todo ello.

—Espero, decia para sí, que no me pondré colorada, porque entonces tal vez sospecharia algo, y no agrada-

ria á papá. Procuraré que no suceda, pero el cuidado suele ser peor en tales casos.

Así discurria Rosa, alimentando su entendimiento con vanas trivialidades de un anticipado futuro, hasta que casi habia olvidado la carta de su padre, que tenia ante sí sin concluir de leerla. Medio avergonzada de sí misma la volvió á tomar, y ahora su semblante desfalleció al llegar al fin.

—¡No vuelve, esclamó, hasta fin de octubre! Este es á la verdad un contratiempo.

Leia la frase otra vez y reflexionaba todas las palabras.—«Mis asuntos harán mi vuelta imposible hasta el fin del mes. Veo que Horacio ha recibido una invitacion muy agradable de prolongar su visita en Monte San Lorenzo hasta el mismo tiempo, que los acompañará al baile fantástico que vá á tener lugar en Portmore; así no tendrá necesidad de unirse á mí en Lóndres. Deseo regresar á tiempo para llevar al baile á mi querida Rosa; porque aunque sé que nunca está ansiosa de diversion alguna del mundo, y siempre me dice que no la apetece, sin embargo, como es una novedad de brillante perspectiva, desearia darle este placer.»

Otra vez Rosa volvió á dejar la carta. Acosaba un sentimiento frio su corazon. El contratiempo se hacia en su mente mas grande de lo que exigia el caso. En resúmen, el regreso de su padre y Horacio se diferia á lo mas por quince dias mas allá de lo que ella esperaba. ¿Qué habia, pues, en esta circunstancia para escitar el indefinible sentimiento que esperimentaba? ¿Y por qué su principal causa la ocasionaba el que en lugar de reunirse Horacio con su padre en Lóndres, permanecia en Monte San Lorenzo? ¿Era porque juzgaba que la compa-

ñía seria un consuelo para su padre? Rosa se alegraria de creerlo así; porque el egoista sentimiento de que tal vez á Horacio le parecia el tiempo mas corto y menos cansado en medio de compañía y diversiones, que á ella en su soledad, le rechazaba como indigno. ¿No debia regocijarse de esta circunstancia mas bien que sentirla? Pero es muy difícil para personas en la situacion de Rosa alegrarse de ninguna cosa por el estilo. Seria una contradiccion completa en el estado de sus sentimientos, y puede decirse por tanto imposible mas bien que difícil.

Despues de intentar en vano regocijarse con la idea de que Horacio pasaria el tiempo mas alegremente que ella le pasaba, empezó á sentir algun reproche de sí misma por haber sospechado que tal pudiera ser el caso. ¿Me harian la compañía y la diversion menos sensible á su ausencia? se preguntaba á sí misma. Lejos de eso; entonces ¿por qué le habré hecho la injusticia de imaginar que surtirá en él un efecto diferente?

Sin embargo, esperimentaba un descontento de que no podia darse cuenta. Se sentia inquieta é incomodada, sin saber á qué atribuirlo. Volvió á coger la carta y á leer el último período acerca del baile.

—Papá no sabe, decia para sí, ni le daré lugar á que lo sepa, porque le disgustaria; pero de una manera ú otra, me parece que estaria contenta de ir á ese baile, no por causa del baile, sino porque me agradaria ver allí á Horacio. Pero no hay necesidad de pensar en ello, añadió; porque ¿qué significa, en resúmen, supuesto que le he de ver inmediatamente que pase semejante diversion?

—¡Oh Rosa, qué cambio se ha verificado en tí, aunque

no tienes conciencia de ello! ¡Qué diferente eres de lo que eras! O mejor dicho, ¡qué semejante á lo que eres por naturaleza; qué desemejante á lo que eras por la gracia!

Era una brillante mañana de un domingo en Portmore. Clara y Mistress Foresters acababan de venir de Misa. La primera, cuya salud habia sido delicada desde la penosa escena que habia tenido lugar entre ella y Emilio, estaba descansando en el pequeño sofá de cerda que adornaba su reducido cuarto tocador. Mistress Foresters se contoneaba de un lado á otro, con la mente al parecer ocupada con algun inaccesible objeto; porque segun mostraba su semblante, no estaba satisfecha, y sus ojos vagaban alrededor del pequeño departamento. Clara apenas la observaba, porque su corazon estaba en otra parte; y aunque sus ojos recibian las imágenes de los objetos esteriores, los veia como si no los viera, porque los ojos de su alma se fijaban en un mundo interior.

—Estoy pensando, dijo por último la ocupada Mistress Foresters, cómo podria proporcionaros mas comodidad, y realmente no sé cómo arreglarlo.

—¡A mí! dijo Clara; mi querida madre, estoy con mucha comodidad. ¿Qué os hizo pensar que no lo estaba?

—Reparad, replicó Mistress Foresters, que aquí solo hay ese miserable sofá; y tú, alma mia, estás acostumbrada á todas aquellas elegantes butacas otomanas y otras cosas de tan delicado gusto de Monte San Lorenzo. ¡Querida mia! ¡qué variedad habia allí, y qué cambio debes esperimentar en este reducido cuarto con su pobre ajuar!

—Yo acostumbraba á aprovecharme poco de la variedad, replicó Clara; porque rara vez me canso, y no me agrada estar sentada. Además, yo vivia enteramente en mi cuarto, como sabeis; y de cualquier modo, madre, añadió riéndose, ninguno puede ocupar mas de un sofá á un tiempo; así que, ¿dónde está el bien de la variedad?

—Eso es absurdo, dijo Mistress Foresters, que no tenia una cabeza muy razonadora. ¡Qué chocante seria un solo sofá en Monte San Lorenzo, donde hay tanta gente y tantas grandes habitaciones!

—Sí, seria quizá chocante allí, dijo Clara, pero no aquí. Tenemos una silla de brazos y un sofá; ¿no es bastante para las dos?

—Sí, pero mira el sofá, replicó su madre, y haz una comparacion entre su contenido sucio y resbaladizo con aquellos asientos de resorte y blandas almohadas. Debes convenir en que hay una gran diferencia.

—Mas quiero un sofá duro que uno blando, replicó la inconvencible Clara.

—Bien, pero, perseveró Mistress Foresters, que habia determinado persuadir á Clara que tenia alguna causa de descontento; no es todo eso; porque considera todo el estilo de las cosas de la casa de Lord Staplemore. Reconozco que me entristecí desde que llegué á este lugar al pensar en la diferencia que notarias.

Mistress Foresters al pronunciar estas palabras miró alrededor del cuarto, el sofá de cerda que habia dado motivo á la discusion, la dura silla de brazos, los vulgares jarros y gigantescas conchas que adornaban la chimenea, y el pequeño espejo redondo con su redundancia de bronce en el marco y falta de azogue del cristal.

—¡El ajuar es tan mezquino como el de un alojamiento!

—¿Qué es un alojamiento? dijo Clara riéndose.

Mistress Foresters no dió respuesta á este incontrovertible aserto de Clara, pero continuó su descontenta revista.

—En resúmen, querida madre, dijo Clara; ¿no es todo eso una fantasía mas bien que una realidad? Concedido que las comodidades son siempre comodidades, y sin cuestionar hasta qué punto es conveniente hacerlas el objeto de nuestros deseos y pesares, ¡no pueden reducirse á una esfera estrecha, y procurarlas á poco precio! ¿No es todo lo demás pompa, alimento de la imaginacion? El mismo peseedor de esos tesoros solo los puede poseer con la vista; no puede sacar nada real de ellos, mas que el mendigo saca cuando mira por la puerta el interior de la tienda de un joyero, y recrea sus ojos en las riquezas. ¿No puede el pobre mirarlas todo el dia si quiere? ¿Y qué hace el poseedor con toda su grandeza? Contemplarlas.

—Mi querida Clara, dijo Mistress Foresters con impaciencia, yo no soy argumentadora; pero cualquiera conocerá que hablas sin fundamento. El mendigo seria infeliz al ver esas cosas bonitas, solo porque no podia decir para sí ó para otros, «son mias.»

—No podria gloriarse en ellas, dijo Clara; no puede hacerlo el mismo poseedor sin pecar; renunció á ello en el bautismo. Pero, querida madre, vos os lamentais de lo que acabo de decir, calificándolo de absurdo; pero no es solo mia la observacion, porque uno mucho mas sabio que nosotras ha dicho ya de las riquezas: «¿qué aprovechan al poseedor mas que verlas con los ojos?» ¿Pero los

católicos debemos pensar sobre su provecho ó su placer? Concédaseles ser todo lo que desean que fuesen aquellos que las quieren ó poseen, ¿qué se sigue de esto? ¡Oh, querida madre, recordemos de qué presencia acabamos de llegar! ¡Recordemos á Nuestro Señor encerrado por Su amor al hombre en el tabernáculo de nuestros pobres altares! ¡Oh, indigna morada para el Rey de la Gloria! ¡Y no deberémos, al considerar Su mezquina estancia, detestar y avergonzarnos de nuestro lujo mas bien que murmurar de nuestra pobreza! ¡Confieso que no puedo concebir cómo la devocion al Adorable Sacramento no limpia de nuestros corazones el amor al mundo y todos sus bienes! ¡Oh, cómo pueden los católicos tener placer en semejantes cosas! ¡Dios nos preserve de tal codicia!

—No necesito que nadie me predique, dijo Mistress Foresters poniéndose colorada, y con el aire del que está algo descontento.

A esto siguió una pausa, porque Clara no dijo mas, y Mistress Foresters se asomó á la ventana. Mistress Foresters era naturalmente de buen corazon, y aunque algunas veces se enfadaba entregándose á una pueril y querellosa impaciencia, era por lo regular de buen humor. Además, era muy amante de la conversacion para estar mucho tiempo enojada, aun dado el caso que su temperamento fuese dispuesto á permanecer en este estado. Por eso no pasó mucho tiempo antes que volviese á empezar sus pasajeras observaciones, como si nada hubiera sucedido que la enojara.

—Me he admirado, Clara (Mistress Foresters era muy dada á la admiracion), al ver aquel carruaje que se paró á la puerta de la capilla cuando nosotras llegábamos á ella; llevaba un tren magnífico.

Para Clara era completamente inconcebible cómo tales objetos podian ser materia de contemplacion; pero siempre intentaba tomar un interés caritativo, cuando no le podia tener personal, en las conversaciones de aquellos con quienes vivia. Además, no habia observado el carruaje, y por lo tanto se vió obligada á chasquear á Mistress Foresters con esta confesion.

—Niña querida, ¡dónde están tus ojos! esclamó con sincero asombro; era un carruaje verde, la librea de los criados de tela de lana con ribete encarnado; el lacayo... calla, déjame pensar... sí... no, no llevaba charreteras; le observé cuando bajaba del carruaje. Despues ví dos personas que venian dentro; la una era una bonita jóven, y la otra me parece que podria ser su criada, á juzgar por el traje. Cuando llegaron á ocupar su lugar en la capilla, me levantaba yo de la postura de rodillas, y así pude repararlas particularmente. Supongo que la señorita se paró á la puerta á dar algunas órdenes al lacayo, lo que causó alguna dilacion en su entrada.

Clara estaba atormentada, pero nada dijo, y Mistress Foresters continuó:

—Es muy estraño, Clara; pero ese mismo carruaje acaba de pasar por aquí, y despues se paró, y luego volvió á andar como si fuese en busca de algo.

—Tal vez sea así, dijo Clara.

—¡Ahora retrocede! esclamó Mistress Foresters; ¡es cosa rara! Sí, aquí viene; y, ¡oh querida mia, se paró á esta puerta! Tenia yo algun presentimiento. ¿Qué puede ser esto? Clara, oyes, el carruaje se ha parado á esta puerta.

—Bien, madre, me atrevo á decir que es un error, replicó Clara.

Un fuerte golpe siguió á esta observacion. Se abrió la puerta de la calle, y se vió claramente que no era un error, porque la mas jóven de las dos personas se preparaba á descender del coche.

Mistress Foresters solamente tuvo tiempo de echarse una rápida mirada al mezquino espejo, poner una ó dos sillas en diferentes situaciones, en la esperanza de mejorar el aspecto de las cosas, y adaptarse á lo que concebia ser una actitud propia de sociedad, cuando entró en el aposento la persona estraña.

CAPITULO XXI.

Un encuentro de amigos despues de una larga ausencia trae consigo generalmente, en union del placer, algo que puede llamarse una especie de agradable embarazo. Cualquiera que esté acostumbrado á observar y analizar sus sentimientos, tal vez será testigo de haber esperimentado algo de esta suerte. Es difícil, sin embargo, definirlo; su existencia tambien es contemporánea de otras muchas sensaciones urgentes y vivas, y es tan transitoria en su naturaleza, que pasa sin escrutinio para la generalidad; es olvidada ó desapercibida. Este sentimiento de estrañeza se acrecienta indefinidamente donde se ha suspendido toda comunicacion. En este caso hemos perdido el hilo de la vida interna á lo menos, si no la esterior, de nuestro amigo; parecemos aun tan inclinados como siempre con el amigo de anteriores dias y años, pero con dificultad estamos seguros de si le conocemos tan bien al presente, y le miramos ansiosa é inquisitivamente para ver si realmente es amigo ó un estraño solamente.

Pero si la comunicacion interrumpida es suficiente á crear este sentimiento, con mayor razon se crea en el encuentro de aquellos cuya amistad está limitada á los años infantiles. Un período diferente de la vida ha ve-

nido á ocupar su turno; ha nacido otra clase de ideas; la misma apariencia esterior se ha trasformado. Tales encuentros traen consigo una graciosa rudeza; los amigos piensan que deben conocerse uno á otro, se han conocido en efecto en otro tiempo, y ahora aparece que no se conocen tan bien, hasta que algunas talismánicas palabras ó reminiscencias de otra edad rompen la barrera, resucitan en los labios la antigua sonrisa, toca otra vez el coro de simpatía, y los reune en algun comun y trivial recuerdo. Esta es la causa de la frase, ¿os acordais? tantas veces repetida en estas ocasiones, por la que buscamos reanudar el hilo roto, entretanto que cada pequeña circunstancia ó lugar llama un recuerdo; los ojos brillan, el color cubre las mejillas, y los corazones mas y mas se acercan y abren uno para el otro.

El encuentro de Rosa y Clara no forma una escepcion en la observacion que se acaba de hacer. Un cuadro precioso era el que presentaban sentadas una al lado de otra, mirándose risueña é inquisitivamente, ruborizándose Rosa, medio por timidez, medio de placer, comunicando el encendimiento de sus mejillas una temblorosa brillantez á sus dulces ojos negros; entretanto que el semblante tranquilo de Clara se iluminaba algunos momentos con un retorno de aquella suelta y espansiva sonrisa de la niñez, que en ella casi habia muerto con los años á que pertenecia. Clara tenia algo mas tiempo que Rosa, y ambas estaban en la flor de su temprana mocedad; sin embargo, Clara era una mujer, Rosa era aun una niña. La belleza de Clara era la de una matrona; la de Rosa, la de una tierna jóven. El tiempo habia empezado temprano á poner su mano refinadora en las facciones de Clara, y á pulimentar la re-

dundante plenitud de la juventud, aquella mano siempre ocupada en cincelar hasta la perfeccion, y que despues cincela tan diligentemente hasta destruir la belleza que ha formado. Sin embargo, todavía estaba en el primer período de su trabajo; todavía la gracia de la mocedad no estaba mas que unida al encanto de la juventud; pero mas que los dos años que separaban á Clara de Rosa, las aflicciones de su vida en la juventud habian dado á aquella la gravedad de la vejez. No habian, sin embargo, entristecido el corazon mas allá de la afliccion mundana, pero habian añadido seriedad á una disposicion naturalmente grave y á un semblante mas que sereno. Clara era dichosa en el amor de Dios, pero no lo era en lo que el mundo llama felicidad. No era feliz como hija, no lo era como esposa; ¿y podria decirse que era ahora feliz como madre? Rosa no sabia esto, pero sentia la impresion de ello, sentia la influencia de aquella superioridad que la afliccion comunica á la persona que la ha sufrido. Rosa, ya en los primeros minutos de su entrevista, casi miraba á Clara con un tinte de aquel respeto que delicadamente colora el afecto de una hermana mas jóven.

Mistress Foresters tenia algo de entusiasmo sentimental, y se olvidó á sí misma, la habitacion, los jarros vulgares y el ajuar sin gusto, en la contemplacion de la dulce pintura que tenia ante su vista. No cesaba de usar el lente, y no faltaban las estáticas esclamaciones.

—Querida, ¡qué encantador! ¡Quién hubiera pensado esto! ¡Hubo nunca cosa mas deliciosa!

Entretanto Rosa, recogiendo sus ideas, se acordó del cortés mensaje de su padre, al cual, dado y recibido, siguió una pausa, porque Rosa creia que bajo otras cir-

cunstancias hubiera sido natural en ella haber aludido á Horacio; pero esperimentaba una timidez insuperable al pronunciar su nombre; no menos temia que Clara le nombrase antes de estar preparada al efecto; y así se sentó dudando de lo que apetecia, y demasiado nerviosa y escitada para conocer lo que apetecia. La pausa fué rota por Mistress Foresters, quien se alegraba de aprovecharse de la oportunidad de buscar una solucion á las dificultades de Rosa.

—Y ahora, Miss O'Donnell, ¿podré ser tan importuna que os pregunte cómo llegásteis á saber que mi hija estaba aquí, y cómo os arreglásteis para descubrirla en este pequeño y estraño lugar? ¿Este cuarto, á la verdad que os habrá sorprendido? Y Mistress Foresters otra vez llamaba penosamente su mente sobre la apariencia del alojamiento, echando una ojeada alrededor del mismo; pero es difícil tener nada decente en este rincon; nada proporcionado, quiero decir. Mi querida Clara no es escrupulosa, no tan escrupulosa como debiera ser; —y Mistress Foresters movia la cabeza hácia su hija con una afectuosa amenaza;—y como necesitaba mudar de aires, se determinó que viniésemos aquí por algunas semanas; y en resúmen, sabeis, Miss O'Donnell, que un corto tiempo de incomodidad es nada, completamente una bagatela; estoy segura que juzgais de esta suerte.

—¿Y cómo supísteis que mi hija estaba aquí? repitió Mistress Foresters, que no habia olvidado su original objeto inquisitivo.

—Me lo ha escrito mi padre, replicó Rosa; él lo supo de Horacio... de Mr. Ferrers, que está ahora haciendo una visita en Monte San Lorenzo.

Rosa quedó aliviada; la primera mencion de Horacio

habia pasado. Sintió, es cierto, algo ligado el corazon, que llevó á sus mejillas un débil encarnado; pero estaba segura de no haber atraido una atencion particular, y quedó satisfecha de su conducta.

—¡Oh, conoceis á Mr. Ferrers, entonces! esclamó Mistress Foresters; ¡Mr. Ferrers es uno de mis favoritos; tan hermoso y de semblante tan dulce, completamente una pintura! Mr. Ferrers está seguro de ser querido donde quiera que vá, y es un grande amigo de mi hijo político. ¡Ah, no hay nada como la amistad!

Y Mistress Foresters parecia dispuesta á ser algo patética á la ocasion. Rosa ahora se ruborizó con el placer de oir á Horacio tan acaloradamente alabado, y se volvió instintivamente hácia Clara, con una especie de espectativa de que esta repetiria la alabanza de Mistress Foresters; pero Clara permaneció en silencio, y su semblante volvió á tomar aquella dulce y tranquila gravedad, que era la cualidad ordinaria de su carácter. Rosa salió por tanto chasqueada; sus ojos, que se habian vuelto con mudo, pero ruboroso llamamiento hácia Clara, ahora se fijaron en un Misal que yacia en las rodillas de su amiga, cuyas hojas empezó á volver esta sin pensar en lo que hacia.

Clara reanudó la conversacion preguntando á Rosa si Mr. Ferrers era su primo, ó tenia con él otro parentesco.

—Parentesco no, replicó Rosa con alguna confusion; esto es, no es realmente pariente mio, pero es lo mismo que si lo fuera. Mi padre fué su tutor; era el hijo de un amigo suyo muy querido, que murió cuando Horacio era todavía niño, y así ha vivido siempre con nosotros.

—Querida, ¡qué estraña coincidencia! esclamó Mis-

tress Foresters; el mismo caso de Miss Mandeville, solamente que ella es sobrina de Lord Staplemore; es muy estraño, ¿no es cierto, Clara?

Rosa estaba confusa, y no podia ver con exactitud en qué consistia la estrañeza, ó qué circunstancia habilitaba á Mistress Foresters para percibir alguna chocante coincidencia en dos hechos tan sencillos é inconexos.

—No, madre, no lo encuentro tan estraordinario, replicó Clara con gravedad; es muy frecuente que los hombres se encarguen de la tutela de los hijos de sus amigos.

Los ojos de Mistress Foresters chispearon con una secreta idea, y parecia colocada en el punto de hacer alguna observacion; pero cualquiera que fuese esta observacion, quedó callada y suspendida de sus labios. Mistress Foresters habia entendido lo que significaba la gravedad de su hija, y respetó su buen sentido y superior discrecion; sin embargo, como la tentacion de murmurar era tan fuerte en Mistress Foresters, permaneció en un estado de duda entre dos fuerzas contendientes; cuando Clara, que percibió el peligro que aun amenazaba, tomó la sabia precaucion de variar de objeto, preguntando á Rosa si queria ver á su niño.

Rosa, por consiguiente, manifestó vivos deseos de verle. En ella era un sincero deseo, y no mero cumplido. Rosa amaba á un tierno niño con la jovialidad infantil que apenas envuelve distincion entre la que inspira una muñeca grande y una hermana menor que se tiene en los brazos, y con la instintiva ternura de la mujer por la infancia sin apoyo.

—Estáte quieta, Clara, dijo Mistress Foresters, no te muevas; á la abuela se le debe permitir traer á su niete-

cito; es muy agradable, añadió dirigiéndose á Rosa, y echando para atrás sus rizos, respecto de los cuales sentia una consoladora conciencia de que el color moreno predominaba sobre el gris; es muy agradable ser abuelita.

Y Mistress Foresters, despues de hacer esta observacion, á la cual Rosa no tuvo respuesta adecuada á la mano, saltó con una ligereza que convenia con el sentimiento.

El tierno niño pronto apareció para producir los desahogos de admiracion y afecto usuales en tales ocasiones. Es muy conveniente que los oidos de los niños de muy tierna edad sean órganos no inteligentes, y que nada lleven á sus misteriosos entendimientos, ó de lo contrario se imaginarian todos infantes, príncipes y princesas, por el amante homenaje con que se ven rodeados, y las alabanzas y caricias en medio de las cuales los arrullan en la cuna. El niño pasó alternativamente de las faldas de Clara á las de Rosa, y el espectador se veria perplejo al verlas sentadas una al lado de otra para decidir cuál era la madre del infante. Si Clara tenia un semblante mas maternal, Rosa desplegaba mas energía en sus amantes demostraciones.

—Oh querida Clara, esclamó Rosa, si fuera mio este niño, le amaria demasiado (hablaba conforme á su naturaleza). ¿No temeis, Clara, que os suceda otro tanto? añadió.

—Sí, replicó Clara dulcemente; lo temo como temo cualquiera ofensa contra Dios. Así es que le pongo en el Sagrado Corazon de Jesus todos los dias muchas veces, donde no temo amarle. En la actualidad, Rosa, me parece que no abrigo el recelo que he tenido antes de aho-

ra de verme tentada á separarle de aquel santo lugar para amarle como mio propio, pues como sabeis, no se debe amar así nada en la tierra. La razon que tengo yo para creerlo, es que María de otro modo no me hubiera permitido ofrecerle tantas veces á mi Dios. Sin embargo, desconfio de mí misma.

Clara quedó en silencio, y parecia haber caido en una abstraccion momentánea. Alguna reminiscencia ó reflexion secreta, alguna oracion interior quizá ocupaba su alma. Rosa tambien estaba pensativa, y las lágrimas llenaron sus ojos al tiempo de besar afectuosamente la mano de su amiga.

—Rosa, dijo Clara, ¿podreis venir á la mision?

—¿Qué mision? replicó Rosa; no he oido hablar de ninguna.

—¿No sabeis que el Padre Silvestre, de la órden de... está para llegar aquí? Comenzará las misiones en la próxima semana.

—Lo quisiera, dijo Rosa, pero desgraciadamente vivo tan lejos; además, papá no está en casa, y solo me dejó licencia para venir los domingos.

—Debo declarar que no soy aficionada á las misiones, ó cosa por el estilo, observó Mistress Foresters; me escitan y me trastornan, y no me hacen bien.

—¡Madre! dijo Clara con voz suplicante.

—No hay que argüirme acerca de eso, replicó Mistress Foresters; bien sabes que no soy argumentadora; pero estoy segura que de cualquier modo no me hace provecho asustarme, y persuadirme que soy muy mala. Estoy por decir que es muy provechoso para pecadores y malvados; pero por lo que á mí toca, quiero la religion de una manera pacífica, y no hacerla materia de

escitacion. Recuerdo la mision que dió aquel Padre Jesuita en una Cuaresma, querida mia. ¿Cómo se llamaba? No lo recuerdo, pero no importa. Mas, bien te acordarás, Clara, del estado en que me he puesto. A la verdad, que si le hubiera oido dos ó tres veces mas, no creo que quedaria hábil para volver á un baile ó una ópera. Vuestro pobre padre, lo tengo muy presente, estaba muy incomodado (aquí Mistress Foresters trató de buscar su pañuelo), y se quejaba de haberse desarreglado su físico.

Clara se ruborizó, pero no dió respuesta; y Rosa, despues de una ligera pausa, preguntó á Clara si seria una accion reprensible ir al baile;—porque, añadia, tengo entendido que hay un baile fantástico á fin del mes en Portmore.

—Estoy muy lejos de censurar á nadie por tal motivo, replicó Clara; pero reconozco que me aflijo cuando las personas concurren con mucha frecuencia á las diversiones. Estad segura que no tengo por un pecado estar presente á un baile, como lo haré en el de que se trata.

—¿Por agradar á otros supongo? preguntó Rosa.

—Infligiria pesar á alguno si no estuviera presente, dijo Clara; de otra manera, mucho mas preferiria hallarme en la capilla. Además, tendrá lugar en la noche de la renovacion de nuestros votos bautismales; siento mucho faltar á semejante acto, pero no puedo menos.

—Tal vez me conceptueis mundana, dijo Rosa, pero algo siento no poder ir á ese baile; si papá estuviera en casa, seguramente que me acompañaria. Jamás estuve en un baile, y quisiera ir una vez, solo una vez.

—No lo sintais mucho, entonces, dijo Clara; porque

si no os divirtiérais pasaríais una mala noche; y si de lo contrario os agradaba, adquiriríais un gusto que no teneis por las diversiones del mundo. Nunca queremos las cosas, querida Rosa, por una sola vez, aunque nos engañamos de antemano con decirlo así. Si las queremos una, quedamos con deseos de la segunda. ¿No conoceis que la naturaleza siempre nos dice: «Solamente una vez?» Pero es una grande aduladora, lisonjera y engañosa.

—Precisamente, Clara, eres demasiado mala, dijo Mistress Foresters de una manera petulante interrumpiendo á su hija; ¿puede nada ser mas inocente y natural á la edad de Miss O'Donnell, que desear algunas diversiones? Es malo que las jóvenes estén encerradas y no vean nada del mundo; y alguna escitacion inofensiva de vez en cuando, estoy segura que á todas nos sienta bien, y nos anima.

Completamente habia olvidado Mistress Foresters que acababa de reprochar cualquiera escitacion de los sentimientos cuando estaban de por medio materias religiosas, y sin embargo, ahora consideraba altamente apetecible que nuestro amor por el mundo fuese algunas veces animado por un ligero estimulante, y por un contacto mas íntimo con él. Clara, sin embargo, no tuvo por respetuoso discutir con su madre. Hubiera sido además de ningun provecho. Mistress Foresters era impenetrable á los argumentos. Se le probaria veinte veces que no tenia razon y que estaba contradictoria consigo misma, lo cual la enojaria, pero no se adelantaria un paso para convencerla. Clara conocia esto, y tenia el suficiente buen sentido y buen carácter para obrar en tal conformidad, y para quedarse callada siempre que

el deber no le impusiese otra cosa, y cuando no habia esperanza de beneficiosos resultados.

—No creo, dijo Rosa, que haya nada posible que me inspire amor por diversiones del mundo. No digo esto por confianza de mí misma, ó porque lo considere en mí un mérito; conozco que son en efecto completamente estrañas á mis gustos naturales. Estoy segura de que nunca me agradarán, por mas inocentes que sean. En cuanto á ese baile, deseo estar presente, no por tomar parte en él, sino como mera espectadora.—Al decir esto, Rosa bajó la vista y se puso colorada, porque su cándida naturaleza se resentia de decir la verdad á medias.

—Me atrevo á decir que presentará una perspectiva brillante, replicó Clara, especialmente para quien no vió antes nada en su género. Estoy muy lejos de censuraros, querida Rosa, por sentir alguna curiosidad de verle, no de otra manera que desearíais ver un juego de títeres; tanto que, si realmente quereis ir, y el coronel O'Donnell no pone reparo en confiaros á mi cuidado, tomaré el encargo muy voluntariamente.

Brillaron los ojos de Rosa al oir este pensamiento, al mismo tiempo que dió á su amiga las gracias por la oferta; pero moviendo la cabeza, replicó:

—Oh, no, me parece enteramente imposible; conozco que papá os tiene en el mejor concepto, pero no estoy en la costumbre de ir á ninguna parte sin él; no le agrada, y así no deseo preguntárselo.... Oh, no, bien sé que no me dejaria, añadió, respondiendo á sus propios pensamientos; tambien porque en tal caso tendria que volver á casa sola por la noche.

—No habria necesidad de eso, dijo Clara, si no poneis reparo en aceptar un pequeño cuarto por esa sola no-

che. Puedo asegurar que mi madre tendrá una complacencia en hallar un sitio para vos.

Mistress Foresters, siempre hospitalaria y de buen corazon, especialmente cuando se trataba de procurar á alguno lo que ella llamaba una pequeña comodidad inocente, secundó con valor la sugestion de su hija, mezclando sus urgentes invitaciones con la apología de lo reducido de la habitacion y las quejas acerca de la dificultad de hallar conveniente acomodo en Portmore.

Rosa dió las gracias á las dos, con el sentimiento en el corazon y en los labios de no poder aceptar la oferta, y se levantó para despedirse. Tanto Clara como su madre, le suplicaron que se quedase á tomar las once; Clara le hizo esta invitacion una vez y su madre diez.

—Gracias, replicó Rosa; Conyers hará falta en casa, aunque yo no; por otra parte estoy atrasando la hora de comer á los criados. Vendré á veros el próximo domingo.

Diciendo esto, dió otro afectuoso beso al niño y á Clara, y despues de despedirse cordialmente de Mistress Foresters corrió la escalera abajo; entretanto, Mistress Foresters con la mayor vehemencia tiraba de un obstinado cordon de campanilla, que dió la menor respuesta posible al mas grande aumento de ejercicio, en la esperanza de que alguien concurriese á la puerta antes de que Rosa llegase á ella; esperanza destinada á ser desvanecida, y cuya desagradable circunstancia formó el objeto de los lamentos de Mistress Foresters por mas de cinco minutos, además de recordar el hecho en ocasiones en el transcurso de la tarde.

Rosa volvió á casa, y pensó mucho en su visita, en Clara y en el baile de Portmore; y cuanto mas medita-

ba, mas ansiosa parecia de estar presente á aquella diversion. ¿Seria posible que su padre consintiese en lo que Mistress San Lorenzo habia propuesto? Temia que no, y repugnaba dirigirle semejante súplica. Seria un disgusto para él tener que rehusar; y Rosa, siempre sensible, huia de infligir penas, especialmente á los que amaba.

Habia, sin embargo, un término medio. Podia Rosa mencionar lo que habia ocurrido, simplemente mencionarlo; parecia natural que lo hiciese, y por consiguiente no podia traducirse en una insinuacion. ¡Oh, no! no lo insinuaria por todo el mundo. Tendria cuidado, por el contrario, de espresarse de un modo que no se conociesen sus deseos.

Pero Rosa, en su ansiedad por el éxito de su pequeño plan, olvidó que la misma falta de alguna espresion opuesta era en sí suficiente indicacion de su deseo para con su indulgente padre, porque indulgente era á la verdad, salvo en un respecto; y por lo tanto los deseos de Rosa, siendo conocidos, cuando no eran de naturaleza religiosa, se cumplian habiendo posibilidad de cumplirlos.

El estremo cuidado con que el coronel O'Donnell habia educado á su hija hasta entonces, no era á propósito para conceder á esta mucha libertad; cuidado fundado en parte en principio, y en parte en aquel peculiar desarrollo de egoismo observado frecuentemente por los padres que, causando en ellos el efecto de mirar á sus hijos bajo el respecto de una especie de estimable propiedad privada, dá á este cuidado algo del carácter de una avara tutela, y aversion á aflojar su vigilancia así que avanza el tiempo. El cuidado es bueno; porque,

¿qué error habrá mas grande que el decir que el oficio de los padres cesa con la infancia? ¿Quién dirá que un padre puede ser demasiado cuidadoso del depósito que se le ha confiado? ¿Y cuán amargos resultados produce frecuentemente una conducta opuesta? Pero el motivo no es siempre puro, y el del coronel O'Donnell no estaba exento de egoismo de una manera invariable. Seguramente que no habia sido demasiado cuidadoso; ó mas bien puede decirse que no habia sido lo bastante; de otro modo jamás hubiera permitido, ó lo que es mas, coadyuvado la intimidad de Rosa y Horacio; pero de hecho era cuidadoso respecto de sí, aunque no respecto de Dios. Así es que cuando otros motivos egoistas pesaban en la balanza, el celo con que hasta entonces habia guardado á Rosa bajo su inmediata vista, daba entrada á la influencia de tales motivos. Su indulgente bondad no hubiera por sí misma prevalecido sobre la regla general que tenia establecida; pero lo que el grande afecto no podia en él, lo obtenia la vanidad mundana. Su deseo por la introduccion de Rosa en lo que consideraba la mejor sociedad, le hacia, aunque con repugnancia, sacrificar la continuidad de su regla, para cultivar las relaciones con la familia San Lorenzo, relaciones comenzadas con éxito por medio de la visita de Horacio. ¡Ah, puede darse una cosa mas vergonzosa que ver á los católicos obrar, como pudieran hacerlo los protestantes, por meramente humanas y prudenciales consideraciones; no pueden caer aun mas abajo que muchos protestantes, que están en la capacidad de elevar sus almas por medio de la individual misericordia de Dios! ¡Qué es de admirar, que los que viven en la tierra de oscuridad y de sombras, se valgan de la pequeña lám-

para de la mundana sabiduría, que arroja un círculo de luz de pocas pulgadas de circunferencia; ó que se arrastren como una luciérnaga en su propia esfera de brillantez, equivocando el resplandor que arroja su naturaleza en los objetos, con la luz independiente de la conciencia! Pero los que han sido admitidos en aquella region de realidades, la Iglesia de Dios, y viven bajo la ancha luz del sol de la fé, ¡no deberian andar, vivir y sufrir «viendo» solo «Aquel que es invisible!» Esto mueve ciertamente á piedad. ¡Un católico mundano! ¡Qué amarga contradiccion en los términos!

Tal era el coronel O'Donnell. Juzgaba á los amigos protestantes un objeto de deseo para sus hijos, en tanto que aquellos protestantes disfrutasen de posicion social, influencia ó algunas mundanas ventajas. Clara, es cierto, era católica, y no podria Rosa hallar mejor amiga; sin embargo, no era esta circunstancia la que tenia algun peso para el coronel O'Donnell: era Clara á sus ojos solamente el medio de introduccion para llegar al resto de la familia. Grande fué el deleite y sorpresa de Rosa cuando recibió el permiso que apetecia, y que apenas se atrevia á esperar. Le fué concedido bajo ciertas restricciones; pero se le concedia absolutamente y sin pedirle. ¿Por qué Rosa se sentia medio aterrada del suceso?

Leyó y releyó diferentes veces este período de la carta: «Deseo mucho, querida hija, que aceptes la muy benévola oferta de Mistress San Lorenzo. Este es un caso de escepcion; porque como regla general, bien sabes que me desagrada aparezcas sin mí en público. Me comprendes, querida Rosa, y espero que tus actos sean conforme á este espíritu. Despues de mi persona no po-

drias, es claro, tener una compañía mas conveniente que Mistress San Lorenzo, y me alegraria de que cultivases su conocimiento; pero recuerda, lo que tu carácter y modestia seguramente te sugerirán, que teniendo tu primera introduccion lugar en mi ausencia, cosa en sí nada apetecible, será conforme á mis deseos que observes una conducta reservada. Prefiero que no bailes, especialmente con Horacio, con quien ni aun debes pasear. No pienso decirle que estarás en el baile, para que no se vea en el caso de conjurar esperanzas que saldrian frustradas. De este modo será para él una sorpresa agradable encontrarte allí. No quiero decir por eso que te prives de hablar á todos con moderacion. Seria para mí, además, un disgusto que se llegase á divulgar tu compromiso antes de anunciarle á nuestros parientes y amigos; y por otra parte, como Horacio acompaña á la familia de Monte San Lorenzo, la cortesía reclama que les dedique la mayor parte de la noche. Fácil te será sugerirle esta idea y mas placentero que si yo le escribiera sobre la materia haciendo de ello un grave asunto. Dios os bendiga á los dos, hijos queridos; deploro el tiempo que tardo en veros.»

—Padre querido, dijo Rosa al cerrar la carta. ¡Cuánto quisiera que asistiérais! ¡Qué bondadoso es siempre para mí! ¡Pero cómo habrá podido pensar que yo deseaba una parte activa en el baile! Seguramente que conoce á su querida Rosa bastante bien para estar cierto de que solo el hallarse presente sin su compañía, será suficiente para amedrentarla. ¿No he sido muy loca en desearlo? Pero estas reflexiones son demasiado tarde; papá lo quiere.

Rosa pudo haber añadido que ella tambien lo desea-

ba en su corazon. Pero la timidez y un vago presentimiento nervioso de que no podia darse noticia, preocupaba su mente hasta el punto de hacerla dudar de su deseo, ahora que estaba á punto de ser satisfecho. Inquieta y mal contenta hasta que obtuvo el permiso, demasiado tímida para disfrutarle cuando le habia ya obtenido, la pobre Rosa era digna de lástima; y así sucede á todos los que no son dueños de sí mismos y están dominados por los locos deseos de sus corazones.

CAPITULO XXII.

Pocos acontecimientos fueron los que hicieron variada la estancia de Clara en Portmore, circunstancia agradable para quien el mundo interior era todo, y las cosas esternas solamente una distraccion; entretanto para Mistress Foresters, cuya existencia estaba todo fuera de ella, la ausencia de la variedad le era cansada y fastidiosa. Estaba, sin embargo, el baile á la vista, y parecian con tal objeto necesarios ciertos preparativos. Esto producia una suma de interés y ocupacion considerables. Las personas vanas, con medios limitados, gastan muchísimo tiempo en tales arreglos; cosa natural, porque la desafortunada desproporcion entre sus circúnstancias y sus deseos, hace difícil de resolver de una manera tolerable el problema de estas exigencias encontradas.

Se ocupaba en su cuarto Mistress Foresters una mañana en la minuciosa consideracion de este objeto rodeada de los fragmentos y reliquias de antiguos atavíos, el resultado de muchos ejemplos de anteriores y penosas combinaciones y adaptaciones económicas. Rechazaba alternativamente algunos por no dar esperanza de utilidad, y ponia á un lado otros para consideraciones ulteriores, mientras que á las veces se paraba á reflexionar

gravemente si deberia decidirse á hacer el consiguiente desembolso, procurándose un traje completamente nuevo. Tan ocupada estaba, que sus oidos, generalmente los mas susceptibles al sonido, y en especial cuando prometia una visita, una carta, ó cualquiera otro cambio, no oyó el de la campanilla de la puerta. Cierto que el tal sonido fuera pequeño y casi dudoso, debido á la debilidad de la mano que le motivara ó á la humildad de la poseedora de la misma, ó á aquella desconfianza tan parecida á la humildad que resulta del hábito de hacerse desagradable ó verse desapercibido, ó de gozar de la libertad de ocupar un espacio como otras criaturas humanas, mas por tolerancia que por tener un derecho inherente para ello.

¡Vergüenza sobre el orgullo é insolencia de los que viéndose prósperos, destruyen el espíritu del que se halla en tal estado dañoso de depresion! No podemos llamarla humildad, porque la verdadera humildad, como todas las demás virtudes, deben practicarse por la voluntad para ser puras; deben ser una ofrenda libre del corazon á Dios, no el resultado de espíritus pequeños, ó de una mente amilanada por la sumision.

Tal, de alguna manera, era la humildad de Miss Trevannion, la visita que, gracias á la ocupacion de Mistress Foresters, Clara tuvo el gusto de recibir á solas. Era por cierto una satisfaccion bien triste, porque Miss Trevannion no tenia nada que comunicar relativo á sí ó á otros que pudiera dar á Clara algun placer.

—He dejado, mi querida Mistress San Lorenzo, dijo Miss Trevannion, así que se sentó en la silla que Clara habia puesto para ella cerca de la suya, he dejado la

familia de Lord Staplemore; y si bien mi partida ha tenido lugar bajo penosas circunstancias, puedo á lo menos decir, ahora que veo claramente mi posicion y no dudo de mi deber, que el hecho en sí mismo ha sido de inesplicable alivio para mí. No podia, sin embargo, dejar el pais sin volver á veros; y me permitireis deciros que sois la única de la familia á quien soy deudora de gratitud.

—No me debeis gratitud ciertamente, replicó Clara, como no sea por mi simpatía y buenos deseos. Quisiera haber podido hacer alguna cosa por vos, mi querida Miss Trevannion, y que vuestra permanencia se realizara para provecho de la pobre Albertina; pero no me asombro, os lo aseguro, de vuestra decision, pues que he admirado la paciencia con que trabajábais en tan ingrata tarea.

—Mi paciencia ha sido por cierto bien tristemente probada, dijo Miss Trevannion, y últimamente mas que nunca. La cabeza de Lady Albertina, como sabeis, no piensa en otra cosa mas que en el baile desde que ha obtenido licencia de su papá para ir y representar el papel de Arabella Stuart en la comparsa de la reina Isabel. Os aseguro que malgasta muchas horas del dia en registrar los libros de costumbres de aquel período para arreglar su traje, ó en entrevistas con su criada y Lady Catalina sobre el mismo objeto. Es imposible hacer nada con una niña que tiene su mente llena de estas cosas, particularmente cuando no teneis un alma que os apoye; porque sus hermanas, aunque la quieren reprimir á veces, no tienen método con ella, y la perjudican grandemente con las conversaciones que sin reserva tienen en su presencia. Añádase á esto que últimamente

he observado una familiaridad atrevida en sus maneras, que no sé cómo caracterizar ni cómo reprimir; solamente sé que no tiene á la niñez por escusa. Mi querida Mistress San Lorenzo, esa desgraciada jóven tiene á la vez las faltas de una niña y de una mujer madura. ¿Creeis que haya nada que pueda corregir una naturaleza tan completamente estéril, y un suelo tan improductivo de algo bueno?

—Sí, replicó Clara, debo asegurarlo; y juzgaria del mismo modo, aunque fuera su naturaleza diez veces mas estéril y mas improductiva.

—Sé lo que quereis decir, añadió Miss Trevannion; pero os aseguro que Lady Albertina es enteramente insensible á todo motivo religioso. Nunca he visto un entendimiento mas muerto para cualquiera sentimiento espiritual, y que mas se rebele contra toda idea de abnegacion de sí misma ó mental disciplina.

Clara se sonrió.

—Mi querida amiga, dijo con gravedad, ¿cómo podria ser de otra manera? ¿No es esa la naturaleza humana, en resúmen? ¿Y qué ha visto ó conocido nunca la pobre Albertina que pueda amar y que por naturaleza no amemos? ¿Esperais que el cardo os produzca uvas?

Miss Trevannion se ruborizó ligeramente.

—Constantemente, replicó, ha sido causa de mis mayores esfuerzos, acorde con mi pobre capacidad, inculcarle los deberes religiosos; y una y otra vez he argüido sobre la materia colocándola en el terreno mas claro para conmoverla. Lady Albertina, puedo asegurarlo, de ninguna manera está ignorante de sus deberes religiosos. Considero esto peor que la falta de educacion que pone á Dios fuera del alcance de la vista; pero hubiera

sido muy reprensible en mí si no Le pusiera ante sus ojos en todas ocasiones.

Miss Trevannion hablaba con calor; Clara puso bondadosa y dulcemente las manos sobre las suyas.—Lo conozco, lo conozco, dijo; no dudo de vuestro celo; estoy persuadida de que habeis hecho cuanto pudísteis. Pero no son los argumentos, no son las palabras lo que falta; lo que falta, mi querida Miss Trevannion, no podeis suplirlo. Echando la tierra del corazon debe descubrirse el cielo. Dios nos ha provisto con la gloriosa vision de Su Reino, Su Iglesia en la tierra, donde habita entre nosotros, y nos impele hácia Él con Su dulzura, y nos habla con cinco voces que persuaden mas que toda la elocuencia (Sus cinco adorables llagas), y nos dá Su mismo cuerpo en el Sacramento de Su amor.

—Yo siempre he enseñado á mi pupila lo que creo sana y Católica verdad, replicó Miss Trevannion con una voz que revelaba alguna mortificacion, y particularmente puse ante sus ojos la doctrina de una Iglesia visible.

—Sí; vos le hablásteis de una Iglesia visible, dijo Clara, ¿pero pudísteis demostrársela? replicó.

—Esa es la antigua historia, replicó Miss Trevannion con un movimiento de impaciencia; es á lo que los católicos romanos recurren siempre como si fuésemos meros protestantes. Dispensadme, pero debo repetir que no nos toca el argumento, y es penoso tenerle siempre sobre nosotros como si lo fuéramos. Estoy pronta á reconocer que el sistema de la Iglesia en muchos casos no se realiza enteramente como fuera de desear; y esta es la desventaja bajo la cual nos fatigamos en Monte San Lorenzo. Pero porque algunos de sus hijos no saben to-

davia cómo elevarse á la altura de sus privilegios, y cómo su madre la Iglesia quiere que vivan, ¿es alguna prueba de que realmente no tienen Iglesia, no tienen madre? No puedo á la verdad decir cuán triste es esto para mí. ¿No me es testigo el mismo amor que yo profeso á mi Iglesia, la Iglesia de Inglaterra, de que no es un nombre, sino una cosa lo que amo?

Clara movió la cabeza.

—No quiero, replicó, afligiros, y especialmente en tales momentos; pero, querida amiga, quisiera preguntaros tan solo: ¿es posible amar un sistema y una asociacion meramente humana, y amarla con calor? Y lo que es mas, ¿es posible invertir este sistema en nuestra imaginacion con un carácter divino? ¿El deseo de fraternidad es tan fuerte dentro de nosotros, que los hombres abracen la sombra de esta fraternidad, y llamen, al sistema artificial por el que esta semejanza de union se efectúa, su madre?

—No soy capaz de responderos, añadió Miss Trevannion, y hallo á la verdad la controversia injuriosa á mi entendimiento. Solamente puedo hacer lo que me parece justo y seguir las vias que me marca la Providencia; y he sido por cierto mas que admirablemente encaminada.

Miss Trevannion quedó en silencio, y habia en sus modales un compuesto de melancolía, secreta satisfaccion y misterio que Clara no pudo aclarar ni penetrar, y así permaneció en silencio tambien.

Ciertamente que aparecia algun cambio en el porte de Miss Trevannion desde el último encuentro de las dos amigas, algo que revelaba una especie de confianza interior, aunque vestida con aquella mente de indócil

humildad esterna que constituye una armadura mas impenetrable á todas las armas que la altivez en su natural y patente forma. Porque ¿qué se puede hacer con las personas que reclaman ser humildes, y piden al mismo tiempo todas las reclamaciones de la razon, so color de su debilidad?

La primera que rompió el silencio fué Miss Trevannion.

—La escena de que fuísteis testigo al dejar á Monte San Lorenzo, que al mismo tiempo fué de gran mortificacion para mí, llevó las cosas á una crísis en mi mente, y ahora doy gracias por ello. Hablé inmediatamente á Lady María acerca de mi deseo de dejar mi puesto. Recibió la intimacion fria y secamente, y escribió á su padre, quien contestó que me ponia en libertad de dejar á Monte San Lorenzo cuando quiera que me acomodase. Era de mi deber hacerlo; y no esperaba por otra parte que se me suplicara á permanecer, y no tenia tampoco deseos de prolongar mi permanencia; pero hallé tanta palidez y frialdad en la indiferencia con que se consintió mi partida, que me hizo sentir verdaderamente cuán abandonada estaba y sin amigos. Nadie espresó el menor interés por mí, ni hizo la menor pregunta, á escepcion, debo decirlo, de Miss Mandeville, que llegó su bondad hasta manifestarme que sentia mi marcha por causa de su prima, añadiendo que creia que yo debia alegrarme de la determinacion que tomaba. Me preguntó tambien si habia oido de alguna otra colocacion.

Los ojos de Clara se llenaron de lágrimas al oir á Miss Trevannion, y la instó afectuosamente á que se quedase con ella en Portmore.

—Tenemos una cama desocupada para vos, añadió; bien sabeis que me daríais un placer en aceptarla.

—Gracias, Mistress San Lorenzo, siempre sois bondadosa, replicó Miss Trevannion; y si no fuera por ciertas circunstancias, me alegraria de aceptar vuestra hospitalidad; pero la Providencia se ha cuidado de mi guarda, y me envia un amigo y un guia.

Y los modales de Miss Trevannion otra vez se tiñeron con el aire del misterio.

Clara volvió á encontrarse descaminada y confundida. Miss Trevannion bajó la vista; y entonces, como si llegara á una súbita resolucion:

—Mistress San Lorenzo, dijo, seré franca con vos; os debo esto en retorno por todas vuestras bondades, y en particular por el interés que habeis tomado en mi bien espiritual. Creedme, os estoy agradecida, y debo deciros que las dudas, recelos y ansiedades, que en ocasiones se introducian en mi mente, relativas á mi posicion, están ahora en reposo. Se me ha manifestado que tales sentimientos no eran mas que la espresion de una intranquila y orgullosa impaciencia, sin armonía con la sencilla senda del deber, signos esternos buscados para apoyar la fé, cuando nada tenemos que hacer para animar esta fé mas que amar y obedecer.

—¿Obedecer á quién? preguntó Clara.

Pero Miss Trevannion continuó sin advertir la pregunta.

—Estoy por decir que me habeis oido hablar del clérigo de la parroquia en que residí durante mi anterior colocacion, Mr. Fairfield.

—Sí, replicó Clara; creo que me habeis dicho una

vez que buscásteis la direccion de él, y que os contestó que no era sacerdote papista.

—Esas fueron sus mismas palabras. En ese tiempo, Mistress San Lorenzo, lejos de tener yo ninguna inclinacion hácia el papismo, como él le llamaba, jamás habia leido un libro Católico Romano, y estaba muy ignorante de las doctrinas de esta Iglesia. Todo lo que sabia y sentia era, que yo no hacia progresos, que mi corazon estaba débil é inconstante, y que aunque mis deseos por la mejora espiritual eran ardientes, sin embargo, mis resoluciones eran débiles é ineficaces. En esta dificultad recurrí á este clérigo, quien personalmente habia sido muy bondadoso conmigo, y le supliqué me concediese de vez en cuando el favor de darle cuenta de mí misma, de mis resoluciones y de mis infortunios, para recibir en retorno su consejo y guia. Su contestacion fué tal como la habeis descrito. Se manifestó un poco divertido y un poco provocado. En medio de mi vergüenza guardé silencio, y me retiré. Por esa misma época cayeron en mis manos algunos libros Católicos Romanos; aquel sacerdote habia escitado mi curiosidad con su respuesta, y los leí. En ellos hallé por cierto, que todos los deseos que él habia calificado de mórbidos y prepostreros, podian hallar su plena satisfaccion en la Iglesia Católica Romana. Aquí me pareció ver todo lo que yo buscaba; y el descubrimiento, lo reconozco, me hizo vacilar. Esto nunca os lo he confesado como ahora.

—¿Y no habeis orado, mi querida amiga, contestó Clara, para obtener la luz que os condujera á ver la verdad?

—Oré con gran fervor, replicó Miss Trevannion, para que Dios me enviase el guia que tanto deseaba y tanta

falta me hacia. No recuerdo que el objeto presente en mi entendimiento fuese exactamente en la forma de buscar la verdad; no tengo genio á propósito para controversias; era mas bien una necesidad insaciable lo que parecia consumirme, por cuya satisfaccion me volví donde quiera que se me ofreciese. Mi oracion fué oida. No puedo menos de sentirlo así, y que el guia á quien tan oportunamente encontré me le envió la Providencia.

Al decir esto Miss Trevannion, bajó aun mas la voz, y continuó: el amigo, el guia de quien hablo es el reverendo Mr. Paulet. En él hallé todo lo que necesitaba, todo lo que con tanta vehemencia apetecia.

—¿Contestó á alguna de vuestras dudas? preguntó Clara.

—No exactamente, replicó Miss Trevannion; mas bien me persuadió á desecharlas bajo morales fundamentos; sin embargo, prácticamente hablando puedo decir que las contestó. La confianza en un hombre tan santo acalló mis dudas, entretanto que la guia y direccion que recibí de él calmó mi mente, y de algun modo suavizó la causa de ellas.

—Pero, añadió Clara, ¿vuestra atraccion hácia la Iglesia Católica fué solamente un deseo de guia, y en tal caso, fué á lo menos un deseo de guia autorizada?

—Un deseo de guia autorizada, fué lo que esperimenté, replicó Miss Trevannion; no digo, sin embargo, que esto fuese todo. Los argumentos, debo confesarlo, me parecieron en tanto que los puedo juzgar, de parte de vuestra Iglesia; pero Mr. Paulet me manifestó cuán inseguro es ceder á la influencia de la mera facultad del razonamiento, tan espuesto á descarriarse, y que era mas conveniente atender á la conciencia.

—Pero la conciencia, replicó Clara, no es un profeta inspirado dentro de nosotros; no es una revelacion directa de la voluntad de Dios. Seguramente que si creeis el hecho de que Dios nos ha dado una revelacion eterna de Su voluntad y que ha cometido esta revelacion á la enseñanza de Su Iglesia visible, os conviene hacer uso de vuestra razon para descubrir dónde se hallará ese maestro; es el guia muy autorizado que necesitais.

—Conozco que no soy capaz de definir la conciencia, replicó Miss Trevannion; pero sé y siento lo que es, y además sé que nunca es justo obrar contra la voz de este interior consejero.

—Ciertamente que no, dijo Clara; ¿pero no es de nuestro deber hacer uso de todos los medios para su verdadera ilustracion y para que su voz hable derechamente? ¿Juzgais que el consejero habla siempre la verdad? ¿En su ignorancia no manda, mas aun, no impele jamás al error? ¿No estais poniendo los sentimientos en lugar de la autoridad? ¿No era de vuestro deber examinar aun si el guia, que decís os fué concedido, era un guia autorizado; si podia daros otras mejores pruebas de su encargo que la satisfaccion y consuelo que sentisteis al escucharle? Creedme, querida amiga; debe hacerse un uso honesto del intelecto que Dios nos ha dado, antes de tener derecho á tranquilizarnos con alguna seguridad de inocentes, de haber seguido la direccion de lo que llamamos nuestra conciencia.

Miss Trevannion parecia aburrida.

—Yo habia inquirido, dijo, habia examinado hasta cansarme de tan seca y estéril tarea.

—En resúmen, convenís, dijo Clara, en que el resul-

tado fué una preponderancia de conviccion razonada en favor de la Iglesia Católica.

—Convengo, replicó Miss Trevannion, que encontré argumentos á que no puedo responder, aunque no dudo que hay algun lado flojo en la cadena de los razonamientos, porque mi conciencia, como he dicho, permaneció sin afectarse. Los argumentos parecian estar de un lado, la conciencia del otro. En semejante caso me parece que no podemos menos de seguir la conciencia; á lo menos, yo siento esto como un deber. Además, recordad que aun veo considerables dificultades de parte de la Iglesia Católica, que inducen cuando menos á suspender la decision. Mr. Paulet dá mucha importancia á esto. Y verdaderamente, si he de ser franca con vos, debo deciros que mi impresion fué de que él las vé en una escala mas elevada que yo; aunque reconozco que en mi juicio mas bien se aumentan que se disminuyen.

Clara suspiró, guardó silencio por un momento; y despues preguntó á Miss Trevannion si no encontraba tambien dudas en su comunion.

—Intelectualmente tengo muchas dificultades, no niego esto, replicó Miss Trevannion; pero la Providencia me ha colocado donde estoy; ¿por qué, pues, he de dejar dudas de que no soy responsable, por otras elegidas por mí misma quizá mas grandes?

—¿Pero las dudas que abrigais donde os habeis colocado, replicó Clara con vehemencia, están en completo paralelo con las que os repelen de la Iglesia Católica? ¿No son completamente de una naturaleza distinta? ¿No afectan radicalmente á vuestra comunion, en sus reclamaciones de ser una Iglesia verdadera? ¿No las teneis por incontestables racionalmente, porque no se concilian

con las primarias convicciones de que no os podeis desentender? Y además, ¿cuáles son las dudas por la otra parte? Algo, un poco aquí, otro poco allá, en la doctrina Católica, escasamente probado para vos. Pues bien, ¿no es muy probable que tales dudas, cuando tengais mas instruccion puedan removerse, y que al presente apenas estais en el caso de poder juzgarlas? Si la Iglesia Católica fuese vuestro legítimo maestro, ¿no tendria algo que enseñaros y vos algo que aprender? Tened presente que vuestras dudas actuales provienen de que percibis una contradiccion que jamás puede deshacerse. ¿Es posible persuadirnos de que hay buenas razones, aunque no las percibamos, para que una cosa sea negra y blanca al mismo tiempo? Tened tambien presente que estais colocada lo mas ventajosamente posible para conocer lo que la Iglesia Anglicana puede alegar en su favor; estais en ella y habeis sido un miembro práctico de ella toda la vida, entretanto que nos juzgais como estraños.

—La fé puede algunas veces evocarnos para que nos apartemos de la razon. ¿No es la fé parte de nuestras pruebas morales? replicó Miss Trevannion; ¿y no pueden nuestras mismas dudas quizá formar parte de ella?

—Cuando estamos seguros de que la fé nos evoca, respondió Clara, estamos por cierto obligados á ligarnos á ella, y no á nuestra razon; sin embargo, la fé nunca nos evoca para creer contradicciones, jamás para abdicar nuestro intelecto; nos habilita para sostener lo que está sobre la razon, es cierto, y para elevarnos á una region donde no alcanza nuestro entendimiento. Es parte de nuestras pruebas morales adherirnos con la voluntad mas firme á aquello que hemos recibido en la fé, y que no estamos *forzados* á creer del mismo modo que lo es-

tamos respecto de lo que ven nuestros ojos. Pero seguramente que nuestras pruebas morales no consisten en un estado de incertidumbre del lugar donde se ha de hallar la verdad, ni en vivir en medio de contradicciones intelectuales. Algunos medios, algunas señales se nos deben dar para hacer una eleccion justa entre dos maestros que cada cual reclama nuestra obediencia, ó no habria en otro caso prueba *moral*. Una mera duda no es una prueba, á no ser que contenga elementos para hacerla tal, y entonces somos responsables de la eleccion. Esto es lo que deseo que veais, querida amiga. Acabais de hablar de la Providencia como guia. Pues bien, la Providencia os coloca en la oportunidad de formar un juicio recto. El Padre Silvestre dentro de poco dará misiones aquí; permaneced con nosotros y oid sus discursos. Despues ya sabreis algo mas acerca de nosotros; pero sobre todo, orad, orad ardientemente á aquel Dios para que os guie en el camino de la salvacion.

Miss Trevannion dió las gracias á Clara; pero meneó la cabeza con la mas abierta negativa á esta proposicion.

—Debo considerar esto, dijo, nada menos que como una tentacion de la Providencia, despues de lo que ha ocurrido, y que acabo de deciros en pocas palabras, porque el tiempo es corto.

Y miraba su reló de bolsillo al mismo tiempo.

—La ausencia de mi benévolo guia, continuó, mi aislamiento espiritual en Monte San Lorenzo, y permitidme decirlo, la simpatía porque me sentí impelida hácia vos, Católica Romana, fueron gradualmente evocando mis antiguas dudas y recelos, cuando acaeció el incidente que me hizo dejar mi colocacion. En medio de las dificultades respecto de mi porvenir, recapacité, y creí que

me era enviado el pensamiento de escribir á Mister Paulet, para implorarle su bondadoso interés con objeto de procurarme otra; en la misma carta tuve oportunidad de mencionarle el estado de mi mente.

—¿Y sabe de alguna colocacion que os acomode? preguntó Clara.

—Me ha ofrecido una cosa algo mejor, replicó Miss Trevannion; me ha ofrecido un santo asilo donde pueda dedicar mis dias á la oracion y obras de caridad en union con otras de las mismas inclinaciones que yo.

—Nunca oí de tales lugares entre los protestantes, replicó Clara.

—Espero que antes de mucho tiempo renacerán los conventos entre nosotros, replicó Miss Trevannion con un poco de pacífico orgullo en sus modales; entretanto, tenemos el asilo de varias asociaciones piadosas de individuos que viven en comunidad, y siguen una vida conventual estrictamente.

—¡Ah, ah! dijo Clara.

Miss Trevannion alzó la vista con aspecto inquisitivo.

—¡Ah! volvió á decir Clara; ¡cuánto compadezco esas almas piadosas que hacen tan grande sacrificio para ganar tan poco!

—¡Tan poco! esclamó Miss Trevannion con alguna indignacion; ¿es una católica á quien escucho?

Clara se sonrió.

—¿Creeis, querida amiga, preguntó, que yo menosprecio la santidad de las verdaderas esposas de Cristo? ¡Oh, no! Creo que abandonando la tierra, ganan el cielo en cambio; sí, el cielo, aun mientras que permanecen aquí abajo; pero un «convento protestante,» mas aun, no os enojeis conmigo, una «monja protestante,» me

comunica una idea melancólica. Por los hermanos que deja, ¿dónde está la felicidad del trato familiar con los santos de la gloria? Por la madre á quien tal vez dice adios para siempre, ¿dónde está la intimidad infantil con la bendita Madre de Dios, tambien nuestra Madre? Y por el amor de la tierra, que acaso renuncia, ¿dónde está el Esposo de su alma, dónde está su Amado? ¿Le tendrá ella siempre consigo? ¿Dónde están las horas empleadas ante el Santísimo Sacramento? ¡Oh, la vida de la monja está atesorada allí! Él es el que hace al convento una casa para ella. Cuando la monja arranca su corazon del relicario de su carne, es para colocarle en el Tabernáculo, en la herida del costado de su Salvador, en el corazon de Jesus, y allí mora en descanso.

Un color iba y otro venia sobre el rostro de Miss Trevannion, y parecia impaciente por contestar.

—Conozco que teneis ventajas, dijo, y privilegios de que no gozamos. Lamento su pérdida y otros la lamentan tambien; y Dios nos las restituirá á su tiempo, si hacemos buen uso de las que nos ha dejado; pero porque no tengamos tan abundantes auxilios y consuelos en nuestra senda como gozais, ¿es bastante para que la humilde y devota ofrenda que la protestante, como vos la llamais, haga de sí á Dios sea desechada?

—No permita Dios, replicó Clara, que yo desprecie tal ofrenda hecha verdaderamente á Dios. Cualquiera en estado de gracia que haga un sacrificio á Dios, merece, lo sé, un premio perdurable; sin embargo, aun suponiendo tal estado, debo afligirme cuando veo á la ignorancia sustraer á una persona de la posibilidad de hacer una ofrenda mas preciosa y pura, y debo temblar muchas veces de que esa ofrenda en resúmen no sea pura.

—No sé lo que quereis decir, respondió Miss Trevannion; nuestro objeto es emplear nuestras vidas en practicar la abnegacion de sí mismo, las obras de misericordia, humildad y obediencia. ¿Cómo es posible que tal ofrenda sea defectuosa?

—Estad segura de que no os juzgo, ni á nadie, replicó Clara, y lo espero todo, y me regocijo en todo lo bueno que veo en los protestantes, y doy gracias á mi Dios por ello. Espero que les sea concedida toda la luz, y que sean fieles á esta luz; pero aun debo estremecerme, mi querida amiga. Espero, pero temo; vos lo sabeis bien. No todas las obras de abnegacion de sí mismo, no todos los hechos de misericordia que pueden demostrar vuestros amigos, y reconozco que son muchos esos hechos, pueden acallar mis temores. Una naturaleza entusiasta puede falsear la gracia para sí y para otros. Dios solo es el que puede darnos el poder del *mérito*, y es don de que nos priva si pecamos gravemente contra Su gracia. Un pecado espiritual es frecuentemente tan imperceptible al alma, que esta pierde su corona muchas veces sin conocerlo, y puede tal vez, ¡ah! tambien sin conocerlo, trabajar como un esclavo en lugar de hacer un servicio de amor como el hijo de un rey. Hablais, mi querida amiga, de la humildad y obediencia que existe en la comunidad á que vais á uniros; ¿pero será esto para vos una piedra de toque de la prueba de esas virtudes? ¿Podreis practicarlas allí?

—¡Cuán poco conoceis de nosotros! replicó Miss Trevannion con algun enojo en sus modales, que intentó sin embargo reprimir. Nada puedo deciros sino que me dá pena entrar en la cuestion con quien está tan preocupada. Esas señoras, de quien soy una indigna asociada,

practican la mas perfecta obediencia á su superior y director espiritual, Mr. Paulet.

—¿Y á quién obedece él? ¿Y á quién puede someterse? preguntó Clara. Entre nosotros la religion es una escuela de humildad y obediencia, tanto para los súbditos como para los superiores; ¿pero cómo puede suceder esto en vosotros? Además, la obediencia merece el nombre solamente cuando se rinde á Dios; nosotros Le obedecemos en los que coloca sobre nosotros; de otro modo seria mera sujecion y esclavitud al hombre. Suponiendo, sin embargo, de que estais persuadida concienzudamente de que vuestro elegido guia es el representante de Dios, y estando de tal modo persuadida estais por tanto en el caso de ejercer la verdadera humildad y obediencia hácia él, ¿qué direis de él mismo? ¿Quién le comunicó esa autoridad que, si no es emanada de Dios, es una mera dominacion espiritul sobre vos? ¿Y á quién, á su vez, él obedece? ¿Hácia quién practica la humildad? ¿Cuál es el superior de Mr. Paulet? ¿Hay una ley para vos y otra para él?

—¡Su superior! replicó Miss Trevannion, quien parecia trastornada y aburrida con la pregunta, pero sin querer dar muestras de que no tenia respuesta;—su superior eclesiástico es, por consiguiente, el obispo de la diócesis.

—¡Oh, Miss Trevannion! esclamó Clara con dulce sonrisa; ¿creeis que Mr. Paulet practica la humildad y obediencia hácia el obispo? Tengo entendido que el obispo de esta diócesis es tan opuesto á las opiniones de Paulet, que no quiere ordenar á ninguno que las sostenga.

—Esas pueden ser las opiniones privadas del obispo,

replicó Miss Trevannion; pero Mr. Paulet sabe muy bien cuáles deben ser las opiniones del obispo, y cuáles eran las opiniones de la antigua individua Iglesia, y obra en perfecta conformidad con ellas.

—¡Oh, mi querida amiga! replicó Clara; ¿qué suerte de obediencia es esa? ¿No es una obediencia que todo rebelde, todo herege, toda persona que opina por si ha pagado voluntariamente desde el principio del mundo? ¿Hay alguno que esté en su juicio que diga no obedece á nadie? ¿No seria esto conceptuarse Dios mismo? Oh, no; todos profesan obediencia á algo; unos á alguna regla sacada de la razon, segun ellos dicen; otros, ó sacan esta regla de un libro ó de un siglo anterior, de tal modo, que es algo muerto ó algo puramente ideal que no puede hablar ó reprimirlos, y que dice: haced esto, creed aquello; esta es la única autoridad viviente contra la que el orgullo se rebela.

—¡Orgullo! pronunció con vehemencia Miss Trevannion; la idea es completamente absurda en lo que se refiere á Mr. Paulet. ¡Si pudiéseis verle y conociéseis lo que él es! La humildad es su gracia mas eminente. Nadie todavía dudó de su humildad. ¿Quién podrá verle y dudar todavía? ¿ú oirle, ó conocer algo de su santa y mortificada vida, poco menos que milagrosa, y no reconozca esta verdad?

—Mi querida Miss Trevannion, respondió Clara, no conozco personalmente á Mr. Paulet...

—Evidentemente no, dijo Miss Trevannion interrumpiéndola con impaciencia.

Clara continuó:

—Nada absolutamente mas de lo que me habeis dicho; y si le conociera, podeis estar segura de que no

pretenderia juzgar cuál es el estado de su corazon ante Dios; todo lo que digo es, que no veo cómo en la posicion particular que me decís ha tomado, puede practicar la virtud de la humildad. Esta no es dormir en la dura tierra, ó ayunar á pan y agua, lo cual sin duda indica que el alma está mortificada. Pero la humildad no consiste en titularnos á nosotros mismos los peores pecadores; no consiste en llevar la vista baja y el porte humilde. Yo no juzgo á nadie; pero lo que aseguro es que puede un hombre tenderse en tierra y permitir que todo el mundo le pise, y no ser humilde. Estas humillaciones no son humildad. La naturaleza puede hacer todo esto. El orgullo se contenta con un rincon del corazon y abandona todo el resto. ¡Pero qué si en ese solo punto que no renuncia yace escondido el juicio, el intelecto, la voluntad; en una palabra, el hombre mismo! Donde no se han humillado estas dotes, tened por seguro que la humildad no es ni puede ser ejercida; no, aunque se deprimiese hasta parecer el mas vil de los hombres. ¿Y cómo puede someter su intelecto, su juicio y su voluntad quien no se inclina ante una viviente autoridad? ¡Imposible!

Miss Trevannion se levantó.

—Si el tiempo no me obligara á retirarme, os suplicaria que no habláseis mas sobre el asunto. Si fuera posible persuadirme, que no lo es, todo lo que estais diciendo no haria mas que derrotar el fin que se propone. Si alguna vez hubo algun santo sobre la tierra, Mister Paulet es uno; yo ví en él todo el aspecto de santidad, y una sola palabra sobre su descrédito solo tiende á prevenirme contra una comunion que de esa suerte cierra los ojos á todo lo que es bueno y santo, salvo

cuando se halla en su seno. Creedme, sin embargo; en tanto que hablais por el bien de mi alma, os doy las gracias. Nos encontrarémos, lo confio, donde reconozcamos ambas esto de que yo estoy persuadida y que es mi apoyo y mi consuelo; que una profunda y recóndita unidad ha existido siempre entre los que, en la superficie, estuvieron separados. Adios, mi buena amiga.

—Perdonadme, dijo Clara, si de alguna manera herí vuestros sentimientos. Esta no fué mi intencion, pero no pude menos por caridad de hacer un esfuerzo antes de separarnos. Las palabras, además, son cosa de poco momento, y la ansiedad pudo haberme hecho mas dura de lo que pensaba. ¡Oh, si supiérais lo que es ser católica, os admiraríais de que podamos refrenar nuestras lenguas y no continuamos apremiando á otros á que vengan á participar de nuestra felicidad!

Clara arrojó sus brazos alrededor de su amiga, y susurró una oracion por ella en medio de las palabras de una cariñosa despedida. Miss Trevannion limpió apresuradamente las lágrimas que asomaron á sus ojos, y dando una respuesta casi inarticulada, salió con presteza.

Clara permaneció en pié donde la habia dejado, hasta que oyó cerrarse la puerta.

—Se ha ido, dijo, y mis pobres argumentos parece que han hecho daño, en lugar de ocasionar el bien. ¿Pero cómo puedo esperar hacer nada? La gracia de Dios es la sola que convierte. En lugar de razonar con nuestros amigos, es mejor hablar á Dios acerca de ellos.

Al decir esto tomó con energía su chal y su sombrero y salió precipitadamente á postrar su alma ante el Santísimo Sacramento.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

		Páginas.
1.ª	Horacio y Rosa.	40
2.ª	Clara con su hijo.	110
3.ª	Mr. Ferrers y Violeta vuelven á Monte San Lorenzo despues de un paseo á caballo. .	163
4.ª	Emilio abusa de la confianza de San Lorenzo.	235
5.ª	Llegada de Delorme á Monte San Lorenzo. .	284
6.ª	Sí, sí, querida mia, estad segura de ello, ¿por qué no?	329

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Páginas.

1.ª Horacio y Rosa. 40
2.ª Clara con su hijo. 110
3.ª Mr. Ferrers y Violeta vuelven á Monte San Lorenzo después de un paseo á caballo. . 163
4.ª Emilio abusa de la confianza de San Lorenzo. 235
5.ª Llegada de Delorme á Monte San Lorenzo. . 254
6.ª Sí, sí, querida mia, estad segura de ello, ¿por qué no? 329

MONTE SAN LORENZO.

BIBLIOTECA INSTRUCTIVA.

MONTE SAN LORENZO,

Novela Religiosa

ESCRITA EN INGLÉS POR EL AUTOR DE

LA HECHICERA DEL MONTE MELTON,

TRADUCIDA DIRECTAMENTE AL CASTELLANO

POR

D. CASIMIRO PEDREGAL,

Y APROBADA POR LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.
Librería de Salvador Sanchez Rubio, Editor.
Carretas, 31 (frente á la Imprenta Nacional).

1860.

Imp. de M. Minuesa, Valverde, 5.

MONTE SAN LORENZO.

CAPITULO PRIMERO.

Un capricho de levantarse temprano, práctica en ningun sentido acorde con sus usuales gustos, parecia recientemente haberse apoderado de Ester San Lorenzo. No era una cosa clara con qué objeto; pero como sus hermanas no estaban al alcance del hecho, puesto que Ester rara vez entraba en el cuarto del desayuno antes de la hora acostumbrada, que era muy tarde, los juicios sobre el asunto, si alguno le creia digno de ellos, se limitaban á aquellos criados conocedores de la circunstancia. Las señoritas de San Lorenzo, además, como muy aficionadas á vagancias sin propósito y á caprichosas irregularidades, nada de esta especie de su parte era notable ni muy notado.

Ester, pues, como se ha observado ya, se levantaba de madrugada, al parecer sin ningun objeto definido, como no fuese con la mira de adquirir buen apetito vagando por la casa. Así es que parecia obrar con general desinterés respecto de los lugares del edificio por donde pasaba, pero no era así en realidad. Estas vueltas universales no eran otra cosa que el pretesto de observar un sitio que llamaba su atencion; y á no temer ser no-

tada, no habria allí mas que un solitario pasillo, que pasearia hasta tener lugar cierto acontecimiento del dia. Este pasillo contenia la puerta del aposento de su hermana *María*, y el diario acontecimiento era la llegada del cartero con su bolsa de cartas.

Era de la obligacion de Cooper recibir la correspondencia, y este tenia la costumbre de colocar todas las mañanas las que se dirigian á María en una pequeña mesa en el esterior de la puerta de su aposento. Cuando María tiraba de la campanilla para llamar á su doncella, esta las introducia á su señora. Considérese el intérvalo entre colocar las cartas en la mesa y el momento en que María tira del cordon de la campanilla, intérvalo por el cual Ester esperaba con mucha ansiedad, porque este período podia variar; tambien por alguna circunstancia, que sin embargo no ocurria con frecuencia, los dos acontecimientos, la llegada de las cartas y el sonido de la campanilla, podian coincidir en punto y tiempo.

Tan pronto como se oia que el paso de Cooper se retiraba, se habria sentido á Ester, ó mejor dicho, no seria fácil sentirla, porque pisaba blandamente con sus pequeños piés, de los que no estaba poco orgullosa, calzados con zapato de terciopelo; pero tal vez se la hubiera visto moverse despacio por lo largo del pasillo. Entonces echaria una mirada rápida, pero escrutadora, en las cartas, y pasaria adelante.

En la mañana en cuestion, miró, se detuvo, dirigió la vista con presteza á derecha é izquierda, y entonces estendió aquella pequeña, blanca y traidora mano que Clarencio De Lorme habia admirado algunas noches antes, transfirió una de las cartas al bolsillo del delantal

de seda que llevaba, y desapareció con mas presteza que habia llegado.

Era preciosa aquella carta; era de la mano de San Lorenzo, y dirigida á Lord Staplemore, pues las cartas de este durante su ausencia se llevaban á Lady María para dirigirlas á su vez segun las instrucciones que de aquel recibiera. Sin duda esta carta debia dar noticias del roto compromiso de San Lorenzo con Violeta.

¿Intentaba Ester leerla? Nó, no meditaba sobre un paso tan cargado de peligros en su descubrimiento. Su objeto era simplemente guardarla, en razon de prevenir que las cosas viniesen al presente á una crisis, y tambien para dar tiempo á que el amor de Violeta por Horacio aumentase en vigor, y para impedir el descubrimiento del error de la sortija, hasta que el mal que habia causado fuese sin esperanza irreparable. Así planeaba Ester, sin que escrupulizase obrar conforme á su plan, confiando en su habilidad y rápida inventiva para urdir despues cualquiera probable casualidad, por la que la carta pudiera haber sido olvidada ó estraviada, sin importarle quién cargase con la culpa con tal de alejar de sí toda sospecha.

Era cierto lo que Miss Trevannion habia dicho. La cabeza de Albertina no pensaba en otra cosa mas que en el baile; pero Miss Trevannion pudo haber estendido su observacion á las mas adultas hijas de Monte San Lorenzo, quienes, sin la misma escusa de irreflexiva edad, abandonaban su corazon y su alma por un objeto tan frívolo. Libre ahora Albertina de positiva vigilancia, pasaba todo el dia en el cuarto tocador; se mezclaba en la conversacion sin ser reprendida, y hasta algunas veces era llamada á dar un voto en materia de gusto—porque

la pequeña niña tenia habilidad é inventiva,—hasta que alguna audaz observacion ó irracional impertinencia ocasionaba una esclamacion enérgica de parte de su hermana Catalina, ó Bárbara manifestaba su pesar por la marcha de Miss Trevannion, ó un gruñon *sotto voce* de María relativo á la impropiedad de que Albertina estuviese constantemente en el cuarto tocador oyendo la conversacion de todos.

—Si vuestra conversacion, señoritas, observó Albertina, quien en una de estas ocasiones habia podido oir algunas palabras de la observacion de María, y que la hizo parodiar las maneras de su última aya; si vuestras conversaciones, señoritas, fuesen como *deben* ser, no habria posible objecion á que yo las oyera.

Muchos de los concurrentes se echaron á reir á carcajadas á la feliz bufonada de Albertina.

—¡Las mismas maneras de Miss Trevannion! esclamó Jorge batiendo las palmas; vuelve á remedarla, Albertina; ¡es una preciosa niña!

Callad un momento, gritó Catalina; haceis todos tal ruido, que no puedo hacerme oir. Deseo hacer una pregunta á Albertina: ¿Miss Trevannion era en realidad tan imprudente que llegase á decir que no era conveniente oir nuestra conversacion?

—Estoy segura de que lo *juzgaba* así, replicó Albertina.

—¿Pero lo ha dicho alguna vez? preguntó Catalina con energía: ¿puedes responder á la pregunta?

—Estoy reflexionando, dijo Albertina volviendo la cabeza á un lado; ha dicho tan diferentes cosas, que no puedo recordar; pero estoy segura de que esto no sig-

nifica nada, porque sé muy bien lo que pensaba acerca de todos.

—Esa era una mujer terrible, observó Catalina; yo nunca la pude tolerar. Me parece no hay nada mas perjudicial en una casa que una aya; es un espía constante, y despues cuenta cuanto vé y oye. Reconozco que habríamos sido unas locas si le hubiéramos dado alguna consideracion.

—Por cierto que ese es un mal proceder, dijo Violeta interponiéndose, cuya atencion habia sido ahora distraida de la conversacion en que estaba empeñada con Horacio; hagamos algo de justicia. Albertina, continuó dirigiéndose á su prima en tono severo; ¿Miss Trevannion ha dicho alguna vez que nuestra conversacion era inconveniente, sí ó nó?

Albertina giraba á un lado y á otro las tigeras y el papel con que estaba ocupada inventando un patron, y no dió respuesta.

—Necesito una respuesta, dijo Violeta duramente.

—Pero yo no sé, respondió Albertina con mal gesto y temiendo el aspecto de Violeta.

—Pero *debes* saber, continuó Violeta con pertinacia, si recuerdas que Miss Trevannion haya dicho alguna vez esas palabras; y quiero una respuesta, porque no puedo tolerar que á la ausente se la injurie de ese modo. ¿Recuerdas alguna espresion de las suyas con ese motivo?

—Nó exactamente, murmuró Albertina; pero es mi conviccion, y estoy segura de que lo pensaba así. ¡Pero te diriges á mí de un modo! ¿Qué daño he causado? Digo lo que pienso.

—¿Qué daño? respondió Violeta. El daño de privar quizá á una pobre jóven de los medios de ganar la vida,

y todo porque se te antoja darnos tus impresiones como hechos. ¿No tiene Miss Trevannion derecho á pensar de nosotras lo que quiera? ¿Y cuál es tu objeto, al manifestar la idea de que ha dicho cosas que no te atreves á afirmar y que insinúas sin escrúpulo fundándote solo en una conjetura?

—Dejad esa conversacion, dijo Catalina con su acostumbrada vanidad; estoy cansada de ella; y tú, Violeta, armas tal alboroto á veces por vagatelas.

—No veo, observó Bárbara, que sea una censura hácia nosotras, si Miss Trevannion reprendió á Albertina por estar mucho tiempo en el cuarto tocador; por otra parte nada tienen que hacer aquí las niñas entretanto no lleguen á mayor edad, á lo menos así lo creo, y así pienso obrar con mis hijas: con tal hábito no hacen mas que llenar la cabeza de toda suerte de necedades antes de tiempo.

—¿Cuál es el tiempo á propósito para hacer necedades? preguntó Albertina, porque yo deseo su llegada. ¡Qué cosa preciosa debe ser llegar á tener la suficiente edad para ser necia!

—Deten esa lengua, niña, dijo Catalina; he puesto una sombra equivocada en esta hoja; ¿quién habrá confundido aquí todas mis sedas?

—Oh, lo sé yo, dijo Albertina riéndose; fué Federico Morcar; le ví moverlas de un lado á otro y embrollarlas todo el tiempo que estuvo hablando neciamente á Emilia esta mañana. Bien lo sabes, Emilia tiene ya bastante edad para que se la permita ser necia.

Esta franca alusion á las coqueterías de Emilia con el jóven Morcar hizo salir los colores al rostro de aquella, y medio enojada, medio de buen humor intentó dar

una manotada en la espalda á su impertinente pequeña hermana, quien rápidamente evadió el golpe, y saltando hasta la puerta con la agilidad de un cervato, se volvió para ver si era perseguida; miró á todos con traviesa sonrisa de atrevida infancia, y despues de gozar de su burlesca y negligente risa, se escapó, cerrando la puerta tras de sí.

—Me parece, observó Bárbara, que á esta niña no se le debia permitir llamar á los jóvenes por sus nombres de cristianos; esto lo juzgo de mala apariencia.

—¡Oh, querida! replicó Emilia; ¿qué importa eso? Albertina solamente es una niña atrevida; y nosotras estamos tan intimadas, como sabes, con Federico; además es casi un pariente.

Bárbara meneó la cabeza manifestando un aspecto de descontenta.

—Federico es un cerebro vacío y un ocioso, observó; tiene tantas ideas en su rizada cabeza como peniques en su bolsillo. No me agradan las cabezas vacías y los jóvenes ociosos.

—Especialmente, añadió María, cuando todo eso está combinado con los bolsillos vacíos.

—No sé lo que quieres decir, dijo Emilia, por ocioso; Federico Morcar tiene su profesion.

—Oh, ¿no conoces que á pesar de eso? replicó Bárbara; en ese caso te lo diré: quiero significar un jóven que entra y sale en esta habitacion todo el dia, como si no supiera qué hacer de sí; á no ser que alguna se tome la molestia de divertirle, y que coge los canastillos de labor y examina su contenido para dejarlos luego en desórden. Los caballeros nada tienen que hacer en el cuarto tocador por la mañana. Oh, os pido perdon,

Mr. Ferrers; completamente os habia olvidado, añadió riéndose y asomando el color al rostro.

—Eso es una prueba de que yo no soy molesto, ó de otro modo no me hubiérais olvidado; así, puedo consolarme con esta consideracion, replicó Horacio con modestia.

—Bien, continuó Bárbara; por consiguiente, solo hablo en general. No fué mi intencion desterrar enteramente de aquí á los caballeros, pero no me agrada que los jóvenes se estén todo el dia manifestando la necesidad de que los diviertan como niños de escuela; esto me cansa de una manera inesplicable.

—Si se les pudiera sentar á coser, dijo Catalina, á lo menos esto los tendria quietos, y se evitaria que causasen daño.

—Es cierto, respondió Bárbara; porque veo que cuando el entendimiento está ocioso, los dedos deben estar ocupados; esta es la razon por qué los hombres ociosos son mucho mas cansados que las mujeres ociosas; ellos no pueden hacer costura y por eso todo lo enredan. Debo añadir que me gusta un hombre como Mr. De Lorme, que desaparece despues del desayuno y se vá á la librería hasta la hora del almuerzo. Lee mucho Mr. De Lorme y es un compañero agradable.

—Y es heredero de cincuenta mil libras de renta, añadió Jorge con semblante burlon; seguramente que querrias á mi amigo Federico Morcar igualmente si tuviera el mismo porvenir.

Emilia soltó la carcajada; Ester no hizo caso; Bárbara parecia algo desconcertada, circunstancia de la mas rara ocurrencia, y Violeta se levantó con aire de impaciencia, ocasionada por aquella conversacion, y dejó

el cuarto. Horacio, habiendo desaparecido lo que le atraia, pronto se retiró tras de Violeta.

Siguió un momento de pausa, despues del cual observó Jorge :

—Has echado de aquí á Ferrers con tus ásperas habladurías.

—Enhorabuena, no fué mi intencion ser áspera, dijo Bárbara; y si las personas son susceptibles, yo no tengo la culpa; además de que no lo siento realmente. Habla demasiado con Violeta, y es claro que cuando no la habla no piensa en otra cosa. Deseo que se marche enteramente. Temo que no resulte ningun bien de su permanencia.

María levantó la vista de su trabajo por un momento, y una sombra pasó por su semblante, pero nada dijo.

—Seria una gran diversion ver á San Lorenzo celoso, observó Jorge.

—¿Qué daño crees que venga de eso? preguntó Georgiana con sencillez.

—Oh, querida Georgiana, si no tienes sentido comun, estoy segura de que no le hallaré para tí, replicó Bárbara; ¿te parece que no hay peligro de tan repetidas conversaciones, y que quizá llegue desgraciadamente el caso á oidos de mi padre, y venga culpándonos lleno de cólera, como estoy segura de que lo hará?

—Voy ya muy cansada de semejante asunto, dijo Catalina; ¿dónde está el provecho de hablar sobre lo que jamás sucederá? Hay algo de mayores consecuencias en que ocuparnos. Habia olvidado el deciros que recibí una nota de Mr. Darcy esta mañana para comunicarme que desgraciadamente no puede representar el papel de Lord

Burleigh, puesto que su padre está gravemente enfermo, sin esperanza de vida; esto es insufrible.

—¿Lo dice así? preguntó Jorge.

—Oh, nó, respondió Catalina; él escribe con mucha naturalidad; pero yo digo que es insufrible. Bien sabes que nunca ví en mi vida al viejo Mr. Darcy; así, no se puede esperar que mis ojos se deshagan en lágrimas por él; pero es irritante, porque el tiempo es tan corto, poco mas de una semana para buscar otro, y además conseguir el traje. Realmente que Mr. Darcy debió ser bastante obsequioso y ofrecer el suyo, porque estoy segura de que no le sirve para nada.

—Tal vez con ver á su padre moribundo se le habrá olvidado, dijo Georgiana con inocencia.

—Tal vez, respondió Catalina distraidamente; despues añadió con mas viveza: Oh, á propósito, ahí está Mr. De Lorme, si quisiera. Bárbara, ¿crees que aceptará?

—No sé, replicó Bárbara; á la verdad no sé. No siempre se le persuade. Pero probaremos. De cualquier modo, no sientas el traje de Mr. Darcy, porque Mr. De Lorme estoy segura de que no aceptaria plumas prestadas.

—Sabes, dijo Ester, que el traje de Lady Ana Straton es muy espléndido.

—¿Quién te ha dicho eso? preguntó Catalina con ánsia.

—Ha tenido Green una carta de la doncella de Lady Ana, replicó Ester, y dice que nunca se ha visto una cosa tan magnífica: el peto es una estrella de diamantes y esmeraldas.

—Pues yo llamo á eso tener muy mal gusto, dijo Catalina enfáticamente, dejando á un lado su labor.

—Oh, no será de muy mal gusto, replicó Ester negligentemente; porque Lady Ana tiene una doncella francesa de primer órden.

—Mi querida Ester, respondió Catalina, eres tan estúpida como Georgiana. Quiero decir que es en estremo de mal gusto; sí, y lo llamo tener muy mal gusto, porque Lady Ana representa una de mis damas de honor, y no le conviene esa absurda ostentacion de joyas. Está fuera de toda proporcion. Debí haber pensado en esto primero. Bien sabes que es una opulenta heredera, y que tiene todos los diamantes de la familia de Longton, como tambien las de su marido; pero jamás se me ocurrió que tuviese tan mal gusto. Demasiado conoces que pareceré una cosa despreciable. Este incidente trastorna completamente la comparsa. Estoy segura de que seria mucho mejor cambiar de partes, y que ella fuese la Reina Isabel.

—Seria conveniente que le escribieses para decírselo, dijo Ester.

—Verdaderamente que tengo intencion de hacerlo, respondió Catalina ásperamente. Es sin duda muy desagradable, aunque parece que lo juzgas de ninguna consecuencia, Ester.

—¿Quién, yo? replicó Ester; nunca he dicho eso.

—Nó; porque te manifiestas seca y poco consoladora respecto del asunto, como si no fuera cosa que te interesara ni te diera cuidado.

En este momento abrió la puerta Sir Geoffrey Morcar, y al parecer no encontrando entre los circunstantes la persona en cuya busca iba, estaba á punto de hacer su retirada, cuando se levantaron dos ó tres voces para detenerle.

—Nos vemos en un grande apuro, dijo Emilia, para hallar quien tome el papel de Lord Burleigh. Mr. Darcy no puede venir, y así estábamos discutiendo si suplicaríamos á Mr. De Lorme á que le tome; pero Bárbara parece dudar si estará inclinado á ello, y yo por mi parte soy de opinion de no pedirle favor ninguno. Nos sacarias de una grave dificultad tomándole tú, que eres una amable criatura. Estoy por decir que no tienes otra cosa pensada mas que ir con tu uniforme militar, ó cosa por el estilo.

—Querida mia, replicó Geoffrey; tengo ya el personaje y el traje preparados; de otro modo, como regla general, en materia de un órden tan insignificante, preferiria acomodarme á los deseos de los que me rodean. Me parece esto una axiona moral en las ocasiones en que no se mezcla un objeto de mas elevado interés....

Al llegar aquí, Emilia, que no tenia deseos de oir una plática de moral, interrumpió á su pariente preguntándole cuál era su proyectado personaje: Emilia juzgaba que con una leve alteracion, el vestido podria servir á otro propósito.

—¡Imposible, querida niña, imposible! esclamó Sir Geoffrey estendiendo sus embotados ojos hasta formar un círculo. Espero aparecer representando á Confucio.

—¿Quién es? preguntó Catalina.

—Mi querida Catalina, observó Sir Geoffrey con solemnidad. Me aflige notar en varias ocasiones que mi tio haya descuidado los mas sólidos conocimientos en la educacion de sus hijas. ¡No sabe quién era Confucio!

—Verdaderamente que siento, mi querido y sábio hermano Geoffrey, replicó Catalina, ser tan ignorante; pero no sé que haya sufrido mal alguno en mi vida por

no tener noticia de ese digno personaje. Tengo alguna idea, sin embargo, de haber oido su nombre antes de ahora. Tal vez podreis aclararla, y decirnos algo, particularmente acerca del traje, porque eso es lo que necesitamos saber.

Sir Geoffrey, nada disgustado de comunicar alguna instruccion, comenzó con mucha importancia á dar el deseado informe, ó mejor dicho, con mayor estension de la apetecida, y lo hizo en un tono que parecia estar leyendo un libro.

—Confucio, mi querida Catalina, era un celebrado filósofo chino, que floreció sobre quinientos años antes de la era cristiana. Era famoso por su profunda sabiduría; y, desemejante á los filósofos de posteriores dias y mas corrompidos tiempos, dirigia aquella sabiduría mas á enseñar la pura moralidad que á la dilucidacion de cuestiones recónditas y oscuras de metafísica. Se cuenta que mas de tres mil discípulos buscaron instruccion de sus lábios; y los libros que contienen.....

—¡Oh, querido! esclamó Catalina; ya sabemos bastante de él; no me acordaré siquiera de la mitad.

—De cualquier modo, observó Emilia, el vestido no convendrá á Lord Burleigh. Supongo, en resúmen, que era una especie de mandarin chino, con coleta.

—No tenemos razon para inferir, replicó Sir Geoffrey, considerando el remoto período en que vivió Confucio, que su traje fuese semejante al de los mandarines chinos modernos. Por eso me he permitido alguna latitud; sin embargo, considerando la inmutabilidad de las usanzas orientales, y especialmente las de China, presumí que deberia ser bajo el mismo tipo, y por eso he elegido esa usanza como fundamento del mio, parti-

cipando de una apariencia mas grave y mas severa. El borde estará rodeado de sentencias sábias en carácter chino.

—Es el traje mas acomodado para tí, observó Jorge, y seria una lástima hacer un cambio.

—Así lo creo, replicó Sir Geoffrey; además de que, como regla general, considero mejor perseverar en lo que se ha resuelto.

—*C'est selon*, dijo Bárbara; pero Sir Geoffrey, ó no oyó esto, ó percibió á su esposa, en cuya busca habia ido, en el terrado frente á la ventana; el caso es que no dió contestacion y dejó el cuarto.

—¡Qué sabio impertinente es este cuñado nuestro! observó Jorge.

—Sin embargo es de buen carácter, dijo Emilia, quien tenia una palabra buena para los mas de los individuos; nunca me desagrada el que es de buen corazon.

CAPITULO II.

Asi como los dias pasaban, el ánimo de Emilio, que habia sufrido un ablandamiento temporal á la vista de la pena infligida á su esposa, cambiaba en su habitual estado de amargura, basada ahora en las disensiones entre ambos. Tal es siempre el resultado del movimiento de los sentimientos meramente naturales; el efecto se desvanece con su causa; y asi como la impresion se debilita con la distancia, asi tambien muere en el corazon su genial influencia.

La vida de Emilio pasaba en medio de estas fluctuaciones. No tenia la suficiente grandeza de alma para poseer aquella natural justicia y generosidad, que aun obra en muchos sobre quienes los motivos sobrenaturales no tienen influencia. Carecia tambien de aquella dureza de corazon y de aquella fijeza de propósito que conduce á un hombre sin advertirse de ello, hácia el fin que se propone, indiferente á los sentimientos que lastima y á los corazones que hiere en su camino. Habia poco en su mente, tanto para el bien como para el mal. Se hallaba asediado por el amor propio, é importunado en sus gustos por una compasion intensa en las penas que causaba y de que era testigo. De aquí el que prefiriese

distribuir sus golpes por medio de terceras personas; era cruel en ausencia, blando de corazón en la presencia de su víctima.

Por eso Clara nunca contó con la continua tolerancia de su parte, y que era de esperar de su conducta en la última entrevista. Sin embargo, estaba contenta de la suspension de las persecuciones, debida al cambio temporal efectuado en su esposo; é indudablemente agradecia la oportunidad de fortalecerse á los piés del altar con la recepcion de aquel alimento supersustancial que hace á la pobre y débil naturaleza humana divinamente fuerte. Por consecuencia, de ninguna manera se sorprendió cuando vió á Mistress Forester recibir frecuentes cartas de Emilio; ni menos cuando poco á poco, unas veces comunicadas directamente, otras dejándolas caer en la forma de una indirecta ó espreso temor, se le hacian las mas penosas indicaciones, poco diferentes en su tácito significado de las amenazas cuya primera espresion habian producido en ella tan violento efecto. Se llegaba ahora á un punto preparado de antemano; y Clara tomó el partido de dar muy corta respuesta á las frecuentes alusiones de su madre sobre el asunto; antes bien se cerraba en aquella impenetrable reserva á que la obligaban la desemejanza de sentimientos y de su modo de ver las cosas. Mientras que su madre hablaba, oraba ella; y cuando Mistress Forester, impelida al frenesí por esta pasiva oposicion, estaba á punto de entregarse á una esplosion de ingenio, la vista de la celeste tranquilidad del inmoble semblante de su hija le imponia silencio contra su voluntad. Sentia, aunque sin tener conciencia de ello, que intentaba en vano mover á una persona cuya calma de espí-

ritu estaba lejos de su alcance. Un temperamento escitado debe encontrar otro igual si ha de hacer algun efecto; y cuando esto no sucede, se vuelve sobre sí mismo, ó se disipa en la desesperacion de su propia ineficacia.

Empezaban á transcurrir los últimos quince dias precedentes al tiempo fijo para el baile, y con ellos abria la mision á que ya hemos aludido.

Mistress Forester declaraba una y otra vez su propósito de no asistir á los sermones; sabia que no le convenian, y que no harian mas que ponerla melancólica y nerviosa; y á la verdad tenia bastante ya para mostrarse así sin mas motivos. Este aserto, hecho frecuentemente en variadas formas, iba siempre acompañado de un suspiro. Clara no hacia caso ni de la declaracion ni del suspiro, ni combatia la primera con argumentos, ni buscaba tampoco una esplicacion del segundo. Mistress Forester se hubiera alegrado de que tal sucediera, porque tenian por objeto el hacer hablar á Clara. Todas las palabras, todos los gestos de Mistress Forester salian frustrados en su objeto, pues que nada conseguian en retorno. Algunas veces su chasco era espresado por otro suspiro de impaciencia; otras veces toleraba su mismo aburrimiento al observar que Clara estaba siempre tan triste y descontenta.

No podia ser de otra manera. Ni eran dables dos personas mas desemejantes que la madre y la hija; esta viviendo en un recogimiento interior, y rara vez saliendo fuera de sí, como no fuese llamada por la caridad; aquella jamás se detenia mucho tiempo en casa; antes bien su vida era como la de un ocioso que pasa todo el dia á la puerta en busca de ocupacion para su mente en el mundo esterior; la una con la calma suficiente en sí misma; la otra

penosamente al arbitrio de otros; la una rara vez se conmovia; la otra casi siempre estaba escitada; la una poseyendo el modesto valor de la sencillez; la otra atormentada con los cobardes temores que la vanidad mundana alimenta en un ánimo débil. Era imposible por tanto que Clara, segun la naturaleza de las cosas, contentase á Mistress Forester, toda vez que esta lo que buscaba, y lo que todos buscamos, era simpatía mas bien que bondad; y Clara no era á propósito para halagar en otros la vanidad mundana. Pero habia otra razon además de la falta de simpatía para su *desagradable* silencio en la ocasion presente. Juzgaba probable que si no encontraba oposicion, Mistress Forester, á pesar de todo, la acompañaria, puesto que además de no ser amante de la soledad, era propensa á hacer lo que otros hacian; no se habia equivocado. Cuando Clara entró en el cuarto tocador con los atavíos de salir á la calle, en el lunes por la mañana despues de la llegada de los Padres, y con su faz llena de la serena frescura de la hora de madrugada, su madre le preguntó con aparente asombro, dónde habia estado.

Mistress Forester lo sabia bien, pero nunca hacia las cosas de una manera derecha.

—En Misa, respondió Clara.

—¡En Misa! respondió Mistress Forester; pues es una hora mas temprano que de costumbre.

—Sí, respondió Clara, pero no teneis en cuenta que han comenzado las misiones.

—Nunca me dices dónde vas, replicó Mistress Forester, y á lo menos debieras dejarme la eleccion de ir ó nó contigo; te ruego que me digas la hora en que irás mañana.

—A las diez, respondió Clara, cuando predica el Padre Silvestre. Escepto á visitar por la tarde el Santísimo Sacramento, no iré otra vez hasta las ocho en que tiene lugar la bendicion y el sermon de por la noche. Así, ya veis que no se interrumpe nuestro sólito paseo.

—Oh, no te acuerdes de mí, replicó Mistress Forester en un tomo que desmentia el sentimiento: soy de muy poca importancia á la verdad; muy poca, estoy segura de ello, añadió con énfasis.

Para clara era penoso renunciar á oir el catequismo de los niños, cuyo acto deseaba presenciar, pero tuvo que privarse de tal placer por no dejar tanto tiempo sola á su madre. Mas Clara no por eso esperaba agradarla, y de cualquier modo nunca era este su primario objeto. Así que, nada dijo por respuesta, y el desayuno continuó como de costumbre.

Mistress Forester, sin embargo, no declinó el paseo de por la tarde; y la dulce alegría de Clara no fué ejercida en vano para hacerla gozar en él. Tambien la hora de comer pasó alegremente, y cuando llegó la de ir á la capilla, Clara conceptuó oportuno, despues de lo que habia ocurrido, preguntar á su madre si queria acompañarla. Cierto es que Mistress Forester se hubiera ofrecido de buena gana sin esta invitacion; pero Clara sabia que aunque lo deseaba, no lo haria. Mistress Forester queria muchas veces ser instada, y hacer un pequeño favor de cosas que no lo eran en realidad en el sentido que ella lo comprendia. Pero Clara de muy buen grado las aceptaba en cualquiera concepto, con tal que pudieran producir un buen resultado; aun mas, hubiera ido á suplicar de rodillas como un don para sí cualquiera cosa

que condujera á su madre mas al alcance de las influencias de la gracia.

Por eso con jovial semblante, como si precisamente no hubiera ocurrido cuestion sobre la materia, se levantó Clara de su labor, pues que estaban cerca las ocho, y dijo:

—Está una noche preciosa, madre; ¿quereis venir conmigo á la Bendicion?

Mistress Forester levantó la vista con semblante estenuado al oir la oferta, pero parecia dudar.

—¿Quereis que os traiga los atavios de salir á la calle? preguntó Clara.

—Nó, replicó Mistress Forester con el semblante de una víctima, y levantándose haciendo un esfuerzo como si todos sus miembros estuviesen embotados y dolientes.

—Yo misma los tomaré, si voy. Supongo que iré, siquiera por no estar aquí sentada sola toda la noche.

Clara no se mostró descontenta, pues estaba satisfecha de llevar á su madre de buena ó mala gana; y así como se arrodillaron ante el adorable Sacramento, Clara se ofreció á sí misma y todo cuanto podia ofrecer, á Aquel que tambien se ofreció todo por nosotros, y habita con nosotros como aniquilado bajo las especies eucarísticas: muy fervientemente ella ofreció los mas queridos afectos de su corazon; muy fervientemente se ofreció á sufrir cualquiera afliccion que El quisiese enviarle para obtener la conversion de su madre.

Tales oraciones deben ser habituales para que sean concedidas. De la fuente de Caridad proviene la voluntad para ofrecerlas. ¿Podremos esperar, pues, que El acepte el amante sacrificio que El mismo ha inspirado?

Todos los católicos saben lo que es una mision cuan-

do es conducida por misioneros verdaderamente apostólicos; y tales eran los dos santos Padres de la órden de..... que estaban á la sazon dando á Portmore el bien de su ministerio de paz. Todos los católicos que tienen la felicidad de estar presentes, saben tambien por esperiencia la naturaleza investigadora de los sermones en los primeros dias de la mision. Fundadas en la base de los ejercicios espirituales de San Ignacio, comienzan por colocar ante nuestra vista el verdadero fin del hombre, la naturaleza y enormidad del pecado, la muerte, el juicio y el infierno; y esto no en aquellos mesurados y blandos términos que hacen á los objetos mas terribles deslizarse por los oidos del auditorio, sin alterar el alma satisfecha de sí misma del frio y respetable hombre de mundo, ni la de la delicada dama, indulgente no menos consigo misma, sino con su severa y desnuda verdad. ¡Oh infierno, eres un pensamiento de terror solamente para aquel cuya conciencia habla de sangre, fraude y maldad manifiesta! ¡La idea de ti no llega con peculiar terror cuando se presenta á la mente de aquellos, cuyo solo pecado parece ser el vivir en medio de todas las comodidades! ¡Oh, cuán difícil es pensar en el infierno á quien está tiernamente cuidado, cuya cabeza está protegida del sol y de la lluvia, cuyos piés están defendidos de una piedra que pueda ofenderlos, que está rodeado de blandas atenciones y obsequiosas adulaciones, hasta el punto que, envuelto en esta benévola atmósfera, le parece ser el objeto de los tiernos cuidados de todo el mundo! Tales cuidados acompañan y engañan hasta los mismos umbrales de la tumba; y entonces el alma despierta, no para ser amada, no para ser cuidada ya, sino es amada y cuidada, por su Dios, sino para ser aborre-

cida con perfecto aborrecimiento! Y si es difícil para tal individuo pensar en estas cosas, ¿no retrocederá su mente tambien con especial repugnancia de su consideracion? ¡Oh, mal venido, ó terrible pensamiento! ¡La púrpura, y la delicada tela, y la suntuosa mesa, y despues la sepultura en el infierno!

La pobre Mistress Forester no poseia en realidad este lujo esclavizador, pero poseia, la embriagaba su deseo. Vendia su alma, no por un plato de potaje, sino por la pena de hambrear en su seguimiento; y si es difícil despertar á una persona del letárgico goce del placer y de la comodidad, tambien es difícil hacer retroceder á quien está inclinado á perseguirla. Sin embargo, ofrece mas grande tarea el primer caso. Allí hay algo muerto, endurecido para el corazon en el disfrute de lo que codicia; hay algo que adultera la paz de la mente y de la conciencia en la igualdad y quietud con que el alma harta se sienta en su calentado nido, y recoge el suave bálsamo que le rodea, y goza en la sombra de hiedra que apareció en una noche, y que parece florecer solamente para su proteccion. El alma hambrienta y no satisfecha conoce á lo menos que no goza en las comodidades, las quiere, desea algo con vehemencia. Hay esperanza de persuadirla de que no hay mas que una cosa que debe apetecer de este modo; una sola que deseará con vehemencia durante los eternos siglos de privaciones, si antes de un fatal desengaño no aprende á amar á Dios sobre todas las cosas.

Cuando Mistress Forester y Clara oian las terribles palabras del Padre Silvestre, Clara alternativamente temia y esperaba; esperaba que palabras de tan tremenda importancia salidas de tan santos lábios fijarian la aten-

cion del mas descuidado oyente; temia por otra parte, porque sabia que aquella terrible solemnidad que las hacia tan poderosas para conmover, las hiciese tambien poderosas para rechazar á una persona que, como su madre, huia con mórbida sensibilidad de cualquiera verdad penosa.

Sin embargo, para su sorpresa y alivio, á su vuelta á casa, Mistress Forester no hizo reparos sobre el tema del sermon. Parecia no estar satisfecha á pesar de esto, y de mal humor, y se acostó temprano. Clara renovó el mismo esperimento de preguntar á su madre si queria acompañarla todas las veces que iba á la capilla, y para su secreto deleite la oferta fué generalmente aceptada. Mistress Forester, sin embargo, se quejaba algunas veces de una cosa ú otra; en una ocasion de que la hora era inconveniente; en otra de que la capilla era fria ó que era sofocante; una vez preguntó cuánto tiempo duraria la mision. Nada habia que animara particularmente á Clara en todos estos reparos y preguntas; sin embargo aun esperaba, esperaba con aquella fuerte esperanza que acompaña la caridad. Y aun la madre iba y oia, como si un hechizo la agobiara, é iria, cansada y descontenta como estaba. Pero así como la mision avanzaba, y el Padre Silvestre y su santo asociado conducian á sus oyentes de los terribles tópicos del pecado y de la muerte, á mirar en los abismos del amor y misericordia de Dios, los hacian contemplar á la vez los abismos de Sus juicios y Su severidad. Cuando llegaron á hablar de la adorable Pasion de Jesus, y de la vida de conformidad con esta Pasion, que aquellas llagas de amor imploran á seguir á sus verdaderos creyentes, entonces Clara sintió, porque no se atrevia á mirar, que su madre lloraba.

Pasó otro dia, y otros mas con sus acumuladas y reiteradas impresiones; y Mistress Forester, despues de estar sentada silenciosamente por algun tiempo una noche, levantó la vista para mirar á la faz de Clara, y prorumpió en seguida en un torrente de lágrimas.

—Madre, querida madre, ¿qué os duele? preguntó la hija.

—Clara, replicó Mistress Forester en voz medio ahogada por los sollozos; si vivo como he vivido hasta aquí, no salvaré jamás mi alma.

Clara no replicó. Echó sus brazos alrededor del cuello de su madre, entretanto que mas dulces lágrimas de las que habian vertido una y otra por muchos dias, corrieron dulcemente durante aquel largo y silencioso abrazo.

Pero volvamos á otros personajes.

Violeta estaba sorprendida, así como los dias pasaban, de no saber nada de Lord Staplemore. Esperaba un rapto de indignacion de su parte, y probablemente una escena desagradable á su vuelta. Por eso se hubiera alegrado de que en el papel desahogara los primeros hervores de la rábia. Sin embargo, Violeta no era por naturaleza ni dispuesta á alborotos ni se enfadaba innecesariamente. No estaba en el poder de su tio obligarla á consentir en un paso que le era desagradable, y sabia que dentro de pocos meses ya estaria libre de su tutela. Juzgó por consiguiente mejor no hacer nada hasta su regreso. Era claro que San Lorenzo le habia informado conforme al deseo que ella á este manifestara respecto de la perfecta concurrencia de sus sentimientos y deseos para romper el compromiso; así que, nada mas se requeria al presente, y era inútil pensar en la materia, ó

meditar acerca del punto adonde llegaria su enojo ó con qué desagradables maneras lo espresaria.

Además, á decir la verdad, Violeta estaba demasiado entretenida con la diversion de su coquetería para manifestar mucha solicitud en el asunto. Su imaginacion se hallaba ocupada; y si no en la profundidad, á lo menos en la superficie, su corazon estaba herido. ¿Amaba Violeta á Horacio? Difícil era decirlo. ¿Era Violeta capaz de sentir lo que comunmente se llama amor? La idea que tenia Violeta del amor ¿no era mas bien una admiracion entusiasta? ¿O podia encontrarse su ideal en un hombre digno de inspirar esta pasion? Y una vez hallado, ¿le amaria Violeta? ¿O tal vez le admiraria solamente, equivocando su admiracion con el amor? Y si era susceptible de un error semejante, ¿no podia ser inducida a otro, cual es el amar realmente á alguno muy desemejante á su ideal, antes de ser bien sabedora del hecho? Cualquiera que fuese la solucion de estas diferentes cuestiones, lo cierto es que Violeta, á quien Bárbara habia caracterizado con acierto de incauta, se comprometia en una senda algo resbaladiza, no poniendo cuidado alguno en las posibles dificultades en que su falta de consideracion podian enredarla.

Horacio agradaba su gusto; le agradaba personalmente por su apariencia, su voz y modales, que él poseia con cierto refinamiento sin afectacion. Le agradaba por sus talentos, que ejercia con desdeñosa facilidad, y mas que desdeñosa indiferencia. Parecia que tocaba y cantaba por naturaleza; todo para él era tan fácil que apenas se podia creer que habia sido adquirido. Agradaba tambien á Violeta por cierta superficial sencillez que ella equivocaba con la genuina veracidad. Le agradaba

no menos por aquella dulzura natural que ella no poseia, y por último, le agradaba porque la amaba, y porque su amor era demostrado por una dulce melancolía y una veneracion, que parecia no querer revelarse sino por un gran deseo de agradarla, porque Violeta se fastidiaba de cualquier proceder que manifestase darle preferencia; y aunque como cualquiera otra gozaba en ser amada, por una contradiccion estraña, estaba mas dispuesta á dominar y despreciar á todo el que tomase la molestia de ostentarle su amor. En cuanto á Horacio, este vivia dia tras dia dando salida al impulso y atraccion del momento, sin plan fijo ni principio que guiase su conducta. Y sin embargo su visita tocaba á su término. Habia recibido ya una carta del coronel O'Donnell anunciando el dia de su regreso próximo á Crewe Hall. Por eso ahora podia contar los dias que le restaban de su permanencia al lado de Violeta, y ciertamente que nada hay que mas nos ayude á considerar que tenemos que movernos, que el dia fijo de nuestra partida. Sin embargo, esto estaba lejos de producir en Horacio la realidad de su posicion. Su mente habia sufrido un cambio desde el recibo de aquella carta produciendo tan fuerte revulsion en él, que casi le inhabilitaba para romper su cadena, pues lo que antes era fascinacion era esclavitud ahora. Habia parecido indiferente é insensible en medio de la pura incapacidad de hacer un esfuerzo para desencadenarse; el presente era tan poderoso sobre él, que el pasado era como si nunca hubiera sido, y el futuro como si no hubiera de existir. Y de esto era culpable Violeta por el estímulo que habia causado. El tiempo, que ejecuta la doble tarea de grabar profundamente y de borrar las impresiones, habia hecho lo restante.

Además, es tal vez mas difícil de considerar una partida cercana hácia el fin de nuestra temporal estancia en cualquier lugar donde nos encontramos con lo que nos agrada ó interesa, que en el mismo principio cuando está mas distante. Nos parece que tenemos dos entendimientos, ó mejor dicho, el entendimiento parece estar bajo el dominio de dos distintos poderes, el juicio racional y el hábito. Como el hábito á las acciones las hace casi instintivas, así hace á las esperanzas como si fueran intuitivas. Cuando muchos soles sucesivos nos han visto bajo el mismo techo, empezamos á sentir que nuestra estancia es permanente; ¡y cuánto no se eleva este sentimiento si este techo cobija tambien lo que el corazon ama! Cuando nos sentamos á la mesa misma y participamos de los mismos paseos; cuando empezamos á conocer algo de las costumbres de cada cual de la familia, y á tener algunas pequeñas bromas en comun que datan de pocos dias antes; y se crean vivas simpatías que no estaban descubiertas cuando la última luna pendia en los cielos, y que sin embargo nos parece todo familiar y de antiguo; ¡oh, cómo el hábito se hace intenso y se fortifica con el amor! Este transformador y creador poder para quien todo es fácil; que puede hacer á siete años parecer un dia, y un dia siete años.

Tambien habia el dia del baile entre Horacio y su amarga partida; ¿y podia el objeto de tantos planes, pensamientos y consideraciones, en resúmen, ser solamente un dia de veinte y cuatro horas como cualquiera otro? ¿Podia aquella noche por lo que tanta ánsia y tan incansables preparativos se habian hecho, pasar como la vigilia de cualquiera noche comun? ¡Oh, es en vano hablar de tiempo á ninguno que no trabaja por el oro ó

por imperecedera gloria! Los amantes de Mammon le aprecian por natural sabiduría acorde con la medida de sus ganancias; y los hijos de Dios, por una sobrenatural sabiduría, le valúan acorde á la medida de aquella eternidad de beatitud que ganan á cada segundo. Pero, ¡oh, es en vano hablar de tiempo á cualquiera otro! No tiene mas medida que la de nuestras sensaciones.

El dia del baile, por consiguiente, formaba una barrera entre Horacio y su vida futura. Pocos en verdad en Monte San Lorenzo pensaban en otra cosa fuera de semejante diversion. A Albertina le hubiera parecido una cansada impertinencia aludir siquiera á lo que se debia ó no hacer en la semana siguiente, despues que tan grande placer hubiera pasado. Las cosas en perspectiva deben dotarse con una especie de eternidad si han de aparecer con atractivos; y esto, aun respecto de nuestros pasados placeres, no obstante de que con dificultad los sufriríamos si durasen muchas horas. Vemos un ejemplo de esta verdad en toda su fuerza, en la sencillez de los niños, que confiesan el sentimiento tal cual le esperimentan; y frecuentemente se les oye espresar sus gustos fundados en este deseo para hacer sonreir á sus mayores. Sin embargo, es repugnante y triste que tambien estos se abandonen al mismo engañoso sentimiento. Solamente cuando el placer comienza á tener el aspecto de un mero escape del tedio y la vacuidad, y no tiene ya los encantos que poseia para aquel que le tenia en perspectiva, es cuando el amante del mundo se contenta de que todo lo que se llama diversion, aparezca tan breve como es en realidad.

Las mas de las hermanas mayores de Albertina participaban de las locas esperanzas y sentimientos de la

niña. Los años adicionales que numeraban, no les habian dado mas elevados gustos; pues que no les habia sido posible gozar de una indulgencia escesiva de lo que ellas llamaban alegría, para destruir el sabor de esta y sus preliminares. Cada cual tenia su razon especial para esperar el baile con interés. Despues de Albertina, que no tenia otro fundamento que un mero y pueril deseo de diversion, quizá fuese Catalina la mas sencilla; su razon especial era el deseo comun de ostentar el solo amor del vestido y hacerse notable. El objeto de Emilia era el mas natural y digno de escusa, donde los fundamentos naturales se aceptan como tal; era aficionada al baile y tenia un amante, y los bailes forman frecuentemente época en la historia del amor. El objeto de Ester era mas profundo y mas desagradable; porque ¿quién puede simpatizar jamás con el insidioso y traidor? El insidioso y traidor conoce esto y no se afana por buscar simpatías. El objeto de Georgiana era el menos inteligible; nadie sabia por qué queria el baile, y quizá ni ella misma lo sabia. El objeto de Bárbara era el mas complicado; era una mezcla de lo que ella llamaba amor de sociedad; esto es, de ver y hablar á muchas personas, un amor de variedad y entretenimiento; porque Bárbara gozaba mucho con la vista observando las divertidas peculiaridades de los individuos, los mezquinos incidentes que tienen lugar en una grande concurrencia, y abrigaba tambien un deseo de conservar sus relaciones. Solamente María caminaba con una indiferencia de piedra que la acompañaba hacia mucho tiempo en el espectáculo de la vida. Despues de ella tal vez Violeta era la que se cuidaba menos del baile. Demasiado orgullosa para que la vanidad y el amor de diversion fuesen sus pasiones dominantes, ad-

mirada además comunmente en demasía, para que su vanidad llegase á un estado de escitacion palpable, no tenia la costumbre de esperar con ansiedad febril ningun campo de ostentaciones. Tal vez fuese cierto lo que Ester habia notado con su refinada malicia; la misma facilidad de agradar la hacia parecer mas indiferente de lo que era, y era mas vana en realidad de lo que ella misma pensaba. Sea de ello lo que quiera, aunque parecia ocupar su mente muy poco, cualquiera diversion que tuviese cercana, ninguna tal vez gozaba de ella mas en la apariencia ni con mas libre animacion llegado el momento.

Para Horacio, el baile no tenia mas que un encanto, cual era hallarse al lado de Violeta; existiria por unas pocas horas una ficticia union entre ellos; era una vida en miniatura la que pasarian juntos; este espectáculo en el que iban á figurar, era como un cuadro dorado en que ellos dos formaban la pintura. Eran las súplicas de Violeta el motivo de hallarse allí, y no solamente allí, sino allí como su pareja elegida; y cuando pensaba en esto, su corazon palpitaba con entusiasmo, y su mente se inundaba con vertiginosa satisfaccion, no desemejante, quizá á la que el malhadado é indigno jóven que iba á representar, pudo haber esperimentado, cuando la bella reina hizo su eleccion desgraciada.

El dia llegó por último; y cuando para todo el mundo parecia de la misma longitud y regularidad que otros, para las señoritas de Monte San Lorenzo, le adornaba el aspecto mas bien de una especie de suplemento, ó mejor dicho, introduccion á la noche, que de un dia que posee sus propios merecimientos. Era demasiado corto para preparativos, demasiado largo para la espectativa; todo

estaba trastornado y fuera del órden regular. Tragaban la comida atropelladamente, y despues desaparecian en una region inaccesible á completar aquellos arreglos que con toda premeditacion eran dejados para el último término. Unos descansaban preparatoriamente en un sofá, no en diferente posicion en que la boa constrictor traga su comida; otras parecian sujetas á alguna fatiga prévia, dando vueltas de un lado á otro, y de cuarto en cuarto toda la mañana, observando el progreso de los trajes por concluir para grande demora y afliccion de las doncellas ocupadas en terminarlos; otros estaban ideando planes para conservar su cabello rizado durante las siete millas de travesía que habia entre Portmore y Monte San Lorenzo, y que tenian que pasar en carruaje; otros se hacian provechosos con pegar joyas en los trajes, é intentando, por cincuenta trasposiciones, hacer la mas ventajosa ostentacion de ellas, entretanto que Albertina cantaba y bailaba por toda la casa, poniéndose al paso de todos, quejándose todos de esto, pero sin hacer caso ella de estas quejas.

Los caballeros estaban abandonados á sí mismos. Se contentaban con saber que sus trajes estaban listos, y que se los debian poner á la hora oportuna. Por eso su porte era el de costumbre; leian ú holgaban, ó bien paseaban á pié ó á caballo, segun el caso, á escepcion de Mr. Morland, que se hallaba en estado de alguna ansiedad por causa de su vestido, que le venia de tal modo estrecho, que amenazaba reventarse, todo, como su esposa decia, por su culpa, pues que padecia el desgraciado error de que su figura era delgada.

Mr. Morland, sin embargo, en medio de su calamidad, tenia un objeto de satisfaccion secreta, que com-

pensaba su disgusto. Clarencio habia convenido representar á Lord Burleigh, y lo habia convenido á instancia de Ester, quien habia ideado suplicarle que tomara tal papel, de la manera mas sencilla imaginable. Verdaderamente que la satisfaccion de Mr. Morland apenas podia denominarse secreta, puesto que su faz brillaba otra vez con el deleite y renovada esperanza, y era precisa una persecucion constante de parte de Bárbara, para inducirle á contener sus demostraciones de placer dentro de prudentes límites.

Clarencio, sin embargo, no habia dado esta pequeña muestra de atencion por ninguna otra cosa ulterior. Era en estremo cauteloso, ó mejor dicho indiferente; y si Mr. Morland hubiera oido un diálogo habido entre Clarencio y Horacio en aquella misma tarde, mientras él se ocupaba en probar su ajustado vestido en otro piso superior de la casa, hubiera confesado, aunque con repugnancia, que habia buenas razones para temer el segundo estremo. Se distraia Horacio viendo una caja de miniaturas que habia abierto encima de la mesa donde yacia. Contenia tres retratos; en el centro el de Catalina con todo su deslumbrador blanco de leche y poco espresiva frescura de su temprana juventud; con su profusion de deslustrado pelo rubio, y su pequeña y bonita boca; con sus confinantes hoyuelos, y dos pequeñas, redondas y azules cuentas de rosario por ojos. A la derecha estaba María, mas hermosa en la pintura que nunca habia sido en realidad, porque aunque sus facciones eran regulares, el pintor se habia tomado la liberdad de dar un tinte blanco á las mejillas demasiado puro para usarle con justicia, entretanto que la espresion variada de que ella carecia, como no se

puede trasmitir, así tampoco se puede echar de menos en un retrato. A la izquierda estaba Bárbara con sus negros y gigantescos ojos y traviesa sonrisa, con su color brillante como el sol, hermoso, pero quizá demasiado atrevido para formar la belleza. En conjunto sin embargo hacian un trio sorprendente; quizá Horacio lo pensaba así; quizá pensaba muy poco en las semejanzas; pero sea esto como quiera, sus ojos habian estado por algun tiempo fijos en los retratos.

Sucedia que Clarencio De Lorme era solamente otro ocupante de la habitacion. Habia estado leyendo cerca del fuego, y ahora, poniendo á un lado su libro, se acercó á la mesa. Horacio apenas le notó hasta que le oyó en su peculiar tono irónico de voz dirigirle esta pregunta:

—¿Puedo preguntaros, Mr. Ferrers, á cuál de esas tres gracias pagais el homenaje de vuestra admiracion?

Sea porque Clarencio desagradaba á Horacio, sea porque su sentimiento natural de buen proceder fuese herido por el tono irónico con que Clarencio hablaba de los miembros de una familia cuya hospitalidad disfrutaba en aquellos momentos, no se sintió inclinado á responder en el mismo carácter. Por eso solamente replicó de una manera positiva, que las juzgaba lindas á las tres.

—¡Lindas! replicó Clarencio en tono disputador, ¿lindas, quereis decir, como el pintor las ha representado?

—Supongo, dijo Horacio, que los retratistas siempre embellecen un poco. Quizá sea justo que lo hagan así. Es imposible dar al retrato el encanto del semblante viviente; así es que deben hacer alguna recompensa embelleciendo las facciones.

—¡Verdaderamente! replicó Clarencio; me parece que á la espresion, tanto de Lady Catalina, como á la de Lady María, se ha hecho suficiente justicia por ese muy cuidadoso retratista.

—Así es, dijo Horacio; tienen un parecido ciertamente favorable.

—¿Entónces juzgais los originales muy encantadores? preguntó Clarencio.

—Perdonad, replicó Horacio; no quiero decir nada de esa especie; que son encantadoras es una palabra muy fuerte; por otra parte, creo que estos retratos han sido siempre un poco lisonjeros; pero sin embargo, considero á las señoritas de San Lorenzo como muy hermosa familia, tomadas *en masse*.

—*En masse*, repitió Clarencio con importancia, es una espresion particular, aunque dichosa; y decid, Mr. Ferrers, ¿y qué mas considerais á las señoritas de San Lorenzo vistas *en masse*, toda vez que parece os oponeis á los detalles? ¿Finas al mismo tiempo que hermosas?

—¡Finas! replicó Horacio con alguna sorpresa; porque no podia penetrar cuál fuese el objeto de Clarencio en estas preguntas, y le desagradaba la conversacion. ¡Finas! ¿y por qué nó?

—¿Por qué nó? dijo Clarencio; este es un nuevo modo de mirar el asunto; yo trato de la materia de hecho y nó del *deber*. En tal caso, ¿juzgais que deben ser finas, y lo son en efecto, ó que debian serlo y no lo son? Soy muy estúpido; así me perdonareis al exigiros de una manera directa lo que quereis decir.

Horacio se sentia provocado: ¿procuraba Clarencio atormentarle, ó de qué trataba?

—Quiero decir, replicó con sequedad, que no puedo concebir por qué no han de ser finas; no he dado al objeto otra consideracion.

—¡Oh, verdaderamente! replicó Clarencio; ¿entónces juzgais que poco ó mucho las señoritas deben ser necesariamente finas?

El color montó á la faz de Horacio.

—Por cierto que no tengo idea tan absurda, respondió; pero cuando las personas han vivido en buena sociedad, presumo que tienen las maneras de ella. Quizá yo haya vivido muy poco en el mundo para saber mucho de sus reglas convencionales que me conduzcan á un juicio acertado de las gentes.

Al decir esto, cerró la miniatura, y estaba á punto de levantarse, pero Clarencio le detuvo. Este aun no habia dicho lo que tenia que decir.

—Debeis perdonarme, Mr. Ferrers, dijo, por lo que yo juzgo cuestiones impertinentes de mi parte; pero á la verdad, gusto de oir opiniones tan imparciales y tan genuinas como las vuestras; hay necesariamente mas delicadeza, aunque tal vez menos crítica, en vuestro juicio que en el de un hombre de mas años y con mas esperiencia del mundo como yo. Tenemos ciertamente nuestras peculiares ideas y sentimientos en estas cuestiones, y nuestras reglas tal vez tengan respectivamente algo de severas; pero, como os he preguntado por vuestra opinion, es justo daros la mia. ¿Puedo, pues, deciros mi juicio?

—Como gusteis, replicó Horacio desdeñosamente.

—Entonces, dijo Clarencio con énfasis, debo manifestaros que juzgo á algunas de estas señoritas vulgares en grado eminente, y en segundo grado á otras.

—¡Vulgares! esclamó Horacio con asombro. ¿Qué hay en ellas que calificais de vulgar?

—¿Qué decís, continuó Clarencio, de Lady Catalina, con su fuerte voz chillona, que parece una pescadora? En cuanto á mí, me recuerda siempre la falta de un buen pupilaje, que eduque en la forma de un «colegio de señoritas,» en todo distrito suburbano.

—Se casó sin haber ido á la escuela, segun tengo entendido, replicó Horacio; así su educacion fué quizá descuidada.

—Se casó á los diez y seis años, respondió Clarencio; pero esta no es razon para no haber aprendido á hablar inglés antes de casarse ó despues de casada. Podria entonces, por ejemplo, notar la diferencia entre un adverbio y un adjetivo, y no decir como me ha dicho esta mañana, que habia dormido *malo* la última noche.

Horacio quedó en silencio. Censuraba interiormente á Clarencio, porque le desagradaba, y ya se ha notado que la condenacion de Horacio, tanto de hombres como de cosas, no procedia de un juicio moral, sino de una instintiva repugnancia que se levantaba en su corazon. De otro modo ¿cómo hubiera oido con tanta frecuencia y tan complacientemente á Emilio cuando este hablaba con desden de su familia?

No recibiendo respuesta Clarencio, continuó:

—¿Tal vez juzgueis fina á Emilia?

—Verdaderamente no sé por qué nó, dijo Horacio; jamás me chocó por vulgar.

—Nó, vulgar nó, replicó Clarencio; hay grados. Lady Catalina es positivamente vulgar; su hermana Emilia es solamente lo que yo llamo de «segunda clase,» en sus modales; una señorita de aldea.

—Esas distinciones son algo nuevas para mí, replicó Horacio.

—Aprenderéis con el tiempo, respondió Clarencio con insinuante mirada.

—De cualquier modo, dijo Horacio, me parece que hareis una escepcion en favor de vuestra particular amiga Lady Bárbara.

—A la verdad que no puedo hacerla, replicó Clarencio; creo ser el juez mas inexorable. Lady Bárbara tiene lo que yo llamo «mal tono.» Mi querido Mr. Ferrers, es bastante para ser digna de censura á mis ojos una mujer con solo llamar á su esposo por el apellido.

La paciencia de Horacio llegó ahora á agotarse; se levantó de la silla, y medio riendo, medio avergonzado del disgusto que sentia al espresar ó insinuar cualquiera voto de desaprobacion:

—Mr. De Lorme, dijo, puede ser un loco prejuicio de mi parte, pero no puedo hablar mal de las personas bajo su mismo techo.

—¿Temeis que las paredes tengan oidos y lenguas, ó es realmente un escrúpulo de conciencia? preguntó Clarencio con un poco de ironía.

—Verdaderamente no sé, replicó Horacio; solamente sé que no me agrada.

Decia la verdad. Esta era la única razon que podia alegar á cualquiera cosa que hacia ó dejaba de hacer. Clarencio le miró con una especie de sonrisa de piedad y de entretenimiento, con sus puntas de fisga desdeñosa, al tiempo de sentarse otra vez en la silla. ¿Cuáles eran las miras de Clarencio? ¿Deseaba sacar á Horacio su opinion acerca de Ester? Si era así, se equivocó; porque Horacio estaba muy disgustado con él para tener el humor de dar

orígen á ninguna observacion. ¿Tenia un inesplicable deseo como otros tienen de disfrazar sus intenciones hasta el último momento? ¿No tenia con tal motivo mas deseo que engañar á Horacio? Cualquiera que fuese la causa, y no es digna de mas análisis, Horacio, así que dejó la habitacion, dijo para sí:

—Mr. De Lorme no tiene por lo menos intencion de casarse en esta casa.

Estaba equivocado. La intencion de Clarencio era declararse á Ester aquella misma noche.

CAPITULO III.

Violeta se estaba adornando para el baile. Ya se habia ataviado con su rico y espléndido vestido, y la rebelde profusion de su cabellera habia sido confinada por los delicados dedos de Felipa, dentro de aquel tocado peculiar por el cual María, reina de Escocia, nos es tan conocida como la que mas. Un tocado, es preciso convenir, puede ser una prueba dura para algunos títulos de belleza; pero si una faz sale victoriosa de la prueba, brilla con la mayor lucidez, y asi sucedió con la deslumbradora belleza de Violeta. Y aquella peculiar gracia real que la hacia tan notable, armonizaba grandemente con el traje que otra no se hubiera atrevido adoptar. Felipa, asi que dió el último toque al pelo de su señora, la miró, parte con afectuoso deleite, y parte con un poco de vanidad por la hábil mano que habia tenido en adornarla. No muy dotada, sin embargo, de elocuencia para espresar sus sentimientos, no pudo hallar mejores términos su elevada admiracion que:

—¡Oh señora, estais tan elegante!

Violeta se sonrió y se echó una mirada en el espejo muy pasajera, porque ella necesitaba bien poco para

asegurarse con respecto de su personal apariencia; pero era bondadosa, deseaba agradar á los demás.

—Mi querida Felipa, dijo, habeis arreglado este pelo admirablemente.

—Pero esperad un momento, añadió la ansiosa Felipa; falta colocar esta pluma de diamantes.

—Nó, Felipa, replicó Violeta cerrando la caja de las joyas que yacía espuesta sobre la mesa tocador, y desviándola gravemente de sí; las perlas que han sido sembradas en el tocado son completamente suficientes, y quiero por otra parte llevar mi collar, que es de perlas tambien, con un lazo de diamantes..... El collar, bien lo sabeis, que perteneció á mi madre, añadió al ver á Felipa suspensa con mudo asombro.

—Pero estos diamantes, dijo Felipa insistiendo, son mucho mas hermosos.... ¡Oh señora! eso nunca será; las otras señoritas han puesto todas las joyas que pudieron reunir.

—No importa, Felipa, replicó Violeta; nó, esos nó, esos nó, arrojándolos otra vez de sí cuando Felipa se los presentaba con ansiedad, en la esperanza de que su belleza hablase elocuentemente en su favor.

Pero Violeta era inexorable, y Felipa, casi con las lágrimas en sus ojos, se vió obligada á desistir.

—Quitad allá esas joyas, porque jamás las gastaré, dijo Violeta al tiempo en que Felipa las depositaba sobre la mesa.

Felipa obedeció, retirándolas á su acostumbrado lugar con cierta energía de impaciencia y una sacudida de cabeza significando el estado del sentimiento. La pobre Felipa movia á piedad verdaderamente, porque no era la sola vanidad de ver á su ama y su obra

manual hacerle justicia, lo que causaba su mortificacion, sino que amaba á Violeta de veras, aunque hacia poco tiempo que estaba á su lado; la queria por la bondad y consideracion con que ella la trataba. Violeta era á la verdad amada siempre por sus inferiores. El orgullo y la altivez con que algunas veces atormentaba á sus iguales, desaparecia en su trato con los que estaban bajo su férula. Habia una soltura en sus modales para con ellos, agena al mismo tiempo de condescendencia y de inconveniente familiaridad, que ganaba el afecto, mientras que su carácter generoso y de una liberalidad incalculable aseguraba la admiracion y escitaba la gratitud. Violeta tambien sentia simpatías por sus inferiores; la vista cansada del ojo lloroso nunca pasaba desapercibida y descuidada; los trataba como sus compañeros. La pena de Felipa en esta ocasion no pasó sin ser notada, y Violeta por consolar á su afligida sirvienta esforzó las alabanzas y recomendaciones del vestido que habia hecho; pero todo era en vano, y Violeta dejó tras sí un semblante muy descontento, cuando al desocupar su cuarto por haber oido llegar los carruajes á la puerta, se dirigió al de Catalina para ver si su reina hermana estaba pronta.

De ninguna manera puede decirse que tal fuese el caso; se habian hecho necesarias varias alteraciones en el último momento, las cuales habian descompuesto á un tiempo el humor y el traje de Catalina. Catalina, Bárbara, y las doncellas de estas se hallaban todas ocupadas. Bárbara daba un enérgico consejo; Catalina, consumida con el ejercicio de vestirse y el disgusto de que no le venia el vestido, recurria á lo pasado con vituperio.

—Os he dicho, Brown, que la manga estaria apretada,

pero nunca quereis creerme; mirad, no puedo levantar el brazo; el vestido se ha echado á perder.

—Oh señora mia, no hagais eso; le vais á reventar, profirió con vehemencia la doncella verdaderamente infeliz, á quien la porfiada impertinencia de Catalina estaba ocasionando mas afliccion por causa de aquella pieza de tela que probablemente habria sentido jamás por sus pecados.

—Esto es por cierto provocador, dijo Bárbara; no sé lo que se debe hacer. ¿En qué soñaríais, Brown, para hacer esto tan ajustado?

Ninguno parecia pensar en la calamidad de la pobre Brown, que habia herido demasiado sus dedos dia y noche para agradar á su señora. No porque Catalina fuese cruel voluntariamente, sino porque era vana, y la vanidad es de duro corazon; era irreflexiva hasta la vacuidad; ¿y quién inflige mas hondos pesares que el irreflexivo? La entrada de Violeta apenas fué percibida; de tal modo estaban todos entretenidos con la obra entre-manos; por lo cual Violeta se sentó lejos de los demás. ¿Y cuál era el objeto de las reflexiones de esta? Era despreciar á Catalina de corazon por su pueril vanidad, y su falta de sentimientos. ¿Pero tenia Violeta algun derecho á ello? ¿Y era algo menos inhumana en lo que concernia á sus propios pecados? ¿No hubiera tambien por un placer de valor conforme á su carácter, ó por la satisfaccion de su orgullo, sacrificado los sentimientos y desatendido los pesares de otros?

El defecto, irreparable en la apariencia, de las mangas del vestido de Catalina, de un modo ú otro, fué reparado; y la voluble criatura, despues de mirarse de arriba abajo en un grande espejo, pronto apareció con toda su satisfaccion y sonrisa.

—Ahora, Brown, dijo, corred tan vivo como podais á las otras señoritas para ver si están listas; porque ya hace diez minutos que esperan los carruajes. Bajarémos todas juntas si vienen á buscarme.

Las criadas salieron, y Catalina tuvo ahora tiempo para volver un poco de atencion sobre Violeta.

—Realmente, Violeta, esclamó, que ese traje te está muy bien; nunca lo hubiera creido.... ¿pero cómo has escondido tus diamantes? Brillan muy poco.

—¿Es cierto? replicó Violeta; pues he puesto todos los que poseo.

—¡Qué falsedad está diciendo esta niña! profirió con vehemencia Catalina. ¿Dónde está la pluma que te dió mi hermano?

Violeta se paró por un momento, y despues respondió con presteza:

—En su caja.

—¿Y decid, preguntó Catalina severamente, ¿qué capricho es ese? ¿La has olvidado?

—Nó, respondió Violeta.

—¡Niña tonta! dijo Bárbara; vaya, envia por ella al momento.

—Nó, perseveró Violeta; no intento llevarla.

—Bien, observó Catalina; si juzgais estar bastante hermosa sin ella, estoy lejos de desear un adorno tan escesivo; pero me parece á la verdad, que supuesto que sabias lo ansiosa que yo estaba de hacer una suficiente ostentacion de joyas convenientes á mi carácter, y que no tenias intencion de hacer uso de esos diamantes, debiste haber pensado en ofrecérmelas.

—Convengo con Catalina, dijo Bárbara; procediste de una manera no acostumbrada. La pluma de diaman-

tes será una grande adicion al tocado de Catalina, y toda vez que no piensas llevarla, enviaré por ella.

Y al decir esto se preparaba á tirar por el cordon de la campanilla.

—Espera, dijo Violeta; de ninguna manera, no puedes obtenerla.

—Pareces un perro cuando come, observó Catalina con impaciencia, que era toda ánsia por la joya de diamantes.

—Jamás te he visto oponerte á prestar cosa alguna hasta ahora, dijo Bárbara asombrada.

—Ni ahora tampoco, replicó Violeta; mas no es mia para prestarla.

—Ese es un absurdo, dijo Catalina. Y puesto que la pluma de diamantes es de San Lorenzo, y no tuya, no pongo reparo en tomarla prestada á todo evento; así me tomo la libertad de enviar por ella.

—Te prohibo que tal hagas, ó que tomes nada de mi cuarto sin mi permiso, replicó Violeta. Si perseveras en tomarla sin mi voluntad, aquí permaneceré donde estoy. Me importa poco el baile; pero cuando he resuelto fundada en algun principio no hacer una cosa, no bastaria todo el mundo para conmoverme.

La altivez de Violeta aterró á Catalina, que aunque ruidosa era tímida; y se quedó mirando á su prima de hito en hito con una mezcla de enojo, chasco y alarma en el semblante.

—Púf, púf, dijo Bárbara; vaya, no nos hagas todas esas magníficas protestas por lo que no vale nada. Me haces reir, Violeta, algunas veces cuando te pones tan pomposa y tremenda por una absurda vagatela, en la que juzgas ver un principio, como tú le llamas. ¿Cómo

se podria pensar que los caractéres que las dos representais os habian de inspirar el deseo de reñir?

—Si aquí hay contienda, todo está de una parte, respondió Violeta desdeñosa y negligentemente.

—Pero en realidad, Violeta....

—Oh, te ruego que no pidas nada para mí, dijo Catalina interponiéndose. Nada quiero como un favor....

—Ahora dejadme hablar, dijo Bárbara con impaciencia. ¿No es una necedad que rehuses llevar las joyas que mi hermano te dió, ó prestarlas á su hermana, porque no es todavía tu esposo?

—Y grande necedad, murmuró Catalina; pero importa poco; no las aceptaría ya aunque me las ofreciera.

Bárbara echó una mirada suplicando silencio á Catalina, y se volvio hácia Violeta.

—Esos diamantes, replicó Violeta, fueron donados por San Lorenzo, nó á mí, sino á su futura esposa.

—Bien, dijo Bárbara.

—Todo lo que tengo que hacer ahora con ellos, continuó Violeta, es devolvérselos con seguridad, porque *nunca* lo seré. Pronto lo hubiérais sabido de alguna manera por otros medios, y por consiguiente no pongo reparo en que lo sepais desde luego por mí.

Las hermanas se miraban unas á otras en silenciosa admiracion al oir este inesperado anuncio, cuando la entrada de María y Georgiana interrumpió toda conversacion ulterior. Catalina olvidó el contratiempo de la pluma de diamantes, en medio de la sorpresa que le causára aquel informe; el cual pronto se perdió de vista tambien con el placer de la próxima exhibicion, cuya cita en el cuarto tocador, é inspeccion mútua, servia co-

mo un capítulo preliminar y de anticipado entretenimiento.

Violeta estaba como quien siente su libertad con renovada satisfaccion, por haber hecho ya su declaracion primera sobre el asunto; salió al encuentro á Horacio con faz radiante de alegría interior inspirada por esta misma libertad, agradablemente suavizada por la conciencia de la admiracion con que Horacio la miraba.

Segun todo el esterior, Violeta parecia no tener razon para avergonzarse de su admiracion. Era el único en toda la habitacion que llevaba su traje con natural y noble gracia, porque á los hombres comunmente no les favorecen los trajes de fantasía. Era deudor en parte por ello á su juventud, no solo porque los juveniles años agradecen el adorno mejor que la edad madura, sino porque desarman la especie de desprecio con que miramos á un hombre aderezado como un cómico; y en parte lo debia á aquella perfecta soltura de modales que era en él un don natural y el resultado de la ausencia de personal vanidad. Esta circunstancia era quizá una de sus recomendaciones á los ojos de Violeta, quien manifestaba poca tolerancia ó compasion hácia las maneras toscas. La gracia natural y sin estudio estaba íntimamente aliada en la mente de Violeta con la independencia y sencillez de carácter. Si el amor hacia torpe á un hombre, tenia pocas probabilidades de agradarla, aunque ella fuese el objeto de este amor. Pero la misma falta de esperanza del amor de Horacio era bastante para privar á sus maneras de toda superabundante ansiedad de agradar, aun cuando no fuera propio de su naturaleza amar en un estado de aficion indolente, mas bien que en el de ostentacion activa. Agradaba á Violeta ser ama-

da sin la necesidad de tomar otra noticia del hecho, ora en la forma de real estímulo, para lo que no estaba deliberadamente preparada, ó bien de desaire, que la haria perder su entretenimiento. ¿Tenia, pues, derecho á censurar á Calalina por su fútil vanidad y olvido de los pesares de otros en la satisfaccion de esa vanidad?

Y mientras de esta suerte estaba ella sonriendo graciosamente á su jóven admirador, ¿tenia un solo pensamiento para un corazon, que á su manera no le era menos adicto? Mucho mas quizá, porque San Lorenzo la amaba como no se ama otra vez. Aquel amor era la última flor del verano en un corazon en que el otoño habia empezado á surcar, y habia sido allí criado como criamos una rosa cuando han caido las hojas y los vientos azotan nuestro jardin. ¡Pobre San Lorenzo; habia hecho un sacrificio! Uno de aquellos sacrificios sin recompensa que hacen los hombres y que lloran los ángeles. Habia sacrificado su acariciado tesoro con una magnanimidad y grandeza de alma que podrian ganar una corona celestial si Dios hubiera sido su objeto. ¡Ah, y que hubiera de ganar para él solamente un corazon partido! San Lorenzo habia hecho el sacrificio á un ídolo que tenia en sí mismo; al ideal de su propia generosidad é hidalguía de carácter. Era por consiguiente un motivo natural y tenia á sí mismo por objeto. Su acto no habia sido otra cosa que el sacrificio de sí mismo por sí mismo; y así como los que hacian pasar á sus hijos por el fuego de Moloch no recibian recompensa por lo que bien se podia considerar un acto sobrehumano, así los que se sacrifican por alguna cualidad natural que adoran en sí mismos, en vano estenderán sus manos para recoger un premio. Quizá San Lorenzo habia esperado secretamente

que el sacrificio no seria aceptado; sin duda, á lo menos esperaba que escitaria gratitud y admiracion. Pero nó; habia sido aceptado friamente, aunque con benevolencia; y ahora la fiebre de la escitacion que acompañaba la magnánima hazaña, habia pasado, y nada le dejaba mas que desolacion en el espíritu y un corazon desierto. Aplicándole el pensamiento de un poeta que ha escrito poco de amor, pero mucho considerado su ancho y dilatado sentimiento, y cuyas líneas exhalan un espíritu de amor demasiado profundo para ser un mero poeta de amor, aquel corazon, vacío de su mundana felicidad, habia quedado mas desolado, mas friamente muerto que el nido lleno de nieve olvidado en medio de un matorral de deshojado escaramujo. Con Violeta, habia muerto para él el estío de sus dias. Con ella á un lado hubiera prolongado aun su juventud y la reflexion de su felicidad juvenil. Violeta era para él una memoria de lo pasado trasformada en la esperanza de lo futuro. Pero todo esto habia muerto, muerto de una manera irrevocable; y el dia en que recibió el anillo, que fria y silenciosamente declaraba su separacion, San Lorenzo entró en un nuevo período de vida, el período decadente, el período que empieza por un despojo para terminar en una caida. ¡Aquel dia fuera la vida de muchos años!

Pero Violeta nada sabia de esto; nada conocia de oferta tan generosa y de la muy inadecuada apreciacion con que ella la habia recibido. Nada sabia del duro mensaje cometido al anillo devuelto: ¿quién, pues, podrá acusarla de falta de sentimiento si olvidó un amor que nunca la satisfaciera en presencia del que cautivara su fantasía si no su corazon? Sin embargo, Violeta podia sospechar, á serle posible la reflexion, que el hombre

que cuenta ya mas de cuarenta años, no es probable que abandone un compromiso de alguna duracion, cualesquiera que sean las razones que le induzcan á ello, sin algun esfuerzo interior; sin mas sentimiento á lo menos que la jóven de veinte años esperimenta al verse abandonada de su amor. Pero Violeta tenia la facultad de agitarse poco y pensar menos en cualquiera cosa que queria echar de su mente; grande y glorioso poder cuando se posee en la vida sobrenatural, terrible y fatal algunas veces en la natural meramente.

Rosa O'Donnell tambien estaba ataviándose para el baile. ¡Pero con cuánta mayor ansiedad y trepidacion del alma, ella, que poco ha sonaba quizá en sus oidos un susurro de divinos esponsales, que se adornaba la hija de este mundo! Violeta habia dejado descuidadamente á otra la tarea de adornarla, y toda solicitud relativa al asunto. ¿Y no seria este un cuidado demasiado grande para Rosa? No es estraño. ¡Oh Rosa! ¿no os pareció alguna vez oir una voz dulce cantando, *Veni sponsa Christi*? ¿Y lo habeis olvidado? Violeta nunca oyera esta voz: Violeta no habita en una region donde pueda oirla; de otro modo, tal vez no se mostraria sorda á su sonido como vos. ¡Con qué profundo y ardiente entusiasmo aquella generosa y altiva alma, bajo la influencia de la gracia, hubiera quizá escuchado tan incomparable honor! ¡Cómo su corazon arderia para dar salida al canto que solo tiene el privilegio de cantar la esposa de Jesus: *¡Regnum mundi et omnem ornatum sæculi contemsi propter amorem domini mei Jesu Christi!*

Pero así era. Un cambio maravilloso se habia efectuado en Rosa! Nunca su traje la ocupara como la ocupó aquella hora. Verdaderamente que jamás se habia cui-

dado de él por su propia causa, ni tampoco ahora la entusiasmaba sino por causa de aquel cuyo amor casi habia arrojado otro amor de su corazon. Hasta aquí, amando á Horacio solamente en la tranquilidad de la casa privada, nunca habia pensado en agradarle con otras cualidades ó encantos, salvo aquellos sin estudio que habian ganado el corazon del jóven; pero ahora una nueva escena se abria para ella. Iba á verle en una concurrencia, y en medio de esta concurrencia brillante tendria el triunfo de decir para sí: «Sí, ese corazon es mio; mio, aunque paso desapercibida por todo lo que me rodea; pero nada me importa esto; nó, nó, mientras que sus ojos me busquen en medio de todos, y yo conozca que dice para sí, aquella es mi Rosa, mi tesoro, mi novia!» Y entonces seguia con el pensamiento, en el deseo natural de no parecer indigna de su eleccion en medio de tanto esplendor; y le acometia la duda al mismo tiempo que acompaña á un fuerte deseo de agradar en una honesta y tímida naturaleza. Esperanza, temor, amor, todo por Horacio y para agradar á Horacio. El puro y blanco vestido de seda es por él, y el alisado pelo negro como las álas del cuervo, trenzado atrás por encima de su frente de marfil; y por él es la duda entre la rosa carmesí ó la blanca para colocarla en aquellas negras trenzas; y por él primero es cogida una y despues la otra, y la blanca es elegida y la carmesí rechazada; y entonces la indiscreta Rosa temia una apariencia demasiado marcada de novia, y decia para sí:—¿Y no soy una novia, su prometida novia?—Y el color se apoderaba de sus mejillas al contemplarse en el espejo, y por la primera vez en la vida se deleitaba en su belleza. Parecia un nuevo descubrimiento para ella, y se

reia y ruborizaba al mirarse, y otra vez se reia para ocultar en seguida su faz entre las manos con modesta vergüenza.

Entretanto Clara estaba esperando á su esposo, quien habia enviado allí su traje para vestirse, y habia escrito á aquella para decirle que pensaba estar á su lado una hora ó dos antes del baile. ¿Y qué hacia entonces Mistress Forester? Seguramente que debia estar muy ocupada en la tarea de adornarse, mas aun que la jóven Rosa, tanto mas, cuanto su tarea era mas difícil. Nó, Mistress Forester estaba en la cama. Debia estar asaltada de una fiebre, ó á lo menos de algun mal que la incapacitara de moverse. No habia tal cosa; solamente era de frio, y tal, que no hacia la medida en lo mas mínimo necesaria, á no haber sido su gusto darle semejante consideracion. El corazon de la pobre Mistress Forester habia sido conmovido, y conmovido hasta una profundidad cuya existencia nunca habia sospechado; profundidad hasta ahora no sondeada y que habia permanecido en reposo toda la vida. Pero la santificacion no es la obra de una semana ni de un año, y á veces no bastan muchos años; y Mistress Forester no podia sacudir desde luego los respetos humanos, que eran su tentacion abrumadora, ó los pequeños artificios, que en ella eran la consecuencia. Sin embargo, no se la mire por esto con desprecio; porque hay Uno que no desprecia el «dia de pequeñas cosas,» y que compasivamente «no apaga el humeante lino;» hay Uno que graciosamente recibió á Nicodemus, aunque este temia el mundo demasiado para visitar á su Dios encarnado, salvo en el retiro de la noche. El le recibió; porque El, que es la perfecta Sabiduría, sabia que este era el débil é imperfecto pero sin-

cero principio de un corazon tímido, no el cobarde retroceso del que es traidor. Y así, llegó el tiempo en que la gracia hizo del débil fuerte, cuando este mismo tímido corazon tomó valor; y el que recelaba reconocer á su Señor mientras vivió, atrevidamente preguntó por Su Sagrado Cuerpo cuando muerto; de este modo ganó para sí un honor que los Apóstoles aun en aquella hora no se atreverian á reclamar.

Y entonces ¿cómo podrémos nosotros, que no vemos un palmo ante nosotros, que no vemos nada de ese velado misterio, el corazon del hombre; cómo juzgarémos en cada caso individual; cómo nos atreverémos á despreciar jamás los primeros pobres intentos de los esfuerzos del alma para conseguir su libertad espiritual? Mistress Forester por consecuencia, herida por todo lo que habia oido, resolviera abandonar su frívolo curso de vida, y como primer sacrificio de esta buena resolucion, era abandonar el baile. Pero este sacrificio era fácil, comparado á otra prueba que la aguardaba. No se atrevia, salvo á su hija, confesar su determinacion, y le parecia la mas imponente dificultad dar cuenta á otros de este súbito cambio. Tales dificultades para los que tienen mucho atrevimiento natural y decision de carácter, pueden vencerse á bajo precio; pero son de grandes escollos para personas de almas débiles y sensibles. ¡No era una circunstancia bien insignificante por cierto, y que no podia alzar sospechas, que una mujer de cincuenta años, de escasos medios, no deseara ir á un baile fantástico! ¿Quién se cuidaria de que fuese ó nó Mistress Forester, á no ser Clara, quien por el bien de su madre se alegraria de que hubiera dejado de apetecer tales locuras; ó Mr. Morland, que por su conveniencia estaria muy con-

tento de quitar de la vista una relacion de parentesco que no le envanecia? Sin embargo, la dificultad se elevaba con las proporciones de una alta montaña en la imaginacion de Mistress Forester. De cualquier modo seria preguntada por Emilio, si no por ningun otro, por qué no iba al baile; érale preciso dar una razon. ¿Y cuál daria?

—¿Por qué no alegais que preferís ir á la capilla? le decia su hija. Yo me alegraria de obrar de este modo, si no temiera desagradar á Emilio.

—Conozco, replicó Mistress Forester, que Emilio no querrá que yo dé tampoco esa preferencia á lo que propones.

—¿Pero le estais de alguna manera ligada, replicó Clara, para consultarle en tales materias? Y en resúmen, á él ¿qué cuidado le dá?

Mistress Forester quedó en silencio, porque no queria estenderse en las razones respecto del cambio religioso que se habia obrado en ella, y que sabia no produciria mucha satisfaccion en Emilio. Ella misma se crearia en efecto semejante dificultad. Emilio estaba contento de hacer uso de ella para vencer lo que consideraba fanatismo religioso en su esposa; y Mistress Forester por su parte se habia alegrado tambien de que Emilio hiciera tal uso de sus servicios, en parte por la vanidad de hacerse importante y congraciarse con él, y en parte por el temor á los resultados que podrian sobrevenir de la oposicion de Clara. Y ahora que mejores pensamientos y mejores sentimientos habian tomado posesion de su alma, no sabia cómo sacudir la esclavitud en que se habia colocado, y sus pocas fuerzas parecian insuficientes para romper sus débiles cadenas. Clara no podia pres-

tarle ningun servicio, porque era demasiado sencilla y de recto proceder para comprender tales dificultades. ¿Qué podia hacer en tal caso Mistress Forester? Podia gritar todo el dia en quejas por las vejaciones y debilidad de su propósito; y gritó mucho en efecto, y se le resfrió la cabeza en consecuencia; y entonces se le ocurrió lo que consideraba una brillante idea; daria importancia á su resfriado, y por tanto manifestaria temor de ir al baile.

Al instante obró con energía conforme á semejante idea; se sentó con los piés cerca del fuego, y cuidó su cabeza muy diligentemente todo el dia; y para consuelo de Clara declaraba frecuentemente con estremada decision, que era cosa fuera de duda su ausencia del baile. Deleitada con esta idea gozó de una paz pasajera. Evitaba el baile, evitaba la necesidad de dar otra razon de su falta del mismo, y evitaba ver á Emilio, quien era el motivo que habia favorecido poderosamente su determinacion de renunciar de una vez las vanidades del mundo, al mismo tiempo que de huir de la ocasion de borrar sus buenas impresiones, lo cual podia conseguir no asistiendo á dicho entretenimiento, porque Mistress Forester temia las preguntas de Emilio relativas al progreso de la comision que le habia confiado. Ya no miró esta comision en el mismo punto de vista en que la miraba; y aunque deseaba mantenerse en algun compromiso, si fuese posible, sin embargo consideraba de su deber hablarle en un tono muy diferente al que hasta entonces habia adoptado. ¿Y dónde hallaria valor?

Las personas que no pueden hallar resolucion se acogen á las dilaciones, la defensa del cobarde, y tal fué el refugio de Mistress Forester en la ocasion presente.

Cuál fué, pues, su disgusto cuando en el dia anterior al baile, Clara recibió una carta de su marido anunciándole su intencion de unirse á ellas en las primeras horas de la noche designada para semejante funcion. La pobre Mistress Forester hubo de recurrir ahora á otra estratagema. Se quedó en la cama al dia siguiente bajo el pretesto de haber pasado mala noche. Sobre las seis de la tarde mandó llamar á su hija, á quien dió una carta para Emilio, informándola al mismo tiempo de que habia tomado un sedativo, y que de ninguna manera debia ser inquietada, pues que esperaba alcanzar un poco de descanso. Clara tomó la carta, dió las órdenes necesarias para que nadie entrase en el cuarto conforme al deseo de su madre, entretanto que esta no tirase de la campanilla, y la pobre perseguida criatura se arregló para el goce de un breve y penoso reposo.

Emilio llegó á la hora señalada con un semblante friolento del camino, y atormentado y descontento por alguna causa secreta. Evidentemente vacilaba entre dos medios de accion, á causa de la ignorancia del estado de las cosas al presente. Mistress Forester hacia dias que no le habia escrito, lo cual le ponia en el embarazo de interpretar semejante circunstancia de síntoma favorable ó desfavorable. En tal incertidumbre Emilio estaba perplejo acerca de la conducta que debia adoptar para con su esposa. La consecuencia fué, que solo pudo aparecer con aspecto de incomodado. Clara le compadecia, y le recibió como de costumbre: la calma impenetrable de Clara era siempre un enigma para Emilio, y ahora era tambien una vejacion adicional á su alma afligida. Como no podia decir lo que sentia, recibia un alivio en quejarse de las sensaciones de su cuerpo, del frio, del viento

cortante que batiera su cara en el camino, del fastidio de tener que ir al baile, y de otras mil aflicciones de la vida, que le parecia existian con el solo propósito de perseguirle y atormentarle.

Despues de calentar sus manos aparentemente con grande resentimiento por el frio que habia sufrido, alzó la vista con descontento hácia Clara, y dijo:

—No me has dicho todavía cómo está Cirilo.

—Ven á verle, dijo Clara; pero pisa despacio porque mi madre no está bien, y creo que duerme en estos momentos.

—¿Cómo es eso? dijo Emilio con impaciencia.

Clara procedia á dar esplicaciones; y entonces recordando la carta que Mistress Forester habia cometido á su cuidado, la entregó á su esposo.

Emilio la abrió, y su semblante tomaba aire inquieto y triste al examinarla. La carta de Mistress Forester tenia por objeto disculparse de no haber escrito mas pronto por causa de la indisposicion que padecia, circunstancia que no le permitia tampoco ahora escribir sino pocas líneas. Continuaba diciendo que no habia sido capaz de persuadir á Clara á que pusiese la cuestion de que trataban en manos de ninguno, á no ser de su anterior director, que habia requerido la promesa escrita ya aludida. Que consintiera, añadia, por consiguiente, en referir sus diferencias completamente al criterio de dicho director y atenerse á su decision; y Mistress Forester aconsejaba á Emilio esperar por la respuesta antes de volver á hablar á su hija sobre el asunto. Que ella tambien por su parte habia escrito á este sacerdote, que era el mismo que los habia casado; de esta suerte decidiria con entero conocimiento del caso, y que siendo probable

que contestase tanto á Clara como á ella, le seria á su tiempo comunicado el contenido de las cartas.

Emilio arrugó la carta entre las manos y permaneció un rato mirando el fuego.

—Supongo, observó por último, que tu madre no dormirá toda la noche: podré verla pronto, de consiguiente.

—Desea con particularidad que no se la inquiete hasta que tire de la campanilla, replicó Clara. Me parece que está muy ansiosa de permanecer tranquila, puesto que no descansó en toda la noche, y se queja tambien de estar calenturienta.

—Es un abominable contratiempo, observó Emilio lanzándose en la silla.

Pero no esplicó Emilio si el contratiempo era el resfriado de Mistress Forester, ó hallarse chasqueado en su deseo de verla; pero es de presumir que su personal disgusto predominaba en su mente.

Siguió una pausa, despues de la cual preguntó Emilio si habian traido sus vestidos, y dónde podria vestirse.

—Puedes vestirte en mi cuarto, respondió Clara; el que estaba vacío le ocupa Miss O'Donnell.

—¿Qué te ha sucedido para llenar ese lugar? esclamó Emilio con mal humor. No me puedo ver libre de gente ni por una hora. Mi padre suplica á todas las personas estúpidas que encuentra á que vayan á Monte San Lorenzo; y parece que tú quieres hacer lo mismo aquí.

Clara le esplicó lo que habia ocurrido, añadiendo que estaba segura de que no le desagradaria Rosa cuando la viera, puesto que era tan bonita, tan quieta y tan modesta.

—Puede ser todo lo deliciosa que quiera, replicó Emilio; pero yo no necesito nunca ver á nadie.

La entrada de Rosa puso fin á la conversacion. Rosa se ruborizó porque no sabia que Emilio habia llegado; mientras que este hubo de variar de semblante por las exigencias de la cortesía que nunca queria desconocer. Fué muy conveniente para él, como tambien de gran alivio para Clara, porque su mal humor crecia á cada minuto por la libertad al cual se entregaba. La presencia de otro le devolvia el imperio de sí mismo, y á la verdad que era esta una distraccion muy aceptable en ocasion tan penosa. Rosa además era tan suave, tan seductora y tan discreta, que aun Emilio, en su estado de severidad, no pudo encontrar falta en ella; de tal modo, que cuando Rosa dejó el cuarto, él mismo dijo espontáneamente que era una criatura bella é inocente.

CAPITULO IV.

Distante algunas calles desde donde estaba situado el salon de baile, se hallaba un grande y sólido edificio. Dentro de sus paredes en este momento habia algunos cadáveres, prontos á ser consignados en su última estancia de la tierra; habia almas en su agonía, en bien de las cuales no se levantaba una voz para decir un Padre Nuestro ó Ave María, salvo de aquellos compasivos, menos, ah, de los que debieran, que se acuerdan de interceder por los que, tanto en vida como en muerte y en la última hora de la vida, no se hace una especial memoria; y lo que es peor aun, habia almas en su última hora que no sabian orar por sí mismos, que no sabian que en el cielo tenian un Padre, ó que lo habian sabido para olvidarlo; y de quienes un frio y cruel sistema, falsamente llamado Iglesia, habia ocultado á su bendita Madre, y la habia ultrajado; de tal modo, que el pobre niño huérfano yacía muriendo de frio en la tierra como las bestias, en lugar de depositar su alma en manos de su misericordioso Padre, y en el seno del amor de su Madre; y habia allí miserables seres torturados con las penas, hundidos con la debilidad, quejándose con la an-

gustia, y sin nadie que les diese el único auxilio que aprovecha en aquella hora de prueba.

Pero dejemos este lugar. ¿Por qué detenernos aquí? Tres calles mas allá de esta casa de dolores habia una habitacion alegre con luminarias y flores, gozosa con la música, y coronada de risueñas criaturas; porque si en ellas no habia alegría, ¿qué queria decir su atavío suntuoso, el símbolo del regocijo, y sus cabezas adornadas de joyas y de flores? ¿Qué quieren decir la sonrisa, la algazara y el baile si no demuestran placer? Oh, sí, esta es una escena de alegría; no lo dudeis, ó no os fieis de vuestros ojos. ¿Pero por qué causa es esta alegría? ¿Cuál su objeto? ¿Es el gozo su fin? O si no lo es, ¿dónde está? Nunca lo pudiérais pensar. Sabedlo, pues, y asombraos: esos gozosos seres brillan, rien y bailan á diez chelines por cabeza, todo para beneficio de aquellos pobres desgraciados que se quejan y mueren, mueren con la muerte del cuerpo, ah, y del alma tambien, en el edificio de piedra, solo tres calles distante! Es un baile de caridad para el hospital. ¿Se hacia *todo* por este beneficio? Oh, nó; los ojos recibian parte en luz, los oidos en música, y la boca en alimento; pero el resto era todo para los pacientes; ¡todo, todo! ¡Oh, caridad inmensa! ¡Oh, caridad del mundo! ¡Qué espectáculo presentas!

Algunas personas festivas, ansiosas de verse en el campo, habian ya llegado; y el estenso pavimento del salon de baile le ocupaban aquí y allá algunos grupos de señoras, porque pocos eran los caballeros que habian hecho todavía su aparicion. Habia aldeanas italianas y españolas, y princesas rusas y polacas, y otras indefinibles que confundirian á cualquiera que tratase de averiguar la parte del globo que intentaban representar; en-

tretanto que algunos solitarios turcos y egipcios vagaban en una ansiedad aparentemente melancólica por la conservacion de sus postizos mostachos. Un golpe de música de vez en cuando salia de una gran banda que ocupaba un estremo de la estancia estremeciendo el pavimento y los corazones de no pocas de las figuras de sílfide que, en una dichosa confusion de filas, paseaban alrededor en anticipacion placentera de la escitacion y vertiginoso placer.

Clara, Emilio y Rosa O'Donnell llegaron en este momento; y en el instante en que esta puso los piés en el gran salon despojado de su alfombra, vistosamente iluminado y ocupado por sus diseminados concurrentes con sus brillantes trajes, esperimentó una súbita sensacion de temor. El salon era para ella tan grande, que creia imposible alcanzar al otro lado pareciéndole que se aumentaba bajo sus piés; aquellos piés que podian pisar tan ligera y graciosamente sobre la alfombra de terciopelo de su jardin de Crewe Hall, y que ahora apenas eran capaces de andar rectos. Le parecia además que todos la miraban y se quedaban admirados de lo que la habia llevado á aquel sitio. Apenas se atrevia á levantar los ojos; se colocaba tras de Clara y deseaba ser invisible. Oh, era cosa muy diferente contemplar á su sabor su hermosura en el espejo de su tocador, y ostentarse á la vista en esta habitacion brillante con las luces y llena de ojos estraños prontos á escudriñar á todo recien llegado. La vanidad dominaba antes; la timidez habia despojado á la vanidad y dado entrada otra vez á la nativa modestia.

Para Clara el mundo no era nuevo; se viera obligada frecuentemente á asistir á lo que se llama su brillo.

No estaba conmovida; tal vez nunca habia sentido la perturbacion que sentia Rosa, perturbacion que la mera natural timidez es suficiente para causarla, y que el mas profano siente frecuentemente en su estreno, antes de que aquella vergüenza que viste al jóven corazon, como el vello en el pimpollo, haya desaparecido. Dotada de calma natural, que su devocion profunda y habitual recuerdo habian robustecido, los sentimientos de Clara, en contacto con aquel mundo á que ella no pertenecia, eran los de la estrema repugnancia y estrañeza mas bien que los de temor y desconfianza. Lo mismo estaba presente que si estuviera ausente. Rosa envidiaba tal posesion de sí misma, y como se ha observado, se colocaba detrás de ella para ocultarse. Sin embargo, cuando su primer pánico habia pasado, deseaba ver, aunque todavía gustaba de permanecer invisible, y á veces echaba miradas furtivas desde la espalda de su amiga. Pero no tenia el valor de mirar á la cara los objetos de su curiosidad, porque cuando encontraba los ojos de alguno, le parecia que todos tenian una conciencia atrevida de su derecho á estar presentes, que ella no poseia; se conceptuaba por una razon inesplicable, como si fuese un caso escepcional en la estancia requiriendo esplicacion y disculpa sin que la tuviese para ofrecerla.

A un lado del salon habia un espejo de considerable tamaño. No era muy lejos de este espejo donde el trio estaba, y cuando Rosa advirtió esta circunstancia, se aprovechó de ella para observar la concurrencia sin aparecer que la observaba. El espejo alcanzaba al suelo, habiendo sido claramente colocado así para aumentar el aparente tamaño de la habitacion. Rosa entonces con-

templó sus ficticias dimensiones y alegre perspectiva, y entre los diferentes grupos que llamaron su atencion, en uno por último fijó los ojos. En este grupo estaba un hombre chato y pequeño, de pelo rojizo, vestido de un uniforme que no le convenia; por qué Rosa le miró, ella no lo sabia, á no ser que tal vez fuese el que la cara no le parecia completamente estraña. Se apoyaba en el brazo de este hombre una jóven cuyo rostro estaba oculto para Rosa; esta solo vió el gracioso contorno de la cabeza y un suave y grande bucle moreno que descansaba sobre el hombro. Oh, no habia duda de quién era aquel grande bucle; era de Clara. Rosa habia estado mirando á sus amigos sin conocerlos; ¿y quién podia ser aquella pequeña é insignificante persona de vestido blanco y sencillo, sencillo comparado con todo lo que la rodeaba, y de pelo negro sin adorno, sin adorno, salvo una pobre blanca rosa? ¿Podia ser esta la belleza que poco ha se admiraba de sí misma con loca complacencia? Una señora circasiana alta se hallaba cerca con frente muy adornada de joyas, un velo salpicado de lentejuelas, y mejillas cuyo bermellon embellecia la brillantez de sus grandes y sorprendentes ojos. ¡Cómo Rosa á su vista retiró su pequeña, pálida y sencilla figura hasta dejarla en sombra! ¡Oh, con qué vueltas y tretas este mundo traidor paga nuestra vanidad! Colocada Rosa y aquella alta y brillante señorita una al lado de otra en la sencillez de comun atavio, ¿quién dudaria entre sus respectivos clamores á la admiracion? Pero Rosa no era á propósito para brillar en una grande asamblea; ni era tampoco formada en un modelo bastante atrevido, ni pintada con colores bastante brillantes. Su hermosura habia decaido; como la de una delicada miniatura decaeria don-

de se requiere una decoracion de teatro. Los ojos buscan efecto en estas ocasiones, y á cierta distancia, el girasol merece un rango superior al boton de la rosa.

Pero la pobre Rosa no se paró á filosofar sobre el objeto, ó analizar las causas; se miraba á sí misma, se imaginaba, como aparecia, y como la veria un ojo despreocupado; se veia á sí misma el mas sencillo é insignificante individuo en medio de un círculo brillante, y deseaba no haber concurrido á aquel lugar.

Oh Rosa, aprovechaos de esta humillacion; que no sea un mero natural tormento de vanidad, que no lleva mas que frutos sin provecho y afliccion amarga. Volved, volved de nuevo á aquel que busca vuestro corazon, no vuestra belleza esterior, nó, y ni aun vuestra belleza interna, sino que busca vuestro corazon por pura é inmerecida caridad para daros aquella belleza que El ama, aquella belleza que conviene á una esposa de Cristo! Quizá vuestro piadoso ángel guardian dirigió vuestros ojos para este fin hácia vuestra imágen en el espejo; quizá le echó un velo, la descoloró para que no tuviese encantos á vuestros ojos. ¡Oh dulce ardid, digno de tan amante espíritu! Rosa no entendia la leccion. Solamente deseaba no haber concurrido; no era aquel lugar para ella, y ahora solo queria ver á Horacio, pero invisible para él. ¿Por qué Horacio debia querer ver á Rosa? Solamente seria para mortificarle, como la habia mortificado á ella. Nó, ella queria verle sin ser observada y despues partir.

Estos pensamientos pasaban en su mente cuando Emilio observó que tendrian asiento mas cómodo en el corredor antes de que todos estuviesen ocupados, puesto que seria un buen lugar para que Miss O'Donnell vie-

se avanzar los diferentes trajes, toda vez que debian pasar todos por aquel tránsito, como tambien la partida formando las dos comparsas, que era el grande objeto de interés de la noche; estas dos comparsas debian hacer su entrada con gran pompa por lo largo de este pasillo al son de música. Despues de haber llenado este objeto, dejó á Clara y á Rosa para ir á esperar cerca de la entrada la deseada comitiva, que se habia de reunir y formar en órden en el cuarto ropero, entretanto que él, tan pronto como todos estuviesen listos, los habia de preceder, para dar noticia á la banda con objeto de que tocase antes de que se pusiesen en movimiento.

El corredor estaba iluminado, con alfombra, y adornado con flores, siendo en resúmen el ancho pasillo de un hotel cuyo pavimento habia sido apropiado para el festin de aquella noche. Pasaron algunos minutos antes de la vuelta de Emilio, y entretanto sucedió una espectante pausa con un zumbido de reprimidas pero parleras voces de los bancos del corredor, un adelantar de cabezas cuando todavia nada habia que ver, y mucho movimiento de preparativos en el cuarto ropero; entonces la música empezó un blando, solemne y misterioso tono como si estuviera conteniéndose, pero denotando que tenia grandes cosas que anunciar, el cual fué seguido pronto por un golpe mas fuerte, pero aun con aquella aérea elasticidad de tono que conviene á la música cuya intencion acompaña al movimiento mas bien que al pensamiento. ¿Y cuán mágico no es el efecto de la música combinada con el movimiento, tanto en el actor como en el espectador? Al primero le dá frecuentemente la gracia á que antes no podia aspirar, mientras que dá al segundo la facultad de ser impresionado. La música poetiza la accion, como

la armonía de las palabras y la cadencia poetiza las ideas. En nuestra naturaleza espiritual está el manantial de esta emocion, verdadero, real, aunque su transitoria naturaleza nos hace juzgarle ficticio, y coloquemos el real en los lugares comunes del órden prosáico.

Cierto que nosotros comprometemos este sentimiento en una mala causa cuando le dirigimos á la pompa y grandeza de este mundo, ó á la intensidad de un mero goce mundano; pero no es menos cierto que esta emocion es producida por un momentáneo vislumbre que la naturaleza de nuestro espíritu obtiene de la grandeza, esplendor, belleza, amor y gozo, y el alma se exalta en la vision gloriosa. El demonio conoce esto, y por lo tanto inventó el Protestantismo, que prohibió la procesion solemne, la pompa, el agitar del incienso en los ritos santos, y acalló la voz del canto y dijo: «Partid! fuera esas cosas vanas; Dios no está aquí; El está distante en el cielo: ¿á quién honrais en un palacio vacío y en un trono vacante? Pero el dios de este mundo está aquí; así guardad la pompa, el esplendor, la música, la fragancia y la procesion, para honrar al que está presente y pronto á recibir ese homenaje. Dejad la decencia á la casa de Dios, y llevad el esplendor á la córte del demonio, que con gran solemnidad recibe en este hermoso mundo.»

La comitiva empezó ahora á avanzar con pompa y despacio, cada señora acompañada de su pareja, que cogia ó mas bien apoyaba su mano así que caminaban. Primero venia Catalina representando á la Reina Isabel conducida por Mr. Stratton con el carácter de Lord Leicester. Era el esposo de la señora cuyas joyas habia escitado la alarma de Catalina. Alto, estúpido, pero de buena presencia en cuanto el ser humano puede ser con-

siderado tal sin la inteligencia en el semblante, vestia admirablemente, y se conducia en la procesion con una gravedad de continente que cuadraba muy bien con las ideas de Catalina en aquellos instantes; porque esta era bastante estúpida para adornarse con una seriedad y una pompa que, ah, nunca daba á los deberes de la vida; su ánsia era proceder con la debida dignidad como si fuera la misma Reina Isabel. No así la niña Albertina, que representaba á Arabella Stuart, quien iba con uno de los jóvenes Strattons, de elegante cabellera, sirviéndola de page. Albertina ora se reia con pueril alegría vuelta hácia su jóven compañero, ora le miraba con semblante burlon, ó afectaba aires grotescos para ridiculizar á su hermana, que sin conocerlo marchaba soberbiamente ante ellos. Habia en Albertina el encanto y la gracia de la infancia para disculparla en todo lo que hacia, lo cual suscitó un murmullo de admiracion en las líneas de espectadores de ambos lados. Oh, nó, Clarencio no podia hallar de ninguna manera falta en el aire y aspecto de Albertina. Era para él una niña de aristocrática belleza, y podia hacer cualquiera cosa sin temor de aparecer vulgar. Albertina oyó los murmullos de admiracion, y miró alrededor con sus penetrantes ojos azules de negra franja, los ojos de quien tenia un alma sin conocerla, riéndose al mirar á los circunstantes, con una risa mezclada de impudencia. Y así pasó adelante en medio de las alabanzas que solo servian para corromperla.

En seguida venian las otras hermanas de Catalina con sus respectivos acompañantes; pero no con la dignidad de aquella, pues hablaban y se reian, y se miraban unas á otras haciéndose á las veces observaciones jocosas, y parecian estar mas animadas por lo ridículo

de su posicion que por la grandeza de la misma, pero por otra parte divertidos y sin avergonzarse de tal ridículo.

La espléndida Ana Stratton, que sobre sí llevaba una fortuna, cerraba la marcha; y habiendo pasado la primera comparsa, la segunda se presentó á la vista.

Rosa las veia pasar como las figuras de una linterna mágica; apenas tenian para ella otra realidad. Miraba por uno solamente que en aquella procesion parecia poseer una existencia actual; y á cada minuto que esperaba su aparicion, el corazon le latia con mas fuerza, y mas se retiraba haciendo de Clara un biombo. Rosa se habia olvidado otra vez de sí misma en su curiosidad é interés por Horacio, y en el afan de verle sin ser vista y de que él ni aun sospechara de su presencia.

Ahora es el momento en que llega. ¿Es aquel? Rosa apenas le conoció por un momento; porque lo primero que la sorprendió fué su belleza, y en su belleza jamás habia pensado antes. Horacio era querido de Rosa mucho antes de que ella reflexionara si tenia ó nó buena presencia, y así nunca habia llegado á meditar sobre semejante cosa. Pero ahora le veia en una situacion desusada que la hacia mirarle con nuevos ojos; ó tal vez porque su traje pusiese en relieve la graciosa y peculiar figura que poseia, á ella le pareció percibir su belleza por la primera vez. Horacio llevaba la cabeza algo inclinada hácia el lado donde estaba Rosa, pero era para dirigir la palabra á la dama que acompañaba. Esta dama volvió la cabeza hácia Horacio; asi es que Rosa no pudo ver su faz, y no le dió cuidado por ello. Solamente se alegraba de que la atencion de Horacio estuviese ocupada, y de que ella por tanto pasase desapercibida al presente; por-

que el deseo de permanecer oculta continuaba, aunque habia ya olvidado el motivo de este deseo. Pero seguramente que Horacio debia conocer, debia sentir que ella estaba presente; pues de otro modo, ¿de qué provenia aquella dulzura en sus ojos, aquel traidor semblante que no puede guardar el mas profundo secreto del corazon, cual es el secreto de los afectos? Oh, si Horacio no la habia visto, su alma á lo menos estaba pensando en ella, mientras que sus palabras se dirigian á otros. Y ahora se hallaba á algunas varas tan solo; pero aun él no la veia. ¿Deseaba Rosa que la viera ó nó lo deseaba? Ambas cosas, si fuera posible desear á la vez dos cosas opuestas. Si ella solamente se inclinara hácia adelante, Horacio deberia verla; pero una mano invisible parecia detenerla.

En este momento la comitiva suspendió el paso; algun impedimento ó interrupcion habia ocurrido mas adelante; pero sea de ello lo que quiera, la marcha fué detenida por algun tiempo, y en el mismo momento en que Horacio y Violeta estaban enfrente de Rosa. Violeta miró alrededor y Rosa la vió. Era la belleza tal cual la podemos imaginar brillando en esta tierra en sus primitivos dias cuando la frescura de su mañana aun se detiene en la creacion, y la riqueza de los tintes del Edén aun no han decaido en el semblante humano. Tal pareció Violeta á los deslumbrados y atónitos ojos de Rosa. Y luego esta vision de hermosura se sonrió cuando sus ojos se pusieron en Clara; entonces Violeta trató de estender la mano á su prima, y antes de hacerlo, quiso transferir á la otra una rosa que tenia en ella; pero Horacio llevaba cogida esta mano, y en el acto de Violeta desasirse para tomar la rosa, la flor vino al suelo.

Horacio se dobló para cogerla. Violeta estendió la mano para recibirla; Horacio retiró la flor; él nada dijo, pero se sonrió, y esta sonrisa era en parte una repulsa y en parte una peticion. Violeta se sonrió tambien; y el brillante color de su mejilla se encendió con una sombra casi imperceptible. Un momento mas, y ya habian pasado adelante. Horacio se habia ido y sin ver á Rosa; aun mas, los ojos del jóven se fijaban en la rosa, que ahora valuaba por consideracion á Violeta mas que el amor de su juventud. Horacio habia desaparecido, desaparecido para siempre; desaparecido tan seguramente como aquella flor se gastaria y marchitaria antes del alba de la mañana.

Rosa lo habia visto todo. ¿Pero qué habia visto? Poco para ser descrito, pero mucho para que el penetrante ojo del amor lo mirara con sospecha; porque ¿no es el símbolo mas insignificante el mas espresivo lenguaje del amor? Rosa habia visto los misteriosos caractéres, y los habia leido y comprendido. ¿Sabia que estaba vendida y olvidada? Nó; esto no lo sabia; pero por un momento saboreó toda la amargura de una pérdida que podia existir, y cuya sombra habia pasado por su vista; sondeaba la profundidad de su desgracia en haber dado su corazon á uno que tenia el poder de romperle. Si, Rosa conocia esto por primera vez. Habia dado su corazon á quien podia hacer pedazos su felicidad, porque el hombre no es Dios, para que no pueda faltarnos; pero Rosa habia puesto á Horacio en lugar de Dios, y en este momento la terrible verdad cruzó por su mente.

—¿Qué teneis, querida Rosa? preguntó Clara con vehemencia, al ver que su compañera, cuando la alegre

comitiva habia pasado, tenia la cara hundida entre sus manos; ¿estais mala?

—Oh, sacadme de aquí, sacadme de este lugar, dijo Rosa suplicantemente, sin quitar las manos.

—Si, querida mia, dijo Clara, creyendo que Rosa fuera acometida de un súbito parasismo; pero un vaso de agua os reanimará.

—No estoy mala, dijo Rosa descubriendo la faz blanca como el mármol; ¿se fueron todos? añadió mirando con ansiedad en torno suyo la galería ya vacía, pues sus ocupantes habian seguido con presteza las fantásticas comparsas al salon de baile.

—Sí, replicó Clara; pero es preciso que procurémos ver algun amigo que diga á Emilio que venga, aunque creo que no tardará en venir en nuestra busca.

—Nó, nó, dijo Rosa con sobresalto, no hagais eso, os lo suplico; no hableis á nadie, no quiero ver á ninguno ni que ninguno me vea; necesito aire y soledad; sí, deseo con vehemencia estar fuera de este lugar, me sofoca.

—Irémos al aire libre, dijo Clara tranquilamente; no os esciteis, querida Rosa; no estais acostumbrada á estas cosas, y esto ha sido demasiado para vos, pero os pondreis mejor inmediatamente.

Al decir esto cogió á Rosa del brazo y la llevó al cuarto ropero, donde la colocó en una silla sentándose á su lado y mirándola con la mayor ternura y afecto. Está mas fresco aquí, ¿no es cierto, querida Rosa?

—¿Dónde está mi capa? preguntó Rosa; oigo que viene gente.

—¿Qué quereis hacer? dijo Clara.

—Ir á casa, dijo Rosa suplicantemente juntando las manos.

—Pero, querida niña, replicó su amiga, debemos esperar hasta que se haga venir un carruaje para vos.

—Oh, nó, dijo Rosa, os pido un favor; por piedad, Clara, dejadme ir desde luego, á pié, antes que nadie me vea. ¡Oh! Clara, si supiérais! Pero si me amais, ó si me habeis amado algun tiempo en la inocencia de mi infancia, cuando yo era mas digna de vuestro cariño, no os opongais, dejadme marchar.

Clara no dijo otra palabra para oponerse, antes bien buscó su capa y la de Rosa. Habiéndolas hallado, se envolvieron en ellas, y se dirigieron á la puerta. Aquí un criado les preguntó si necesitaban algo. Rosa miró con temor á Clara, alarmada de cualquiera cosa que amenazase detenerlas.

—Nada, respondió Clara, solamente tened la bondad de dar esto á Mr. San Lorenzo cuando le veais, advirtiéndoos que no es urgente; le conoceis, ¿no es cierto?

Al decir esto le entregó un pedazo de papel plegado en que estaba escrito algo con lápiz.

—Oh, sí, señora, replicó el criado; estad segura de ello.

—Vamos, dijo Rosa, casi arrastrando á Clara hácia la calle, vamos antes de que nos sigan, antes que alguno nos haga retroceder; aquí hay uno cuya imágen me persigue para hacerme volver, pero no retrocederé. Oh, no retrocederé.

Y al decir esto, dirigia sus ojos al cielo, donde las estrellas estaban brillando con el fulgor del cristal que ostentan en una noche de helada.

—Mirad al cielo, esclamó Rosa, con sus miles de ojos de amor, pero que todos me miran en este momento para censurarme.

M. Rico

H. A. lo g.

Es la capilla dijo Clara

J. Sanchez Rubio, Editor, Madrid.

—Mi querida Rosa, estais escitada, dijo Clara; procurad calmar vuestros sentimientos, y calad mas la capucha sobre vuestro rostro para no coger frio y por no llamar la atencion. ¿No veis que hay gente hácia la puerta? Bien conoces que de un modo ú otro estamos haciendo una cosa estraña.

Rosa guardó silencio á esta recomendacion y caminó apresuradamente sin levantar los ojos.

—Hay corta distancia á casa, dijo Clara, y me parece que por esta calle es el camino mas breve.

Rosa, sin mirar á derecha é izquierda, siguió la guia de su amiga. Súbitamente percibió un estenso rayo de clara luz en el paso. No habia tenido conocimiento de ello hasta pisar en su término; porque los ojos de Rosa habian permanecido fuertemente fijos en el sitio inmediato á sus piés; pero la tierra, hasta entonces oscura ó débilmente iluminada por la incierta luz de un farol que á las veces encontraban, fué de pronto enlosada con esplendor. Era una fuerte y blanca luz, alimentada por algun manantial mas puro que el que débilmente iluminaba lo restante de la estrecha calle. Rosa se paró, y levantó la vista para ver de dónde procedia aquella brillantez que encontraba en su camino; y oyó entonces una voz como si viniera de alguna region invisible.

—Es la capilla, dijo Clara.

—Entremos, dijo Rosa bruscamente.

—Pero nuestros vestidos, observó Clara.

Rosa no dió respuesta, salvo la de envolverse mas estrechamente en su capa. En efecto, de tal modo se cubrieron, que no se veia la mas pequeña parte de sus atavios de baile. Pero de cualquier modo, Rosa, comun-

mente tan tratable, ahora bajo la influencia de algun impulso demasiado fuerte para oir objeciones, determinó entrar en aquella santa morada.

Clara juzgó mejor condescender; y á la verdad, ¿cuándo no seria Clara fácilmente persuadida á buscar la adorable presencia de su Dios? En sazon y fuera de sazon, de dia y de noche, en todos tiempos, la dificultad hubiera sido mas grande de resistir la atraccion que le dirigia á El, que hallar contrarias razones bastante fuertes para que creyese justo ceder á ellas. Y así entraron juntas en el sagrado edificio.

El Santísimo Sacramento estaba espuesto. Mostrado ante Su pueblo, nuestro Señor recibia homenaje en el trono de Su amor, que manos piadosas, las manos del pobre como del rico, se habian esforzado para hacerle digno de Su divina Presencia, no como ellos deseaban, sino lo mejor de que eran capaces. «La Iglesia habia hecho lo que podia,» no lo que queria, no lo que era digno de El; esto no puede ser, pero sí lo mas posible; esta es la alabanza de la Iglesia en la tierra; su mas grande alabanza todos los dias, su mas grande alabanza cuando hace mucho como cuando puede poco. Lleva el oro y las joyas cuando las tiene para llevarlas; pero siempre lleva luz, la luz, que es el mas espiritual de los elementos de la tierra, y las flores, que tienen el testimonio del Salvador de su escelencia sobre todos los esplendores de este mundo, y la fragancia, que habla á los sentidos directamente de santidad, de adoracion y amor; aquel perfume que rodea al Esposo. Un ciento de bujías producian su brillo alrededor del Santísimo Sacramento. Rosa y Clara solamente observaron esta circunstancia á su entrada, y se postraron en silenciosa adoracion.

Cuando Rosa levantó los ojos aun permanecia de rodillas, y entonces observó lo que hasta entonces no habia notado, que una porcion de niños y jóvenes doncellas, todos ataviados de blanco, ocupaban el espacio ante el altar. ¿Eran sus propios ojos que se mofaban de ella con una estraña ilusion? ¿Estaba su cabeza poseida de alguna vana fantasía de la escena que acababa de dejar? Nó, allí estaban todos, jóvenes, y vestidos de blanco, y con una luz cada cual en la mano. ¿Estaba soñando Rosa, y hablaban aquellas formas á su imaginacion de las vírgenes que siguen al Cordero donde quiera que vá? ¡Ah! ¡No fué tambien ella algun tiempo invitada á juntarse con aquel elegido bando, y no lo rehusó por esponsales mundanos! Nó, Rosa no estaba soñando; estaba penosamente concentrada, y parece que una mano descorria el velo de su vida pasada, y una voz interior le estaba refiriendo su historia. Pero la escena esterior tenia una conexion estraordinaria con lo que estaba pasando dentro de ella, y juntamente coincidian en un armonioso todo. Y ahora veia Rosa que no solo aquellas jóvenes de blanco tenian candelas encendidas, sino tambien muchos entre la multitud que la rodeaba; toda el área brillaba con luz, y uno estaba ante el altar con un largo ropaje negro. Sí, Rosa conocia bien quién era, aunque no le habia visto hasta entonces; era uno que en la tierra llevaba una vida angélica y caminaba por todas partes con una angélica mision: miradle, Rosa, oidle, porque la suma de sus merecimientos está quizá á punto de llenarse, y puede ser pronto llamado á la eterna gloria que ha ganado; y tal vez es el último tambien que está comisionado para traeros la reconciliacion y la paz, y hacer retroceder vuestros piés hácia el ca-

mino del cielo. Es la renovacion de los votos bautismales lo que está teniendo lugar, y ya el Padre Silvestre levanta su mano y dice el acto de contricion que cientos de voces repiten con él. Rosa deseaba hacer lo mismo, pero parecian sellados sus lábios; oh, si pudiera hablar á lo menos! Entonces llamó interiormente á Jesus y María, é hizo la señal de la Cruz; y ya las palabras parecian correr de sus lábios y su corazon brotar con ellas. «Sí, mi Dios, por Tu soberana bondad é infinita perfeccion que yo amo sobre todas las cosas, estoy en estremo afligida hasta el fondo de mi corazon, y siento haber ofendido con mis pecados Tu infinita bondad.» Sí, mi Dios; porque eres tan infinitamente perfecto, tan infinitamente amable, tan infinitamente digno de todo amor, es por lo que me pesa hasta parecer abrirse mi corazon de haberme separado de Tí para buscar una criatura de Tu mano, una criatura imperfecta como yo; cuando Tú, el Señor de todas las cosas, has dicho á Tu sierva: «Rosa, dame tu corazon.» Y el Santo Padre continuaba. «Y yo firmemente resuelvo, con la asistencia de Tu gracia, nunca ofenderos en lo futuro, y cuidadosamente evitar la ocasion del pecado.»

Y ahora habia concluido, pero no á satisfaccion del Padre Silvestre todavía, porque él juzga que nunca es escesiva la fuerza de la renuncia de pecar, ni la alianza con su divino Señor demasiado grande. «Otra vez,» esclama, «otra vez mas; nunca mas ofenderte,» y su voz corre como una argentina trompeta por el edificio. «¡Nunca mas ofenderte!» repiten las voces como un torrente; y la voz de Rosa estaba entre ellas fuerte y clara, concentrándose toda su alma en aquella palabra «nunca;» y cuando la pronunció, ocultó su rostro con las manos,

y sus lágrimas corrieron suave y dulcemente como las lágrimas de una hija perdonada.

Dulcemente lloró como un niño mientras se dió la bendicion del Santísimo Sacramento. «*¡O salutaris Hostia!*» Nunca estas palabras habian caido como ahora sobre su alma como un bálsamo; nunca antes el olor del incienso habia hablado tan suavemente á sus sentidos como ahora de su espuesto Señor, de Aquel cuyos «vestidos huelen á mirra, estacte y casia;» nunca antes habia oido estas palabras:

«*Qui vitam sine termino*
Novis donet in patria,»

con tal aspiracion, tal vínculo del corazon hácia la verdadera morada de su alma!

¡Pero qué es el canto, y qué es la dulzura! Pasarán y tambien sus impresiones. No es la resolucion del corazon bajo la influencia de la gracia y en la fuerza de la fé lo que se necesita. Rosa conocia que estaba en la presencia de su Dios, y sincera, humilde y fervientemente se ofreció á El para hacer Su voluntad, cualquiera que fuese lo que sucediera, y á romper en el corazon todos los humanos afectos que pudiesen desagradarle. No era esto todo; la concurrencia partió, pero nó ella, que no quiso dejar el recinto de la capilla hasta encontrar al Padre Silvestre, y á sus piés confesar su infidelidad renovando la promesa de seguir á Su Dios donde quiera que la llamase.

CAPITULO V.

Volvamos á la escena que hemos dejado. El salon llegó á estar lleno de gente y sofocante. Con dificultad se habia podido conseguir el espacio necesario para que brillasen cómodamente las dos comparsas, porque todos querian adelantarse para verlas. Sin embargo, por último fué despejado, y las comparsas bailaron para grande enojo de los que no pudieron conseguir un buen puesto, y para grande satisfaccion de los que le habian conseguido, como es de esperar en tales ocasiones. Por algun tiempo despues, el local continuó llenándose cada vez mas con los que llegaban de largas distancias, ó no habian podido llegar mas pronto. Grande descontento manifestaron los nuevamente llegados, al ver que las comparsas de la reina Isabel y la reina María se habian ya disuelto, y que estas dignas personas y sus respectivas córtes estaban confundidas con la multitud; pero algun consuelo les daba la seguridad de la noticia que corria de boca en boca de que en el último tercio de la noche volverian á reunirse y bailarian otra vez para beneficio, segun se presumia, de los que no habian sido testigos de la primera exhibicion.

Entretanto el baile prosiguió con energía.

—Mi querido amigo, dijo Gabriel Sidney, que estaba muy entusiasmado y lleno de sudor, dirigiéndose á Sir Walter Raleigh al pasar; me haréis el favor de comprometer para un baile á Miss Elisa Pedder; veo que no tiene pareja.

—¡Pedder! pronunció con vehemencia Mr. Morland; ¡qué nombre! No conozco á esa persona, y soy feliz al decirlo.

—Oh, no importa el nombre, replicó Mr. Sidney. Pedder es un gran jabonero y tiene muchos intereses en la ciudad de Bottleworth; ¿entendeis?

Y bajaba la voz al decir estas palabras, dando un espresivo apreton de mano á su desdichado pariente.

—¡Pedder de Bottleworth! dijo Sir Walter con aflictiva resignacion; bien, supongo que es materia de negocios, pero no considero el paso á propósito para adelantar su conocimiento; ¿por qué no bailais con esa familia jabonera vos mismo en lugar de invitarme á que yo lo haga?

—Mi querido Morland, estoy lleno de parejas, y no puedo al presente; así que, me conviene entretanto tener alguna atencion, porque el viejo Pedder comienza á resentirse de que su hija esté sentada tanto tiempo. Allí los vereis todos en una fila. Aquella de sombrero carmesí es Madama Mére. No pueden equivocarse las hijas; están todas vaciadas en la misma forma. La de la mano izquierda es vuestro destino.

—¡Qué niña! ¡Qué pequeña y qué delgada! replicó el mal dispuesto Mr. Morland; no la tomaria siquiera por una criada de una casa cualquiera. Realmente, mi querido Sidney, que no puedo bailar con tal objeto; parece ella misma una burbuja de jabon.

—Animo, Morland, y poned buen semblante al asunto, dijo Clarencio, quien habia oido la última parte de este diálogo con mucho gusto: me tendreis *vis-á-vis* con la gemela Pedder para sostener vuestro semblante; apenas distinguireis las dos una de otra. Puede decirse que son una especie de ranas, estad seguro de ello; pero yo he recibido órden de bailar con una de la tribu, y así, ya veis, hago mi deber alegremente como buen caballero.

El semblante de Mr. Morland cambió en una sonrisa. Ahora le parecia regular hacer lo mismo que su amigo, y lo que antes era una desgracia, pasó á ser una broma de buen género.

—¡Cierto, cierto! replicó, y Mr. Sidney aprovechó el feliz momento para introducirle con su proyectada pareja. Balbuceada y aceptada la invitacion de bailar, Mr. Morland dió el brazo á la jóven jabonera, y con el espíritu de sacrificio de sí mismo, siguió á Clarencio, que le habia acompañado á reclamar su parte de la familia; inmediatamente tomaron sus lugares en la tanda que estaba en términos de organizacion.

Cuando llegó á estar debidamente ordenada, Mister Morland hacia señas á Clarencio, quien al parecer, no las juzgando de buen tono, no tuvo por conveniente contestarlas. Entonces Mr. Morland empezó á meditar sobre cuáles serian las órdenes que Clarencio obedecia al bailar con el objeto que tenia enfrente. De este ensueño fué despertado por una patada y un golpe de música que puso á cada cual inmediatamente en movimiento. Al tiempo de pasar á su lado Clarencio, le susurró:

—Haceos mas amable, Morland, ó perdereis veinte votos de Sidney.

Mr. Morland se elevó al sentimiento de la necesidad del caso, y contento del interés que Clarencio tomaba en los asuntos de la familia, ahora preguntó á Miss Elisa Pedder si le gustaba el baile.

—Oh, sí, muchísimo, replicó; nada hay que mas me agrade.

Y la jóven esperaba alguna ulterior observacion de su pareja; pero los ojos y la atencion de Mr. Morland se habian distraido; por eso ella se aventuró á hacer una pregunta.

—¿Habeis estado en el baile de Wanford la semana pasada?

—¡Wanford! dijo Mr. Morland distraido; ¿y dónde está Wanford?

—¡Oh, querido mio! replicó la atónita jóven señorita; crei que todos sabian dónde está Wanford.

Aquí el baile interrumpió el diálogo, y Miss Pedder, al parecer desanimada, no le reanudó cuando volvieron á sus sitios. Mr. Morland, sin embargo, percibiendo que Clarencio daba mucha importancia á su pareja, con laudable emulacion volvió á la carga.

—¿Habeis asistido antes de ahora á un baile fantástico?

—Nó, nunca, replicó Miss Pedder; este es el primero que tenemos desde que yo estoy en el país; pero vamos frecuentemente á otros bailes del condado y las reuniones de Toxophilite.

—¡Cierto! replicó Mr. Morland.

—Los bailes del condado son muy concurridos, observó Miss Pedder; y las reuniones de Toxophilite son con frecuencia muy selectas. Tambien tenemos á veces bailes en Bottleworth; pero no me agradan tanto. Hay

pocas familias nobles en la vecindad, y por consiguiente la reunion es mista.

Mr. Morland apenas podia reprimir su disgusto; pero hizo un esfuerzo, y dió algunas respuestas reducidas á un monosílabo.

—¿Conoceis á Miss Shuttleworth? preguntó su pareja.

—No tengo ese honor, replicó Mr. Morland.

—Se lleva todas las alabanzas en las reuniones de Toxophilite. Aquella es; una señorita alta, vestida de azul. Creo que su traje es de polaca; está bailando con Mr. Simpkins.

—No conociendo á Mr. Simpkins, respondió Mister Morland, esa es muy pequeña guia para mí.

—¡Oh, querido! Creí que todos conocian á Mr. Simpkins, replicó Miss Pedder; es diputado por Wanford, y está tenido por un completo petimetre. Pero si mirais en línea recta, un poco á la izquierda, no podreis menos de ver á Miss Shuttleworth. Está cerca de ella un caballero fornido, que á mi parecer debe ser algo particular, porque lleva una estrella en el frac.

—Ese es mi padre político, Lord Staplemore, replicó Mr. Morland con énfasis y gravedad.

—No digais eso, replicó Miss Pedder que sentia haberle calificado de fornido; es el conde de Staplemore, ¿no es cierto? Estaba muy ansiosa de conocerle.

Mr. Morland no pudo reprimir una mirada con algo de desprecio al oir toda la longitud de este título. Miss Pedder creyó que su pareja no estaba muy contento y temia que la observacion sobre el espesor de Lord Staplemore fuese la causa. Por eso añadió:

—Tiene una figura noble y fina; y decidme, ¿podré preguntaros qué representa la estrella?

—Es una órden rusa, replicó Mr. Morland, de San Alejandro Newski, ó un nombre parecido, que á la verdad olvidé; mas puedo decir que fué condecorado con ella por el Emperador Alejandro, en ocasion en que fué enviado embajador de San Petersburgo.

Al decir esto Mr. Morland, se hacia el desdeñoso, como si tales cosas fuesen de ocurrencia diaria entre aquellos con quienes vivia.

—¡Qué admirable! replicó Miss Pedder. ¡Qué hombre distinguido! ¡La órden de San Alejandro Noseki! Estos títulos estranjeros son tan altisonantes, pero algo difíciles de recordar. ¡Qué orgulloso el conde debe estar de su hijo! continuó despues de una pausa.

Mr. Morland se quedó mirándola de hito en hito.

—Yo le ví, continuó Miss Pedder, bailar en la comparsa con su amable futura esposa; y nunca he visto (y mamá ha dicho lo mismo) una pareja tan hermosa y un porte mas atento que el de él.

La confusion consiguiente al acto de deshacerse la tanda, libró á Mr. Morland de la desagradable necesidad de corregir este desgraciado error; así, ofreciendo el brazo maquinalmente á Miss Pedder, aparentó que la observacion de esta fuera dirigida á otro objeto; y la condujo por entre la multitud, mirando hácia adelante con tanta atencion como si fuese guiando una nave. Tan pronto como alcanzó con la vista el sombrero carmesí, apresuró el paso, y abriéndose camino con los codos en esta direccion, pronto dejó depositada la jóven señorita bajo el ála maternal. Clarencio, por el mismo tiempo, hizo tambien una reverencia á su pareja, así que ella ocupó su lugar bajo la otra ála.

—Bien, Morland, no molesteis la cabeza con la me-

moria de vuestros infortunios, dijo Clarencio á su amigo; pero tomad mi consejo, y comprometeos las mas veces que podais antes que el intrigante de elecciones vuestro hermano político vuelva con las damas restantes de Bottleworth y Wanford. Nada hay como estar bien provisto de la imposibilidad de complacer á las gentes.

Mr. Morland apenas podia ser movido á risa; algo habia que le tenia completamente enojado.

—La chica es aboneciblemente vulgar, observó por último; ¿pero qué se podia esperar? A la verdad, Clarencio, que uno se coloca en falsas posiciones rozándose con semejante gente. Me ví sujeto á oir observaciones desagradables.

—Pues mi jóven señorita es inofensiva, replicó Clarencio. Supongo que habreis oido á la vuestra hablar de los bailes de Wanford y de las reuniones de Toxophilite.

—Mal haya tales conversaciones, replicó Mr. Morland; y no sé qué necesidad tendria la tal niña de hacer comentarios sobre la interesante perspectiva de las atenciones de Mr. Ferrers hácia Miss Mandeville, suponiendo ó pretendiendo suponer que él es San Lorenzo. Juzgo á Miss Pedder lo bastante curiosa para cualquiera vulgaridad.

—Ciertamente, esclamó Clarencio con su sardónica sonrisa; pero no sé por qué os aflige eso. Debeis tener entendido que Miss Pedder no es la primera persona que notó esa coquetería de Miss Mandeville; y por otra parte veis que habló bajo un dichoso error sobre el asunto, lo cual constituye el caso mas bien motivo de regocijo que de afliccion.

—¿Pues no me decís, Clarencio, que la conducta de

Miss Mandeville ha sido objeto de observacion? Con eso me afligis en estremo.

—¿De veras? replicó Clarencio; pues yo me admiro de vuestra atliccion; y cuanto mas pronto abandoneis esos esquisitos sentimientos será mejor. Si yo no estoy equivocado, Miss Mandeville, cuando quiera que sea Lady San Lorenzo, dará materia de conversacion, si no lo hace primero. Será admirada sobre todas; de eso estad seguro; y si ha de escapar de la crítica, es preciso que ella se haga de improviso admirablemente discreta, ó el mundo admirablemente caritativo.

—Bien; casi estoy por decir, replicó Mr. Morland con mucho énfasis, que estas personas tan vistosas y de tantas dotes son buenas para bailar y hablar con ellas; pero si yo fuese á elegir una esposa.....

—Mr. Morland, replicó su amigo, ya hace mucho tiempo que habeis elegido una; así, ¿cuál es el provecho de discurrir sobre eso?

Despues de decir estas palabras, Clarencio continuó en busca de Ester, con quien estaba comprometido para un wals, y á quien refirió lo que acababa de ocurrir, con el objeto de entretenerla.

Habiendo Mr. Morland descargado su mente con Clarencio, no recibiendo sino poco consuelo, ahora miró dónde estaba Bárbara, para participarle la desagradable noticia.

—¿Qué quieres? dijo Bárbara, viéndole tan alborotado y con aspecto de importancia. Te pones entre mi vista y los bailarines, y deseo ver con quién baila Ester.

—Si te vienes aquí, verémos perfectamente, dijo Mister Morland. Por otra parte tengo que decirte algo que no debe oir nadie.

—¿Y no puedes dejarlo para otra ocasion? dijo Bárbara; porque si me muevo perderé mi asiento. Me atrevo á decir que ese algo lo mismo será de aquí á un mes.

—Ojalá fuera, replicó M. Morland con aire de gravedad.

Prevaleció por fin la curiosidad de Bárbara; así, resignó su asiento y acompañó á su marido á dar una vuelta por el salon, durante la cual tuvo la felicidad de ver que Ester bailaba con Clarencio, y el disgusto de oir la observacion que se habia hecho acerca de Violeta. No porque surtiera el efecto esperado de Mr. Morland, porque ella ya sabia algo que consideraba peor de los mismos lábios de su prima, cuyos informes comunicó á su marido en retorno.

Mr. Morland estaba grandemente sorprendido.

—¡Qué loca, replicó, desechar una boda como esta por un jóven sin pretensiones ni porvenir! Seguramente que Violeta no lo piensa de una manera séria.

—Sospecho, dijo Bárbara, que Violeta no piensa decidirse por Mr. Ferrers; se está divirtiendo; esto es todo. Soy de sentir, sin embargo, que desama á mi hermano, y lo ha conocido por la esperiencia de haber llegado á querer un poco á Ferrers; como tambien ha sabido por la misma esperiencia que es admirada de todo el mundo; y me imagino que desea gozar de este placer á su libertad algo mas tiempo para despues hacer una eleccion por sí misma, en lugar de tener á uno que la haga por ella. Esto es muy natural, pero en estremo provocador, y lo ha traido consigo esa desgraciada intimidad. Sin embargo, algo se puede hacer todavía, estoy segura de ello. Violeta tiene un sentimiento elevado de honor y

generosidad. Cuando llegue á juzgar que nosotros calificamos de mala su conducta para con mi hermano, confío en que rectificará su determinacion. No es el caso irreparable, porque es claro que mi padre nada sabe todavía. Lo principal es separarla de Mr. Ferrers, porque estoy convencida de que á cada momento se agrava el mal. Hablaré á Emilio sobre el asunto; pero sobre todo debemos evitar que llegue á oidos de mi padre. Ten cuidado de no decir nada á nadie.....

Fuese ó nó que el semblante de Morland se declarase culpable, y que el perspicaz ojo de Bárbara lo descubriera, ó sea porque tuviese una razon general para dudar de la discrecion de su marido, añadió ágriamente:

—¿Habreis sido bastante tonto para hablar de ello á alguna de mis hermanas, decid? Catalina lo sabe; pero estoy segura de que no lo mencionará, porque teme que llegue á oidos de mi padre; no quisiera que os fiárais de las otras por nada del mundo.

Mr. Morland se alegraba de estar en la capacidad de responder con la negativa y semblante atrevido á esta pregunta; pero temia demasiado á su esposa para confesar que Clarencio poseia el secreto.

—Dejadme ahora ver, dijo Bárbara, cuál es el mejor partido que podemos tomar. Me parece que debo ir primero á buscar á Emilio, y consultar con él, si encuentro una oportunidad de hacerlo. Es siempre poco amable, pero es el único que tiene algun talento. Tal vez pueda hacer alguna indicacion á su amigo, ó de cualquier modo, quitarle de delante. Por mi parte confieso que le quisiera en el fin del mundo, en el fondo del mar, donde quiera, menos en Monte San Lorenzo.

Con este piadoso deseo, Bárbara dejó el brazo de su marido para unirse con Emilio, á quien juzgaba haber visto á alguna distancia; entretanto Mr. Morland recorria el salon en un estado incómodo de recelo. Estaba arrimado á una puerta con la faz levantada sobre aquel mar de cabezas, cuando encontró con él Jorge San Lorenzo en traje de David Rizzio, conduciendo á una dama que representaba una especie de aldeana nunca vista en la vida real, con toda una tienda de cintas de diferentes colores colgando de la cabeza.

—Puedo decirte, Morland, dijo, que el viejo patron anda en tu busca como un loco. Lo que hay en el viento no lo sé; pero si yo fuera lo que tú, me pondria en astuta descubierta para evitarle.

No habia tiempo para ulteriores preguntas. Jorge y su pareja se aprovecharon de una ocasion de poder penetrar en medio de la concurrencia, y Mr. Morland quedó en un estado de mortal terror. Si habia alguno por quien abrigase un especial respeto, era Lord Staplemore, la personificacion para él de la grandeza de la familia con quien estaba emparentado, y para adicion del temor que tendria naturalmente bajo cualesquiera circunstancias al oir semejante noticia, abrigaba ahora un secreto presentimiento de que la ansiedad de Lord Staplemore en hablarle, estaba de alguna manera en relacion de su reciente imprudencia. Sin embargo, la demora era peor que podia ser cualquiera realidad; así Mr. Morland resolvió en medio de su falta de esperanza arrostrar el mal de una vez, cualquiera que fuese. Por eso salió inmediatamente en busca de su padre político, á quien percibió pronto por entre la multitud con semblante colérico. Sin embargo, caminando hácia él con

la rapidez que pudo, y cón el aire blando é inocente de que era capaz, le preguntó si era cierto, como se le había dicho, que le buscaba.

—Ah, sí, seguramente, replicó Lord Staplemore bruscamente; eres el mismo hombre. Me han hablado de comentarios hechos por una persona en este salon respecto de cierto individuo de mi familia. ¿Es cierto esto, Morland? ¿Y quién ha sido esa persona? Me parece que era un deber hácia mí haberme informado de la circunstancia inmediatamente en lugar de permitir que lo oyera de otros. ¿Eh, Morland? ¿He de ser siempre tratado como un cero?

El aspecto de Mr. Morland manifestaba la sumision y disculpa de que era capaz.

—Ciertamente, balbuceó, que me aflige en estremo hayais creido que os he faltado al respeto; esto es lo último que sucederá, y si solamente supiérais.....

—Aborrezco toda clase de protestas, replicó Lord Staplemore; ¿piensas que no sé lo que significa todo eso? «El viejo Lord está malhumorado; ya se calmará.» ¡Ah! ¿Suponeis que no se me alcanzan esos cálculos tuyos?

—¿Qué puedo decir? esclamó Mr. Morland desesperadamente.

—¡Qué! Algo sobre el punto, replicó Lord Staplemore, puedes decir quién hizo esas imprudentes observaciones, y los términos en que fueron hechas para que yo decida sobre las medidas que debo tomar. ¿Creeis que no tengo juicio, Morland, y no sé el modo con que debo obrar?

Mr. Morland puso un semblante de horror mudo á la idea de tal proposicion.

—Habla, hombre; ¿no puedes decir algo en lugar de hacer esos visajes? continuó Lord Staplemore.

—Os ruego que tomeis mi brazo, replicó Mr Morland en tono deprecativo, y podré hablaros con mas libertad sin temor de ser oidos. La persona que hizo esa observacion fué una, completamente insignificante, os lo aseguro, ninguno de quien esperáseis asociaros por medio de los vuestros; verdaderamente que á no haber sido por circunstancias..... muy particulares, circunstancias que por algun tiempo, y como si fuera por comun consentimiento..... no porque.....

—¿A qué viene todo ese fárrago, Morland? preguntó su padre político; cuenta la historia.

—Bien, el hecho es, continuó Mr. Morland, que fué una jóven vulgar llamada Pedder, con quien he bailado por complacer á Sidney.

—Cuanto mas vulgar sea la persona, replicó Lord Staplemore, mas imprudentes son las observaciones.

—Así es, así es, replicó Mr. Morland; juzgo una imprudencia que esa jóven mencionara á ninguno de vuestra familia en un tiempo en que yo estaba necesariamente en una posicion falsa hácia ella, fué un tacto infame, no lo dudo, pero creo que su intencion no fué causar ningun daño, fué una equivocacion, y nada mas. Solamente imaginó, por la circunstancia de ser pareja en la comparsa, que vuestra sobrina y Mr. Ferrers eran; esto es, quiero decir que esa jóven creyó que Mr. Ferrers era vuestro hijo; una equivocacion absurda; esto es todo.

—Nó, no todo, respondió Lord Staplemore; estás en un error, Morland; estás procurando engañarme; yo sé mas; sé que ha notado sus atenciones con ella tambien.

—Bien; lo habia olvidado verdaderamente, replicó Mr. Morland; la jóven ha dicho algo inconsideradamente, segun creo, respecto á que hacian una hermosa pareja; pero apenas atendí, y tal vez yo haya hecho del caso un cuento para Clarencio.

—¿Y qué te induce, Morland, replicó Lord Staplemore, á hacer cuentos donde se interesa el honor de mi familia?

Mr. Morland se habia colocado en un dilema. Estaba como loco, y apenas sabia lo que decia.

—Fué una indiscrecion mia, balbuceó por último, pero la verdad es que miré el asunto como una broma, una equivocacion de mero entretenimiento.

—Es una mala broma, replicó Lord Staplemore, y tal, que espero que no se repita. ¿Entiendes, Morland?

—Nó exactamente; quereis decir.....

—Quiero decir, dijo Lord Staplemore, que mi deseo es que Violeta se haga menos notable, y no baile otra vez con una persona que ha dado orígen con lo indiscreto de su porte á una observacion que me es ofensiva. Si tú no quieres decírselo, añadió, viendo á su hijo político aterrado, yo se lo diré.

—Sí; de cualquier modo, replicó Morland prontamente queriendo prometer todo lo que fuera evitar la intervencion de Lord Staplemore. Le transmitiré cualquiera mensaje que os agrade, y por cierto que creo oportuno que ella sea sabedora de la circunstancia.....

—Y de mis órdenes, añadió Lord Staplemore.

—Está bien, continuó Mr. Morland; pero tengo que hacer una observacion. El caso mismo; quiero decir, la cuestion de bailar con Ferrers ó nó siendo como puede decirse una cosa muy indiferente, y siendo el objeto

evitar que llame la atencion, me parece, en mi humilde modo de ver las cosas, y me atrevo á esperar que el vuestro coincida con el mio, porque como es consiguiente, teneis mejor juicio.....

—Bien, qué? dijo Lord Staplemore con impaciencia.

—Que por guardar las apariencias, continuó Mister Morland con modestia y en tono sugestivo, ¿no seria mejor dejar el arreglo permanecer como antes en la segunda comparsa? Supongo sabeis que las dos deben bailar otra vez despues de la cena, y quedarian incompletas sin todos los personajes.

—¿Y á mi qué cuidado me dá? respondió Lord Staplemore.

—Es consiguiente que no tiene la mas ligera importancia, replicó Mr. Morland; pero me parece mas natural dejar las cosas como están. Violeta debe dar alguna razon para no bailar; y á menos de que estuviese positivamente enferma, lo demás estoy seguro que no satisfará como escusa de su parte; y seguramente que esto despertaria la curiosidad y atraeria la atencion mas que cualquiera otra cosa.

—Bien, bien, replicó Lord Staplemore, cuyo enojo habia comenzado á enfriar con solo el alivio de haberle espresado, no me agrada eso, claramente te lo digo; mas sin embargo, si esos locos quieren reunir otra vez sus comparsas, bien pueden hacerlo; pero ten presente que es lo único que permito. Espero que mi sobrina entretanto satisfaga mis deseos; y si no tiempo llegará que le pese.

Y al decir esto Lord Staplemore tomaba un polvo para animar esta amenaza.

Entusiasmado Mr. Morland de haber obtenido esta

conmutacion de la sentencia, se despidió ahora alegremente y partió en busca de Violeta. No tenia sin embargo la menor intencion de transmitir palabra por palabra el mensaje que habia recibido. Conocia que la altivez de Violeta no le toleraria en aquella forma. Por tanto ideó cierta mudanza en la transmision que le hiciera mas soportable, cambiando el mandato en una simple recomendacion bajo los fundamentos de propiedad y prudencia; entretanto intentaba acompañarle con algun consejo privado de su propia cosecha, para que el bien conocido genio violento de su tio no fuese irritado con la oposicion, y á él se le culpara de alguna catástrofe que podria ser de grave disgusto en ocasion tan pública. Tambien conocia Mr. Morland que la misma altivez de Violeta revelaria su espíritu contra cualquiera cosa que se pareciese á un mandado; y que probablemente resolveria hacer lo que juzgase mas oportuno para evitar la contingencia de cualquiera disgusto.

Los proyectos mejor combinados, sin embargo, faltan con frecuencia, y particularmente cuando, como en el caso de Mr. Morland, hay dos ó tres objetos en perspectiva á un mismo tiempo. El individuo en cuestion era presa de muchas esperanzas y temores, y no podia siempre prevenir de una manera conveniente que estos chocaran entre sí. Tenia que hallar á una persona, y por otra parte evitar la conversacion de otras, y no era un asunto fácil. Alcanzó con la vista á Violeta, y Horacio no estaba á su lado; era una oportunidad preciosa, y Mr. Morland estaba á punto de aprovecharse de ella cuando percibió que Gabriel Sidney se hallaba en animada conversacion con Violeta, y con los ojos á intérvalos vagando por la circunferencia como si su mente la suje-

tara la distancia. Mr. Morland se convenció de que Sidney estaba otra vez comprometido á proveer de parejas á Bottleworth y otras parecidas localidades, y receloso de ser de nuevo elegido como víctima en el altar de la popularidad de su pariente, se retiró un paso atrás poniéndose al lado de un hombre gordo que servia de biombo entre las dos partes. Cuando salió cautelosamente de su escondite, Mr. Sidney se habia ido, pero tambien Violeta.

El que nada arriesga nada gana, como dice el proverbio francés. El despreciable egoismo de Mr. Morland, le hacia con frecuencia demasiado tímido para hacer lo que mas deseaba: estos multiplicados objetos contínuamente le embrollaban y le impedian obrar, de tal modo, que casi siempre servian tan solo al propósito de destruirse unos á otros.

En este momento estaba para empezar un baile; así no habia tiempo que perder. Tal vez Violeta iba á ser pareja de Horacio. Mr. Morland debia hablarla y prevenir la posibilidad de un desagradable evento; debia correr todos los azares, y aun aventurarse, si necesario fuese, á caer en manos de Mr. Sidney. Otra vez volvió á alcanzar Mr. Morland á Violeta con la vista; está sentada, y Horacio ausente. Llegó el momento. Mr. Morland se adelanta.

—Mi querido Mr. Morland, dijo Clarencio poniendo la mano en el brazo de su amigo, os introduciré si quereis, á una linda pareja, Miss Bolton; es la hija de mi primo Sir Geodffrey Bolton, y muy hermosa criatura. Venid; no hay coaccion en el negocio, añadió, viendo una sombra de algo parecido á la duda en el semblante de su amigo; crei que aceptaríais, aunque no fuese mas

que por seguridad de no caer en cosa peor; ¿estais tal vez comprometido?

—Nó, nó, respondió Mr. Morland en un estado de distraccion ocasionada por este obstáculo, porque veia en este instante á Horacio no muy lejos, quien evidentemente buscaba alguna persona; sin embargo, no queriendo hacer una cosa que pudiese interpretarse una falta hácia Clarencio, añadió: todo lo contrario; estaré muy satisfecho; pero escusadme primero por un instante; tengo que decir una palabra á Miss Mandeville; estaré con vos inmediatamente.

—No penseis en Miss Mandeville, replicó Clarencio con una mirada significativa; no creo que necesite vuestra compañía en estos momentos; y si lo dilatais caereis en las garras de Sidney; tiene una niña bizca á quien proveer de pareja, segun sospecho, porque me la han ofrecido ahora mismo, y le veo todavía costeando por la vecindad; esto es lo que me hace creer que es la pareja preparada para vos.

Mr. Morland se sometió amablemente; ¿qué debia hacer? sufrió por consiguiente ser conducido á su introduccion con Miss Bolton.

Hecho esto, todos fueron á ocupar sus puestos. Los ojos de Mr. Morland miraban nerviosamente en torno de su tanda, y desgraciadamente, el desagradable acontecimiento habia ocurrido: Violeta y Horacio otra vez habian formado pareja. Sin embargo, la imposibilidad de hacer cosa alguna producia en él cierta resignacion, y Mr. Morland encontraba motivos de consuelo en sí propio. Tenia una pareja que le hacia honor; habia evitado la aldeana bizca, que percibió bailaba ahora con Sidney, por la dificultad, segun suponia, que este habia tenido

en proveerla de pareja de otra manera, y mas que todo esto, Clarencio era actualmente su *vis-a-vis*, bailando con Ester, con quien sabia que ya habia valsado. Todo tenia un aspecto tan placentero hácia aquel sitio, que el espíritu de Mr. Morland se animó admirablemente. Hacia cuanto podia por aparecer amable con la hermosa prima de Clarencio, cuando la vista de Lord Staplemore rondando alrededor renovó otra vez sus desagradables pronósticos del mal.

Lord Staplemore estaba solo, detrás de Horacio y Violeta, y no á muchos pasos de ellos. Evidentemente los observaba; muy pronto se acercó mas, y Mr. Morland, para su infinito horror, le vió aprovechar una oportunidad en que Violeta pasaba al otro lado para acercarse mas á Horacio y dirigirle algunas palabras. Mundos hubiera dado Mr. Morland por saber lo que le dijera. Horacio se puso colorado, y una sombra de sorpresa pasó por su semblante. Sin embargo, dió alguna respuesta que pareció irritar á Lord Staplemore, á juzgar por su rostro. En este momento los bailarines pasaron por delante de Mr. Morland, y no vió mas. Era la última figura y ya tocaba á su término; y así que esta concluyó, Mr. Morland se volvió hácia su pareja, observando que estaba todo menos contenta. La acompañó á su antiguo lugar con la incómoda sospecha de que en la distraccion de su mente, no le habia hecho mucho caso en las últimas observaciones que le hiciera. ¡Pobre Mr. Morland, acumulaba disgusto sobre disgusto así que avanzaba la noche!

No era la intencion de Lord Staplemore volver á Monte San Lorenzo aquella noche. Los intereses de su hijo político, Mr. Sidney, era la sola causa, á pesar de

su grande incomodidad, á estar presente en el baile de Portmore; y habiéndose manifestado, como imaginaba, el tiempo suficiente para hacer el debido honor á la concurrencia, y hechos los saludos y sostenido las conversaciones corteses con todos sus conocidos altos y bajos del salon, estaba impaciente por marcharse, especialmente porque tenia veinte millas de travesía para llegar á su lugar de descanso. Fué por consiguiente de gran alivio para Mr. Morland encontrar á su padre político en la galería (adonde aquel se retiraba á meditar en sus calamidades y contratiempos), en el mismo acto de partir.

—Morland, te buscaba, dijo tan pronto como le vió; me marcho; Sidney y yo debemos asistir á una reunion mañana temprano en Wanford; así que, no puedo esperar á la cena.

Mr. Morland se estaba lamentando cortesmente de esta circunstancia que interiormente le regocijaba, cuando Lord Staplemore le detuvo continuando:

—No has cumplido mi mensaje.

—No he tenido oportunidad, replicó Mr. Morland complaciente. Lo siento, y á no haber sido por la incapacidad.....

—Me parece ese jóven Ferrers, continuó Lord Staplemore sin escuchar á Mr. Morland, atrevido é insolente.

Con dificultad se podria reconocer esta una verdadera descripcion de Horacio; pero Mr. Morland estaba preparado á asentir á cualquiera proposicion; por eso meramente pronunció con fervor ¡Cómo!

—¡Cómo! replicó Lord Staplemore con terquedad; ¿qué quieres decir con ese cómo? Te digo que lo *es*. Cuando yo le signifiqué que mi deseo era que no bailase mas con mi sobrina, respondió friamente que estaba

comprometido á bailar con ella en la última contradanza antes de la cena; y que á menos que tal fuese el deseo de Violeta, él no podia romper el compromiso. Ahora bien, ¿qué piensas de esto?

En lugar de manifestar su opinion, Mr. Morland timidamente preguntó á Lord Staplemore si habia hablado á Violeta.

—Nó, nó, replicó; ¿crees que no tengo juicio, Morland, para que yo fuese á obrar con esa indiscrecion? ¿Cómo podia yo hablarla sin que lo oyera ese jóven? Lo hubiera hecho inmediatamente á haber creido que Violeta me estaba desobedeciendo voluntariamente; pero como no es este el caso, esperaba una oportunidad privada que no pude hallar. ¿Juzgas acaso, Morland, que no puedo contener mi genio; que no tengo discernimiento?

Mr. Morland negó con energía que fuesen suyas tales opiniones injuriosas; y su suegro, como de costumbre, continuó sin haberle atendido.

—Y así espero que comunicarás á Violeta mis positivas órdenes de que no baile mas con ese jóven, y huya de él en lo futuro como de uno que ha sido áspero conmigo, y cuya sociedad viene en su descrédito. ¿Me entiendes, Morland? Espero que sea transmitido este mensaje, y si no hallas con facilidad una oportunidad privada, debes procurar que la haya.

Era una estraña anomalía en Lord Staplemore, pero sin embargo una verdad, que teniendo el hábito de quejarse contínuamente de ser un cero, y que nadie atendia á sus deseos, siempre de antemano parecia poseer una confianza perfecta de que su palabra seria implícitamente tan obedecida como si fuese la del mismo autócrata

de Rusia. La falta de oposicion clara le hacia mantenerse en semejante idea, y su despótico temperamento le impedia por otra parte contemplar la idea de cualquiera cosa tan ofensiva como la deliberada desobediencia. En tal conformidad nunca aludió á la posibilidad de una repulsa de parte de Violeta, y Mr. Morland tampoco tenia intencion de hacer alusion semejante.

—¿Dónde estará el amigo Sidney? añadió Lord Staplemore con impaciencia; ¿sabe que le aguardo, y se zarandea por ahí como un loco?

Al decir esto dió uno ó dos pasos hácia el salon de baile. Mr. Morland, que temia que la fatal contradanza empezase desgraciadamente antes que su suegro se hiciese á la vela, como hubiera dicho Jorge, y que la vista de Violeta y Mr. Ferrers en conversacion pudiese torcer la discrecion de que acababa de jactarse, insistió con la mayor energía en que su padre político debia permanecer donde estaba mientras que él iba en busca del esperado Sidney. No sin algun sobresalto Mister Morland pudo conseguir persuadirle, y añadiendo el temor perspicacia á su vista y rapidez á sus movimientos, pronto halló á Mr. Sidney, á quien hizo terminar sus saludos y corteses razonamientos con una breve, pero enérgica descripcion, del estado de mal humor de Lord Staplemore bajo la presente prueba de su paciencia.

Entonces por último se marcharon, y Mr. Morland pudo respirar ya con mas libertad.

—Un momento; una palabra contigo, Violeta, susurró con un acento presuroso y de importancia, así que oportunamente la encontró entre la multitud.

—No puedo oir lo que decís, replicó ella con aspec-

to algo incomodado; ¿qué quereis, Albertina? ¿Cómo os puedo responder á los dos á un tiempo?

—Pero debes oirme á mí, Violeta, esto es de la mayor consecuencia, dijo la pequeña niña impacientemente y colgándose del brazo de su prima. Augusto Stratton ha dicho que no bailaria conmigo otra vez porque me reí de él. No me dá cuidado, añadió con un movimiento de cabeza, porque tengo parejas á montones; pero bien conoces que esto echa á perder la comparsa.

—Violeta, te suplico no mas que un momento, dijo Mr. Morland interponiéndose.

—Oh, quita allá, le dijo Albertina, ¡eres tan cansado! Augusto se ha escondido segun creo.

—Voy á reunir el resto de mi partida, replicó Violeta, y asi no puedo atender á ninguno de vosotros.

Entonces, volviéndose otra vez con mejor humor hácia la niña, añadió:

—Juan Morland, Albertina cuidará de tus intereses. Lady Ana Stratton es su pareja; así podrá alcanzar de ella que haga volver á su fugitivo hijo.

Al tiempo de Violeta volverse hácia Mr. Morland para hacerle esta súplica, este se adelantó hácia ella para decirle al oido:

—Lord Staplemore te suplica que no bailes otra vez con Mr. Ferrers. Se han hecho observaciones sobre tu conducta: no puedo decir mas; pero créeme, hay buenas razones para mi aviso.

—Ven, no perdamos tiempo, dijo Albertina tirando á Mr. Morland de la manga.

Violeta estaba perpleja y no sabia qué hacer. Apenas habia adquirido el completo significado de aquellas palabras; pero en este momento Horacio se unió á ella

ofreciéndole su brazo silenciosamente, y fueron ambos á ocupar los puestos que habian ocupado al principio de la noche, con sus corazones, sin embargo, menos alegres, y con semblantes menos jocosos. El silencio habia tomado posesion de los dos. Horacio parecia oprimido y como inquietado en su sueño. Violeta vagaba en medio de su comparsa con el aire de una emperatriz, en quien el bailar es una mera condescendencia. El mensaje que acababa de recibir la habia disgustado, y el desagrado en ella tomaba siempre las formas del orgullo. No estaba tampoco sin un sentimiento de alarma, puesto que no tenia seguridad de lo que Lord Staplemore, en su descontento, diria ó haria; estaba ignorante además de la partida de este, y por tanto no sabia el daño que inmediatamente se le podia estar preparando. Pero la alarma, en lugar de desterrar el orgullo, ó á lo menos subyugarle, como sucede en el caso de espíritus menos altivos, le enaltecia en ella. El encontrarse alarmada, agitaba su dignidad, y la afligia que un ser á sus ojos tan completamente despreciable como era su tio y tutor, tuviese en su poder conmoverla y quizá infligirle alguna mortificacion insoportable. Cuando concluyó el baile, y cuando cada cual corrió al salon de la cena, Violeta se quedó atrás; obligándola el temor, aunque involuntariamente, á un acto de prudencia. Lord Staplemore probablemente se marcharia acabada la cena, y era mejor entretanto estar fuera de su presencia, una vez desatendido su consejo.

—Dejarles pasar, dijo ella á Horacio; irémos luego.

Y así, en lugar de seguir el curso de la gente, la dejaron correr á su lado. Entonces Horacio condujo á Violeta á un pequeño cuarto que habia sido preparado para

el té y otros ligeros refrescos durante el transcurso de la noche, pero ahora estaba desierto por los que habian servido y los que habian sido servidos.

Aquí se sentaron los dos, y despues de una pausa, que ni uno ni otro parecia inclinado á romper, Horacio pasó su mano por la frente, como para aliviarse de algun penoso sentimiento, y echó á un lado la hermosa cabellera que ondeaba por su frente.

—¡Y ahora todo se acabó! dijo por último con un suspiro mezclado de resolucion y de despecho.

—Nó, replicó Violeta sonriendo desdeñosamente; algunos encarnizados bailarines consideran que empieza ahora la noche.

—¡Todo concluyó para mí! dijo Horacio.

Habia algo en el tono de estas palabras que impedian á Violeta preguntar el significado de ellas. Trataba por consiguiente de cambiar la conversacion en otro tema, cuando Horacio repitió: ¡Todo concluyó para mí! Todo como un sueño; sin conexion con lo pasado, sin conexion con el porvenir.

—Vos sois el que estais tan inconexo, dijo Violeta procurando reirse, que no sé lo que quereis decir.

Horacio la miró friamente y dijo: ¿Y cómo estais vos?

—Bien, dijo Violeta; comerémos algunos de los fragmentos de esta mesa desierta, hasta que hayais acabado de hablar en enigma.

—Pronto dejaré de hablaros completamente, Miss Mandeville, replicó Horacio; así no os cansaré mucho tiempo.

Violeta le miraba con alguna sorpresa, y él continuó:

—Dispensadme si estoy conmovido; lo que ha pasado me ha hecho olvidarme de mí mismo. He recibido de Lord Staplemore lo que considero la noticia de dejaros, y os aseguro que solo su edad me obligó á recibirla con la paciencia que creí propia en aquel momento. No os disgustaria, Miss Mandeville, aludiendo á incidente tan desgraciado, que solamente me concierne; pero creí que mi precipitada partida pudiera pareceros estraña, á lo menos si condescendeis á consagrarme un recuerdo.

El color montó la faz de Violeta, y sentándose otra vez, porque ya se habia levantado para ir á la mesa:

—Decidme, dijo, ¿qué ha sucedido? Quiero saberlo todo.

Horacio entonces refirió sencillamente lo que pasara, espresando su sorpresa é ignorancia de la causa del desagrado de Lord Staplemore contra él.

—Aunque inmerecido, añadió, el tono en que esto fué espresado, puso toda esplicacion fuera de disputa. Si hubiera sido un hombre de mis años, habria yo llegado á saber el motivo que causaba el trato que recibia; pero como es bastante viejo para ser no solo mi padre sino mi abuelo, nada queda para mí mas que padecer y considerar nuestro conocimiento tocando á su fin.

¡Horacio! ¿Habeis olvidado que sois cristiano para hablar de ese modo? Sí, lo habeis olvidado, olvidado todo en la desesperacion de este momento; y estais añadiendo pecado tras de pecado, y amontonando tantos pecados como podeis, en el breve y dañoso espacio de tiempo que gastais con Violeta en ese pequeño y solitario cuarto. El pecado ha roto ahora sus límites; la corriente ha subido; mana del corazon donde se habia alimentado aquellos dias; los diques se han traspasado; los pecados

del pensamiento han venido á la luz del dia; la corrupcion del corazon está rebosando hasta los lábios. No os atreveis á decir á Violeta:—os amo.—Una doble cadena os detiene con su necesidad de hierro; una está sostenida por la otra; pero quisiérais decir á vuestra amada que la amais sin decirlo; es el miserable consuelo que vuestro infiel corazon busca.

Violeta quedó silenciosa de indignacion; pero la espresion de su semblante revelaba el resentimiento que habia en su interior.

—Una cosa habia determinado, dijo Horacio; consiste en que ninguna insolente amenaza me haria abandonar un compromiso con vos, nada mas que vuestro deseo; una palabra vuestra hubiera sido suficiente; pero como no la habeis pronunciado, obré como si nada hubiera oido, y desobedecí á uno que no tenia derecho de mandarme. ¿Hice bien? ¿Cometí un error? ¿He caido en vuestro desagrado?

—Habeis hecho bien, dijo Violeta, habeis obrado con la rectitud, la sencillez y la consideracion que yo esperaba de vos.

Una sonrisa de gratitud y placer pasó por el semblante de Horacio. Violeta continuó:

—No tengo de vos causa de desagrado. El carácter de mi tio y sus caprichos, os lo aseguro, no son el regulador de mi conducta; mi amistad y estimacion no se pueden perder, salvo por un acto indigno, y vos jamás habeis merecido perderlas. Si por tanto nos separamos al presente, y de una manera precipitada, nos separarémos en toda cordialidad y como amigos; y cuando nos volvamos á ver, espero que, como deben encontrarse los amigos, sea con la misma benevolencia.

—¡Nunca! esclamó Horacio; nunca nos volverémos á ver; ¡no podré veros como Violeta San Lorenzo! ¡Amistad! ¡Estimacion! Sí; conozco que es lo mas que merezco de vos, pero.....

Las palabras murieron en sus lábios, y cubrió su faz con las manos. No se atrevia á mirar á Violeta; apenas sabia lo qué decir.

Siguió un momento de pausa; le pareció como una hora; pero aun no se atrevia á levantar la vista. Por último rompió el silencio Violeta.

—Estaríamos mejor en el salon principal.

El tono fué calmado y grave; pero cayó como el hielo en el corazon de Horacio. Este levantó los ojos y percibió que dos ó tres personas habian entrado en la habitacion; entonces, ofreciendo tímida y atropelladamente el brazo á Violeta, que esta aceptó sin mirarle, volvieron al salon del baile. Ni uno ni otro habló una palabra; pero Violeta, hallando sentada allí á Bárbara, se aprovechó de la oportunidad de dejar el brazo de Horacio quieta aunque bondadosamente para unirse con su prima. Horacio hizo su saludo y se retiró.

O bien dejamos esta escena fatigados, ó habrémos de decir que el baile se redujo en su número; pero que, con redoblada animacion por aquellos que aun conservaban el campo, se prolongó hasta avanzada la noche, ó mejor dicho, la mañana siguiente. Dirémos que se bailó el cotillon y la escuela de las coquetas, y que Albertina parecia haber hecho admirables progresos en el arte para gran entretenimiento de los circunstantes, deleitándolos al mismo tiempo con sus sacudimientos de cabeza cuando se le ofreció Augusto Stratton, sacudimientos hechos en venganza de la anterior conducta de este. Di-

rémos que Ester desairó á Clarencio, y que Mr. Morland pesaba en su mente si esta circunstancia era una señal buena ó mala; que Horacio al principio rehusó bailar hasta que Jorge y Emilio, con quienes habia mantenido algun tiempo de conversacion privada, insistieron en que lo hiciera, sacándole de su triste retiro; que Violeta, para igual sorpresa de todos, aceptó para un vals á Mr. Morland, con quien habló en voz baja mucho mas tiempo del que valsaron.

Violeta, como puede imaginarse, oyó de Mr. Morland durante esta conversacion relativa á lo que habia ocurrido, todo lo que él creyó discreto manifestar; esto es, Violeta lo oyó todo con ciertas modificaciones y paliativos, que Mr. Morland creia prudentes.

Violeta hizo pocos comentarios en el asunto, porque no buscaba simpatías ni consejo en quien le era tan desemejante; oyó simplemente y se entregó al silencio. Mr. Morland continuó dejando caer algunas palabras de consejo de cuando en cuando, á las que ella prestaba poca atencion; y volviendo sus ojos en direccion opuesta con el propósito de que la conversacion tocase á su término, se fijaron por último en Horacio, que con su pareja estaba en este momento cerca de ella. Horacio bajó los ojos, pero Violeta por un momento no separó los suyos, sino que dijo rápidamente:

—Mr. Ferrers, ¿teneis mi librito de memoria, no es verdad?

Al mismo tiempo estendia la mano para recibirle.

La de Horacio temblaba al devolverle. Temblar debia, porque aquella mano derecha habia pecado como su lengua ahora; se habia atrevido á confiar á aquellas páginas de marfil los pecaminosos pensamientos de su

alma; y él habia primero dudado, y olvidado despues borrarlas. ¡Pensamiento, palabra y obra! ¡Cómo se siguen unos á otros en órden fatal, si el primero no se estingue en su infancia; y tan necesariamente como la flor sigue al capullo y el fruto sucede á la flor! Violeta recibió el librito de memoria; y Horacio, así que ella le tomó, se atrevió á mirar á su semblante. No habia allí enojo, pero sí seriedad, y él creyó ver un tinte de algo parecido á la piedad. Violeta pronto se internó en el círculo del baile; pero el recuerdo de aquella mirada no se habia disipado. Aquella mirada de compasion y la rosa marchita era todo lo que á Horacio le quedaba.

CAPITULO VI.

Un paseo en coche para volver á casa en una noche fria, despues de las combinadas fatigas de una habitacion templada, y de estar en pié hasta muy tarde, es una cosa pesada y fastidiosa. Además, usando de una frase comun, la gloria del dia ha pasado. Nada queda que valga la pena de un esfuerzo ó sacrificio. Importa poco que el pelo y tocado se desordenen; el alegre vestido ha llenado su mision; es mirado ahora con ojos diferentes; parece una inutilidad y un estorbo, ó quizás un motivo de ira por la necesidad de cuidarle, entretanto que la persona que le viste es una víctima de cansado espíritu con un mero animal deseo de reposo; el vestido debia ir á parar al guarda-ropa, y la dama está solo á propósito para irse á la cama.

—Mira que te sientas sobre mi vestido, Albertina, dijo Catalina ásperamente á su pequeña hermana, que se hallaba en medio de ella y Lady Morcar.

—No puedo menos, pues que no tengo bastante sitio, replicó Albertina.

—Ven á este lado, entre Geoffrey y yo, dijo Violeta, que nunca se cuidaba del vestido.

—Dejadnos ir como estamos, dijo Catalina bostezando; irémos bastante bien si Albertina no se contonea.

Este corto diálogo fué seguido de una larga pausa. Sir Geoffrey iba profundamente dormido, y el resto de la partida soñolienta, á escepcion de Violeta, cuyos pensamientos la ocupaban demasiado para poder olvidarse de sí misma.

Sobrecogióse Catalina de repente y esclamó:

—¿Qué es esto? Estoy segura que fué un silbido. Espero que no sea indicio de ladrones.

Albertina soltó la carcajada.

—¡Qué, si es Geoffrey que ronca! dijo.

—Querida, no duermo, dijo el individuo acusado.

Algunas personas nunca conceden que duermen.

Otra vez siguió un silencio. Catalina ahora se quedó dormida, y descansaba como un pedazo de plomo sobre la pobre Albertina, que estaba oprimida por el otro lado por Lady Morcar, que tomaba no pequeña estension de espacio.

—¡Oh, yo estoy ahogada, no puedo respirar! dijo Albertina desembarazándose de las dos.

—Aquí hace demasiado calor, observó Violeta.

—No es calor, dijo Sir Geoffrey; el termómetro no estaria escesivamente alto dentro de este carruaje; confundes dos diferentes cosas, que por regla general, confunden las personas que no se apoyan en la ciencia. El aire está exhausto, debido al reducido espacio, dentro del cual respiran cinco personas. Los pulmones humanos requieren una cantidad saludable de oxígeno, mientras que por otra parte la respiracion produce lo que es positivamente deletéreo.

Entonces estoy segura que haríamos bien en tener

parte de la ventana abierta, replicó Violeta, procediendo al mismo tiempo á bajar la que tenia cerca de sí.

El frio crudo que precede al alba penetró por la angosta abertura, lo cual produjo de parte de Lady Morcar la observacion de que iba á coger la muerte con aquel frio, y en tal conformidad fué cerrada otra vez; pero no sin que el oido listo de Albertina percibiera los cascos de un caballo á alguna distancia.

—Me parece que nos persigue un ladron, observó maliciosamente.

—¿Quién habla de ladrones? preguntó Catalina, que despertó con aquella voz.

—Confío en que no habrá peligro, dijo Lady Morcar; sin embargo, el camino está muy solitario.

—No digais un disparate, dijo su marido.

—No veo que haya en ello un disparate, dijo Catalina, si tu cochero tomó el camino que faldea la costa. ¡Oh, Geoffrey, qué estúpido fuiste en no haberle dicho que tomase el otro camino! Todos los demás carruajes, estoy segura que tomaron el de arriba.

—Lo dejé á su arbitrio, replicó el filósofo chino friamente; por regla general, los cocheros conocen el camino mejor para los caballos; por este evitamos una mala cuesta, y no tengo duda que habrá alguna otra buena razon.

—Estoy aterrada, dijo Catalina, de solo pensarlo.

Al decir esto limpiaba la vidriera que tenia cerca de sí, y que ya empezaba á tomar un aspecto poco diáfano.

—¡Qué espantosa soledad! esclamó Lady Morcar, ahora que podia ver la perspectiva del pais, y que con el miedo que ella tenia se presentaba á sus ojos con semblante poético.

—¿Estás segura, Albertina, de haber oido un caballo? preguntó Catalina.

—Completamente segura, replicó Albertina, que parecia divertida viendo el terror de su hermana y Lady Morcar. ¡Ahí está; llega cerca de nosotros! ¿Si tendrémos una aventura?

Catalina revelaba alguna disposicion á dar gritos.

Sir Geoffrey la suplicó que se callase, y bajando la ventanilla sacó la cabeza para mirar.

—¿Qué ves? preguntó Catalina cubriendo su faz con las manos.

—Geoffrey, te suplico por favor no pongas la cabeza al frio, dijo su esposa; recuerda la erisipela que padeciste poco há.

Sir Geoffrey retiró la cabeza inmediatamente y dijo:

—He visto un hombre á caballo.

—Uno solo, dijo Violeta; eso no es muy alarmante.

—No hay un hombre en el mundo que pueda alarmar á otro hombre, dijo Sir Geoffrey al sentarse en su puesto despues de cerrar la ventanilla tranquilamente.

—¿No tienes en cuenta que pueden estar muchos escondidos? dijo Lady Morcar.

—Y que puede venir armado hasta los dientes, añadió Catalina.

—¿Crees que nos llevará á nosotras? dijo Albertina.

—Mas bien nuestras joyas, respondió Catalina.

—Espero que perdonará nuestras vidas de cualquier modo, dijo Violeta riéndose.

—¡Oh, Violeta! replicó Catalina; es una maldad reirse en estas circunstancias.

En este momento el hombre de á caballo alcanzó el carruaje. Volvió su cabeza por un momento para mirar

su interior, pero sin disminuir el paso continuó el camino, dejándole atrás.

—Es un bandolero, estoy segura, dijo Catalina; ¿no has visto su larga capa?

Albertina ahora soltó con estrépito la risa, y Sir Geoffrey observó con dulzura que en una noche fria no era de admirar que un caballero llevase capa.

—De cualquiera manera, dijo Lady Morcar intentando conformarse, ha pasado ya.

—Sí, replicó Catalina, á dar aviso quizá al resto de la partida para interceptarnos en algun lugar despoblado.

—Mi querida Catalina, dijo Sir Geoffrey, estoy sorprendido de que una mujer juiciosa (era bondad de Sir Geoffrey considerar á su prima merecedora de esta calificacion) revele tan irracionales recelos. La raza de bandoleros, gracias á las mejoras que han tenido lugar en todos los arreglos concernientes á la seguridad y bien público, como los que tocan al cerramiento de terrenos desiertos, y el progreso, debo añadir, en todos los ramos de la civilizacion, la raza de bandoleros, repito, se ha estinguido. Hubo tiempo en que era peligroso cruzar por Hounslow Heath, especialmente á hora avanzada de la noche. Mi abuelo, que vivia en esa vecindad, nunca viajaba sin ir provisto de pistolas bien cargadas; es cierto que por regla general no acostumbraba á viajar desarmado.

—Os ruego, Geoffrey, observó su esposa, que no hables de esas cosas terribles. Es muy importuno en tí razonar sobre tales ideas en estos momentos.

Al concluir Lady Morcar este sábio discurso, pasaron otra vez al lado del desconocido, quien llevando ahora su caballo al paso, miró al carruaje con atencion al pasar.

—Lo sé, lo sé, dijo Catalina; nos vá á robar, no tengo la menor duda. Violeta, quitemos los pendientes, para que no nos los arranque por ahorrarse tiempo. ¡Oh, qué vá á ser de nosotros! Os ruego, Geoffrey, que no le irrites, porque no tenemos medios de defensa.

—Me parece que tiene amores con una de nosotras, dijo Albertina; estoy segura de que los tiene. Por ahí pasa otra vez.

Y al mismo tiempo empezaba de nuevo el retiñido de la risa de esta niña.

—Calla, dijo Catalina dándole un empujon. Quiero hablar al cochero. Tira del cordon, Violeta.

—Mi querida Catalina, ¿qué quieres hacer? ¡Qué locura es esa! Debo decir que, aunque tengo grandes respetos hácia las mujeres en general.....

—No importa eso, dijo Catalina; dí al cochero que pare por algunos minutos. Quizá alguno de los carruajes haya tomado por el mismo camino, y si nos alcanza, nos será de algun auxilio. Siguiendo de este modo el carruaje, darémos sin duda con la boca del leon.

—Estoy segura de que es el mejor plan, añadió Lady Morcar.

Sir Geoffrey, queriendo agradarlas, y deseoso no menos de que se estuviesen quietas, sacó la cabeza otra vez por la ventanilla (haciendo el miedo á Lady Morcar olvidarse ahora de la erisipela), y preguntó al cochero si alguno de los otros carruajes venia detrás.

—¿Qué dice? preguntó Catalina mientras que el cochero respondia.

—No puedo oir mientras hablais, dijo Sir Geoffrey medio retirando la cabeza.

—Puede que esté borracho, dijo Lady Morcar.

M. Rico R.A. lo g.º

¡O Señor! esclamó Catalina, no hacemos resistencia

S. Sanchez. Rubio, Editor. Madrid.

—Oh, muy bien, replicó Sir Geoffrey, quien ahora habia podido entender la respuesta; entonces esperad unos minutos. Dice, continuó Sir Geoffrey volviendo á sentarse, que no está seguro, pero que le parece probable, porque este es el camino mas fácil.

—¡Qué consuelo! dijo Catalina. No cierres enteramente la ventanilla, porque quiero oir las ruedas. Albertina, tú tienes los ojos y oidos mas listos; cubre la cabeza con este pañuelo, y mira y escucha con atencion.

Albertina lo hizo así, y pronto se retiró otra vez riéndose. No oigo ruedas, pero el hombre retrocede.

Catalina dió un grito.

—Misericordia de nosotros, pronunció con fervor Lady Morcar; estamos perdidos.

Era cierto que el hombre de á caballo habia tirado de las riendas cuando paró el sonido de las ruedas; miró alrededor, dudó, y despues dió vuelta hácia el carruaje. En este momento estaba hablando al cochero.

—Le está amenazando, dijo Lady Morcar.

Tal vez esté en liga con él, respondió Catalina.

Te ruego que no digas esas locuras, Elena; y tú, mi querida Catalina, sé un poco mas quieta y razonable, dijo Sir Geoffrey, cuyo apacible carácter empezaba á inquietarse con la locura de sus compañeras; déjanos oir lo que quiere este hombre, añadió.

Sir Geoffrey bajó el vidrio, y el hombre de á caballo cesó en su diálogo con el cochero para aproximarse á la ventanilla del carruaje.

—¡Oh, señor! esclamó Catalina; no hacemos resistencia; solamente dejad nuestras vidas.

—Mi querida Lady Catalina, replicó una voz bien conocida en muy pacíficos acentos. Siento mucho habe-

ros causado tanta alarma. He vuelto atrás al observar la parada del carruaje, temiendo que algo habia ocurrido, y creí seros de algun provecho.

—Oh, Mr. Ferrers, replicó Catalina; ¿quién hubiera imaginado que érais vos? Os hemos creido un ladron.

—Te ruego que hables por tí y Lady Morcar, dijo Violeta; porque creo que habeis sido las únicas dos que abrigásteis semejante idea.

—Yo ví que era Mr. Ferrers, dijo Albertina, la primera vez que pasó.

—Entonces, niña malvada, por qué lo callaste cuando nos moriamos de miedo! replicó su hermana.

Horacio habia vuelto sus ojos hácia Violeta cuando esta habló; y despues de un momento de pausa, dijo en el tono mas ardiente:

—Estoy contento de no haber alarmado á todos.

—¡Oh! Violeta nunca tiene miedo, ó nunca quiere confesar que le tiene, dijo Catalina; pero decidme, Mr. Ferrers, añadió, porque la curiosidad, en su mente superficial, pronto tomó el lugar del terror; ¿qué os trae por aquí? ¿Y estais todavía vestido de Lord Darnley bajo esa larga capa?

—Nó, replicó Horacio con dulce tristeza en sus maneras; la escena cambió, ó mejor dicho, el telon ha caido sobre lo pasado. Os deseo buena salud, y siento únicamente que la última impresion que dejo sea tan desfavorable.

—¡Oh, querido! nó tal, dijo Catalina; ya puedo reirme del lance. ¿Pero qué quereis decir con desearnos buena salud? Yo creí que no os marchariais todavía en un par de dias. Decidme, ¿qué vestido llevais puesto? De-

beis ir en un carácter de pantomima; un vestido encima de otro.

Horacio sonrió débilmente.

—Nó exactamente; he dejado mi carácter antiguo tras de mí; vuestro hermano ha sido suficientemente bondadoso para enviarme algunas de sus prendas, que por casualidad tenia en el hotel. Emilio me cedió el caballo que le llevó á Portmore por la tarde, y voy á bordo del Peri esta noche, ó mejor dicho, esta mañana. Esta es mi historia, ya que habeis sido tan buena en desear conocerla.

—¡Qué estraña fantasía! esclamó Catalina; bien, si estais á bordo del Peri, os verémos otra vez, de cualquier modo.

Horacio no dió respuesta, salvo una indefinible.

—Sois muy bondadosa, dijo.

Despues de hacer Lady Morcar algunas observaciones acerca del frio con su pañuelo en las narices, y Sir Geoffrey sugerido la idea de que seria mejor continuar, Horacio hizo un saludo general á la partida del carruaje y tomando de nuevo y con grande velocidad su camino, no permitió que le volvieran alcanzar.

Tambien siguió el suyo el carruaje. Este pequeño incidente despertó completamente á todos é impidió que á ninguno molestase el sueño durante el resto de la jornada. Catalina divertia el tiempo en admirarse de que Mr. Ferrers no hubiera esperado á lo menos hasta el dia siguiente para dejar á Monte San Lorenzo, manifestándose curiosa de saber la causa, y preguntando á Violeta si sabia algo acerca de ella. No recibiendo sino cortas y secas respuestas de su prima, y ninguna de Lady Morcar, quien no admiraba á Mr. Ferrers, y por tanto no

tomaba interés en sus actos', entretanto que solo daban ocasion á algunas prosáicas observaciones de Sir Geoffrey por la súbita resolucion y proceder estraño del amable jóven, Catalina mudó de conversacion para regañar á Albertina por haberles jugado aquella treta. Lady Morcar movia la cabeza en señal de mal agüero, y como si tuviera algunas indefinidas aprensiones respecto al futuro carácter de la niña, gozando de una melancólica satisfaccion en la consideracion de ellas.

El viaje por último tocó á su término. El carruaje llegó á la puerta; se apearon los viajeros molidos y cansados, contento cada cual de penetrar en su aposento. Ninguno tal vez tan contento de ello como Violeta. Habia ordenado á Felipa que no estuviera levantada por su causa. Por tanto se quedó sola, sola por la primera vez despues de los escitantes acontecimientos de la noche, y era para ella un alivio hallarse así. Echó su cara entre las manos, y se abandonó por algunos minutos á las penosas impresiones que se agolpaban sobre su mente.

¿Y era solo orgullo ofendido lo que ocupaba la imaginacion de Violeta? ¿No estaba tambien mezclado con este sentimiento el de que su trato con Horacio concluyera tan súbitamente? ¿Sentimiento por qué? ¿Sentia lo que habia dicho ó hecho? Nó; lo diria y haria otra vez. Sin embargo, sentia que la necesidad la hubiera colocado en la posicion de dar un impulso decidido que no se habia propuesto, ó tácitamente despedir á una persona de quien repugnaba separarse. Y entonces, si se ha decir la verdad, ella compadecia á Horacio; le compadecia porque sabia que habia amado sin esperanza y lo confesaba sin esperar retorno.

Violeta no le censuraba. Si Horacio hubiera formado el designio de ganar su corazon perteneciendo á otro, esto lo hubiera censurado ella; pero amarla solamente cuando la suponia comprometida, en esto Violeta no veia ningun mal. Aun mas; en esto veia una prueba de un desinterés y un adicional encanto á la inclinacion de que era objeto. Todo lo que Violeta sentia era que las circunstancias hubieran puesto á Horacio fuera de su aplomo, hasta hacerse culpable de la imprudencia de declararse, y así hacer precisa alguna medida decisiva de parte de ella.

¿Cuáles entonces habian sido las prévias intenciones de Violeta? Habia estado perfectamente libre de ellas. Lo que hubiera preferido era que Horacio, como ella, hubiese hallado una mera posicion interesada en su situacion relativa; y sin embargo, la habia halagado percibir que los sentimientos de aquel eran de una naturaleza mas profunda, entretanto que la ignorancia de la libertad de su amada respecto del anterior compromiso, le impedian decir cualquiera cosa de la cual ella se viese ligada á tomar conocimiento. Semejante estado no podia continuar cuando Horacio llegase á saber el rompimiento del compromiso. Pero Violeta tenia la falcultad de hacer retroceder sus propios pensamientos respecto de lo futuro. A este futuro dejaba la tarea de decidir del modo en que debia disponer de su amante, cuando los inesperados acontecimientos de la noche anterior vinieron á resolver el asunto llevándole á su fin. Horacio pronto, es verdad, oiria que Violeta ya no seria la esposa de San Lorenzo, y no podia menos de considerar severa la conducta de esta, toda vez que habia esperado que él descubriera sus sentimientos para desairarlos conclu-

yendo con toda futura esperanza. Y sin embargo, bajo tales circunstancias, el sentimiento de dignidad habia escluido cualquiera otra conducta de parte de Violeta; y seria esta buena, quizá diria ella para sí, porque ¿estaba acaso dispuesta á casarse con Horacio? Era esta una pregunta que no queria que se le hiciera, y ahora era probable que nunca se le haria; habia sido contestada, ó como si lo fuese, antes de ser hecha. Todo habia concluido para ella sin necesidad de una decision. Todo se habia acabado, como Horacio habia dicho, y Violeta suspiraba al llamar á la memoria estas palabras, con algo parecido á un tierno sentimento.

Sus ojos ahora se pusieron en el librito de memoria de marfil, que con los guantes habia tirado sobre la mesa, y le cogió con una especie de interés. Muy poco antes en posesion de uno que la amaba, y por quien á lo menos no estaba ella indiferente, casi parecia que debia hablarla de él. Fué por un vago sentimiento de esta suerte y no por alguna esperanza de hallarlas literalmente depositarias de sus sentimientos, por lo que ella volvió los ojos sobre aquellas páginas. Al hacerlo así, algo escrito en carácter pequeño y con lápiz llamó su atencion. Violeta leyó las siguientes líneas: «La prudencia no es capaz de calmar una esperanza harto parecida á la desesperacion. Por otra parte la piedad vuestra es para mí mas querida que el amor de otra. No puedo daros lo que los hombres llaman amor; pero ¿aceptaríais una adoracion parecida á la que el alma eleva arriba y que los cielos no rechazan; la devocion á algo lejano de esta esfera de nuestras aflicciones?»

Violeta dejó el libro de memoria. Palabras espresando tan exactamente los sentimientos que su orgulloso

corazon queria inspirar, tocaban su alma con un sentimiento mas blando que el que de costumbre esperimentaba, y olvidó la audácia que las habia escrito, mientras atendia al sentimiento que causaba su entusiasmo. Sí; el amor de Horacio era un objeto de generosa compasion para ella, tanto en sí mismo, tanto por causa de la mortificacion á que le habia espuesto; porque Violeta estaba segura de sentir un acceso de interés por cualquiera que sufria por ella. La exaltada disposicion del amor de Horacio, y el penoso tormento á que habia sido compelido, formaban una escusa por lo que de otro modo tendria necesidad de disculpa. A lo menos es de presumir que tal fuese el pensamiento de Violeta, toda vez que, despues de leer los versos segunda vez, puso á un lado el libro de memoria sin borrar el secreto que contenia.

Entretanto el escritor de aquellas líneas habia llegado á su destino. Despues de dejar atrás el carruaje habia caminado á buen paso. Empezaba la aurora para blanquear el oriente cuando pasó por la puerta del parque de Monte San Lorenzo, y varió de camino hácia el pueblo para poner su caballo en la pequeña posada, como habia convenido con Emilio.

Horacio habia comunicado á este igualmente que á Jorge, cuyo invariable y dulce buen humor le habian conquistado, la afrenta que recibiera de Lord Staplemore. Ni uno ni otro se sorprendió; Jorge estaba divertido, y Emilio irritado, como era natural, á uno y otro; pero ambos de corazon alentaban á Horacio, y le animaban condenando la conducta de su padre.

Habiendo protestado Horacio que no podia despues de lo que habia ocurrido pasar otra noche bajo el

techo de Lord Staplemore, hicieron el arreglo ya aludido.

—Mi querido Horacio, dijo Jorge, venid á bordo del Peri conmigo. Es el refugio del descontento, y allí hallareis una cordial acogida. Tampoco yo tengo intencion de volver á casa esta noche. Las personas están tan estúpidas el dia despues del baile, que yo me quiero zafar de todas ellas. He ordenado que mi bote me espere en el pequeño muelle á las ocho: poned vuestro caballo en «el Cisne,» y continuad á encontrarme. Si estoy allí primero, enviaré el bote por vos; y si vos estais el primero, hareis lo mismo conmigo.

La oferta fué cordialmente hecha y alegremente aceptada; y Horacio, despues de dejar el caballo en «el Cisne,» caminó hasta la ribera del mar. La brisa fria de la aurora, su blanquecina luz, que habia empezado á oscurecer el lustre de las estrellas, el sonido de la constante agitacion de las olas, todas estas vistas, sentimientos y sonidos, de un órden tan diferente á los de las horas precedentes, empezaban á disminuir la escitacion que aun impedia á Horacio apreciar todo lo que habia pasado. La mañana, con sus asociaciones, empezaba á abrirse paso por entre los acontecimientos de ayer. El anteayer era una cosa muy pasada, y Horacio casi tenia un presentimiento de las sensaciones con que habia de despertar con el sol de mediodia. Sin embargo, apenas conocemos la mañana, ó mejor dicho, que la mañana ha llegado á ser hoy, hasta que hemos pasado por algo que represente una noche. Además, Horacio no tuvo tiempo para reflexionar, porque luego se le juntó su jocoso amigo.

—¡Hola! dijo en alta voz alegremente; aquí antes que

yo. ¿Por qué no habeis continuado á bordo y me enviásteis el bote?

Horacio replicó que acababa de llegar, y embarcándose ambos en el bote, pronto estuvieron á bordo del pequeño cúter é instalados en el estrecho, pero cómodo recinto de su cámara. Jorge empezó inmediatamente á sacar varias viandas de los cajones, y á intentar poner alegre á su amigo con aquellos menesteres, que eran todo lo que él necesitaba para producir lo que consideraba la felicidad. La suavidad y dulzura de Horacio le hacian aparecer complacido.

—Serémos aquí tan locos como Turcos, dijo Jorge; nada hay como la vida del mar. Mañana, es decir, hoy, descansarémos é irémos al dique despues de reparados de nuestras fatigas; mañana los sabuesos nos esperan en el parque, y otra vez gozarémos del galope; al otro dia yo tomo soleta. Emilio y yo ya sabeis que vamos por esos mares como corsarios, y no puedo menos de deciros que haríais muy bien en venir con nosotros.

Horacio le dió las gracias, pero le añadió que sus negocios le llamaban en casa.

—¡Dejad los negocios! dijo Jorge, á cuyo sábio consejo Horacio no dió respuesta.

—Y ahora, continuó Jorge quitando su casaca, si quereis seguir mi consejo, debeis acostaros en vuestro aposento. Conozco que el desnudarse hará huir la somnolencia que siento sobre mí. Os digo, Bowler, dijo levantando la vista hácia la escalera, que no teneis compasion, hombre, pues que estais haciendo ese atronador ruido. Desocupad la cubierta y haced que esos hombres se estén quietos por unas seis horas. Echad el encerado sobre la claraboya para que no nos moleste el sol.

Dicho esto, Jorge apagó la luz que estaba empezando á hacerse innecesaria, y fué á ocupar su aposento, donde pronto se quedó dormido.

Tambien se acostó Horacio, y la fatiga del cuerpo, conquistando la mental inquietud, no menos pronto le puso en estado de olvidarse de todo.

CAPITULO VII.

—Estás en un error, Ester, dijo Emilio á su hermana ya bien entrada la mañana siguiente del baile, en tiempo en que estaban sentados en privada conferencia despues del desayuno. Emilio, sin embargo, no aparecia muy enojado al decir estas palabras, sea porque estuviese de muy buen humor con su hermana á causa de una proposicion que ella habia recibido la noche antes, de la cual le habia hecho sabedor, ó porque las palabras no llevaban en sí un importante significado.

—Yo nada hice, replicó Ester, fuera de colocar el anillo sobre la mesa.

Emilio quedó en silencio por un momento.

—¿Y qué cuenta, dijo por último, he de dar á San Lorenzo á su vuelta de la comision que me ha confiado?

—En cuanto á la carta, respondió Ester, solamente te apoderó para manifestarla, y por tanto usaste de tu discrecion esperando el tiempo conveniente. Con respecto al anillo, le has confiado á mi cuidado. Yo estoy completamente conforme en llevar la culpa de haberle dejado por ahí; pero créeme, San Lorenzo no se acordará de

ello; tiene demasiada dignidad, cuando todo está concluido, para satisfacer su curiosidad en cuanto á los detalles.

—No estoy seguro, replicó Emilio, de que todo esté concluido.

—¿Pero qué es lo que me acabas de decir, dijo Ester, de haberos informado Bárbara esta mañana de la declaracion de Violeta de ayer?

—Me hubiera alegrado, dijo Emilio siguiendo la cadena de sus pensamientos, que Bárbara hubiera hallado oportunidad de informarme del caso ayer noche para decírselo á Horacio; esto hubiera evitado el mal que ha ocurrido.

—¿Pero qué ha ocurrido? preguntó Ester.

—No puedo decirlo con precision, replicó Emilio; pero me parece que Ferrers ha sido culpable de hacer alguna imprudente declaracion á Violeta. Temo que la haya ofendido revelando su afecto antes de poder hacerlo con toda propiedad. Estaba evidentemente mucho mas afligido que lo debe estar un hombre por haber sido tratado con imprudencia por un viejo. Además, ¿no vísteis que Violeta le desairó en el cotillon?

—Sí, contestó Ester, pero observé su cara en aquel momento, y estoy por decir que no estaba realmente ofendida de él. Conozco su semblante muy bien; no puede equivocarse su espresion cuando con verdad está enojada. Ten por seguro que si á Ferrers se le pudiera persuadir de que no pierda la esperanza, aun tiene buen remedio. No creo que Violeta esté completamente exenta de afecto, cualquiera que sea lo que haya dicho; y en resúmen, es una mera presuncion tuya el que haya dicho algo. Me parece que Mr. Morland le comunicó algun

mensaje de mi padre; sí, estoy segura de ello. Mi padre estaba muy enfadado cuando le manifesté las observaciones que se habian hecho, y se proponia no dejar el asunto desapercibido. Juzgo esto la causa del cambio en el porte de Violeta; ella estaba embarazada y violenta por lo que habia oido.

—Sí, lo veo todo, dijo Emilio despues de meditar un momento; y conviene exactamente con la opinion que hace mucho tiempo tengo formada de ella. Se está representando la misma historia otra vez. Violeta me desechó al primer obstáculo que se opuso, y así sucede con Horacio. Violeta no tiene corazon. Y ahora, Ester, te diré lo que ocurrirá. Horacio hará su retirada; tal vez la haya hecho ya, y Violeta le dejará retirarse con frialdad; porque aunque antes de ahora él ha sido un entretenimiento para ella, en la actualidad ya es un inconveniente. San Lorenzo volverá con aspecto grave y melancólico, subyugado é interesante....

Ester no pudo menos de reirse de esta pintura.

—Sí, interesante, digo, á los ojos de Violeta, continuó Emilio, porque toda esa gravedad y melancolía, lo será para ella, y todo formará una agradable variedad y contraste despues de su última intriga de amor. Será admiracion en una nueva forma; y cansada de la última que inspiró, Violeta acogerá con agrado un cambio de impresiones. Entonces seguirá una esplicacion, y el descubrimiento de nuestra intriga. La conducta de San Lorenzo aparecerá con noble aspecto; el compromiso será renovado; tú serás aborrecida, y yo mirado con desprecio. ¡Ah, si yo fuera solamente aborrecido! El tiempo lo ha borrado todo de mi corazon, salvo el amargo recuerdo de la veleidad con que Violeta desdeñó á quien la ama-

ba entonces con todo el amor que podia dar; pero ser despreciado por ella, en concepto de haber cedido á una oculta maquinacion, es una cosa con la que no puedo conformarme. Ser despreciado por quien puede sin duda despreciar con seco desprecio, aunque no sabe amar, y ser mirado con pomposa indignacion como un tonto de cerebro vacío, Ester, no puedo tolerarlo; y esto es todo lo que resulta de tu ingeniosa diplomacia.

Emilio se habia levantado, y paseaba de un lado á otro del aposento al decir estas palabras.

Ester escuchó quietamente, y cuando él habia concluido, dijo:

—Todo lo que describes es probable que suceda, si las cosas se dejan abandonadas á sí mismas. En parte convengo en lo que has dicho de Violeta. Creo que es incapaz de amar con bastante vehemencia para hacer frente á obstáculos ó inconvenientes de cierta magnitud, puramente por causa del afecto de que se halle poseida. Sin ser exactamente lo que el vulgo llama interesada, pues que no tiene prudencia bastante ni premeditacion para ello; sin embargo, un casamiento de algun esplendor, segun imagino, será preferible á sus ojos á otro de condicion humilde. Conozco la facilidad con que te abandonó por San Lorenzo, el jóven por el viejo hermano. No obstante, estoy convencida de que todo esto procede mas de la falta de carácter que de un plan deliberado.

—¡En Violeta falta de carácter! esclamó Emilio.

—Sí, créeme, Violeta no tiene carácter, replicó Ester; te parece que le tiene porque posee algun talento, tiene ciertas maneras elevadas, y nunca aparece sujeta á indecision. Convengo contigo en que Violeta nunca duda en

el momento de obrar; pero la razon de esto es, en mi concepto, no porque alguna línea de conducta establecida la guie haciéndola conocer cómo debe portarse, sino porque las diferentes pasiones que forman los motivos de sus varios actos, se presentan siempre con tal fuerza en su ánimo, que no puede menos de seguirlas. Su pasion reguladora es ciertamente el orgullo en una forma ú otra; así que, debes tener en cuenta que cuando el orgullo está escitado, de él es la jornada. Otras veces, quiero decir, cuando el orgullo está en descanso, se entrega á una especie de natural bondad, pero á nadie le es tan fácil dominarse. Hará las cosas solamente por compasion, ó simplemente porque se vé suplicada, y porque el sí es siempre mas fácil para ella que el nó; y hasta hará las cosas que le son desagradables cuando lo que ella considera un principio no se halla atacado, esto es, su propio orgullo. Pero te aseguro que si juegas bien tus cartas, nuestros temores aun pueden desvanecerse.

Emilio se sentó otra vez, y dijo:

—¿Qué es, pues, lo que aconsejas?

—En primer lugar, replicó Ester, debes sacar á Ferrers de su retiro; debes decirle que no existe el compromiso de Violeta. Debes persuadirle entonces á que se declare á ella formalmente.

—Nunca lo hará, estoy seguro, replicó Emilio; Ferrers no tiene valor.

—Debes decirle que está en la obligacion de tenerle, replicó Ester, y que está ligado á ello por honor, en razon de que estás seguro de que Violeta rompió el compromiso por su causa.

—Violeta le desairará, replicó Emilio.

—No estoy completamente segura de eso, respondió

Ester; á lo menos me parece que le rehusará con tal benevolencia, que le quedarán esperanzas de ser aceptado en otra ocasion. Otro de los acontecimientos que ocurrirán será el ponerse mi padre como una furia, al recibir la primera noticia de estar roto el compromiso.

—¿No es probable que ya lo sepa? preguntó Emilio; seguramente que San Lorenzo se lo habrá comunicado. Hay ciertas cosas que cree propias y respetuosas, y estoy seguro que seria esta una de ellas.

Ester se sonrió al replicar:

—Eso es verdad; pero algunas personas, con su *ingeniosa diplomacia*, saben cómo proveer contra los accidentes.

Y entonces procedió á detallar á su hermano la precaucion que habia tomado acerca de la carta que, segun todas las probabilidades, contenia el secreto.

—Este mismo dia, continuó, irá á su destino. Confío en que María no habrá notado el sello atrasado del correo; la coloqué con disimulo esta mañana en la mesita que está en el esterior de su cuarto; no he oido hablar del asunto; así que, supongo no habrá percibido la fecha. Sé que dirige las cartas inmediatamente cuando deben continuar á su destino, y las pone en el buzon del correo del vestíbulo, donde creo que estará en estos momentos ese precioso documento.

—Pero mi padre conocerá que es una carta atrasada, replicó Emilio, quien parecia haber oido todos estos detalles con alguna consternacion.

—Es claro, dijo Ester; pero ¿cómo conocerá que yo soy la causa?

—Bien; está visto que eres una mujer atrevida, replicó su hermano; pero recuerda que yo lavo mis manos

en el negocio; le has tomado bajo tu responsabilidad, y espero que no te venderá el semblante.

—Puedes confiar en mí, dijo Ester.

—Mi conciencia me venderia, replicó Emilio, si estuviera en el caso que tú.

—¿Por qué? preguntó Ester; ¿qué hice yo que merezca vituperios? ¿A quién he injuriado? Estoy segura de que Violeta se alegrará de zafarse de San Lorenzo; y si San Lorenzo no hace lo mismo, debiera á lo menos, si no fuera un asno; porque tengo por cierto que nunca Violeta seria para él una esposa amable. Por otra parte Mr. Ferrers, tu amigo, tendrá una causa de agradecimiento, si, por medio de una inocente estratagema, hace una buena boda.....

—¿Y qué dices de sesenta mil libras perdidas para la familia? preguntó Emilio.

—Perdidas para San Lorenzo querreis decir, dijo Ester; estoy segura de que á nadie mas reportarian beneficio. ¿Pero qué derecho tiene mi padre para persuadir á su pupila á que se case con su hijo, quiérale ó nó le quiera, simplemente por la vanidad del engrandecimiento de la familia? Es la justa retribucion que merece mi padre. ¿A cuál de nosotras no estuvo pronto á limitar aquello que nos es debido, con ese mismo propósito? Jamás nos lleva á Lóndres por ahorrar los gastos, y pone obstáculos á nuestros casamientos para evadirse de dar algun dinero con nosotras.

—Dice que no lo tiene, replicó Emilio; bien sabes que á Bárbara y á Catalina les dió una mezquina dote, y verás que hace lo mismo contigo si puede.

—No tengo de ello duda, respondió Ester, pero tampoco la tengo de que puede dar mas si quisiera. Me

consta de que está gastando en estos momentos muchos miles en la eleccion de Gabriel, solo porque esto le agrada.

—Bien; pero esa no es la cuestion, dijo Emilio levantándose; conozco que tiene un detestable egoismo. Sin embargo, lo que yo hubiera deseado, Ester, es que no te colocaras, y á mí por complicacion, en posicion tan difícil. Pero ya no hay retirada, salvo para traer la desgracia sobre nosotros; así, voy á ver lo que puedo conseguir de Ferrers.

—Sí, replicó Ester, y ten en cuenta mi palabra; cuando todo llegue á salir á medida de tus deseos, tu conciencia no será muy molestada por causa de los medios que se han puesto en movimiento para llevarlo á cabo.

Esto era en parte verdad y en parte nó. La conciencia de Emilio estaba ciertamente en este instante obrando mas por el temor de la vergüenza del descubrimiento, que por escrúpulo del delito en que incurria. Sus principios eran débiles, y en comun con los otros hijos de Lord Staplemore del segundo matrimonio, el sentimiento de honor que con frecuencia se halla en lugar del principio, mandando cosas muy buenas y muy nobles, que el sentimiento del deber en vano trataria de reforzar, era débil tambien. Sin embargo, no era tan insensible como Ester; todo lo contrario, era en estremo sensible á la vergüenza, como lo era al ridículo. Si no tenia bastante conciencia que le hiciera obrar con rectitud, tenia demasiada para permitirse engañar y vender sin una angustia de terror primero y de remordimientos despues. Era uno de aquellos que se paran en medio de dos corrientes, y no ganan este mundo ni el otro.

Entretanto Horacio se habia levantado con un dolor

de cabeza que le hubiera hallado inaguantable, á no serlo mas el peso que tenia sobre su corazon. La fiebre de la escitacion se habia ahora apagado, y miraba friamente á la faz de lo que habia hecho. Habia pecado sin objeto; aun mas, como si fuera con el solo propósito de hacer mayor su calamidad. Antes habia perdido la paz del alma, pero conservaba todavía su carácter y su reputacion. Ahora habia perdido esta, la habia perdido tal vez para Violeta ya, y si aun nó, pues que la compasion de ella parecia la escusa de las palabras de Horacio, la perderia para siempre cuando llegara á oir de su próximo enlace con Rosa. El coronel O'Donnell debia regresar á los dos dias á Crewe Hall, y su vuelta era la señal del descubrimiento de aquel proyectado matrimonio. ¡Cómo le despreciaria Violeta! ¿Y era esto todo? Ella tenia en su poder destruir la buena fama de Horacio con respecto de otras personas. No tenia mas que decir lo que habia ocurrido, para hacer á los que hasta entonces le habian estimado, volverle la espalda con desprecio. ¡Qué locura habia sido la suya! Apenas podia concebir la causa que le habia impelido á ella; y el miedo, de tal modo preocupaba su mente, que casi le obligaba á olvidar su amor, y ser insensible á los sentimientos que antes parecian todo en toda su existencia. El miedo tambien contaminaba sus remordimientos, si no su arrepentimiento. ¿Qué haria para reparar su error? ¿A quién pediria perdon; dónde buscaria simpatías, auxilio ó consejo? ¿Pediria á Violeta que le perdonase; confesaria lo que habia hecho, y la suplicaria que condenara al olvido lo que habia pasado? Nó, esto era demasiado humillante. ¿Podria tolerar su mirada de desprecio? ¿Buscaria la amiga de su juventud, aquella que habia sido para él una her-

mana, y derramaria el secreto de sus pecados y aflicciones en los oidos de ella? ¡Oh, nó! Era contra la misma Rosa contra quien habia pecado, la que menos lo merecia de su parte. Entonces ¿podria ir con semejante historia á su padre adoptivo, él, que habia sido tratado como hijo, sin los títulos de hijo para merecer el perdon; aquel título basado en el inestinguible amor de un padre? ¿Buscaria consejo en Emilio? Retrocedia de semejante idea; no era la amistad la que podia consolarle ahora.

Sin embargo, un amigo le quedaba, aquel amigo que nunca falta al católico. Habia uno á quien Horacio podia confiar sus pecados sin temor de desprecio, reproche ó traicion; uno además que tenia el poder de perdonarlos y restituirle á su perdida paz con Dios y consigo mismo; uno tambien que le daria un puro, desinteresado y santo consejo si se llegaba á pedirle; tal consejo que podia seguir con seguridad y sin temor de errar. La idea de confesion, largo tiempo descuidada por Horacio, cruzó ahora por su mente; ¿irá Horacio á confesion?

Era descuido, indiferencia espiritual y pereza, y no la práctica de graves pecados lo que durante los dos últimos años tan raras veces le habia acercado al tribunal de la penitencia. Es cierto que su conducta desde que habia sido del número de los habitantes de Monte San Lorenzo era para él un motivo de censura; pero mucho peor hubiera sido si el orgullo fuera lo que apartara á Horacio del confesonario. Mayor peligro seria el suyo si no viera su delito, ó que viéndole no sintiera verdadera afliccion por él.

La idea de calmar su espíritu yendo á confesion cruzó por su mente, sosteniéndola hasta que llegó casi á parecer un designio; pero ¡ah! era un designio produ-

cido tan solo por motivos naturales. No era sobrenatural afliccion por sus pecados lo que habia concebido; la afliccion que sintió no era por la causa de Dios. Era solamente paz humana, un mero natural alivio lo que buscaba, nó el perdon de sus pecados; y así, otros motivos naturales podrian intervenir con facilidad y hacerle retroceder.

Horacio estaba solo en la cámara del Peri. Jorge le habia invitado por la tarde á que fuese en su compañía á una espedicion de pesca alrededor de aquel punto, pero Horacio alegó su dolor de cabeza por disculpa; y así Jorge, declarando que esto no le disculpaba, puesto que nada podia hacer mejor para alivio de su mal, salió solo en el pequeño bote, dejando á su amigo en el goce de sus miserias; el único goce de que era capaz en aquellos momentos. No hacia una hora que Jorge se marchara, tiempo que Horacio ocupó en meditar su partida al dia siguiente para Portmore, cuando oyó llegar á una persona á bordo, y pronto reconoció la bien conocida voz de Emilio. No era una visita bien venida, como por cierto no lo hubiera sido ninguna; de tal suerte Horacio estaba entregado á su disgusto, que no dió un solo paso para recibir á su amigo.

Emilio bajó inmediatamente la escalera y halló á Horacio tumbado negligentemente sobre el sofá.

—Bien, Horacio, dijo, espero que no deis tanta importancia á lo ocurrido la noche pasada. Ya podeis conocer que todos sentimos el que hayais sido tratado de una manera abominable.

—Me duele mucho la cabeza; fué la réplica de Horacio.

—Hubiera creido, replicó su amigo, que vuestro pa-

seo á caballo con tanto frio la noche pasada os salvara de ese dolor.

—Confio, dijo Horacio, en que no habreis olvidado enviar mi caballo al «Cisne.»

—Debeis confiar en mí siempre, dijo Emilio; no he descuidado nada de cuanto me habeis dicho: el caballo fué esta mañana temprano al «Cisne,» y yo traigo vuestro equipaje á bordo ahora.

—Gracias, replicó Horacio; os estoy realmente agradecido.

—Aunque no lo pareceis, añadió Emilio riendo.

Horacio se sonrió. No era propio de su carácter dar salida á su mal humor por mucho tiempo.

—Debeis confesar desde luego, continuó Emilio, porque lo conozco sin que me lo digais, que la imprudencia de mi padre no es la sola cosa ni la principal que ocupa vuestra mente; algo hay á que dais mas importancia que á esto y á vuestro dolor de cabeza.

Horacio se puso colorado, y su continente apareció en desórden.

Mientras dudaba para dar una respuesta, Emilio continuó:

—Vaya, Ferrers, no hay para qué negarlo, á lo menos á mí. Debeis creerme estremadamente ciego, sí, y tambien á otros, al suponer que habeis conseguido ocultar vuestra admiracion por Violeta Mandeville. Además, estoy seguro de que no hay en ello nada mal parecido; de cualquier modo, todos convendrán en que manifestais tener buen gusto.

—Supongo, replicó Horacio, que en confesar que la admiro, no solo no hay en el caso nada que me afrente, sino que meramente espreso un sentimiento muy comun.

—Eso no es cierto, Horacio, dijo Emilio; vuestros sentimientos por ella no son sentimientos comunes. ¿Teneis cara para negarme á mí, que soy vuestro amigo, que la amais?

—Mis pensamientos son mi esclusiva propiedad, replicó Horacio, en tanto que yo no los haga conocer; pero cualquiera que ellos scan, creeria una afrenta hecha á Miss Mandeville confesar sentimientos que ninguno tiene derecho á abrigar por ella.

—¡Muy bien, por cierto! dijo Emilio; sabeis, mi querido Ferrers, que estais magnífico esta mañana; sin embargo, tengo el honor de informaros que toda ostentacion está muy mal empleada, pues que no existe la menor causa para ella. No creo que se infiera ninguna ofensa á Miss Mandeville con amarla; pero tiene en mi concepto algo parecido á una injuria largarse sin decir una palabra sobre el asunto despues de haberle manifestado amor tan á las claras.

Horacio se sobrecogió.

—¿Qué quereis decir? Yo juzgo á Miss Mandeville comprometida con vuestro hermano.

—Lo estuvo, replicó Emilio; pero ya nó.

Siguió una pausa. Horacio estaba demasiado abrumado con este inesperado anuncio para dar una respuesta, ó mejor dicho, para saber lo que debia decir.

—Ahora, continuó Emilio despues de dar á su amigo un momento de reflexion, supongo que vuestra conducta sucesiva se presentará clara á vuestros ojos, como sucederia á cualquier hombre de honor en vuestro lugar.

Horacio hizo un esfuerzo para recobrar su presencia de ánimo, que en la penosa situacion en que se encon-

traba, estaba bien cerca de abandonarle. En medio del conflicto de ideas y sentimientos que trabajaban su interior, una cosa veia claramente, y era: que si llegaba á escapar sin deshonra, habia salido del apuro en que se hallaba.

—No sé lo que quereis decir, replicó; hasta ahora he sido ignorante de que Miss Mandeville no era la futura esposa de vuestro hermano. ¿Qué obligacion de honor, por tanto, me podeis suponer hácia ella? No intento negar mi alta admiracion por vuestra prima; pero ¿qué pretensiones tengo yo para atreverme á ir mas adelante? Además, á no ser así, tengo otros á quien consultar en asunto de tanta importancia. En este mismo momento soy llamado por cartas que requieren inmediata atencion.

Emilio cruzó los brazos, y le miraba de hito en hito al oir estas palabras. Horacio volvió los ojos; y cuando hubo concluido, Emilio replicó con mucha gravedad:

—¡No es obligacion el honor, Ferrers! me sorprendeis. ¡No es obligacion el honor cuando habeis puesto tan en claro vuestros sentimientos, tanto á la dama como á sus amigos! Si creeis no tener pretensiones, aunque no sé en qué fundais ese acto de humildad, ¿con qué derecho os suponeis para dirigirle vuestros obsequios?

—No le dirigí obsequios, respondió Horacio; á lo menos obsequios ostensibles y deliberados; ¿cómo es posible que yo tal hiciera con una dama que yo imaginaba fuera de posicion de recibirlos? Puede que sin saberlo me hayan vendido mis sentimientos inconsideradamente.....

Y Horacio vacilaba, porque su conciencia le decia que habia hecho algo mas.

—No comprendo esas distinciones, replicó Emilio: confesais haber revelado vuestros sentimientos; pero porque el mundo no puede poner el dedo en alguna cosa definida que hayais dicho ó hecho, alguna cosa que positivamente os comprometa á sus ojos, os considerais completamente libre.

Horacio no tenia sosiego. Emilió continuó:

—Sea el que quiera vuestro juicio sobre el asunto, y tambien el que forme el mundo, Horacio, yo no tengo mas que una opinion, y esta es: que si vos tranquilamente os retirais de ese modo, en el momento en que hallais que vuestros obsequios os comprometen, habeis obrado de una manera estraña con mi prima.

Horacio quedó en silencio. El horror de su situacion se revelaba en su semblante. Decir á Emilio que no era libre, era correr á la deshonra que ansiaba evadir todo el tiempo posible. Mientras callaba en un estado de desórden, yendo y viniendo el color sobre su semblante, Emilio, que le habia estado observando y que deseaba adelantar su ventaja, continuó diciendo:

—¿Y cuál suponeis, Ferrers, haya sido la causa del rompimiento de un compromiso de casi dos años de duracion?

Horacio le miró inquisitivamente sin dar respuesta.

Emilio continuó:

—Vos mismo, Ferrers, habeis sido la causa, por haber despertado en el corazon de Violeta sentimientos incompatibles con su compromiso hácia mi hermano. No os dirijo por esto ningun reproche, ni pretendo abrigar sentimiento por ello. Bien sabeis bajo qué punto de vista he mirado esa mal adecuada alianza. Os tengo en mucha estima, Horacio, y me alegraria de cualquiera cosa

que influyera en vuestra felicidad; pero será motivo de censura de mi parte y de injuria hácia una persona tan cercana en parentesco conmigo, si conduciendo con vuestra conducta á una posicion enojosa y desagradable á Violeta, tratáseis el asunto como una mera broma, y tranquilamente os retiráseis como si nada hubiera sucedido.

—¡Como una broma! dijo Horacio, ¡cuán poco conoceis!

—Bien, replicó Emilio; cualesquiera que sean vuestros sentimientos, esto significa poco para los que observan, en tanto que vuestro proceder no sea conforme con ellos.

—Pero ¿cómo sabeis, replicó Horacio, lo que acabais de decir? No puedo creerlo.

—Estoy cierto de ello, replicó Emilio, que no tenia á la verdad pruebas que aducir mas que sus propias convicciones.

—Pues si eso es todo, dijo Horacio, yo tengo una certeza mas completa de que estais equivocado.

Horacio se habia propuesto no decir una sola palabra de lo que habia ocurrido la noche anterior por razones óbvias; pero ahora le parecia tenerlas tan fuertes ó mas para mencionarlo: en resúmen, era una eleccion de males, y eligió el que creyó menor. Era importante para evadirse de la persecucion presente, persuadir á Emilio de que los afectos de Violeta de ninguna manera estaban interesados.

En tal conformidad le refirió la imprudencia de que era culpable y el frio recibimiento con que habia encontrado. Los pequeños ojos grises de Emilio chispeaban al oirle. Con dificultad pudo callar hasta que Hora-

cio hubo concluido, y entonces rompió en vehementes esclamaciones, que pusieron el asunto en un estado deplorable.

—¿Pues qué, Ferrers, habeis esperado que Violeta obrara de otro modo? Es consiguiente que habria de hallarse perpleja al ver que no conociais su posicion. Habeis esperado que dijera: «Estais completamente equivocado; no me casaré con San Lorenzo, y así seré muy feliz en casarme con vos.» No puedo menos de deciros que sois en estremo sencillo.

Y Emilio se reia con forzada risa.

—¡Casarse conmigo! dijo Horacio repitiendo las palabras de Emilio maquinalmente; ¡oh! nó, nunca querrá; conozco que nunca querrá.

—Sea lo que quiera, replicó Emilio, es muy evidente que despues de lo ocurrido, debeis hacerle la oferta. Puede seros desagradable arrostrar el desaire que esperais, pero es un sacrificio necesario. Cuando está en cuestion el sacrificio del orgullo, la mujer debe considerarse preferida, toda vez que necesariamente sufre mas con un pesar de esta suerte. Si habeis puesto en claro, tanto á ella como á otros, que la amais; aun mas, si habeis dicho, á medias que fuera, alguna cosa que lo signifique, estais obligado á revelarlo formalmente, á menos que sus maneras hayan sido equivalentes á una repulsa.

Horacio distraidamente descansó la cara entre sus manos; no sabia qué contestar. Dar lugar al tiempo, y persuadir á Emilio á aquietarse con alguna dilacion, eran sus intentos.

—¿Cómo puedo yo al presente? replicó; recordad que estoy espulsado de Monte San Lorenzo, y que el tutor de

Miss Mandeville, que está en lugar de padre, ya no me recibirá como uno de sus conocidos.

—En cuanto á eso, dijo Emilio, Violeta será señora de sí misma de aquí á tres meses; y por lo que toca á la dificultad de verla, las cartas podrian llenar el vacío; pero me parece mucho mejor que la hableis. Los cazadores se reunen mañana en el parque, y sé que Violeta piensa seguirlos. No necesitais venir dentro de los límites del mismo parque, si no os agrada; pero podreis alcanzarlos en Morley Copse, y con facilidad encontrareis una buena oportunidad en el curso de la jornada.

—He proyectado volver á casa mañana, objetó Horacio.

—Podeis volveros á casa despues de la correría, igualmente que podríais regresar á este lugar, replicó Emilio.

Estando contestadas todas las dificultades, y viendo Horacio la determinacion de su amigo, juzgó lo mas conveniente acceder desde luego, y confiar á lo futuro el hallar algun medio de evadirse de sus compromisos.

—¿Pero cuál es el consejo que me dais? preguntó despues de una pausa; ¿debo aparecer en el sentido de haber oido que el proyecto de casamiento ha sido roto? Y si me pregunta quién me lo ha dicho, ¿puedo decir que fuísteis vos?

—Mi querido amigo, dijo Emilio, cualquiera pensaria que habeis perdido de improviso todo vuestro ingenio, porque es seguro que las circunstancias os sugerirán lo que debeis decir. Sin embargo, no hay necesidad de mencionarme. Opino que será conveniente que finjais ignorancia algo mas tiempo. ¡Oh! hay cincuenta caminos: podeis recurrir á vuestra indiscrecion de la noche anterior, y pedirle patéticamente el perdon; añadirle

que venis á implorar esta gracia, para despues desaparecer para siempre de su vista, ó cualquiera otro tema que podeis imaginar. En vuestro caso, tendria cuidado de hacerle revelar el hecho de que ya no está ligada por ningun compromiso.

—¿Pero no decis, preguntó Horacio, que no debo esperar que tal diga, y que aun argüiria una especie de falta de delicadeza en ella?

—Yendo preparado de antemano, dijo Emilio, y estando tambien ella ahora preparada, merecerias ser calificado de muy torpe si no manejas el asunto de manera que recaiga la conversacion en un punto que será para ella muy natural, y que la hará decir sencillamente lo que no pudo despues de vuestra súbita esclamacion de ayer noche.

Horacio no puso mas dificultades. Prometió reunirse á la cacería en Morley Copse; prometió hablar á Violeta. ¡Oh Violeta! si tuviérais noticia de este diálogo, ¡cómo se revelaria vuestro altivo espíritu contra las ideas de uno á quien, en vuestro juicio, con una mirada someteriais á una declaracion de amor! Han comenzado mortificaciones desconocidas para vos que estais tan mal preparada para soportarlas; se están agregando alrededor vuestro, y prontas quizá á haceros frente y á abrumaros con su amargura.

Emilio y Horacio se separaron como dos amigos. El primero tuvo cuidado de achacar á cordial interés la aspereza de modales de que era culpable; pero á Horacio no era fácil ofenderle, y era demasiado miserable de cualquier modo para darse por ofendido.

Y quedando ahora solo Horacio, se abandonó otra vez á su desgracia. Sí; Emilio habia venido como un

mal espíritu á obligarle á seguir un camino de pecado; donde cada paso era la consecuencia del que le precedia; y el último parecia mas inevitable que el anterior. Sí, él debia ir mas adelante todavía; quizá en el paso siguiente seria capaz de retroceder. Quizá..... pero de cualquier modo la confesion fué diferida; Horacio aun no podia confesarse.

Despues siguió una larga pausa. La cabeza de Horacio latia intensamente y el pensamiento era un material esfuerzo del cerebro. Sin embargo, el tiempo urgia y le era preciso decidir algo. Jorge llegaria con su ruidosa charla; el sonido que desvanece la facultad del pensamiento. Una esperanza solamente le quedaba; el poder cumplir su entrevista con Violeta y satisfacer á Emilio respecto de que habia hecho todo lo necesario, al mismo tiempo que huir la obligacion de ofrecer una mano y un corazon prometido á otra. Daria una disculpa, y Violeta la recibiria. ¡Pero entonces su casamiento con Rosa, que se anunciaria dos dias despues! ¡Oh, qué angustia para él! ¡Y qué si en resúmen, Emilio tenia razon y Violeta le amaba realmente! ¡Oh! era una calamidad el temer aquello porque hubiera dado el mundo, y mucho mas, porque de buen grado hubiera dado la misma salvacion de su alma!

Horacio se arrojó otra vez sobre el sofá y cerró los ojos. Todavía parecia que pensaba; pero los objetos llegaron á mezclarse en fantástica confusion en su cerebro, y estraño es decirlo, se quedó dormido. Sin embargo, no es tan estraño. El gozo, la escitacion, la esperanza y el esfuerzo intelectual, desvanecen el sueño; pero la afliccion, la ansiedad y aun la angustia del ánimo, no impiden su acceso.

Dormia, y en medio de su sueño le pareció que el dia de su casamiento habia llegado. Estaba en el pórtico de la iglesia con Rosa, ataviada con traje nupcial. Como al fin de la perspectiva vé el altar brillando con luces, y oye el sonido de la música y voces que cantan como á larga distancia. ¿Por qué Rosa y él no están arrodillados ante aquel altar? Pero ella le parece inmoble como una estátua. Entonces estiende su mano para conducirla á la iglesia, pero de repente vé á Violeta tambien en traje de novia, y recuerda que ha empeñado su fé á las dos. Mas ellas no le ven, sino que ligan sus brazos una á otra hasta que los dos velos parecen uno solo; este velo las oculta de la vista de Horacio, al pasar por lo largo de la nave de la iglesia, y entonces desaparecen entre las nubes de incienso que ondulan alrededor del altar.

Horacio se sobrecogió, sea por la influencia de su sueño, ó por algun sonido cerca del aposento de la cámara que ocupaba. Abrió los ojos, se sentó, y percibió que una carta dirigida á su nombre estaba sobre la mesa que tenia al lado. El sonido que le habia despertado fuera la entrada de alguien con aquella carta que acababan de llevar á bordo. ¿De quién podria ser? puesto que las cartas de Lóndres llegaban siempre por la mañana. Horacio la cogió precipitadamente y la abrió. Era de Rosa.

Mi querido Horacio:

Te he visto en el baile ayer noche. No sé con quién estabas, ni sé si tu corazon me ha permanecido fiel; puede ser, aunque parecia sonreías á otra como acostumbrabas á sonreirme. No es por esto por lo que intento escribirte; pero conocí una cosa en el momento en

que te ví, y es: que si me has sido fiel, yo he sido infiel á mi Dios. Sí, Horacio; Dios quiere mi corazon: El me le habia pedido ya antes de que vinieras á ser su rival. Pero no fué falta tuya, Horacio, fué mia; sí, mia, la mas indigna del honor de ser la esposa de Cristo, la mas ingrata para honor tan inmerecido. Pero me ha perdonado; el Esposo de mi corazon me ha perdonado, y no le seré ingrata otra vez. Y ahora, mi querido Horacio, hermano mio muy querido, no sé si lo que te escribo será causa de tu pesar ó de tu consuelo. Si lo primero, perdóname el sufrimiento que mi falta te causa; si lo segundo, no sientas ninguna injuria hecha á mi afecto; siéntelo solo si has ofendido á Dios; esta, querido Horacio, es la sola causa de afliccion que realmente debemos siempre tener. Ora tú por mí tambien para que tenga fuerzas suficientes para soportar la afliccion de mi padre. Pronto sabrá la historia de mi corazon, sus esfuerzos y sus infidelidades; pero ninguna sospecha concerniente á tí pasará por mis lábios. Sé para él siempre, Horacio, un hijo afectuoso, y ayúdame á persuadirle á que me devuelva á Dios. Escribo desde Portmore, para que puedas recibir la carta esta tarde, y para que impida cualquiera arreglo que tuvieses entre manos á tu regreso. Creo conveniente que nada hagas, hasta nuevas noticias. Mi padre sin duda te escribirá cuando lo sepa todo.

Tuya en el corazon de Jesus,

ROSA O'DONNELL.

CAPITULO VIII.

Era en una hermosa mañana de principios de noviembre cuando los cazadores se reunieron en el parque de Monte San Lorenzo. Hacia una vista encantadora con el sol de la mañana el brillante encarnado de los petis congregados en alegre tropel en el estenso llano de verdura que bordaba las avenidas; mientras que otros que llegaban nuevamente, como distantes lampiros, se divisaban de cuando en cuando en la montuosa perspectiva. Y ahora la jauría llegó para añadir animacion á la escena. Todos los individuos de Monte San Lorenzo tenian las cabezas asomadas á las ventanas, á escepcion de aquellos que observaban desde la puerta. Los pequeños Morcares gritan con deleite á la ventana de un cuarto dormitorio, que tiene buena vista, especialmente cuando ven á su papá salir de la puerta con su peti de cazador de color carmesí. Entonces le llaman á fuertes voces en honor del nuevo traje con que aparece; y el mayor de los Morcares revela su inclinacion de ser inquieto, á menos que se le permita bajar á juntarse con su padre, procedimiento á que se opone su mamá por temor de verle envuelto entre los piés

de los caballos. Emilio, que estaba á la puerta, echaba una áspera ojeada de cuando en cuando á los niños, ojeada de tan poco amistoso carácter, que cualquiera diria que con placer cortaria á todos ellos la cabeza. No se manifestaba menos enojado porque Bárbara hablaba á un conocido desde la ventana, y porque Emilia se hallaba cerca de la puerta charlando con Federico Morcar, que acababa de montar en su caballo.

—Emilia, dijo, si por tí misma no tienes modestia, tenla por el crédito de nosotros, y no estés ahí hablando á todos esos hombres. Casi mejor harias en gritar en una ventana, como lo hace Bárbara.

—¡Todos esos hombres! esclamó Emilia. ¿Por qué te muestras tan mal humorado por nada, Emilio? Solo suplicaba á Federico que tuviese cuidado de Albertina; y además, ¿á quién hago daño con hablar á todos los hombres que me acomode?

—Puedes hacerte todo lo visible que quieras, de consiguiente, dijo Emilio; y todas vosotras poner buen cuidado de no perder oportunidad para ello.

—No digas una necedad, replicó Emilia, quien hizo lo que le pareció sin perder su buen humor.

—¿Albertina vá con los cazadores? preguntó Emilio. ¿Quién le permite hacer eso? Es altamente impropio.

—¿Cómo impropio? preguntó Emilia; lleva un criado consigo, y además vá Violeta.

—¿Y ha de ir Violeta molestada con esa niña tras de sí todo el dia? dijo Emilio, que ahora veia una nueva causa de enojo en esta circunstancia. Me parece que Violeta tiene bastante que hacer con mirar por su propia seguridad, sin tener á su cuidado esa turbulenta y loca criatura.

—Eso es lo mismo que yo pensaba, respondió Emilia, y por eso estaba dando el encargo á Federico. Este dice que no la perderá un momento de vista, y que la traerá temprano á casa.

—Me admiro de que no te avergüences, Emilia, de pedir tales favores. ¿Ni qué suerte de dia de juego tendrá Federico con el cuidado de mirar por una niña?

—Oh, es de muy buen carácter, replicó Emilia, y no le dá cuidado volver temprano.

Tal vez, en resúmen, no fuese todo por su buen carácter, puesto que él y Emilia se habian convenido en dar un paseo juntos despues de la vuelta.

—¿Y porque un hombre sea de buen carácter, dijo Emilio en tono gruñon, hay derecho para que se le mortifique?

—¡Oh, nó! respondió Emilia riéndose y saltando para volverse á casa; no se morirá por eso. No todos son tan egoistas.

La intencion de Emilia al decir esto era manifestarle algo picante, tan picante como era siempre el buen humor de Emilia.

Mientras tenia lugar este diálogo, Clarencio decia algunas palabras á Ester en la embrazadura de una ventana.

—Y vos ¿no vais nunca con los cazadores?

—No tengo el valor de Violeta, replicó Ester jugando con sus ténues mitones bordados, que no habia tenido necesidad de quitar, como tampoco tenia necesidad de volver á ponérselos. Las pequeñas manos parecian tener conciencia de que eran especialmente hermosas y estaban siempre á la vista.

Clarencio respondió con sus ojos fijos en la linda mano:

—Bien, no puedo decir que admiro la belleza de las amazonas. Me suena bien en poesía leer de la belleza de una dama

Fera agli uomini parve, uomo alle belve;

pero en la vida real, algo mas femenino, reconozco que me parece preferible.

Ester se sonrió, aunque no supo de dónde era esta cita, ni la comprendió completamente, siendo limitado su conocimiento del italiano casi á las palabras de las canciones que le eran familiares, pero recogió ó infirió el objeto. De cualquier modo era una galantería dirigida á ella á espensas de Violeta, y esta circunstancia formaba una oportunidad agradable por su dulzura.

Clarencio sin embargo no escrupulizó en cumplimentar á Violeta por su valor á caballo despues de verla dar el primer salto. Era una galantería traidora bajo la cual se ocultaba ruinmente una sonrisa sardónica. Violeta se cuidó poco, tanto de la galantería como de la fisga.

—¿Qué caballo es el vuestro, Morland? dijo Clarencio á su amigo, cuando este estaba comprometido en uno de los pasos cenagosos de Morley Copse; ¿no podeis llevarle despacio? ¿No veis cómo salpicais á Miss Mandeville que vá detrás?

—Es que no le gusta la jaquita de Albertina, respondió Mr. Morland. Mi querida Albertina, muévete un poco; me parece que tu jaquita vá á cocear.

—No puedo, dijo Albertina riéndose, ó mas bien gozándose en la alarma de su cuñado; hay tantos enfrente.

Pero me parece, Juan, que no es mi jaca la que tiene toda la culpa, sino que tu caballo dá muestras de echarse para tomar un baño en el fango.

—¡Qué animal es ese! dijo Clarencio; ¿qué os hizo montar hoy ese bruto?

—No es mal andador, replicó Mr. Morland. ¡Pára!

Aquí el caballo tomó una posicion diagonal en medio de la carrera, y mostraba disposicion á meterse por una zanja.

—Pero no es á propósito para este trabajo, añadió.

—Así me parece, respondió Clarencio. ¿Por qué no habeis traido otro mejor?

—Tengo uno magnífico en el establo, replicó Mr. Morland. Tulipa; pero os digo que no todos son capaces á manejar aquel caballo.

—¿Y por qué no hizo su aparicion hoy ese pegaso? preguntó Clarencio.

—¡Oh, es un caballo desgraciado! replicó Mr. Morland; la semana pasada se le metió una piedra puntiaguda por el casco.

—Siempre le sucede eso, dijo Albertina; pero yo bien sé por qué no le traes á caza, Juan; es porque le tienes miedo.

Cualesquiera que fuese la réplica que Mr. Morland iba á dar á esta cruel acusacion, no hubo oportunidad para ella por haberse sentido un ruidoso pataleo. Los cazadores habian roto la batida y toda la jauría salia del bosque y galopaba tras ellos. Violeta echó todas sus penas al viento con el gozo de su diversion favorita; y cuando los cazadores vinieron á hacer una parada despues de veinte minutos de espace, y Violeta echaba hácia atrás sus hermosos rizos por encima de un semblan-

te encendido, radiante con la animacion y el color purpúreo que el ejercicio habia hecho brotar, Horacio, que la observaba á pequeña distancia y que no habia tenido aun valor para presentarse, imaginó no haber visto jamás una hermosura igual.

Por último, los ojos de Violeta se volvieron en esta direccion, y Horacio hizo un profundo y respetuoso saludo, pero sin acercarse. Violeta le correspondió con otro alegre y amistoso; el color purpúreo del rostro de la jóven subió ahora de punto, y sus modales por espacio de un segundo aparecieron ser los de una persona distraida al tiempo en que replicaba á una observacion de Mr. De Lorme. En este momento Albertina y el bueno de Federico, que habia retirado hácia atrás su caballo para cuidar de su pequeña futura cuñada, hicieron su aparicion, y la primera saludó jocosamente á Horacio con el nombre de «Señor bandolero.» Horacio estaba contento de hablar con algun miembro de la familia; le parecia que esto mantenia sus rotas relaciones con Violeta, y le acercaba en su imaginacion á ella. Sin embargo, no se atrevió á llegarse, pero determinó no perderla de vista y esperar una oportunidad favorable.

Mr. Morland se presentó en este instante sofocado y lleno de lodo; y Clarencio sugirió la idea de que no estaban bien situados, y que mejor seria moverse á otro sitio del bosque en cuya falda podrian parar.

—No sea que nos metamos en esos lodazales peligrosos, dijo Violeta, que me atrevo á decir abundan aquí tanto como en Morley Copse. Mi vestido está ya tan pesado con el barro, que parece le traigo alrededor lleno de plomo.

De comun acuerdo prosiguieron por lo largo de la

márgen del bosque, á escepcion de Federico y su pequeña carga, que le atravesaron por ser el camino mas corto.

—Mucho mejor hubiera sido haber penetrado por el bosque, dijo Mr. Morland así que se vieron cerca de una tosca empalizada con un foso de fango de grandes proporciones.

—¡Oíd! dijo Clarencio; me parece que han hablado algo.

—Mucho mejor haríamos en volvernos atrás, dijo Mister Morland, y cortar por el bosque.

—Estoy seguro de que vos haríais muy bien, replicó su amigo; porque de otro modo, Mr. Morland, iríais á parar á ese barranco.

—No me dá pena el salto, replicó Mr. Morland; pero este caballo es tan pesado.....

Estas fueron las últimas palabras que Clarencio oyó, pues sonaron entonces fuertes voces de los monteros, bien malgastando el tiempo en charlar unos con otros ó animándose en sus azares. Clarencio pasó en un instante la zanja y la empalizada para unirse con Violeta, que fuera la primera en acometer el salto, siguiéndola Horacio á corta distancia.

Clarencio habia recibido indicacion de Ester para que no cometiese la indiscrecion de interrumpir la coquetería de su prima.—Violeta tiene razon, como no se os oculta en darse gusto á sí propia, no quiere á mi hermano, y así es mucho mejor que no se case con él.—Tales habian sido las palabras de Ester, y Clarencio, preparado á obrar segun esta recomendacion, se apartó del camino. No habia falta de política en obrar así, porque él no tenia á su cargo acompañar á Violeta; temia

que permaneciendo mucho tiempo cerca, tomaria el aspecto de haberse abrogado este oficio, particularmente cuando Emilio, á quien pertenecia ostensiblemente, si no á otro alguno, no estaba á la vista. Por otra parte estaba allí Horacio, que tomaria su lugar muy contento; y así Clarencio se adelantó tomando su camino por la primera cenagosa calleja que encontró al paso, conociendo que Violeta tomaria con preferencia la senda mas limpia del campo inmediato.

Violeta ahora, por lo que toca al número de sus amigos, quedó sola con Horacio, que la seguia como su sombra, pero que no se atrevia alcanzarla. Despues de cruzar uno ó dos campos de este modo, con un pequeño grupo de personas desconocidas para ella, y que de ninguna manera pertenecian á lo mas selecto de la montería, uno de estos individuos hizo alto al llegar á un portillo, y dijo á su compañero que no tenia noticia de donde se hallaban, sospechando que estaban completamente estraviados. Violeta, que aunque muy esperta en montar á caballo, conocia poco de caza como ciencia, y que confiadamente habia seguido á aquellos hombres como guias, paró ahora su caballo, y mirando alrededor por algun conocido, no vió mas que á Horacio á corta distancia detrás de ella; él se adelantó así que le miró Violeta.

—Mr. Ferrers, dijo; me parece que estamos desgraciadamente estraviados.

—Tambien lo temo, replicó Horacio con su usual y dulce sonrisa, dominada por una sombra de melancolía.

Entretanto los mencionados individuos, despues de un momento de consulta, abrieron el portillo y se deslizaron

uno tras otro, cerrándose violentamente tras ellos. El caballo de Violeta, que estaba cerca, se precipitó con ímpetu. Horacio dirigió á esta una mirada de penosa alarma y otra de aversion á los cazadores, murmurando algunas palabras no muy lisonjeras acerca de la conducta de tales hombres.

—No os altereis, Mr. Ferrers, dijo Violeta; cuando «salgo de mi esfera,» como Sir Geoffrey Morcar se espresaria yendo á caza, no espero atenciones.

—La finura comun debe observarse en todas ocasiones, replicó Horacio.

—Bien; no importan nada esas vulgaridades, dijo Violeta; lo que deseo es que sepamos cuál es el camino que debemos tomar.

Horacio entonces se adelantó hácia un labrador que estaba trabajando en el campo. Le hizo varias preguntas, volviéndose despues donde estaba Violeta.

—Los cazadores se marcharon por allá arriba, dijo; y este hombre añade que es el punto donde casi siempre se pierden de vista. Olvidé cómo nombró aquel lugar; pero su objeto es probablemente Yelverton, aquel monte de la izquierda.

Aquí el hombre empezó á dar voces apuntando hácia la izquierda; y volviéndose Horacio y Violeta en esta direccion divisaron ahora algunas casacas encarnadas en una cumbre distante caminando despacio hácia el mismo monte. Siendo esta circunstancia una recomendacion mas para el consejo del labrador, Horacio y Violeta volvieron sus caballos hácia Yelverton. Habian andado una corta distancia del camino en silencio, cuando Horacio, que sintió que esta era una oportunidad como nunca se le presentaria, resolvió sacar á conversacion el objeto

que tanto le dominaba; pero su agitacion interior casi le embargaba la facultad de hablar. Sin embargo, la esperanza otra vez mas, una débil esperanza, iluminaba su horizonte; una esperanza tan querida para él que le hacia olvidar los pecados que habia cometido, y las dificultades que todavía le aguardaban. Esta esperanza le dió valor para empezar, y le impelió á no perder un tiempo precioso que nunca volveria.

—Miss Mandeville, dijo por último con voz ahogada por la emocion: espero que me creais incapaz de prevalerme de la ocasion de hallarnos solos para deciros cosa que pueda en lo mas mínimo desagradaros; una palabra, sin embargo, habreis de perdonarme. Ha sido el ánsia de mi corazon, y que está pronta á salir de mis lábios desde mi tontería, desde mi locura de la otra noche. Perdonadme mi atrevimiento en un instante de emocion que no pude dominar; perdonadme tambien por algo que es menos escusable todavía, porque tal vez esto os habrá parecido mas deliberado; pero no era dueño de mí mismo cuando fuí culpable. Perdonadme; decíd tan solo que me perdonais. Haré una larga espiacion de mi falta con perpétua ausencia, con la ausencia de toda la vida: dejadme llevar el consuelo de vuestro perdon.

Violeta se volvió hácia él con nobleza y aun dulzura en la espresion de su semblante. Se habia ruborizado ligeramente, pero conservaba la posesion de sí misma en sus modales.

—¿De qué os he de perdonar, Mr. Ferrers? dijo.

—De haberme atrevido á amaros, replicó Horacio bajando los ojos; á vos la prometida esposa de otro, y aun mas por haberme atrevido á haceros la confesion de mi amor.

—¿Es una ofensa tan grande amar, replicó Violeta riéndose, que deba encontrar comunmente un implacable resentimiento? Si hubiérais intentado ganar mi afecto correspondiendo este á otro, seria verdaderamente una afrenta para mí; y con respecto á las espresiones indiscretas de que fuísteis culpable la otra noche, las conceptúo involuntarias. Conocí que vuestros sentimientos estaban irritados. Lo sentí por vos, pues nunca seré tan irracional que traduzca en una ofensa hácia mí palabras proferidas sin deliberacion ó designio. Además para decir la verdad, de que sabeis soy muy especial amante, me censuro á mí misma un poco.....

Horacio levantó la vista con espresion de sorpresa y profundo interés en su semblante.

—Sí, me censuro, continuó Violeta. Bajo el sentimiento de mi recobrada libertad, he manifestado quizá una desenvoltura de modales en mi trato con vos, que en otras circunstancias hubiera reprimido sin esfuerzo alguno. Esto hubiera sido mejor, Ferrers; esto hubiera salvado vuestros sentimientos, y no me hubiera dejado motivo de pesar.

—¿Es cierto lo que decís? dijo Horacio, que se hallaba bajo la incómoda necesidad de fingir que un hecho de que era conocedor, no lo sabia en aquel momento. ¿Hablais de recobrada libertad?

—Sí, replicó Violeta; mi compromiso con San Lorenzo, á que sin duda aludís, ha terminado hace tiempo. Esto, y debo decíroslo de paso, supongo la causa del mal humor de mi tio, del cual fuísteis víctima la noche pasada. San Lorenzo y yo aun abrigamos un respeto mútuo uno por otro; pero hemos llegado ambos al perfecto conocimiento de que, hablando en lenguaje claro,

no estábamos destinados; que no convienen nuestros caractéres. Este compromiso se habia verificado ciertamente en un tiempo en que yo no tenia el conocimiento de mí misma que tengo actualmente, y si la vida de casada era conforme á mis inclinaciones. Y ahora, Mister Ferrers, solamente siento que nuestra pequeña intimidad, que ha sido causa de mucho placer para mí, os haya infligido pesares; y me creo en el caso de pedir vuestro perdon con mayor motivo que habeis pedido el mio. Además, si quereis tomar mi consejo, olvidemos todo lo que ha ocurrido, todo, menos nuestra pasada amistad. ¿Por qué esta no ha de continuar de vuestra parte como de la mia sin degenerar en amor? Sí, sin *degenerar*, lo repito; no os manifesteis indignado de la espresion. ¿No podré abrigar la esperanza de que puede existir una cosa como la amistad entre dos personas no casadas, cordial, desinteresada, duradera amistad, fundada en simpatía de sentimientos y mútuo respeto? Si esta es una quimera de mi propia fantasía, es hermosa á lo menos, y no me apresuro á desvanecerla. ¡Ah, por qué esta misma dulce amistad toma siempre un desgraciado aspecto cuando llega á cierto punto, y de esta suerte á una penosa y súbita conclusion!

—¿A una conclusion? replicó Horacio inquisitivamente; ¿es destruida la amistad porque se añade el amor? ¿No es esto llegar mas bien á su estado mas perfecto?

—No lo conceptúo así, dijo Violeta; me parece que la amistad es siempre destruida por el amor; quizá no lo debiera ser, pero así sucede. Cuando una de las personas ha dejado de amar y no puede volver al amor, entonces la otra se siente quejosa, y ya no juzga la amistad digna de existencia.

—¿Pero cuándo se vuelve al amor? replicó Horacio con ánsia.

—Entonces, hablando francamente, dijo Violeta, no veo que por último sea diferente el resultado.

—Si hay alguna amistad real en el mundo, replicó Horacio con profunda ansiedad, seguramente que es la que debe existir entre los que están unidos en un lazo que ninguno puede separar.

—Así debe suponerse, ó así debe esperarse, respondió Violeta; yo solamente digo que no lo veo así. Despues de algun tiempo, ¿qué observamos? Lo que primero desaparece, es el amor. Y entonces ¿qué queda? ¿Vemos generalmente aquella entusiasta y refinada amistad que forma nuestro verdadero ideal? ¡Oh, nó! Mi esperiencia propia me prueba que, en esta mas íntima, y la que deberia ser la mas querida de las asociaciones, hay la amistad de intereses comunes y de hábitos, y existe cierto afecto resultado de lo mismo; pero compañerismo de la mente, y todo lo que constituye la esencia de lo que yo llamo amistad, ¿cuántas veces la veis?

—¿Es esa, pues, vuestra idea de la vida del matrimonio? replicó Horacio tristemente.

—No es mi *idea*, replicó Violeta; es quizá porque mis propias ideas de lo que debiera ser, de lo que podria ser, son muy diferentes, y por eso yo retrocedo con aversion cuando contemplo el matrimonio.

—¡Con aversion! esclamó Horacio: ¿es cierto eso? Entonces solamente he escapado por cierto de un estado de calamidad para caer en otro. Otra vez me ha abandonado la esperanza para siempre.

—¡Oh, Mr. Ferrers! replicó violeta riéndose. Sois muy

jóven para pensar en casaros, y de cualquier modo seríais muy loco en pensar en mí, estoy segura de ello: haria muy mala esposa, y vos, á lo menos, mereceis una muy amable.

—Decidme lo que puedo hacer, dijo Horacio, y lo que debo omitir; qué posible ó imposible intentaré; qué pruebas necesitais; todo, todo será fácil en tanto que pueda abrigar una esperanza, la débil sombra de una esperanza, de que algun dia no desdeñareis mi amor. ¿Es en mí presuntuoso, no es cierto? pero el amor nos hace obrar con presuncion, aun en el momento en que nos sentimos mas desgraciados.

Violeta se sonrió.

—Voy á seros franca, dijo. Libre como me hallo de poco acá de un compromiso que era una carga para mí, me siento como un pájaro fuera de la jaula que agita sus álas y las estiende otra vez con deleite en el espacioso cielo de su libertad. No estoy al presente inclinada á casarme. Tal vez lo hayais inferido de lo que os he dicho ya. A ser de otra manera, á ninguno preferiria mas que á vos. Me parece que no os amo, porque de otro modo mi teoría dejaria el campo á mi afecto, como sucede con todas las teorías humanas; pero siento por vos lo que espero no se califique de falta de benevolencia cuando se ofrece en retorno del amor; una amistad fundada en estimacion y simpatía. Le llamaria yo afecto de hermana, si hubiera encontrado en el mundo hermanos y hermanas que se amasen con verdad; pero he sido tan desafortunada en este respeto como en los ejemplos que he visto de la vida matrimonial. Así, solo puedo demostrar lo que pasa en mi imaginacion. ¿Rehusais mi oferta porque no es todo lo que deseais?

Horacio levantó los ojos con animacion.

—¡Oh, nó! ¡rehusarla, nó! dijo; la acepto; la atesoro; la miraré como la garantía de lo que puedo todavía esperar en lo futuro.

—Recordad, dijo Violeta, que no sanciono esa esperanza, y creo que seriais mas discreto en abandonarla. No puedo, es claro, contar con mis futuros sentimientos. Solo puedo manifestaros lo que son al presente. Anticiparos su cambio, seria lo mismo que deciros que ya este habia empezado.

Violeta habia manifestado sus verdaderos sentimientos acerca del matrimonio. No habia ideado sus respuestas con el cálculo de herir los sentimientos de Horacio. Por el contrario, deseaba salvarlos, pero no podia ceder con este propósito al artificio y al disimulo. Eran sus genuinos sentimientos. Habia observado la vida de casados del mundo en una variedad comun, y retrocedia, como ella decia, con repugnancia. Tenia, sin embargo, en su mente la vision de dos almas fogosas para ser todo una para otra, porque cada una fuese la reflexion del mas alto ideal de escelencia encerrada en la otra. Violeta acariciaba esta idea en su imaginacion, pero dudaba en su juicio si era posible su realidad; mas Violeta nada sabia del matrimonio cristiano, ni de su sagrada amistad, una amistad basada, nó en los corazones para ser todo uno para otro lo que la imaginacion puede idear, sino en Dios, siendo El todo para ambos. Este es el lazo que une las almas, el encuentro en aquel centro verdadero, alrededor del cual todo nuestro ser voltea, aquel centro que es amor, que es santidad y paz perseverante. Sí, Dios es el solo fundamento de toda amistad que está basada en algo mejor que en la

ilusion. Simpatías, admiracion de cualidades naturales, y el lazo que resulta de comunes y temporales intereses, temores, afectos, ¿qué son? Son una sombra; un sueño, en lo profano; una sombra fuera, una sustancia dentro; un sueño que no tendrá realidad; un error que se desvanecerá cuando el alma despierte en las realidades de lo eterno, y si esta no tiene amor de Dios aquí. ¡Oh terrible pensamiento! Existirá en adelante solamente para aborrecer y ser aborrecida.

Así que concluyó la conversacion arriba referida, Violeta y Horacio llegaron al monte, y por este tiempo ya casi habian olvidado lo que buscaban, á lo menos habian caido en un estado completo de indiferencia sobre el objeto. Las casacas carmesí que habian visto, eran probablemente vagamundos como ellos, porque ninguno aparecia ahora á la vista.

—¿Qué harémos? preguntó Horacio á su compañera.

—No abandonar nuestro propósito desde luego, replicó Violeta, aunque no me importa mucho. Imagino, continuó mirando hácia una cordillera cercana, que aquellos son lo que llaman los Montes de Yelverton; el mar debe estar al otro lado; supongo que si subimos uno de esos collados, sabrémos dónde nos hallamos, y acaso alcancémos á ver los cazadores.

Convino por consiguiente Horacio, y tomaron su camino por lo largo de una senda de cabras que conducia á la falda, y entonces acometieron el mas cercano de los collados. No habian continuado mucho tiempo aquella tortuosa senda, cuando Violeta, mirando la llana faz del monte, dijo:

—No sé por qué vamos por este rodeo, supuesto

que podemos cortar y hallarnos inmediatamente en la cumbre.

—No penseis en ello, replicó Horacio; está demasiado escabroso.

Violeta se sonrió.

—No para mí, dijo alegremente; y antes que Horacio pudiese hacer una observacion, puso su caballo al galope. El caballo, escitado por montar la cuesta pronto, redobló el paso. Cualquiera que haya intentado subir á pié ó á caballo una de aquellas suaves cuestas, vestidas de una invariable capa de yerba corta, se admiraria de la engañosa apariencia que presentan. Sea por su peculiar forma, y la ausencia de toda irregularidad en la superficie, ó por cualquiera otra causa, estas verdes montañas, que parecen tan suaves y llanas y que invitan á escalarlas, son por lo regular mucho mas escabrosas de lo que parecen; y la escabrosidad llega á ser tan intensa, que pronto se halla el viajero comprometido en una rampa, que el seguir ó retroceder es igualmente penoso. Pronto lo conoció Violeta; sin embargo, no habia lugar á la retirada; hubiera sido imposible para ella detener su caballo en aquella pendiente, y muy peligroso intentarlo, porque de haberlo conseguido hubiera sido segura su caida. Además, la silla de su caballo comenzaba á rodar poco á poco, mientras que el fogoso animal, en un estado de penosa ansiedad, trepaba afanosamente por la montaña. Horacio al principio cobró esperanzas de que ella pudiese detenerle antes de llegar al paraje mas escarpado, y por otra parte no queria seguirla demasiado cerca, por temor de que el sonido de su caballo hiciese al de ella menos manejable; pero percibiendo pronto que esto estaba fuera de

cuestion, y el inminente peligro en que se hallaba comprometida, soltó riendas á su caballo, y la alcanzó en el momento en que el de Violeta, habiendo conseguido escalar el monte, coceaba por sentir que rodaba la silla.

Violeta era activa, y dotada de valor y presencia de ánimo, y hubiera probablemente conseguido echar pié á tierra cuando llegó á la cima de la montaña, á no ser porque sus piés estaban enredados en su cenagoso vestido, que el viento habia tejido entre ellos. De este modo fué incapaz de desasirse con suficiente rapidez: entretanto la silla volteando mas á cada momento, el poder saltar del caballo, se hizo tambien cada vez mas imposible. Horacio, que logró alcanzarla, rápidamente saltó en tierra; con un brazo detuvo su caida, que era ahora inminente; entretanto que con la otra mano cogió las riendas del caballo para detenerle. Violeta, con el auxilio de Horacio, pudo desmontar con seguridad.

—Gracias á Dios, dijo Horacio, no os habeis hecho daño!

—Sucedió esto con tal rapidez, que apenas he tenido tiempo de amedrentarme, respondió Violeta; pero ciertamente, Mr. Ferrers, que os soy en gran manera deudora; me habeis salvado de una peligrosa caida.

Puede imaginarse que Horacio no estaria afligido, cuando la alarma habia pasado, de haber tenido la oportunidad de prestar este servicio. Volvió á ordenar y asegurar la silla del caballo de Violeta; y en el secreto deleite con que su mente estaba ocupada, completamente olvidó su propio caballo, que se habia aprovechado de la ventaja de su libertad para huir al galope.

—¡Vuestro caballo! esclamó Violeta, que de improviso se apercibió del hecho.

—Sí, mi caballo se ha escapado, dijo Horacio levantando la vista y riéndose. Iré tras él ahora; pero primero dejadme ayudaros á montar. Pronto se hizo esto; y Horacio, sintiéndose rico con su pérdida y dichoso en su temporal contratiempo, dirigió el caballo de Violeta por la tortuosa senda de cabras que ella anteriormente habia desdeñado. Bien podia Violeta hacer esto sin la asistencia de Horacio; pero era dulce para este aparecer que cuidaba de ella; ¿y podia Violeta rehusar su ayuda, deudora como le era de la seguridad?

El dia estaba bueno y en calma, casi caluroso para personas en quienes la sangre circulaba con el ejercicio. El mar, visto desde esta elevacion, aparecia como un llano espejo bajo los piés; y no se percibia un sonido, como no fuese el agradable rural repique del cencerro de la oveja. Horacio y Violeta parecian tener el sentimiento de que ellos dos estaban solos en el mundo.

—¡Qué bello está el mar! dijo Violeta; ¡y qué cerca de nosotros! Me parece que de un brinco puedo saltar dentro de él.

—No hagais la prueba, replicó Horacio riéndose; mas yo tendré cuidado de evitar vuestra huida esta vez; y tendré por estas riendas hasta que hayamos llegado á tierra llana.

—Vos desconfiais de la exactitud de mis ojos, respondió Violeta; y á la verdad teneis razon, despues de mi estúpido error respecto de este monte. ¿Quién habia de creerle tan escarpado? Me admiro del lugar donde nos hallamos, y me admira tambien lo ocurrido con vuestro caballo.

—Allí hay un camino, replicó Horacio, y me parece

que un poste. Tenia razon. No pasara mucho tiempo antes que le alcanzaran y leyeran:

A Wanford; á Yelverton.

—Tenemos buen camino para casa, segun sospecho, dijo Violeta; además, Yelverton es nuestra ruta; pero como vuestro caballo no tiene la ventaja de saber leer, temo que haya tomado algun otro camino.

—Tambien tiene la ventaja de estar dispensado de tal conocimiento, replicó Horacio; y no pongo en duda que sabe el camino de Monte San Lorenzo mejor que nosotros. Tal vez le alcancemos pronto. Es probable que alguno le haya cogido. Veo humear á alguna distancia, indudablemente en el pueblo de Yelverton, y es posible que tengamos allí noticia de su paradero.

—Me aflige veros precisado á andar, observó Violeta.

—¿Cierto? replicó Horacio mirándola de hito en hito; si yo supiera que la dilacion no os era cansada, me regocijaria de cualquiera cosa que la prolongase.

—Tal vez no cogerémos el caballo, respondió Violeta; y temo que tengais que andar mucho tiempo, y que os canseis demasiado.

—Nó, aunque anduviera la redondez del mundo, replicó Horacio con animacion.

Los cumplimientos comunes, cuando son proferidos con calor, siempre suenan bien á la persona á quien se dirigen. No nos quejamos de ellos por no tener nada particularmente nuevo ó chocante; aun mas; algo en la manera de decirlos, parece darles una frescura y novedad, y comunicarles un peculiar significado. Por este estilo siguió la conversacion. ¿Y cuál era el provecho de Violeta en haber desairado á Horacio? ¿Cuál era el sig-

nificado del desaire? Todo caminaba como antes, ó tal vez peor; porque ahora Horacio se tomaba la libertad de aludir claramente á su afecto. Además, todo cuanto hacia y decia participaba de este mismo afecto. No separaba la mano de las riendas, aunque la necesidad de ello ya no existia. Continuó sosteniéndolas y acariciando de cuando en cuando la sedosa crin de Mirza, que con arqueado cuello y oreja malignamente retirada hácia atrás, parecia corresponder ingratamente á la atencion.

Y así caminaron estas dos personas, ocupando una hácia la otra una posicion difícil de caracterizar, y que además no podia justificarse. Momentos son estos que parecen todos dulzura, pero que son de hecho todos pecado.

No estaban tales momentos destinados á durar mucho. Mirza aguzó las orejas; habia oido un sonido de ruedas y caballos tras de sí.

—Una diligencia, me parece, dijo Horacio al tiempo en que dirigia el caballo de Violeta á un lado del camino: esperarémos que pase, continuó Horacio; el camino es aquí algo mas ancho que mas adelante.

Pronto el vehículo los alcanzó. No era una diligencia, sino un carruaje tirado por cuatro caballos de posta que venia á paso rápido. Al tiempo de pasar junto á Horacio y Violeta, se vió la cabeza de Lord Staplemore asomar por la ventanilla, y despues la mitad de su cuerpo. Tenia en una mano un periódico, y en la otra un hueso de polluelo, habiéndose ocupado al parecer en la reparacion del cuerpo y de la mente á un mismo tiempo. Su faz estaba colorada, y daba fuertes voces al postillon para que se detuviera. El carruaje, sin embargo, no

pudo parar hasta que habia pasado á Violeta unos veinte pasos. Entretanto esta cambió una desconsoladora mirada con Horacio, llena de significado, al mismo tiempo que no se dió prisa á obtener una entrevista que todo lo prometia menos la cualidad de agradable. Sin embargo, no podia evadirse, y por eso siguió adelante, aunque despacio. En este momento Lord Staplemore llamó á su lacayo, que ocupaba la trasera, á quien mandó bajar el estribo.

Asi que Violeta se acercó con paso tardo, caminando Horacio al otro lado del caballo, é ignorando Lord Staplemore su presencia, porque aun no le habia visto, se dirigió á Violeta.

—Miss Mandeville, tendrás la bondad de apearte y entrar en el carruaje. Mr. Allenby te ayudará, añadió dirigiéndose á un hombre delgado vestido de negro, de raquítica complexion y todo boca, á quien Violeta reconoció por el agente de negocios de su tio, y que intentaba con el aire mas obsequioso hacer su salida del carruaje.

—Gracias, replicó Violeta; no lo deseo; no estoy cansada en lo mas mínimo, y prefiero montar á caballo.

—No te pregunto si lo prefieres, respondió Lord Staplemore subiendo de punto su color colorado; te significo lo que yo prefiero. Mr. Allenby, ¿me oís? Salid.

El hombre de negro hacia otro esfuerzo para descender.

—Como gusteis, señor, pero juzgué que Miss Mandeville.....

—Lo que yo deseo, Mr. Allenby, repitió su señoría,

es que reserveis vuestros juicios para vuestros asuntos. Violeta, ¿me has oido?

—Os he oido, respondió Violeta, á quien tambien se le habian subido los colores al rostro con el sentimiento de su dignidad ultrajada, pero que deseaba en cuanto le fuera posible reprimirse, conociendo que su tio era capaz de decir cualquiera cosa cuando se consideraba ofendido.

Os he oido decir que desearíais que volviese con vos en el carruaje. Y yo lo siento, porque debo rehusarlo. No me agrada un carruaje cerrado, y mi vestido no está á propósito para entrar en él.

—No pensé ni un momento en lo que pudiera agradarte, replicó Lord Staplemore. Estás sola, Miss Mandeville, á caballo sola. No puedo permitir tal impropiedad. Ten la bondad de apearte desde luego, y de no hacerme esperar.

Violeta no pudo reprimir ya su resentimiento. Habia sido insultada, é insultada delante de los criados y un estraño; y sentia que Horacio hubiera sido tambien injuriado por su causa. Con la generosidad de espíritu que le era natural, el insulto hácia Horacio fué mucho primero notado y sentido que el suyo propio.

—Lord Staplemore, replicó ella mirándole con una altivez mas digna, pero no menos indomable que la de su tio, no estoy sola, Mr. Ferrers está conmigo.

—Mr. Ferrers no es un conocimiento mio, replicó Lord Staplemore con fiereza; y si quieres evitar desagradables observaciones, que me veré obligado á hacer, mucho mejor seria que hicieras lo que te mando.

Violeta replicó con gravedad:

—Cualquiera que sea lo que tengais que decirme, no es esta la ocasion oportuna, y debo eludir toda otra discusion ulterior.

Al decir esto, é inclinando friamente la cabeza, se volvió hácia Horacio para decirle algunas palabras acerca de su deseo de seguir adelante, y se preparaba á poner su intencion en práctica.

—¡Tomás! dijo con voz de trueno Lord Staplemore al lacayo; detened el caballo de Miss Mandeville, y ayudadla á apearse.

El lacayo avanzó con indeciso paso, pero se paró al encontrar la altiva y orgullosa mirada con que Violeta silenciosamente se lo prohibió.

—Mr. Ferrers, dijo ella entonces volviéndose á Horacio, ¿quereis ayudarme á echar pié á tierra? No puedo entrar en una contienda de esta especie.

Horacio en efecto la ayudó á descender del caballo. Entonces Violeta le dió la mano, y le dijo distintamente, de tal modo que los otros pudieran oirlo:

—Mr. Ferrers, debo disculparme á vuestros ojos en nombre de uno que en estos momentos es demasiado poco para conocer la aspereza con que habeis sido tratado.

—Creedme, replicó Horacio con aquella suave dignidad que tan graciosamente le sentaba, como todo cuanto hacia. Si la edad de Lord Staplemore no le habilitara para proceder de cualquiera manera que guste hácia mí con iniquidad, me parece conocer bastante bien mi deber para no entrar ante vos ó cualquiera otra dama en contienda sobre personales injurias. Adios.

Violeta le devolvió cordialmente el apreton de mano; y Lord Staplemore, mas irritado que nunca, aunque no

habia comprendido el lleno propósito de las palabras, otra vez volvió á tronar hácia el desgraciado Tomás, que aparecia mas disgustado que ninguno otro miembro de la partida.

—Ayudad á Miss Mandeville á entrar en el carruaje, y llevad su caballo á casa, dijo al criado.

Horacio continuaba con el caballo cogido por el freno, y miraba á Violeta en busca de alguna insinuacion. Violeta le comprendió. Horacio no queria resignar el encargo de Mirza al mandato de Lord Staplemore.

—Gracias, Mr. Ferrers, dijo Violeta volviendo atrás la cabeza asi que se preparaba á entrar en el coche; podeis dar mi caballo á Tomás; y confio en que hallareis pronto el vuestro que habeis perdido en mi servicio.

Violeta habia tomado grave y friamente su lugar en el carruaje; el estribo habia sido levantado, cerrada la puerta, y el vehículo se habia puesto otra vez en movimiento. Habiendo Lord Staplemore conseguido su objeto, y considerando probablemente la presencia de Mr. Allenby, creyó mas oportuno aplazar lo que tenia que decir para una ocasion privada. Quizá habiendo agotado su enojo al presente, no le afligia algun tiempo de respiro y de dilacion; quizá el silencio altivo de Violeta le imponia algun respeto. De cualquiera manera que fuese, se ocupó en arrojar por la ventana el resto de los huesos de pollo, hecho lo cual y corrida otra vez la vidriera, empezó á ojear el periódico en busca de algo; lo que podria ser es difícil decirlo, toda vez que se fijó por último en los anuncios de pomada de oso y aceite de macassar, que, considerando su irreparable calvicie, no podian interesarle mucho. Toda la atencion

de Mr. Allenby parecia ocupada en esprimir su humildad en cuanto le era posible, y en idear qué servicios activos ó pasivos podia prestar. Al presente, observando, segun su juicio, que Violeta sufria á causa del calor del carruaje, empezó á sonreir blanda é involuntariamente moviendo á los lados la cabeza, intentando encontrar los ojos de Violeta, entretanto que llevaba la mano hácia la ventanilla, comenzando la operacion de abrirla; y despues, como si se arrepintiera de la audacia del procedimiento de semejante medida sin permiso, la volvia á cerrar otra vez prontamente.

Violeta, llena de los mas amargos sentimientos y la rebelion de su altivo espíritu, no habia mirado una sola vez al pequeño procurador desde su entrada en el carruaje, y era por cierto tan solo sabedora de su presencia como un item adicional en el catálogo de sus mortificaciones. Por eso los obsequios de Mr. Allenby pasaban completamente desapercibidos.

—Voto vá la ventana, Mr. Allenby; ¿qué teneis que hacer con ella? ¿No podeis dejarla quieta? dijo Lord Staplemore por último muy agriamente.

—Os pido perdon, señor, os pido perdon de veras; pero creí que Miss Mandeville, habiendo espresado que no le agradaba un carruaje cerrado, podria sufrir alguna molestia.

—Violeta, dijo su tio, ¿no puedes decir á Mr. Allenby si quieres la ventanilla abierta ó cerrada?

—Estoy muy agradecida de Mr. Allenby, replicó Violeta friamente, haciendo á este una ligera inclinacion en reconocimiento de sus obsequiosos esfuerzos; y despues, concluyendo su diálogo con Lord Staplemore, añadió:

—No tengo mas que un deseo, y es concluir la jornada en silencio.

Lord Staplemore no dió respuesta; empezó otra vez á ojear el periódico, hasta que sus ojos, si no su atencion, se fijaron por último en los anuncios de navegaciones; el resto del viaje pasó sin una palabra mas de parte de ninguno.

—No tengo mas que un deseo, y es concluir la jornada en silencio.

Lord Staplemore no dió respuesta; empezó otra vez á ojear el periódico, hasta que sus ojos, si no su atencion, se fijaron por último en los anuncios de navegaciones; el resto del viaje pasó sin una palabra mas de parte de ninguno.

CAPITULO IX.

Tan pronto como se bajó el estribo, y Violeta habia escapado de su prision, no se detuvo á la puerta un momento. Sin mirar atrás siguió el camino de su departamento. Lord Staplemore al parecer, no tenia gran prisa de una esplicacion con su sobrina, prefiriendo interrogar á los otros, con quienes podia reñir con mas facilidad. Habiendo por tanto continuado directamente á su estudio, envió por cada cual de sus hijas sucesivamente.

Catalina, aterrada hasta casi perder los sentidos, declaró, como era cierto, que nunca habia oido una palabra del rompimiento del compromiso hasta la noche del baile, en que Violeta habia rehusado llevar las joyas que le habia regalado San Lorenzo; y declaró además, como no era cierto, que nunca habia observado mediase cariño entre Violeta y Horacio. Cierto que Catalina no habia dado á esto mucha importancia; pero era falso el aserto de que no lo habia notado, toda vez que su atencion habia sido llamada sobre el punto por los dichos de otros. Sin embargo, habia juzgado mejor y mas seguro para sí y mas benévolo para Violeta, porque Catalina no era maliciosa voluntariamente, no saber ni

haber visto nada, aun á riesgo de ser calificada de tonta; estimacion que en resúmen hacia mucho tiempo le daba su padre, hasta el punto de aparecer conforme con semejante dictado. El resultado fué el que podia esperarse.

—¡Eres un asno, Catalina! dijo Lord Staplemore; siempre lo fuiste y lo serás siempre.

—¿Puedo irme ya? dijo Catalina casi gritando nerviosamente.

—Sí, vete, replicó el padre, pero no por ahí. No quiero que os pongais de acuerdo para urdir un cuento. Se ha tramado un complót, y yo llegaré hasta el fondo de él. Ten la bondad de entrar en ese cuarto por ahora.

Y Lord Staplemore apuntó al inmediato aposento, que no tenia salida mas que por su estudio.

Catalina obedeció en silencio. Lord Staplemore se levantó y cerró la puerta tras ella; entonces tiró de la campanilla, volvió á tomar su asiento, y cuando se presentó el criado, envió por Lady Bárbara.

De Bárbara no obtuvo muchos mas informes que de Catalina. Habia sin embargo la diferencia de que cuando era interrogada acerca de Horacio, prontamente decia que sospechaba que él fuese la causa del cambio de Violeta, y que desearia verle lejos de la casa, deseo que abrigaba hacia mucho tiempo.

—Y dime, ¿por qué me has tenido sin saber nada? preguntó su padre.

—Ese no era asunto mio, replicó Bárbara; y por otra parte no me agrada ser el espía de nadie.

—Tú siempre tienes unas respuestas muy descaradas, replicó Lord Staplemore.

Leed la carta, replicó el padre

S. Sanchez. Rubio Editor Madrid

—¿Habeis concluido? preguntó Bárbara pacíficamente, y preparándose á dejar el cuarto.

Lord Staplemore otra vez agitó su mano con autoridad hácia el aposento interior.

—Haz el favor de esperar allí hasta que haya hablado á tus hermanas.

Catalina murmuró algo para sí, pero sin atreverse á una manifestacion clara, fué á juntarse con Catalina en el cuarto inmediato.

Mandó ahora comparecer á Emilia. Lady Emilia habia salido á paseo hacia una hora.

—Lady Georgiana.....—No habia dejado su cuarto aquella mañana: Cooper creia que estaba con dolor de muelas.

Compareció ahora Ester, la única que obedeció á la cita sin repugnancia y estando preparada para ella. Poseyendo perfecta frialdad y señora de su semblante, se presentó con aire de indiferencia y de completa ignorancia del objeto por que se requeria su presencia, lo cual era suficiente para desarmar toda sospecha, si alguna sobre ella recayera.

—Ester, dijo su padre, se trata de un asunto de importancia. Supongo que, como las demás, habrás oido de él, y del cual yo soy el último en ser informado.

—¿Qué es ello? replicó la hija; espero que no será nada desagradable.

Lord Staplemore la miró con escrutadora mirada, y continuó:

—He sabido por San Lorenzo esta mañana.....

—Espero que no esté enfermo, dijo Ester.

—Lee la carta, replicó el padre.

Ester leyó sin mudar el semblante, y dijo:

—No me sorprende.

—Entonces estabas ignorante del hecho, dijo Lord Staplemore; Catalina y Bárbara lo sabian.

—Rara vez ellas me favorecen con su confianza, replicó Ester.

—Pero dices que no te sorprende.

Ester se sonrió sin dar respuesta.

—Habla, dijo Lord Staplemore. No quiero que se juegue en el asunto. ¿Por qué no te sorprende? Necesito una respuesta directa.

—Porque cuando veo, dijo Ester, un sitio tan violentamente puesto al corazon por persona tan amable y de tanto talento como Mr. Ferrers, conociendo como conozco la naturaleza incauta é imprudente de Violeta, no puedo sentir ni esperar admiracion alguna en el asunto. Los amantes que pasan de los cuarenta, tienen que dejar su lugar para los que naturalmente se hacen mas agradables. Yo, á la verdad, no puedo censurar mucho á Violeta, pues aunque el amor viene gradualmente, sobre todo está la oportunidad.

—No necesito una disertacion sobre el amor, dijo Lord Staplemore interrumpiéndola impacientemente. ¿Por qué no he sido informado de lo que pasaba? ¿Y quién trajo ese aventurero á Monte San Lorenzo? ¡Oh! me acuerdo, ha sido Emilio.....

—No es aventurero, replicó Ester, sino un jóven de una buena familia del pais, tal vez no muy rico, pero sin embargo no tan pobre, ni menos aventurero. Viajó con Emilio, y ya recordareis que este os pidió permiso para brindarle por unos dias.....

—Sí, pero no para venir á vivir con nosotros y pretender el amor de mi sobrina. ¿Por qué ha estado aquí

casi un mes? Emilio tiene la culpa. Yo nunca soy consultado. Todos haceis lo que os place, y á mí se me trata como un cero.

Ester estaba bien acostumbrada á oir esta queja, y por tanto no la conmovió mucho; pero ansiaba alejar la culpa de su hermano.

—A la verdad, papá, replicó ella, que no tiene la culpa Emilio de que se haya estado tanto tiempo. Si solamente hubiera permanecido unos dias, estoy segura de que no habria venido ningun daño de la visita, y se hubiera marchado ya hace tres semanas, en tiempo en que lo hicísteis vos, pero.....

—¿Pero qué? preguntó su padre ansiosamente, viéndola dudar.

La duda era afectada, porque Ester sabia bien lo que iba á decir, y estaba por cierto tan ansiosa de hablar como su padre lo estaba de oir.

—En resúmen, se le apremió á quedarse, replicó Ester.

—¿Y quién se tomó esa libertad?

—Ya que se me obliga á confesarlo, continuó Ester, ha sido Violeta. Yo la oí decirle que tomaria muy á mal el que no condescendiese á quedarse hasta despues del baile, ó algo por este estilo. Pero por cierto que Violeta merece disculpa. No tenia pareja á propósito; ninguno habia que pudiera representar tan bien el carácter de Lord Darnley; y bien sabeis que él tenia un aspecto brillante.

—¡Mal haya tales mujeres! esclamó Lord Staplemore; ¡qué locas! ¿Dónde está Emilio? Quiero verle.

—¡Ah! desgraciadamente Emilio no vuelve á casa hoy, replicó Ester; á lo menos eso es lo que tengo en-

tendido. No estoy segura; pero me parece haberle oido decir que despues de la correría pensaba ir á Portmore. Esto depende del punto donde se halle al concluir el dia. Pero á la verdad, papá, no creo que Emilio pueda decirnos otra cosa. Sé que hay poca confianza entre él y Violeta.

—Nó, eso es verdad, replicó Lord Staplemore reflexionando; probablemente nó. ¿Poca cordialidad querrás decir? Sin embargo, quisiera preguntarle.

—Mañana, sugirió Ester.

—Mañana debo dejar este lugar. Nada habia mas que este desagradable asunto que me detuviera hoy aquí; y por otra parte no puedo volver hasta principios de la semana que viene.

Ester sabia esto perfectamente.

—Y dime: ¿dónde está ahora ese descarado vagamundo? dijo Lord Staplemore despues de una corta pausa.

—¿Mr. Ferrers? dijo Ester. ¡Oh! está á bordo del Peri, segun creo.

—Jorge es seguro que patrocinará cualquiera cosa que á mí me desagrade, replicó su padre. ¿Y cuál puede ser su objeto en andar por ahí? ¿Supongo que sabrá que las puertas de esta casa están cerradas para él?

—Asi lo creo, replicó Ester; pero Mr. Ferrers es lo que Jorge llamaria una mano ligera, y supongo que no querrá desperdiciar cualquier probabilidad que pueda en su concepto quedarle.

—¿Y cuál juzgas que puede ser la esperanza que quede á ese miserable? preguntó Lord Staplemore.

—No lo sé con seguridad, replicó Ester; tal vez crea que si puede ver á Violeta, llegue á persuadirla á que se largue con él.

El color montó el rostro de Lord Staplemore hasta el punto que todas las venas parecian próximas á reventar, y al parecer estaba demasiado herido de indignacion para hallar palabras con que espresarla, y aun halladas estas, sin capacidad física de pronunciarlas.

Ester procedió inmediatamente á esplicar lo que habia dicho.

—Pero no creais, papá, que quiero decir que Violeta lo haria. ¡Oh! nó; estoy segura de que nó. Solamente puedo asegurar que ella estaba evidentemente complacida de la admiracion de Mr. Ferrers, y por eso tal vez él lo espere. Pero Jorge se marcha de aquí á dos ó tres dias, y entonces, bien conoceis que no tiene pretesto para quedarse ese jóven en la vecindad. Violeta estoy cierta de que le olvidará pronto si no le vé; y entonces regresará San Lorenzo y todo se arreglará.

Lord Staplemore gruñó y parecia algo mas calmado. Tal vez reflexionaba sobre la última observacion de Ester.

Entretanto esta echó otra mirada á la carta de San Lorenzo, que aun permanecia en su mano.

—¿Habeis observado la fecha de esta carta, papá? preguntó ella por último, despues de haber examinado cuidadosamente algunas palabras borradas al fin de la página; apenas puedo leer esto, pero si no me engaño, la carta está datada de hace unas tres semanas.

Lord Staplemore cogió la carta y dirigió su atencion al sobre en busca de la marca del correo. El penoso interés de Lord Staplemore acerca del contenido, le distrajera completamente de esta sospechosa circunstancia.

—Ya sabia yo que habia un complót, esclamó con el

semblante tomando de nuevo un furioso carmesí; lo he conocido y sabré sondearle hasta el fondo.

Al decir esto tiró desesperadamente del cordon de la campanilla. Cooper respondió á este llamamiento.

—¿Ha llegado alguna carta para mí por el correo de ayer por la mañana?

Cooper reflexionó un momento y respondió con una dudosa negativa.

—¿Ha llegado alguna carta para mí, responded? repitió Lord Staplemore.

—No puedo decir, replicó Cooper; habia dos ó tres cartas en la estafeta, pero no he puesto particular atencion en los sobres.

—¿Conoceis la letra de Lord San Lorenzo?

—Sí, señor.

—¿Ha llegado alguna carta suya para mí durante mi ausencia?

Cooper se paró á reflexionar; y Lord Staplemore, que sospechaba de todos, le miró con aire de caer sobre él al primer síntoma de criminalidad que revelase. Cooper, acostumbrado á ver á su amo irritado, no se conmovió; y despues de la debida meditacion, contestó que habia llegado una carta de Lord San Lorenzo, pero que creia sucediera esto hacia algun tiempo, no mucho despues de dejar Lord Staplemore á Monte San Lorenzo.

—¿Y qué hicísteis con esa carta? preguntó Lord Staplemore ansiosamente.

—Lady María dirige á vuestra señoría las cartas, respondió Cooper; yo las dejo en la mesita que hay en el esterior de su cuarto, y Mistress Green las introduce á la señorita.

—Muy bien, muy bien, dijo Lord Staplemore; retírate, y.....

Aquí Ester, viendo que iba á mandar comparecer á Green, le cogió por el brazo y le dijo al oido que antes tenia algo que decirle.

Lord Staplemore, con quien Ester se habia propiciado por su reciente descubrimiento, convino, aunque no de muy buena voluntad, en un cambio de propósito.

—¿No os parece, papá, dijo tan pronto como Cooper se habia retirado, que seria mejor no hablar á todos los criados dando demasiada importancia á este negocio? Veamos primero si hay algun medio de descubrimiento sin tan enojosa circunstancia: Green es una antigua criada, y no tiene otro pensamiento que hacer lo que María le manda, y marchar por esta senda sin reflexionar en lo que hace, y así no hay razon para sospechar de ella.

Lord Staplemore gruñó otra vez.

—Que alguien estravió la carta, es una cosa clara, observó.

—Sí, es muy claro, replicó Ester; ¿pero de quién podia ser el interés de tal accion? ¿Qué habrian ganado Cooper ó Green con esto? ¿Qué ganaria María, teniendo como tiene tanto afecto á San Lorenzo?

—No sospecho de María, replicó el padre.

—Bien; ¿pero de quién sospechais, ó de quién podeis sospechar razonablemente? preguntó la hija; no sé que á nadie aproveche la dilacion, escepto á Violeta, y supongo, añadió riéndose, que no sospechais de ella.

Lord Staplemore otra vez dejó caer con fuerza su puño sobre la mesa.

—¡Es Violeta! esclamó.

—¡Oh, papá! dijo Ester. Oh, nó; estoy segura de que Violeta no hizo semejante cosa. Os ruegó que no abrigueis esa idea.

—O Violeta ó ese pícaro de Ferrers, repitió su padre. Fué un artificio para prolongar aquí su estancia.

—Pero, mi querido papá, dijo Ester con voz lisonjera, ¿cómo es posible que Mr. Ferrers supiese nada acerca de la carta, á menos de estar en connivencia con Violeta desde el principio, lo cual es improbable?

—No me llames vuestro querido papá, replicó Lord Staplemore con impaciencia. No soy querido de nadie; todos me engañan y me venden, y todos estais prontos á justificaros unos á otros y á ligaros contra mí. Violeta me ha engañado, pero no lo logrará otra vez; ahora estaré muy sobre aviso.

Ester le dejó hablar sin replicarle. Por último, llegando á calmarse un poco, miró á Ester y le dijo en tono mas pacífico:

—Ester, puedes retirarte y decir á María que venga.

La confianza de Lord Staplemore en María no era infundada. Abrigando hácia él no menos repugnancia que el resto de la familia, repugnancia quizá mas profunda, toda vez que era fundada en la memoria de la cruel manera con que habia sacrificado su felicidad; sin embargo, María le pagaba una obediencia sin vacilar y sin estraviarse un punto. Nunca intentaba engañarle; nada tampoco le pedia ni esperaba de él. Ella alimentaba en su corazon, es cierto, una aversion fria y amarga; mas cedia siempre con la desamorada y profunda sumision con que el Mahometano se inclina ante su suerte. Y de este modo, Lord Staplemore confiaba de ella. El habia dado al olvido hacia mucho tiempo, aunque no

María, el perjuicio que á esta habia causado. Acorde con sus ideas, sus hijos eran su propiedad, sus esclavos; y como ellos, en la opinion de este padre, no tenian otras reclamaciones mas que la de proteccion y subsistencia, así tampoco podia concebir la posibilidad de incurrir en el resentimiento de sus hijos por no reconocer su libre albedrío, llegado el caso de una eleccion que habria de decidir de su personal felicidad. Lord Staplemore no amaba á su hija; no tenia consideraciones hácia ella ni la trataba con ternura. Verdaderamente que si la hubiera amado, la frialdad de la hija hácia el padre hubiera repelido el afecto de este; sin embargo, confiaba de ella, y cuando se presentaba la ocasion, recibia pruebas de esta confianza, que María nunca dejaba burlada.

Algunas preguntas fueron hechas y contestadas durante la comparecencia de María. Esta nada habia oido del rompimiento del compromiso, pero á la manera de Ester, no se sorprendió. Hacia mucho tiempo que notara la deferencia de Violeta por San Lorenzo, y hasta una vez se lo habia hecho conocer á este. Habia dirigido á su padre una carta del mismo San Lorenzo el dia anterior; no habia advertido la fecha; era la única carta de él que dirigia á su padre despues de la ausencia. Esta fué la suma de informes que María dió seca y friamente.

Lord Staplemore quedó por un momento en silencio; despues movió la cabeza con aire de autoridad y dijo:

—Yo soy el tio y tutor de Violeta, y como tal tengo el imprescindible deber y el indisputable derecho de ejercer sobre ella una justa autoridad, y el momento ha llegado. Violeta anduvo omisa tanto en prudencia como en el respeto que debe á mi persona. Ha sido

además culpable en haber estraviado una carta para llevar á cabo sus designios; ha sido insolente y atrevida. El indigno objeto de su afecto, á quien los intereses de mi hijo, quiero decir, su felicidad, ha sido sacrificada, aun vaga por la vecindad. Su propósito es claro, y su éxito muy posible, si no tomo las debidas precauciones. Por tanto, mis órdenes son que Violeta estará confinada á su cuarto durante mi ausencia, sin comunicarse con la familia y sin recibir carta alguna. Escribiré á San Lorenzo diciéndole que regrese inmediatamente. Tambien yo estaré de vuelta el martes próximo, dia en que mas detenidamente me ocuparé de este negocio. ¿Me entiendes, María? Confio en ti para la ejecucion de mis planes.

María oyó hasta el fin de este discurso, y entonces se atrevió á hablar.

—Si esperais, dijo, variar el propósito de Violeta por pisar su orgullo, os encontrareis grandemente equivocado.

—¡Ah! replicó Lord Staplemore, ¿lo crees así? Entonces habré de hacerla conocer, que aunque es orgullosa, ese orgullo debe inclinarse ante mi voluntad. ¿No soy yo señor en mi propia casa? ¿Es ella mi pupila, ó soy yo su esclavo?

—Podeis, es cierto, cerrarla en su cuarto, si os place, replicó la hija; podeis por algun tiempo intervenir en su libertad y acciones, pero la voluntad del hombre y de la mujer está fuera del alcance de la fuerza; olvidais además que á Violeta no le faltan mas que tres meses para cumplir los veinte y un años.

—Pero necesita esos tres meses, replicó Lord Staplemore, y durante esos tres meses soy responsable de su

conducta, y tengo la facultad de hacerme obedecer.—Entonces, viendo que María iba replicar, añadió: lo he determinado, y todos los argumentos son inútiles.

María conocia esto bastante bien. Así que, se levantó para partir.

—Es un desagradable oficio del que me encargais, dijo, y tal, que me coloca á los ojos de Violeta con el carácter de un carcelero.

—No eres mas que mi agente, replicó Lord Staplemore. No pongo reparo en soportar todo su odio y que completamente lo eches sobre mí. Pero si Violeta se queja del indigno trato que le doy, pregúntale cómo puede quejarse cuando ha hecho una cosa capaz de degradarla, tal cual es el haber interceptado una carta de su tio. Sí, pregúntale esto.

—No puedo acusarla de una accion tan baja, replicó María; tiene defectos, pero es incapaz de un hecho semejante.

—Bien; verémos; déjame ahora, replicó Lord Staplemore.

María obedeció, y fué al aposento de Violeta para cumplir su comision desagradable.

El cuarto de Violeta, como hemos visto ya, estaba en el interior del de María. Los dos cuartos tenian tambien otro pequeño hácia la parte esterior, que servia á Violeta de lugar de descanso. Esta porcion de cuartos se abrian hácia un pasillo cerrado con su puerta, que los hacia independientes del resto de la casa, y habian pertenecido á la primera mujer de Lord Staplemore durante la vida del padre de este, y se comunicaban, como se ha observado, por medio de algunos pasos de escalera con un conservatorio que se abria hácia un de-

partamento mas bajo del edificio. Este cuarto estaba ahora desatendido, y tenia solamente el uso de una biblioteca, donde muchos volúmenes duplicados, libros de pergamino antiguos, y otros rara vez usados, pero que debian hallar un lugar oportuno en otra parte, estaban allí en desórden. Habia sido dedicado en lo antiguo á cuarto de estudio de Lord Staplemore, entonces Lord San Lorenzo, pero ya hacia mucho tiempo que estaba consignado á su estado presente de polvoriento y olvidado.

Cuando María entró en el aposento de Violeta la halló ocupada en escribir. Se habia despojado de su vestido y estaba sentada sin otro atavío que una bata. El refulgente color de la mañana habia desaparecido de sus mejillas y dejado una cosa desusada en ellas, casi no tenian color. Su pelo, que generalmente caia en ricos bucles sobre la cara, desordenado y sin rizos por el viento, habia sido, en parte por este motivo, y en parte por la comodidad que tal acto produce, retirado hácia tras de la frente, y se habia mezclado con la densa trenza en que el resto de sus cabellos estaban tejidos. La perfeccion de sus cinceladas facciones eran mucho mas notables por la sencillez de su atavío. Habia en ellas una belleza severa que recordaba una de las estátuas Griegas, sentada como se hallaba apoyando la cabeza en su mano. No habia sentido la entrada de María, y esta permaneció un segundo contemplándola. Habia señales de lágrimas ya secas en la faz de Violeta, no lágrimas de afliccion dulce, Violeta rara vez las derramaba así, porque su naturaleza ni era blanda ni tierna, pero habian sido amargas lágrimas, lágrimas de enojo, que dejan sus huellas en el semblante. María la miraba, y le

parecia que habia echado sobre sí una tarea muy dura.

—Violeta; así empezó.—Violeta alzó la vista con alguna sorpresa, y una sombra de desagrado motivada por la interrupcion.

—¿No me has oido llamar? dijo María.

—Nó, replicó su prima; estaba muy distraida.

—¿Me volveré? preguntó María.

—Si es que por bondad, replicó Violeta, de creer que la sociedad me dará consuelo, te doy las gracias, María; prefiero estar sola; si tienes alguna cosa que decirme, dila desde luego ya que te hallas aquí.

—Algo tengo que decirte, dijo María; traigo un recado de mi padre.

El color tiñó la pálida mejilla de Violeta, y sus ojos centellearon.

—Si es para decirme que tiene algun sentimiento por la injuria que me hizo hoy delante de sus criados y ante un estraño, puedo oirlo y puedo perdonarle. Es un viejo y es mi tio, doble título para el perdon de mi parte; pero aunque el recuerdo de mi juventud llegase á ser como un sueño, nunca, nunca lo olvidaria.

Y al decir esto, Violeta oprimia su mano contra la frente.

—¿Esperas una disculpa de mi padre? replicó María con una sombra de fria ironia en la voz. Hubiera dicho que le conocias mejor.

—Entonces, si solamente es para renovar la injuria, replicó Violeta, evítame ese disgusto, si os place, María. Además, puedo imaginarlo todo con solo traer á mi memoria lo pasado.

—No soy el conductor de una injuria, replicó María, sino de una órden.

—¿Una órden? dijo Violeta con altivez; no recibo órdenes de nadie. Todos los lazos del deber que podian ligarme á él han sido rotos para siempre. ¿Qué le debo yo? ¿Gratitud, creeis acaso? ¿Gratitud por qué? Dime; durante los quince años que he pasado bajo su techo, ¿qué beneficio me ha conferido para que se cuente con títulos á mi gratitud? ¿Respeto? ¡Ah, respeto ciertamente! No me ha enseñado él á no respetar por haberme faltado al respeto que me debe como mujer, sí, respeto que me deberia aunque fuera mi padre. No recibo órdenes de él; las desobedezco. Dejadme concluir esta carta, María.

Y Violeta volvia á continuar su escritura.

—Si es una carta lo que estás escribiendo, Violeta, dijo María, no hay para qué te des tanta prisa en concluirla, porque no se la permitirá salir de este cuarto.

—¿Y quién lo impedirá? preguntó Violeta severamente.

—El dueño de esta casa y tu tutor, replicó María. Vamos, Violeta, tengamos un poco de conversacion razonable sobre el asunto. Mi padre está irritado, sea con justa causa ó sin ella; no es de mi incumbencia investigarlo; lo cierto es que está irritado. Que en tal situacion te haya dirigido algun insulto, no tienes necesidad de gastar el tiempo en probarlo. Su enojo es suficiente prueba. Pero nada altera vuestras relativas posiciones; no le quita el derecho como tutor hasta que llegues á los veinte y un años que le concede la ley. Actualmente quiere ejercer este derecho por mas repugnante que te sea, y debes ceder; bien lo conoces; y si no desprecias mi consejo, cederás sin oposicion, que no podria sino causar mas escándalo y murmuraciones. Mi padre quie-

re que estés confinada en tu cuarto hasta su regreso. Haz una virtud de la necesidad, Violeta. Yo te escudaré cuanto pueda de toda observacion. Los criados es probable que supongan que estás indispuesta, y.....

—Te ruego que apartes de mí todo artificio, dijo Violeta con indignacion. Nada tengo que ocultar, nada que me avergüence. Si mi tio quiere representar el papel de tirano y carcelero y usar de la fuerza, déjale que lo haga, y deja á todo el mundo que lo sepa. Pero, María, á la verdad que no puedo comprenderte. ¿Qué quieres significar al decir que no es asunto tuyo si el enojo de tu padre es justo ó injusto? Hubiera creido que en esto hacias una grande diferencia.

—Pudiera hacer una diferencia en mi opinion acerca de él, replicó María tranquilamente, si no la tuviera formada hace mucho tiempo; pero ninguna puede causar en mi conducta. Como hija suya estoy ligada á obedecerle, y tambien lo estás como su pupila.

—Nuestras nociones del deber son completamente distintas, replicó Vioteta con algun desprecio. Los padres y los tutores supongo que tienen tambien deberes, á lo menos yo lo opino así, ó vivimos bajo un despotismo oriental. Los deberes morales de obediencia, en mi juicio, cesan cuando la persona que los reclama pierde sus títulos con su conducta.

—De la cual te haces á tí misma el juez, añadió María.

—Mi conciencia es el juez. ¿Qué otra cosa en la tierra puede juzgarme? preguntó Violeta.

—Bien, replicó María, no disputemos sobre el asunto; solo te diré que mi conciencia me habla de otra manera.

—En ese caso cumple tu deber conforme á tus ideas, dijo Violeta, y yo seguiré las mias.

—Mi deber es por cierto bien desagradable, dijo María.

—El de encerrarme, supongo, replicó Violeta con una amarga sonrisa.

—Algo por el estilo, respondió María, á no ser que me libreis de tan desgraciado oficio, y te salves del disgusto que tal envuelve. Dame solamente vuestra palabra de honor de que no dejarás estos cuartos ni tendrás comunicacion con los de afuera, y todas las puertas quedarán abiertas. De todo lo demás yo me encargo. Manifestaré que no estás buena y deseas quietud, y por este medio salvarémos á lo menos las apariencias y evitarémos la vergüenza y toda señal de coaccion.

—La vergüenza y el deshonor, replicó Violeta con altivez, pertenece á los actores de este asunto, no al paciente. No haré promesa que me prive de mi libertad de obrar, ó que pueda interpretarse como voluntaria aquiescencia en la tiranía que se ejerce sobre mí. Siento no poder hacer ese sacrificio para salvar la delicadeza de vuestros sentimientos, María, pero es completamente imposible.

Y los lábios de Violeta tomaron una actitud de desprecio.

—Sois injusta, Violeta, dijo María mirándola con una espresion de tristeza, pero aun con su fria y calmada inmovilidad de propósito.

—¿Lo soy? replicó Violeta. ¿Me llamas injusta por no dar aprobacion á la conducta que preferiria la muerte á hacerme de ella culpable, solo porque os place adornarla con el nombre de deber? Yo debo hablar la verdad,

María; no puedo fingir, y por eso os digo francamente que compadezco la estrechez de intelecto, y huyo de la frialdad de corazon que puede conducir á tener una idea semejante del deber. Te ruego que me dejes.

—Lo haré, dijo María; toda ulterior conversacion sobre el asunto es innecesaria. Quizá parte de tu conducta sea para mí tan ininteligible como es para tí la mia. No podemos entendernos. Seamos á lo menos, por tanto, mientras nos hallémos juntas tolerantes y complacientes una con la otra. Haré cuanto pueda por ocultarte de las observaciones, manifestando á los demás que te hallas indispuesta. Si te acomoda deshacer lo que yo hago, esto es asunto tuyo, no mio.

—Puedes decir las falsedades que quieras, en tanto que no debes esperar que yo diga la primera, respondió Violeta.

—No diré falsedades innecesarias, replicó María con calma; no es ese mi hábito, y por tanto el reproche es inmerecido. Hay ciertas falsedades verbales que requieren en ocasiones la decencia y la delicadeza, acerca de las cuales no siento el menor escrúpulo. Ya no te molestaré por mas tiempo. Permaneceré en el cuarto inmediato, y si necesitas algo cuando yo no esté allí, Green hará mis veces.

Violeta no dió respuesta y María se retiró á su aposento.

Las dos estaban igualmente satisfechas de que tenian razon; Violeta en ceder al impulso de su orgullo y elevado espíritu, que ella llamaba su conciencia; María en seguir un duro y rígido código suyo propio, que ella titulaba deber. ¿Y quién iba á juzgar entre ellas lo que era justo y lo que era erróneo, supuesto que ni

una ni otra obedecia á Dios sino en una ú otra engañosa forma?

Demasiado jóven para haber aprendido algo de su madre, María parecia haber heredado de ella una fuerte impresion de la necesidad de obediencia pasiva al padre. En ella, los deberes habian sido secas necesidades emanadas de ciertas posiciones relativas de la vida. Y la obediencia filial de María era de esta naturaleza; era literal y positiva, aunque no se referia á un principio elevado ó espiritual. Tal modo de ver los deberes se encuentra con mucha frecuencia entre los protestantes. Además, como ellos no poseen enseñanza moral mas que la influencia espiritual de la Iglesia, su moralidad cuando menos carece de armonía, consecuencia, proporcion, donde no falta tambien su manantial y objeto propios. De este modo los hallamos alternativamente despreciando en gran manera, ó estendiendo sin razon deberes y obligaciones particulares. Unas veces despreciadores de una justa autoridad paternal, y otras veces sus mas estremados apoyos. No habiendo entre ellos una autoridad sagrada para decidir donde concluye la legítima influencia de los padres, y donde el hijo puede sin pecado reclamar la facultad de obrar por sí mismo, la falta absoluta ó la exageracion señala su conducta moral y código de deberes. Una misma familia presentará á veces los mas estraordinarios contrastes de desprecio de las obligaciones impuestas por los vínculos de parentesco; ó la deificacion del respeto debido á ellos; aun mas, una persona misma demostrará una inesplicable anomalía de esta naturaleza. Esto era lo que sucedia en María. Su sumision era un holacausto ofrecido á un terrible idolo, que necesitaba y debia te-

ner tales víctimas. Ella estaba pronta á postrarse bajo esta humillacion, y á ver á otros en el mismo estado sin pensar en la evasion de tan terrible necesidad. A los veinte y cinco años habia abandonado sin demostracion alguna sin duda por su parte, un matrimonio que envolvia su felicidad, al mero egoista capricho de su padre, porque él no podia oponer objecion razonable ni menos pretendiera oponer alguna. Rehusó su consentimiento en el concepto de que la boda no le agradaba; no dió otra razon, ni la creyó necesaria; y sin embargo María se inclinó ante su sentencia sin dilacion, sin un esterior murmullo. Abandonó su compromiso sin reserva; conceptuaba equivocado obrar de otra manera. Pero mientras que María hubiera escrupulizado en hacer las mas respetuosas demostraciones ú oponerse á tan irracional ejercicio de autoridad, no sentia motivo de censura en acariciar en lo profundo de su corazon un amargo resentimiento contra aquel que le habia ocasionado. Sí, María escrupulizaba oponerse, y no retrocedia de aborrecer á su padre.

Mientras que pasaba esta conversacion entre las dos primas, Ester, que no reconocia otra regla que el estar siempre diligente, habia puesto su sombrero y vagaba por la vecindad de la casa por ver si hallaba á Emilio á su regreso; porque si bien reconocia solamente probable que en realidad su hermano habia ido á Portmore aquella tarde, habia juzgado á propósito hablar confiadamente en tal concepto. Fué bastante afortunada en interceptar á Emilio cuando se acercaba á través del parque, y pronto le puso en conocimiento de lo que habia ocurrido en casa. Emilio se manifestó descontento é incierto de lo que debia hacer. Su caballo, dijo, estaba

demasiado cansado para que pudiera conducirle á Portmore.

—No te desanimes, replicó Ester; las cosas van perfectamente, y tal cual las deseamos. Estoy segura de que Violeta no sufrirá mucho tiempo este tratamiento, sino que dará algun paso decisivo. Entretanto puedes dejar vuestro caballo, é ir á bordo del Peri por esta noche para evitar las preguntas de mi padre. Probablemente hallarás á Mr. Ferrers en el cúter, y podrá decirte el éxito que ha tenido. Ya sabes que estaban juntos cuando los halló mi padre. Creo que conseguirémos por último la fuga de Violeta con Ferrers, añadió Ester riéndose, y entonces bien conoces que mi diplomacia, como tú la llamas, nunca vendrá á traslucirse. San Lorenzo no se casará, estoy segura de ello, y el niño Cirilo vendrá á ser al fin el heredero de Monte San Lorenzo. Confórmate con esta perspectiva, Emilio.

Emilio se sonrió débilmente meneando la cabeza.

—Estoy seguro de que Violeta no querrá fugarse, dijo.

—Bien, replicó su hermana alegremente al dejarle; pero no comuniques á Ferrers tu desaliento, ó de otro modo no obtendrá la preferencia.

La tarde pasó de bastante mal humor en Monte San Lorenzo. Todos tenian alguna causa para sentirse cansados, subyugados ó tristes. Catalina se habia asustado grandemente. Era tal el descontento en que estaba Bárbara, que cualquiera cosa la incomodaba; habíase persuadido de que su padre lo trastornaria todo, hasta sus mismos planes. Mr. Morland estaba inquieto por temor de ser sometido en el trascurso de la noche á un interrogatorio. Emilia aparecia notablemente juiciosa

para precaver que su padre se fijase en ella, temiendo que recordase al mismo tiempo el permiso que le habia dado de dar un paseo por el mar con Jorge, y que le revocase en su actual mal humor. Federico callaba obedeciendo la insinuacion de Emilia de que no la hablara mucho para no escitar las sospechas de su padre. María parecia muda, y tenia un aspecto demasiado repugnante para que nadie se atreviese á dirigirle la palabra. Lady Morcar padecia una jaqueca á causa de la fatiga de empaquetar sus atavíos, y nada añadia á la sociedad sino un fuerte olor á éter. Mr. Allenby estaba subyugado por la agradable idea de la buena compañía que le rodeaba, y su aspecto demostraba como si apenas se considerase con suficientes títulos para ocupar un lugar en la mesa. Clarencio De Lorme, que se sentaba cerca de Lady Morcar, sufria penosamente por el olor del éter, que le desagradaba particularmente. Lord Staplemore estaba con la cabeza demasiado trastornada para mover conversacion, y rara vez hablaba como no fuese para hallar faltas en Cooper. Sir Geoffrey era quizá el único de la partida que conservaba su serenidad, su invariable igualdad de espíritu y su inveterada disposicion de hablar sentenciosamente. Envuelto como siempre en sus moralidades y propensiones, apenas quizá percibia que alguna cosa aquejaba á los demás; y antes que la comida concluyera y quedase desierta la mesa preguntó dónde estaba Violeta.

—No está bien, dijo Bárbara dándose prisa á contestar á la pregunta. Ha hecho mucho ejercicio y necesita descanso.

Esto fué seguido de un discurso de Geoffrey sobre la impropiedad de que las mujeres tomen parte en las

diversiones de los hombres. Lady Morcar le secundó con un suspiro y un lamento espresivo de la mas profunda aprobacion de aquel sentimiento. Lady Morcar nunca habia tenido el valor de montar otra cosa que un asno, y tenia una natural vocacion á los detalles de la asistencia de enfermos y al arreglo de la casa. Por consiguiente estaba poseida de una ilimitada admiracion por semejantes propensiones femeninas, y un aborrecimiento de corazon hácia aquellos gustos y talentos que ella ni valuaba ni poseia. Es muy fácil censurar lo que no hacemos ni descamos hacer, ó que no tenemos la habilidad de hacer aunque no nos falte la inclinacion.

María se levantó ahora de la mesa, y pasó la noche sin otra alusion á Violeta, salvo que cuando María tomó la luz para retirarse á su cuarto la llamó su padre para decirle:

—María, ¿tienes confianza en Green?

—Perfecta, dijo María; tengo la mas grande confianza en su estricta adhesion á las órdenes que le doy.

—Muy bien, replicó su padre; permite que sirva á Violeta, supuesto que una lo ha de hacer, paga á Felipa un mes de salario y que desocupe la casa mañana. —Entonces, viendo que María estaba á punto de replicar, añadió: Págale todo lo que se le debe y que se vaya donde quiera; en resúmen, obra de cualquier modo con tal de que quede contenta; tan solo exijo que no permanezca aquí. Estas son mis órdenes; procura que se cumplan.

CAPITULO X.

La mañana siguiente fué mañana de partidas. Lord Staplemore salió muy temprano para grande consuelo de muchos en la casa, y de Emilio, que estaba á bordo del cúter observando con un telescopio una porcion de la avenida visible desde la cubierta de la nave. Siguió á Lord Staplemore Mr. De Lorme, á quien Ester habia recomendado hacer su formal propuesta por medio de epístola. Despues salió el coche de la familia con todos los Morcares, niños, nodrizas, cajas, cestas y bolsas innumerables. Sir Geoffrey parecia resignado á la prueba de un hombre de familia, y tomaba su asiento en el afortunado y espacioso vehículo. Lady Morcar se hallaba muy ocupada en darse importancia, completamente en su elemento; la nodriza escitada y bulliciosa; los niños mas que de costumbre revoltosos é importunos. Federico Morcar estaba en pié á la puerta con las manos en los bolsillos riéndose al verlos, y manifestándose admirado de cuando en cuando de lo que podrian contener las numerosas pequeñas bolsas y cestas. Una vez ordenadas todas las cosas, agitó su mano para decirles adios, y se volvió á la casa á trocar las últimas palabras

con Emilia antes de que él mismo saliese para el tren.

—Estoy tan contenta de que papá se haya ido, observó Emilia á su hermana Ester cuando todos habian desaparecido. Estaba tan recelosa de que me impidiera ir en el Peri; seguramente que lo hubiera hecho, á no estar completamente olvidado.

—Le ocupaban mucho los asuntos de Violeta para que en tal cosa pensase, replicó su hermana.

—¡Ah, pobre Violeta! esclamó Emilia. ¡Me aflige tanto! ¡Por qué se ha de casar con mi hermano si no le quiere, y sí á cualquiera otro! Yo estoy segura de que si San Lorenzo no fuese mi hermano, nunca pensaria en él para mi marido. ¡Pobre Violeta! ¡No puedo soportar que sea tratada de ese modo!

—¡Pobres de nosotras! puedes añadir, replicó Ester, porque sospecho que se promoverá un negocio desagradable al regreso de mi padre. Pero tú te habrás ido, y así no debe darte cuidado.

—¿Qué es lo que vá á hacer mi padre? te ruego que me lo digas, Ester, dijo Emilia con ansiosa curiosidad.

—Te lo diré, replicó Ester; creo que mi padre vá á celebrar una audiencia de justicia en pequeña escala. Nos hará comparecer, y tambien á los criados, y á cada cual dirigirá un interrogatorio, teniendo á ese raquítico de Mr. Allenby apuntando las contestaciones. ¿Es muy agradable, no es cierto? y especialmente para Violeta.

—¡Hermana mia! esclamó Emilia, ¡cuán odioso es eso! ¿Pero cuál puede ser el objeto?

—Sondear un complót, replicó Ester. Dice que existe un complót en la casa y que le debe descubrir. La carta de San Lorenzo ha sido detenida en alguna parte; tal

vez algun criado olvidó ponerla en el buzon, ó Cooper padeció algun error acerca de ella. Una persona razonable sacaria semejante deduccion; pero nó, mi padre se obstina en creer que Violeta misma la ocultó para precaver que se pusiese un dique á su coquetería con Mr. Ferrers.

—¡Qué desatino! dijo Emilia; primero Violeta hubiera pensado en robar un bolsillo que en jugar esa treta.

—Hice cuanto pude por convencerle de eso mismo, dijo Ester; pero bien sabes cuán poco oye á nadie. No fué sin gran trabajo como conseguí disuadirle de la comparecencia de los criados por el momento. Sin embargo, está solo diferido hasta su regreso. Figuraos á mi padre sentado en la silla de brazos, y á Mr. Allenby con la pluma en la mano escribiendo las pruebas; Violeta presente como un criminal y todos los de la casa como testigos.

—¡Qué abominable! dijo Emilia, ¡y qué repugnante es ese sucio de Mr. Allenby tambien! Violeta se volverá loca con tal idea. ¿Sabe todo eso?

—¿Cómo? replicó Ester. Esta fué la final determinacion despues del descubrimiento de la fecha de la carta, y ninguno ha visto á Violeta desde entonces, escepto María, que estoy segura no se lo habrá dicho, porque no quiere poner las cosas en peor estado.

—Yo sabria lo que debia hacer, dijo Emilia, si me hallara en el caso de Violeta. Huiria para no verme en tan ridículo asunto.

—Me parece que te hallarias mas embarazada en la realizacion de tu propósito, replicó Ester, con ese dragon de María y á su satélite Green observándote.

—Quisiera ver á Violeta, dijo Emilia, ó remitirle una carta por Felipa.

—Felipa parte en el coche de esta tarde, dijo Ester; y en cuanto á ver á Violeta, puedo decirte que la puerta del pasillo está cerrada, y María ó Green siempre están sentadas en el cuarto de la primera. Oí á Bárbara decírselo así á Catalina.

—¿Y Bárbara no se aflige por la suerte de Violeta? preguntó Emilia.

—Oh, sí, creo que sí, replicó Ester; tambien creo que la censura, y no me parece que conviene con tus ideas sobre el asunto.

—Calla, dijo Emilia reflexionando; tal vez esté abierto el otro cuarto.

—Aunque así sea, replicó su hermana, puedes tener por seguro que no lo está el conservatorio. Bien sabes que la puerta esterior de este cuarto introduce á dicho conservatorio, y despues hay la puerta vidriera de este entre el mismo y los pasos por donde hay que pasar para ir al balcon de Violeta, si esto es de lo que tratas.

—Enhorabuena, nada se hace sin probar primero, respondió Emilia; pero cuidado, Ester, que no vayas á decir nada á nadie.

—No creo tener nada que decir, replicó Ester.

—Seria una mala intencion de tu parte, dijo Emilia mirándola suspicazmente.

—No seas insensata, replicó Ester; ¿crees que me acordaré de la locura de que hablas, y la supongo digna de referirse?

Al mirar Emilia en este momento por la ventana, divisó á Emilio y á Jorge que venian hácia la casa, y rompiendo prontamente la conversacion, dejó la habi-

tacion donde se hallaba para ir á ponerse su chal y su sombrero. En la hora siguiente se hubiera visto el trio pasear de un lado á otro en uno de los estensos terrados, y entretenidos en ansiosa conversacion. Un objeto comun, aunque no un comun motivo, habia en la ocasion presente asociado á Emilio con una hermana y un hermano que le eran generalmente mas bien objetos de desprecio que otra cosa, apareciendo á la sazon los mejores amigos.

Emilia estaba á la verdad agradablemente sorprendida al ver á Emilio defendiendo la causa de Violeta con mucho calor, y espresando grande indignacion por el tratamiento que recibia; así es que se manifestó tan afectuosa y confiada de él como de Jorge; y Emilio, deseoso de hacer uso de los dos, y contento de sus temporales instrumentos, se manifestó muy complaciente con ella. Por consiguiente, establecieron un plan de operaciones, del cual debia Emilia ser la parte activa. Cuando todo estuvo dispuesto, Jorge se volvió á bordo, entretanto que Emilio y Emilia tomaron el camino de la casa; el primero á tener un poco de privada conversacion con Ester, y la segunda, vuelta toda ánsia, á poner en práctica su tarea, por cierto la mas dificultosa.

El primer objeto era obtener una entrevista con Violeta, y para este propósito, conocia era cosa sin esperanza suplicar el permiso de María, y vano el intento de penetrar sin él en el cuarto de su prima. El único acceso posible era por la pequeña librería ya mencionada; pero aquí habia el obstáculo de tres puertas, todas ellas probablemente cerradas. Sin embargo, no deben ser arrostradas todas las dificultades á un tiempo, y los espíritus emprendedores como el de Emilia, están acostum-

brados á luchar con la primera, y confiar á su ingenio vencer cada cual sucesivamente así que la precedente ha sido removida. Emilia realmente gozaba en su proyecto; pero haciéndole justicia, no era en ella como en Ester un amor de egoista intriga lo que la animaba, sino franca y generosa bondad de sentimientos hácia su prima, mezclada con algo de inclinacion á oponerse á la autoridad, é intentar la libertad de un prisionero. Emilia sentia hácia la autoridad de su padre, so color de ejercida injustamente, lo que las naciones respecto de la ley de la tierra; era en ella un placer eludirla.

Despues de varias reflexiones, halló sin embargo imposible salir airosa en su plan sin un cómplice. ¿De quién confiar? De Ester, nó seguramente. Emilia sentia haberla hablado con tan poca reflexion; sentimiento que se hubiera ahorrado, si supiera que de hecho estaba practicando la obra que Ester deseaba, aunque no hubiera querido comprometerse aconsejándola ó dirigiéndola con su auxilio. ¿Podria fiarse de Bárbara? Bárbara abrigaba á la verdad cierto respeto hácia Violeta. Ella y Emilia eran las dos primas que la miraban con mas afecto. Pero cada cual la amaba acorde á su propia naturaleza. El afecto de Bárbara por Violeta se demostraba en una ansiedad de adelantar lo que juzgaba sus intereses. Con escasas simpatías por las preferencias del corazon, casarse bien y honoríficamente, asegurar hermosa posicion en el mundo, tener entrada en la mejor sociedad asequible, donde quiera que se encontrase, eran para ella los grandes objetos de la vida de la mujer; y habiendo cumplido todo esto para sí suficientemente, deseaba procurarlo, en cuanto á ella le fuese posible, para sus amigas; porque Bárbara, aunque mundana, no tenia

el egoismo mezquino de Ester. Ni era celosa, ni envidiosa, ni maligna. Por eso no repugnaba en Violeta la admiracion que sus talentos y su belleza le captaban; y su orgullo, que trasbordaba los límites frecuentemente hasta comprenderlo Bárbara, era para esta mas bien materia de diversion y de broma que de ira. Era claro, pues, que Bárbara, aunque amaba á su prima, á su modo, no querria unirse á un plan adverso á lo que consideraba verdaderos intereses; y Emilia conocia esto, aunque no analizaba las razones. Esta amaba á Violeta de otra suerte. Era materia de sentimiento y de irreflexivo buen corazon, y nada mas. Emilia queria tener su peculiar discrecion y seguir sus propias inclinaciones; esta era su idea de la felicidad; y con una benevolencia de calavera, deseaba el mismo bien y la misma dicha para sus amigas. Estaba siempre pronta á hacer cualquiera sacrificio para complacer sus gustos, y nunca se cuidaba de las consecuencias, y estaba igualmente pronta á ayudar á su prima para hacer lo mismo. Amaba y admiraba á la verdad á Violeta muy cordialmente; porque Emilia tenia un carácter dulce, corazon franco, ni un grano de orgullo, ni un átomo de envidia; y así el orgullo de Violeta y su altivez de temperamento, con su alma, poco accesible á acomodamientos, que era el verdadero secreto de la falta de cordialidad hácia ella, sentida por los mas de los que la rodeaban, nunca irritaba á Emilia, antes bien pasaba con la mayor inocencia por su mente.

¿Pero á quién hallaria pronta á cooperar con sus intentos? La jóven Albertina era á propósito, y bastante propensa al mal; pero tan probable era que la vendiese como que la ayudase. Despues de la debida conside-

racion, Emilia determinó fiarse de Georgiana hasta cierto punto. La pobre Georgiana era la esclava de la familia. Sencilla en la apariencia, sin talento, de menos ingenio, y de somero carácter moral mas bien que malo, solamente conservaba un sentimiento vehemente que nunca quizá abandona á la pobre humana naturaleza; el deseo de procurar aprobacion y simpatías en alguna forma. No estando por consiguiente dotada de recomendaciones ó atractivos personales, se habia entregado completamente á ciertos obsequios, facilidad de disposicion y presteza en el servir, con que cumplia su propósito, si tal espresion puede emplearse. Hacia siempre cuanto le pedian, escepto cuando la súplica provenia de su padre; en cuyas ocasiones cumplia invariablemente en el esterior, y hacia lo que le acomodaba ó lo que acomodaba á los demás, cuando aquel habia vuelto la espalda. Georgiana estaba siempre dispuesta á tomar á su cargo oficios tontos, cansados y desagradables. Era muy comun entre las hermanas decir: «Oh, Georgiana hará esto,» ó «suplicar á Georgiana que lo haga,» ó «dejar esto á Georgiana.» Y sin embargo la pobre esclava encontraba con poca gratitud ó real efecto, aunque recibia en ocasiones halagüeñas palabras cuando algo se esperaba de ella. En resúmen, la cuestion debe ser presentada en esta forma. ¿Merecia Georgiana algo mas? ¿Habia en ella alguna caridad genuina en todos sus actos aparentemente desinteresados? ¿Habia allí algo mas que natural deseo de agradar, y el placer oficioso de parecer provechosa, y sentir que lo era?

Habiendo Emilia resuelto emplear á Georgiana esteriormente, y al mismo tiempo guardar su secreto, procedió á ejecutar lo que habia ideado.

—Georgia, dijo á su hermana aprovechándose de la oportunidad de levantarse del almuerzo y acompañarla al cuarto de descanso. Eres demasiado benévola para que dejes de hacer en mi obsequio una cosa.

—Tenlo por seguro, contestó su hermana, cuyo auxilio se ganaba con facilidad al recordarle su buen carácter.

—Solamente, continuó Emilia, que has de hacer lo que te diga sin hacerme ninguna pregunta; ¿me lo prometes?

—Si puedo comprenderlo de ese modo, replicó Georgiana, está bien; pero ya debes saber si habrá en ello alguna dificultad.

—Ninguna absolutamente; solamente te quiero decir que no me pidas esplicaciones, porque hay en el caso un loco secretillo mio, que no necesito revelar, y no debes por otra parte decir nada á nadie del favor que te pido.

—Oh, yo nunca hago maldades, replicó su hermana, ni procuro descubrir los secretos de otros; y si los llego á entender por casualidad, los guardo religiosamente; ¿no te parece que esto es lo que se debe hacer?

—Mucho que sí, dijo Emilia. Todo lo que necesito de tí es esto. Voy á buscar un libro en la librería. Si María vá conmigo, es preciso que llames su atencion á otra parte por algunos minutos para que yo quede sola; esto es todo. Debes poner mucho cuidado, é inventar alguna escusa para separarla, y cuanto mas la detengas, mejor; ¿me entiendes?

—Sí, replicó Georgiana; ¿pero qué pretesto podré hallar? Esta es la dificultad.

—Puedes inventar cualquiera que parezca razonable,

replicó su hermana, quien reflexionando que en Georgiana habia mas deseo de agradar que habilidad, y que no estaba dotada con la facultad de la inventiva, añadio: Vaya, procuraré ponerte un ejemplo. Bien sabes que Felipa se marcha esta tarde; supon que preguntas á esta si quiere ver á Violeta antes de partir. Sé que ella está muy deseosa de hacerlo; y entonces vienes á decir á María que Felipa está para marcharse y desea ver á su ama primero. Si no puedes separar á María mas allá que hasta el fin del pasillo, detenla cuanto sea posible fuera del alcance del oido.

—Pero si ya sé que Felipa ha pedido ese favor y le fué rehusado, replicó Georgiana.

—No importa, dijo su hermana; fácilmente puedes conseguir que vuelva á hacer la misma súplica induciéndola á ello. Ya sabes que no espero que consigas se le conceda; pero si consigues entretener á María algunos minutos, se habrá cumplido mi propósito.

El diálogo fué aquí interrumpido por la entrada de Bárbara y Ester, momento en que Emilia dejó el cuarto para ir en busca de su hermana María. La encontró al dejar el comedor y á punto de subir las escaleras.

—Oh María, dijo Emilia deteniéndola; ¿sabes quién tiene la llave del antiguo cuarto de estudio?

—¿Qué quieres hacer con ella?

—Hay allí un libro, respondió Emilia, que quisiera buscar para Jorge; se titula «El pecador instruido» ó cosa parecida; reconoceria el nombre si le viera; le he buscado inútilmente en la biblioteca, y así estoy segura de que estará en ese cuarto.

—Mas bien creo, dijo María, que Jorge llevó un libro de esa clase hace tiempo.

Emilia sabia bien que aquel libro estaba en salvo en la cámara del Peri; pero no le acosaban los escrúpulos cuando se trataba de lo que ella llamaba una mentira inofensiva, y por lo mismo replicó con atrevimiento y con semblante muy inocente:

—Estoy segura de que nó, porque me ha preguntado varias veces por él, solamente que yo he olvidado buscarle.

—Bien; puedes ir por ese libro, dijo María, yo tengo la llave; si esperas un momento la traeré.

Las dos hermanas llegaban ahora á la puerta que cerraba el pasillo y conducia á la entrada del aposento de María. Esta abrió dicha puerta con una llave que llevaba en la mano, y dejando á Emilia en el esterior volvió con la otra que queria Emilia. Esta estendió su mano para tomarla, pero María aun la retuvo para gran chasco de su hermana.

—Voy yo tambien y te ayudaré á buscar, dijo.

Emilia no dejaba de conocer que la manifestacion de alguna repugnancia seria destruir todas las esperanzas. Por eso puso buen semblante, y dió las gracias á su hermana por la ayuda prometida, esperando interiormente que Georgiana estaria en alguna parte á la vista é intentaria distraer á María para favorecer sus planes.

Pronto llegaron á la puerta del estudio. La llave volteaba con pesadez en la cerradura á causa del desuso; pero al fin Emilia con el auxilio de una pequeña escalera empezó la pretendida busca entre los estantes de libros, entretanto que María se volvió hácia un monton de los mismos que por falta de espacio estaban apilados en el pavimento.

Habian pasado algunos minutos, y el corazon de

Emilia decaia dentro de su pecho. Tenia que hacer un esfuerzo para parecer ocupada en algo, mientras que su mente estaba en otra cosa. Inmediatamente dejó de buscar en los estantes, y comenzó á examinar un monton que se hallaba cerca de la puerta que daba al conservatorio, admirándose á las veces del mucho polvo que allí habia, y haciendo mucho ruido con el manejo de los libros, entretanto que avanzaba cada vez mas hácia la puerta para cerciorarse de si en ella habia llave y con la intencion de ocultarla si fuera posible por si recibia un chasco de Georgiana. Si no podia hacer mas que esto, ya seria algo, toda vez que la misma llave podria abrir la puerta esterior del conservatorio que conducia al jardin, como igualmente la otra que se hallaba al pié de los pasos de escalera que dirigian al balcon de Violeta.

Cuando esperaba por un momento favorable para poner en ejecucion su designio, entró Georgiana.

—Te buscaba, María, se le oyó decir, pronunciando lo demás por lo bajo cerca del oido.

La respuesta de María pudo percibirse. ¿Lo necesita? ¿Para qué?

Georgiana otra vez volvió hablarla al oido.

—Bien, replicó María; voy al instante. ¿Emilia, despachas pronto? ¿Pero qué es lo que quiere, Georgiana? Hace una hora que me ha visto. Ya le he contestado, si es que vuelve á suplicar lo que no puedo permitir. Es una locura, pues que yo no puedo decidir en la materia.

—Dice que necesita veros, replicó Georgiana, y que hay muy poco tiempo, porque ya sabes que debe salir pronto para estar á tiempo en el coche. Vamos, María,

que está ahi al fin del pasillo, y le prometí que te hablaria.

María se levantó del suelo con repugnancia, dirigió una mirada á Emilia y la hizo observar que haria muy bien en dejar la busca, en razon de que no le cabia duda de que el libro no estaba allí; y dicho esto dejó la habitacion con Georgiana.

—¡Por vida de Georgiana! esclamó Emilia; ¿por qué esa estúpida muchacha no habrá cerrado la puerta tras de sí? Si esta cerradura está tan torpe como la otra, podrá descubrirme.

Procedió á probar sin pérdida de tiempo. Se abrió con mas facilidad de lo que esperaba, y tomando en la mano la llave, entró en el conservatorio, y se aseguró de que la misma servia para abrir la puerta del jardin. Sin embargo, habia sido una fortuna para ella no verse reducida á fiar en esta esperanza, porque la puerta estaba tan bien asegurada por dos cerrojos y una barra de hierro, que era preciso remover si habia de ser posible el acceso desde fuera. Esto era lo mas indispensable toda vez que las ventanas del conservatorio, que hacia mucho tiempo que no se usaban, habian sido entabladas completamente para mayor seguridad, porque la casa habia sido acometida de ladrones por aquella parte.

Con temblorosa é inesperta mano, Emilia descerrojó y removió la pesada barra, operacion que tal vez no habia ejecutado en su vida, y habiendo corrido los cerrojos y prontamente asegurada de que no existia otro impedimento para la entrada desde el jardin, se acercó á la puerta que conducia al balcon; tambien esta se abria con la misma llave, y no tenia ni cerrojos ni barras. Emilia abrió la cerradura, y dejando la puerta inclinada, se re-

tiró precipitadamente al estudio. Necesariamente hubo de hacer algun ruido y consumir algunos minutos en estas operaciones; cuántos, ella no lo sabia, pero habrian sido probablemente muchos menos que su trepidacion le habian hecho sospechar.

No se habia atrevido á escuchar un momento, conociendo que el tiempo era muy precioso, y que entonces ó nunca era su oportunidad. Sin embargo, todo se habia salvado; el cuarto estaba aun vacío; prontamente colocó la llave en la puerta para cerrarla, considerando, que puesto ya no la necesitaba mas, quedaba mejor cerrada. Apenas habia hecho esto, cuando sintió los pasos de María, que volvia acompañada de Georgiana: esta procuraba detener á aquella con hablarla al mismo tiempo que caminaban. Emilia solo tuvo tiempo para detenerse al frente de los montones de libros, en lugar de separarse, como intentaba hacerlo, á mas larga distancia, pues su objeto era evadir cualquiera posible sospecha, y divertir la atencion de aquel rincon del cuarto.

—Bien, no importa, Georgiana, dijo María impacientemente, apareciendo un poco cansada con las escusas de su hermana; conozco que tu intencion es bondadosa, pero es una falta de juicio abogar por Felipa en ese punto, cuando sabes que no puedo cumplir su deseo. Eso es al mismo tiempo provocador para mí; porque es muy fácil alcanzar crédito de benévola á mis espensas, que estoy obligada á representar la parte severa, mientras que tú quedas por muy buena. Vaya, vaya, no hables mas de eso. ¿Qué, Emilia, aun en el mismo monton de libros? ¿Por qué estás tan perseverante?

—Estos libros no tienen uso alguno, dijo Emilia incorporándose y con el rostro muy encendido.

—¡Qué manos has puesto! observó María.

En efecto, las tenia negras de polvo, debido principalmente, sin embargo, á los cerrojos y barras del conservatorio.

—¡Qué mal están aquí estos libros! Yo haré que quede este cuarto completamente limpio.

Al mismo tiempo que María hacia esta observacion, dirigió la vista hácia la puerta del conservatorio, y cualquiera que fuese la idea que motivara el acto, es lo cierto que estendió la mano para cerciorarse de su seguridad. Emilia tuvo ahora razon de congratularse por haberla dejado cerrada; pero temblaba al mismo tiempo de que continuase el escrutinio mas allá.

Tal hubiera sucedido indudablemente, á no haber sido por la precaucion de Emilia, con la cual consiguió que su hermana se contentase con solo asegurarse de aquella puerta, dándole una sacudida y echándole un cerrojo que la cruzaba hasta el pavimento. Emilia, en su interior, se reia alegremente de su buen éxito y de aquella medida sin provecho; y las tres hermanas salieron juntas del aposento.

Como una hora despues de esta estratagema de Emilia, una ligera sombra pasaba ante Violeta en el sitio donde estaba sentada con los ojos fijos, pero sin atender á los objetos sobre que se paraban. Sus pensamientos estaban en otra parte, pero sin idear nada, sin proyectar nada. Su mente contemplaba con pena y con altivez las injurias que habia recibido. Se habia concentrado en semejante idea desde el dia anterior, y de este objeto no podia separarse. Esta sola reflexion, la memoria de su amor propio ultrajado morbíficamente, absorvia todo el poder de su alma, y la hacia tan poco atenta de los ob-

jetos esteriores, que aquella sombra se deslizó por la pared dos ó tres veces antes de notarla. Sin embargo, de improviso le llamó la atencion, y su estrañeza la indujo á mirar alrededor para asegurarse de la causa, que no podia provenir sino de una figura pasando por la ventana. Al volverse, reconoció á Emilia, que en vano se habia esforzado por llamar su atencion, y que no se habia aventurado á producir un sonido por temor de ser oida desde el cuarto inmediato. Cuando Violeta la percibió, Emilia hizo una seña y se volvió á la parte del balcon correspondiente al cuarto interior; aquel pequeño cuarto de descanso ya aludido. Violeta entendió el significado de la seña; Emilia queria alejar toda posibilidad de ser oida desde el cuarto de María. Violeta, inmediatamente se retiró al cuarto inmediato, y abrió la ventana que daba al balcon para admitir á Emilia. Esta entró, y antes de hablar, arrojó sus brazos afectuosamente al cuello de su prima; y entonces, alzando la vista para mirarla al semblante, pero sin separar los brazos, y con lágrimas asomando á sus preciosos ojos negros:

—¡Querida Violeta! ¡Violeta querida! dijo.

Violeta estaba conmovida mas de lo que era habitual en ella. La bondad y las simpatías eran escitadas en este momento cuando tales sentimientos parecian haber desertado de su alma. Habia sido siempre además afectuosa para con Emilia. El dulce carácter de esta, su generoso y enérgico corazon, y su invariable benevolencia hácia Violeta, habian necesariamente producido un sentimiento relativo de parte de esta; sentimiento reprimido, sin embargo, inhábil de llegar á una amistad real, por la desemejanza de estas jóvenes en cualidades esenciales. Emilia no se cuidaba de la verdad; habia en ella

la falta de principio, y la ausencia de algo elevado á que Violeta hubiera dado el nombre del honor caballeresco. Por eso Emilia nunca habia ganado sus consideraciones; aunque por otra parte, el suave y pronto reconocimiento de una falta, y la voluntariedad y benevolencia en permitir las censuras de Violeta, se unia al hecho de que no se habian presentado grandes ocasiones de que las faltas radicales de Emilia se manifestasen en superior escala, evitando cualquiera desaprobacion séria que Violeta pudiera haber sentido respecto de los actos de su prima. En este momento, casi le pesaba de no haberla prodigado mas cariño. Las buenas cualidades de Emilia eran suyas; sus faltas, el resultado de una educacion descuidada y defectuosa.

—Mi querida Emilia, ¡qué bondadosa eres! dijo; á lo menos, tú sientes mi indigno tratamiento, y no te avergüenzas, ni temes ponerte de mi parte.

—¡Temer ponerme de tu parte! ¡Oh! nó, Violeta, replicó la fogosa jóven. Estoy pronta á hacer cualquiera cosa por tí; solamente (y aquí bajó la voz para hablarle al oido) que debemos hablar muy bajo. Green es algo sorda, seguramente; pero algunas personas siempre oyen cuando no deben. ¿Estás segura de que no entrará?

—Si, replicó Violeta; me parece que no tiene otro encargo que estarse sentada ahí; el caso es que nunca entra; sin embargo, cerrarémos esta puerta.

Emilia procedió inmediatamente á dar cuenta del modo con que habia procurado el acceso en aquel cuarto, y despues añadió con grande escitacion, y tomando las manos de Violeta entre las suyas:

—Violeta querida, estoy segura de que no sabes la

mitad de lo que vá á suceder, ó de lo que intenta hacer papá.

—Nada puede hacer mas de lo que ha hecho ya, replicó Violeta. Si lo repite, solamente será para deshonrarse, nó á mi.

—¡Oh! bien puede hacer mas todavía, dijo Emilia, y ahora te lo diré. Pretende tener una especie de tribunal de justicia tan luego como efectúe su regreso. Todos estarémos presentes, y tambien los criados, con Mr. Allenby, ese nauseabundo hombre pequeño, tomando notas, y luego comparecerás para poner todo el asunto en claro.

—¿Qué asunto? preguntó Violeta; ¿es posible, Emilia, que tu padre en medio de su enojo me achaque alguna cosa indigna, ó que me crea culpable de alguna estupidez? Mas, me persuado que todo eso son temores de tu imaginacion. ¿Qué asunto hay que investigar? ¿Qué descubrimiento que hacer?

Estoy segura de lo que digo, dijo Emilia confiadamente. Lo he sabido por Ester; mi padre mismo se lo dijo, y ella me lo ha revelado; no porque crea que Ester se cuida mucho de tu infortunio; tal vez la injurie, pero bien sabes que Ester piensa ante todo en sí misma, y me parece que si le disgusta este asunto, es principalmente porque es una cosa ridícula y desagradable, y daria que decir de todas nosotras.

—¿Qué asunto es ese? preguntó; ¿qué hay que investigar? perseveró Violeta aun incrédula, pero oscureciéndose sin embargo su frente, al notar la confianza que Emilia demostraba al rectificar su dicho.

—¡Oh! supongo que María, replicó Emilia, nunca te ha dicho de lo que estás acusada. La carta de San Lo-

renzo escrita á papá, ha estado estraviada tres semanas (no dudo que por algun accidente), y papá dice que ha sido robada para que tu coquetería con Mr. Ferrers no fuese interrumpida. Esta es una acusacion vil; aun Ester se puso de tu lado; pero no hay quien le convenza.

Violeta se levantó de la silla con una espresion de indignacion altiva en toda su figura, y una palidez natural en su semblante, que alarmó completamente á Emilia.

—Si hubiera un sitio en el mundo, dijo, al que pudiera retirarme, donde hubiera de vivir con pan y agua; aun mas, hambrienta; y si no pudiera hacer mi viaje sino sola, á pié y con los harapos de un mendigo, Emilia, este techo no me albergaria un momento mas, ni tocaria un solo pedazo de pan del que se ha atrevido á asociar mi nombre con el fraude y la mentira.

—Yo sé lo que haria en tu caso, dijo Emilia. Me marcharia con Mr. Ferrers. ¿Pues qué, Violeta, no ves lo enamorado que está de tí ese jóven?...

De improviso Violeta puso la mano sobre Emilia; la palidez habia dado lugar á un profundo y penoso rubor.

—No hables mas de eso, dijo interrumpiéndola con energía; cualesquiera que sean los sentimientos de Mistres Ferrers hacia mi, y cualesquiera que sean los mios hácia él, nunca me degradaré porque otro me injurió. Violeta Mandeville siempre será dueña de sí misma, sin que esté en el poder de otro hacerla obrar de una manera que prohibe el respeto que se debe á sí propia. Si dejo esta casa, Emilia, no será por medio de una vulgar fuga con un amante, justificando quizá á los ojos de mi tutor y á los de otros toda su injusticia, y rebajándome á los

mios propios; sino que será una solemne apelacion á los principios de la justicia natural, de una autoridad injusta que la ley del reino le habilita para ejercer sobre mí.

Esto era demasiado grande para la comprension de Emilia; pero conoció que se habia equivocado en aquella sugestion imprudente. En resúmen, Emilio tenia razon. «Violeta nunca huirá con su amante.» Emilia procedió inmediatamente á disculparse y á pedir perdon por su imprudencia.

—No digas una palabra de perdon, Emilia, dijo su prima volviendo á tomar su tono usual. Seria yo una ingrata, á la verdad, en no estar satisfecha de tan buenas intenciones. Solamente te manifiesto mis sentimientos acerca de motivos donde creo mi honor comprometido. Pero confio, mi querida Emilia, en que no harás una observacion tan inconveniente á otras personas.

Emilia le aseguró que aquella idea habia solamente cruzado su mente en aquel momento, y que por todo el mundo no hubiera hecho semejante observacion á otros, lo cual era una mentira; pero Violeta se tranquilizó perdiendo de su interés aquel incidente de la conversacion.

Emilia volvió á reanudarla despues de un momento de pausa.

—Mirado sériamente, Violeta, nada hay en el mundo que pueda evitar tu huida de esta casa. El camino del jardin está franco; y bien sabes que en mí y en Jorge tienes amigos que se pondrán á tu lado. Jorge me encargó de muchos mensajes, y dice que si quieres venir á bordo del Peri conmigo, levará áncoras inmediatamente, y estarémos pronto fuera de alcance y toda persecucion. El vá á pasar el invierno en Lisboa ó en el Medi-

terráneo, y te llevará donde quieras. Dentro de tres meses serás señora de tí misma, y podrás reirte de las amenazas y el desagrado de papá. ¿Qué tienes que decir á este plan? Seguramente que no hay objecion que oponerle.

—¿Qué tengo que decir á eso? replicó Violeta tomando la mano de Emilia bondadosamente. Que te doy gracias tanto á tí como á Jorge con todo mi corazon.

—Y qué, ¿vendrás con nosotros?... dijo Emilia centelleando sus ojos de placer.

Violeta meneó la cabeza.

—Nó, Emilia, no puedo hacer eso. No tengo escrúpulo como te he dicho, en sustraerme de la injusta autoridad ejercida por mi tio; mas aun, lo deseo ardientemente, pero esto no debe ser á espensas de otros; no debe ser para perjudicar á aquellos que quieren generosa y voluntariamente sacrificarse por mí.

—Por cierto que no perjudicas á nadie, dijo Emilia con energía; mi padre no puede aborrecer mas á Jorge de lo que actualmente le aborrece, y bien sabes que por otra parte es independiente de él. No digo esto porque Jorge no estuviera pronto á correr un riesgo por tí, sino para demostrar que no arriesga nada.

—Tal vez nada arriesga en un punto de vista pecuniario, replicó Violeta, y no puede, como es consiguiente, perder un afecto que no posee; pero recuerda, Emilia, que serias complicada en el asunto; y aun cuando no lo fueras, Jorge tendria que desterrarse de esta casa, á lo menos por mucho tiempo, en razon de la gran ofensa causada.

—No le dá cuidado; aborrece este lugar, dijo Emilia; á no ser por mí, creo que no vendria nunca.

—Pero tú, Emilia, ¿tú le amas? replicó Violeta; ¿y qué derecho tengo yo? ¿cómo podria corresponder á tanta abnegacion? ¡Ser la causa de que te prives de la sociedad de tu familia!

Emilia se sonrió, y habia un misterio en su sonrisa, como si tuviera un secreto del todo suyo.

—No me preguntes mas, Violeta, dijo, porque quizá la confianza que podria hacerte no encontraria con tu aprobacion. Algunas personas de entendimientos inferiores como yo, cuando creen probable ser contrariadas en sus inclinaciones, toman pacíficamente su camino, en lugar de «apelar á la justicia natural,» ú otra cosa parecida y fuera de propósito. No te enfades conmigo, querida Violeta, añadió besando á su prima afectuosamente en la frente; tengo por mejor seguir mis inclinaciones, que abandonar á uno que se ama, por otro á quien se aborrece, trocando los dias de la vida en una amargura contínua, ó en la dureza de una piedra, como sucede á Maria. Finalmente, Violeta, no quiero decirte mas por no cargarte con la responsabilidad de mi secreto, cuyo resultado será no poner otra vez los piés aquí, á lo menos nunca como Emilia San Lorenzo.

—¿Has reflexionado, mi querida Emilia, lo que estás diciendo? preguntó Violeta grave y bondadosamente.

—¡Oh! sí, nada digo que no hubiera reflexionado, replicó su veleidosa prima; pero ten presente que nada sabes, y que nada te he dicho. No hubiera hablado de este modo á no ser por quitarte todo escrúpulo acerca de mí; ahora ya ves que todas tus objeciones relativas á nosotros, están disueltas. ¿Tienes alguna que oponer por tu parte? Recuerda lo que te espera si te quedas, ó mejor dicho, apenas sabes lo que te espera. Ven con nos-

otros; no te dejaré hasta que no lo hayas consentido.

Siguió una pausa. Violeta estaba fuertemente tentada. Todos los sentimientos de indignacion y resentimiento que obraban dentro de sí, estaban compeliéndola á dar el paso que se presentaba á su vista; pero un solo sentimiento la detenia. Ester tenia razon; el orgullo era la pasion reguladora de Violeta, y ahora el orgullo tenia en su corazon que sostener una batalla con el mismo orgullo. Violeta abrigaba un sentimiento simpático hácia Jorge, y mas que simpático por Emilia; pero ni al uno ni á la otra daba estimacion suficiente en un punto de vista moral, para querer serles deudora de un servicio tan grande, ó ligarse con ellos en un asunto en que indudablemente con dificultad apreciarian los superiores motivos y principios por que ella obraba; sino que se unirian con un punto de vista inferior, y un espíritu mucho menos elevado. Verdad es que Violeta preferia conferir obligaciones á recibirlas, aunque tal vez no sabria darse la razon que influia en esta preferencia, tan incidental en el orgullo. Todas estas ideas forcejeaban confusamente en su entendimiento, entretanto que Emilia la miraba esperando una respuesta.

—Lo que deseo, dijo por último Violeta, es que mis motivos é intenciones sean conocidos completamente. Hay algo en la fuga que frecuentemente se confunde con la confesion del delito; cuando la mia no seria otra cosa que una protesta y una acusacion.

—Puedes escribir una protesta, dijo Emilia.

—Mi primer objeto seria, continuó Violeta, que se entendiese perfectamente que mi fuga no tenia conexion con nada sino con la injusticia que he recibido y la prision á que estoy sujeta. Debo elegir, por consiguiente,

un lugar de refugio que produzca una completa seguridad de este hecho, el mas esencial á mi reputacion. Tengo, como sabes, un tio materno en Brest. Pasé un año con él despues de la muerte de mi padre, y apenas puedo recordarle; todo lo que recuerdo es por cierto su indulgente bondad hácia mí, bondad que no volví á encontrar. Era yo muy jóven cuando me trajeron aquí para conocer cualquiera cosa que haya pasado entre él y lord Staplemore; pero posteriormente he sido informada por este de que mi tio Mandeville se habia portado muy mal, razon por la que ningunas relaciones habian continuado entre las familias.

—Disputaban, segun tengo entendido, sobre asuntos de dinero, dijo Emilia. No conozco ninguno de los particulares, y me atrevo á decir que no los entenderia, aunque procurase hacerlo, porque no tengo la cabeza para libras esterlinas, chelines y peniques; pero sé una cosa, y es que papá tendria probablemente tan poca razon como mi tio Mandeville. Jorge le hace frecuentemente una visita en el curso de sus correrías, y le llama un «amigo magnífico.» Presumo que ha sido algo pródigo, y es la razon de vivir retirado.

—Por lo mismo seria mi deseo, continuó Violeta, buscar á su lado un refugio. Toda vez que él y lord Staplemore están en malos términos, no podria ser yo la causa de ninguna enemistad en obrar así. A nadie comprometeria. Dentro de poco tiempo seré dueña de mí misma, y podré demostrarle mi gratitud, en caso de que me proteja, por cualquiera perjuicio ó inconveniente que atraiga sobre sí. Si pudiera alquilar una embarcacion que me condujera...

—No seas insensata, dijo Emilia interrumpiéndola;

eso lo tomaria Jorge como una positiva ofensa. Lo demás del plan es escelente, y el mejor que podria idearse; pero seguramente, Violeta, que lo mas honroso es que nos permitas conducirte. Creo este un motivo que te hará fuerza.

—Quedaré satisfecha, respondió Violeta, si consigo mantener el respeto de mí misma, y que el mundo entienda lo que hice. No me cuido de que lo apruebe ó no lo apruebe, pero no quisiera atraer una mala interpretacion acerca de mi conducta. Mr. Ferrers está en el yate.

—Sí, pero se marcha mañana, dijo Emilia.

—Ha sido muy indignamente tratado por mi causa, replicó Violeta, y cuidaré de hallar una oportunidad en lo futuro de espresarle cuánto lo siento; pero al presente es preciso guardarme de cualquiera circunstancia que haga á mis motivos aparecer ambiguos.

—Bien, replicó Emilia; creo que tanto á Jorge como á mi nos harás justicia por nuestros buenos sentimientos; pero tal vez, y puede que tengas razon, no abrigues de nuestra discrecion una elevada idea; pero, ¿qué dices de Emilio? Seguramente que tiene buen talento, y puedo asegurarte que aprueba altamente que aceptes la oferta de Jorge.

—¿Lo aprueba? ¿Entónces le tengo de mi parte? preguntó Violeta, al mismo tiempo que una sonrisa de placer cruzaba por su semblante.

—Verdaderamente que sí, respondió Emilia con calor. Nunca estuve tan contenta de él como ahora. No hay duda de que tiene un buen corazon, aunque como sabes es tan mal humorado y fastidioso generalmente, que quizá nos hace ser injustos con sus buenas cualidades.

—Sí, hay bondad en Emilio, dijo Violeta, mas quizá de lo que él conoce de sí mismo; y Bárbara, Emilia, ¿qué dice?

—¡Oh! no nos hemos atrevido á fiar de ella, replicó Emilia; estoy segura de que le disgusta la línea de conducta tomada por mi padre; pero bien se le advierte que no puede tolerar la idea de que no te cases con San Lorenzo.

—¿Qué es de Felipa? preguntó Violeta así que su mente iba recorriendo el recuerdo de una persona á otra; ¿por qué no está cerca de mí?

—Ha sido despedida, replicó Emilia. Supongo que el temor de papá de que mantuvieras alguna comunicacion con otros por su conducto (porque bien sabes que la doncella en las comedias y novelas antiguas, siempre ayuda á la señorita á la fuga con su amante), ha prevalecido sobre el deseo que de otra manera hubiera satisfecho de interrogarla en el grande asises que ha de celebrar; y así la pobre Felipa ha sido despachada esta tarde con el llanto en los ojos.

—¡No puedo sufrir mas! esclamó Violeta indignada. Emilia, iré. Dí á Jorge que acepto su bondadosa oferta, si quiere conducirme á Brest. ¿Cuándo podré dejar esta prision?

Emilia, llena de gozo, estaba inclinada á espresar su deleite tan ruidosamente, que Violeta, ahora en la intencion de fuga, tuvo que recordarla el peligro de ser oida.

—Tienes razon, replicó Emilia mirando su reló; son mas de las tres, y vendrá María á quitarse sus atavios despues del paseo; sus oidos son mas agudos que los de Green; así que, será mejor que me marche. Esas puertas ya sabes, Violeta, continuó señalando al conservato-

rio, están todas abiertas, y es probable que María se siente al trabajo con nosotros hasta que Green vá á tomar el té; de cualquier modo, procuraré detenerla abajo por uno ú otro medio, de suerte que puedas con seguridad tomar un poco de aire libre por el crepúsculo. Estoy segura de que puedes prolongar el paseo, pues el que concurre á ese sitio, lo hace por el dia, y si te mantienes en la sombra del plantío en el collado, entre este y el mar, nadie te observará.

—Temo, dijo Violeta, perder un gran bien por un pequeño goce.

Emilia quedó algo sorprendida, pero no quiso insistir; así, despues de decir á su prima que se hallaria en la mañana siguiente una carta en el balcon dándole las instrucciones necesarias concernientes al modo y tiempo de la fuga, se despidió precipitadamente, haciendo su salida con silencio por la ventana por donde habia entrado.

CAPITULO XI.

Emilia habia ejecutado mucho, pero no todo lo que Emilio y Ester deseaban. El objeto de estos era, no solo persuadir á Violeta á la fuga, sino asegurar el casamiento de la misma con Horacio. Esto era lo que podia ponerlos á salvo de un futuro acomodamiento con San Lorenzo, y del descubrimiento de la traicion; pero Emilia, que nada sabia de tales motivos, y que, igualmente que su hermano Jorge, estaba inocente de cualquiera intencion, como no fuese la de ayudar á Violeta á obtener su libertad, parecia haber conseguido todo lo necesario á su deseo. No era asi sin embargo; y aunque feliz por lo que habia obtenido, aparecia completamente chasqueada por no haber podido mezclar el asunto de amor con el de la huida. En la opinion de aquella atolondrada jóven, esto quitaba á la aventura el principal encanto. Sus esperanzas habian sido animadas por Emilio, que le habia hecho la confianza de lo muy apasionado que estaba su amigo de Violeta; por eso los dos hermanos habian ideado un plan para procurar una entrevista entre los dos amantes. Esta entrevista debia efectuarse con el paseo que Emilia propusiera á Violeta, á quien Horacio encon-

traria como accidentalmente; ocasion en que Emilio esperaba tuviese lugar una confesion satisfactoria de sus mútuos sentimientos.

La manera con que Violeta habia recibido la sugestion de Emilia acerca de la fuga con su amante, que era una imprudencia de ella sola, y que Emilio con el conocimiento del carácter de su prima, nunca habria aconsejado, la habia desconcertado algun tanto; sin embargo, aunque desanimada, no perdió toda la esperanza; no le cabia duda de que con solo el encuentro de los dos amantes podrian arreglarse entre sí. Violeta tenia modos estraños de hacer las cosas, y una manera escéntrica de espresarse; pero en resúmen, no podia ser muy desemejante á otras personas. Emilia, pues, como ya hemos notado, se llevó chasco cuando Violeta prudentemente retrocedió á la vista del riesgo envuelto en el paseo que se le proponia; pero no aventurándose á hacer mas instancias sin tener una disculpa razonable, le fué forzoso disfrazar su sentimiento y á contentarse con lo que habia obtenido.

No mucho tiempo despues de su partida, María llamó á la puerta del dormitorio de Violeta, y habiendo recibido un frio permiso para entrar, le preguntó si necesitaba algo.

—Nada, respondió Violeta con gravedad. Hay una cosa que deseo de tí, y es, que me libres en cuanto sea posible de la pena de verte.

—Eso es lo que intento en cuanto sea compatible con el deber á que estoy limitada, y con que no sufras el resultado de un descuido durante mi ausencia.

—¡Deber! murmuró Violeta á media voz y con desprecio.

—Sí, es mi deber, replicó María; no espero agradarte por ello, sino de satisfacer mi propia opinion de lo que es justo, y llenar una responsabilidad.

—Me parece que puedes encargar á Green que llene tales deberes, toda vez que no se me permite la asistencia de mi doncella, replicó Violeta. Tengo aquí una campanilla, y puedo usarla cuando necesite de Green. Es menos penoso para mí ver una persona que obra como un autómata, que otra que voluntariamente toma un oficio como el que has tomado.

—Sea así, pues, dijo María; y no te molestaré otra vez con mi presencia, á no ser que sea estrictamente necesaria. Green te traerá el alimento á tu hora acostumbrada, y responderá al llamamiento de la campanilla.

Violeta no dió respuesta. Le desagradaba tanto la necesidad de someterse al artificio, que casi se reprochaba á sí misma por el doble motivo que la habia impulsado á espresar su deseo de soledad.

María se retiró; y Violeta, deseando refrescar su calenturienta frente, echó un chal sobre la cabeza, y salió al balcon. El sol se ponia, y un bello dia de otoño pronosticaba al llegar á su ocaso. Apenas un soplo de aire se movia capaz de levantar la mas ténue agitacion en el Océano, ó de hacer á las hojas secas moverse por lo largo del paseo de arena que Violeta tenia ante su vista. Habia la frescura en el aire precursora de una noche algo fria; hubiera sido de una frialdad escesiva, si el viento fuera recio; pero en calma, servia solamente para comunicar una refrigerante sensacion á la doliente cabeza de Violeta. Yacia el gracioso y pequeño Peri en el suave seno de la bahía, con sus masteleros y cordaje perfectamente dibujados en la rosada sombra; era la esperan-

za de libertad de Violeta, y su corazon palpitó de alegria al verle. El aire tan fresco, tan inspirador, la hablaba de libertad, la libertad tan querida á aquel corazon, y ahora mucho mas querida; aun mas, elevada á una pasion por el encarcelamiento de un dia para ella sin fin. La pasion no tiene nada de la razon; busca siempre su objeto. El aire fresco, la libertad de una hora, libertad para correr á placer y saborear las dulzuras de la noche, eran tentaciones verdaderamente; pero Violeta no cedió á ellas desde luego. Hubiera de buena gana pisado afuera y tomado posesion de su libertad por un corto momento. Bajó la escalera suavemente, abrió la puerta que conducia al conservatorio, pasó este recinto, y despues abrió la que conducia al jardin, se paró un poco con la mano descansando en ella, escuchó, pero no oyó sonido alguno mas que el del canto de pequeñas aves libres al tomar su lugar de descanso entre las ramas, y el de la no aprisionada é incapaz de aprisionarse brisa cantando su ténue música entre el follaje de otoño. No podia resistirse; los piés de Violeta estaban ahora fuera de los muros de la prision; otra vez pisaban libres en la tierra. Cerró la puerta, y caminó por el espeso plantío, que hácia este lado se juntaba inmediatamente con la casa, con todo el entusiasmo de la libertad obtenida á pesar y en desafío de una injusta rémora. El plantío, bajo cuya sombra gozaba de este placer, descendia la cumbre del collado hasta la playa. Allí habia estrechos caminos cortados en varias direcciones, y como estuviesen muy densos, y contuviesen además gran parte de bosque y verdura, eran todavía impenetrables á los ojos, aunque noviembre habia empezado á disminuir la verde guarida de los bosques. Violeta habia avanzado algunos pasos

en aquellas intrincadas sendas, parándose algunas veces donde el rocío del moho y hojas exhalaban su refrigerante incienso con peculiar potencia, cuando de improviso la sobrecogió un sonido ruidoso salido de los arbustos inmediatos. Era demasiado fuerte, en su concepto, para ser causado por un pájaro ó un conejo; era posible que le causara un guarda de la caza, que rondaba antes de anochecer; de todos modos, era mejor evitar el ser reconocida por ninguno, y por eso tomó la precaucion de entrar en un corto emparrado donde habia un pequeño asiento de jardin, del cual ella estaba á muy pocos pasos. La sombra de este emparrado, unida á la oscuridad causada por las cargadas sombras del crepúsculo combinada con la del bosque, seria enteramente suficiente á ocultarla de la observacion de cualquiera que pasase por la senda de enfrente.

Apenas se habia sentado un momento, cuando el ruido, como de algun cuerpo grande, forzando su camino por entre las ramas del bosque, otra vez llegó á sus oidos, y algo se veia por la senda. Parecia ser un objeto negro; pero lo que efectivamente era, no lo podia discernir Violeta á causa de la oscuridad. Por otra parte, no tuvo mucho tiempo para la meditacion. El animal, pues esto resultó ser el objeto, se introdujo rápidamente en el emparrado como si hubiera descubierto lo que buscaba, y colocando sus brazos en las rodillas de Violeta, bajó la cabeza para recibir las caricias de ella. Era Hugo, el grande perro negro de Horacio. Habia estado guardado en los establos contínuamente desde que su amo visitaba á Monte San Lorenzo, pero con frecuencia acompañaba á los moradores de la casa en sus escursiones, tanto por tierra como por la mar. Violeta, que

era amante de los perros, habia tomado cariño particularmente á Hugo, de cuyo hecho estaba el animal espresando sus agradables recuerdos. Violeta golpeó ligeramente la cabeza del perro, muy contenta al ver que el ruido procedia tan solo de un amistoso cuadrúpedo.

En este momento se oyó un silbido. Hugo se sobrecogió, y dejó á Violeta al galope como habia llegado. Salió entonces Violeta de su retiro con intencion de volverse á casa; el poco miedo que habia cogido la pusiera ansiosa de ganar un lugar de seguridad. Apenas habia dado un paso, cuando le pareció oir un sonido á la espalda del emparrado. No era en la direccion en que Hugo se habia ido; Violeta se sobrecogió otra vez, volvió á su abrigo, y permaneció á la entrada. Vino hácia ella segunda vez Hugo, y segunda vez fué llamado tambien por un silbido, ahora mucho mas cercano. Pronto, sin embargo, volvió á aparecer corriendo adelante y atrás entre Violeta y la persona que acompañaba. Esta circunstancia no permaneció mucho tiempo dudosa, cuando la alta y graciosa figura de Horacio, que no podia equivocarse aun á la hora del crepúsculo, en tiempo en que ningunas facciones podian discernirse á la distancia de muchos pasos, salió de una de las sendas del laberinto, no distante veinte pasos del emparrado.

Hugo se lamentaba y corria hácia Violeta, y luego retrocedia hácia Horacio, saltando ansioso de apercibir al uno de la presencia del otro. Poco necesitaba Horacio para hacerse sabedor de aquello á que ya estaba preparado, pues que hacia media hora que vagaba en todas direcciones en la esperanza de un encuentro. Avanzó, y cuando se hallaba á pocos pasos de Violeta:

—¿Estoy equivocado, Miss Mandeville? dijo.

M. Ribe

Avanzó y cuando se hallaba á pocos pasos de Violeta, Sois vos? dijo

S. Sanchez Rubio, Editor, Madrid

—Os sorprende, replicó Violeta, verme aquí, y á esta hora; pero cosas estrañas, Mr. Ferrers, han ocurrido desde que nos vimos; y si yo obro de esta manera impropia, la culpa es de otros, no mia.

—Lo sé, lo sé, replicó Horacio prontamente, aunque todo es incomprensible para mí. Pero tengo noticia de una cosa, cual es que no sois feliz y habeis sido injuriada. Habia creido que la medida de mi afliccion estaba llena al dejaros, quizá para siempre; mas ahora siento cuánto mas amargo es veros sufrir que soportar mi propia desgracia.

—La conducta de Lord Staplemore debió ser por cierto ininteligible para vos y para todos, replicó Violeta, los que no han esperimentado mucho tiempo hasta qué grado el egoismo y la pasion pueden hacerle perder de vista tanto la justicia como el buen porte. Por eso voy con la ayuda de otros á sustraerme de su tiranía, y buscar la proteccion de otro miembro de mi familia. No añadais por consiguiente esa ansiedad á vuestra afliccion, Mister Ferrers. Mas bien tengo yo motivos á sentir penas al recordar cuánta parte he tenido en la causa de vuestra infelicidad. Creedme, estoy de ello pesarosa; aun mas, siento remordimientos. Habeis venido dichoso á Monte San Lorenzo, dichoso y con el corazon espansivo, y le dejais cargado con penosos recuerdos, quizá desvanecidas esperanzas, de que yo soy la causa.

—Nó; jamás me atreví á esperar, salvo por un momento, un irreflexivo, un loco momento, replicó Horacio con sensacion profunda, cuando de mi cabeza se apoderó un vértigo con la súbita sorpresa de oir que no mediaba una barrera insuperable entre nosotros, olvidando aquella barrera que nadie puede remover, la eter-

na desigualdad que no puede borrarse, y que me hacé indigno de vós.

Violeta se sonrió.

—Nó, Mr. Ferrers, yo no puedo admitir ninguna cosa que me ensalce tan estrañamente, ú os deprima sin piedad. Si de algun modo he sido injusta con vos, que es posible atendida mi conducta poco cauta, á lo menos no os he agraviado con estar ciega á vuestros méritos, que no son de menor valor á mis ojos, porque apenas manifestais conocerlos. Si con dificultad me reconozco suficiente para decir que tengo un corazon que dar, á lo menos conozco bien que puedo estimar y respetar, como puedo despreciar y aborrecer. No ha sido Monte San Lorenzo una buena casa para alimentar los afectos, y los mios han sido aplastados en capullo; pero se hubiera requerido una presion sobrehumana para deprimir aquella innata aprobacion del mérito moral que siempre en mí ha sido fuerte. Si el conocimiento, Mr. Ferrers, de que poseeis mi estimacion y amistad puede ser de algun consuelo á vuestros heridos sentimientos...

—Miss Mandeville, dijo Horacio interrumpiéndola, no poseer vuestra estimacion, seria por cierto frenesí, locura, pero no hableis de consuelo. ¿Qué puede consolar al que ama sino el amor? Una esperanza ó una memoria es lo que puede alimentar un corazon amante. Si la esperanza me es negada, entonces tomaré un refugio, no en contentarme con algo menos que el amor; oh, nó, esto no puede ser! Vagaré en torno de la memoria de lo pasado, de la primavera de mis dias, que nunca volverán. Aquí está mi consuelo, mi único tesoro, si me desterrais de vuestro lado; y Horacio sacó de su seno la

marchita rosa que Violeta habia dejado caer en la noche del baile.

—Mirad, continuó, está muerta, como mi esperanza, pero fragante aun como mi memoria.

—¿Habeis olvidado entónces, dijo Violeta algo conmovida con el profundo afecto espresado en las maneras de Horacio; ¿habeis olvidado tan pronto, Mr. Ferrers, que aceptásteis mi amistad y simpatías el otro dia, cuando no podia prometeros mas?

—¿Sí? dijo Horacio oprimiendo distraidamente su frente con la mano. Apenas sé lo que digo ni lo que hago. ¡Oh! si conociérais lo que vos no podeis conocer, la desgracia de un amor no correspondido, no os admiraríais de que un minuto esté dispuesto á seguiros por todo el mundo para que me quede la esperanza de que alguna vez volvais la cara y me concedais una bondadosa sonrisa, mientras que otras veces deseo huir de vos para siempre. Esto es mejor. Dejadme ir; mi vida es una existencia gastada, que ha dejado una historia de infortunio... Horacio hablaba con pasion, lo que raras veces hacía. Intentaba trabajar en los sentimientos de otro, en lugar de obrar como de costumbre, pasivamente en sí mismo. No estaba fingiendo amor, porque demasiado le sentia para necesitar esta apariencia; pero fingia una desesperacion que no era suya. ¡Ah! el disimulo, hasta aquí en él mas pasivo que activo, mas negativo que positivo, habia avanzado á un desarrollo mas conocido. El curso sucesivo debia ser mas rápido.

Pero Violeta no estaba en guardia, y la última cosa que en el mundo hubiera imputado á Horacio, era un plan de engaño, ó una espresion que se separase un punto de la sencillez y la verdad.

Ester no se habia equivocado enteramente en su juicio del defecto de consecuencia en Violeta. La conducta de esta, como aquella habia dicho, donde no se tocaba un supuesto principio, ó donde no se escitaba su orgullo, era en gran manera hija de las circunstancias, ó del impulso del momento. Uno de aquellos momentos que exigen alguna decision, habia llegado. Violeta debia abandonar á Horacio, ó debia animar su constancia. ¿Pero queria Violeta abandonarle? Entonces venia sobre ella el pensamiento de que él habia sufrido mucho para deberle alguna compensacion. Quizá ella lo creia así; quizá ella queria pensarlo así; de cualquier modo, Violeta calló; Horacio vió el momento de la duda, y se aprovechó de él.

—Adios, Miss Mandeville, dijo con una voz de profundo abatimiento.

Violeta no dió respuesta, pero un cambio imperceptible pasó por su semblante, que, á pesar del acrecentamiento de las sombras de la noche, Horacio notó. La contenpló un instante, y entonces con súbita ansiedad, y como si todo el destino de su vida estuviese marcado en esta pregunta, ¿me amais? dijo: ¿me amareis algun dia?

—No me lo pregunteis ahora; este no es tiempo, replicó Violeta moviéndose; además, ya he permanecido aquí mucho, y la hora es tarde.

—¿Entónces puedo preguntároslo otra vez? replicó Horacio.

Violeta no dió respuesta alguna, pero tampoco dijo que «nó.»

Horacio tomó su mano al pasar, y la besó; Violeta corrió rápidamente á casa.

Horacio permaneció donde ella le habia dejado. El jóven llegaba ahora á la cumbre de sus esperanzas; porque con la generosidad de corazon de Violeta y elevado sentimiento del honor, creia seguro que no le rechazaria; aun mas, se consideraba ya aceptado. Sí; estaba en la cumbre de sus esperanzas. Habia emprendido su camino por medio del pecado, por deslealtad, por traicion, por engaño; ¿qué importaba? No pagaba á esto un pensamiento siquiera en estos momentos; no le parecia que habia obrado de esta suerte. A los ojos de Violeta era moralmente virtuoso, con un elevado sentimiento de lo recto, lo justo, lo verdadero, y casi se imaginaba él ser lo que ella le juzgaba. Pero mas que todo esto era que Violeta le amaba. ¡Ser amado de Violeta! Apenas comprendia su felicidad; no podia realizarla. Se maravillaba de poder guardar una regular compostura y no estar fuera de sí de alegría. ¡Qué estraña cosa es el corazon humano, con sus salvajes é insaciables esperanzas, y su estupidez, cuando es llevado cara á cara con lo que ha esperado mucho tiempo como su bien principal!

Horacio despertó de su ensueño por un ligero toque en su mano, y una risita que sonaba en su oido. Parecia provenir de algun duende ó espíritu malévolo de los bosques. Se sobrecogió y miró en derredor suyo. Era Albertina. Esta se rió otra vez al mismo tiempo que Horacio la contemplaba por un momento, demasiado enojado del encuentro para saber con exactitud lo que debia decir.

—¿Qué haceis aquí, Mr. Ferrers? preguntó la juguetona pequeña dama.

—Nó, mas bien os debo preguntar, ¿qué haceis vos, Lady Albertina?

—¿Qué hago yo? replicó Albertina. Lo mismo que hago todo el dia. ¿Sabeis qué es?

—Nó, replicó Horacio.

—Nada absolutamente, replicó su alegre compañera; y ya estais contestado.

—No es una hora á propósito, dijo Horacio, cuyo enojo casi le disponia á dar una leccion, para estar fuera de casa señoritas jóvenes. Mucho mejor estaríais en ella.

—¡Señoritas jóvenes como yo! dijo Albertina pensativa y cruzando sus pequeños brazos; esto es, señoritas muy jóvenes, supongo. Sin embargo, podré muy pronto. ¿Cuánto tiempo juzgais que debe pasar hasta que tenga tanta edad como Emilia ó mi prima Violeta?

—¿Qué quereis decir? dijo Horacio con impaciencia.

Su pequeña atormentadora se rió otra vez.

—Lo que yo quiero decir es que todas las cosas por que me regañan ó me dicen que no deben hacerse, ó se me pone mala cara, son cabalmente las mismas que todas las demás hacen todos los dias porque tienen algunos años mas.

—No censureis á otros cuando no conoceis sus razones, dijo Horacio; no teneis bastante tiempo para entenderlas.

—Bien; me atrevo tambien á asegurar que es verdad, y que hablo acerca de cosas que no comprendo, replicó Albertina. Soy demasiado jóven, y debo pensar solamente en margaritas y ranúnculos. Ahí en ese bosque hay algunas veces gran porcion de bellas flores silvestres. ¿Sabeis, Mr. Ferrers, por qué las violetas apetecen la sombra?

Horacio hizo un movimiento de disgusto.

—Como bien conoceis, ahora solamente hablo de flo-

res, añadió su compañera. Soy una pequeña muchacha y no debo hablar de otra cosa. Bien, decidme: ¿no sabeis por qué la violeta apetece la sombra? Pues entonces yo os lo diré, añadió acercándose á Horacio y poniendo su pequeña mano en la suya; es porque así piensa que no se la vé.

Entonces dando salida á otra estrepitosa carcajada, aquella forma de duende fué saltando con direccion de la casa, dejando á Horacio en estado de mas ambigua satisfaccion de la en que le habia encontrado.

El carácter de Albertina, igualmente que su forma, tenia por cierto mucha afinidad con lo que la imaginacion ha investido al duende. La alegría, la travesura y el ingenio, que pertenece á este ideal, eran suyos; y aquella porcion de malignidad que parecia dirigirla, estaba completamente descartada de odio. Albertina era maliciosa por el amor del juego, no por deseo de hacer daño. En resúmen, esto es lo que forma el elemento frecuente del carácter pueril, y donde no es escesivo y encuentra como debe, no con medidas coercitivas que irritan cuando son usadas esclusivamente, sino con otras reparadoras, fácilmente puede dominarse. Estas medidas reparadoras consisten en mimar en el corazon los sentimientos de veneracion y amor; porque aunque esta falta se disculpa en el niño, no es en sí misma una vagatela, pues es el resultado nada menos que de la ausencia de aquellas dos virtudes en su estado activo. Esto no obstante, bien puede suceder por irreflexion en la primera edad, aun cuando semejantes cualidades se hallen realmente poseidas con fuerza en un estado latente. Uno de los oficios de la educacion moral es desarrollarlas, y la pobre Albertina

no tenia educacion moral. Monte San Lorenzo era, como Violeta habia dicho, muy mala escuela para los afectos; aun mas, carecia de términos hábiles para hacer brotar el sentimiento de la veneracion. El carácter de Albertina necesitaba grandemente las influencias que no habia en la casa de su padre. Necesitaba en especialidad algo que respetar. Algunos niños, por cierto la mayor parte, están dispuestos á abrigar un respeto en alto grado por los que son completamente indignos de ser respetados. Imputan perfeccion á los deslumbradores defectos de sus padres y de aquellos que los rodean; su sencillez, su fé pronta, su humildad y reverencia hácia todo lo que está sobre ellos, hacen mas posible este fenómeno de lo que á primera vista aparece; y aunque la verdad desnuda y fatal los ilumine, por último, en unos gradual, en otros instantáneamente, formando una época crítica de su vida interna, todavía el error, mientras dura, opera con el bien mezclado con algun mal; pero en mayor escala el bien en la mayor parte de los casos. Mas no sucede así con todos los niños, que faltos de esta instintiva reverencia y dotados de mucha viveza natural y penetracion, aprenden muy temprano á escudriñar, juzgar y despreciar aquellos á cuyo lado viven. Así habia sucedido en el caso de Albertina; no habian tenido éxito las gestiones de Miss Trevannion en imprimirle sentimiento alguno de respeto, en parte porque su autoridad nunca era apoyada, lo que la hacia recelosa al ejercerla; y en parte porque aunque mujer buena, amable y piadosa, carecia del poder de entendimiento y tenia tambien un talento limitado, que Albertina percibia y despreciaba.

Albertina habia sido testigo de la entrevista entre

Horacio y Violeta, escuchando tras del emparrado donde habia estado oculta desde que oyera los pasos de aquellos, conociendo que era mas tarde de la hora en que se le permitia estar fuera de casa. No era de esperar que guardase el secreto enteramente para sí. Su primer confidente era Emilia, la hermana que mas amaba, porque esta rara vez la reprendia y era casi tan niña como ella.

—Oh, querida Emilia, no sabes lo que he visto; Mr. Ferrers haciendo el amor á Violeta en el plantío. Estoy segura de que tratan de fugarse. Ahora ya sé por qué papá tiene cerrada á Violeta; pero ha salido sin embargo, lo he visto todo.

—No seas necia, dijo Emilia espantada; no vayas á decir eso causando un disgusto á Violeta.

—Si me dices que esto es una necedad, replicó su hermana, cuando sé que es efecto de buen sentido lo que estoy diciendo, iré á contarlo á otro que me crea.

—¿Pero cómo sabes que Mr. Ferrers estaba hablando de amor á Violeta? dijo Emilia. Cuéntamelo todo, querida niña; necesito saberlo.

Albertina, deleitada con la importancia de tener algo interesante que comunicar, se sentó en un taburete á los piés de Emilia, inclinando la pequeña cabeza sobre las rodillas de su hermana.

—Emilia, dijo, debe ser grande diversion tener un amante, y oculta en los bosques, verle cuando nadie lo sospecha.

—¿Oiste lo que dijeron? preguntó Emilia sin ofrecer contradiccion alguna á un sentimiento con que tan grandemente simpatizaba.

—Nó, á lo menos muy poco, replicó su hermana.

Temia aventurarme á salir del emparrado, recelando que Mr. Ferrers viese mi vestido blanco, porque estaba vuelto hácia donde yo me hallaba; pero pude percibir un poco aquí y otro allá, y estoy cierta de haber oido la palabra «amor» una ó dos veces. Entonces Mr. Ferrers sacó algo del pecho de su casaca, pero no pude ver lo que era; despues lo volvió á guardar, y me pareció oirle un minuto despues: ¿Me amais? ¿Qué debe una responder, Emilia, cuando ama á alguno, sí? Esto es muy corto y muy seco.

—No se trata de eso al presente, replicó Emilia; tiempo queda bastante para ello; ahora necesito saber lo que Violeta dijo.

—Eso no pude oirlo, dijo Albertina; pero debió ser algo casi tan corto como un sí, porque no se detuvo despues ni un momento; sin embargo, estoy segura de que quedó todo convenido, porque ví á Mr. Ferrers besar su mano. ¿Besan tu mano los hombres cuando los aceptas?

—¡Cómo puedo yo saber eso, niña imbécil! dijo Emilia.

—Oh, estoy segura de que sí, replicó Albertina astutamente. ¿Piensas hacerme creer que nunca has aceptado á ninguno?

Entonces, levantándose del taburete, así que vió la accion de Emilia, intentando infligirle un castigo burlesco, corrió hácia la puerta.

—Ven acá, ven acá, dijo Emilia volviendo á sentarse, y no hagas ruido, ó tendrémos al instante los de casa preguntando la causa.

—Entonces no me cogerás para hacerme cosquillas, replicó Albertina, ó no te prometeré nada.

—Te doy mi palabra, dijo Emilia, y ahora me prometerás no decir nada á nadie de cuanto has visto.

—¿Qué, nunca, nunca? preguntó Albertina, eso es demasiado.

—Bien, solo por algunos dias á lo menos, dijo Emilia; y ten en cuenta que si lo dices, conseguirás que te regañen por estar fuera tan tarde. Pocos dias hace que oí decir á Bárbara que te hace falta otra directora.

—No tendré otra directora, dijo Albertina ásperamente.

—Entonces sigue mi consejo, dijo Emilia, y dime lo que has visto y oido, y á nadie mas.

—Quisiera decírselo á Jorge, dijo su hermana.

—Bien; pero á ningun otro. ¿Entiendes?

Albertina dió todas las promesas que eran de esperar de un ser tan voluble, y Emilia las aceptó con tanta confianza como pueden inspirar las promesas de una niña caprichosa. Lo restante del dia pasó tranquilamente, y aunque el secreto de Albertina asomaba á sus ojos, corria por su risa y estaba pronto á la punta de la lengua, Emilia procuraba tenerla en órden é imponerle silencio. Cuánto tiempo lo conseguiria era una cuestion, y sinceramente deseaba que el dia siguiente pasase, y su ansiedad tocase á su término.

CAPITULO XII.

Violeta encontró de madrugada en el balcon la carta prometida. Aquella carta le daba todos los detalles necesarios del plan propuesto; la fuga estaba señalada para aquella misma noche; pero Violeta no debia sorprenderse si observaba la ausencia del Peri durante todo el dia, supuesto que siguiendo el mismo viento, como prometia, Jorge tenia el proyecto de ir á Portmore, dejar á Mr. Ferrers en la ribera de este lugar y aprovecharse de la oportunidad para embarcar algunos víveres y hacer otros arreglos del viaje. Además se proponia, siendo posible, ajustar en nombre de Emilia una persona á propósito para el servicio de Violeta. Por la tarde debia volver y aparentar que navegaba mar adentro, regresar despues del crepúsculo á la vecindad, tomar á Emilia á las ocho á bordo y venir á la ribera en el bote un poco despues de las nueve, donde esperaria en el desembarcadero hasta que Violeta, habiendo despedido á todos para acostarse, pudiera bajar con toda seguridad. Jorge aconsejaba á su prima que no llevase otra cosa que un ligero saco, cuyo contenido pudiera conducir ella misma cómodamente, puesto que Emilia la proveeria de todo lo necesario, esperando que

antes de muchas horas seria puesta á salvo bajo la proteccion de su tio, de quien estaba segura la recibiria alegre y bondadosamente.

Violeta se sentia tranquila y satisfecha de todo el arreglo que habia hecho; parecia irreprochable en todo y casi cierto del éxito. A las pocas horas debia ser libre, personalmente libre del yugo bajo el cual gemia, y libre de la desgraciada indagatoria á que habia de estar sujeta. Sin embargo, no se sentó ociosa á reflexionar sobre todas estas cosas; tenia mucho que arreglar, y al instante se puso á la obra. Abriendo su escritorio sacó una buena suma de dinero en billetes de banco, que afortunadamente tenia en su poder por aquel tiempo, puesto que hacia muy poco que le habian pagado su pension personal. Esta circunstancia era un recurso de mucha satisfaccion para ella, en razon de que ni aun temporalmente queria estar á espensas de nadie. Habiendo transferido aquellos billetes á su bolsillo, se sentó á escribir varias cartas esplicando su conducta y las razones que la conducian á dar aquel paso. La primera fué á Lord Staplemore; esta era calmada y respetuosa. No saboreaba en ella inútiles reproches, sino que simplemente recapitulaba en fuertes y enérgicos términos lo que habia ocurrido. Sentia la necesidad de ser aparentemente culpada hácia él de un acto de desobediencia y respeto, al separarse de su techo á una edad en que la ley aun le conferia derechos sobre ella; pero recordaba tambien que no era en efecto culpable, toda vez que su tio habia sido el primero en violar la ley que imponia mútuas obligaciones, rehusándole la proteccion que la debia. No solamente la habia privado injustamente de su personal libertad, pareciendo así su carce-

lero, nó su tutor, sino que su conducta habia sido calculada para herirla en su honor, dirigiéndole injuriosas sospechas. No conociendo qué daños aguardaban á su reputacion en las medidas posteriores, se veia colocada en la necesidad de buscar el amparo de otro pariente; pero que como su objeto era tomar un asilo, sin censurar á nadie, volveria en cualquier tiempo si se le daban oportunas seguridades de que seria tratada de una manera conveniente.

Además de la carta á Lord Staplemore, escribió tambien á Bárbara, Catalina y María, incluyéndoles copias de la de Lord Staplemore por temor de que este no les permitiese ver la suya. Tambien escribió á Lord San Lorenzo, pero se reservó esta carta para ponerla por sí misma en el correo para mayor seguridad; mas en ninguna de estas cartas aludia al modo de su fuga y á la parte que habian tenido otros en auxiliarla.

Entretanto Jorge habia cambiado el plan de aprovecharse de su yate para ir á Portmore, en razon de que la escesiva calma de la mañana haria larga probablemente la espedicion, dejándole poco tiempo. Por eso salió por tierra, debiendo de seguirle el yate con Horacio tan pronto como la brisa arreciase con el avance del dia. Horacio estaba desde muy temprano en la cubierta observando alternativamente la distancia de la línea de sombra en el agua, que auguraba el viento que le habia de conducir, y contemplando vivamente, pero por mucho mayores intervalos, las torrecillas de Monte San Lorenzo, que se elevaban pintorescamente en la cresta de la montaña desde el seno de los arboles que le circundaban, y discurriendo sobre cuál porcion del edificio contenia su terrenal tesoro.

Mientras que así agradablemente empleaba su ociosidad, un bote, que parecia haber venido del desembarcadero cercano al pueblo, se dirigia hácia el Peri. La próxima salpicadura de los remos llamó la atencion de Horacio; poco tiempo le hubo observado cuando alcanzó el yate, y un hombre preguntando por Ferrers saltó á bordo con una carta, manifestando que esta acababa de llegar espresamente por un mensajero de á caballo, y que inmediatamente habia tomado su bote para llevarla por haber oido al dueño del «Cisne» que el caballero á quien se dirigia estaba á bordo del Peri. Horacio conoció la letra del sobrescrito al instante; así, sin oir al hombre, cuyos volubles detalles eran por cierto principalmente dados con la mira de llamar la atencion sobre sus servicios, Horacio bajó á la cámara á leer la carta impasiblemente. Contenia algunas líneas atropelladas de Rosa, suplicándole regresara lo mas pronto posible si queria ver á su querido padre aun vivo. Aunque la mente de Horacio estaba condensada con sus egoistas proyectos de felicidad, no pudo recibir impasible esta noticia. Horacio tenia un carácter dulce, dispuesto superficialmente á los buenos sentimientos, como aquellos suelos cuya riqueza no consiste mas que en una capa delgada en la superficie, ó como la tierra de la roca en la parábola. El coronel O'Donnell habia sido para él un padre bueno y afectuoso; aun mas, Horacio tenia por hábito llamarle por este muy querido nombre cuando le hablaba, y considerarle con todos los respetos debidos á un verdadero padre. Por eso la noticia no fué solamente súbita, sino que fué penosa; echó la cabeza entre las manos por un momento descansando sobre la mesa, estraviado con el inesperado golpe que habia recibido, y entonces cruzó

por su mente la idea de si la enfermedad tendria alguna conexion con el descubrimiento del cambio de propósito de Rosa, y fuera por tanto él indirectamente la causa. Oh, nó, nó: Horacio repelia esta idea. Rosa misma le habrá dicho que era un acto libre suyo dedicarse á Dios; que habia sido un pecado de ella el retardar este acto sin que él tuviese culpa alguna. Horacio acertaba en la suposicion. La enfermedad del coronel O'Donnell habia sido causada por las defraudadas esperanzas de muchos años. Este chasco caia mas agudamente sobre él, porque habia imaginado ahora asegurar su cumplimiento; así, lo que hubiera oido dos meses antes solamente con enojo y afliccion, vino ahora sobre su mente como un golpe fatal. Rosa estaba en este momento recibiendo el castigo de haber sido infiel y de su debilidad en una prueba mucho mas severa que aquella ante la cual habia retrocedido. Pero dichosos de los que reciben tal castigo; son presentes de amor hechos por un Dios de amor. Ella conocia esto, y dulcemente aceptaba la amargura de su afliccion. Pero á Horacio le espantaba la idea de castigo. Esta flecha no iba apuntada á su persona; quizá tenia razon; era el castigo de Rosa, nó el suyo; el suyo tal vez estaba á punto de llegar, pero ¡desgraciado de aquel á quien no llega á este lado de la tumba! ¡Desgraciados de aquellos que pecan y prosperan!

Horacio dispertó de sus aflictivos pensamientos á la entrada de Bowles, quien despues de pedirle perdon por haberle interrumpido, le dijo que el hombre que habia llevado la carta esperaba por ver si le daba algo en atencion á su trabajo.

—Esperad, dijo Horacio, ocurriéndosele un súbito pensamiento; voy á la ribera con él desde luego.

Bowles, sorprendido con la palidez desusada del semblante de Horacio, le siguió por la escalera, manifestando bondadosamente la esperanza de que no seria cosa que le pusiera en cuidado, porque el jóven Mr. Ferrers era á bordo el favorito de todos. Horacio le dió las gracias, añadiéndole que la carta contenia malas noticias, saltó al bote y caminó rápidamente hácia el pueblo.

Hasta despues de haber llegado á la posada, y de ver el mensajero para obtener de él todos los detalles, no se acordó de que en medio de la escitacion y la prisa, habia descuidado dejar instrucciones relativas á la direccion del equipaje. Mientras ponian listo su caballo, se sentó por tanto á escribir á Emilio, suplicándole le desembarcase del Peri inmediatamente y se le enviase á Crewe-Hall. Estaba para dar esta carta al mensajero con objeto de que la llevase á Monte San Lorenzo, cuando el mozo de la posada le informó de que acababa de llegar el cartero en aquel momento, y la podria llevar con las demás cartas. Horacio se la dió inmediatamente, y pronto se vió galopando por el camino de Crewe-Hall.

En la bolsa del cartero habia tambien otra carta para Emilio; el sobre era de mano de Clara. Fué la primera que abrió y leyó:

Mi querido Emilio:

«Cirilo no estaba muy bien ayer por la mañana, y por la tarde fué atacado de convulsiones. Se ha recobrado, sin embargo, de este parasismo, y duerme tranquilamente, gracias á Dios; pero como Mr. Carter no puede asegurarme que no se repetirá el ataque, y con

él el peligro, he creido oportuno ponerlo en tu noticia sin dilacion....»

Apenas pudo Emilio concluir: mucho menos podria leer la otra carta. Habia olvidado que tenia la segunda en la mano, y maquinalmente la trasladó al bolsillo, entretanto que á toda prisa mandaba disponer su caballo para volar á Portmore. Aquel niño era el objeto, no solamente donde tenia colocados todos sus mas amantes afectos, sino tambien casi todos sus afectos. No solamente le amaba como su hijo, sino que le amaba con todo el amor que Clara no podia conseguir de él; le amaba penosa, esclusivamente, porque no tenia otra cosa á que pudiese perfectamente amar. Los hijos de uniones que han probado mal son frecuentemente queridos con pasion.

Entretanto avanzó el dia y apuntó la brisa; pero como el viento habia cambiado á otro cuadrante y no era igualmente favorable para ir á Portmore y volver, Bowles, siguiendo las órdenes que habia recibido, no dejó sus amarras en todo el dia. Como Horacio no habia dicho si volveria, el discreto capitan del Peri no tomó otras medidas acerca del equipaje que habia dejado que reunirle y colocarle en la cámara esperando su destino.

Eran las cuatro y media, y Emilia estaba haciendo sus preparativos para ir á bordo, puesto que el bote habia de llegar á la ribera á las cinco menos cuarto, hubiese ó no regresado Jorge. Su corazon palpitaba con mas violencia, cuanto mas se acercaba el momento, recordando cuán posible era que algun insignificante incidente derrotara el bien combinado plan tan cerca de su cumplimiento. El éxito dependia, cuando no de otra cosa, del silencio de una loca niña por unas pocas ho-

ras mas. Emilia de buen grado hubiera permanecido en tierra todo el tiempo que le fuera posible para tener en guarda á Albertina, pero no encontraba un motivo racional para obrar así; además, Jorge podia llegar al instante y hallarse chasqueado en sus cálculos si no la hallaba lista en el Peri á la hora señalada. Algo la consolaba la circunstancia de hallarse Albertina en cama de un constipado, cogido, segun se suponia, por haber estado oculta entre árboles húmedos el dia anterior hasta una hora tan avanzada, y era de esperar por tanto durmiese el resto de la tarde, ó á lo menos que no tuviese mucha oportunidad de cometer una indiscrecion.

Habiendo Emilia ahora enviado su equipaje al embarcadero y puesto su gorro y su abrigo, corrió al cuarto de Albertina con intencion de decirle adios y hacerle las últimas amonestaciones para que guardase el secreto. Albertina, impaciente, calenturienta y cansada de hallarse en cama, empezó á dar vueltas y á lamentarse. Emilia se sentó á su lado é intentó calmarla.

—Estoy tan triste porque te vas, querida Emilia, dijo su hermana; esto vá á ser muy fastidioso sin tu compañía; todos los demás son tan malhumorados y tan desagradables para mí; y estoy tan cansada de estar en la cama; quiero ir contigo en el bote para ver á mi querido Peri. ¡Oh, sí, quiero levantarme!

—Estáte quieta, querida niña, dijo Emilia, y no tires la ropa, ó te pondrás peor del constipado.

—Tengo tanto calor; quiero..., y despues, Emilia, cuando te hayas ido, no tendré á nadie á quien hablar de lo que ya sabes.

Emilia dirigió el dedo á sus lábios, y dijo: recuerda que me has prometido no decir...

—¿Por cuánto tiempo? preguntó Albertina, ¿hasta que vuelvas? ¿Cuándo será? Oh, vuelve pronto, querida Emilia, esto es tan tonto sin tí.

Emilia la besó para ocultar la lágrima que involuntariamente asomaba á sus ojos, porque era un largo adios el que daba á aquella inocente niña.

Despues de bajar precipitadamente la escalera, corrió por diferentes habitaciones aquellos sitios que le eran tan familiares desde su nacimiento. Estaban como siempre. Nada habia allí para advertirle que no entraria y saldria en ellos como siempre habia hecho; pero ella sabia que ya no seria así en lo sucesivo; tal vez nunca volveria á la casa de su infancia. Por un acto propio estaba á punto de cerrar aquellas puertas tras de sí. Lo conocia, pero no la molestaba un sentimiento real, porque nunca habia amado su casa; aun mas, la habia aborrecido, habia esperado impaciente mucho tiempo decirle adios; sin embargo, pocos son los que pueden librarse de aquellos involuntarios sentimientos que la sociedad de años engendra en el corazon, aun cuando muy alegres se imaginen indiferentes.

—Ahora, decia Emilia para sí, puedo ir y venir libremente por estos sitios, y pronto seré un estraño, una persona que tendrá tan poco derecho á entrar y tan poca esperanza de hallar una bienvenida, como cualquiera buhonero que puede en este momento estar trajinando en ese camino real.

Emilia se hallaba cerca de un tiesto donde florecia un geránio, y cortó su flor mas bella como el último ejercicio familiar del derecho de una niña de la casa.

—¿Por qué haces eso, cuando quedan tan pocas en esta estacion del año? dijo Bárbara así que entró en la

sala principal, dispuesta para salir á paseo; yo las guardo y cuido con avaricia.

—No me la rehuses, replicó su hermana; tal vez me ahogue y no vuelva á coger otra.

—¡Púf, púf! dijo Bárbara, si piensas eso, ¿por qué te vas? Vamos, este es el momento; déjame que te despida en el bote.

Las dos hermanas dejaron juntas la casa, y la irreflexiva Emilia pronto habia dado sus penas al viento.

La noche habia cerrado, y dadas las nueve, Violeta espiaba impaciente los pesados movimientos de Green en el cuarto, puesto que en cumplimiento de las estrictas órdenes de María, debia aquella sirvienta pensar contínuamente sobre cualquiera cosa posible ó imposible que Violeta necesitase, aunque bien conocia que nada le haria falta.

Violeta por su parte temia espresar un deseo de que se retirase, por no levantar sospecha con una cosa que no hacia de costumbre; pero era para ella muy duro contener su impaciencia, de modo que esteriormente fuera imperceptible; porque aunque por naturaleza era cualquiera cosa, menos impaciente ó irritable, nunca tuviera el hábito de ocultar sus sentimientos cuando quiera y como quiera los esperimentase. Habiendo por último Green completado su vigilancia y habiendo preguntado á Violeta si la permitia volver mas tarde á desnudarla, y contestada con la negativa y una seguridad de que nada tenia que hacer allí por aquella noche, se marchó con paso tardo, y despues siguieron diez incómodos minutos de prudente suspension, por temor de que á Green se le ocurriera despues algo que la obligase á volver al cuarto. Todo estaba tranquilo, sin embargo;

y Violeta suavemente dió vuelta á la llave que daba al cuarto de María, tomó su chal y su sombrero, y en seguida poniendo las cartas de Lord Staplemore y sus tres primos sobre la mesa, entró en el cuarto interior donde habia guardado el pequeño saco con su equipaje. Cerrando esta puerta tambien, abrió la ventana, bajó al balcon y dejó á Monte San Lorenzo para siempre.

Le dejó aun sin el ligero y superficial sentimiento de Emilia; tal vez la oscuridad de la noche echaba un velo sobre todas las cosas capaces de despertar tales sensaciones, ó el temor de descubrimiento ahogaba cualquiera emocion de una naturaleza menos palpitante. Acaso aunque hubiera dejado aquel lugar á la luz del medio dia, nada hubiera sentido, porque Violeta era incapaz de sentimientos á medias. Sus conexiones en la familia no eran fuertes y sus pasiones eran mas fuertes que su imaginacion. Nada conocia por consiguiente de aquellas tiernas contradicciones y aquellos locos pesares hácia lo que realmente se aborrece, á que están ligadas personas de una fibra mas sensible y mas poética susceptibilidad.

Era una noche oscura. No habia salido aun la luna, y los cielos estaban oscurecidos con densas masas de nubes. Estaba apacible, sin embargo, y el viento, que aunque fresco, no era muy fuerte, llevaba á la cara de cuando en cuando una burbuja de agua, el heraldo de una noche húmeda. Los pasos de Violeta en la arena sonaban alarmantemente en aquella hora silenciosa; pero apenas podia condescender á pisar despacio como un culpable, tal era la cuantía de orgullo indignado que llenaba su alma al cerrar la puerta de su prision, y al afirmar que comenzaba para ella, no una hora de liber-

tad, sino que como lo esperaba, la libertad de toda la vida.

Pronto estuvo bajo el abrigo del plantío, y abriendo su paso por aquéllos senderos hasta la playa. Tan pronto como salió y estuvo á unos cien pasos del pequeño muelle que formaba el desembarcadero, oyó á Jorge darle voces para animarla antes que ella le viese, é inmediatamente este estendió la mano para darle la bienvenida afectuosamente y felicitarla por su segura fuga.

—Ahora ya estamos libres, dijo al tiempo de cruzar el brazo con el de su prima; y ya puedes, Violeta, burlarte del viejo patron.

Violeta, sin contestar á este sentimiento, que chocaba un poco con su mas elevado punto de vista del negocio, le dijo cuán verdaderamente sentia la parte amigable que tanto él como Emilia habian tomado, y cuán sinceramente confiaba que ninguna mala consecuencia les vendria por el auxilio en el paso que ella se creia en el deber de dar.

—No hay en eso ningun peligro, replicó Jorge; pero te diré, Violeta, que aunque le hubiera, seria mayor mal para mí no estar pronto á arrostrarle por causa.... Aquí tosió Jorge, lo cual le interrumpió, y Violeta anticipando la conclusion de la sentencia, habia casi involuntariamente dado las gracias, cuando él añadió: por causa del chiste del lance que pertenece á mi diversion favorita. Figúrate cuando estémos entre la espuma del canal mañana por la mañana, cuál será la escena que tendrá lugar en Monte San Lorenzo al abrir tu puerta y vean que voló el pájaro. ¡Qué gracioso! Quisiera poder estar en las dos partes á la vez.

—Esos no son precisamente mis sentimientos en el ca-

so, Jorge, replicó Violeta algo enojada; lejos de ser un goce, siento en estremo todo lo que puede parecer una sorpresa burlesca. Si hubiera sido posible, hubiera preferido despojar mi partida de todo el colorido de una fuga. No soy culpable, no soy una fugitiva criminal. Mi causa es la causa de la justicia, y en lo que concierne á su integridad no teme la luz del dia. Si la ley del reino dá potestad á tu padre, la ley natural me dá á mí un derecho. Hubiera preferido hacer valer este derecho ante la faz de mi tio y marchar pacífica y gravemente por la puerta á su vista.

—Pero como te hubiera introducido mas adentro, replicó Jorge, mejor te haces justicia por la mano. Demasiado se te advierte que podrás á alguna distancia jugar con él como te dé la gana. En tu lugar me valdria del papel al efecto tan pronto como llegase á Brest.

Llegaban ahora cerca del bote, y Violeta, á quien este modo vulgar de ver el asunto era en estremo desagradable, manifestó á Jorge que esperaba nada diria delante de la tripulacion que escitase la curiosidad.

—¡Inocente! dijo Jorge, estos hombres no piensan; además, seré la discrecion misma. Vamos.

Jorge saltó al bote, y ayudando á embarcarse á Violeta, pronto con un empuje se pusieron en direccion del cúter que los aguardaba.

—Tendrémos una noche fresca, dijo Jorge al mismo tiempo que trabajaba como piloto, y levantarémos un poco de polvareda antes de llegar á Brest. De paso, Violeleta, debo manifestarte que no he podido encontrar en Portmore una sirvienta esperimentada, y tendrás que acomodarte con lo que he hallado. Temo que conozca poco de las modas francesas en el peinado y todas esas

cosas; pero juzgué que seria mejor que nada y que pasarias con ella hasta encontrar otra mas á propósito. Su busca fué lo que me detuvo tanto tiempo; así es que hemos llegado en el último coche; solamente la habia enviado á bordo en un bote desde el pueblo y esperado aquí hacia un cuarto de hora cuando hiciste tu aparicion.

—Gracias, dijo Violeta; como sea una persona honrada, quedo completamente satisfecha, puesto que podré fácilmente hacer algun futuro ajuste.

Oh, muy honrada, dijo Jorge; la he comprometido para Emilia; pero se alegrará mucho cuando sepa que es para tí. Me hizo mil preguntas acerca de su querida Miss Mandeville.

—¿Quién es ella? preguntó Violeta, y qué la hace tomar tanto interés por mí?

—No sé si recordareis una mujer que se llama Mason, replicó Jorge, que te cuidó antes que tuviéramos el placer de tu compañía en Monte San Lorenzo. Pero es consiguiente que no te acordarás, porque eras muy jóven.

—Oh, si me acuerdo, dijo Violeta, de mi aya Mason. Recuerdo que lloré muy amargamente al dejarla; eran las últimas lágrimas de real afecto que vertí en mi vida. Pregunté varias veces qué habia sido de ella, porque sabia que viviera con mi madre muchos años y era una criada fiel; pero ninguno parecia saber nada acerca de su paradero.

—¿Cómo lo habian de saber? replicó Jorge; estuvo viviendo en Portmore por algun tiempo; pero ella sabia que el viejo patron la hubiera despedido con una pulga en el oido si se hubiera atrevido á verte. El aborrece á los Mandevilles y todo lo que les pertenece, ó alguna vez les perteneció, escepto tus setenta mil libras.

Violeta echó á Jorge una mirada amonestadora, que fué perdida para él en la oscuridad, y nada mas dijo hasta que llegaron al Peri.

Emilia estaba en la cubierta para darles una alegre bienvenida. Entretanto que Jorge hablaba á su primer ministro Bowles, las dos primas bajaron á la cámara, donde la vibrante mesa estaba ya provista de un blanco mantel preparatorio de la cena; y todo parecia hablar tan placenteramente de ilimitada libertad y consuelo social, formando para Violeta un contraste vivificador con la espléndida prision de que habia escapado, que casi la hizo olvidar la incurable vulgaridad de entendimiento y falta de tacto de Jorge.

—Vamos adentro, y veamos la cámara interior con nuestros aposentos, dijo Emilia alegremente, que corria á un lado y á otro con el deleite de una niña.

—¡Vos aquí, Mistress Mason! Os traigo una visita que no esperábais.

Mistress Mason, que era de media edad, de color fresco, con un semblante agradablemente maternal, estaba ocupada en lo que ella llamaba «asear el lugar,» en el momento en que Emilia y Violeta entraron en la pequeña alcoba. Mason levantó los ojos, y Violeta, con la bondad de corazon que siempre manifestaba en su trato con los inferiores, no se contentó con un saludo ordinario, sino que arrojó sus brazos afectuosamente alrededor del cuello del aya de su infancia. No hubo necesidad de decir á Mason quién era. La buena mujer se rió, lloró y contempló con deleite á su jóven señorita, ahora adulta y hermosa, pero que la encontraba á la edad de veinte años, con el mismo sencillo afecto que á los cinco en que conocia poco el rango y condicion que las separaba.

Si Mason antes deseaba con vehemencia ver á su antigua niña, ahora hubiera andado alrededor del globo descalza por ella.

La alegre voz de Jorge sonó en este momento en la antecámara: así, dejando á la deleitada aya completar su arreglo, Emilia y Violeta fueron á juntarse con aquel.

—Vamos, vamos, Wilson, dijo á voces, ¿todavía no está dispuesta la cena?

Un individuo vestido de blanco abrió ahora una ventana al otro lado de la cámara y medio empujó su persona por ella, al mismo tiempo que por la misma corrió el olor de las operaciones culinarias en progreso, que exhalaba el esterior del aposento.

—Vaya, Wilson, andad listo, dijo Jorge; estamos mas hambrientos que tiburones; en especial, las señoritas.

Wilson hizo algunos gestos al oir esta chanza, y volvió á cerrar la ventana, entretanto que Jorge sacó el vino de una de las alhacenas. Procedia á abrir otra en busca de algun manjar delicado, cuando vió un portamanteo, una chaqueta y otras prendas juntas y dobladas.

—¡Hola! ¿qué es esto, Bowles?

Las piernas de Mr. Bowles hicieron su aparicion inmediatamente por la escalera, seguidas del resto del cuerpo conforme descendia.

—Olvidé deciros, señor, dijo cuando habia manifestado toda su persona, que Mr. Ferrers no dejó instrucciones acerca de su equipaje al salir hácia la ribera esta mañana. Iba tan de prisa, que no tuve tiempo á pensar en preguntarle si volveria, ó qué queria se hiciese de esas prendas.

—¡Esta sí que es una buena obra! dijo Jorge; de este modo, le llevarémos su equipaje á Francia. Anduvisteis muy estúpido, Bowles. Creí que sabíais que Mr. Ferrers no venia con nosotros. ¿Qué le hizo marcharse tan de improviso que os obligó perder el entendimiento y la memoria?

—Vino un espreso para él con malas noticias, replicó Bowles; lo hubiérais conocido en su semblante cuando se sentó ahí donde está ahora lady Emilia, con la cabeza entre las manos y la carta á su lado sobre la mesa; pero no hay necesidad de congeturas sobre el asunto, porque él me dijo á mí bastante.

—¿Qué ha dicho? preguntó Jorge.

—Que tenia malas noticias, dijo Bowles.

—¿No dijo mas? replicó Jorge cogiendo la chaqueta.

—Nada mas, respondió Bowles; y en seguida saltó al bote, y se alejó al instante.

—Bien, replicó Jorge; esto no puede remediarse, y si las noticias eran muy malas, supongo que no seria su estado para acordarse del portamanteo.

Bowles se retiró ahora, y Jorge procedió á registrar los bolsillos de la chaqueta.

—Me admiro, dijo, que haya recibido tan malas noticias, hasta el punto de perder el juicio.

Al mismo tiempo de hacer esta observacion, sacó una carta de uno de los bolsillos.

—Tal vez esta carta nos diga algo.

—Eso seria, dijo prontamente Violeta que le observaba con atencion, si una carta de una persona pudiese hablar á otra á quien no vá dirigida.

—Hablará si la abro, dijo Jorge.

—No puedes sériamente pensar tal cosa, replicó Vio-

leta con gravedad. Deja esa carta, Jorge; ni aun en broma quiero oir eso.

—Nunca hablé mas de veras, replicó el impenetrable Jorge. ¿Qué, he de tener aquí un amigo, marcharse precipitadamente dejándome todas sus ropas para llenarme de trastos la cámara, y no he de abrir una carta que deja con objeto de saber dónde fué, y poder enviárselas donde se halle?

Violeta se levantó del sofá, y se dirigió hácia Jorge.

—No puede haber daño en eso, dijo Emilia interponiéndose, quien era siempre curiosa y con tan pocos escrúpulos en tales materias como su hermano; es tan solo para ver si es la carta de las malas noticias; por otra parte, es tan desconsolador no saber nada...

—Dame la carta, Jorge, dijo Violeta estendiendo la mano.

—Nó tal, replicó Jorge; porque no la volveria á ver y necesito leerla.

Al decir esto Jorge, saltó hácia la alhacena para separarse del camino de Violeta, y abriendo la carta observó que era de mano de mujer.

—Mi querido Horacio, empezó; te he visto la noche pasada en el baile... Jorge se paró, é hizo un grotesco visaje. ¡Hola! dijo, ¿qué será esto?

El color montó ahora el rostro de Violeta al oir á Jorge el principio de la carta, y se retiró á la entrada de la cámara.

—No permaneceré aquí, dijo, para autorizar con mi presencia semejante abuso de confianza. ¡Jorge, eso es vergonzoso! Claramente veo que la carta no se refiere á las malas noticias, y no tienes otra disculpa para escru-

tar la correspondencia de otro. Obra como caballero, y vuelve á cerrarla.

Entonces, viendo que él no la atendia, sino que su vista corria todavía inquisitivamente por la epistola, Violeta corrió con precipitacion la escalera, y subió á la cubierta.

—Te digo, Emilia, dijo Jorge á su hermana así que Violeta dejó la cámara, que temo que Horacio sea un impostor y que tenga dos cuerdas para su arco. Escucha esto.

Procedió en seguida á leer la carta que Rosa habia escrito á Horacio el dia despues del baile de Portmore, y cuando hubo concluido preguntó á Emilia qué juzgaba de ella.

—Este es un documento estraño, ¿no es así? No comprendo enteramente lo que encierra.

—¡Es un villano! dijo Emilia indignada. ¡Quién lo pensara! ¡y con aquellos dulces ojos!

—Esos dulces ojos son los que le habilitan para ser un villano como tú le llamas, replicó Jorge. Me parece que se habrá escapado con una monja, ó cosa por el estilo.

—¡Qué malvados son los hombres! esclamó Emilia.

—Bien; me parece que eres demasiado dura con él, replicó su hermano; si el pobre mozo mudó de modo de pensar, ¿cómo pudo él remediarlo?

—¡Cambiar de modo de pensar! dijo Emilia; esto es lo que yo llamo deslealtad de corazon, no cambio de pensamiento; y yo que estaba haciendo todo lo que podia por arreglar la boda entre él y Violeta, hablándola de su afecto y procurándoles una entrevista, porque parecia que se amaban; y por cierto que se encontraron,

Jorge; los ha visto Albertina, y estoy casi cierta de que Violeta le aceptó.

—Bien; si es así, replicó Jorge, no vayas á interrumpir la felicidad de la pobre muchacha diciéndole cualquiera cosa. La otra jóven señorita parece de muy buen corazon al abandonarle; así Violeta nunca sabrá nada de este lance.

—Oh, nó, Jorge, replicó Emilia; no puedo convenir contigo. Si hubiera oido alguna otra cosa de él, no se lo diria, porque ¿para qué disgustarla? No agradeceria nada á quien me dijese un mal de Federico; porque no haria mas que darme penas sin cambiar el asunto. El amor nos ayuda á perdonar cualquiera cosa; una sola es la que no puede perdonar. Oh, si yo pensara que Federico era capaz de dar su corazon á otra, ¿cómo podria darle el mio? Le arrancaria y le haria pedazos antes de darle á un impostor.

La pobre jóven rompia en un mar de lágrimas al solo pensamiento de tal infamia de su amante.

—Eres una niña romántica muy apreciable, dijo Jorge. Yo por mi parte, estoy siempre por dejar á las personas hacer su capricho; pero haz lo que quieras; las mujeres os conoceis mejor unas á otras; solamente te encargo que no digas nada á Violeta por ahora y hasta que cenemos tranquilamente. Lo conveniente es que vayas á buscarla y procures calmarla del enojo que le causó la lectura de la carta.

Emilia secó sus lágrimas, que de hecho eran muy fáciles de secar, y subió precipitadamente á la cubierta en busca de Violeta. Entretanto, esta habia estado dando salida á sus amargas reflexiones sobre la falsa posicion en que se habia colocado con la sociedad de personas con

quienes no tenia una idea ni principio en comun. Era un presentimiento de esta suerte el que le habia hecho sentir tanta repugnancia en aceptar un servicio de ellos, repugnancia que solamente la necesidad del caso la habia obligado á vencer. Habia sido una eleccion entre dos especies de modificaciones, porque se hubiera visto rodeada de otras mas duras, sin la posibilidad de escape. Y ahora, ¿cómo podria asegurar que su llegada á Brest pondria fin á aquellas insoportables pruebas? ¿Qué clase de persona resultaria ser su tio Mandeville? Jorge le llamaba «un hombre escelente.» ¿No podia ser esta una alabanza ominosa, considerada la persona que la hacia? El corazon de Violeta se revelaba contra su posicion, casi como si fuera una injusticia de la Providencia. Penas, pérdidas, esperanzas frustradas, injurias graves, todo esto podia sufrirlo; se sentia con fuerza de espíritu para arrostrar con magnanimidad tales contratiempos; pero aquellas degradantes pruebas, aquellas mezquinas mortificaciones que irritaban su sentimiento de dignidad, no podia sufrirlas; no se sentia inspirada para conjurarlas. Sucedia á Violeta lo que á aquel que pacientemente sufre una herida gloriosa recibida en el servicio de la pátria, y se acongoja, agita y queja por la mordedura de un insecto despreciable. Además, siendo el orgullo el manantial de su fortaleza, ahora cuando era su orgullo mismo el que padecia, el manantial de aquella fortaleza habia secado, y no sabia dónde buscar su acostumbrada fuerza de entendimiento y elasticidad de espíritu.

—Violeta, dijo Emilia, ven á cenar. Jorge siente haberte disgustado con la lectura de la carta; no era tal su intencion, te lo aseguro.

—Lo que yo aseguro, es que no lo siente, replicó Violeta.

—Además, ya sabes, continuó Emilia, que siendo amigo tan íntimo de Mr. Ferrers, podia tomarse esa libertad.

—En cuanto á eso, dijo Violeta, podemos dejar el asunto, puesto que es imposible que convengamos. Partimos los dos de terrenos completamente distintos, y tenemos puntos de vista de tal modo opuestos respecto del honor, que seria en vano discutir. Por mi parte tambien pude enojarle, lo que siento, por mis duras espresiones. Verdaderamente siento haberlas proferido; pero hay ciertos principios que yo venero demasiado para que pueda ser comedida en los términos.

—¡Oh! querida mia, dijo Emilia, si le has enojado, no pensó en ello siquiera dos minutos.

Ni le hubiera enojado cualquiera otra cosa, debió añadir Emilia.

Volvieron juntas las dos primas á la cámara. Wilson servia la cena, y se sentaron todos, si no de tan buen humor como el de que hubieran gozado antes de este pequeño incidente, á lo menos con suficiente alegría esterna, especialmente de parte de Jorge, que nunca se disgustaba mucho por nada. Por ninguno se volvió á aludir á la carta durante la cena, procurando Jorge consolar á Violeta de su reciente incomodidad, y fortificarla contra la que ya la agobiaba, instándola á comer y beber de todo lo que habia en la mesa.

—¡Ah! dijo, así que la nave empezó á cabecear; ya sentimos que dejamos el abrigo de la tierra. Y ahora os aconsejo, señoritas, que os vayais á vuestros camarotes mientras que aun os podeis tener convenientemente en

pié. Yo voy á la cubierta á pasar revista á las cosas antes de hacer lo mismo.

Violeta y Emilia siguieron su consejo, y se retiraron al interior de la cámara. Sus aposentos ocupaban los dos lados, y los sofás que los adornaban podian tambien servir de camas. Emilia, que siempre era complaciente, habia colocado á Mason á su lado para que Violeta estuviese con mayor comodidad.

Las tres se dieron prisa á tomar una actitud reclinada, porque el cabeceo de la nave empezaba á ser en estremo desagradable, del que Mistress Mason decia que era «horroroso.»

Reíase Emilia, pero á la vez reconocia que quisiera mas que fuese de dia que por la noche, cuando la mar se alborotase. Siguió un largo silencio, pero solamente dormia una de la partida. Era Mason. Emilia se sentó en la cama, y miraba de través á Violeta. Esta aparecia á la luz de la lámpara estar pálida en estremo; tenia sus manos plegadas en el pecho, y sus ojos, anchamente abiertos, brillaban como dos melancólicas estrellas bajo un oscuro borde.

Emilia se envolvió en su abrigo, y pisando despacio para no molestar en su sueño á Mason, se arrodilló en un pequeño banco que habia cerca del aposento de Violeta, y arrimándose al respaldo del mismo, porque el cabeceo de la nave hacia dificultoso guardar el equilibrio, miró ansiosamente á su prima.

—¿Estás despierta, Violeta? murmuró.

—¿Por qué no procuras dormir si puedes, Emilia? replicó Violeta.

—La nave cabecea terriblemente, dijo Emilia.

—Creí que eras mejor navegante, replicó Violeta.

—Nunca estuve en la mar en una noche de tormenta, dijo Emilia; las cosas son diferentes de noche. Por el dia es otra cosa, no me dá cuidado. Además, no puedo dormir pensando en tí.

—¿Por qué piensas en mí? respondió Violeta; vete á la cama y duerme, niña.

—Tengo que decirte cosas que es mi deber comunicarte, dijo Emilia; y esto es lo que no me deja dormir. Quisiera poder ver tu corazon. Quisiera conocer en cuánto aprecio tienes á Mr. Ferrers. Espero que no le quieras gran cosa, porque, Violeta, tiene un corazon infiel, y no es digno de tí.

Emilia escondió su cara entre la ropa de la cama repugnando atestiguar la pena que habia infligido.

Violeta, sin embargo, tenia demasiado buen sentimiento de su dignidad para que dejara de mandar sus sensaciones en semejante ocasion. Fué por consiguiente en pura calma, aunque grave voz, como dió la respuesta despues de una pausa momentánea.—¿Qué quieres decir, Emilia?

Emilia alzó otra vez la vista.

—Nos has creido torpes en haber leido la carta, lo sé; pero cuando hallamos lo que contenia, la ansiedad por tu causa nos hizo leerla toda.

—¡Ansiedad por mi causa! dijo Violeta altivamente.

Emilia continuó.

—La carta es de una persona que firma Rosa O'Donnell. Evidentemente ha sido amante de Mr. Ferrers, pero le ha visto la noche del baile contigo. Rosa O'Donnell escribia esa carta para dejarle, y se ven en ella espresiones estrañas que no pudimos entender, como si tuviera algun entusiasmo religioso; pero, mi querida Vio-

leta, creí no poder menos de revelarte esto. Puede que Mr. Ferrers sea inocente, es cierto, y que esa mujer esté loca; pero debes saber lo que hay de verdad en el caso, antes de casarte con él.

—Emilia, replicó Violeta despues de un momento de pausa, con una voz que en nada revelaba lo que pasaba dentro de ella; no puedo ocultarte, que tanto á tí como á Jorge, os considero culpables de un acto deshonroso leyendo esa carta; pero os hago la justicia por otra parte, de que poseeis un corazon bueno y bondadoso. Me siento por tanto agradecida, por el motivo que te ha inducido á hablarme de eso. No digas mas, Emilia, y queda tranquila de que nunca daré mi corazon á quien sea indigno de él.

—Temia que ya le hubieras dado, dijo Emilia muy consolada.

—Que le hubiera dado ó nó, dijo Violeta, importaria poco; mi amor se desvaneceria al momento, una vez separado de la estimacion, tan pronto, y aun mas pronto que la espuma que está brillando ahora sobre la cubierta de esta nave.

Violeta no dijo mas. No era capaz de decir una mentira, pero su altivez retrocedia de permitir á Emilia el conocimiento de que habia colocado sus afectos en parte indigna. Violeta amaba á Horacio, no como este la amaba, pero quizá como ningun ser humano hubiera ganado de ella ser amado; sin embargo, le amaba, y con su silencio se lo habia confesado; y ahora que este amor habia recibido una herida profunda, mortal, ¿era afliccion, era amargo desengaño, era afecto lacerado lo que atormentaba el corazon de Violeta? Nó; era su altivez, su altivez siempre reguladora; ella, Violeta, se habia

degradado amando un objeto que no la merecia. Detestaba hasta este mismo pensamiento. Hollaba con desprecio y amargura de alma el afecto que la habia engañado; ella, que se apreciaba superior á toda prueba de refinada moralidad por un elevado instinto que poseia. ¡Oh! ¡cómo sufria la amargura de semejante mortificacion!

Pero Emilia, que era estraña á estos sentimientos, viendo que no arrojaba un torrente de lágrimas, como ella hubiera hecho en semejante caso, si Federico resultase infiel, observando la calma y la posesion de sí misma de Violeta, creyó haberse equivocado acerca de la naturaleza de sus sentimientos.

No por eso tomaron incremento las sospechas de Emilia, cuando al mirar otra vez á su prima, despues de un momento de silencio, vió que un subido carmesí habia sucedido á la anterior palidez.

—La cámara, dijo Violeta, está muy sofocada; ¿no podríamos abrir un poco la claraboya?

—Nó, nó, replicó Emilia; está completamente cerrada, y con un pedazo de encerado estendido sobre ella; ¿no sientes que estamos contínuamente embarcando golpes de mar? Estoy segura de que la cubierta está inundada; sin embargo, procuraré poner la puerta entreabierta.

Al tiempo en que Emilia intentaba moverse á este efecto, un tremendo balance de la nave la hizo tropezar en el taburete y caer. Estaba mas aterrada que herida, y sentándose en este banquillo, cruzó las manos y esclamó:

—¡Oh! Violeta, esta es una noche horrorosa; ¡si será nuestro destino morir hoy ahogadas!

—Tenemos que morir una vez ú otra, replicó Violeta; no temo mucho la muerte.

—¡Oh! pero yo sí, dijo Emilia; perecer en medio de estas terribles olas, y dejar este mundo feliz...

—¿Crees el mundo muy feliz? preguntó Violeta.

—Me parece que ahora calma algo la tormenta, observó Emilia; no balanceamos tanto. ¡Oh! me preguntas si creo el mundo feliz. No para todos; pero yo soy tan feliz... No puedo concebir mas grande felicidad que la que veo ante mí; estar siempre con el que amo. ¡Oh! ¡no puedo soportar la idea de morir y dejar á Federico!

—Tal vez; dijo Violeta, encontrarémos en el cielo los que amamos, y otros mas dignos de ser amados.

—¡Oh! pero yo no puedo pensar en el cielo, replicó Emilia; temeria el infierno si hubiera hecho alguna cosa muy mala; pero creo no haberla hecho y que iria al cielo si me muriera; pero no quiero morir, y cuando pienso en el otro mundo, una especie de temblor se apodera de mi cuerpo.

—Tampoco temo el otro mundo, replicó Violeta; mi admiracion por lo que es grande, elevado y bueno, me dice que mi suerte está entre los que aman lo que es bueno, por mas indigna que yo sea de su compañía. Además, la misma idea de castigo, y especialmente del castigo eterno, es una cosa en que no puedo convenir. La dejo á un lado. No armoniza con la nocion que tengo de Dios, que no puede deleitarse en los tormentos de las criaturas que ha formado, y que no pueden oponérsele. Yo me someto con perfecta confianza á Su amor y misericordia.

—Es tan difícil amar á Dios, que yo no sé cómo portarme, dijo Emilia.

—No espero forzar mi corazon en ninguna cosa, respondió Violeta; no puedo imaginar que Dios espera de nosotros aquel afecto familiar que llamamos amor aquí. Considero que le amo bastante con admirar apasionadamente todas aquellas perfecciones que sin duda componen sus atributos.

Así que Violeta profirió esta profesion de fé filosófica, Emilia, que como ella, hacia una abstraccion total en sus nociones religiosas de la existencia del pecado, y nada sabia de su real naturaleza, se introdujo otra vez como pudo en su aposento. Miró á Mason, y al principio creyó que dormia; pero pronto notó que sus lábios se movian, y pasaba las cuentas de un rosario entre los dedos.

—¿Estais despierta, Mason? preguntó Emilia.

—«En la hora de la muerte,» concluyó Mason.

—¿Creeis que vamos á morir, Mason? dijo Emilia.

—No sé, lady Emilia, replicó la pobre mujer; pero está una noche terrible, y como bien lo sabeis, Dios puede llamarnos para sí en cualquier tiempo.

—¿No temeis mucho la muerte? preguntó Emilia.

—Mis pecados me hacen temer, dijo Mason; pero mucho mas me hace esperar la sangre de mi crucificado Señor. Ha sido, sin embargo, mi oracion constante el que no me muriera sin los sacramentos de la Iglesia; así confio en que El accederá á mis ruegos. Si pudiese morir en mi cama y obtener esta gracia, moriria con alegría. Pero de cualquier modo, hágase su voluntad.

—Con alegría, esclamó Emilia; para alegraros de morir, debeis ser muy desgraciada.

—Nó, replicó Mason; y una sonrisa casi celeste pasaba por sus vulgares facciones; pero pensad en la felici-

dad de ver á Dios y su bendita Madre, y sus queridos santos en la gloria; pensad en estar cierta de que nunca mas volvereis á ofender á Dios...

—¡Ver á Dios! repitió Emilia; eso es muy estraño, Mason. ¿Sabeis que nunca pasó por mi mente la idea de querer ver á Dios?

—¡Oh, lady Emilia! esclamó Mason con una voz de emocion penosa.

En este momento la nave sufrió un tremendo golpe de mar, y parecia temblar toda su fábrica. Emilia sepultó con terror su cabeza entre las ropas de la cama, mientras que la devota y sencilla sierva de Dios volvió á sus oraciones.

CAPITULO XIII.

La mañana no trajo consigo disminucion en el viento, pero sí muy considerable en los temores de Emilia, que dependian grandemente de la imaginacion. Se levantó tan pronto como empezó el dia, y cuando habia conseguido vestirse con la ayuda de Mason, entró en la cámara principal, y vió que Jorge tambien se habia levantado y estaba ya en la cubierta; no pasó mucho tiempo sin que él bajara.

—Qué, Emilia, estás ya en pié; no era necesaria tanta prisa. ¿Dónde crees que estamos?

—¡Oh! no sé, Jorge, replicó su hermana; quizá á las tres cuartas partes del camino de Brest.

—Quizá á las diez millas de nuestras amarras de ayer noche, dijo Jorge riéndose. El viento viró por el tiempo en que subí á la cubierta, y todo lo tiene ahora, menos la circunstancia de favorable.

—¿Estamos en algun peligro? preguntó Emilia. Espero que no pasarémos en la mar otra noche.

—Peligro no le hay, dijo Jorge; solamente que, como acaba de decirme Bowles, tendrémos otra noche cruel con viento demasiado torpe para esta pequeña embar-

cacion; y así temo que tengamos que correr hácia Portmore, lo cual no nos conviene con nuestros efectos de contrabando á bordo.

—Mejor dirias con nuestros efectos robados, dijo Emilia; ¡fatal contratiempo será ese!

—Lo que me trajo á la memoria nuestros efectos de contrabando, respondió Jorge, fué el haber observado ese cúter que me parece que nos sigue. Es el mismo que estuvo anclado hace algunas semanas en estas radas, mandado por un zopenco, á quien mi padre brindó á comer, y cuyo nombre no recuerdo.

—Me acuerdo yo, replicó Emilia. Se llama Boucher, y tambien me acuerdo de que por la noche roncaba muchísimo.

—Bien; pero ahora está bien despierto, dijo Jorge, y en seguimiento nuestro, segun temo. Quizá haya recibido recado de Monte San Lorenzo al efecto.

—Eso no puede ser, replicó Emilia; es tan temprano, que puedo asegurar que no han descubierto todavía la fuga de Violeta.

—A menos que por algun desgraciado incidente la hayan echado de menos ayer noche, dijo Jorge.

Despues de algunos momentos de conversacion, Jorge volvió á observar el cúter, y vino confirmándose en sus sospechas.

—No nos alcanzará, sin embargo, dijo; lo cual es un consuelo.

A este tiempo, Violeta se presentó en la cámara principal. Estaba pálida como quien ha pasado una noche sin conciliar el sueño, pero conservaba su acostumbrada posesion de sí misma.

—Si realmente crees que esa nave nos persigue, dijo

despues de algunos momentos de reflexion, siento mucho ser la causa y objeto de una escena desagradable. Quiero que me pongas en tierra.

—No me parece que ese individuo tenga autoridad ó poder de llevarte consigo, dijo Jorge; esto es lo que me daria algun cuidado; sin embargo, como yo no soy muy esperimentado en la ley sobre tales materias, no puedo decir cuáles serán sus intenciones; así es, que mejor seria evadirse de él si podemos. En cuanto á la escena, me reiria de ella grandemente.

—Pero yo nó, replicó Violeta.

Así que el dia avanzaba, era mayor el viento; de modo, que pronto llegó á merecer el nombre de tormenta. El pequeño cúter estaba abrumado con las olas, y el miedo llegó á tal punto, que Violeta imploró á Jorge, siendo posible, que arribasen á algun puerto.

—Es lo mejor que podemos hacer, dijo Jorge; nos abrigarémos en el puerto de Portmore, y venga lo que viniere.

Pronto cambiaron de rumbo, y navegaron viento en popa hácia Portmore. El pequeño Peri ya no trabajó violentamente, y en proporcion parecia mas calmada Emilia. Los temores por su personal seguridad, ahora removidos, dieron otra vez cabida á sus recelos por Violeta.

—¿Nos sigue todavía el cúter? preguntó á Jorge así que este bajó, telescopio en mano, de uno de sus reconocimientos en la cubierta.

—Sí, me parece que tambien vá á cambiar de rumbo; á lo menos, está virando en este momento.

—¡Ah! esclamó Emilia; ¡qué vá á ser de Violeta!

—¿Llegarémos primero á Portmore? preguntó Violeta.

—Espero que llegarémos media hora antes, dijo Jorge; esto, en el supuesto de que sea tal la direccion de esa nave.

—Quiero saltar en tierra, dijo Violeta.

—Vaya, vaya, no tengas tanta prisa, dijo Jorge; y pensémos en lo que debemos hacer que sea mas prudente.

Pero Violeta tenia trastornado el juicio. Su posicion presente habia llegado á ser en estremo desagradable, y la adicional probabilidad de una entrevista con el capitan del cúter perseguidor, bajo sus actuales circunstancias, en conexion con una conducta de que se avergonzaba y de que era responsable de algun modo, ponia el sello á la insoportable incomodidad que sufria. Todo lo que hacia y decia Jorge la enojaba é irritaba, y sin embargo estaba bajo la penosa necesidad de estarle agradecida por sus servicios y buenos deseos. Cuanto mas pronto pusiese fin á tan anómalo estado de cosas, lo consideraba mejor, porque Violeta infinitamente preferia correr el grave riesgo consiguiente al desembarco y fiar en sus propios recursos, á prolongar sus pesares presentes para adquirir un poco mas de seguridad.

Cuando Jorge vió que Violeta estaba resuelta á desembarcar, consintió.

—Quizá, dijo, será muy prudente sobre todo que por la noche estés en tierra. No lo hubiera propuesto por si habias pensado en que sostuviera una contienda con Boucher; pero ya que lo deseas, no dejo de conocer que es el partido mas sábio. Si el tiempo mejora, puedes venir temprano á bordo. Enviaré por tí, y tomarémos soleta antes de ser dia. Entretanto, si nos hacen una vi-

sita domiciliaria, seguramente que no será para ellos del mejor resultado. Emilia y yo fingirémos tal inocencia é ignorancia, que antes de ser la treta descubierta, ya nos hallarémos á gran distancia.

—No quiero que digas una mentira por mi causa.

—Vaya, replicó Jorge; no debes inquirir lo que pretendo hacer. Obraré por mi cuenta y conforme me plazca; y si algun imprudente viene á bordo y me hace preguntas impertinentes, no tiene derecho á achacarme falta alguna, si no satisfago su curiosidad.

Fué ahora Jorge á hablar á Mason, y volvió á informar á Violeta de que ya tenia dispuesto todo lo que se debia hacer. Mason le habia dicho que en la casa donde ella habitaba en los arrabales del pueblo, y por tanto retirada, habia un cuarto muy aseado.

—Y en cuanto á Mason, ya sabes, continuó Jorge, que puedes confiar enteramente de ella.

—¿Seguramente que no la habrás hecho ninguna confianza? dijo Violeta poniéndose colorada; será suficiente que sepa que deseo desembarcar, sin entrar en otras razones.

—Eso no podia ser, replicó Jorge; Mason se hubiera admirado de que no fueses á la fonda, y aunque es incapaz de venderos con intencion, seguramente que lo hubiera hecho sin ella, no estando en el secreto. Le dije que mi padre habia procedido tan mal contigo, que ibas á vivir con otro pariente; ella me contestó que nada la sorprendia, y que eres una señorita de una dulzura sin igual.

No pudo menos de conocer Violeta que fiarse de Mason era el único medio prudente; aun mas, el medio necesario, si habia de permanecer oculta. Se contentó,

por tanto, con observar que le desagradaba contar con los inferiores en su plan de conducta, ó ponerse con ellos bajo ningunas obligaciones.

—¡Oh! en cuanto á eso, observó Emilia, siempre es una medio niña y medio una pequeña deidad para nuestra antigua aya. Así, Mason seguramente que nunca te avergonzará, ni es capaz de suponerte en obligacion ninguna hácia ella.

Habia, á la verdad, algo en Mason que aliviaba en gran manera los sentimientos de Violeta; tenia una sencillez, una humildad, una bondad maternal, que desarmaba su orgullo y atraia sus afectos; además, habia oido la conversacion habida entre ella y Emilia en la noche anterior, y aquel lenguaje de devocion, tan estraño á los oidos de Violeta, tan ininteligible á su corazon, habia hecho sin embargo una profunda huella en su imaginacion. La imaginacion de Violeta ni era rica ni poética, en el usual sentido de estas palabras, pero lo elevado y lo grande siempre la chocaba y cautivaba. Su actitud era la del encanto ante cualquiera cosa que podia causar su admiracion. ¡Quién hubiera esperado de una mujer sencilla é ignorante un sentimiento mas elevado que jamás habia oido aquella hija del mundo, proferido con la profunda realidad y fervor de la fé! ¡Ver á Dios! Esta era la gloriosa esperanza con que se alimentaba aquella pobre alma. ¡Regocijarse en la muerte para estar cierta de que jamás volveria á ofenderle! Tal era el amor con que la mujer sin cultura le amaba; el Eterno, el Infinito; tal era la medida de aquel amor, un amor mas firme que la muerte.

Sí, Violeta recordaba esto, y casi sentia llamarla su

inferior. Era un pensamiento estraño para ella, porque era algo parecido á la humildad.

—Hemos salvado la marea, dijo Jorge así que entraron en el muelle.

Portmore era un puerto seco, y un cuarto de hora mas tarde les hubiera sido imposible.

—El cúter llegará demasiado tarde, añadió Jorge; además, necesita mas agua que nuestra nave; dudo que ahora pudiera entrar. Por consiguiente, esperará la próxima marea, y ese viejo capitan tendrá que llegar en su bote si su intencion es venir en nuestra busca. Esto causará alguna dilacion y dará tiempo para que Violeta desembarque, y para que los hombres estén de vuelta cuando aquel se presente.

Jorge mandó echar al agua el bote inmediatamente, y otra vez volvió á asegurar á Violeta que enviaria por ella muy temprano si el tiempo permitia navegar.

—Nó, Jorge, dijo Violeta estendiendo la mano bondadosamente; te estoy agradecida por todo lo que hiciste y por todo lo que intentas hacer en mi provecho. Lo recordaré eternamente, pero es mucho mejor que yo no vuelva. Déjame ahora cumplir el resto de mi empresa por mí misma; es mi deseo por muchas razones.

—Bien, como quieras, replicó Jorge; pero no será mia la culpa si quedas aquí, porque de todos modos la eleccion es tuya.

Violeta volvió á darle las gracias, asegurándole que tenia formada su resolucion; despues, abrazando á Emilia afectuosamente, quien la suplicaba con lágrimas que volviese, saltó al bote seguida de Mason, que llevaba el equipaje, reducido á un pequeño saco de noche.

Jorge y Emilia quedaron observando el bote en silencio hasta que llegó al punto de desembarco, cuando el primero, quitando un cigarro de la boca, se dirigió á Bowles.

—Bowles, si alguno viene á bordo y hace alguna pregunta, recordad que debeis responder lo mismo que á mí me oigais.

—Muy bien, señor, fué la satisfactoria y lacónica respuesta de Bowles.

—Y decid á esos hombres que hagan lo mismo.

—Muy bien, señor.

—A propósito, dijo Jorge volviéndose á su hermana, ¿cómo recibió Violeta tus informes acerca de Ferrers.

—De una manera muy diferente de lo que yo esperaba, replicó Emilia. A la verdad, que me parece que no le dá mucho cuidado por él.

—Es una muchacha de un carácter estraño, dijo Jorge; no quiere volver á la mar. Por lo demás, quisiera haberla depositado en parte segura.

—¿No oyes campanas? preguntó Emilia.

Jorge escuchó y meneó la cabeza en señal afirmativa.

—Quizá sea hoy domingo, observó él; nunca lo recuerdo cuando estoy fuera de Monte San Lorenzo.

—¡Oh! nó, no es domingo, respondió Emilia; además, no es el toque para la iglesia; es el tañido propio de una ocasion de regocijo.

Así que Emilia dijo esto, el bote volvió, y despues de algunas preguntas hechas á los marineros, estos los informaron de que un hombre en el muelle les dijera que se tocaban las campanas porque acababan de llegar al pueblo los dos candidatos Tory.

—Hola, dijo Jorge; entonces nuestro buen cuñado Gabriel debe estar aquí; y si esto es así, ten entendido que el viejo patron está con él.

—¿Si encontrará á Violeta? dijo Emilia con ansiedad.

—O llega á ver el Peri en el puerto, añadió Jorge.

Poco despues de esto el viento calmó sensiblemente, y Jorge se espresó con confianza de que en la próxima marea podrian dejar su peligrosa posicion. Entretanto, los recelos de la visita del cúter probaron ser una alarma falsa; por otra parte, Bowles pronosticaba un cambio de viento. Así es, que Jorge y su hermana empezaron á ver las cosas con mejores colores, y á sentir la innecesaria precaucion del desembarco de Violeta. Mientras estaban discutiendo el punto sobre qué hora deberian enviar por ella á tierra, no dudando que seria posible persuadirla á que volviese, Jorge fijó los ojos en un bote que venia del muelle.

—Es el viejo patron, Emilia, el que viene á bordo, con un semblante de arenque ahumado.

—Y San Lorenzo con él, añadió Emilia; ¡qué pálido está!

—Sí, tiene el color del mismo arenque antes de tostar, replicó Jorge. Este sí que es un contratiempo, Emilia. Como no supongo la visita efecto de paternal cariño, estoy cierto de que viene en busca de Violeta.

—Pero no la hallará, replicó Emilia. Espero que no me querrá llevar consigo.

—Puedes estar segura de que sí, replicó su hermano; y así te voy á dar un consejo. No te opongas, es el mejor medio. Dí desde luego que vas, suplicándole solamente te permita una hora para arreglar tus cosas, y cuando se haya ido harémos lo que nos parezca.

—Quizá insista en llevarme inmediatamente, replicó Emilia; ¡oh! ¿qué haré?

—¿Qué? tener ánimo; ¿cuál es el fruto de llorar? dijo Jorge. Además, es probable que el patron no insista. Siempre procede algo mejor cuando está con San Lorenzo. Ahora, Bowles, continuó Jorge volviéndose á su factotum, recordad que nada sabeis de nada ni de nadie.

—Muy bien, señor, otra vez respondió aquel acomodaticio individuo.

—Muy bien venido, padre, ¿cómo estais? dijo Jorge alegremente, estendiendo la mano para ayudarle á tomar el pasamano de la nave. Sea porque aquel ejercicio fuese bastante á ocupar toda la energía de Lord Staplemore, ó porque sus sentimientos no eran de naturaleza que le dispusiesen á replicar, lo cierto es que el saludo de Jorge no recibió respuesta. Lord Staplemore tuvo que hacer grandes esfuerzos antes de verse en la cubierta, aunque por último la ocupó con seguridad. Entonces miró alrededor suyo con mirada vaga como quien busca algo; entretanto, Lord San Lorenzo besó afectuosa y solemnemente á su hermana, ofreciendo en seguida el brazo á su padre.

—Por ser la primera vez, dijo Jorge así que llegaron á la escalera de la cámara, dejadme ir primero para recibiros. Porque, segun creo, añadió dirigiéndose á su padre, esta es la primera visita que haceis al Perí.

—Y espero que sea la última, replicó Lord Staplemore fijando sus ojos en su hijo con marcado desagrado.

—Sea, pues, la última si así os place, replicó Jorge con imperturbable buen humor. Lo que yo deseo es que cada cual haga su gusto.

Lord Staplemore contestó con algo entre gruñon y quejoso.

—Estáte ahí, dijo; puedo bajar sin tu auxilio.

Procedió á hacerlo así, siguiéndole San Lorenzo. Jorge se volvió mientras ellos bajaban para hacer un irresistible visaje hácia Emilia, quien á pesar de sus temores interiores, le festejó grandemente, aunque sin levantar el grito de su risa. Jorge bajó entonces seguido de su hermana. Lord Staplemore se habia sentado magestuosamente en el sofá con las manos descansando, con aire de hostigada resolucion, en su caña de puño de oro. San Lorenzo se sentó al lado opuesto en el sofá que habia frente á la mesa vibratoria. Su penosa dignidad no le habia abandonado, pero era como el espléndido manto real, cubriendo un féretro que vela los despojos á nuestra vista, y que no podemos olvidar lo que hay dentro. Hubiera movido á piedad á cualquiera menos superficial en sus buenos sentimientos que Jorge, ó menos irreflexivo y menos ocupado de sus esperanzas y temores que Emilia, al contemplar aquellas facciones gastadas y flacas, que demostraban tal historia de sufrimientos, que era imposible los revelara la lengua acerca de persona tan arrogante.

—¿Dónde está Violeta Mandeville? dijo Lord Staplemore mirando severamente á Jorge.

San Lorenzo cubrió su cara con las manos al sonido de aquel nombre.

—No lo sé, replicó su hijo; supongo que en Monte San Lorenzo. ¿Dónde debe estar?

—¿Dónde debe estar? dijo Lord Staplemore repitiendo sus palabras; ¡ah! tú puedes decir eso; pero yo te pregunto dónde está, ¿entiendes? añadió levantando la

voz á un tono muy alto. Lord San Lorenzo le miró como si quisiera contenerle.

—Bajo mi palabra no lo sé, replicó Jorge con indiferencia.

—¡No digas mentiras! dijo su padre severamente.

—Gracias, padre, por el consejo, replicó Jorge; procuraré seguirle en lo futuro.

Aquí se interpuso San Lorenzo.

—Confio, Jorge, dijo, en que tal consejo sea enteramente innecesario para quien lleva el nombre de San Lorenzo. Nadie puede sospechar ó acusar de una mentira á un caballero; pero puedes por alguna idea equivocada de benevolencia juzgar la ocultacion un deber, donde no seria mas que una falta. Ves ante ti, Jorge, un hombre de marchitas esperanzas, cuya perspectiva en la tierra ha sido arruinada. No quiero hablar de esto; algunas cosas es mejor relegarlas al silencio; pero quiero ocuparme de una cosa que apreció, aprecio y apreciaré mas que mi propia felicidad; el honor y reputacion de Violeta.

Aquí se paró un momento, casi ahogado por la emocion; despues, concentrándose continuó:

—Sí, pues, tienes razones para saber ó sospechar dónde está nuestra prima, cuyas aprehensiones exageradas inculcadas, lo confio, por alguna persona ignorante ó insidiosa, la han conducido á dar un paso arrojado y sin meditar las consecuencias, no dudes en hacérnoslo conocer. Es tiempo todavía de reparar lo hecho, y volverla al honroso abrigo de su casa, antes que el pueblo haya dado una mala interpretacion á su mal aconsejado acto, y la calumnia se haya unido á su nombre con injuriosas sospechas. Habla, Jorge, te lo suplico.

—Realmente que no entiendo una palabra de todo eso; me pides informes, y yo soy el que está en la oscuridad.

Lord Staplemore, que habia estado entretanto mirando de hito en hito á Jorge como si sus ojos quisieran salir de las cuencas, y á quien solo la presencia de San Lorenzo contenia en sus límites, sacó del bolsillo una carta con temblorosa mano por el enojo, y mas bien que darla, puede decirse que la empujó en las manos de Jorge.

Era la carta de Violeta á Lord Staplemore, incluida dentro de otra de Mr. Morland, que decia así:

«Mi querido lord Staplemore:

»Un penoso é inesperado incidente nos ha puesto esta mañana en el mayor disgusto y ansiedad. Violeta se fugó de esta casa durante la noche. Salió por el antiguo conservatorio, sin que sepamos hasta ahora con qué auxilio, y por tanto no queremos anticipar hechos dirigiendo sospechas contra nadie. Incluyo una carta hallada sobre su tocador; nosotros hemos recibido copia de ella. Una circunstancia nos hace comunicaros la noticia, á pesar de lo penoso de su naturaleza. Albertina ha confesado esta mañana haber observado una entrevista entre Violeta y Mr. Ferrers en el plantío la noche anterior á su partida. Es de sentir que Albertina no lo hubiera dicho antes, pero estas son inútiles consideraciones ahora. Hubiera sido yo el portador de esta fatal noticia, para ablandar en lo posible el golpe; pero Bárbara juzga que puedo ser de algun provecho en la vecindad, para hacer pesquisas, que he intentado hacer con todas las precauciones que la naturaleza del asunto requiere.

»Soy, etc.»

Jorge leyó las dos cartas, que pasó despues á manos de Emilia; y entonces como le era necesario decir algo, preguntó por qué conducto habian llegado.

—Un espreso las llevó á Wanford, donde yo me habia reunido con mi padre, replicó San Lorenzo, y nos siguió aquí porque ya habíamos partido cuando llegó el mensajero.

—Bien; todo lo que puedo decir, observó Jorge, que habia estado meditando lo que debia decir, es que si Violeta se ha fugado con alguno, me parece que es mas probable que haya sido con Mr. Ferrers que conmigo.

Lord San Lorenzo se acongojó asi que Jorge profirió estas palabras, y cubrió su cara con las manos.

—¡Oh! no, esclamó Emilia, cuyo buen corazon la hizo prontamente repeler una acusacion que conocia era del desagrado de Violeta; no creo que se haya fugado con Mr. Ferrers.

—Gracias, Emilia, con todo mi corazon te doy las gracias, dijo Lord San Lorenzo estendiendo su mano con afecto y cogiendo las de su hermana casi convulsivamente; gracias por ese sentimiento. ¡Oh! no la injuriemos con una sospecha, mientras que podemos defenderla con una esperanza. ¡Jamás, jamás podré creer que aquella por quien acaricié una admiracion poco menos que la idolatría, haya deshonrado mi eleccion y su propio nombre!

Se levantaron todos, y Lord Staplemore, que hasta aquí parecia no haber notado á su hija, la miró ahora con una determinacion en sus maneras poco agradables, y dijo:

—Emilia, ven conmigo.

—¡Oh, papá! pretestó Emilia; habeis dicho que podia ir con Jorge.

—Si he dicho eso antes, digo lo contrario ahora. Las jóvenes están mejor en casa.

—Necesito algun tiempo, replicó Emilia llorosamente, porque no tengo criada que me ayude; y como no esperaba ir tan pronto á tierra, todas las cosas tengo en el mayor desórden.

—Ni cinco minutos puedo esperar, replicó su padre con el pié en la escalera.

Aquí San Lorenzo, á quien Jorge habia susurrado algo al oido, se interpuso con una sombra de su antigua y ceremoniosa cortesía.

—Os ruego, padre, que considereis que los arreglos de las señoras llevan siempre algun tiempo. ¿No seria mejor volver al «Aguila,» donde habeis ordenado que nos dispongan un refrigerio antes de partir? Entretanto Jorge puede enviar á Emilia á tierra con su equipaje para reunirse con nosotros.

Sea que el grado de consideracion con que Lord Staplemore usualmente trataba á San Lorenzo, le indujese á aquietarse en esta ocasion, ó que viniese á ocupar su mente otra cosa distinta para divertirle de su obstinacion acostumbrada, lo cierto es que replicó con una especie de gruñido, con que por lo comun concedia cuando no estaba mas que á medias satisfecho, y se apresuró con aire ligero á subir la escalera. Lord San Lorenzo se detuvo un momento para encargar á Emilia que no hiciese esperar á su padre, pues que habia ordenado que los caballos estuviesen preparados para dentro de una hora, ansioso como estaba de llegar á Monte San Lorenzo lo mas pronto posible.

Llegaron todos sobre cubierta en el momento en que Lord Staplemore se hallaba en el acto de hablar á Bowles. Es probable que fuera este su objeto al darse prisa en subir el primero, y lo que motivara el fin de la discusion acerca de Emilia. Cuando Lord Staplemore vió venir á San Lorenzo, dejó su conversacion privada con Bowles, quien siguió su camino con una especie de gesto lúgubre en el semblante, mientras que Lord Staplemore continuó al bote sin tomar mas noticias de ningun otro. Siguióle San Lorenzo, y pronto los dos navegaron con direccion á la ribera.

—¡Viva! dijo Jorge; esto sí que estuvo grandemente dispuesto. Ahora, tan pronto como el patron y el viejo pomposo hayan desaparecido de la vista, enviaré á tierra por Violeta.

Inmediatamente Jorge escribió algunas líneas dirigidas á Mason, y despachó dos de sus hombres al pueblo, de los cuales uno sabia donde aquella vivia, con órden espresa de hacer el encargo con toda diligencia. Volvieron á la media hora, media hora de grande ansiedad para Emilia, por temor de que su padre se arrepintiera de haberla permitido tanto tiempo. Sin embargo, ni ella ni Jorge pensaron por un momento sacrificar á Violeta, á pesar de que á haber estado egoistamente dispuestos en este respecto, habrian hallado una disculpa en la declaracion de ella misma antes de partir. Estraña cosa es el corazon humano en su estado natural, mezclado como está de buenas y malas cualidades. Emilia no tuviera una lágrima por la afliccion de su hermano, ni un átomo de compuncion para censurarse por su fria decepcion y desobediencia á su padre. Su corazon estaba completamente insensible en estos respectos, mientras que era

capaz de generosa y desinteresada bondad para con una amiga. Así es, que constantemente estamos encareciendo ó rebajando la pobre y débil naturaleza humana. No podemos razonar sobre una cualidad con los elementos de la otra; la gracia sola es la que encierra consecuencia y armonía, la que contiene con una virtud todas las virtudes, porque contiene el amor de Dios que las incluye á todas. Las flores de la naturaleza son las flores del desierto, no las del jardin, no plantadas con órden, sino que diseminadas aquí y allá, florecen en compañía de la mala yerba que reclama y sostiene el mismo derecho á los rayos del sol.

Los hombres volvieron, pero Violeta no venia con ellos. Jorge y Emilia se miraron uno á otro.

—Temo que haya sido descubierta, dijo Jorge; de cualquier modo, nada mas hay que hacer.

Emilia suspiró y no dió respuesta.

La noche cerraba y la marea ya habia llegado hacia algun tiempo. Por tanto, Jorge consultó á Bowles sobre la posibilidad de dejar el puerto, y siendo su opinion favorable, pronto se puso todo en movimiento, volviendo de nuevo el pequeño Peri á surcar las aguas del canal.

Pero volvamos á Violeta. Despues de desembarcar en el muelle, ella y su compañera caminaron por algunos minutos en silencio, con direccion á la calle principal de Portmore. Violeta oyó campanas, esto es, las oyeron sus oidos, pero su mente no tomó noticia de ellas. La naturaleza de Violeta no era tímida, y el recelo de ser descubierta no la oprimió tanto como hubiera oprimido á la mayor parte de las personas colocadas en su situacion. Mason, por último, que caminaba á dos pasos

de ella; ahora se adelantó hasta ponerse á su lado para decirle que por la primera vuelta á la derecha, era el camino mas corto á la casa donde iban.

—Seria mejor entonces que siguiéseis, dijo Violeta, y allá nos reunirémos, porque tengo que hacer primero una visita.

Como era consiguiente, Mason no tuvo objecion que oponer, pero era necesario describir á Violeta el camino que despues habria de seguir sola. Fuese que en Violeta hubiera defecto en el órgano de localidad, ó su mente corriese entretenida en otra cosa, lo cierto es que no resultó haber adquirido una idea distinta; así, despues de repetir Mason la direccion á la casa, dijo Violeta:

—Estamos á pocos pasos del «Aguila;» me parece que seria mejor que me esperáseis allí, donde nos reuniré-mos muy pronto.

Mason se atrevió á hacer una modesta demostracion.

—Mi querida señora, ¿no podeis tal vez ser reconocida por alguien en la posada? Mejor será que os espere en la calle mientras haceis esa visita.

—No, no, dijo Violeta; no con ese saco; mucho mejor es que os vayais al «Aguila.» No creo probable que ninguno me reconozca. Nunca estuve allí en mi vida, escepto en un baile hace algunas semanas en el gran salon.

Y la frente de Violeta se contraia al desagradable recuerdo que se agolpaba á su mente.

—Bien, haré lo que gusteis, replicó Mason, y estaré vigilante con objeto de salir en el momento que os vea.

Mason siguió con paso presuroso mirando atrás ansiosamente á su jóven señora, quien se habia parado por un momento dudando el camino que debia tomar. Despues de andar algunos pasos, preguntó á una persona, y siguiendo la direccion recibida, pronto llegó á la puerta de la habitacion de Clara San Lorenzo.

CAPITULO XIV.

¿Era el afecto lo que inducia á Violeta á hacer aquella visita á su prima en tan crítico momento? ¿Era un deseo de consejo? Ni uno ni otro. Violeta, como se ha visto, no podia abrigar sentimientos por Clara que reclamen una descripcion ardiente y afectuosa. Violeta no la entendia, y por eso no podia apreciarla; además, habia en Clara cierta impasibilidad é invariable calma, que Violeta confundia con la frialdad atribuida á la ausencia de sentimientos que requieren represion. La miraba como una persona por cierto libre de faltas, pero exenta tambien de las cualidades capaces de escitar interés y amor. Pero si Violeta no la buscaba por afecto, mucho menos para obtener de ella un consejo. Cierto es que en los graves asuntos de la vida, Violeta rara vez pedia consejo; tal vez nunca le buscaba en nadie. En materias solamente relativas á su voluntad, estaba pronta á tomarle con desden y magnánima indiferencia de cualquiera; pero era demasiado altiva, confiaba mucho de sí misma cuando se trataba de algun principio moral para sentir necesidad de que otro la aconsejara. Todos los actos morales eran suyos propios, eminentemente suyos,

no solamente en el sentido de que en todo acto moral debe ser responsable el agente moral que le ejecuta, sino suyo en el sentido de ser enteramente libre de todo dictado ó influencia estraña.

Por esta razon quizá, mas que por otra, Violeta se cuidaba poco de la aprobacion ó la censura. No tenia aquel deseo femenino de ser apoyada, aun cuando conocidamente se colocase en lo justo, por el estímulo ó aprobacion de sus amigos. Como tan solo tomaba consejo de sí misma, así tambien aceptaba tan solo el juicio de sí misma.

Lo demás era esterno y no la tocaba sino en la superficie. Pero si Violeta era indiferente á la aprobacion, indiferencia robustecida por la corta estimacion en que tenia á los que la rodeaban, deseaba sin embargo que se entendieran los motivos de su conducta. Por eso se tomaba frecuentemente un trabajo penoso en poner sus actos en evidencia, aun para aquellos cuya opinion valuaba en poco. Si ellos continuaban censurándola, no le daba cuidado, comparativamente hablando. Así, como nunca se habia visto que se confesase ó sintiese equivocada en asuntos de moralidad, aunque fuese inclinada á reconocerse culpable, así tampoco jamás se habia visto agitada porque dejase de obtener la aprobacion moral de otros. Cuando estos llegaban á comprender los fundamentos de su conducta, era la desgracia de ellos, no la de ella, si no podian ver las cosas bajo el mismo punto de vista. Pero le daba pena no ser bien interpretada, y que sus acciones se confundiesen con otras que eran de su desprecio.

Quizá todo esto no era natural. Ninguno, ni aun el de naturaleza mas altiva, se inclina solamente ante la

aprobacion de sí mismo. En una forma ú otra, el hombre se inclina, como todas las criaturas, ante otra cosa; si no ante Dios, ante criaturas como él. Solo el amor de Dios puede enseñar aquella santa indiferencia al juicio propio que el corazon altivo quiere apropiarse y se presume que posee, pero al que nunca puede alcanzar.

Violeta, aunque desdeñaba justificar su fuga, deseaba sin embargo que fuese bien interpretada. Este era el sentimiento que habia dictado las cartas que antes de semejante hecho habia escrito, y este sentimiento era tambien el que la obligaba á despreciar algun riesgo en visitar á Clara, quien podia oir el asunto á otros de una manera poco satisfactoria, especialmente á uno que, aunque inhábil para interesar su alma ó mover su admiracion, nunca habia perdido su respeto y estima.

Violeta tiró de la campanilla de la puerta, y habiendo esperado lo suficiente y no recibiendo respuesta, estaba á punto de llamar otra vez, cuando se le ocurrió probar si la puerta estaba abierta. En efecto lo estaba; entró y subió la angosta escalera que conducia á la sala principal. Habia dos puertas en el pasillo de dicha escalera; la una que se encontraba de frente, era probablemente la sala, y al abrirla Violeta se encontró casi en la oscuridad. Imaginando haber cometido alguna equivocacion, la volvió á cerrar é intentó abrir la otra. La abrió en efecto con mucha sutileza, incierta de si habria ó no cometido otro error, y la luz ahora brilló en su cara, pero no la luz del dia. Violeta se paró con la mano apoyada en la puerta para contemplar la escena que tenia á su vista. ¿Era un sueño, ó la realidad? Y si era la realidad, ¿cuál era la significacion de lo que veia? ¿Aquella cámara era de gozo ó de afliccion? Allí habia

luces y habia flores; sí, una guirnalda de flores del blanco mas puro adornaba la cuna de un niño dormido, y circuia su hermosa é inocente frente; ¡y cuán profundo era el sueño de aquel niño, cuán plácido su semblante dulce! tan plácido como la lila que habia sido colocada en su seno. ¡Y qué pálido! como la figura de cera de un dormido querubin. Allí habia tambien algunas personas arrodilladas en silencio; no pudo Violeta notar cuántas en número, porque solamente una le llamó la atencion; era la de un hombre arrodillado cerca de la cuna del niño con la cabeza doblada casi hasta la tierra. Un frio sentimiento de terror se apoderó de Violeta; se sentia incapaz de movimiento, y ni aun de reflexionar en lo que tenia ante su vista, mucho menos podia hablar; hubiera parecido un sacrilegio romper aquel sobrenatural silencio con una palabra.

Pero la mano, que aun descansaba en la puerta y que la habia abierto sin ser sentida, hizo ahora un involuntario movimiento. El sonido atrajo la atencion del hombre arrodillado y alzó la vista. Era Emilio. Nunca, nunca Violeta olvidaria la espresion de aquel semblante del dolor; nunca olvidaria su admiracion de aquel momento. Emilio arrodillado, orando; y con un semblante, ¡oh, cuán mudado de lo que ella le habia visto! ¡Abatido, doblado con la afliccion hasta el polvo!

El hechizo que la habia clavado al sitio, parecia haberse roto; sin embargo, cuando Emilio levantó los ojos, Violeta se retiró con presteza, cerró la puerta y entró en la habitacion oscura. Las ventanas estaban solo parcialmente abiertas, y admitian suficiente luz para que pudiera ver el paso hasta una silla. Se sentó maquinalmente; no se movió un punto, ni lloró; apenas re-

flexionaba lo que debia hacer, á quién buscar, por quién preguntar; no, ella lo sabia todo sin preguntarlo: ¡el niño estaba muerto! ¿Y dónde estaba la afligida madre? ¿Estaba tambien en el cuarto? No; estaria demasiado abatida por la afliccion para velar el cuerpo muerto de su hijo.

Pasaron algunos momentos mientras que estas reflexiones cruzaron por la mente de Violeta; y entonces se levantó con la intencion de deslizarse suavemente al segundo piso de la casa, para hallar, si le era posible, alguno á quien preguntar cómo estaba la pobre Clara, y despues partir.

En este momento la puerta se abrió, dejando entrada á una persona; pero á causa de la oscuridad, Violeta no distinguió desde luego quién era; aquella persona se movió hácia la ventana para abrirla algo mas con objeto de que la luz penetrara. Inmediatamente Violeta reconoció á Clara. Sí, era Clara, no doblada hasta la tierra con el infortunio como Emilio; no desfigurada con la afliccion, sino dueña de sí misma, como siempre: una sombra mas pálida podia verse en su semblante, pero con una serenidad en sus tranquilas facciones, si era posible, mas profunda y mas santa de lo de costumbre. ¡Qué madre ha vivido jamás desde el dia en que Eva abrazó el cuerpo exánime de un hijo asesinado, que su corazon no haya sido taladrado con el dolor á la muerte de su prole! No, esta calma no es defecto de la naturaleza, sino la presencia de algo sobre la naturaleza; no era algo inferior al nivel de las simpatías de Violeta, sino algo superior al alcance de su entendimiento.

Esta verdad parecia esclarecer su mente al tiempo

en que Clara se acercó á ella llamándola por su nombre, y dulcemente tomando su mano:

—Violeta, dijo, mi ángel está en el cielo. Su Padre Celestial le amaba mucho y le deseó á Su lado. El ha tomado á mi Cirilo en el seno de Su amor.

Violeta no pudo aguantar mas. Ella no habia vertido una lágrima por sí misma. Aflicciones, contratiempos, mortificaciones y ansiedades, toda la calamidad de los últimos dias, tan solo habian atesorado amargura en su corazon; pero ahora una emocion estraña á la vista de la madre despojada, sufriendo su afliccion como solamente saben sufrirla aquellos que siguen cual amantes hijos el ejemplo de la «Madre de afligidos,» conmovió su alma hasta lo mas profundo, y abrió las puertas del torrente á aquellos temores, que hacia tanto tiempo estaban cerradas; no las lágrimas de los últimos dias solamente, sino las lágrimas de toda la vida, tan apasionado, tan sentido fué aquel estallido de afliccion. Clara nunca habia visto llorar á Violeta, y á la verdad nunca habia llorado como lloraba ahora. La abrazó Clara tiernamente, tomando la parte del que consuela; ella, que parecia necesitar consuelo para sí.

—No te aflijas, querida Violeta, dijo cuando la vió algo calmada. Cirilo está tan bien ahora, que no quisiera su vuelta. Oh, no, continuó elevando sus puros y cándidos ojos al cielo. No le quisiera aquí. Ahora está mirando cara á cara á Aquel que el mirarle es un gozo inesplicable; ¿y qué hubiera sido mi hijo si viviera? Nuestro querido Señor no pudo hacer un presente mas apreciable á los infantes de Belen que una temprana muerte y un bautismo de sangre. Era una amnistía de nuestro Rey á las almas de los hijos asociados con el

tiempo y la ciudad de Su nacimiento, y la misma merced ha concedido á mi hijo. El le lavó con el santo bautismo, y despues le llevó para Sí todo puro y hermoso con Su inocencia, en los brazos de Su amor y la vision de Su gloria. ¿Y no debo, mas bien que llorar, darle gracias?

Violeta la contempló con respeto mezclado de admiracion.

—Conozco que es feliz, dijo; Dios es el Dios de amor; ¿cómo podria un inocente niño ser otra cosa que dichoso y salvo en Sus manos? Pero tú, Clara, que eres madre, ¿cómo puedes sufrirlo? ¿Puede una madre dejar de gozar al nacimiento de su hijo, y no afligirse al ser privada de él?

—No, yo no digo que estoy exenta de afliccion, dijo Clara; pero es una afliccion sin amargura, una afliccion mezclada de alegria. Y ¡oh! ¡Tú no conoces con qué clase de alegria!

Aquí se paró un momento, y despues continuó:

—Violeta, hace mucho tiempo que he puesto á mi hijo en el sagrado corazon de Jesus, y le amé solamente allí, y allí todavia le amo. No estoy por lo mismo privada de él, aunque no le veo. Antes bien le tengo allí mas conservado para mí. Nos encontramos en el corazon de Jesus, donde estarémos siempre unidos.

—¡El corazon de Jesus! repitió Violeta. Clara, te admiro, pero no entiendo las palabras con que espresas tus sentimientos. ¡Encontrarse en el corazon de Jesus! No puedo realizar esta idea; pero tú que puedes debes ser una mujer santa.

—Si fueses católica me entenderias, replicó Clara. Y ahora, continuó, espera aquí un momento, Violeta; vuelvo á tu lado inmediatamente.

Clara dejó aquel recinto, y Violeta la esperó ya algo tranquila, pero como quien ha sido tocada de un golpe dirigido de un paraje inesperado. Este golpe casi habia arrojado de su mente la memoria de sus dificultades y de su posicion, y completamente la idea de aludir á su persona. Muy compasiva por naturaleza á causa de su benevolencia y no de su ternura, Violeta no pensó en su afliccion propia en presencia de tan grande dolor; ¡una madre privada de su primer engendro y único hijo! Clara volvió pronto; traia una carta en la mano, y se sentó cerca de Violeta.

—Gracias á Aquel que envia aflicciones en Su amor, dijo; Emilio es un hombre cambiado.

Las lágrimas temblaron en los ojos de Clara al proferir estas palabras, pero eran lágrimas de gratitud.

—Sí, continuó, ha cambiado, y no es un cambio debido solo á su afliccion, pues que lleva frutos de arrepentimiento. Emilio te vió al abrir la puerta, Violeta, y me llamó para decirme:—Tengo una deuda de reparacion que pagar á Violeta, tardía, es verdad, pero es todo lo que está en mi poder ahora. Vé y detenla mientras que escribo algunas líneas. No sé cuál es el designio de esta carta; quizá tú lo sabrás; pero al dármela me dijo: Clara, ruégale que me perdone.

Violeta tomó la carta con mezclada emocion y sorpresa; y Clara, no queriendo introducirse en los secretos de otros, salió de la sala.

La carta, que contenia otra inclusa, y que estaba escrita con atropellada y temblorosa mano, decia así:

«Violeta, algun dia te amé; te amé como nunca amé mas que á tí sola; cuando me desdeñaste, no te aborre-

cí; no, no podia aborrecerte; pero me vengué en aquel por quien habia sido sacrificado. La adjunta te esplicará mi traicion, que confieso con vergüenza. Yo la estravié, porque conocia tu carácter generoso y consideracion hácia él. Sé que perdonarás la mano que de esa suerte ha roto un compromiso que yo creí seria agradable para tí que dejara de existir; pero quizá encontrarás duro el perdonarme por haber sido indudablemente la causa de que hayas aparecido insensible é ingrata; y sobre todo, me despreciarás por mi traicion. Sea así; tambien me desprecio á mí mismo. No sé cómo viniste aquí, ó qué ocurrió desde que dejé á Monte San Lorenzo. ¡Ojalá que pudiera serte útil de alguna manera, ó que tú me permitieras que lo fuese! Debiera esperar entonces un perdon que no merece

EMILIO SAN LORENZO.»

La carta adjunta era la de San Lorenzo á Emilio, que este habia guardado á instancia de Ester. Al concluir de leerla cayósele á Violeta de la mano, la misma mano que oprimió en su frente con una presion convulsiva; no era estraño. Mientras leia haciendo un poderoso esfuerzo, su respiracion casi habia estado suspendida; y ahora, á la manera de corriente que se precipita cuando de improviso se remueve algun obstáculo, así la sangre parecia agolparse sobre su cerebro; mas poco á poco fué retirándose para dejarla fria como la muerte y casi incapaz de moverse; pero jamás la abandonó el conocimiento. Todo era claro, penosamente claro como la luz del dia ante su mente. El error acerca del anillo, que Emilio, no queriendo vender á Ester, dejara sin esplicacion, y que era por tanto aparentemente el resultado del acaso,

todo fué recordado. Despues la carta de San Lorenzo que recibiera á los dos dias, y que ella habia considerado un acto espontáneo, cuyo motivo fuera un razonable punto de vista para promover la felicidad de ambos; en seguida la fria y fácil respuesta escrita bajo tales impresiones. ¡Oh, qué falta de generosidad, qué indigno retorno á tan generosa conducta! Y finalmente, ¿no tenia ella motivo para reprocharse á sí misma? ¿No habia nada en el tenor de la carta de San Lorenzo que pudiera despertar las sospechas acerca de los sentimientos que la habian dictado, y que la hiciesen leer en ella un desinteresado sacrificio, mas bien que una sugestion prudente? ¿No habia andado precipitada en aquella ocasion, porque no quiso escudriñar lo que para ella era tan bien venido? ¡Oh, Violeta, es esta tu verdad, tu nobleza de alma, por la que tanto te valúas, ó que te parece á la manera de la esencia de tu ser! ¿Por qué tan precipitada? ¿Seria para hallarte libre, y despues amar y ser amada de un indigno jóven? ¡Oh, qué grande y noble corazon has sacrificado por quien no sabe lo que quiere decir verdad y honor!

¿Y cómo podia ahora justificarse á los ojos de San Lorenzo? El orgullo la prohibia todo lo que se pareciese á una esplicacion, que podria mirarse como el intento de reanudar el compromiso; y aun cuando fuese posible una esplicacion en lo futuro, ¡qué tormento el pensar que en aquel mismo instante y algunas semanas anteriores habia estado rebajada en la estimacion de San Lorenzo! ¡Y qué seria si llegaban á los oidos de él versiones mutiladas de su fuga, unidas con las acusaciones que Lord Staplemore produciria contra ella, ahora quizá mas fácilmente creidas!

Tales eran los pensamientos que oprimian y torturaban la mente de Violeta; pero así como recobró algun tanto las fuerzas de su cuerpo, se levantó para dejar la casa. No podia soportar la vista ni de Emilio ni de Clara. ¡Cómo podia ella rehusar el perdon á un hombre miserable y penitente que le pedia! Sin embargo, ¡cómo podia ocultar el enojo de su alma por la traicion que le habia tendido un lazo para caer en la deshonra! En tal dilema procuró huir precipitadamente. Violeta debia llevar su corazon agobiado y su arqueada frente donde quiera, y nadie podia aliviar el uno ó calmar la otra.

Así siguió otra vez por las calles de Portmore. Habia cerrado la puerta blandamente para no ser sentida, y dirigia ahora sus pasos con la rapidez que le era posible á «El Aguila.» Cuando entró en la calle donde estaba situada esta gran fonda del lugar, la halló, contra la costumbre, coronada de gente, al parecer personas ociosas, entre las cuales habia gran porcion de muchachos y hombres andrajosos. Violeta encontraba al paso el tropel que venia de algun punto dado; y al levantar los ojos para ver si estaba cerca de su destino, descubrió dos grandes banderas, los combinados colores de los candidatos Torys, adornando los balcones del «Aguila.»

Se paró un momento y casi dudó si volveria atrás; pero recordando que no tenia otro medio de reunirse con Mason, echó el velo, bajó la vista y abrevió el paso. No tuvo interrupcion en el camino, y salvo que un muchacho descalzo la sobrecogió con un rugido «Sidney por siempre,» al pasar precipitadamente, nada encontró que le causara alarma; el número además disminuia al llegar á la fonda y entró en su primer departamento. Varios mozos vagaban en todas direcciones, adornados

con cintas en los ojales de sus vestidos, de los mismos colores que las banderas de los balcones del primer piso del edificio. Violeta iba sencilla, casi ruinmente vestida; pero fuese debido á la peculiaridad aristocrática de su belleza, ó á su paso audaz, como si no estuviese acostumbrada á andar de prisa por causa de quehaceres, y por tanto demostraba que pertenecia á la clase de los que son servidos y para los que otros trabajan, mas bien que á la de los que trabajan y sirven, lo cierto es que uno de los mozos se movió para saber lo que queria.

—Nada, respondió Violeta; espero hallar aquí á una persona.

El mozo retrocedió con señales de arrepentirse de su estraordinaria atencion con una persona tan humildemente ataviada y sola. Entretanto se abrió parcialmente una puerta lateral, y Violeta vió á Mason haciéndole seña de que entrase. Así lo hizo, y se halló en un pequeño cuarto, al parecer apropiado para depósito de algunos efectos. Violeta se sentó exhausta en un grande baul.

—Mi querida señorita, dijo Mason afectuosamente, estais cansada, lo aseguro; ¡qué pálida estais!

—¿Estoy pálida? repitió Violeta; sin embargo, mi cabeza arde.

—No me atreví á saliros al encuentro, dijo Mason, porque habia tanta gente á la puerta y estaba Mr. Sidney perorando al balcon en medio de tantos aplausos. ¡Ah! ¡cuánto temí que llegáseis entonces!

—¿Partió ya Sidney? preguntó Violeta.

—Oh, sí, dijo Mason; salió en un carruaje tirado por cuatro caballos como cosa de diez minutos antes de que viniéseis; pero el tropel de gente no se dispersó inme-

diatamente; sin embargo, ahora ya me parece que podemos marchar con seguridad.

—Ahora mismo no, dijo Violeta; necesito unos minutos de descanso.

Mason estaba en pié mirándola con maternal afecto.

—Pediré un vaso de vino para vos, querida Miss Mandeville. Seguramente que le necesitais; y despues procurarémos un carruaje para que no os molesteis en andar mas tiempo.

—No soy de esa opinion, replicó Violeta apretando afectuosamente la mano de su antigua aya; esto seria llamar la atencion y hacer que las gentes nos reconociesen, como igualmente habilitarlos para que diesen con nuestro paradero.

Despues, como si fuera á causa de un súbito recuerdo, añadió altivamente:

—Tengo que ocultarme como un culpable, y sin embargo, no lo soy; mi propio corazon me absuelve, si todo el mundo me condena.

—Y Dios, que conoce el corazon, tambien os absuelve, lo que es mejor aun, replicó Mason, corrigiendo sin saberlo el pensamiento de Violeta.

—Sí, Dios conoce el corazon, repitió Violeta casi maquinalmente, porque estas palabras no tenian para ella el profundo significado que encerraban para el alma sencilla con quien conversaba; sin embargo, las apoyó sintiendo al mismo tiempo una impresion vaga de que Mason queria decir algo mas con ellas de lo que Violeta alcanzaba. Contempló por un momento á Mason, y no sabia por qué los pensamientos de esta la hacian recordar á Clara y ponian á su sirvienta en conexion con la misma. Hubiera sido un absurdo ver semejanza alguna

entre ellas. ¿Por qué, pues, la una le recordaba en este momento la otra?

—Ya puedo marchar, dijo Violeta levantándose. Mason se volvió para coger el saco de noche, entretanto que Violeta abrió despacio la puerta para ver si podian pasar sin la observacion de muchos; y fué por cierto muy conveniente para ella el haber sido tan precavida en sus movimientos, puesto que entraban con paso tardo dos personas al mismo tiempo en que tenia la puerta medio abierta; un segundo que se hubiera adelantado, se habria encontrado cara á cara con ellas. Aquellas dos personas eran Lord Staplemore y Lord San Lorenzo. El primero apoyado pesadamente sobre su hijo, y que no andaba como lo tenia de costumbre con presteza y pisada firme. Su cara, de un color carmesí, indicaba disgusto, y tenia casi una apariencia de inflamada; pero Violeta, que habia estado clavada al sitio con la puerta entreabierta en la mano, tan pronto como los percibió, puso poca atencion en él; sus ojos se fijaron en San Lorenzo. ¡Oh, qué estragos encontraba en su figura! Veinte años parecia que habian pasado sobre su cabeza desde que Violeta le habia visto. ¡Y aquella era su obra! Violeta puso la mano instintivamente sobre los ojos, para ocultar tan penosa vista. Cuando quitó la mano, ya San Lorenzo habia pasado; habia pasado apoyando los pasos de su anciano padre; él, que segun todas las apariencias, aceleraba la declinante escala de años hasta los pasos mas bajos á que su padre habia llegado. Pasó adelante, aun cortés y bondadoso, ejecutando con dignidad un acto caritativo de la vida, pero soportando un corazon muerto, cuyas señales se veian en su surcada frente. ¡Y todo esto era obra de Violeta!

Los mozos ociosos que se hallaban á la puerta, que tan poco se habian molestado por Violeta, todos eran ahora actividad y ruido para servir á Lord Staplemore. Cada cual parecia persuadido de que tenia algo que hacer en aquella ocasion, y la entrada fué temporalmente despejada por los sirvientes ociosos.

—Ahora será mejor que nos vayamos, dijo Mason.

Violeta asintió silenciosamente, y pronto estuvieron las dos haciendo su travesía por las calles ya tranquilas al paraje donde estaba situada la habitacion de Mason.

CAPITULO XV.

Violeta tenia un alma difícil de perturbar por contratiempos de escasa importancia. Las cosas que afligen y vejan á otros, pasaban en ella ligeramente, ó si producian una espresion transitoria de impaciencia, como sucede á la generalidad, no tenian poder para conmoverla de una manera profunda. Era tan dueña de sí misma cuando se manifestaba irritada en estas ocasiones como en cualquiera otra normal y tranquila. Era en suma un acto de su libre voluntad manifestarse enojada, lo que sucedia cuando deseaba aparecer así ó no creia que valia la pena de contenerse; pero esto era todo. Violeta absolutamente desconocia lo que era estar de mal humor. Sin embargo, si alguna vez se conmovia por una causa grande y poderosa, entonces el caso cambiaba de carácter. Como las profundidades del Océano que están ignorantes de la ligera brisa que se agita continuamente en la ondulante superficie, pero que son tremendas é implacables en su poder, cuando son conmovidas por la tormenta, así las pasiones de Violeta trabajaban terriblemente una vez sobreescitadas.

Los últimos dias habian obrado poderosamente en

ellas. Primero habian ocurrido los amargos disgustos é injurias recibidas de su tutor; despues su dolorosa prision; en seguida su orgullo herido al ver que se habia degradado con un afecto mal empleado, y la irritabilidad escitada en su ánimo al encontrarse asociada con personas á quienes no podia estimar; y por último, el descubrimiento de haber sido engañada en un asunto y de una manera repugnante á su sentimiento de honor y generosidad. Añádase á esto, que el mismo esfuerzo que habia hecho para conservar su dignidad y posesion de sí misma esteriormente, mientras que en el interior sufria tormentos, habia trabajado dolorosamente en ella, y no es de admirar que Violeta entrase en su habitacion para ocupar la cama del calenturiento.

Mason la cuidaba con un esmero maternal; pero hácia la tarde del segundo dia tomó tal vuelo la fiebre, que llegó á causar delirio. Alarmada Mason sériamente y habiendo agotado todo su caudal de conocimientos médicos, fué en busca de un doctor, á quien sin embargo no dió noticia del nombre ó estado de la paciente. Por dos dias forcegeó Violeta entre la vida y la muerte; los momentos de perfecta razon eran pocos y acompañados de tanto sufrimiento y confusion de la mente, que no podia conocer su peligroso estado. Volteaban los objetos ante ella como en un intranquilo sueño, mezclados con el estraño recuerdo de lo pasado y alucinaciones relativas al presente. La vista del semblante bueno y complaciente, aunque con un tinte de ansiedad de Mason, durante los intervalos de parcial acuerdo, parecia sin embargo complacerla y calmarla; Violeta le suplicaba que se sentase al lado de su cama, y le cogia la mano y le daba gracias por su bondad, sin recordar jamás de

una manera distinta la posicion de ambas. La juventud y la fuerza por último triunfaron del enemigo que combatian, y en la mañana del sétimo dia, al dejar la casa el doctor, declaró que la crísis peligrosa habia pasado, y que podian abrigarse grandes esperanzas del recobro de la paciente.

Violeta habia caido en un dulce sueño, y Mason estaba arrodillada al lado de la cama dando gracias por una merced que, á haber sido sabedora de ella la paciente misma en aquel momento, difícilmente las hubiera ofrecido por sí propia. La campana de una iglesia de la vecindad tocaba pesada y tardiamente. Violeta abrió sus lánguidos ojos, y mirando á Mason, dijo:

—¡Cuánto tiempo hace que el reló está dando la hora! El tiempo parece que camina muy despacio.

—No es el reló, mi querida señora, replicó Mason; es la campana de la iglesia.

—¿Qué hora es? preguntó Violeta, ahora perfectamente dueña de sí misma. Me parece muy temprano. ¿La gente vá á estas horas á la iglesia?

—No es la campana para el oficio divino, replicó Mason; es lo que se llama campana de difuntos. No sé por qué la tocan los protestantes; mas yo me alegro de ello porque me recuerda que debo rezar por el reposo de la pobre alma que no tiene quizá ninguno que ruegue por ella.

Y Mason empezó silenciosamente á repetir el *De profundis*. ¡Bueno era para el alma que habia ido aquel dia á dar su cuenta, si aquel *De profundis* podia aprovecharle! Habia dejado una vida de esplendor y egoismo, comodidades, mundana consideracion y atenciones obsequiosas; la púrpura, los ricos vestidos, la suntuosa

mesa y el orgulloso desprecio de Lázaro á la puerta, para ir ante aquel tribunal donde solamente nos siguen nuestras acciones.

Violeta escuchó algunos momentos pensativamente aquella pesada campana, y entonces volviéndose á Mason, dijo:

—Sabeis, Mason, que durante mi enfermedad tuve algunas fantasías muy estrañas; una de ellas fué que varias veces ví una figura de blanco arrodillada en este cuarto.

Mason se sonrió dulcemente.

—¿Os dió pena esa fantasía? preguntó.

—¡Oh, no! respondió Violeta; antes bien me calmaba. Imaginaba que alguien me decia que un hombre santo rogaba por mí, y así estaba contenta de ver aquella figura.

—Era vuestro ángel guardian el que os hablaba, respondió Mason; porque no sé que hayais visto realmente á nadie.

—¿Pero estuvo aquí alguna persona? preguntó Violeta.

—Sí, replicó Mason; el Padre Silvestre, que recientemente predicó en Portmore, y que aun está en el pueblo, fué el que vino á esta casa varias veces, y ha ofrecido tambien la misa por vos.

—Los católicos sois una gente estraña, replicó Violeta, tomando su rostro un color mas pronunciado, y se cuidan de un modo particular de los demás. ¿Por qué ese buen sacerdote se tomó una molestia por mí, á quien juzga una herege?

—¿Por qué se tomó una molestia por vos? preguntó Mason en retorno; ¡mas bien debe decirse por qué no se

ha de molestar por aquellos por quienes murió Cristo! ¿No deja el buen Pastor las noventa y nueve ovejas que no se han estraviado para ir tras de la una que se ha perdido?

—No me convertirá, dijo Violeta.

—Ya no volverá, replicó Mason sintiéndose interiormente chasqueada con la respuesta, á menos que lo deseeis.

—No, respondió Violeta, no me engañeis; estoy muy agradecida de sus oraciones; y si volviese y orase otra vez, me alegraria. Pero quizá ahora que estoy mejor no lo hará.

Y Violeta, un poco cansada con aquellos minutos de conversacion, volvió á cerrar los ojos para quedarse otra vez dormida.

Durante los dos dias siguientes, Violeta hizo rápidos progresos. Ya era capaz ahora de sentarse en la cama y conversar sin gran fatiga; pero así como recobraba las fuerzas y con ellas el poder del entendimiento que la debilidad del cuerpo habia suspendido, sufria quizá mas porque sufria mentalmente. Se hubiera estado de buena gana horas enteras con los ojos estensamente abiertos, contemplando las paredes del aposento, y perdida en medio de sus reflexiones. Ya habian pasado algunos dias desde su desaparicion, y el mundo indudablemente se habia ocupado de su nombre. ¿Cuál seria la interpretacion dada á su conducta? ¿Qué motivo habian asociado á la misma? ¿Qué justificacion falsa habria alegado Lord Staplemore para echar de sí toda censura? ¿Qué equivocadas y poco juiciosas escusas habria la locura de sus amigos ideado para disculparla? ¿Pero qué importaba todo esto? ¿No le era suficiente el respeto de

sí misma y la conciencia de su inocencia? Ella intentaba creerlo así; pero una incesante incomodidad interna revelaba lo infructuoso de este intento. Su total separacion del mundo y la ocultacion perfecta en que estaba enterrada la devoraban. Ella parecia abstraida de la simpatía, del compañerismo, aun mas, hasta del mismo conocimiento de todo esto; y tan poco como habia parecido estar ligada á las simpatías y compañerismo de las personas que la rodeaban, sin embargo, ahora que todo esto se le negaba, sentia su soledad, su aislamiento completo, y sentia tambien cierta irritacion de la mente y rebelion del corazon contra la peculiar naturaleza de aquellas pruebas.

Una tarde, asi que entró Mason en el cuarto de Violeta, despues de alguna ausencia, á informarse del estado de la salud de su señora, esta le preguntó:

—Aquel Padre que oraba por mí durante la enfermedad, ¿ha vuelto?

—Es cosa rara, replicó Mason, que hayais pensado en decir eso ahora mismo. El Padre Silvestre acaba de llegar en este momento á preguntar cómo estais hoy.

—Quisiera verle, dijo Violeta, si puede dispensarme algunos momentos.

Mason bajó con gran deleite á suplicar al Padre que subiese.

—Las oraciones de vuestra reverencia serán por último oidas, esclamó agitando las palmas.

—Y las vuestras, buena mujer, replicó el Padre, y las de todas las almas devotas que se han reunido en la novena á Nuestra Señora por ella.

—Que concluye hoy, replicó Mason llena de confianza, confianza que acompaña á la oracion y á la interce-

sion de María, que hace á los católicos esperar contra todas las probabilidades humanas, y cuyas súplicas son escuchadas por la misericordia de Dios. Lo que no pueden hacer los argumentos, puede hacerlo la oracion de la fé; esta puede remover las montañas del orgullo y de la incredulidad. ¡Qué milagro mas grande que este!

Violeta recibió al sacerdote con una respetuosa inclinacion de cabeza.

—No me disculpo, dijo Violeta así que el Padre se sentó en silencio esperando que ella hablase primero; no me disculpo al molestaros de este modo, porque es una deuda de gratitud que yo debo, y por la que estoy obligada á retribuir en tanto que las palabras y las gracias á lo menos pueden hacerlo. Vos no habeis juzgado vuestro tiempo perdido al orar por mí, que no solo os soy estraña por el nombre, sino tambien agena á vuestra comunion. Deseaba daros las gracias por vuestra desinteresada caridad; esta ha sido la causa de abusar todavía mas de vuestros momentos.

—Dios ha tenido misericordia de vos, hija mia, dadle gracias á El, replicó el buen sacerdote; en cuanto á mí, Su siervo, es de mi deber emplear mi tiempo, mis oraciones y mi vida que El me dió con esta vocacion, por las almas por que El murió. De otro modo, ¿para qué me habria dedicado á Su servicio por siempre? ¿El tiempo del pastor está perdido porque cuida de sus ovejas? ¿No es este su mismo empleo y profesion?

—Pero yo no pertenezco á vuestro redil, replicó Violeta, sino á otro.

—No hay mas que un redil, como no hay mas que un pastor, replicó el Padre Silvestre.

—Sé que es esa vuestra teoría, replicó Violeta. Sé

que sosteneis que así deberia ser; pero como materia de hecho, al fin vendreis á convenir en que no es así.

—Perdonadme, dijo el sacerdote; no hay mas que un redil; fuera de él hay el desierto, la selva, el enmarañado bosque, el profundo pantano; fuera de él hay oscuras montañas, y las desoladoras aguas de la tormenta; pero no un redil. Si no estais dentro del solo redil que existe, podríais pertenecer á él siendo bautizada eficazmente, y hubiérais pertenecido á sus santos recintos en vuestra feliz infancia, si por vos misma ó por otros no hubiérais sido estraviada. ¿Y os creeis por eso estraña á nuestro amor, ó estais sin una reclamacion á nuestros cuidados?

Violeta calló por un momento; tenia algo que decir, y meditaba la manera de decirlo. Por último se esplicó así:

—No me confundais con la comun multitud de protestantes fanáticos. Detesto el fanatismo bajo cualquiera forma, y no es menor mi aborrecimiento cuando toma por base un vulgar y ridículo prejuicio contra vuestra comunion. Aun mas; he abrigado siempre una especie de simpatía y admiracion por muchas cosas que he observado en ella; y hácia sus ministros, que me parecen los únicos que elevan á su altura el oficio sacerdotal, correspondiente con la idea de mi mente, siento el mas profundo respeto. Pero escusadme si os objeto, que educados como han sido todos los católicos romanos en absoluta creencia de ciertas doctrinas que les han enseñado desde la cuna, no pueden sin pecado cuestionar sobre ellas ni aventurarse á probarlas por la razon; es casi imposible por tanto que entre en su mente ó vean la fuerza de las objeciones de los protestantes. Un asen-

timiento racional es todo lo que podemos dar á una cosa, la cual debe ser probada para nuestra aceptacion sin que el mero aserto ejercite sobre nosotros el hechizo que posee para vosotros, hechizo que se robustece por los hábitos mentales de toda la vida. Bajo cierto respecto, este puede ser un estado envidiable del entendimiento; sin embargo, la dócil fé del niño puede ser un pesar para el hombre adulto; por otra parte, no es mas posible tomar un curso retrógrado y volver á una condicion pueril, que lo seria hacer retroceder la razon desarrollada al período de la infancia; ni uno ni otro se puede quizá desear sériamente. El hechizo puede romperse, y el hombre aprenderá á cuestionar y á no creer lo que antes ha recibido sin exámen para no herirle otra vez. Cuando la razon ha llegado á afirmar su supremacía, manda imperativamente y quiere obtener satisfaccion. Hubo tiempo quizá en que esto fué de otra manera; la humanidad tiene, como el individuo, su infancia y su virilidad; pero cuando ha llegado este período, sea en beneficio de una raza en general ó de alguna persona particular, es tan imposible que acepte otra vez lo que la razon ha rechazado, por mas hermosas que sean las doctrinas y prácticas propuestas á su creencia, como lo seria, perdonadme la comparacion que solo hago para ilustrar lo que quiero decir, como lo seria volver á la creencia de las admirables fábulas que en su infancia oia con pronta credulidad. Esto me parece una verdad fundada en la constitucion del entendimiento humano. Si la Iglesia Católica quiere ganar todo el mundo, deberia, estoy cierta de ello, acomodar su enseñanza al nuevo y mas avanzado órden de cosas.

El Padre Silvestre se sonrió.

—Mi querida hija, dijo, ¿creeis que existe una cosa que se llama verdad?

—¡Verdad! dijo Violeta remedando el eco. ¿No es esa la virtud que yo idolatré? Aun mas; no puedo consentir que sea colocada entre las demás virtudes; tan esencial me parece á la propia dignidad del hombre, que sin ella está completamente degradado á mi vista.

—No hablo del deber de decir verdad, replicó el Padre, ni de la rectitud de carácter, sino de la *verdad* misma tomada en abstracto; en otros términos, ¿creeis que hay Dios y que se ha revelado al hombre?

—¿Cómo me preguntais eso? respondió Violeta algo provocada, pero ocultando, por respeto, manifestarlo mas allá que con un ligero cambio de tono en la voz.

—Entonces bien, replicó el Padre Silvestre; si creeis que Dios nos ha dado una revelacion de Sí mismo, y de esta suerte nos ha hecho conocer la *verdad*, ¿qué quereis decir con esa necesidad de acomodar la doctrina al razonamiento del hombre adulto? ¿Qué quereis decir con esa religion que se acomoda á un tiempo de una manera, y á otro tiempo, mas racional, de otra? O la fé católica es la verdad de Dios, ó es una mentira; si es un engaño á la razon humana ahora, lo fué siempre, y como tal, siempre mereció ser denunciada y proscripta; pero si es una verdad, como lo es, entonces tiene tan eminente reclamacion sobre la elevada razon del siglo XIX, como sobre el menos exacto intelecto de los primeros siglos; una reclamacion tan soberana sobre el hombre adulto como sobre el niño, sobre el sábio como sobre el necio. La cuestion no está, pues, en si vuestras ideas aprueban la fé católica, ó las ideas del presente dia; sino en si es ó no verdad la revelacion de Dios.

Creedme, esas teorías de la progresiva razon humana dictando de hecho á sí misma lo que debe creer, no sirve mas que para cegar vuestros ojos á vuestra real posicion y á la cuestion real que teneis á la vista.

—No me comprendeis, replicó Violeta; no quiero decir que la verdad es subjetiva, y varía acorde con el entendimiento que la recibe; tiene por consiguiente una existencia independiente, ó claramente no tendria ninguna, y no seria mas que una mortificacion de la mente misma. Percibo esto.

Y Violeta se paró por un momento.

—¿Os cansa la conversacion? Estais aun débil, dijo bondadosamente el sacerdote.

—Oh, no, respondió Violeta; mis penosos pensamientos me cansan mucho mas que cualquiera discusion, y estoy además deseosa de semejantes tópicos. Iba á decir que yo separo la verdad del entendimiento como separo la luz del ojo; sin embargo, el ojo fué formado para la luz, y está adaptado á ella, y la juzga; así la razon, y la razon de la humanidad en general, debe juzgar la verdad. Por eso, cuando digo que ha llegado el tiempo en que debeis adoptar una línea diferente de enseñanza, no quiero decir que ha cambiado la verdad. Creo que sosteneis todo lo necesario á la salvacion, lo que tambien creo que aprueba la razon humana cuando claramente se pone ante su vista; pero todo lo demás que deseais aceptemos bajo la simple palabra de vuestra Iglesia, porque la credulidad de pasados siglos lo ha trasmitido, como vosotros lo conservais, con la misma sancion solemne que esas otras claras é incontrovertibles doctrinas, debe ser primero necesariamente probado por la razon, y si la razon no puede admitir esas tradiciones, y fran-

camente, y con los ojos abiertos estrecharse con ellas, entonces digo, que si quisiérais convertir un pueblo intelectual, deberíais modificar, separar y dejar claro lo que es imposible recibir á una razon despierta.

—Creo que os entiendo perfectamente, replicó el Padre Silvestre, aunque con un colorido diferente, hija mia; venís á dar á entender que creeis en todo lo que la fé católica enseña como verdad en tanto que ya lo habeis aprobado; no así lo demás. A esto, hasta el punto en que podeis conocer de estas cosas, lo juzgais irracional é incapaz de prueba, y por tanto os parece que nunca lo podreis creer. ¿No es esto todo, sin necesidad de construir una teoría para darlo á conocer?

Violeta apareció algo disgustada de esta respuesta. No juzgaba que el Padre Silvestre la habia comprendido, y á la verdad que en aquellos pocos minutos de conversacion la comprendiera mucho mejor que ella se entendia á sí misma. El Padre Silvestre habia visto en Violeta su altivez de la mente, su amor por las teorías, y la profunda ignorancia de su estado. Pero no era la intencion de aquel Padre que pasasen tan preciosos momentos gastados en discusion. ¿Qué católico verdadero se empeña voluntariamente en una cosa de esta naturaleza, ó en que la religion sea un mero tópico de un argumento? Mucho menos puede un sacerdote de Dios ceder á tan mala aplicacion del tiempo y á tan mal empleo de las cosas santas. No queria por tanto que Violeta le empeñase en un argumento. Lo que deseaba era encaminar su alma á la salvacion.

—Creeis haberme entendido, dijo Violeta, pero percibo que no; la razon es, y de ella estoy muy convencida, que si no podríais convertirme, no solo seria porque lo

que pretendeis hacerme creer es incapaz de prueba razonable, sino porque no consentís; es decir, no consiente vuestra Iglesia, como al presente está constituida, que sea probado con el testimonio de la razon.

—No solamente, dijo el Padre Silvestre con calma, no espero convertiros, sino que jamás he convertido á nadie. Ninguno puede convertir á otro. Puedo enseñar, esplicar, ayudar quizá á remover dificultades, y orar por vos; pero convertiros, esto es imposible; solo Dios puede hacerlo. Pero ¿me permitireis que os diga la verdad? Ya sabeis que estoy aquí solamente con tal condicion. Si podeis tolerarla, si podeis oirla, bien; pero si no, en semejante caso debo retirarme, porque el tiempo seria mejor empleado en orar por vos, que en vanas disputas con vos misma.

—Amo la verdad, dijo Violeta, y siempre deseo oirla.

—Entonces bien, dijo el Padre; juzgais imposible que os convenza de la racionalidad de ciertas doctrinas católicas; pero os sorprendereis quizá cuando os diga que aunque tuviese las mayores probabilidades de conseguir tal intento, no seria este mi objeto. Vuestro estado actual no es á propósito para sacar beneficio de semejante procedimiento. Cuando vemos dificultades intelectuales embarazando una mente que forcejea con la gracia de la conversion, nos apresuramos pacientemente á removerlas; tambien cuando vemos la ignorancia y prejuicio oponerse á un alma verdaderamente ansiosa de considerar y examinar las reclamaciones de la Iglesia, estamos prontos y ansiosos de hacer lo mismo; pero ni uno ni otro es vuestro caso. Las dificultades intelectuales, aunque podeis tenerlas, no son el obstáculo actual á

vuestra conversion, y perdonadme si añado que no estais de buena fé.

El Padre Silvestre fijó sus penetrantes ojos negros en Violeta al tiempo de pronunciar estas últimas palabras en un tono profundo y casi profético, como si estuviese viendo lo íntimo del corazon de la jóven.

Violeta nunca se habia sentido bajo tan estraña influencia. Su altivez natural la hubiera conducido á sentir enojo y á manifestarle al oir una acusacion semejante; pero por la primera vez en la vida quizá, se sintió en presencia de un superior, y parecia haber perdido la posicion imperiosa que tomaba interiormente, aunque sin conocerlo con frecuencia, como tambien el derecho de resentirse de una reprension. Además, habia manifestado deseo de oir la verdad; hubiera sido por tanto inconsecuencia manifestarse descontenta. Sin embargo, repitió las palabras del Padre Silvestre con tono de sorpresa.—¡No estoy de buena fé! Es lo último de que esperaba ser acusada. He sido muchas veces calificada de demasiado franca, pero jamás sospechosa de falta de sinceridad.

—No quiero decir que os portais conmigo sin la suficiente sinceridad, replicó el sacerdote, ó que no estais de buena fé en lo que decís. Lo que yo quiero dar á entender, es que vuestro corazon no está de buena fé con Dios, y por consiguiente no está de buena fé respecto de la salvacion. No os pregunto cuál es la teoría que abrigais relativa á Dios, sino que os pregunto ¿qué es El personalmente para vos? ó mejor dicho, ¿habeis considerado alguna vez á Dios en Su relacion personal con vos de alguna manera? ¿Se os ha ocurrido que teneis deberes hácia El? Esta es la prueba de si le veis ó no

con una existencia personal; nosotros no reconocemos deberes hácia las cosas ó hácia las ideas. Y si este modo de ver una obligacion hácia Dios, no es la regla de vuestras acciones y sus motivos, entonces no teneis una nocion verdadera de lo que es el pecado, de su naturaleza, de su temor, de su castigo; ó no considerais la penalidad que Dios le ha impuesto, ó secretamente os rebelais contra esta verdad. Entonces estais viviendo en el mundo sin Dios, una mera vida de la naturaleza acorde con los deseos del corazon natural; y lo que necesitais, hija mia, no es que se os espliquen dificultades intelectuales, y que se os pruebe que la fé católica está en armonía con la razon, sino que os falta una voz de trueno que proclame en vuestros oidos que hay un Dios de quien sois la criatura; que hay un cielo para los que Le obedecen; que hay un infierno para los que Le desagradan; que os diga que todos vuestros actos son ejecutados á la luz de Su presencia y serán juzgados en lo futuro por la pureza de Su ley. Esto es lo que necesitais oir, conocer y sentir. Sin esto, la conversion es imposible.

Tal vez parezca que el Padre Silvestre se producia con Violeta con demasiada severidad y corria el riesgo de repelerla con un duro tratamiento; pero hablaba muy advertidamente. El la leia con una mirada y observaba que existiria una barrera entre ella y la verdad mientras que su orgullo no fuese humillado, y su crasa ignorancia acerca de ella misma no fuese removida.

Violeta le oyó hasta el fin, y el color apareció en sus mejillas.

—Esas son palabras duras, dijo, dirigidas á una persona de quien conoceis muy poco, por no decir *nada*. Sin embargo, no me manifestaré descontenta de lo que

se hace por caridad hácia mí, y contestaré en el sentido mismo con que se me dirige; y por mas ingrata que sea la tarea de la vindicacion propia, como lo puede aparecer muchas veces la condenacion de sí mismo, debo emprenderla, toda vez qué á ello me compeleis. Creisme una grande pecadora.....

—Perdonadme si os interrumpo para corregir esa idea, dijo el Padre dulcemente; nada presumo relativo á vuestra vida pasada, de la cual estoy completamente ignorante. Esto fuera muy censurable en el sentido propio de la palabra. Lo que digo es que en mi concepto nada sabeis de la verdadera naturaleza del pecado, y que vivis conforme al deseo natural de vuestro corazon.

—Lejos de mí la idea de considerarme irreprensible, replicó Violeta. Jamás intenté cosa tan absurda como estar libre de faltas. La vindicacion de mí misma tiene por objeto solamente los principios bajo los cuales he obrado. Suponeis que hasta aquí he vivido conforme á los naturales deseos del corazon. Mas conviene que os dé á conocer, por consiguiente, que tal conducta, segun yo entiendo las palabras que la esplican, tanto es el objeto de mi desprecio como puede serlo de vuestra censura. Esto me ha sucedido toda la vida. Tendré defectos que escusar, pero nunca falta de principios. Sin embargo, he visto á muchos ejecutar lo contrario. He vivido entre los que, como vos decís, siguen los deseos de su corazon solamente; y por lo mismo nunca los amé mucho ni respeté á ninguno. He visto el amor mezquino de la alabanza del mundo, y el despreciable temor de su ceño. He sido testigo de aquella insaciable sed del placer que sobrepuja á toda consideracion y olvida toda la dignidad verdadera en el boraz seguimiento de una hora

de goce; he visto aquel bajo apego al dinero que consume todo lo noble del corazon, y aquel egoista deseo de medrar, que nada cree indigno con tal de conseguir el objeto. He visto todo esto y lo he despreciado; ¿os admirais, pues, que me sienta algo movida de indignacion al ser confundida con tales seres? ¿Hombres y mujeres, de quienes me reconozco separada en gustos y en naturaleza?

—No digo que hayais obrado sin ningun principio, hija mia, replicó el Padre con calma. La naturaleza puede obrar segun los principios suyos. Nosotros somos por nacimiento criaturas caidas, no diablos. Podemos amar todavía lo que es noble, generoso y elevado; sí, y seguirlo tambien. Esto es lo que entendeis por principio, ¿no es cierto? Ni he afirmado ni negado que tal fuese vuestro caso; puede, y no dudo que sea así.

—¿Y no veis la diferencia, replicó Violeta, entre uno que ama lo noble, elevado y bueno, y el que sigue solamente su sórdido interés ó busca egoista los placeres?

—Sí, veo una diferencia, replicó el Padre Silvestre. La naturaleza tiene flores como tiene malas yerbas, y puede ser la diferencia que existe entre una mala yerba y una flor. Algunos corazones crian mas flores que malas yerbas, flores tan hermosas, que engañan al ojo poco esperto en las cosas celestiales; ¡ah! y lo que es peor, engañan al corazon donde florecen. Pero recordad que esas flores, como tambien esas malas yerbas, salen del suelo de la tierra; nada tienen en sí de la sávia de la gracia celeste, nada sobrenatural. Por grandes y hermosos que sean los actos naturales, no tienen á Dios por objeto; no reclaman ni merecen premio de El.

Violeta calló por un momento, y despues dijo:

—Sin embargo, hay otra diferencia que no habeis notado. Cuando los hombres ejecutan esos actos que llamais hermosos y grandes, no por un mero gusto natural de lo que es hermoso y grande, sino porque la mente las aprueba como justas, ¿direis que un Dios grande y justo no estará contento de ellas? ¿No aman esos hombres lo que Dios ama, la justicia y la verdad?

—¡Ah! replicó el sacerdote; ¿pero qué quereis dar á entender con la palabra *justo*? ¿Hablais de lo que creeis justo á los ojos de Dios, ó lo que es justo segun vos misma? ¿Referís vuestros actos á Su voluntad, ó á ese tipo que hay dentro de vuestro ser?

—Creo, replicó Violeta despues de una pausa, que lo que es justo debe estar en conformidad con la voluntad divina. Mi conciencia es su voz dentro de mí; siguiendo mi conciencia, sigo su voz.

—Dios nos ha dado una conciencia, es verdad, replicó el Padre Silvestre; de otro modo no seríamos seres morales; pero no es á nuestra conciencia á quien obedecemos como cristianos, sino á Dios, que ilumina la conciencia con Su ley eterna; de otra manera seríamos dioses de nosotros mismos. Recordad que debemos rendir obediencia últimamente á una voluntad superior, no á un principio existente dentro de nosotros, ó seríamos nuestra propia ley y árbitros de darla.

Violeta quedó en silencio. Habia algo nuevo para ella en este modo de ver las cosas; y aunque apenas preparada para ver y reconocer que nunca habia ejecutado un acto real de obediencia á la voluntad de Dios, mas que á aquellas personas á quienes acostumbraba á despreciar y poner en una clase distinta de ella, estaba vacilante. ¡Ah! ¡Cuántos pasan la vida sin vislumbrar

esta verdad terrible; hombres quizá á quienes el mundo titula justos y honrados, que orgullosamente sacuden en su mente toda posible asociacion con los viles y los malos, y huyen de ellos con refinado disgusto, como del contaminado de epidemia! ¡Ay de ellos! ¡Creen que no está el mismo infierno preparado para unos y otros!

—La obediencia, pues, á un principio, segun vos, replicó Violeta, no es la obediencia á Dios.

Violeta sin conocerlo habia mudado de tono y admitia la autoridad de aquel con quien hablaba, inquiriendo ahora en lugar de disputar.

—No, hija mia, no, dijo el Padre Silvestre; Dios es nuestro último fin. El nos hizo para Si, y nuestras acciones para tener algun mérito deben referirse á El.

—Entonces, las acciones fundadas en un principio no son buenas, replicó Violeta. No puedo creerlo. ¡Qué! ¿La persona que generosamente dedica su vida al bien de otro por pura benevolencia, ó que sacrifica todos los mundanos intereses primero que separarse un punto de los mas puros principios del honor, no hace nada digno de alabanza, nada que pueda llamarse bueno?

—No digo eso, replicó el Padre; hay actos naturales buenos y los hay malos; flores, como tambien yerbas malas; lo que digo es que no teniendo á Dios por objeto, tampoco tienen á Dios por recompensa. No merecen, ni obtienen premio eterno. Y añadiré que algunas veces esas flores son malas yerbas disfrazadas.

—¿Sabeis, dijo Violeta despues de un momento de reflexion, que os pediria una gracia, si pudiera tomarme semejante libertad?

—Pedidla, y no temais la repulsa, replicó el sacerdote.

—Quisiera, pues, continuó Violeta con un débil rubor tiñendo su mejilla y algo parecido á una sonrisa pasando por sus facciones, no hacer una confesion, porque esto bien conoceis no puedo hacerlo; pero sí daros una cuenta de mi vida. Una confianza, lo sé, será sagrada para vos.

Era muy estraño en Violeta desear hacer esta confianza. La verdadera causa de esto, desconocida para ella, era que por la primera vez de su vida habia encontrado con quien escitaba su respeto. Ninguno, como no sea el de carácter somero y frívolo, quiere confiar cuando no siente estimacion, y esta era la causa de haberse cerrado el corazon de Violeta dentro de sí mismo. Aquel corazon nunca se habia abierto á nadie; y mientras que su lengua libre y francamente decia sus opiniones á todos, ningun oido amistoso habia escuchado jamás la historia de sus goces y pesares, la relacion de sus esfuerzos ó la confesion de sus debilidades. Sin embargo, el corazon humano sufre penas por esta reserva que no es natural; y el orgullo, aunque imponga esa reserva, no puede apagar el deseo de comunicarse, que es parte de su naturaleza. Podrá jactarse de que no tiene necesidad de semejante comunicacion; pero llegará un dia en que tal vez revele la falta de exactitud de la jactancia; el hielo se derretirá bajo alguna influencia estraña; el reprimido pero inestinguible deseo brotará súbitamente y los lábios romperán su sello, y todo el corazon correrá por ellos.

Este era el caso de Violeta. A un estranjero, á un sacerdote desconocido habló como jamás habia hablado á ningun ser viviente, y sentia su corazon que se aliviaba y ablandaba al tiempo de hablarle; porque, en re-

súmen, nunca ultrajamos á la naturaleza sin que ella se vengue, y aquel orgullo que cierra el corazon á sus semejantes, le cierra tambien á sus mas dulces placeres. No era á la verdad otra cosa que la historia de su vida y de sus sentimientos lo que Violeta decia; la indulgencia podria ser dañosa con otras personas, pero era conveniente con Violeta, y bien lo conoció el Padre Silvestre. Escuchó por consiguiente con atencion é interés, y cuando despues de concluir ella manifestó temores de haberle fatigado, él aseguró todo lo contrario. Entonces, en lugar de hacer mencion de las acciones y sentimientos que Violeta habia detallado para censurarla ó reprenderla, solamente se dirigió á ella de una manera bondadosa, para hacerla conocer que el principio regulador de su vida, habia sido el que él habia supuesto; que todas las acciones habian sido relativas á ella misma, no á Dios; que habian sido, en resúmen, virtualmente un homenaje y adoracion ofrecida á su propio entendimiento, á su juicio, á sus ideas, á sus decisiones.

Violeta escuchó atentamente, y cuando el Padre Silvestre concluyó, dijo ella:

—He puesto á vuestra vista mi vida, el principio por que fuí guiada, y negais la pureza de este principio; apoyais vuestros asertos con razones que, si no son incontestables, á lo menos no estoy preparada para contestarlas; tal vez no sea este mi deseo. Quisiera mas aprender algo para lo futuro, que malgastar el tiempo (el vuestro debo decir, porque el mio es de ningun valor) en justificar lo pasado. ¿Qué es, pues, lo que debo hacer, toda vez que juzgais que hice poco hasta el presente con buen propósito? Pero tal vez no querais aconsejarme, supuesto que no estoy preparada para ser católica.

—No rehuso aconsejaros en ese respecto, replicó el Padre Silvestre; hay pasos preliminares que disponen la mente á la recepcion de verdades ulteriores, y á las cuales, además, no podeis oponer una objecion justa. Hablo de la realizacion mas profunda de lo que ya sosteneis. ¿Quereis seguir puntualmente mi consejo?

Violeta consintió, y continuó el sacerdote:

—Esta realizacion mas profunda se obtiene por la meditacion; y por meditacion tened entendido que no quiero decir un mero ejercicio intelectual, sino una meditacion práctica, tal cual la haríais sobre una materia temporal que no fuese una cuestion meramente especulativa, sino envolviendo una decision actual con su accion correspondiente. Los puntos que os doy son pocos, pero grandes. ¿Quién es Dios? ¿Quién soy yo? ¿A qué propósito estoy colocado en este mundo?

—Pero yo puedo contestar á esas preguntas desde luego, replicó Violeta, quien esperimentaba algo del error de Nacaman el Siriano.

—No quiero que las contesteis, replicó el Padre; lo que quiero es que las peseis, las analiceis, poniéndolas á vuestra vista, las apliqueis y oreis para ser capaz de hacerlo así.

—Bien, seguiré vuestro consejo, dijo Violeta; pero es algo parecido al catecismo de un niño lo que me haceis estudiar.

—Sea, dijo el sacerdote; es la mente pueril la que necesitamos.

El Padre se levantó al decir estas palabras. Violeta le dió gracias por su bondad, suplicándole que volviese á verla. El lo prometió así, y dándole su bendicion, salió.

CAPITULO XVI.

Violeta sentia fatigado su cuerpo despues de la conversacion del Padre Silvestre; sin embargo, su mente estaba aliviada, y poco despues se quedó en un sueño plácido y tranquilo. Al despertar, su primer pensamiento no fueron ya como antes las penosas reminiscencias de los últimos dias, y las no menos penosas anticipaciones con respecto á lo futuro, sino su conversacion con el Padre Silvestre. Trajo á su memoria todo lo que él le habia dicho; y tambien recordó los tres puntos cuya consideracion le habia encargado. Violeta era siempre escrupulosa en la observancia de sus promesas, aunque se admiraba grandemente de que pudiese hacer materia de una meditacion profunda, aquellas tres sencillas preguntas y sus óbvias respuestas. No obstante, con toda gravedad y sencillez procedió á intentarlo; y ahora, inesperadamente aquellos objetos que le habian parecido tan incapaces de desarrollo alguno, tomaron una espansion en su mente, que revelaban todo lo que el sacerdote habia dicho: Dios, el Ser de los seres, el único Ser necesario, el Solo existente por Sí mismo, y ella, Su criatura, hecha para conocerle, mirarle y glorificarle, ¿cómo

podria un ser viviente llenar su objeto gastando sus dias fuera de la presencia de Dios, sin buscar su conocimiento, solo tratando con El y pensando en El como una abstraccion, ó lo mas considerándole prácticamente como una influencia ó espíritu encargado de suministrarnos enseñanza, residiendo en alguna parte del universo, en todas partes, en ninguna parte? Porque, ¿habia ella mirado á Dios como una *persona*? ¿Le habia dirigido sus oraciones como persona? En resúmen, ¿habia quizá orado mas que por hábito? A lo menos era cierto que á no ser por la influencia de una costumbre respetada, ella no tendria tiempos establecidos para la oracion. Nunca la hubiera hecho como un homenaje debido; y todo esto, dejado á sus propios y naturales sentimientos, seria ofrecido en algunas ocasiones de elevacion espontánea del corazon, cuando la idea de lo bello, lo sublime, lo infinito, venia como mental vision á colocarse enfrente de ella.

Violeta meditó mucho tiempo, hasta que sus pensamientos gradualmente se elevaron á ser afectos, los afectos deseos; y estos deseos, por último, se espresaron en la oracion, la primera oracion que en sus años habia ofrecido. Oró para que Dios le abriese los ojos del entendimiento y pudiese realizar Su personalidad y su propia dependencia de El; pensar en el pecado, no como una ofensa á sus ideas de lo que era justo, sino contra El. Ahora le parecia claro, que si esta era la naturaleza del pecado, entonces era necesario aprender la voluntad de Dios mas bien que consultar las propias nociones y modo de ver las cosas; y toda la idea de la criatura racional, como sujeta á una ley eterna dada por El, comenzó á abrir su entendimiento. De aquí la necesidad de la reve-

lacion. Si la guia y la ley infalible del hombre no está dentro de sí, está fuera de él; viene á él y no de él. La guia de Dios es infalible.

Y Violeta quedó suspensa á la palabra infalible, encadenando su mente una multitud de pensamientos.

La primera vez que volvió el Padre Silvestre, fué á las súplicas de Violeta. Esta habló poco, pero escuchó atentamente todo lo que él la dijo. No la oprimió el Padre mas allá de lo que sus pensamientos la oprimian, pero ella los manifestó para obtener sobre los mismos mas desarrollo. En la visita siguiente, Violeta suplicó al sacerdote que la instruyera en las doctrinas de la Iglesia Católica.

—No digo, añadió ella, que tengo intencion de hacerme católica, sino que he aprendido tanto de vos, que me siento ansiosa de entender mejor vuestra fé. Puedo juzgar mal lo que tengo poco conocido. ¿Quereis esplicarme vuestra fé en este sentido? Ya sabeis que me lo rehusásteis una vez.

—No, replicó el Padre Silvestre; no rehusé esplicarla al que pregunta, sino defenderla contra el que la combate.

Violeta hizo rápidos progresos en la salud; pronto fué capaz de salir y dar un tranquilo paseo por los confines del pueblo. Sus mejillas habian vuelto á su natural brillantez; y estraño es decirlo, ó quizá no sea tan estraño, porque al fin habia una causa, su espíritu habia ganado la alegría natural. Su profundo y comprensivo entendimiento, lleno con la consideracion de elevados objetos, habia perdido de vista su situacion personal, sus pasadas angustias y sus presentes dificultades. Lo que algunos dias antes absorvia todos sus pensamien-

tos, no era ahora el asunto principal. Dios, su propia alma, su destino inmortal, habia por último fijado aquellos ojos, como los del águila, hechos para contemplar la luz gloriosa; ella habia hallado finalmente lo que podia llenar, cautivar y satisfacer su alma; alma que habia desdeñado á la tierra aun cuando el cielo no le era revelado. Y si tal sucedia á Violeta cuando todavía iba en busca de la verdad, ¡qué seria cuando el lleno don de la fé le fuese concedido en la Santa Iglesia, y bebiese de la fuente de verdad pura en su manantial!

Era necesario que Violeta viniese á alguna decision relativa á su marcha futura; y como aparecia que su retiro presente no tenia nada de sospechoso, determinó permanecer en él hasta adquirir noticias de su tio Mandeville, á quien habia escrito comunicándole el deseo de pasar lo restante de su minoría bajo su proteccion, si tenia á bien concedérsela. Violeta habia obtenido de Jorge antes de dejar el Peri la manera de dirigirse á su tio, y lo hizo manifestándole el deseo de que la contestacion fuese dirigida á Mason. Habiendo dado este paso preliminar, aguardaba pacíficamente el resultado.

Entretanto, las entrevistas con el Padre Silvestre continuaban. Una mañana en que él le dijo que podia dedicarle un espacio de tiempo mas largo que de costumbre, Mason, sabiendo que podia disponer de toda la mañana, porque Violeta gustaba de echar una ó dos horas en soledad despues de la despedida del Padre, aprovechó la oportunidad de hacer una visita que envolvia algunas horas de ausencia. A su vuelta entró en el aposento de Violeta por ver si se le ocurria algo.

—Espero que no haya sido demasiado el tiempo de mi ausencia, dijo.

—Oh, no, replicó Violeta; ¿qué buen semblante teneis, Mason, añadió, despues de vuestro paseo?

—Fuí á buen paso, replicó Mason, por ese hermoso paseo que por medio la campiña conduce á Crewe Hall.

—¿Crewe Hall? repitió Violeta, como si el nombre le trajese algun vago recuerdo. No era nuevo para ella, aunque no pudo desde luego acordarse dónde y cuándo le habia oido antes.

—Sí, Crewe Hall, replicó Mason; el lugar del coronel O'Donnell. Viví tres ó cuatro años con su familia antes de venir á Portmore. Fué para mí un buen señor, y mi querida Miss Rosa una niña muy amable.

—¡Rosa O'Donnell! sí, ese era el nombre, murmuró Violeta para sí.

—¿Conoceis á Miss O'Donnell? preguntó Mason; es una señorita jóven y muy fina.

Violeta contestó con la negativa.

—El coronel estuvo muy enfermo, continuó Mason; lo oí en la capilla, y así formé el propósito de ir un dia á saber de la salud de mi antiguo amo, y ver á Miss O'Donnell. Gracias á Dios, ya está mejor.

—¿Es feliz Miss O'Donnell? preguntó Violeta.

—¡Oh! ¡dichosa! ¡Cómo no! replicó Mason. ¿No son las cosas para hacerla así, con su querido papá recobrado á quien creyó muerto? Es su hija única, y chochea con ella, y nunca hija amó á su padre mas tiernamente. Bien veis, continuó Mason animada con la pregunta de Violeta á seguir la conversacion, que siendo la hija única, como acabo de deciros, y estando Mr. Ferrers, el pupilo del coronel, mucho tiempo ausente en la escuela y colegio recibiendo su educacion, Miss Rosa no tuvo

compañero de juego de su edad á su lado, lo cual la hizo la compañera inseparable del coronel.....

—Ella estuvo para casarse con Mr. Ferrers, ¿no es cierto? dijo Violeta bruscamente y sin mirar el semblante de Mason.

—¿Quién? replicó Mason confundida por un momento. ¡Oh! ¿hablais de Miss O'Donnell y el jóven Mr. Ferrers? Nunca he oido eso. Estaban como hermano y hermana cuando yo vivia con ellos, y ni una sola palabra oí por el estilo. Como acabo de deciros, Mr. Ferrers es pupilo del coronel, y completamente como si fuera hijo suyo; sin embargo, tal vez sucederia esa novedad despues que los dejé, continuó Mason, pero nada puedo decir; cuando yo me hallaba en su compañia, solo tenia ella doce ó trece años. Mas ahora recuerdo que un dia me parece haber oido á Mr. Ferrers llamarla su pequeña esposa, y que Miss Rosa dijo, que no seria la esposa de ninguno, porque habia de ser monja. Pero esto era por diversion, y como bien conoceis, chanzas pueriles.

Así continuó Mason sin que Violeta hiciese ninguna otra observacion. Era admirable cómo durante los últimos pocos dias el pensamiento en Horacio se habia borrado de una manera absoluta de la mente de la jóven. Parecia que habian pasado años desde que él era otra cosa para ella. Sea porque Violeta nunca le habia amado verdaderamente, ó porque su orgullo fuese herido con mas profundidad que sus afectos, hasta el punto de hacerla casi insensible á la pérdida, el resultado es que el nombre de Horacio nada produjo en la mente de Violeta sino algunos recuerdos desagradables. Las preguntas que ella habia hecho no fueron acompañadas de emocion, y si volvia la cara, no era para ocultar algun

hondo sentimiento, sino porque le era repugnante interrogar sobre semejante objeto. Y ahora que una sospecha cruzó por su mente al oir á Mason, de que, en resúmen, Horacio tal vez fuese inocente, y que Jorge y Emilia posiblemente habian entendido mal una carta escrita de broma, tomándola por una cosa séria, ¿cuáles eran sus sentimientos? ¿El color subió á su rostro y el corazon palpitó con alegría por la esperanza que se habia reanimado? No; Violeta escuchó con calma, y con calma pensó lo que habia oido. Estaba verdaderamente contenta de abrigar la idea de que le habia injuriado al condenarle precipitadamente. Era esto conveniente para él si en efecto no era culpable, y era de gran alivio para ella porque no habia mirado con preferencia á quien no la merecia.

¿Pero dónde estaba el amor? Muerto, como si nunca hubiera existido. Aquel amor habia sido la criatura de las circunstancias. No tenia poder para reanimarse, aunque el infortunio que le habia distraido podia removerse. El golpe recibido habia disipado una ilusion que no podia renacer, ni Violeta deseaba que renaciese. Nunca habia visto en Horacio bastante á satisfacer su admiracion, la forma que generalmente toma el amor. Esperaba por algo mas grande, glorioso, perfecto, á quien pudiese dar su corazon sin pesar, sin sentimiento de conceder aquel don único que generalmente damos á algo inferior á su precio. Quizá la tierra no contenia lo que podia satisfacer completamente un corazon enamorado de lo perfecto y lo infinito. Pero lo perfecto y lo infinito habian sido hasta entonces abstracciones para ella; y así, estaba ansiosa de volverse hácia lo finito ó imperfecto, pues de otro modo tendria que contentarse

con vivir entre las sombras y conversar con ellas. Pero ahora que su mente habia empezado á percibir á Dios como Persona, habian ocupado un lugar dentro de ella cosas admirables. Sus deseos, incapaces de satisfacerse, y hasta entonces aspiraciones visionarias, habian por último encontrado su objeto. ¡El Eterno, el Todo-perfecto, el Todo-bello! La tierra decaia y se eclipsaba ante la brillantez del cielo; y el afecto mundano se habia marchitado ante los primeros resplandores del amor divino.

Violeta habia resuelto no ser la esposa de Horacio, cualesquiera que fuesen las circunstancias; pero los términos para dárselo á conocer, debian variar con el hecho de la inocencia ó culpabilidad. Bajo la impresion de que fuese culpable, habia proyectado, una vez en Brest, escribirle una carta para poner en su noticia claramente la circunstancia por qué, y la determinacion que era consiguiente; mas ahora que una duda habia llegado á mezclarse con la acusacion que estaba para dirigir contra él, le pareció que debia, siendo posible, esclarecer la verdad.

Violeta reflexionó algunos minutos y pronto se fijó en el partido que debia tomar. Rara vez la ocupaba mucho tiempo una deliberacion. El mas directo á la par que sencillo camino siempre le parecia el mas recomendable, y nunca dudaba, cuando era posible su adopcion. La mañana siguiente mandó á Mason comprarle varios artículos de vestir.

—Deseo, dijo, que sean decentes, aunque sin lujo. Quiero un sombrero de raso ó seda oscuro y un chal, como tambien otras frioleras que me faciliten disfrazar y cubrir esta miserable bata; aquí está la lista y diez libras, que serán probablemente suficientes.

Mason se dió prisa á ejecutar la comision sin género alguno de sorpresa, considerando la escasez de vestidos con que su señora estaba provista. Volvió pronto; y Violeta, espresando grande satisfaccion por el modo con que Mason habia llenado el encargo, procedió á ponerse las nuevas prendas.

—No os sorprendais, Mason, dijo, si no vuelvo por algun tiempo, porque voy á hacer una visita y no puedo saber el tiempo que me detendré en ella.

—Bien, mi querida señorita; solo espero que no os canseis tanto como en la última que habeis hecho, replicó Mason, no dudando que la visita era al mismo lugar de la que hiciera en el dia de su desembarco, cuando Violeta se habia unido á ella en la fonda en un estado de grande agitacion.

Violeta no dió respuesta, salvo para asegurar á su aya que no tuviese cuidado por ella; en seguida salió de casa. No queriendo que Mason supiese dónde iba, Violeta no pudo preguntarle cuál era el camino de Crewe Hall; en cuanto á la distancia no tenia la menor duda, por la circunstancia de haberla llamado Mason un buen paseo por el campo, y no temia que sus fuerzas fuesen menores que las de la aya. Habia tres grandes caminos á la salida de Portmore; dos á la orilla del mar á derecha é izquierda de la ciudad, y el otro que conducia al campo, dividido en varias ramas. Violeta estaba cierta de que este era el camino que buscaba, y siguió por la calle principal de Portmore que terminaba en aquel camino, con la intencion de informarse cuando estuviese casi fuera de la ciudad. Despues de andar una distancia considerable por lo largo de la calle, cayeron algunas pesadas gotas de lluvia en el pavimento que tenia delante de

si. Se paró y miró el semblante del tiempo, porque el sol habia brillado pocos minutos antes, y no dando muestras de agua, no se habia provisto de paraguas. El cielo prometia ahora una gran lluvia, aunque pasajera, y así Violeta se refugió en un portal á esperar que pasase. Pronto se disparó el agua, y vió Violeta que un considerable número de personas corrian á buscar abrigo; parecia que venian en su mayor parte de un mismo punto, y pertenecian los mas á una clase inferior. Todos daban muestras de mirar, desde el sitio en que estaban bajo cubierta, hácia la calle arriba, algun objeto de interés que avanzaba. Violeta miró tambien, y vió una oscura y melancólica comitiva de carruajes. Era un carruaje mortuorio seguido de muchos coches de luto; y despues de estos, completaban la terrible procesion varios carruajes de caballeros. Caminaban á paso de á pié en medio de una pesada lluvia, y Violeta sintió un frio en su corazon al mirar aquel lúgubre espectáculo. ¿Quién era el conducido con aquella fria pompa de respeto á la tumba? ¿Quién? Y la pregunta oprimia pesadamente su corazon; y despues escuchó para oir murmurar el nombre de Lord Staplemore entre la multitud.

—Se ha largado á su gran morada, dijo una mujer andrajosa, que estaba en el mismo portal que Violeta, á su compañera.

—¡Ah! dijo esta, cuyo vestido daba una prueba inequívoca de pertenecer á la clase de mendigos; y la maldicion de los pobres vá con él hasta la tumba.

—Jamás oí que ninguno le quisiera, replicó la primera interlocutora tranquilamente; y despues mirando hácia afuera y viendo que la lluvia habia disminuido,

las dos dejaron el abrigo del portal y continuaron su camino.

Violeta se arrimó á un pilar buscando apoyo. Ella no habia amado á Lord Staplemore; ¿quién le habia amado? como la pobre mendiga dijera; pero en aquel momento era un alivio para Violeta no haberle aborrecido. No, ella no le habia aborrecido; á pesar de su apasionado resentimiento, la amargura del aborrecimiento nunca habia envenenado su corazon, y la última vez que le viera habia sido para escitarle un sentimiento de compasion al contemplar su valetudinario paso apoyado por su hijo. Sin embargo, habia abrigado un profundo resentimiento, y ¡oh! ¡cuán penoso fué el recuerdo que chocó con el espectáculo de que acababa de ser testigo! Allí estaba el pobre cadáver insensible que habia escitado aquel resentimiento, y que habia continuado escitándole quizá hasta que cesara de respirar, y tal vez en el mismo momento en que la desgraciada alma forcejeaba con la agonía de la muerte. ¿Y dónde estaba aquella alma ahora? Aquella miserable alma que en los dias de su vida habia gozado de tan buenas cosas, y jamás habia abierto las manos á los demás para hacerlos participantes de ellas. ¡Ah! La esperanza trémula retrocede espantada cuando el alma no caritativa es llamada á dar su cuenta; y la caridad, que lo espera todo, no sabe decir una palabra para reanimarse, sino que cierra sus lábios en el silencio y afliccion. Fué incapaz Violeta de continuar su camino por algunos momentos; y á la verdad, á no haber venido este golpe á poner sus fuerzas á prueba, no hubiera podido calcular la suma de ellas. Despues de andar hasta cerca del estremo de la calle, preguntó á un transeunte el camino de Crewe Hall.

—¡Crewe Hall! replicó la persona interrogada; siguiendo el camino recto hasta donde se divide en dos ramas, vereis un pilar que á la izquierda marca el camino de Monte San Lorenzo, y á la derecha el de Crewe. La casa del coronel está al fin del pueblo; pero ¡gran Dios! continuó el hombre observando mas atentamente la apariencia y traje de Violeta; hay cinco millas de camino, y no sereis capaz de andar tanto.

—¡Cinco millas! esclamó Violeta.

—Vaya, pero se os presenta una buena oportunidad, añadió el hombre mirando por lo largo de la calle; aquel coche pasa por Crewe; hareis muy bien en aprovecharos de la ocasion.

Al decir esto continuó su camino, y Violeta juzgó prudente aceptar el consejo, no porque desease entrar en aquel vehículo, especialmente sola, sino porque no tenia eleccion entre esto ó abandonar su proyecto enteramente.

Por fortuna, habia un asiento vacante en el coche, que iba ocupado por una mujer respetable y dos hombres de clase media. Estaban estos en el carruaje muy tranquilos ocupados en leer periódicos. Continuó el vehículo, y ninguno habló por algun tiempo para grande satisfaccion de Violeta, que con el velo echado se reclinaba en un rincon entregada á sus propias reflexiones.

—Aquí está todo lo relativo al funeral, observó por último uno de aquellos hombres. «Los restos del último llorado conde de Staplemore, serán conducidos el martes próximo á Monte San Lorenzo, para ser depositados en el panteon de la familia.....»

—¿Llorado? ¿por quién? preguntó el otro interrumpiéndole.

—Eso es mas de lo que yo puedo decir, replicó su compañero; pero este es un papel Tory. El jóven Lord es una suerte de hombre mejor, segun creo.

—Puede ser así, replicó el otro, y con todo no ser una gran cosa; además es bastante impopular, segun tengo entendido, frio, esquivo y orgulloso.

—La muerte del anciano Lord fué completamente repentina, y he visto una insinuacion en los periódicos de la semana pasada, en que se demostraba que fué á consecuencia de un disgusto de familia. Esto me hubiera movido á curiosidad, si no recordara que en la semana anterior lei un párrafo relativo á una jóven y bella señorita, la pupila de un noble Lord que habita á menos de cien millas de Portmore, que habia desaparecido, y que el rumor público señalaba como causa el haberse fugado con el hijo adoptivo de un caballero Católico Romano, residente en este pais.

—No habia una palabra de eso en mi periódico, replicó su amigo.

—No; podeis estar seguro de que el director del Diario Tory no le daria cabida en sus columnas.

El coche ahora se paró, donde el camino se dividia en dos ramas, para apearse los dos interlocutores; y es fácil suponer que Violeta los veria con grande alegría partir, si alegría puede llamarse hablando de una persona que como Violeta sufria en este momento. ¡Cuántos golpes sucesivos habian caido sobre ella! Y lo que es peor, los habia buscado ella misma. Habia creido obrar derechamente á sus propios ojos, y habia atraido sobre sí la afliccion y el dolor, el infortunio á uno, la muerte á otro; y, ¡oh! si ahora, cuando las pruebas caian densas sobre su cabeza, se agregaba la de sufrir la censura de

sí propia! Es la amargura cruel cuando hemos cesado de justificarnos á nosotros mismos. El orgullo es la raiz de la amargura, la humildad hace al arrepentimiento dulce y priva al castigo de su aguijon.

Mientras que Violeta termina su viaje, echemos una ojeada á Crewe Hall. Rosa, á la manera de Violeta, habia tambien pasado por sus pruebas, pruebas que tambien habia traido sobre sí misma á causa de sus faltas; y si estas faltas al irreflexivo parecen mas dignas de indulgencia y disculpa, debe recordarse que si Violeta pecó como todo el que peca de una manera indudable contra aquella luz ordinaria y auxilio de la gracia que á ninguno es negado, Rosa resistió una vocacion especial. Y, oh, ¡quién podrá decir la infidelidad, la dureza de corazon, la ingratitud que entraña tal resistencia! Ninguno, hasta que llegue aquel gran dia en que se revelen todos los secretos, podrá sondear la terrible naturaleza de esta repulsa, con que una alma elegida para esposa de Dios eterno despide al mensajero de Su amor, amor que los ángeles contemplan con santa y adorable admiracion. Bueno es para nosotros que Dios no ame como aman los hombres, pues que todo en El es infinito é inescrutable. Cierto es que con algunos Sus instancias no son largas. Es debido á Su misericordia superabundante é inmerecida, el que redoble los llamamientos por todas partes. ¿Y quién se atreverá á poner á prueba Su amor y provocar Su sufrimiento? Sin embargo, Sus instancias son incesantes con muchos, y como si no quisiera obtener una negativa. *Misericordias Domini in æternum cantabo*, pueden con verdad cantar los hijos de Dios; pero ¿quiénes deben elevar la voz del canto y con mas entusiasmo que aquellos que fueron de

esta suerte perseguidos hasta que El los ganó para Sí?

La gratitud de Rosa era profunda, como tambien su amante arrepentimiento; pero el invierno habia ya pasado, y la primavera aparecia en la tierra; la vida de su padre, que poco ha daba tan pocas esperanzas, habia sido prolongada; fuera restituido á Rosa y doblemente restituido, porque la enfermedad y el afecto habian hecho su obra y la cercanía de la muerte abriera los ojos del coronel O'Donnell sobre el estado de su alma. Entonces habia hecho voluntariamente la resignacion de su vida, si era la voluntad de Dios tomarla, y de todo lo que amaba si llegaba á restablecerse. Vuelto á la salud, no destruyó la buena obra que habia comenzado; antes bien dió gracias á Dios por la merced que habia recibido de hacer un libre y perfecto, aunque tardío sacrificio, dándole su querida, su única hija.

Horacio habia visto muy poco á Rosa despues de su precipitado regreso con motivo de la carta de aquella. Rosa le recibió bondadosamente, y el peligroso estado del coronel O'Donnell libró á Horacio de la necesidad presente de tomar otras noticias sobre la anterior comunicacion de la jóven. Tan pronto como los temores por la vida de su padre se disminuyeron, escribió algunas líneas, que puso en manos de Horacio, suplicándole como un señalado favor que no aludiese jamás á lo pasado. Horacio, conociendo que no tenia esplicacion satisfactoria que dar de su conducta, se alegró de la súplica y de guardar silencio sobre el asunto. Rara vez se encontraban; Rosa estaba casi constantemente al lado de la cama de su padre, y fácil es suponer que ni ella ni Horacio deseaban buscar oportunidades de encontrarse cuando aquel cuidado la dejaba en libertad.

El tiempo pasaba bastante desagradable para Horacio. Sufria un penoso sentimiento de vergüenza, que deseaba echar de sí dejando la presencia de aquellas personas y escenas que le causaban; además, estaba sin sosiego hasta que pudiera oir algunas noticias acerca de Violeta; temia, sin saber qué, porque no estaba apoyado por una conciencia buena, y temia un mal porque secretamente estaba persuadido de que merecia castigo. Un dia vió en los periódicos el párrafo aludido por el viajero del coche, y aunque conocia que el estado del coronel O'Donnell le hacia indiferente á las noticias del dia, y estaba además inhábil para el ejercicio de leer por sí mismo, lo cual hacia improbable que llegase á saber lo que se referia á la sazon; sin embargo, temia que llegase á su noticia mas adelante, y deseaba por tanto ansiosamente dejar á Crewe Hall tan pronto como para ello se presentase una disculpa razonable.

No pasó mucho tiempo sin que esta disculpa ocurriese. El coronel se habia recuperado, y era ya capaz de fijar la atencion en una variedad de objetos y hacer algunos planes para lo futuro. Pronto se le ocurrió que considerando lo que habia pasado, no era de desear que Horacio prolongase su estancia en Crewe Hall; por eso un dia le llamó y con las mas bondadosas maneras le manifestó el deseo de que, ya que no habia por qué tener cuidado por su salud, debia reparar el espíritu por medio de una correria que durase á lo menos el tiempo que la hija permaneciese á su lado.

—Despues de esto, mi querido hijo, concluyó el coronel, vuestra compañía me será, como siempre, la mas aceptable.

La voz del coronel tembló un poco al mencionar el

nombre de su hija; mas pronto se recobró alegrándose Horacio de hallar en tan evidente deseo una disculpa plausible para hablar muy poco. Por eso se contentó con manifestar aprobacion al plan propuesto, y oprimiendo su mano y dándole las gracias, dejó al coronel gozoso al ver que Horacio habia desplegado mas firmeza de corazon de la que era de esperar en la ocasion presente.

Todas las dificultades parecian removidas para Horacio, y yacia ante él con risueña perspectiva una vida feliz. Sí, todo al fin irá bien; todo será satisfactorio. Rosa será feliz en la vida que ha elegido, y el coronel O'Donnell volverá á ser feliz tambien cuando el tiempo haya cicatrizado la herida de su corazon, y cuando Horacio lleve á su casa á Violeta, otra hija en lugar de aquella de quien se ha separado. ¡Oh, debe amar á Violeta cuando la vea tan amable, con tanto talento, tan ricamente dotada con todos los encantos que pueden cautivar el corazon! ¡Y Violeta debia amar al coronel, tan bondadoso, tan liberal, tan considerado, tan diferente al que tuviera en lugar de padre, sin haberle demostrado jamás la ternura paternal! ¡Oh, todo al fin irá bien! Entonces, ¿por qué el corazon de Horacio se sentia pesado, lleno de ansiosos temores y secretas dudas? Porque habia un borron en esta hermosa pintura, habia una mancha en esta brillante perspectiva; el borron, la mancha del pecado; la bendicion de Dios no estaba allí, y donde no está la bendicion de Dios, el sol de paz no brilla.

En la mañana dispuesta para la partida de Horacio, por el correo llegó para él una carta. Era de Jorge San Lorenzo, escrita en Brest, y contenia dos adjuntas. Horacio leyó la primera antes de examinar estas. Decia así:

Mi querido Ferrers.

Hace algunos dias que estamos aquí, y os hubiera escrito mas pronto á no haberme sobrecogido los periódicos ingleses con el anuncio de la muerte de mi padre, no mucho despues de mi llegada. Su muerte no es una pérdida para mí, y él no amaba un solo hueso de mi cuerpo; pero de cualquiera manera no me agrada pensar en semejante muerte. Me parece que el viejo patron tomó la fuga de Violeta con demasiado disgusto, ocasionándole un parasismo. Quisiera que todo el mundo fuese feliz y tomase las cosas con la tranquilidad mia. ¿Cuál fué la causa de vuestra precipitada partida, dejándome el equipaje como un legado? Bowles me ha dicho que habíais recibido malas noticias: así, en mi afectuoso interés, investigué el contenido de la adjunta, que ninguna luz dá sobre la materia; y si hubiérais preferido que no fuese leida, no la debísteis dejar abandonada en vuestra chaqueta en la cámara del Peri. Aunque no es asunto mio, espero que los hechos que indica la carta puedan ser reconciliados satisfactoriamente con la conducta de cierta persona de un mes acá. Tuvimos que arribar á Portmore á causa de mal temporal, donde Violeta formó empeño en desembarcar. Fué esto una felicidad, porque el viejo patron vino en su busca á bordo. Luego que se retiró envié por Violeta y no pudo ser hallada; y como tuve que navegar sin ella, estoy ansioso de saber algunas noticias acerca de su persona. La escribí para poner en su conocimiento, que cuando llegué á Brest, me encontré con que mi tio Mandeville anda huido de sus acreedores; así, es de ningun provecho que venga aquí, y á la verdad ahora no hay ya necesidad de que vaya á parte alguna. Os remito la nota para

dirigirse á ella á Portmore, á lo menos la que supongo que es su direccion; pero como mis hombres no la hallaron en este punto, y pudo además haberle dejado desde entonces, seria conveniente que fuéseis allá vos mismo á informaros. Una vez sabido su paradero, haceis en sus manos mi carta, que os incluyo con el estraño documento que habeis dejado en el Peri. Espero que sabremos de vos pronto.

Vuestro, etc.

JORGE SAN LORENZO.

En la postdata ponia las señas de su habitacion y las de la de Masson.

Horacio dejó la carta en medio de la mayor consternacion. Abrió la de Rosa, y la leyó otra vez para cerciorarse del contenido. ¡Ah, era bastante para condenarle á los ojos de Violeta! ¿Pero la habria leido? Horacio estaba seguro de que no. Mas Jorge podia haberle comunicado algo. ¿Seria esto cierto? Nada habia en la carta de Jorge que satisfaciese á Horacio en este punto. Un momento esperaba que el buen corazon de Jorge no le habria vendido; otro, temia de que fuese incapaz de discrecion suficiente para dejar una cosa reservada. Atormentado con sus dudas y temores, resolvió procurar calmarlos y buscar inmediatamente á Violeta. Pronto deberia leer en su espresivo semblante la estimacion en que le tenia. Si no habia oido nada en su perjuicio, todo podia aun ir bien. A Jorge podria tranquilizarle con cualquiera escusa. Relaciones falsas, mentidos coloridos, evasivas, nada de esto le importaba á Horacio. Estaba pronto, como un desesperado jugador, á apostar todo lo que tenia para ganar el premio, cuya pérdida era para

él la pérdida de todo; sí, estaba pronto á sacrificar todo lo que le quedaba de conciencia y honor, de respeto de sí mismo y de temor de Dios.

Un caballo le esperaba á la puerta, y estaba á punto de dar á Rosa una precipitada y triste despedida, menos triste de lo que hubiera sido en otras circunstancias, sin embargo, porque á la sazon no podia sentir agudamente mas que los temores que le agobiaban. Rosa se manifestó bondadosa y en calma, pero habló con emocion.

—Mi querido Horacio, dijo fijándole sus negros y llorosos ojos, nos separamos en la tierra, pero confio en que nos encontrarémos en una gloriosa eternidad. Has sido mi hermano querido, el compañero de mi infancia. No puedo separarme sin decirte una palabra. Horacio, añadió bajando la voz hasta ser casi un murmullo, no abandones tu fé.

Horacio se sobrecogió.

—¿Por qué sospechas de mí, Rosa?

—La que amas, dijo Rosa dejando caer modestamente los ojos, es estraña á la fé verdadera, y es muy bella y muy fascinadora, y la amas muy de veras. Horacio, no permitas que seduzca tu corazon separándole de Dios; antes bien intenta ganarla para El.

—Te he sido infiel, Rosa, dijo Horacio con profunda emocion; ¡cómo puedo quejarme de que desconfies de mí! Y á pesar de esto eres bondadosa conmigo, demasiado bondadosa. ¿Qué puedo yo decir?

—Nada digas, replicó Rosa; no me has injuriado; por el contrario, me has hecho el mayor de los servicios. ¡El cielo quiera que yo pueda pagártele con el fervor de mis oraciones!

—Eres un ángel, Rosa, dijo Horacio cubriendo su

cara con las manos y hundiéndose en una silla; y yo...

En este momento se abrió la puerta y entró un criado con una targeta, que presentó á su señora. Rosa leyó para sí.—«Miss Mandeville;» no conozco el nombre.

El criado añadió que esperaba, á lo que Rosa manifestó deseo de que pasase. Horacio se levantó en este momento con intencion de retirarse, cuando la puerta se abrió otra vez, y se presentó ante él Violeta Mandeville. Ella no vió á Horacio al principio; su atencion la ocupó Rosa. Rosa la conoció desde luego, y un profundo rubor se difundió por sus mejillas. Violeta se adelantó hácia ella, y entonces sus ojos por la primera vez se fijaron en Horacio, se paró para mirarle con una profunda y escrutadora mirada. Horacio estaba incapaz bajo su influencia de moverse y de proferir una palabra. Ella estaba ante él sin moverse, sin hablar, pero leyendo su interior con aquella sublime y penetrante mirada, que Horacio hubiera querido evadir hundiéndose en el pavimento; y cuando Violeta habia leido la respuesta á su pregunta, apareció una ligera curva de desprecio en sus lábios y un rubor de indignacion en su frente.

Horacio no pudo tolerarle. Se levantó, volvió á hundirse en la silla, intentó hablar, pero apenas sabia lo que decia ó queria decir.

—Perdonadme, por último murmuró.

—¡Perdonaros! dijo Violeta fijando en él aun los ojos; nada tengo que perdonar; ningun motivo existe mas que de gracias á Dios que me ha librado de la degradacion y la miseria de dar mi corazon á quien es indigno de poseerle. ¡Perdonaros! Si Rosa puede perdonaros, yo os olvido.

Habia en Violeta algo de su antiguo inexorable or-

gullo en los modales y en la manera de hablar. El corazon no se ablanda ni se humilla en un dia; de otro modo, tal vez hubiera mezclado mas piedad que desprecio á sus palabras.

El corazon de Rosa nunca estaba escaso de ternura y compasion.

—Miss Mandeville, dijo, le juzgais quizá con demasiada severidad. Yo misma fuí la que le dejé libre de sus promesas, no él quien las rompió. Si os ha ofrecido su corazon, ¿no podreis concederle la disculpa que yo ya le concedí? Yo fuí su elegida antes que él pudiera apenas elegir por sí mismo. Crecimos juntos, y tomó equivocadamente el afecto fraternal por otro aun mas tierno. Despues encontró con vos, y os amó, y no supo el error que habia cometido hasta que reconoció su corazon infiel, pero sin la conciencia de que lo era. No digo que esté exento de censura. Debió ser mas cauteloso de su corazon, mas desconfiado de sí mismo; ¿pero quién de nosotros vive sin haber pecado?

Violeta meneó la cabeza con impaciencia.

—Nada importa, dijo; eso no atenúa ó escusa un acto, que aun en su grado mínimo condena; no aprovecha para restituirle á un lugar que perdió para siempre. Quien ha vertido el afecto de otra, jamás podrá ganar el mio. Puede ser lo que decís, y que su pecado participe mas de debilidad que de perversidad de alma; si es asi, le favorece en verdad; pero por lo que á mí toca personalmente, eso nada importa, nada mas de lo que por caridad se debe á todos.

Horacio habia levantado los ojos con un débil rayo de esperanza cuando Rosa intentó hablar en su favor; pero murió pronto esta esperanza al ver las inexorables

facciones de Violeta, y al oir su sentencia por respuesta. Entonces Horacio se levantó, y dirigiendo una mirada detenida, no á Violeta, sino á la buena compañera de su juventud, se apresuró á partir. Rosa le siguió hasta la puerta; todo en este momento parecia haberse borrado de su memoria. Solamente veia á Horacio, su hermano, el compañero de sus juegos infantiles, el consolador de sus aflicciones en la niñez, el amigo de su juventud, humillado, afligido, encorvado hasta el polvo, partir en la vergüenza y el dolor, sin nadie que le consolara, sin ninguno que le diese apoyo ó le hablase una sola palabra de afecto. Olvidada de todo lo demás, y con lágrimas de compasion en los ojos, involuntariamente estendió sus brazos hácia él como en los dias de la infancia.

Pero Horacio no se atrevió á aceptar aquel medio ofrecido abrazo; juntó aquellas inocentes manos, las llevó á sus lábios y partió.

CAPITULO XVII.

Mucho hablaron Violeta y Rosa aquel dia, el primero de una amistad que no pasó por ninguno de sus preliminares. Violeta lo contó todo á Rosa sin reserva, y Rosa fué tan franca y cándida en retorno. Habia algo en la sencillez, humildad y dulzura de Rosa, que encantaba á Violeta, y que ganaron para aquella una confianza que esta no concedia fácilmente, entretanto que los elevados y generosos sentimientos de Violeta escitaron la animacion é interés de Rosa. Fácil es imaginar que Rosa insistió en detenerla; en tal conformidad se envió el carruaje en busca de Mason, y al mismo tiempo una carta al Padre Silvestre. Rosa deseaba con ánsia, siendo posible, escudar de su padre la reputacion de Horacio. Se limitó por tanto á decirle que habia invitado á Miss Mandeville, que á la sazon recibia la instruccion prévia á la admision en la Iglesia, á pasar algun tiempo en su compañía. El coronel O'Donnell gustoso confirmó la invitacion de hospitalidad, disponiendo que todos los dias fuese el carruaje en busca del Padre Silvestre.

En la mañana siguiente llegó á Rosa una carta de Horacio, incluyendo la de Jorge para Violeta; Horacio

suplicaba á Rosa ponerla en sus manos. Era la única mencion de Violeta que contenia la carta de Horacio; lo demás era una apasionada espresion de arrepentimiento de haber sido infiel al verdadero y real afecto de su corazon por una locura temporal.

—Doy á la Inglaterra un adios muy duradero, concluia, y á tí uno eterno, Rosa. Compadécete y ora por mí.

No necesitaba pedir á Rosa que lo hiciese. Cuando hubo enjugado las lágrimas escitadas por la carta, buscó el aposento de su padre, y para su sorpresa y alarma le halló en un estado de grande escitacion. El pasó á las manos de su hija sin proferir una palabra, una carta que habia recibido por el correo de aquella mañana. Era de Lord San Lorenzo, quien, despues de disculparse cortesmente por dirigirse á quien no conocia personalmente, procedia á informarle de los motivos que le obligaban á ello, á saber: la súbita marcha de la pupila de su padre, Miss Mandeville, de Monte San Lorenzo, marcha que ella achacaba al deseo de pasar lo restante de su minoría con otro pariente. La calumnia, continuaba, ha unido sin embargo su desaparicion con la casi simultánea partida de Mr. Ferrers de la vecindad, jóven que habia recibido hospitalidad bajo el techo de su difunto padre. Creyendo que Mr. Ferrers estaba íntimamente relacionado con el coronel O'Donnell, se tomaba la libertad de suplicar á este le diese noticia de todos los hechos que pudiera y fuesen capaces de habilitarle á poner un dique de una manera satisfactoria y decisiva á las fábulas que afectaban la reputacion de una señorita de elevadas prendas, por quien, como pariente mas cercano, tomaba un profundo interés.

Esta carta necesariamente condujo al descubrimien-

to, de parte de Rosa á su padre, de las reales circunstancias del caso; y aunque la tierna caridad de la jóven buscaba todas las escusas para el desgraciado Horacio, la verdad, en la forma mas indulgente, fué demasiado fatal á la reputacion de este para no abrumar al afligido coronel con un nuevo y pesado golpe. Le aceptó, sin embargo, como un justo castigo.—¡Que solo me castigue á mi Dios, dijo, y no á ese infeliz! Horacio no es mas que lo que mi negligencia, tibieza y amor del mundo le han permitido ser. Ha sido confiado á mi cuidado como un precioso depósito, y ¡cuán mal he cumplido mi deber!

En el transcurso del dia, cuando el coronel O'Donnell estuvo suficientemente recobrado para poner en el papel la pluma, se apresuró á contestar á Lord San Lorenzo, informándole de que Miss Mandeville estaba en aquel momento en su casa, por haber sido invitada por su hija á trasladarse de Portmore, donde habia sido detenida por una grave enfermedad; desde cuyos momentos recibia la instruccion de la Fé Católica del sacerdote que la visitara durante aquella indisposicion. Concluia asegurando á Lord San Lorenzo, que la partida de Miss Mandeville de Monte San Lorenzo y sus movimientos consiguientes no habian tenido conexion alguna con los de Mr. Ferrers, quien habia regresado á casa á consecuencia de la noticia de su enfermedad, y habia estado en ella mas de quince dias, dejando á Crewe Hall para dar una vuelta por el continente el mismo dia que Miss Mandeville llegara de Portmore.

Dos dias despues de remitida esta carta, fué recibida Violeta en el seno de la Iglesia por el hombre santo que habia sido el instrumento de su conversion. La ale-

gría de esta jóven era tan grande, que nada le faltaba para ser completa, porque ahora fué cuando llegó á conocer cuál es la alegría que llena realmente el corazon, y que no necesita, como la mundana, algo que la sostenga y supla el vacío que siempre deja, aun en los casos que mas llena. El coronel O'Donnell estaba completamente edificado con el fervor de Violeta, y ya á los dos dias de su conocimiento con ella le inspiraba el mas afectuoso interés. Tambien las estrañas circunstancias que ponian en conexion la vida de aquella jóven y los destinos de Rosa, eran una adicion á este sentimiento, y en el dia de su ingreso en la Iglesia, con el mas sincero entusiasmo de paternal bondad, le ofreció su casa por el tiempo que quisiera mirarla como propia.

Tan pronto como el mas importante negocio, cual es el del alma, quedó terminado, Violeta escribió á Lord San Lorenzo y á Emilio. Ella habia hecho á los piés del altar el sacrificio de aquel orgullo que fuera el principio regulador de su vida. ¡Cómo es posible adherirse á la vida por un solo hilo del corazon á la vista de Aquel que reside por nosotros en el Santísimo Sacramento de Su amor! Hasta entonces el deseo de Violeta era justificarse á los ojos de San Lorenzo, pero ahora la vida natural habia pasado, y todo en adelante debia ser sobrenatural y divino; de esta suerte, Violeta se ofrece al Sagrado Corazon de Jesus; ¡oh! sí, ahora conoce lo que el corazon de Jesus quiere decir; este pequeño sacrificio, sí, ella le llama pequeño porque todo le parece pequeño al amor, y es verdaderamente poco todo lo que podemos ofrecer al Dios de nuestros corazones, cuya preciosa sangre fué derramada gota á gota por amor á nosotros!

La carta de Violeta á San Lorenzo fué por consiguiente una carta de bondad. En ella se acordaba poco de lo pasado, y no referia ningun detalle de los motivos que habia tenido para dejar á Monte San Lorenzo. No era su voluntad, decia, hablar de esto, ahora que la muerte habia llevado á aquel de quien hubiera hablado, porque al hacerlo actualmente seria infringir penas á San Lorenzo y á ella misma. Todo lo que podia decir era, que tenia mucho de que avergonzarse en el asunto y suficiente materia de acusacion de sí propia en su vida pasada para enseñarla á perdonar y mirar con benevolencia á los demás. Por lo que á ella tocaba, nada tenia que recordar, sino un motivo de afectuosa gratitud. Concluia mencionando su recepcion en la Iglesia Católica, la bondad con que la habia acogido el coronel O'Donnell, y el consentimiento de este para permanecer bajo su techo, hasta que ella ordenaba sus planes para lo futuro.

La carta dirigida á Emilio era afectuosa y llena de bondad. Le aseguraba su perfecto perdon, y le decia palabras de consuelo por la pérdida de su hijo. Le añadia que solo un favor tenia que pedirle, cual era el que jamás entrase en esplicaciones con San Lorenzo acerca de lo pasado.

—El nunca te preguntará, decia; por eso la verdad no te será exigida para ponerle en conocimiento de que no se me manifestó nunca su carta. ¿Cuál podria ser el objeto de semejante descubrimiento? Podria servir, es verdad, para justificarme; pero por otra parte, el obrar así, seria mas bien añadir que quitar á sus sufrimientos, mientras que crearia una estrañeza de sentimientos hácia un hermano con quien espero vivirá siempre

unido. De otro modo, seria esponer una estimacion por cierto muy preciosa.

Poco resta que decir. Violeta aceptó la morada tan cordialmente ofrecida. Rosa, tres meses despues, fué recibida como postulante en el convento de... habiendo tenido el consuelo de dejar á su padre en la sociedad de una persona á quien cada dia era mas afecto. Violeta era una segunda hija para él, y tal que, en lugar de ser un lazo á su alma, era una ayuda para adelantar en el camino de la perfeccion en que entró en los últimos dias de la vida. El genio de Violeta, su espíritu, su fuerza de entendimiento eran para él un apoyo, y la inspiraban tambien con valor para emprender y fortaleza para cumplir muchas buenas obras, de las cuales sus hábitos de cautela le hubieran hecho retroceder. Rosa nunca hubiera sido capaz de ejercer esta saludable influencia sobre su padre; así es que Aquel que «dá mucho en esta vida al que ha dejado su casa, padres, hermanos, esposa ó hijos por Su causa,» premia con interés el sacrificio que se Le ofrece. Lo que se pierde por amor á El es mas que ganado, aun en este mundo.

. . . . . .

Dos años habian pasado, y una misa solemne se habia cantado por el reposo del alma del coronel O'Donnell en la iglesia que su piedad y la de Violeta habian edificado en Crewe Hall. Violeta nunca habia dejado á su amigo y bienhechor desde el dia en que entrara en su casa. Estuvo con él hasta el último momento de su vida; le vió en la tumba, y despues siguió el ejemplo de Rosa y el ferviente deseo de su corazon entregándose á Dios.

Estos dos años no habian pasado sin efectuar tam-

bien una mudanza en otras personas, ya fuese visible ó secreta. Emilia, á causa de la muerte de su padre, ya no tuvo necesidad de realizar el proyecto de fuga con su amante. De esta suerte, su casamiento fué quizá privado á sus ojos de una porcion del encanto novelesco. El tiempo y el mejor conocimiento de aquel que habia elegido para esposo, habian dispuesto de lo demás. Federico era estúpido y estravagante; Emilia, nécia é irreflexiva. Eran sin embargo los dos de buen carácter, y el uno por lo menos desinteresado, habiendo intentado hasta entonces pasar la vida con tan pequeña suma de felicidad actual como la generalidad de los que miran por contentamiento en las cosas mundanas. Quizá Federico y Emilia continúen así; y por aquellos que juzgan la vida una cosa que se debe pasar lo mejor que se pueda, apenas serán considerados como objetos de piedad. Ester gozaba de la no envidiable suerte que habia codiciado. Clarencio y ella se amaban uno á otro como cada cual merecia. Nadie podia juzgar á Ester feliz, ni ella podia considerarse tal; pero no conocia nada mejor que lo que poseia, y tenia cierta pequeñez de entendimiento que la habilitaban para sacar alguna satisfaccion de las comodidades materiales é insignificantes atenciones que su estado le aseguraban.

Entretanto, San Lorenzo, bondadoso y político, se deslizaba por la vida con una gastada presencia que amenazaba quizá un término prematuro. Emilio y Clara vivian con él; el primero habia abrazado la fé verdadera, y aunque no un ferviente católico como Violeta, era á lo menos sincero y penitente. No tenia ningun hijo en lugar del que habia intentado robar á Dios, y aceptó esta privacion como un castigo, si tal era la voluntad de Aquel.

Emilio habia aprendido tambien á apreciar á su esposa, cuya profunda piedad y arraigadas virtudes habian sido el medio al mismo tiempo que la afliccion de él para volver su corazon á la penitencia y ganarle para la verdad. La de estos esposos era ahora una union cristiana y dichosa. ¡Oh, qué falta á la felicidad de aquellos que pueden juntos diariamente estar presentes al adorable sacrificio y arrodillarse ante su Dios! Porque Dios ahora habita en el pequeño pueblo de San Lorenzo; Violeta Le habia edificado allí una casa, aunque ella nunca volvió, y nunca volverá á verla. La pequeña iglesia de la Inmaculada Concepcion es el primer objeto que el pescador divisa al acercarse á la costa por el dia, con una cruz resplandeciendo en el fondo del oscuro follaje del monte; y por la noche, la luz que siempre arde ante el Santísimo Sacramento, brilla sobre la bahía cuando el mismo pescador desliza su bote en el puerto.

El pobre San Lorenzo, á quien debemos ahora llamar Lord Staplemore, es bueno para todos; cualquiera que sea la fé del que llegue á su presencia, nada le importa. Esto lo considera materia de opinion privada. Georgiana vive á su lado, y es aun la esclava de todos y de ninguno amiga. María tiene una salud quebrantada, y está casi completamente confinada á su cuarto.

Albertina está mimada y perdida, como de costumbre, por su indulgente hermano. Clara es muy bondadosa con ella en una vía mas juiciosa. Bárbara y Catalina se muestran pródigas en hallarle faltas, y Lady Morcar mueve la cabeza mas ominosamente que nunca al ver la posterior ostentacion de terquedad de la niña en querer ir casi siempre á la Iglesia Católica, en lugar de á la que Lady Morcar llama el propio lugar de ado-

racion de Albertina. Esta tambien provoca á sus parientes protestantes no poco con la inclinacion de adorar el altar, empleando sus espertos deditos en hacer flores y bordados para el mismo, en lugar de cubrir con tales trabajos alfombras y sofás.

Pero no es esto todo; turbulenta é intratable como es para todos, Clara tiene el poder de refrenarla muchas veces con una palabra dulce y cariñosa. ¿Es amor por Clara, ó es alguna influencia que esta aun no conoce, lo que hace á la inquieta niña, á quien nadie puede generalmente tener tranquila, suplicar con frecuencia acompañarla cuando vá por la tarde á visitar el Santísimo Sacramento? ¿Y por qué está con formalidad y casi reverente allí, la que usualmente no manifiesta respeto á nadie, y hace como Clara su genuflexion y despues se arrodilla junto á ella quietamente, y contempla con sus ojos azules y semblante sério el altar, ó vuelve las hojas de algun libro de devocion hasta que Clara se levanta para dejar la iglesia? Quizá el futuro de Albertina sea mas halagüeño de lo que Lady Morcar melancólicamente anticipa. ¡Estraño parecerá si la que Miss Trevannion calificaba de incorregible, corre algun dia como un cordero tratable al redil, mientras que *aquella* se mantiene afuera y á la vista, y á las mismas puertas de sus verdes pastos! ¡Estraño tambien que Violeta, tan altiva, tan negligente de las cosas religiosas, tan material, como Miss Trevannion acostumbraba á llamarla tristemente, caminase ahora con paso rápido por la senda de perfeccion, mientras que ella, la piadosa, la al parecer humilde y devota de las cosas celestiales, permanece aun sin convertirse!

Pero así es. Los últimos son los primeros, y los que

juzgamos los primeros son los últimos; y nosotros lo vemos y admiramos, porque este es uno de aquellos profundos misterios que aunque nos admira no podemos sondear. Sin embargo, quizá en este caso se verá algo que reconcilie la mente con lo que nos choca, tal vez porque somos ignorantes. Una pregunta á lo menos se puede hacer. ¿Era Miss Trevannion, es todavía verdaderamente humilde? Y si no lo es, entonces es posible que el suyo sea un orgullo que está mas distante del camino de conversion que el meramente natural orgullo de Violeta. ¡El orgullo espiritual! El mas sutil y el que mas obstinadamente resiste á la gracia, y despues mas sutil y mas obstinado, ah, cuando toma el disfraz de la humildad. Pero todas las cosas son posibles á la gracia, y aun podemos esperar que ella tambien venga humildemente por último á empezar en el paso mas bajo aquel ascenso cuyas alturas ella cree que ha subido ya.

¿Y qué ha sido de aquel infeliz Horacio? ¿Ha tratado de ligar la herida de su alma, renovando los vínculos de caridad con su Dios? No; ha tratado de olvidarla y se ha hundido mas profundamente en nuevos pecados, para ahuyentar la memoria de los anteriores. El suyo era un gradual descenso de muchos años, de amontonadas ofensas, no graves en su individual carácter, pero terribles en su número y reincidencia, hasta que por último el dia de prueba llegó para caer y hundirle á un tiempo, como un peso de plomo, en el profundo fango del pecado. ¡Oh, tal estado del hombre es muy diferente del de aquel que por una tentacion repentina, aunque gravemente, cae en la superficie! Mucho mas fácil le será levantarse que al alma en quien pesa la infiel tibieza de años con que provocó á Dios, por último, para

que El le separase Su mano protectora y le abandonara á sus propias fantasías.

Sin embargo, aunque no ora por sí, hay quien no olvida orar por él. Dos puras y santas almas que nunca le nombran una á otra, pero que hablan de él diariamente á Dios, y ofrecen oraciones, penitencias y comuniones para obtener en su favor la gracia del arrepentimiento. ¡La hermana Magdalena de la Cruz y la hermana María del Sagrado Corazon!

FIN.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

		Páginas.
1.ª	Es la capilla, dijo Clara.	77
2.ª	¡Oh, señor! esclamó Catalina, no hacemos resistencia.	119
3.ª	Leed la carta, replicó el padre.	181
4.ª	Avanzó, y cuando se hallaba á pocos pasos de Violeta: ¿Sois vos? dijo.	236

MONTE

SAN LORENZO

NOVELA RELIGIO

1.2

6193